Beppe Fenoglio

EL PARTISANO JOHNNY

Traducción de Pepa Linares

Un joven estudiante italiano, crecido en el mito de la literatura y el mundo inglés, decide unirse, tras la desbandada del ejército italiano del 8 de septiembre de 1943, a los partisanos que luchan en las colinas del norte de Italia contra los nazis y los fascistas.

Pronto descubrirá amargamente que la vida partisana se encuentra muy alejada del ideal que había alimentado; sin embargo, Johnny —su nombre de guerra— no abandonará la temeraria determinación de combatir en las colinas, derrota tras derrota, contra un enemigo muy superior.

La epopeya de Johnny, parecida a la de muchos jóvenes antifascistas de aquella generación, adquiere en el relato de Fenoglio, a través de un lenguaje en perpetua invención, una dimensión existencial que solo encontramos en las grandes obras de la literatura universal.

El partisano Johnny, traducida ahora por primera vez al castellano, es una las novelas más relevantes de la literatura italiana del siglo XX, y uno de los relatos sobre juventud en guerra más hermosos jamás escritos.

Beppe Fenoglio

El partisano Johnny

ePub r1.0
Titivillus 31.05.2023

Título original: *Il partigiano Johnny*
Beppe Fenoglio, 1968
Traducción: Pepa Linares
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Advertencia al lector sobre la edición italiana y la traducción española

La complejidad de la obra que el lector tiene en sus manos requiere alguna aclaración por parte de quien ha adquirido el tremendo compromiso de traducirla al español. Desde 1954 a 1959, Beppe Fenoglio redactó dos versiones, dos borradores, de *El partisano Johnny*, que, a su muerte en 1963, quedaron sin corregir y sin publicar, tanto es así que ni siquiera sabemos qué título habría dado el autor a la obra. Desde 1968 a 1992, la editorial Einaudi publicó tres ediciones, a cargo, respectivamente, de Lorenzo Mondo (1968), ya con el título que sería definitivo; de Maria Corti y Maria Antonietta Grignani (1978); y la elegida para esta traducción, debida a Dante Isella (1992), que elaboró el texto tomando de la primera redacción los capítulos
1-20
y de la segunda los capítulos
21-39,
lo cual, conforme a un criterio a mi parecer acertado, permite leer la obra en su desarrollo narrativo más amplio.

Antes de la presente versión castellana, *El partisano* solo ha conocido dos versiones en otras lenguas: *Johnny the Partisan*, Quartet Books, 1994 y 1995, en traducción de Stuart Hood; y *La guerre sur les collines*, Gallimard, 1973, en traducción de Gilles de Van.

La razón de que una novela de tanto relieve para la literatura italiana de la segunda mitad del siglo veinte no se haya vertido a más lenguas no es otra que la dificultad a veces insalvable de reproducir su lenguaje. Baste decir que los estudiosos de lo que se ha llamado «la lengua de *El partisano*» hablan de «lengua en

construcción», «lengua privada» o «lengua mental», es decir, de una lengua parcialmente inventada para dar satisfacción a una necesidad tanto existencial como estética. A falta de una declaración poética del propio Fenoglio, conocemos, eso sí, su voluntad de prescindir del italiano medio, corrompido, según su opinión, por la retórica del régimen fascista que le tocó vivir. Sean o no estrictamente políticas las razones del autor, cuya vida cotidiana transcurría en dialecto piamontés, lo indiscutible es su voluntad de «reeducar» el italiano aprendido en el colegio sometiéndolo al contagio del inglés, su idioma más querido, una especie de puerto de salvación al que dedicó muchas horas de estudio. Fenoglio leyó y tradujo, además, a varios escritores anglosajones (T.
S. Eliot,
Shakespeare, Marlowe, Coleridge, John Bunyan, Kenneth Grahame, entre otros).

El contagio se produce de varias formas: intercalando frases o expresiones inglesas (no siempre gramaticalmente correctas, de ahí que el inglés fenogliano haya recibido el apelativo de «fenglese») o mediante la fusión del léxico inglés con el léxico italiano, cuyo resultado es una notable cantidad de híbridos que adquieren sentido solo y únicamente en el texto original (el imposible «attimically», por ejemplo, donde ha añadido la terminación inglesa al italiano «*attimo*»). Pero no solo, porque el autor, mucho más interesado en lo expresivo que en lo comunicativo, innova también partiendo de una variadísima gama de elementos del propio italiano, entre los que cabe citar los cultismos, las palabras caídas en desuso, en muchas ocasiones tomadas del acervo literario, o de préstamos del francés («flouía», de un imaginario «flouire», a partir del adjetivo «*flou*», «ligero», «vaporoso»), del latín («proditoriato», del adjetivo «proditorio», «relativo a la traición») y, en medida mucho menor, del piamontés. En resumen, un léxico personal, de una singularidad extraordinaria. Gilles de Van, su traductor al francés, califica de «filológica» la lengua de Fenoglio y resalta con bastante acierto que en numerosas ocasiones no emplea palabras, sino raíces de palabras a las que añade prefijos y sufijos conforme a las necesidades que le va dictando su pensamiento. No menos peculiar resulta con frecuencia la estructura de la frase, tantas veces deudora de la

inglesa (dejó dicho que su italiano era a menudo la traducción de un texto previamente escrito por él mismo en inglés). Sobra decir que no se ha traducido nada de lo que en el texto aparece en idiomas distintos al italiano.

El carácter no definitivo de la obra, el hecho de que el autor no la preparara nunca para enviarla al editor, nos deja a oscuras sobre sus verdaderas intenciones y sobre la dirección que habría dado al texto. Así se justifican ciertas partes de difícil comprensión incluso para un hablante de italiano, a las que hemos tenido que dar una interpretación que creemos avalada tanto por el contexto como por la consulta con otras fuentes.

No se ha pretendido en la traducción castellana reproducir con exactitud absoluta la totalidad de lo que podríamos considerar una ejercitación lingüística privada del autor anterior a una corrección cuyo resultado desconocemos, pero sí conservar los rasgos que configuran lo que un crítico como Gian Luigi Beccaria ha calificado de «*grande stile*»; es decir, un lenguaje esencial, forzado en algunas ocasiones hasta el límite de lo inteligible para dotarlo paradójicamente de una mayor fuerza expresiva, ni realista ni lírico, capaz de comunicar la tensión moral del héroe de las colinas, que aspira a trascender la mera crónica para convertirse en relato épico, ideal de vida más allá de la mera contingencia bélica, aunque aprendida y probada en aquel momento histórico concreto.

Pepa Linares

Nota de carácter histórico

El partisano Johnny es una novela ambientada entre el otoño de 1943 y el invierno de 1944-45 en las colinas de las Langhe, región del norte de Italia (Piemonte) que el lector hispanohablante quizá conozca por ser el lugar donde transcurren la mayoría de las obras traducidas de Cesare Pavese y del propio Fenoglio. A partir de 1943, las Langhe, cuya capital es la ciudad de Alba, fueron una de las plazas fuertes de la resistencia italiana.

La novela hace referencia a varios episodios reales que creemos necesario señalar para orientar a los lectores no familiarizados con la historia italiana del siglo XX. En junio de 1940, la Italia fascista de Mussolini entra en guerra incorporándose a las fuerzas lideradas por la Alemania nazi. Tres años más tarde, el 25 de julio de 1943, y como consecuencia de las derrotas del ejército italiano, el ascenso del antifascismo y el desembarco de los aliados en Sicilia, el rey Vittorio Emanuele III destituye a Mussolini, ordena su detención y confía el gobierno al mariscal Badoglio. Aunque Badoglio declara que la guerra continúa al lado de Hitler, en realidad ya ha iniciado conversaciones con los aliados. El 8 de septiembre de 1943 se proclama el armisticio y el rey y Badoglio se refugian en Brindisi, ciudad bajo control aliado. El ejército italiano, sin instrucciones y sorprendido por el armisticio, se disuelve sin oponer resistencia a la invasión alemana. Los soldados abandonan armas y uniformes y vuelven a sus casas cuando no son arrestados y deportados al Reich. Los alemanes liberan a Mussolini y lo ponen al frente de un gobierno títere: la República Social Italiana, también conocida como República de Saló. El mariscal Graziani, ministro de Defensa de la República Social Italiana, intenta reconstruir el ejército mediante

bandos que obligan a los italianos a alistarse bajo pena de muerte, pero muchos excombatientes no quieren saber nada del nuevo ejército y los alemanes desconfían del mismo. De hecho, lo único que Graziani conseguirá formar serán grupos autónomos de triste recuerdo como las brigadas negras de Pavolini o la legión Ettore Muti.

A finales de 1943, Italia se encuentra dividida en dos partes: El sur, sede del gobierno de Badoglio y bajo control aliado, y el norte, en teoría bajo autoridad fascista pero en realidad controlado por los alemanes. La resistencia en las zonas ocupadas se organiza en las montañas y colinas a través de la formación de pequeños grupos de partisanos compuestos por antiguos soldados del ejército y civiles antifascistas. Estos grupos se dividen en función de su afiliación política: los «garibaldinos» o «rojos» son de militancia comunista, mientras que los «badoglianos» o «azules» son en su gran mayoría antiguos soldados leales al rey. Durante la primavera y el verano de 1944 se produce una revitalización de la actividad partisana, motivada en gran medida por el avance aliado desde el sur hasta el centro de Italia (liberación de Roma y Florencia). Llegados al norte de Florencia, los aliados permanecen inmovilizados hasta la primavera de 1945.

El invierno de 1944-45 será especialmente duro para los partisanos; fascistas y alemanes, aprovechando el respiro en el avance aliado, los someterán a un constante acoso. El general en jefe de las fuerzas aliadas en Italia invita a los partisanos a suspender provisionalmente la lucha, pero no por eso dejan de batirse contra el enemigo. En abril de 1945 los aliados lanzan la última gran ofensiva, y el 28 de ese mes los partisanos capturan y ejecutan a Mussolini.

I

Capítulo 1

Johnny contemplaba su ciudad por la ventana de la casita de las colinas que su familia había alquilado a toda prisa para emboscarlo tras su regreso imprevisto, inesperado, de la Roma trágica y lejana entre las septémplices mallas alemanas. El espectáculo del ocho de septiembre en la localidad, la rendición de un cuartel con todo un regimiento en su interior ante dos carros de asalto alemanes not entirely manned y las deportaciones a Alemania dentro de unos vagones emplomados habían convencido a todos, familiares y hangers on, de que Johnny no regresaría jamás. En la más feliz de las hipótesis, estaría viajando por Alemania dentro de uno de esos mismos vagones que hubiera partido de una estación cualquiera de la Italia central. Siempre había flotado en torno a Johnny una reputación imprecisa, gratuita, pero pleased and pleasing, de impracticidad, de estar en las nubes, de vivir en la literatura… En cambio, Johnny había irrumpido en la casa a primerísima hora de la mañana, pasando como una mugrienta ventolera entre el desmayo de su madre y la escultórica estupefacción de su padre, y se había desnudado vertiginosamente para vestir su mejor traje de calle (aquella antigua vicuña) y pasearse de arriba abajo con la pulcritud, la comodidad y la limpieza recuperadas, locamente seguido por sus padres dentro del breve circuito. La ciudad era inhabitable, la ciudad era la antecámara de la evitada Alemania; la ciudad, con sus bandos de Graziani pegados en todas las esquinas, atravesada pocos días antes por una marea de desmovilizados del ejército procedentes de Francia; la ciudad, con un estandarte alemán en su principal hotel y las continuas irrupciones de alemanes procedentes de Asti y de Turín en camionetas que llenaban de terroríficos silbidos las calles desiertas y grises, proditoriadas: absolutamente inhabitable para un soldado en

desbandada y sin embargo sometido al bando de Graziani. El tiempo para que su padre corriera a obtener el permiso del propietario de la casita de las colinas, el tiempo para que él mismo agarrara a ciegas una media docena de libros de sus estantes y preguntara por los amigos supervivientes, el tiempo para que la madre gritara a su espalda: «Come y duerme, duerme y come, y no te hagas mala sangre», y luego a la colina, a la emboscadura.

Durante una semana comió mucho y durmió más, leyó nerviosamente algo del *Pilgrim Progress*, de las tragedias de Marlowe y de los poemas de Browning, pero sin alivio, con una irritante sensación de empeoramiento. Y vio mucho paisaje, a modo de refresco íntimo, mucho paisaje (a veces dedicaba un cuarto de hora o más a un solo detalle), tratando de excluir los signos y los indicios de los hombres. La casita era una bobada pretenciosa, pero se levantaba sobre un espolón en librea de amor otoñal, que, a la salida de la ciudad, dominaba desde un precipicio el curso del río, el cual fluía entre orillas bajas como una inalterable colada de plomo, solemnemente limoso por las primeras lluvias del otoño. In the stillness of night, su rumor escalaba susurrante el espolón hasta las ventanas de la casita, como al acecho. Pero a Johnny le gustaba el río, que lo había criado, junto con las colinas. Las colinas dominaban el entorno, encerraban el entorno, cada vez más otoñalmente flou, con un remolino musical de vapores lentos, a veces ellas mismas no más que vapores; se cernían sobre la planicie fluvial y sobre la ciudad, malsanamente relucientes bajo un sol corrompido. Sobresalían las moles de la catedral y del cuartel, de ladrillo la una, grisácea la otra, y al observante Johnny ambas le parecían dos monumentos insensatos.

Los días de otoño, pese a ser de otoño, se hacían insoportablemente largos, y la ganancia obtenida con el sueño diurno se dilapidó enseguida en el insomnio nocturno, por eso pasaba noches enteras fumando con las piernas cruzadas y leyendo un gran fondo de lectura. So mornings were diseased and nightmared. Ahora el paisaje, descontando el gusto del rencuentro con la tierra nativa y vital, lo estomagaba. La literatura lo estomagaba. Puesto que aquel surfeit de comida y de sueño le borró por entero la vida militar, al cabo de una semana ya no sabía por dónde se empezaba a montar un fusil ametrallador, cosa que una

semana antes hacía con los ojos vendados. Y estaba mal. Algo por dentro, punzante e icefying, le advertía de que estaba mal, porque las armas volverían a entrar en su vida, quizá por la ventana, a pesar de las resueltas decisiones y de los sagrados votos en contrario.

Sentía profunda y morbosamente la falta de la radio, pero sus padres, al menos de momento, no habían podido hacer nada para remediarlo. Empezó a obsesionarse por oír la voz de Candidus, gluttoning on his own accent. Su padre subía casi a diario for several requests-annotation y para referirle las noticias locales y nacionales, las de los cuchicheos y las que difundía la radio. Por su voz opaca, irremediablemente anarrativa, Johnny supo de la liberación de Mussolini en el Gran Sasso por obra de Skorzeny [1] («se lo han arrancado como una bandera de palio, no han sido capaces de disparar contra ellos *in extremis*, ni siquiera de ocultarlo de un modo seguro»), de la formación de un gobierno nacional-fascista en Alemania, del comunicado de Pavolini [2] en Radio Roma, devuelta por los alemanes a los italianos (vio con extraordinaria claridad y cercanía la cara meteca del jerarca e imaginó con gélida rapidez su eliminación física), y de la matanza de Cefalonia [3]. En la ciudad, contaba su padre, no ocurría nada, por eso la gente se fiaba cada día menos y se encerraba cada día más en sí misma, morbosamente.

—¿Quién mantiene el orden público?

Los carabineros prestaban su servicio, pero con evidente renuencia y en los últimos tiempos con un despego palmario. ¿Qué otros desmovilizados habían vuelto? Por hablar de los peor desplazados: Sicco de Francia, Frankie de Spoleto, aquel de Brennero… «Piensa en los hombres sorprendidos en Grecia, en Yugoslavia, no digamos en Rusia…». Había muerto Gege, ¿cómo, no lo sabía? Trajeron el ataúd desde Montenegro, en el verano. La familia sostenía que había caído en combate, pero nadie ignoraba que se había suicidado de un tiro en la boca. Así pues, Gege, el absurdo veterinario, el hombre que lo había introducido en el dream-boyness… Nadie, después de Gege, sería capaz de correr con los brazos como las alas de una gaviota.

Su primo Luciano había regresado felizmente de Milán a través de una marcha nocturna en el deep de los arrozales de Vercelli y en

paralelo a la carretera retumbante de columnas de vehículos alemanes. Ahora estaba en casa, por supuesto, en su casa del extrarradio, en las faldas de la colina cuyo vértice habitaba Johnny. Su padre se iba:

—Y por nada del mundo te muevas de aquí arriba. Resiste. Si no quieres pensar en ti, piensa en nosotros, en tu madre. She agonized these last days.

Pero aquella misma noche Johnny decidió visitar a su primo en una hora lóbregamente propicia, cortando por la colina blanduzca. No aguantaba más aquella soledad de pesadilla, aquella visión fija de la tierra que se deshacía en la húmeda oscuridad como un puñado de arena bajo un agua callada e inexorable. Caminaba a ciegas. Pero ¿cómo se las componían los hombres para reconquistar así las posiciones desastrosamente perdidas, para recuperar toda su capacidad de mando, para castigar y matar y someter a sus leyes marciales, con un armamento exiguo y risible, enormes masas de hombres e infinitas extensiones de tierra?

El primo no había cambiado nada, solo unas entradas marcadas ampliaban su ya ancha frente… La costumbre militar se apoderó de Johnny y lo obligó a imaginárselo con el uniforme de oficial, pero el retrato no salió perfecto. Todo lo contrario —un contrario instintivo e irónico—, lo veía de niño, con sus largas medias negras hasta las caderas, que automática e ilógicamente le recordaban a Silvio Pellico[4].

—Yo estaba de servicio en la Estación Central el ocho de septiembre y liquidamos enseguida a los dos primeros alemanes que llegaron en camioneta —decía su primo—. Fue sencillísimo, un castigo por la increíble desfachatez de presentarse en dos a conquistar la estación de Milán. Con nosotros había varios civiles, entre ellos un abogado. Te lo aseguro, una atmósfera irreal, embriagadora, de Cinco Jornadas[5]… y te advierto que el abogado de joven nada, era un vejete que se había puesto a mis órdenes al grito de «*Cedant togae armis*», y disparaba, él personalmente, y a mí todo me parecía una mascarada. Luego te das la vuelta y no ves a nadie contigo, mientras que los alemanes no hacen más que aumentar. ¡Lástima tener que tirar el uniforme flamante de nuevo, tirarlo para salvar el pellejo, después de lo que le había costado a la Unión Militar!

La tía andaba toqueteando los mandos de la radio. Johnny recordó aquella antigua adquisición hecha a propósito para escuchar el estreno del *Nerón* de Mascagni. El tío era melómano y habían reunido a la parentela delante del esotérico aparato para una audición.

El tío, un hombre montañoso y jelly, bajo la flagrante condena de la carne, soltó un chillido de miedo, hand-menaced a su mujer que regulaba el mando del volumen y, con un imprevisible falsete, le preguntó si le hacía gracia el fin de aquel fulano que, sorprendido por una ronda fascista cuando escuchaba Radio Londres, fue arrestado y retenido durante varias noches en una misteriosa celda con los pies desnudos metidos en agua helada. Johnny se esperaba Radio Londres, pero oyó una sintonía de apertura distinta y luego el anuncio de La Voz de América. El primo Luciano grinned humorously apenas fuera del halo de luz, la tía fue explícita:

—Nosotros preferimos La Voz de América. Estamos hartos de los ingleses, que son unos cerdos como lo somos todos en Europa. Los americanos son otra cosa, ¿no?, más limpia.

El speaker americano tenía una bonita voz, fascinante por su correctiva vibración twang, pero las noticias were under his voice. El gran desembarco de Salerno, comenzado con la previsión de un paseo hasta Roma, había embarrancado en las primeras estribaciones de los montes costeros. Luciano, que siguió la peripecia desde casa, contaba que incluso corrieron el peligro de verse arrojados de nuevo al mar, y que de todos modos habían caído, quieras que no, en la guerra de posición, y Johnny se dijo que la división que había visto en tránsito hacia Savona debió de luchar duro. Inútil, a primera vista te dabas cuenta de que era gente que sabía cumplir con su cometido. El recuerdo distante se los magnificaba: soldados titánicos, depurados de su hedor.

Siguió un comentario de Fiorello La Guardia.

—¿Y este quién es?

—El alcalde de Nueva York, imagínate —lo instruyó la preparadísima tía, que vivía solo para los turnos de La Voz de América—. Es italiano, un emigrante de nuestra época. ¡Piensa cuánto camino habrá recorrido para llegar a la alcaldía de Nueva York!

En el fonógrafo estalló la voz de La Guardia, intolerable para

Johnny por su desmadrada inflexión sículo-inglesa, un repelente híbrido de córvido sudor siciliano y amarga asepsia anglosajona. Hablaba con una violencia accidentada, descortezando las palabras, cuyas astillas rebotaban secas e hirientes contra la rejilla del aparato. No se sabía si aquella voz pitched estaba inspirada por el desprecio hacia sus antiguos compatriotas o por el odio mortal a los alemanes: todo para él era fácil, inmediato, definitivo, mortal. Gritaba: «¡A-tacadlos, a-tacadlos! ¡A-tacadlos con ba-tones y cu-hillos!».

Johnny y su primo se levantaron de un brinco, impulsados por el asco y la indignación. También ellos gritaban. «¡Atacadlos con ba-tones y con cu-hillos! ¡No ha visto los panzer de la Goering! ¡Pero si es el alcalde de Nueva York…! ¡En Salerno los americanos tienen mucho más que bastones y cuchillos, pero no avanzan un paso! ¡Imbécil! ¡Imbécil de mierda! ¡Paleto!». La tía se puso de pie, muda, rígida, hinchada de admiración martírica, irreprimible y silente-agresiva por América y las cosas americanas, La Guardia incluido. Luego, aplacada, volvió a sentarse al aparato con el oído atento a desentrañar y atesorar el último grito de La Guardia, mientras que el tío, temblando con toda su mole gelatinosa, le susurraba que apagara, que lo importante estaba ya dicho y oído. No le hizo caso, se alzó de hombros ante el desasosiego sudoroso del hombretón que respiraba con los pitidos de un niño poseído y giró el mando al disolverse la última nota del cierre musical. Johnny y su primo, que paseaban con una rabia infinita por la angosta cocina, se detuvieron bajo la mirada a un tiempo crítica y amante de la tía. Levantó a la luz su cabeza ajada y argéntea y dijo:

—Es terrible tener ahora hijos de vuestra edad.

Johnny se sintió touché y se dijo que debía empezar a pensar en sus padres, ocuparse más de ellos y de su espíritu. Ahora se daba plena cuenta de que su padre envejecía.

Se despidió. Luciano le dijo que volviera la primera noche segura, si no tenía nada mejor, y la tía, con su animosa sobriedad, hizo un ademán para confirmarlo, pero el tío se despidió con una frialdad balbuciente.

—Ven tú a mi casa una tarde, Luciano —había musitado Johnny. El viejo, que lo oyó, dijo spelling:

—Luciano no se mueve, no volverá a moverse jamás.

El primo, no obstante, salió para acompañarlo durante un breve y ciego tramo del camino de la colina, hirviente de oscuridad frappée. No cruzaron palabra.

Agonizaba el primer otoño, a finales de septiembre la naturaleza treintañera se retorcía con los fits de la menopausia: negra tristeza precipitada sobre las colinas despojadas de sus colores naturales, crueldad que cortaba el aliento en la plúmbea colada del río ahogador, que lamía el fango traicionero de las riberas bajas entre los chopos lejanos, lúgubres y multiplicados como una baraja de naipes manejados por un prestidigitador ante sus ojos surmenagés. Y el viento soplaba con una frecuencia impropia de la estación, con velocidad y fuerza innaturales, decididamente demoníaco en las largas noches.

Johnny escrutaba por la ventana la rectilínea de asfalto gris que desde la colina descendía hasta la ciudad, hasta el límite evidente con el adoquinado urbano. A primera vista, el movimiento y el tráfico habían disminuido, epidémicamente, y lo poco que quedaba estaba acelerado, así que los viandantes parecían activados de un modo muy cómico, como los personajes de una película de Ridolini, y en su ridiculez había un punto clandestino de angustia, ponzoñoso.

A gran distancia vio con toda claridad que su padre, aún en el asfalto suburbano, subía en dirección a la casita, y le impresionó el cansancio, la

non-joy

de su camino. Lo siguió durante todo el tramo descubierto, con el corazón derretido de amor y de piedad por el viejo… «Es terrible tener ahora hijos de vuestra edad». Cada paso de su padre hablaba de angustia y de abnegación, y el hijo, desde su altura lejana, tuvo la sensación de que jamás podría recompensarlo ni en una centésima parte, ni siquiera con conservarse vivo. La única manera de resarcirlo, pensaba ahora, sería querer a su hijo como su padre lo había querido a él: el padre no recibiría nada, pero las cuentas cuadrarían en el libro maestro de la vida. Temblaba a causa de las ganas y de la resolución de recibirlo bien, como era debido, pero cuando el padre desapareció de su vista al aproximarse a los primeros escalones de la casita, Johnny, con una grinning ansiedad, pensó automáticamente si le traería los cigarrillos.

Sí, aunque una ración inferior a la habitual, y un montón de periódicos. Johnny encendió convulsamente uno de los pitillos y desplegó un diario. El juego continuaba, el fascismo se recuperaba lento pero seguro, con una organicidad que jamás se le habría reconocido. Todos los periódicos se realineaban, barridos ya aquellos efímeros directores del interregno que habían escrito el artículo de fondo sobre la libertad, la tragedia saludable y la vuelta a los eternos e imprescindibles valores occidentales. Una foto de un destacamento militar reorganizado, hombres de Graziani que habían renegado del juramento al rey para prometer fidelidad a la *foederis arca germanica*: parecían atléticos, eficientes en extremo, infinitamente más que los destacamentos análogos del extinto Ejército Real, modernísimos, germanlike, todos con sonrisas de una confianza explosiva, con un resultado visual gusanoso, abierta y deliberadamente fratricida. Pero el apogeo lo alcanzaban las fotos de los legionarios de la Ettore Muti, que llevaban armas ultramodernas en los antiguos dominós de la marcha sobre Roma, Parabellum en bandolera sobre negros jerséis de esquiador con la orla estañosa de la calavera. Aunque, bien examinados, destacamentos desequilibrados, compuestos de viejos y niños, de veteranos, novatos y mascottes.

Johnny levantó los ojos del periódico para mirar a su padre, que estaba sentado con un discreto descuido en la cheap silla de mimbre, la cabeza un poco oscilante a la discreta luz de la tarde rapidly-decaying. La angustia, la desesperación, el hecho de verlo todo negro le daban una configuración pétrea de egipcio o de azteca: los sentimientos elementales a flor de piel los congelaban a todos en una iconicidad antigua y anulaban, como constataba Johnny, siglos de progreso en la forma de conducirse.

Volvió a hundirse en el periódico, otro. El fascio dominaba de nuevo las grandes ciudades, desde las que se extendería a las pequeñas y a los campos como una mancha de aceite asfixiante. Los periódicos subrayaban en particular que los obreros obedecían los bandos, que todos habían vuelto al trabajo y que lo desarrollaban con total regularidad. Así pues, se reorganizaban, estaban lejos de morir y serían duros, y al pensar en esa reorganización y en esa resistencia a la muerte definitiva, Johnny no veía tanto el rostro exangüe y bovino del Duce liberado por Skorzeny cuanto el de

Pavolini y el de muchos otros semejantes a él, nunca vistos pero ahora fáciles de imaginar, como impresos en un cliché.

Dejó que los periódicos cayeran al suelo con un angustiado planear de pájaros fulminados.

—¿Hay novedades en la ciudad?

Su padre se recuperó enseguida, animado por el esfuerzo y la nobleza de la palabra. Nada lo impresionaba, pero le gustaba hablar.

—Poca cosa, si quitas que, según parece, han llegado dos coches de alemanes y de fascistas al hotel. ¿Es cierto que has bajado una noche a casa de los tíos? Mal hecho. No debes moverte. Se necesita paciencia, pero no debes moverte. Piensa en nosotros, que en casa pensamos que tú estás aquí y eso alivia un poco nuestras preocupaciones; en cambio, tú…

—¡Yo aquí me vuelvo loco!

—¿Eh? —gritó su padre con una angustia airada.

—¡Yo aquí me vuelvo loco! ¡Aquí solo! Además, no veo el peligro de bajar un minuto a la ciudad.

—¿No ves el peligro? ¿Estás en tus cabales? Hasta ahora no ha ocurrido nada, pero ocurrirán tantas cosas que no volverán a secársenos los ojos. ¿Y cómo crees que vivimos en la ciudad para que tengas tantas ganas de bajar? Vivimos como las ratas, casi no tenemos amigos, nadie se fía del otro; ya no nos fiamos ni de los propios carabineros que prestan servicio, nos da escalofríos encontrarnos con ellos. Y si hablamos de algo, puedes contar con que la conversación va de espías. Los fascistas vuelven a levantar la cabeza. ¿Sabes que el hijo del Secretario Federal y el de la DICAT **[6]** se han hecho alumnos-oficiales de una nueva escuela fascista? ¿Sabes que el abogado y su hijo se han alistado a una brigada negra?

—¿Qué quieres que sepa aquí arriba? —De pronto se vio asaltado, fulminado por la idea fija de la eliminación física.

No le costaba imaginarse haciendo de justiciero con aquellos connacionales suyos, que no paisanos; se veía ajusticiándolos dentro de sus bellacos uniformes facciosos. No habían ido a buscar uniformes y armas contra los ingleses, sino contra ellos, los italianos, los otros. Pues bien, los italianos los matarían a todos y gracias a una mano italiana ellos no serían carne de cañón inglés…

—¿Has visto a mis profesores? ¿Vienen a preguntar por mí?

—No he vuelto a verlos, pero seguro que vendrán. Sinceramente, no es que me guste mucho que te veas con el profesor Cocito. Habla demasiado, sin tomar precauciones, y además todo el mundo sabe que es comunista.

—¿Cocito comunista?

¿Comunista? Pero ¿qué significaba y qué comportaba exactamente ser comunista? Johnny no sabía nada, excepto lo de la estrecha relación con Rusia.

—Ahora vete, se hace tarde. —Y Johnny miró el atardecer innatural que se cernía sobre el llano, extinguiendo como un apagavelas todos los reflejos de los tejados de la ciudad. Las colinas… ellas naufragaban en lo violáceo.

—Sí, pero prométenos a tu madre y a mí que no volverás a moverte de aquí. Si quieres estirar las piernas, tienes tu colina, y a una hora inteligente.

Johnny lo prometió y vio descender a su padre, con la caída congénita de sus hombros acentuada, por el sendero que se flouía en el crepúsculo.

Un frío súbito lo hizo entrar. Sentía a su alrededor y dentro de sí una precariedad, una miseria por cuya culpa todo estaba adelgazado, depauperado, espantosamente reducido en comparación con una dimensión humana normal. Un impulso sexual repentino y clamoroso vino a complicarlo todo, a conducirlo todo al apogeo de la crisis. Otra razón para bajar a la ciudad a costa de encontrar alemanes y fascistas en los polvorientos saloncitos démodés. El asunto, que tenía la lívida desolación de una intervención médica, le parecía sórdido pero irrefutable y aumentó su miseria humana, lo hizo verse a sí mismo como un odre repulsivo hinchado de una gravedad insignificante.

Se iba a pique con la presciencia y la previsión de la tarde y la noche. Un fumar encarnizado aunque no vicioso dilapidaría la ya reducida ración de tabaco, y el insomnio por el exceso de sueño en la rehabilitación, las ideas insensatas y vertiginosas, el impulso sexual que ciertamente se volvería a despertar con una dentuda acrimonia… Se dijo con violencia, casi silabeándoselo: «¿Te acuerdas de cuando eras soldado? Te inquietaba la falta de soledad, muchas veces la vida en común te daba ganas de vomitar.

¿Recuerdas lo que soñabas cuando te hacían marchar en orden cerrado o Fraglia te ponía la cabeza como un bombo con el mecanismo de la ametralladora? Soñabas con estar solo y désengagé en un cuarto más o menos como este, abierto a la vista del río y de la colina, y traducir a tus anchas un clásico inglés cualquiera…». Ahora existían todas esas premisas y posibilidades, con las armas y los hombres agrupados y lejanos más allá de las colinas y del río, en las grandes ciudades fantasmales, en las inmensas llanuras nebulosas y estremecidas…

Se encontró en las manos, como por milagro, el tomo de las tragedias de Marlowe. Tomó asiento con una determinación forzada, gesticulada, abrió y alisó el libro al principio de *La famosa tragedia del rico judío de Malta*. Lo traduciría, emplearía la noche en traducirlo, y no con los ojos, sino con la pluma, lo pondría en papel con una escritura elemental, minuciosa y apretada: la caligrafía como un cepo salvador.

> Aunque el mundo crea muerto a Maquiavelo,
> su alma solo ha emigrado allende el Alpe;
> y ahora que el Guisa ha muerto…

Se puso en pie de un spring, erguido sobre la hoguera de la miseria, de la imposibilidad, cerró el libro con un golpe seco como si quisiera aplastar entre las páginas todos los piojos de aquella miseria suya. Subió al piso de arriba, entrecerró un poco la ventana abierta a la avanzada tarde piamontesa, a la acuátil vibración del follaje sometido al viento. Se metió entre las sábanas frías, inmediata pero falazmente aplacadoras, y esperó dormirse pronto y despertar avanzada la mañana, pero como se espera el mayor de los milagros.

—I want a woman, I need a girl —he pleaded beyond the ceiling, como para purificar y garantizar su imploración—. I want but to get her young tasteless breathing!

Capítulo 2

Estaba tan cerca y tan fijo en la muchacha de la colina que casi podía microscopizar el jaspe escamado de oro de sus pupilas; en cambio, la voz de ella le llegaba como a través de numerosos filtros.

—¿Te he gustado? —she stammered.

—Infinitamente. Eres… eres estupendamente practicable. —Sin embargo, luego se incorporó y gritó—: ¡Pero yo no me siento un hombre!

—No eres justo contigo… —ella goggled.

Y de nuevo, más fuerte e indiferente y sordo a la muchacha, repitió: «¡No me siento un hombre!».

Habían bajado desde la colina hasta el río por un paso entre dos túneles ferroviarios, en medio de una dolorosa orgía de amarillo. Siempre que el camino estaba expedito y unhindered, Johnny se colocaba detrás de ella con la mirada prendida en su única trenza, una trenzona pesada e inmóvil en la espalda amplia y descarnada, tasteless hair, de un color que by that vision Johnny comprendió lo que querían decir los ingleses con «auburn». La muchacha era muy poco más joven que él y llevaba aquella trenza enorme como un rasgo de adolescencia seducida, retenida. Un tardío sol otoñal arrancaba destellos lívidos a la lámina del río y se detenía en los chopos como en las melenas de unas viejas. Se oía el canto esporádico de una garza real invisible y el agua callaba toda, salvo allí donde, de cuando en cuando, entre las rocas altas, se despeñaba la toba como una cascada.

—Si yo no fuera una mujer, querría ser una mujer y luego otra y otra más. Pero si no pudiera, me gustaría ser una garza —dijo ella.

—«My moment with you is now ending…» —entonó después.

Era una alusión implícita aunque gratuita y entonces Johnny se sintió asaltado por la conciencia del sexo de ella, estaba con ella y

en ella, y no era, como había sentido toda la tarde, una cosa exterior a ella, una cosa abstracta, tal vez suspendida a media altura igual que un espíritu, sino una cosa concreta y baja, real, que notaba la caricia de la mano de la chica como una confirmación y una posesión. Ella disclosed like a rose y facilitó con sus movimientos mínimos y diestros la labor de Johnny.

Ahora todo estaba mudo, muda la garza y como congelada la toba que se despeñaba desde los altos nichos de las piedras; solo el agua había ganado en sonido y suspiraba como si toda su materia fuera suspiro, pero no había gale para sus cuerpos desprotegidos. Johnny repitió suave y más dolorosamente:

—¡No me siento un hombre!

—Volvamos a casa —dijo ella—, a la colina. Regresamos y ponemos *Covering the Waterfront*.

Pero no les dio tiempo a levantar las rodillas del suelo.

El zumbido de los aparatos llegó como un componente natural de la inmensa sinfonía en sordina, pero aumentó, se enucleó y diversificó, boasted en su naturaleza mecánica, y las dos máquinas (¿inglesas?, ¿americanas?) aparecieron claras, bajas, insensatas, rozando las colinas de más allá del río. Picaron directamente en el puente y luego se encabritaron, como después de una agnición de su inviolabilidad y su importancia, volaron siguiendo la línea del río, muy bajas, y se elevaron sobre la pareja para salvar las rocas, pero incluso bajo la encabritada temblaron todas las frondas y las hierbas, y ellos dos. La chica se incorporó de rodillas y se cubrió, ineficaces los dedos aterrorizados. Johnny, extendiendo las manos sobre la piel que le quedaba desnuda, tiró de ella para ponerla al amparo del pequeño terraplén.

—Regresan, pero no nos harán nada a nosotros. Van contra el puente.

Damn'm!

Volvió a retumbar su trueno, como precipitado al filo de las rocas, y volvieron a lanzarse por la vertical del álveo, semejantes a flechas. De nuevo el encresparse sibilante de las ramas, la hierba enloquecida que fustigaba sus cuerpos en ciego decúbito prono. Luego Johnny los vio de cola, a diez metros de la superficie del agua, homicidamente dirigidos al puente. Soltaron una salva de ametralladora como para aclararse la vista y después

bombardearon. Una cayó en el laminoso espejo de agua anterior al puente, la otra en el arenal, con un flourish de guijarros, pero en el acto florecieron en el puente dos tubérculos de polvo cremoso y excepcionalmente quieto que enmascararon la segura y horrenda llaga. Ahora los aviones planeaban sobre las colinas de más allá del río, aplacados y ligeros, como desaguijonados, fusionados ya con el aire sin fondo, mientras que desde la orilla derecha subía el coro grilloso de la estupefacción y del dolor de la ciudad. Ella acababa de vestirse con unsteady hands.

—¡No quiero que hayan destruido el puente! —dijo.

Pero allí estaba, surgido entre los rasgones de la reluctante polvareda, con la tercera y la cuarta de sus seis arcadas destrozadas. Damn them!

Rompió la promesa una tarde de principios de octubre, para huir de la tenebrosidad de la colina como del cólera. Bajó a la ciudad como un asalto por sorpresa, eligiendo a oscuras el acceso más anormal y seguro. Apenas en la linde de la ciudad, una sombra más negra destacó, gigantesca, de la sombra uniforme, y Johnny sacó las manos de los bolsillos. Pero el coloso no quería otra cosa que fuego y él se lo dio apartando la cara del halo de la llamita para no ver ni ser visto. Fue así como distinguió al pie de la escarpadura de la estación un enorme hatillo móvil y vibrante, una mujer que se escabullía entre los primeros fríos. Aquella mancha informe y lactescente le causó un tremendo malestar, pero enfiló derecho para alejarse del barrio de los prostíbulos.

Las calles estaban rigurosamente desiertas, rigurosamente oscurecidas en lo que dependía de los hombres, y solo la postrera luz del cielo arrancaba reflejos lívidos a los adoquines. Caminaba pegado a las paredes, así que a veces oía salir de las casas cerradas a cal y canto unas voces de cansancio, en alguna ocasión desesperadas a pesar de su sofocación y siempre con un gañido neurótico, como puntual. Huyendo por la plaza, vio un instante su casa, con sus padres en el interior, ignorantes y confiados, quién sabe si making the best enjoying of their own solitary wake la compensación de sus sacrificios por un Johnny sensato y disciplinado en la colina segura. Aceleró con todas sus fuerzas para arrancarse el cordón umbilical del remordimiento, para de un solo golpe apartar de la vista la fachada de su casa, tan precaria que

parecía desmoronarse en las tinieblas.

Se dirigió al café del padre de Guido, en la moderna plaza mayor, signalled por los rayos de luz que se filtraban entre el desgastado enmascaramiento. El local estaba maltrecho, como descuidado adrede, el número de camareros drásticamente reducido, y las vitrinas de los vinos y los licores hacían guiños desde los numerosos, excesivos huecos. Dos parejas jugaban a las cartas, colocadas de tal modo que no perdían de vista la puerta, mudas y resueltas; jugaban como si se tratara de una disciplina. Salió a recibirlo el padre de Guido con un gesto de reproche, de franca recriminación, en el rostro fúnebre.

—¿Guido volvió después del ocho de septiembre?

—Le dieron un permiso el día siete y su madre y yo nos las arreglamos para que se lo prorrogaran. El ocho estaba en casa. Ha tenido mucha suerte…

—¿Dónde está ahora?

El dueño del café aspiró la totalidad de su rostro exangüe dentro de la boca. En la colina, pero ¿dónde?

—¿Me pone una achicoria?

El otro negó con la cabeza, no lo hacía con mala idea, pero sí, quería echarlo inmediatamente, era demasiado buen amigo de su padre.

—Dígame solo si ha visto al profesor Chiodi.

Chiodi solía mealed en el main hotel y luego pasaba por su café para tomar una achicoria, pero después del armisticio las costumbres se habían trastocado. Si tenía suerte, lo encontraría en el Albergo Nazionale, un hotel de la ciudad vieja con una serie de salidas de seguridad que se perdían definitivamente en los dédalos del burgo feudal y desde allí en los abiertos campos prefluviales. Johnny salió hacia su nuevo destino, pensando con un triste consuelo en las noches alegres y solemnes de pleno verano, en las que él y todos los demás, los muertos, los prisioneros y los «topos» de hoy, los hombres que fueron niños cuando él era niño, jugaban al escondite por toda la ciudad, y los parajes del Albergo Nazionale eran uno de los principales resorts, mientras que la generación anterior se dedicaba a las mujeres de su edad en catres improvisados por los terraplenes y las colinas… Marchaba a buen paso, con un inevitable residuo de gait militar y con la sensación de

no caminar por una ciudad, sino sobre un termitero hirviente de vida subterránea y aun así espasmódicamente atento a los sonidos y a los ruidos de la superficie.

El profesor se hallaba en el Nazionale, en la última salita que comunicaba con las antiguas caballerizas y desde allí, a través de un zigzag de callejones, con los terraplenes del río. La escasa luz incendió desproporcionadamente los lentes de Chiodi cuando este se volvió al ruido de los pasos ansiosos de Johnny. No estaba solo, sino con Y, medio amigo y gran taciturno; siendo soldado, le había bastado con escaquearse en Alessandria, donde servía en el parque móvil, en un trip de huida común y corriente, indigno de malgastar una línea en contarlo. Chiodi se levantó, con su osuna masa de montañés rectificado por años de vida en el llano, y dio a Johnny un abrazo filosófico, expresando cuánto le agradaba volver a verlo físicamente porque aquello destruía la presciencia de una mala noticia. Se sentaron, y Chiodi, con una euforia polémica, impidió que Johnny hablara de su salida indemne de Roma.

—No hablaré de eso —dijo Johnny—, me limitaré a invitarlo a beber para saldar todas mis deudas con la suerte.

Pero no aceptaron porque no quedaba nada bebible.

—Si hubieras muerto —dijo Chiodi—, te habría dedicado las palabras del *Fedón*: «Antes de lo esperado al Hades, egregias cosas…». —Y todos rieron harshly.

Siguió un silencio triste y gravoso, tal vez irremediable, y Johnny ocultó su desilusionada appallingness con un largo y meticuloso aplastamiento del cigarrillo en el antiguo y desportillado cenicero publicitario, mientras captaba con el rabillo del ojo el malhumorado cansancio que despedía el perfil de Chiodi, que emanaba innaturalmente, incluso en reposo, una inteligencia dialéctica y una disciplina filosófica subrayadas por su mano ancha y demasiado vellosa.

—¿Y… Cocito? —preguntó Johnny al fin.

Fuera, el ruido de un vehículo sacudió la callejuela e hizo vibrar las paredes de la salita. Los tres se quedaron en suspenso, con las duras bocas suavemente abiertas durante un instante de aprensión, luego el motor se alejó, ya con una inocua y petulante resonancia de modesto transporte de gasógeno, quién sabe si aterrorizado de su propio bullicio.

—Cocito puede venir y puede no venir —dijo Chiodi.

—¿Es cierto que es comunista?

—Siempre lo ha sido —dijo Chiodi raudo, casi excusándose.

Johnny no conseguía aplicar con justeza la índole comunista al profesorcillo de instituto que solo conocía bien a Baudelaire y a D'Annunzio.

En cuanto a Y, parecía molesto sobremodo con el asunto.

—Debes saber —continuó Chiodi— que ya en la universidad lo llamaban Cocitoff.

Johnny preguntó si habría influido en Cocito su experiencia yugoslava con los comunistas de Tito.

—Cierto. Es más, nunca olvidaré lo que me dijo cuando volvimos a vernos en el instituto después de licenciarse en Croacia. Me gritó: «¡Deberías ver el instituto de Zagreb! ¡Todos al monte, director, profesores, alumnos y bedeles, todos partisanos!». Además, aquí en la ciudad frecuentaba sobre todo a cuatro soldados de su regimiento, los cuatro comunistas. Recuerdo sobre todo a uno; un toscano escultor, trajeado y de barba cuadrada y negrísima, creo que puede decirse que era más grande como modelo que como artista. En las horas libres estaban siempre juntos, sentados en el segundo banco de los jardines públicos, y a veces Cocito me invitaba también a mí; pero a ellos los llamaba compañeros y a mí se dirigía simplemente como a un amigo. Notad la distinción conceptual.

Una pausa, durante la cual Y, con los ojos entornados y aun así llameantes, parecía mirar en el vacío la efigie de Cocito con la aterrada repulsión de quien ve a un conocido que se ha inoculado voluntariamente la lepra. Chiodi, en cambio, se había sumido *ipso facto* en un doloroso estado contemplativo, pero se recuperó para decir con un tono de voz que hizo temblar la salita:

—¡Oh, una cosa interesantísima! ¿Sabéis que ellos, me refiero a Cocito y a los cuatro soldados, no esperaban que Badoglio controlase la situación el veinticinco de julio? Sí, porque de ese modo se habrían verificado las condiciones objetivas que pretendía Lenin: cuando cae un gobierno, el pueblo debe sublevarse y tomar posesión del *imperium*.

—Pero se quedó en un deseo piadoso —dijo Johnny con una acritud que le asombró a él mismo—. Nunca me he aburrido tanto

como la noche del veinticinco de julio en Roma prestando servicio de orden público.

Chiodi no añadió más, giró la muñeca para hacer converger su reloj con la mainstream of light y dijo:

—Cocito ya no viene. No ha sido su noche. Y mejor nos vamos también nosotros. —Se levantó el primero, artríticamente—. En cuanto llegue a casa, me leo una horita mi Kierkegaard y luego duermo hasta el lejanísimo y milagroso mañana.

Johnny se acordó y dijo:

—¿Todavía está con Kierkegaard?

—Hijo mío, Kierkegaard puede consumir una vida entera.

—Yo hablo de oído, pero… ¿es higiénico entregarse a Kierkegaard en estos tiempos? —dijo Y.

Chiodi suspiró ante la inevitabilidad de una prestación profesional.

—Verás —dijo—, la angustia es la categoría de lo posible, y por tanto, es futurición. Se compone de miríadas de posibilidades, de aperturas al porvenir. Cierto, por una parte, te arroja contra tu ser y caes en la amargura, pero, por otra parte, es el «sprung» necesario, esto es, el salto hacia el futuro…

A Cocito se lo vio some days after junto a Chiodi y a una aureola de antiguos alumnos debajo de los pórticos del viejo café… con unos aperitivos ersatz delante y un espléndido sol de octubre sobre sus cabezas, todos en armonía y con un sincronismo manifiesto, regocijado. Cuando Johnny se acercó, Cocito lo asaeteó con sus gafas. Era gafotas como Chiodi, pero a Chiodi los lentes le revelaban, le magnificaban la pupila con una nitidez cristalina, mientras que los de Cocito producían un efecto de turbiedad para el observador y le difuminaban la pupila en una mancha misteriosa. Se había ido haciendo más macizo, pero al mismo tiempo parecía también más ágil, y su cabeza había adquirido la rotundidad y, vista de perfil, la allure de las cabezas leoninas. Shook hands with an acheful intensity and pleasure. Johnny lo miraba con una fascinación nueva y se lo imaginaba uniformado, como un cura, y en todo caso, como un apartado. Pero Cocito hizo lo mismo de siempre, es decir, alborotar y mostrarse simpático; conservaba aquel aire de cinismo intelectual que en el instituto lo había convertido en un ídolo. A Johnny, de pronto, le pareció extraño, casi ofensivo que

se encontrara mejor con aquellos cuatro soldados lejanos que con sus alumnos y colegas.

Se habían reunido en la antigua plaza mayor a pleno sol y en los veladores del mejor café, pese a que el peligro, lejos de disminuir, seguramente había aumentado; pese a saber que en las ciudades ya no quedaba ningún insumiso o casi ninguno; pese a que la prensa fascista pregonara la restauración de los antiguos y gloriosos cuarteles; pese a la reaparición en masa del viejo y glorioso color gris verdoso; y pese a que hubiera llegado desde la Toscana, como un rayo, la noticia del fusilamiento en el giro de veinticuatro horas de un insumiso desemboscado. La noticia se cernía sobre Italia como una gigantesca nube negra: todos habían comprendido ya a lo que estaban dispuestos los fascistas, era un espantoso breach of code. Pero ellos estaban allí.

—Es natural —dijo Chiodi, con el gesto triste a causa de la reverberación exterior de su depresión íntima, y no porque se hallara en el insunny del pórtico—. Basta con que un fascista armado con una vieja chatarra se presente en cualquier localidad para enrolar a toda su juventud y formar una columna…

—Pues el remedio ya sabemos todos cuál es —dijo Cocito con una voz nueva, cuya médula se había insertado en aquella voz suya altanera aunque rasposa del instituto. Chiodi calló. Era evidente que acababan de polemizar. Así que Cocito continuó—: Bastará con que uno de esos insumisos, armado él también de una chatarra cualquiera o de una podadera o de un cortaplumas, espere al fascista en su camino prepotente y se le eche encima. Por la espalda, bien entendido, porque no hay que afrontar a un fascista a cara descubierta, que no lo merece; hay que atacarlo con las mismas precauciones que toma un hombre con un animal. Se le viene encima, lo mata y lo arrastra por los pies hasta un sitio cualquiera para enterrarlo y borrarlo de la faz de la tierra. Sería aconsejable llevar una escobilla para barrer por toda la eternidad hasta la última huella de sus pies en el polvo de nuestros caminos.

—Eso es lo que hoy se llama un partisano —dijo un exalumno.

—Tú sigues siendo el primero y el mejor —le dijo Cocito, y un rayo de sarcástica satisfacción le surcó los lentes nebulosos. Pero todos, cada cual por su cuenta, se dedicaban a sopesar en su aérea suspensión aquella palabra nueva, recién adquirida en Italia, tan

tremenda y tan espléndida en el aire dorado. Cocito proseguía:

—Todo está en ponerse de acuerdo sobre el verdadero significado de la palabra «partisano». —Miró a Chiodi con el rabillo del ojo, de tal modo sideways que su pupila apareció entera fuera de las gafas.

—Partisano es, será, todo aquel que combata contra el fascismo —dijo Chiodi con un fuerte suspiro.

Cocito recorrió con una mirada centelleante a todos los que habían aceptado al instante la definición de Chiodi.

—Todos vosotros estáis infaliblemente seguros de llegar a ser un partisano —añadió—. No digo un buen partisano, porque partisano, como poeta, es palabra absoluta que rechaza toda gradación.

Johnny miraba por el rabillo del ojo a Chiodi, que se terminaba su aperitivo con heavy repugnancia.

—Hagamos, si os apetece, un examen de tipo escolástico del partisano —continuó Cocito—. ¿Podemos aceptar la definición de Chiodi, según la cual partisano es aquel que dispara con buena puntería, con una puntería definitiva, contra los fascistas? Tú, Johnny, descubres un fascista o un alemán y te apresuras a pegarle un tiro, siempre para honra y fulfillment de nuestra definición. Pero… se presenta un «pero», porque si le pegas un tiro y lo matas puede ocurrir que a las dos horas irrumpa en la localidad o en sus alrededores una columna fascista o alemana que la pase a cuchillo en represalia y mate a diez o a veinte o a todos sus habitantes. ¿Conociendo esa posibilidad, dispararías tú igualmente, Johnny?

—No —respondió Johnny en el acto.

Cocito se echó a reír detrás de sus gafas.

—Continuemos por este camino espinoso aunque instructivo, no me lo negaréis. Johnny, ¿si tu padre fuera fascista, y fascista activo hasta el punto de poder comprometer tu seguridad y la de tu formación partisana, te crees capaz de matarlo?

Johnny agachó la cabeza, pero otro, con una cierta vehemencia stammering, dijo:

—Pero, profesor, usted solo plantea ejemplos extremos.

—Toda la vida del partisano se compone únicamente de casos extremos. Procedamos. Johnny, ¿si tuvieras una hermana, la utilizarías, emplearías el sexo de esta hermana tuya para engatusar a un oficial fascista o alemán y conducirlo hasta un lugar

razonablemente cómodo, donde tú estarías apostado para cargártelo?

Nadie pronunció aquel «no» que, por lo demás, gritaba por sí solo en el desértico silencio, y entonces Cocito agitó las manos como si estuviera desmigando algo. Pero Chiodi se levantó fatigosamente de la silla.

—El profesor quiere decir que no se puede ser partisano sin un sustrato ideológico concreto. La libertad en sí no le parece una estructura ideológica suficiente. En última instancia, el profesor quiere decir que no se puede ser partisano sin ser comunista.

—En efecto —respondió Cocito—. De otra forma no seríais más que unos Robin Hood. Johnny, me permito pronosticar que serás un Robin Hood excelente, pero en ese papel serás también infinitamente menos útil, menos serio, menos meritorio y, fíjate bien, menos hermoso que el último de los partisanos comunistas.

Chiodi goggled.

—Sabes, Cocito —dijo con una calma mortal—, me repugnas. Me repugnas tanto como un jesuita.

—Y tú eres un infantil —dijo Cocito con la misma calma mortal y amante—. Y todos vosotros también lo sois, todos —añadió, agitando su cabeza leonina y haciendo un ademán que los descartaba, como un adulto a un corro de niños agotadores.

—Profesor —dijo uno de ellos—, no comprendo por qué se lo toma usted así. Nosotros vamos a matar fascistas, ¿es que un fascista muerto por un Robin Hood no sirve egregiamente a la causa comunista?

Entonces se separaron, porque Y dijo, con un humorismo hoarse y aun así angustiado, que corrían el infantil peligro de ser todos capturados mientras discutían sobre la esencia y finalidad del partisano por el primer fascista que asomara a la esquina del café con un fusil en bandolera. Y Chiodi se volvió una última vez para decir con un cansancio en el rostro agravado por la barba descuidada:

—Muchachos, no perdamos de vista la libertad.

—¿Y las famosas armas con las que vamos a caer sobre los fascistas?

Chiodi goggled.

—Cocito tiene. El ocho de septiembre enterró todas las de su

sección. Puede armar toda una banda en un periquete.

Pero los demás sacudieron la cabeza.

—Ninguna de esas armas será la mía, porque yo no seguiré a Cocito. Y entonces ¿qué?

—¡Las armas se conquistan desarmando a los carabineros, por ejemplo!

Y los dejó estupefactos por la enormidad de la sugerencia. ¿Cómo? Había que brace up para superar, para arrancarse los complejos ante aquel cuerpo tradicional, secularmente tutelar, y despojarlo de las armas imprescindibles y sagradas para el orden público…

Johnny volvió a bajar a la ciudad, siempre de noche, en el momento exacto del comienzo de la noche, pero no, ya no vio más ni a Chiodi ni a Cocito, y puede que ni siquiera los buscara. En una de aquellas noches sintió con una fuerza irresistible la atracción del cine y entró con cierto presentimiento de mettle. Proyectaban *La Venus ciega*, con Viviane Romance, todavía con una sexy shape, acompañada del rostro meteco y seroso, intolerable, de Georges Flamant. La sala, con la atmósfera de decadencia propia de todos los locales públicos y un desgaste polvoriento que afectaba a la propia pantalla, estaba casi desierta; en los intervalos de luz, los escasos asistentes se miraban frowningly, como si se reprocharan mutuamente la locura de ir al cine bajo pena del bando de Graziani.

Johnny estaba sentado en el gallinero, elevado sobre un patio de butacas medio vacío. En el momento en que se disuelven juntas la tempestad y la furia sexual del capitán Flamant, se oyó en el vestíbulo una desesperada stampede, un desesperado y sofocado jadeo, una voz seca, imperiosa y feroz, algo parecido a la sorda explosión de un acto repentino de violencia. Un espectador se levantó haciendo un ruido terrible, gritó que los fascistas habían irrumpido para recaudar y se lanzó contra una pared, contra una salida de urgencia atrancada. El ruido del vestíbulo continuaba, pero nadie irrumpía aún en la sala, abandonada por los que ya habían enfilado las salidas de urgencia de abajo, y Johnny pensó con angustia en la fatalidad de haber elegido el gallinero, cerrado a cal y canto, en vez de la salvadora platea. Los demás se atropellaban contra las paredes y la puerta, que se resistía y retumbaba con los golpes de sus cuerpos. El operador había cortado

la película sin dar las luces de la sala. Johnny se encontró pegado a la barandilla, sobre la lejana platea, donde lo esperaba entre las butacas la muerte, o quizá unas espantosas fracturas no menos aprisionadoras, no menos death-sentencing-and-allowing, pero prefería tirarse a dejarse arrestar. Estaba a horcajadas en la barandilla, dispuesto a precipitarse al patio de butacas horrendo y salvador, con su espantosa boca de dientes de hierro, piedra y madera, pero no llegó a soltar las manos de la última barra, porque no se trataba de fascistas, sino de algo parecido a un intento de robo de la caja. Todo lo que era repentino y traicionero o estallaba a gritos era fascista.

Salió del cine a la carrera, viéndose mortalmente pálido y sintiéndose jelly. Subió la colina, rabioso consigo mismo, remorseful por sus padres, triturando mentalmente durante todo el trayecto el cuerpo de Viviane Romance, que ahora le parecía un sucio embeleco fascista de perdición. No bajaría más a la ciudad, pensaba subiendo la colina en la noche violeta, «si dejo la colina será solo para ascender a otra más alta, al arcangélico reino de los partisanos».

Capítulo 3

Pistola tenía. Sin embargo, notarla plana y pesada y tan magistralmente encajada en el bolsillo interior no le causaba la impresión de estar potenciado, y la sentía extraña e irritante, sin relación con el arma monobloque de sus sueños. Caminaba por las calles medio desiertas y desabridas —los conocidos ya no lo miraban, igual que a otros desmovilizados o insumisos, con la recriminación atenta y amistosa de las primeras veces, sino con tedio y lejanía, con el aire de que te pase lo que sea, con tal de que te pase lejos y al margen de mí— pensando solo en dónde ocultarla hasta el gran día, ya que le era del todo ajena la idea, y tal vez la capacidad, de tener que utilizarla en aquel preciso instante, a la vuelta de esquina. Caminaba no obstante con una sensación nueva, con la sensación de ser distinto a la gente que encontraba: había miles de posibilidades de que ninguno de ellos viajara con una pistola en el corazón palpitante y como atónito contra su plana y gélida superficie, y creía que la abstracta y oculta dureza de la pistola y su fatalidad debían reflejársele en el paso y en el rostro. Tenía que «parecer» distinto. Pero luego, cuando la conciencia despierta le recordó que se trataba solo de trasladar el arma de un escondite a otro, la diferencia se esfumó como una luz tenue y se vio pasivo y gris, reflejo de todas las cosas que lo rodeaban en la tarde avanzada de noviembre.

Se desvió hacia la periferia y continuó derecho al río, porque deseaba llegar hasta la mitad del terraplén, entre el puente y las piedras blancas, para fumarse un pitillo (el último del programa de la tarde) en cuclillas entre la hierba ya helada, traspasando con la mirada el invulnerable velo de las aguas. Pero cuando stepped en el último terraplén, lo atrajo con una fuerza irresistible la vista del puente roto, su desgarro aún fresco y como sangrante en el cercano

cielo de hierro fundido. Y también la visión de la nueva actividad del transbordador. Remontó, pues, la orilla hasta unos cincuenta pasos del embarcadero del transbordador.

En el arenal pálido e insólitamente sucio había gente fascinada, embelesada con la novedad del transbordador, como si sus gargantas ansiosas respiraran, saborearan, un aire medieval. Con evidente orgullo de sí mismos, los barqueros ponían énfasis y compostura en su trabajo, y los trasbordados desembarcaban con el mismo orgullo, como si regresaran de una aventura singular. Johnny se construyó un túmulo-escaño de piedras, piedras redondas de fango seco, se sentó y encendió un cigarrillo; pretendía hacerlo durar lo más posible y fumárselo con la lentitud que había en todo, en el flujo de las aguas, en el trabajo del transbordador y en el paso de las lábiles nubes por un cielo ruinoso. Miró hasta que el aire se hizo tan sutil que la propia mole del puente, precisa aunque desconchada, perdió todos sus perfiles en un flou que se diría apiadado de la enorme llaga, y hasta que el aire de la tarde aceleró y encrespó el agua oscura e hizo gemir los chopos dominantes.

Ya eran pocos los que quedaban con Johnny en el arenal grisáceo. Durante una pausa del viento, el silencio fue tal que se oyó claro, casi slamming, el chapoteo del agua central del río contra las boyas rojo antioxidante del transbordador. Entonces, desde la carretera de la otra orilla, con una fluidez engañosa y un sonido tenue, llegó el ruido de una columna de vehículos bastante larga. Resultaba difícil contarlos con exactitud tras la pantalla de los chopos, pero había más de veinte camiones, y su color, así como el color de los hombres que los montaban y su fluir, era alemán. Dos o tres personas de este lado del río los reconocieron y scrambled off to the town, haciendo saltar los guijarros del arenal, centrifugados por su paso precipitado e incisivo. Entonces un hombre que estaba con Johnny, un hombre de aspecto obrero y edad indefinible, con una boina que parecía encajada en su cabeza desde el día de su nacimiento —hasta ese extremo se le acoplaba con precisión e inmovilidad pringosas—, se levantó lentamente y se le acercó más para decirle:

—Pero están locos esos que corren. ¿Todavía no saben que los alemanes tiran contra los que huyen?

—Cierto, es mejor quedarse quieto y jugársela así… —respondió

Johnny, aunque con un desinterés pavoroso.

Sintió en su rostro la mirada cálida, apreciativa y al mismo tiempo perpleja del obrero, pero en la orilla opuesta, los alemanes no hacían nada de nada, como si los centrifugados del otro lado del río no hubieran entrado en su campo visual; parecían turistas absortos en la vista del puente bombardeado y del transbordador inmóvil en mitad del río. Johnny captaba de lejos la angustiada suspensión de la mente y de los músculos de los barqueros y de los trasbordados aware. Un joven perdió la cabeza y se tiró de pie desde la embarcación, luego emergió y nadó con facilidad por la ancha corriente principal, siguiendo en lontananza el arenal que ocupaba Johnny, como si todavía no juzgara seguro aproximarse. En un susurro, el obrero aconsejó que por lo menos se agacharan, y Johnny y él se acuclillaron en el arenal; el otro encendió incluso medio cigarrillo y lo fumó protegiéndolo con la mano, como si fueran a cogerlo en falta. Los alemanes seguían observando, sin que hubiera en sus gestos lejanos, escasos y lentos ninguna irritación por el obstáculo imprevisto, sino tan solo una contemplación turística.

—Si los alemanes venían directos a nosotros, benditos sean los ingleses que nos han roto el puente —dijo el obrero.

Luego Johnny miró una vez más el extremo de la mainstream; el hombre huido a nado estaba ya lejos y tocaba tierra, scrambling en el último trecho visible del arenal, en dirección a la oscuridad de los bosques ribereños. Los alemanes habían vuelto a encender los motores, los dejaron en un mínimo misterioso —Johnny y el obrero notaban la enemistad y la extrañeza hasta en las vibraciones de los motores— y se marcharon igual que unos turistas que han cumplido con el programa de su visita artística. Muy pronto se vio la cola de la columna en la carretera, en dirección a Turín. Todo entró en movimiento, la gente, el transbordador y hasta el aire, como si se recuperaran de un estado de hibernación. Johnny se levantó y el obrero hizo otro tanto, un poco reumáticamente, antes de decir:

—No venían por nosotros. Se han detenido para examinar la acción del enemigo inglés en el puente, pero tendrán que venir una vez u otra y desde luego llegarán por la parte de tierra.

Tenía, junto a su aspecto de mecánico trasplantado a la ciudad, un cierto aire de soportarlo todo, una forma de invencibilidad, un

tan cierto presagio de la primavera que sigue al invierno que Johnny se lo agradeció. Pero cuando el hombre indicó la posibilidad de que se dirigieran juntos a la ciudad, invitando con el paso, no con las palabras, Johnny receló y dijo con una voz rasposa que debía tomar la dirección del sur. Y así lo hizo, rodeando por los terraplenes la parte densa de la ciudad, para atacarla luego desde el sur; en el crepúsculo, parecía comatosa, gelatinosa y achaparrada a causa del miedo, exactamente igual que su viejo tío, como si hasta ese momento no la hubiera asaltado el reverbero de la repentina aparición de los alemanes. La propia mole potente del campanario románico de la catedral looked jelly and under height-level, perdido su eterno indicio de general supervivencia, y en la desmoronada esfera del reloj, las manecillas, la sombra de las manecillas, señalaba las seis.

Regresó a su casa, que le parecía insólita y más nueva después de la breve licencia de la colina que clausuró su largo servicio militar. Sus padres ya estaban cenando, y por la escalera oyó el tintineo de los cubiertos, descorazonado. Su padre se limitó a sacudir la cabeza por su imprudencia, pero su madre le reprochó con vehemencia que se arriesgara a la perdición con una ligereza voluntaria. Entonces Johnny descubrió la única forma de aplacarla y en vez de minimizar el peligro, dijo sencillamente:

—He visto a los alemanes. —Los padres se quedaron con los cubiertos en el aire, distantes de su melancólica cena—. Toda una columna que se detuvo sus buenos veinte minutos al otro lado del puente. No hicieron absolutamente nada.

—¿Y tú dónde estabas? —preguntaron, deglutiendo su estupor por la pasividad de los alemanes.

—En el río, en la parte de aquí.

Se dispuso a comer con las últimas ganas de este mundo. Su padre dijo que su amigo Bonardi había recibido la visita nocturna de los partisanos en su antiguo distribuidor de carburante, en el límite norte de la ciudad. Buscaban carburante, pero se contentaron con dos medias damajuanas de solvente, que era precisamente lo único que poseía su amigo…

—¿Cómo eran? —preguntó Johnny con el corazón en la garganta.

Todo era posible, menos que fueran hombres como los demás.

Su padre contó, con la voz más apagada, que vestían de blanco, con los monos de los esquiadores alpinos…

—Desmovilizados del IV ejército, gente que no ha podido o no ha querido irse a su casa. Y, según Bonardi, no son lo que se dice unos santos. Se negaban a creer que ya no le quedara gasolina y lo amenazaron y lo trataron mal. Bonardi dice que le dieron tanto miedo o más que los alemanes y los fascistas. —Dejó caer la cabeza —. Habrá violencia por todas las partes, y nosotros estamos en medio de la marea.

Johnny pensó entonces en la desesperada tristeza de ser viejo, como su padre y como Bonardi, viejos, canosos y oxidados frente al desenfreno de la juventud ágil, feroz y soberbia, tal como habían sido ellos en la prehistórica primavera de 1915. No podía soportar la idea inducida de su padre atrapado en aquel torbellino, amenazado y maltratado tanto por los unos como por los otros. Miraba su cabeza que colgaba sobre el plato con el desolador reconocimiento de la edad.

Su madre aludió al juramento a la República. Algunos ya lo habían prestado. Una mera formalidad: el viaje en tren al comando de Bra, el juramento, un apretón de manos, todo en una atmósfera sin virulencias, de severa camaradería, con pleno fair play. Algunos lo habían hecho ya, cosa que se sabía pese al secreto interesado: un abogado, un director de escuela primaria, un aparejador con un contrato Todt a la vista…

—Pueden reventar esperando de mí un juramento —dijo Johnny out of his munched bread.

Su madre habló sin tonalidad alguna.

—No te lo decía como un consejo. Además, todavía no te toca. Quieren el juramento de los oficiales, de momento, y tú no eres oficial.

—¿Y ahora qué haces? —preguntaron al verlo levantarse. Respondió que iba a dar otra vuelta para buscar al profesor Chiodi.

—Debo mantener algún contacto, hay cosas que están madurando y es imposible e ilógico quedarse solo. —Luego regresaría a dormir, pero en la cama de su casa. Las cabezas de los padres oscilaban sobre los platos, pero no reaccionaron, se abandonaron al torbellino del azar.

Nada más salir, una dura presión en el pecho le recordó la

pistola. Se dio media vuelta con la intención de esconderla en casa, pero no lo hizo por el puzzlement del escondrijo, imposible de solucionar con rapidez, así que la llevó consigo para que le diera una grim thrill que hiciera tolerable su deprimente vagabundeo nocturno. He was not quite sure to meet Chiodi, to be willing to meet Chiodi. Se cruzó en las sombras con un policía municipal, miserable dentro de su inútil uniforme y consciente de ello; en su paso unofficial, casi furtivo, arrastraba la conciencia de su miserable inutilidad.

Se dirigía al Albergo Nazionale, donde le constaba que se había replegado el profesor desde que los alemanes haunted de tanto en tanto el main hotel, con un frío que parecía desportillar el enlucido, pero se lo encontró antes, en la mismísima calle; lo reconoció en la oscuridad por su caminar arrastrado a causa de la artritis que agravaban los primeros fríos. Iba acompañado de un joven alto y flaco, muy mecánico y muy contenido en los movimientos de brazos y piernas. Se llamaba Sicco y movía de una comisura a otra de la boca su pipa pequeña y apagada.

—¿Y Cocitoff? —susurró Johnny.

—Ya se ha echado al monte, en Bra, para organizar su banda de rojos.

A Johnny le dio un brinco el corazón, pronto recuperado gracias a la compacta frialdad de la pistola. De no haber estado presente Sicco, habría hablado del arma al profesor y hasta puede que se la hubiera enseñado.

—Si no fuera por esta condenada artritis mía, ya estaría con él desde esta noche, sin menoscabo de mi diferencia en los principios, pero lo interesante es empezar a batirse, luego se verá. En cambio, estoy jodido para todo el invierno. Tengo que esperar a la primavera. —Y lo dijo como si fuera la primera primavera después del Doomsday—. Siempre que recupere razonablemente las piernas.

—¿Por qué de la parte de Bra? —indagó Johnny, volviendo con el pensamiento a los lugares vistos y transitados tantas veces en sus idas y venidas de Turín: las colinas rojas a la izquierda de la nacional, buenas tierras de fuego, todas ellas precipicios y canyons revestidos en la cima de un verde no menos encendido, como si el rojo terroso de las laderas triplicase la brillantez del verde, lo que brindaba un eyecatching y heterogéneo espectáculo de tierra

enmascarada.

—Cualquier sitio es bueno, Johnny.

—Yo, cuando vaya, me dirigiré a las Langhe. No sé, pero vengo de allí por línea paterna.

El profesor anunció que Sicco tenía algo interesante que decir y más aún que hacer, y Sicco tomó la palabra para hablar ciertamente con su minuciosidad silabeada, con un terrible ahorro de mímica y con un aire como de oca en el rítmico dispararse de su cuello endeble.

—Mañana, con el primer tren, voy a Bra, a prestar mi juramento… No me insultes todavía, Johnny. Con el tren de la tarde llegaré a Cuneo y conseguiré un permiso bilingüe, un *Ausch*…

—*Ausweisung* —precisó Chiodi.

—Provisto así, actuaré para el Comité de Liberación como representante del Partido Liberal.

—Bien —dijo Johnny.

—Bien —dijo Chiodi. Y añadió—: Vosotros, los hombres de los comités viviréis momentos terribles, que tal vez no vivan siquiera los partisanos combatientes.

Sicco asintió con modestia, cerrando solo un poco los labios sobre la caña de la pipa. Parecía listo para esos momentos y no dejaba traslucir la menor aprensión…

Luego Chiodi se lamentó del efecto del frío en sus piernas, the black, houndlike mute of cold raiding the frosty pavé, y Sicco propuso retirarse a un cafetín a trasmano, bastante seguro, aunque, como él mismo admitió, muy poco atractivo, sucio y con unos jugadores de cartas que jugaban con feroz determinación, donde brillaban los huecos en las vitrinas… Entonces Chiodi, con una hermosísima pirueta de humour propuso el prostíbulo elegante como el hall más aconsejable para intercambiar dos palabras descomprometidas con las meretrices aspasias —«las mujeres más leales del mundo»—, sin el menor interés por el sexo. Los dos se apuntaron, solo que Sicco rogó que no se entretuvieran mucho, dado que él debía tomar el primer tren con la appalling earliness de la mañana. Lo acercaba a Johnny, infinitamente más que en otros tiempos, la sobria y tranquila expectativa de su juramento, la seguridad de que conservaría el mismo tono educado y distante delante de los oficiales fascistas que iban a recogerlo y a dotarlo de

los instrumentos más útiles para el mejor desenvolvimiento de su voluntaria labor antifascista.

—Y no hay que tener mucho miedo de que nos atrapen en el prostíbulo. Si llegan los fascistas, opino que no nos tocarán un pelo, porque prevalecerá la solidaridad prostibular del macho italiano y acabaremos con un mano a mano, fuera de la política y por encima de ella.

Y riendo, se dirigieron al prostíbulo elegante.

Se hallaba desierto por completo y sin la menor esperanza de frecuentación, hasta el punto de que las señoritas estaban vestidas de calle y jugaban al póquer en el comedor, fumando. La gobernanta milanesa saludó calurosamente a Johnny, hizo una reverencia moderada al profesor y otra muy fría a Sicco, que no paraba de chupetear su pipa apagada. Estaba claramente preocupada por el cariz que tomaban los negocios, y aun así parecía que la propia nobleza y antigüedad de la profesión inspiraban discreción y dignidad a sus jeremiadas, aunque al final se permitió desfogarse con la amplitud y el abandono de una tendera cualquiera en crisis. El primer golpe grave había llegado con el armisticio y la desmovilización, que las dejó sin señores oficiales y suboficiales; el segundo y más grave, no tanto por el volumen como por la incidencia, fue la disminución en la frecuencia de civiles.

—Lo encuentran fuera. ¡Lo encuentran fuera como nunca antes! —se lamentaba—. Todo culpa de la guerra. Y nadie piensa ya en la moral, ya no hay religión, y todas… solteras y casadas. En la calle existe ya el amor libre sin restricciones. Y nosotras estamos…

—… abandonadas a su suerte —concluyó Chiodi.

Las mujeres no parecían desmoralizadas. Jugaban con una souple despreocupación, fumando con caladas cortas y rápidas como picotazos, traspasando de vez en cuando con miradas de soslayo, perfectamente inintencionadas, a los huéspedes, hasta que Sicco dejó caer la pipa, se levantó rígido como un palo y señaló a la rubia de la cabecera de la mesa.

—Perdonen la infracción —dijo—, pero… el caso es que van vestidas de tal forma que…

—Te comprendo y te justifico —dijo Chiodi—. Podría ser la última.

—El coito a la sombra de la guillotina. With the big blonde —

añadió Johnny.

La morenita, la más delgada y menos profesional de las dos restantes, depositó las cartas en la mesa y sacó un paquete de R6. Le frenó el gesto de ofrecimiento la mirada oblicua y asesina de su compañera.

—Fumas alemán —dijo Chiodi sin subrayarlo.

Entonces la compañera, una véneta gruesa y pulcra, con los ojos exaltados por naturaleza, explotó.

—Esta tiene un amigo en la República…

—Puta —dijo Johnny con una sonrisa líquida y con mucha gracia.

La véneta hizo el gesto de darle un pescozón a su compañera. Intervino la gobernanta, con un súbito paroxismo de elevado pitch.

—Señoritas, no volvamos a empezar. Parad ya, brutas… Estáis aquí para trabajar. Es la falta de trabajo lo que os pone esa cabeza de chorlito.

Pero la véneta insistía.

—Yo he visto a su amigo, es inútil que lo niegue. En la estación de Bra, en el cambio de trenes. Una cara de m… como no he visto otra igual en mi vida y he visto muchas en mis trece años. Iba de guapo y de matón, sin apartar la mano de la pistola a medio desenfundar. La próxima vez le dices que se la meta entera por detrás, ¡aunque no tanto que no pueda apretar el gatillo!

La morena agachaba la cabeza, ofreciéndosela al humo ascendente del cigarrillo como a una inhalación sacrificial, y el miedo agitaba sus hombros delgados de un modo perceptible.

—Lo que me revienta —insistía la gruesa— es que yo era su amiga y protectora, la llevaba a dormir conmigo todas las noches y la acariciaba horas y horas. Usted lo sabe, señorita, usted ha sospechado siempre algo. Y esta… tiene un amigo en la República. Pero pronto llegará el día en que un partisano lo deje seco. Sí, sí, no tengo miedo ninguno de que me denuncies, porque, ¿sabes?, siempre me dará tiempo a cogerte por la horcajadura y abrirte hasta la cabeza como una vara.

Johnny miro a Chiodi atraído por la señal umbrátil que le llegaba de su mano suspendida en el halo de la lámpara.

—¡Señoras! ¡Señoras! ¡Yo voy gritando paz, paz, paz! Por la vulva no deben hacerse tragedias. A la vulva no se la ordena ni se le

atribuyen responsabilidades. Yo hago votos porque esta guerra especial, que verá muertos sin cuento y de toda clase, concluya sin que al menos nadie muera por su vulva. Quiera el cielo que la matanza sea solo de hombres y que las vulvas puedan, impunemente y sin discriminaciones, fortificar a los combatientes, confortar a los *morituri* y al fin ser el premio supremo de los vencedores.

—¡Qué asco! —epitomó la véneta, arremetiendo como una masa de carne granítica contra la morenita muda y dolorosa.

—El profesor, porque se trata de un profesor —intervino, agradecida, la gobernanta—, ha hablado como un libro abierto. Ocupaos solo de vuestro trabajo y de vuestro provecho, con lo vuestro no se hace política y los c… no llevan uniforme. Quien tenga ideas, que se las guarde.

La véneta no añadió más, se limitó a repetir el gesto del pescozón, aunque esta vez con una cierta ternura, con un cuidado especial, como dando a entender que aquella misma noche se la habría llevado a la cama para acariciarla hasta las primeras luces. En ese momento se percataron de que Sicco y la rubia habían bajado hacía ya unos minutos, y ella dijo con una voz inculta y faltering:

—Yo siempre rezo por los partisanos. Todas las noches digo una oración por los partisanos.

Y ante la resuelta palabra hubo un temblor y como un vuelo en la densa y cerrada atmósfera de la casa. Johnny sintió que era doloroso no ser aún partisano y quedar excluido del disfrute de aquella plegaria de meretriz.

Se estrecharon la mano antes de separarse, Chiodi camino de su vigilia filosófica, Sicco de su breve y quizá atormentado sueño destinado a truncarse a las cinco de la mañana en la estación gélida y humosa y en el tren que debía trasladarlo a un cara a cara con los oficiales fascistas, tan míticos como sus antagonistas partisanos.

Johnny se encaminó hacia una noche tétrica previa a un goalless día vacío, trémulo y sin fin. En el cielo pesado, cuyas estrellas estaban como clavadas en el terciopelo, gemía un avión con una infinita conciencia de minusculidad, siempre al borde del naufragio. Era un aparato de nacionalidad desconocida, tal vez waged y pilotado por un moderno y aeronáutico capitán Nemo que, según la

voz popular, ametrallaba todas las luces que violaban la oscuridad movido por una exigencia fanática de tinieblas absolutas.

Capítulo 4

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Johnny subió al desván para ocultar la pistola, con el cerebro sickening de imaginar el tiempo que quedaría allí enterrada. Subiendo la escalerilla impracticable, insidiosa, hacia la disminución oscura y corrugada de los techos bajos, pensaba en los tiempos de su infancia, cuando el desván era el más satisfactorio y aventurero de sus resorts indoor. La pendiente musgosa de los techos, la maraña de vigas y tablas, la propia tosquedad de las paredes, la numerosa y tranquila población de avispas y de cucarachas, la dispersa presencia de botes y de hojalatas como parte de un acorazamiento general, el aire tibio e inmóvil atravesado por el zumbido de las avispas como laxos enjambres de flechas, la ausencia y hasta lo inconcebible de las mujeres en aquel lugar, todo contribuía entonces a que considerara el desván un agradable teatro de aventuras o al menos un lugar del mundo donde no había que hacer más que montar la guardia y combatir. A veces se metía en la hendedura del tragaluz, vertiginosamente elevado sobre el atrio sagrado, que daba a los gruesos muros de la catedral, y con una facilidad pasmosa se identificaba con un defensor (su congénita, hectoriana, preferencia por la defensiva) y se imaginaba rechazando un asalto múltiple desde un lugar ventajoso. En principio, podía pensar que mataba a tiros a unos hombres blancos, pero le costaba un sobresalto de la conciencia que influía para mal en la puntería y entonces pasaba a los pieles rojas o a los negros de África; aun así la cosa estaba lejos de ser perfecta y heart-setting quite y solo se ponía en su sitio aplicando a los asaltantes rojos y negros los más llamativos y atroces warpaints. Ahora, sin embargo, era cuestión de blancos, se dijo mientras introducía la pistola envuelta en cartón y algodones en el hueco de una viga maestra y enmascaraba el relleno sin

aprensión, incluso con un cierto deleite inspirado por su fantasía decorativa. Pero todo lo envenenaba el pensar que estaba ocultando una pistola para que le sirviera quién sabe cuándo.

Reinaba en el desván un frío abstracto y artificial, de frigorífico. Bajó la escalera recordando la adecuación de los escalones a su paso de niño; ahora su pie titubeaba debido a la escasa separación de los peldaños y al empinamiento precipitoso.

Su padre regresaba de la compra con el aire al mismo tiempo diligente y abatido de un intendente. Su madre estaba indispuesta, como si todo el peso de la Guerra Mundial recayera en su hígado, y ya casi no se movía, casi no hacía nada sin apretarse con la mano el costado de su condena. Pero hoy la depresión de sus padres era abisal, invasora, desafiante de todo disimulo. Johnny quiso saber de su madre, sintiendo una irritación apriorística por la lentitud narrativa, constitucional y al mismo tiempo voluntaria de su padre, por su inconsciente procedimiento hermenéutico. Su madre se hallaba hoy speechless aquejada de algo más que las punzadas hepáticas y el hermoso rostro de su padre se abría a la revelación.

—Ayer por la noche dijiste que habías visto una columna alemana.

—La vi y lo dije.

—¿Y sabes de dónde venían? No lo sabes. De B… Una vez, de pequeño, pasaste por B… con nosotros, cuando teníamos el 509…

—¿Qué han hecho los alemanes en B…?

—Tomar represalias.

Por unos cuantos muertos que les habían causado los partisanos ocultos tras las peñas del pueblo, al día siguiente quemaron, asesinaron, rastrearon, saquearon…

—Incluidos dos curas, uno de ellos cosido a tiros entre las llamas que lo habrían matado igualmente.

El espectáculo del día anterior se le hacía ahora más concreto y al mismo tiempo espantosamente desfasado; por el contrario, veía con toda claridad a los autores de las represalias asomados con toda tranquilidad a las barandas de sus camiones, contemplando el paisaje en touriste durante aquella crepuscular parada fuera de programa. No menos horrible resultaba la palmaria tendencia de sus padres a execrar *in primis* a los inconscientes tiradores partisanos que jugaban a la guerra con los alemanes. Su madre se apresuró

dolorosamente a sacar partido de la situación.

—Ni el mismo Dios los mantendrá lejos de nosotros. Johnny, regresa enseguida a la colina.

Pronto, en los primeros días de diciembre, ocurrió algo, aunque fuera una cosa a medio camino entre la diplomacia y la violencia. Aquel día, por suerte, Johnny se hallaba a las afueras de la ciudad, en casa de su primo, para aliviarlo solo un poco del mortal aburrimiento de una reclusión observada a rajatabla, y el tío estaba curiosamente, morbosamente despreocupado y absorbido por la centésima lectura integral de *Los miserables*, el único motivo firme que lo trasladaba a él, comerciante retirado y conservador, a su traicionada juventud socialmaximalista. Por la empañada ventana, seguían con la mirada la pendiente helada hasta los pálidos muros de la ciudad, mientras que la caja de la radio vibraba en la mesmérica espera de La Voz de América. De vez en cuando, el tío levantaba la enorme cabeza de las páginas desgastadas de su libro de libros y sentenciaba con una voz trémula de admiración por el otro siglo y de desprecio por el presente:

—Víctor Hugo. Escritores como este solo nacían en mi época. — Los dos primos se precipitaron a mostrarse de acuerdo to stop him not to break el zumbido del trajín que se traían sus respectivos cerebros demasiado llenos y demasiado vacíos.

Todo ocurrió en aquellos instantes a la vez soñolientos y neuróticos en la cúbica clausura de la ciudad. En facciosa aplicación del bando de Graziani, se presentó de repente, procedente de Cuneo, un importante grupo de republicanos armados para detener a los renuentes a la leva que ni siquiera se habían dignado responder al bando. Ante su previsible y preparada ausencia y ante la desesperada necesidad de no dejarlo correr por las tremendas consecuencias que podía acarrear en un futuro, ampliaron la responsabilidad política de los lejanos renuentes a sus padres, que estaban en casa, y con la ayuda de unos torvos y aterrorizados carabineros trasladaron a los familiares a la cárcel del distrito, a dozen of them, y se sentaron a esperar el inevitable resultado de la presión psico-sentimental. A primera hora de la tarde los republicanos abandonaron la ciudad domesticada, dejando el mando de la custodia a los carabineros locales, reforzados por un grupo traído de Bra.

Hacia las seis llegó a la casa de campo una nota redactada con la grafía elemental y ataráxica de la madre de Johnny: no moverse en absoluto, no bajar a la ciudad horrorizada y aun así hirviente; los carabineros aterrorizados pero durísimos; rogar a la tía una hospitalidad ilimitada.

Johnny bajó de inmediato a la ciudad, entre las sombras vespertinas, con la excitación de acercarse a la grande y misteriosa caja de la agitación. La arboladura de la circunvalación se sacudía de un modo innatural, produciendo un sonido de huracán. Oyó a su espalda un paso precipitado en el asfalto y se dio la vuelta. Era Luciano, huido de casa para recuperar, también él, su medida de hombre, que en un instante se colocó a su lado, silencioso, resuelto y fiel. Los otros habían roto las reglas del juego, todo un código secular, y ellos bajaban a ver, a protestar, a borrar la infracción.

Las calles de la periferia estaban absolutamente mudas y desiertas, pero desde el centro de la ciudad se filtraba un runrún grilloso y sin embargo en extremo cardiaco. Y misteriosa y cardiaca era la sensación de calcar las pisadas de los fascistas en el adoquinado urbano. La certidumbre de un inevitable acto de fuerza los poseía ya entera, fibrosa, alentadora, vigorizante. Johnny se volvía loco pensando en su pistola sepulta, recuperable solo a costa de traspasar la barrera amenazadora y lacrimosa de sus familiares.

—Yo llevo mi pistola reglamentaria —dijo el primo.

En las calles del centro se percibía un movimiento ratonil, como de escabullida o de esgrima, de gente toda joven. Los dos primos se amalgamaron con el grupo, ningún rostro conocido en concreto, sino todos jóvenes y ciudadanos. La tenían tomada con los carabineros, sobre los que arrojaban todos los epítetos y los insultos de la tradición popular, añadiendo uno nuevo e infinitamente más gravoso: «traidores». Casi todos llevaban un arma, pistolas y pistolones, modernísima u obsoleta, y alguno presentaba en el trasero la deformación bubónica de una granada. El entendimiento fue inmediato, embriagador, un entendimiento de sangre por encima de los gritos y de los odios. Mientras los demás planned el ataque a la cárcel para liberar por las buenas o por las malas a sus familiares presos, el mayor de todos, muy por debajo de los cincuenta años en todo caso, continuaba maldiciendo a los carabineros con un odio congénito por todos los cuerpos policiales,

aunque con la alegría del gritón de feria.

Hablaban todos a la vez o quizá todo confluía milagrosamente en un acuerdo rápido, claro y perfecto. La mayoría iba armada de antiguallas familiares o de la fangosa herencia del IV ejército en torrencial desbandada. En la plaza, hizo su aparición el comandante de la policía municipal, gordo, hipertenso y estrábico, plantígrado sobre sus botas apantufladas, con todos sus entorchados relucientes en el anochecer. Levantó una mano y dijo con la más paternal de las voces:

—Disolveos, muchachos, hacedme caso, disolveos. No es una orden, se entiende, es el consejo de un padre de familia. Volved a casa, chavales.

Le respondió una risotada general, de absoluta hilaridad, recorrida solo en parte por una vena de acritud, pero bastó para que vacilara: el buen hombre de las multas al football, el príncipe de la policía municipal, interponía su divisa petty como un stop ante todo aquel que escupiera decididamente a las estrellas de los generales. La ofensa dio nueva fuerza a su voz, reequilibró un poco la tottering figura y le sugirió una medio orden en lugar del pretendido consejo; pero entonces salió del nocturno grupo un chico, ciertamente una rata de las casas populares (aquella mezcla de lazareto y de casba que daba al arroyo maloliente), cuyo cuerpo se prolongaba en un increíble pistolón decimonónico, que, al levantar el can, produjo un clic exagerado y sobrecogedor. El pequeñajo le apuntó en plena barriga official, le ordenó que se diera media vuelta, marshalled him con el pistolón en los riñones hasta los soportales del ayuntamiento y lo metió en el cuerpo de guardia de UNPA [7] remembrance.

—¡Y cuidadito con sacar la nariz!

Rieron todos seco y breve, había llegado la hora de los carabineros.

Marcharon hacia el cuartel sin mirar atrás y con una maravillosa indiferencia hacia su número. La gente se asomaba a puertas y ventanas, irresistiblemente sacudida del letargo malsano y voluntario que databa del ocho de septiembre. Los jóvenes confluían desde todas las puertas en el gran recolector, los mayores llegaban con un silencio grim, otros aconsejaban prudencia y astucia con voz prudente y astuta. Por la plaza mayor avanzaban

otros grupos desde las cuatro arterias cardinales, confluían y se coagulaban con una silenciosa sincronía. El muchacho que se acercó a Johnny, codo con codo, llevaba al hombro una carabina de caza de mucho valor, y Johnny volvió a desesperarse por culpa de su pistola absurdamente oculta.

Ocupaban entera la última calle anterior al cuartel, como una masa elástica y compacta, rasando los vacíos con sus extremos, rozando los rostros de las mujeres asomadas a las ventanas, que los miraban sexualmente excitadas. Un chico, el primero de todos, marchaba blandiendo un megáfono.

El cuartel estaba encajado en una manzana aislada, pero ahora parecía la construcción más solitaria del mundo, una fortaleza lunar, oscuramente hermética, y su sombra fúnebre se proyectaba con toda claridad en macabras fracciones sobre la calle blanca de luna decembrina. Se dispusieron todos de frente, comprimidos y embotellados en los cuatro metros de la calle bloqueada al fondo por la empalizada del frontón. Al ocupar, al consolidar su puesto o footholding, Johnny pensó que si los carabineros, llevados del odio o del temor, disparaban una ráfaga se produciría una matanza. Y Luciano lo dijo en voz alta y adulta, sin titubeos. Pero nadie se movió ni comentó nada, todos a una en aquella falange encallejonada. Mientras, el muchacho desconocido se había llevado el megáfono a la boca y lo levantaba como un arma contra la verja tupida que, delante de la fachada del cuartel, rodeaba su front-garden, un absurdo e insignificante melindre verde en la torva fachada.

—¡Carabineros!

La voz rebotó contra la pared y las rejas de las ventanas más letal y aterradora que una descarga a quemarropa. El megáfono engordaba la voz del chico y la amplificación la desnaturalizaba. Pero un silencio perfecto aisló y fortificó aún más el cuartel.

—¡Carabineros Re-a-les!

Tampoco esta vez hubo respuesta, si bien entre las rejas ciegas se podía adivinar la oscilación de las armas como ramas al viento.

—Carabineros, os hablo a vosotros. Sé que me oís, carabineros. No queremos más que liberar a los presos. Dadnos las llaves de la prisión o telefonead a los celadores. A vosotros, carabineros, no se os hará ningún daño. Ha sido una cerdada de los fascistas, lo sabéis

tan bien como nosotros, y solo queremos borrarla. Adelante, carabineros, dadnos la respuesta que esperamos.

Nada, todavía nada, hasta que un chico perdió la paciencia y lanzó una granada al otro lado de la verja, apuntando a la fachada, pero fue a caer mucho antes y fulminó en una aureola roja un joven cerezo del jardín, del que tuvieron una visión instantánea como a través de los rayos X. Entonces desde un entresuelo del cuartel partió una ráfaga de ametralladora alta, admonitoria, que se aplastó contra el lejano muro del frontón y dropped en el polvo blanquísimo y congelado. Un hombre arrancó el megáfono al chico y se escabulló al resguardo de la tapia, blandiéndolo en alto como un periscopio. Tenía una voz adulta, que ni siquiera la desnaturalización del megáfono privaba de su dialéctica congénita, de su diplomacia nativa.

—Carabineros, vosotros queréis sellar vuestro destino. Las ráfagas no nos han dado ni frío ni calor. No somos niños, sino PARTISANOS, partisanos del monte que hemos bajado a la ciudad para limpiar esta mancha… También nosotros tenemos ametralladoras, carabineros, y cañones y blindados. Si nos obligáis a luchar, acabamos en un minuto, pero en ese caso ya no tendréis excusas. ¿Entendido, carabineros? Somos partisanos y entre nosotros también hay carabineros, conmilitones vuestros.

Terminó y se dio la vuelta con un rostro ansioso, maravillosamente demandador de un juicio del bluff.

Se percibía el crujido del silencio, el chisporroteo eléctrico de los átomos del silencio, luego se oyó un chasquido en la puerta del cuartel y salió una figura casi invisible por la intensidad de la luz lunar. Blandía una linterna eléctrica, que bañó toda su persona para exhibir el uniforme de oficial, y avanzó hasta la verja sobre el desesperado crujir de la grava. El hombre del megáfono salió a su encuentro. Se oyó su voz indescifrable pero dura cuando el oficial hizo el gesto de apuntarlo con la linterna y se vio que lo detenía con rudeza cuando quiso dirigirse al grupo. Las palabras de ambos llegaban secas pero incomprensibles, como las rachas de un viento pantanoso. No debieron de entenderse porque se separaron cada cual en una dirección con el paso rítmico de dos preduelistas. El hombre regresó y dijo en voz muy alta:

—¡Todos listos! ¡Que avance la tanqueta!

Con la crisis del bluff los carabineros se rindieron. Los rebeldes invadieron el jardín y los carabineros, sin armas visibles en su cuerpo, se colocaron con una afectada indolencia contra las paredes del cuartel, encendiendo pitillos con mano airada e insegura, pero les bastó un minuto y el resplandor de los cigarrillos para darse cuenta de que no se trataba de verdaderos partisanos bajados del monte, sino de chiquillos en su mayor parte, de chiquillos transgresores, de los que se desmoralizan y se orinan ante un rostro feroz y una voz profunda, armados de ridículas reliquias familiares… Entonces bajaron la cara al pecho y la mantuvieron así, aunque no les bastó para enmascarar la vergüenza y la rabia, la quemazón que producía en ellos el bluff. Johnny, antes relented por su suerte de defensores del orden asalariados, volvió a endurecerse al presenciar la impúdica revelación, pero intervino cuando uno de los suyos, un hombre de más de treinta años, se lanzó contra un carabinero, como todos los demás fumante y miserablemente sullen, y le propinó un puñetazo y una patada.

—Déjalo.

—¡Se lo he dado por mi padre! ¡Esto te lo ha dado mi padre!

—¿Qué le ha hecho a tu padre?

—Eso, ¿qué le he hecho yo a tu padre? —se lamentó el carabinero.

—Tú nada, pero otros carabineros como tú lo detuvieron por un robo que no cometió ¡y para obligarlo a confesar le pegaron en el pecho con unos sacos pequeños de arena! Desde entonces hasta que se murió no paró de toser.

Aquello hirió a Johnny, que se veía a sí mismo no como un hombre hecho de carne y sangre, sino como un aglomerado de fibras de páginas de libro. Pero no quedaba tiempo, all-calling el grueso de la tropa se dirigía a las prisiones, con el oficial y tres carabineros nucleados en su interior. El oficial, que caminaba a ciegas y se dejaba guiar con una confianza necesaria por el grupo que lo había incorporado sólidamente, empezaba a jadear de un modo audible.

Hasta ahí todo había parecido un acto urbano: un enjambre de chavales de una determinada ciudad había cometido una diablura solo para remediar una porquería perpetrada en la citada urbe, pero a medio camino de la cárcel entonaron con prodigiosa

espontaneidad y sincronía el *Himno de Mameli*[8], tal vez para anunciarse desde lejos a los presos y a los celadores. Los carabineros no tardaron en sumarse al coro, aunque puede que solo movieran los labios.

Embocaron el callejón entre la cárcel y la iglesia contigua sin abandonar el himno, oyéndolo recoger y repetir dentro de los muros, mientras que el oficial llamaba al portal tachonado. Los celadores no se decidían ni siquiera a hablar con el oficial por la mirilla, pensaban que debían interpretar al revés lo que decía porque iba presionado por las pistolas. El himno fue agonizando y dio paso en las gargantas a un grito de impaciencia. Los celadores abrieron y se hicieron a un lado para no verse arrollados por la triunfante estampida. Las decenas de presos estaban ya agrupadas en el patinillo y en las escaleras, por asco de las celdas y de su insuficiencia. Se abrazaron y se besaron. «Johnny, besa a mi madre, te lo pido, hazme ese favor», dijo uno de los insumisos, y Johnny continuó entre las palmadas que confluían en su espalda. Todos los liberados se preocupaban de decir en voz alta que los celadores habían sido buenos y amables, comprensivos y humanísimos. El oficial, con voz sofocada, decía a todos y a nadie en particular:

—¡Cuidado, por favor, tenga cuidado de que no se escapen los presos comunes!

Los guardias de la cárcel, hombrecillos del sur que gañían, rabeaban y sudaban, se movían de acá para allá y, aprovechando un terreno conocido por ellos y prohibido para la inmensa mayoría, maldecían con las manos unidas el deber y el orden, bendecían la idea, los hechos y los actores, y rogaban snivelling a los que hablaban en dialecto que se expresaran en italiano for their ears' sake.

Uno hablaba apoyado en la pared salitrosa y maloliente.

—Había que hacerlo y se ha hecho bien, pero traerá consecuencias. Los fascistas no pueden pasarlo por alto o están perdidos. Hay que esperar una represalia a lo grande en el giro de veinticuatro horas. Al oficial no cabe tocarlo, pero puedes jurar que en cuanto entre al cuartel agarra el teléfono y les hace a los fascistas un relato completo.

Le echaron una ojeada, exhausto, lacio, amarcial, y comprendieron que iba a reunir sus últimas fuerzas para informar.

—Es mejor para todos irse a dormir a la colina o por lo menos cambiar de casa y no dejarse ver durante todo el día de mañana.

Aquello terminaba, quedaban solo unos pocos a la espera del discurso laudatorio de victoria y libertad que se alejaba subsiding, y salieron del patinillo para que el portal volviera a cerrarse detrás de los presos comunes y de los celadores. They tottered a little con el dulce cansancio posterior a la primera gran revuelta. La revuelta había sido grande porque el oficial era el retrato de una Italia inquebrantable y engallada desde hacía siglos. Increíble pero cierto.

—Te acompañaría un rato, pero estoy cansado —le dijo a su primo—. ¿Vienes mañana a pasar el día conmigo en la colina?

Se fue a casa tan lentamente como nunca había caminado, con un desfallecimiento externo e interno que le imponía una sonrisa abandonada, estúpida. En el feroz frío del diciembre nórdico se movía como encapsulado en una campana con la temperatura de finales de mayo. En casa bebió de un trago un vaso de agua tan fría que se espabiló por completo, como si surgiera de un sueño agitado. En el pasillo le salió al encuentro la respiración de sus padres, alterna, ordenada. Se detuvo largo rato bajo el sortilegio de aquel nocturno alentar. «Nunca me había dado cuenta de esa respiración que un día se apagará…».

Hacían bien en dormir mientras él vivía su vida y atacaba a la fuerza pública y sus instalaciones, prácticamente armado, tanto más armado cuando y donde inerme… De la profundidad del sueño de su padre podía fiarse, pero no de la de su madre, que dormía siempre con un ojo abierto. En efecto, lo llamó a la puerta del dormitorio del matrimonio y sin levantarse preguntó por lo ocurrido, había oído un gran clamor, mucho cantar y dar palmas, pero tal vez fuera una ilusión…

—¿Qué ha ocurrido?

—No ha ocurrido nada.

—Sin embargo…

—Si ha ocurrido algo lo sabremos mañana.

—Mañana…

—Si te duermes, mañana será dentro de un diminuto segundo.

Se acostó de espaldas, sintiendo su peso como nunca en la cama dúctil; nunca como en aquel momento había tenido una sensación clara, plástica, de su enorme peso, de su aterradora concreción de

hombre.

Por la mañana toda la ciudad hablaba del acto de fuerza de la noche anterior. Al parecer, el predominio de la fantasía estimulada achacaba todo el mérito y la responsabilidad a unos auténticos aunque fantasmagóricos partisanos de las colinas altas, efectivamente equipados de tanquetas (¿quién no las había visto estacionadas en su dinámica inmovilidad a las puertas de la ciudad con la ametralladora apuntada?) y dirigidos por oficiales de las tropas alpinas, entre los cuales estaba un tal teniente Johnny…

—¿Tú estabas? —le preguntó su madre apenas con un atisbo de interrogación.

Johnny agitó una mano para significar la levedad de su intervención y el escepticismo a propósito de las consecuencias. En aquel momento llamó a la puerta el ujier principal del Ayuntamiento, un hombre de la vieja escuela eclesiástica, muy hábil, prudente y mesurado, que solo esperaba el final de todo para reconstituir la sección del Partito Popolare. Quería hablar con el padre de Johnny, pero no le importaba que estuviera delante toda la familia, una familia tan distinguida, tan admirable y… tan desgraciada. La botella del ruibarbo tembló y tintineó en las manos de su madre cuando el viejo pronunció silabeando aquello de «desgraciada», pero el viejo sonreía ya y se excusaba agitando la mano blanca. Dijo que debían esperar represalias por el acto de la noche y que él sabía que iban a traducirse en la captura simultánea, en calidad de rehenes a tiempo indefinido, de una veintena de ciudadanos. La lista había sido redactada y entregada a quien correspondía por el viejo abogado fascista Cerutti antes de enrolarse en la lejana brigada negra donde ahora reverdecía. Todo estaba dispuesto de antemano y él conocía la hora en la que se moverían las distintas escuadras de arresto.

—Está bien, gracias, pero… —dijo opacamente el padre de Johnny.

—Usted es el quinto de la lista —dijo entonces el ujier, aunque con una voz que quitaba importancia al hecho.

—¿¡Yo!?

—¿¡Mi marido!?

—¿¡Mi padre!?

—¿Y por qué?

—Por socialista…

—¿¡Yo!?

—¿¡Mi marido socialista!?

Johnny tuvo un ataque de risa histérica que se desbordó en un sollozo de rabia. ¡Su padre socialista! Bueno, por lo que le tenía oído, las rarísimas veces que se había expresado, siempre tuvo atragantado el asesinato de Giacomo Matteotti [9]. El retrato crepuscular del mártir y aquello de «la idea que hay en mí no muere» eran quizá las únicas cosas que tuvieron en alguna ocasión la increíble capacidad de conmoverlo imaginativamente… ¡Socialista! Su padre estaba mudo, tal vez solo concentrado en recordar entre una neblina remota la vieja cara viciosa del abogado Cerutti, pero su madre sufrió un ataque de angustia y de hepatitis. El ujier intervino, suave y tranquilizador, con la voz ablandada y serena por el dulzor del aceite de ruibarbo.

—¡No vayan a sufrir una crisis, por el amor de Dios! No es una tontería, pero tampoco una tragedia. Hágame caso. Haga el pequeño sacrificio que le aconsejo. Váyanse los tres a la colina, a la casita donde se refugió su hijo después del ocho de septiembre. —Los tres levantaron la cabeza al mismo tiempo ante aquella idea, que se explicaba en un hombre de la curia—. Perfectamente podría ocurrir que no tuvieran que quedarse más de una semana. Cierren bien la casa y yo prometo pasarme una vez al día para comprobar que todo está como es debido. Me comprometo.

Se decidió sobre la marcha; decidió su madre con su totalitaria confianza en los hombres paraeclesiásticos, a su parecer maestros de sabiduría mundana imposibles de traicionar.

—Solo lo sabremos el señor vicario general y yo —dijo el ujier.

—Es deseo mío que lo sepa también el señor vicario general —dijo su madre, movida por su genio inconsciente para el protocolo.

—Confío en que no tengan que estar más de una semana, pero no se muevan sin mi aviso, esperen mi aviso. —Y se retiró reculando y eludiendo los agradecimientos.

Johnny solo recomendó a su madre que cogiera calzado para la nieve y lo dijo con una vacilación más fuerte que él, pero no fue la cerilla que incendió la nitroglicerina de la intuición materna, porque su madre estaba absorta en el programa de estibar las maletas. Johnny subió ágilmente al desván y retiró la pistola.

A la una de la tarde estaban en la colina, después de un viaje tranquilo y fatigoso, salpicado solo por las preocupaciones financieras de su madre.

—El dinero se nos va más rápido de lo previsto.

—El dinero se recupera, pero el pellejo no ha conseguido recuperarlo nadie —dijo su padre.

—No os preocupéis por el dinero. Cuando esto acabe, trabajaré yo. Y para el verano tiene que haber acabado todo.

La casita tenía un aspecto nuevo y asilvestrado. En todo el entorno había una atmósfera nueva, íntegramente invernal: el río, el llano, la colina, todo con un presagio de cementerio sin resurrección primaveral. La ciudad se destacaba entre los vapores inmóviles de la bruma, grisácea de aprensión, en el coma de una espera negra. Tenía un aspecto tan feral que consolaba estar fuera. En cuanto a Marida, los lugares de ellos dos, los setos, los senderos y los nichos de la colina:

> When yellow leaves, or none or few, do hang
> Upon those boughs, which shake against the cold,
> Bare ruin'd choirs, where late the sweet birds sang… **[10]**

Se arrepintió al ver que su madre, a pesar de la hepatitis, se afanaba en prepararle la cama, aquella cama que, salvo una traición a sí mismo de última hora, no pensaba ocupar. Pero ¿podía decírselo?

La tarde y la noche se precipitaron niagáricamente. Todo murió, salvo la oscuridad y el viento, un viento fuerte que quebró los nervios de su madre. Ella tenía una necesidad adrenalínica y al mismo tiempo estupefaciente de Radio Londres, y la falta de la radio le produjo una crisis. En cambio, su padre se estaba alojando cómodamente en el nuevo entorno psicológico, con su adaptabilidad sinuosa y opaca. Se fueron muy pronto a la cama, su padre frotándose las manos en un acceso de euforia física, dándose un baño de seguridad inquebrantable y exclamando con una voz increíble, infantilizada y cantarina:

—¡Qué bien acostarse, con ese viento afuera!

Johnny había dicho que se quedaba un rato a leer, pero cuando

se apagaron los ruidos upstairs, apartó el libro de Marlowe y elbowed down para escribir una carta, apenado por su brevedad y su businesslikeness. Iba dirigida sobre todo a su madre, y estaba mal, aunque fuera un mal menor: se le hacía insoportable hasta la idea de asistir de visu al duelo de ella entre el amor creativo y el amor posesivo. Resultaba heartrending pensar en la mañana que le esperaba a su madre en la dreary colina, delante de aquella carta demasiado breve y contenida que tal vez iba a ser su único life-piece en lo que le quedaba de vida, si a él… si la aventura acababa mal. Pasó el dedo por la hoja, como para dejar otro rastro de sí mismo que su madre sabría descubrir sin la menor duda entonces, si… Pero era una mujer fuerte y valiente and mainly from her he knew to draw the things for his opening adventure, y poseía además una firme vena de orgullo religioso.

Para los últimos movimientos confió en su paso sigiloso, rigurosamente mudo, un don que había cultivado. Todo salió bien, la pistola en el pecho, pero ahora un monobloque, como un músculo incorporado y ya activo. Solo para ponerse los zapatos de nieve salió fuera, al viento ululante y perturbador.

Partió hacia las colinas altas, la tierra ancestral que lo iba a ayudar en su inmoto posible, en el vórtice del viento negro, sintiendo que un hombre es grande cuando adopta su dimensión humana normal. En el momento de su partida se sintió investido —nor death itself would have been divestiture— por el auténtico pueblo de Italia para oponerse por todos los medios al fascismo, para juzgar y ejecutar, para decidir militar y civilmente. Tanta cantidad de poder era embriagadora, pero lo era infinitamente más la conciencia del uso legítimo que pensaba darle.

Ni siquiera físicamente había sido nunca tan hombre. Doblegaba, hercúleo, el viento y la tierra.

Capítulo 5

Eran las cuatro p. m. y Johnny estaba en las colinas altas, fúnebres a causa de la capa de nieve ya sin destellos, como corrompida por el incipiente dusk de una sucia lepra arsenical. Estaba delante de Murazzano, y dado que él lo consideraba el borde extremo de las Langhe, se le oprimió el corazón. No quería ir más allá de la región para no romper el límite atávico y hasta Murazzano no había encontrado ni huella ni sombra de partisanos, que existían, sí, pero tan abstractos como el Polo Norte.

Llegó el crepúsculo y lo asaltó el cansancio con una garra traicionera y lógica. Llevaba viajando desde la mañana, a pie por la nieve y las placas de hielo, exceptuando el breve tramo que había hecho por las colinas medias en coche de línea, un cuchitril móvil de frío y de miseria. Luego nuevamente a pie, hacia las top-hills. Los poquísimos que encontró por el camino, hombres a los que el peligro cercano y la desconfianza congénita hacían ásperos y snivelling al mismo tiempo, caminantes como él con la barbilla anidada en el pecho para eludir la puntería y el sadismo del viento vil, lo miraban como si ya reconocieran al partisano. En un cierto momento, solo quedaron tres en el coche de línea: Johnny, el conductor y un carabinero mayor. El conductor no era un hombre ni más evolucionado ni más consciente que un carretero de los antiguos; el carabinero era un hombre macizo y arisco, visible y ostentosamente inerme, con una barba de muchos días que le asilvestraba las sólidas mejillas. No cruzaron palabra.

Dieron las cuatro en el campanario de Murazzano, el único objeto, con la torre, que emergía del bajo sudario brumoso que envolvía el lazarino pueblo. Johnny oathed, sighed y luego fue a rodear la loma detrás de la cual se extendía el último camino que conducía recto al pueblo. Lo quemaba por dentro y luego lo helaba

el pensar que aquella noche, la de su peánico y fatídico día de ingreso en los partisanos, tendría que llamar a la puerta de una pensión para pernoctar allí, aún no partisano, sino miserable viandante como otro cualquiera. ¿Y si el dueño de la pensión, examinado su rostro ya distinto, le diera con la puerta en las narices…?

Pero nada más rodear la loma, divisó una enorme construcción cúbica en una amplia rotonda de cemento limpia de nieve, fascistamente idéntica a todos los silos del pueblo de Italia, y en la rotonda un camión en plena operación de carga, swarmed about de hombres armados y uniformados, de los cuales uno solo vigilaba con felina indolencia el camino de Johnny. ¡Eran partisanos! No lo engañó el predominio del gris verdoso en la mezcla de sus remendados uniformes, ni que hubiera alguno que llevara incluso un gris verdoso entero, porque no era el gris verdoso fascista. El gris verdoso fascista, por el hecho de serlo, habría adoptado automáticamente un matiz (shade) distinto, como si el fascista portador le hiciera perder la naturaleza, la saturación y la brillantez. Aquellos eran partisanos and sunshine reshone over all the dusk-dommed world.

Johnny se abalanzó hacia ellos con tanto ímpetu que despertó las sospechas del hombre que miraba el camino. Vestía el uniforme gris verdoso; por tanto, era mísero como un soldado común del Ejército Real en condiciones ambientales críticas, y la miseria y los pesares de la vida partisana habían impreso una vejez matusalena en su rostro medio oculto por un raído pasamontañas. Era una presa domada por el frío y Johnny notó que en echarse el fusil al hombro y apuntar había empleado tiempo suficiente para que lo mataran tres veces si él hubiera sido un fascista. Le gritó el «quién va» y el «quieto ahí» con un acento tan desesperadamente siciliano, liberado de sus dientes como del estrecho mecanismo de una tricotosa, que Johnny se ofendió y se sintió increíblemente asombrado y entristecido. Todo habría debido ser tan nórdico, tan protestante… La perplejidad le costó una segunda y más enérgica advertencia, mientras que algunos de los hombres que cargaban se volvían dispuestos a respaldar al compañero.

—Sois partisanos —dijo Johnny sin la menor inflexión interrogativa. Obligado a dar un resumen de sí mismo en aquel

ambiente electrizado, fue conciso y exhaustivo como tal vez no lo había sido en toda su vida—. Quiero entrar en los partisanos, con vosotros.

Los hombres habían vuelto a su carga; los del norte, por lo que permitía ver su arropamiento, que les daba al mismo tiempo una aire de rústicos y de esquiadores, parecían obreros o campesinos. Todos, aunque míseramente, iban armados.

—Quiero entrar en los partisanos, con vosotros.

Los hombres cargaban sacos de trigo y enormes y mugrientas tajadas de tocino. En la puerta de la depredación y del almacén había un anciano, desgreñado por el viento y la angustia, que era sin ningún género de dudas guardián y responsable del depósito.

—No lo requiséis todo, dejadme alguna cosa para que pueda contentar a los fascistas cuando vengan a pedirme cuentas. Así me arruináis, así parecerá que no he opuesto la menor resistencia y que por tanto estoy de vuestro…

Johnny pasó de la nieve del camino al cemento de la rotonda, como si el cemento representara la investidura partisana, ya estaba tan cerca del camión que los hombres lo rozaban en el ir y venir de la carga. El siciliano se dio cuenta del movimiento y se acercó a él, irritado y vengativo.

—¿Quién te ha dicho que entraras?

—¿No puedo todavía? —cuchicheó Johnny.

Entonces un partisano, un chaval pequeño y oscuro, tan flaco que acentuaba su flaqueza el disparatado relleno de una full-sized pelliza invernal, se volvió suspirando, y al volverse regaló a Johnny todo su rostro, un texto integral de sintomatología criminal lombrosiana; luego, con un cabeceo casi furioso le indicó join them. Y Johnny paced another pace, ringing on the investiture-concrete.

—Pero, Tito, ¿qué sabrás tú de él? —protestó el siciliano con palabras que más que nunca salieron de su boca como de un batán, un discurso lacerado por la cremallera de una máquina—. ¿No te convendría que esperara y hablarlo primero con el comisario?

La palabra shot ineffectually para Johnny en la atmósfera ya oscura y cristalizada. El pequeño de la cara dillingeriana desautorizó al comisario, su superior, con un cabeceo idéntico al de antes, espontáneo y mecánico como un tic, y Johnny entró por fin en los partisanos casi pisándole los callos al perplejo e insatisfecho

siciliano. Se internó en el grupo, siguiendo la huella del pequeño partisano que lo había aceptado y avalado por su cuenta. Ya entre ellos distinguió las estrellas rojas cosidas en los cuellos y en las viseras de la mayoría. Estaba constatando que todos aquellos hombres, sus nuevos compañeros, eran abisalmente inferiores a él en distinción física, como si estuvieran hechos de otra carne y de otros huesos, cuando el camión dio un bufido y se movió. Lo pilotaba un partisano en uniforme completo de bombero, con un desmadrado acento ligur, también decepcionante y desalentador… Johnny asistía a la insegura maniobra no más eufórico que el guardián del granero colectivo, que quedaba ya abandonado a su despojo y a su responsabilidad *in capite*.

El camión maniobró para enganchar un remolque situado detrás de una esquina del granero y hasta el momento invisible para Johnny. Los partisanos, una veintena, asaltaron el vehículo motriz para encontrar sitio allí y evitar el remolque, enganchado con mayor precariedad. Tres de ellos, los tres soldados sicilianos, idénticos, como mimeografiados, se acercaron con resignación al remolque y subieron con el irracional impedimento de unos uniformes viejos y estrechos. Se acababa de realizar una tácita separación racial: desde su puesto en el vehículo motriz, Johnny observaba a los tres sureños que ahora se acomodaban con una morosa meticulosidad para resistir mejor los tumbos y la fuerza centrífuga. La carretera, a juzgar por el trecho que se veía en el caótico duck, se anunciaba, como poco, acrobática. En el vehículo motriz los hombres, pisando las viscosas tajadas de tocino extendidas en la plataforma como escualos troceados, suspiraban a causa de su próxima dependencia pasiva de las manos del piloto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Johnny a su avalista.

—A la base —respondió Tito con una previsible indiferencia por el término que Johnny aún no digería.

Según la dirección del dedo de Tito, la base era un pueblo con una curiosa forma de barco antiguo enclavado en la cresta de una altísima colina, como en la marola repentinamente detenida de un océano proceloso. Una vagabunda telaraña de vapores nocturnos envolvía sus casas apagadas, ora enredándose en el campanario, ora esfumándose en el cielo que empezaba a oscurecerse. La colina de la base, que era inmensa, ancha y mamelonada, se degradaba en

fuertes salientes hasta la vaguada ya nocturna en sus montes y sus depresiones. El ánimo de Johnny decaía, se deshacía, no tenía ya más consistencia que la nieve del entorno corrompida por el deshielo arsenical, precoz, engañoso. Pero ¿qué esperaba que fueran los partisanos? ¿Arcángeles? ¿Arcángeles estos?

El camión partió hacia la carretera, que en las interrupciones visuales se adivinaba conectada a los tourniquets que se esfumaban en los poderosos salientes de la colina-base. Pronto, contra la oscuridad, contra el frío helador, contra el oficio de partisano, los hombres de a bordo entonaron *Bandiera Rossa*. Un coro violento y disjected, cuyas estrofas no todos conocían por igual, lleno de interpolaciones individuales que sin embargo contribuían a aumentar la terribilidad del canto. Eran comunistas, eso eran, pero también partisanos, lo cual podía y debía bastarle. «Commies, Red Star… but so far as they fight fascists…», pensó en inglés, con un relish especial y polémico respecto al denodado canto. El término «comisario» se le vino ahora a la cabeza con una evidencia sólida y coloreada, como una tablilla roja sobre un fondo blanco de nieve. Algo afín, o idéntico, al funcionario político que seguía al ejército rojo y que los corresponsales de guerra fascistas llamaban «politruc»… «I will see afterwards», se dijo con un abatimiento súbito debido al cansancio. Pero su emblankment mental no era suficiente para excluir la atención al guía y la aprensión que este le causaba. La carretera estaba imposible y el bombero conducía como un as del volante borracho o un diletante despistado; Johnny, igual que los restantes hombres a bordo, se sentía vivo solo por el momento y disponible para la irremediable catástrofe. Como una estatua trémula, contemplaba a los tres sicilianos zarandeados en el remolque sinuoso, agarrados y solos como unos marineros «marooned».

La carretera mordía, mordía exhausta y tenaz la altísima ladera estriada de negrísimas tinieblas sobre el blanco espectral de la nieve; la oscuridad ascendía a las elevadas llambrias como a una emboscada insalvable y en cada curva cerrada aparecía y desaparecía el pueblo de la base, horrendamente fantasmagórico en la noche que se precipitaba.

El desastre se produjo en el único e imprevisible tramo llano entre dos rampas muy empinadas. El vehículo motriz derrapó, el

cable resistió con una desesperación más humana que metálica, el remolque con sus tres embarcados a punto de ser despedidos se inclinó al borde del precipicio, se corrigió, parecía que iba a salvarse, luego el cable se soltó con un quejido horrible y el remolque derivó y volcó: en el instante del último equilibrio dos hombres se tiraron al lado bueno; el tercero, el oponente de Johnny, tardó, saltó a la margen del precipicio y el borde del remolque aterrizó en su espalda. Los hombres llamaron retóricamente a la ventanilla enrejada de la cabina, el bombero pisó el freno pero su pavorosa serpentina duró aún unos metros.

El siciliano había muerto en el acto y a la luz de los fósforos se le veía una horrenda herida dilacerada. Sus dos paisanos se plantaron a la cabecera, ya dos velones fúnebres.

—¿Podemos dejarlo aquí hasta mañana por la mañana? —preguntó Tito—. Digo yo, porque al fin y al cabo ya nadie puede hacerle ni bien ni mal.

Había en su tono un respeto profundo, casi una actitud protocolaria entre Estados soberanos. Plenamente investidos de su papel, los dos asintieron bajando el mentón oscuro y puntiagudo, solo le quitaron al muerto el fusil y los zapatos, y esta última privación la realizaron con una piedad respetuosa aunque decidida, como si quisieran evitar un despojo norteño. Luego, mientras volvían a montar, Johnny se dijo que había aprendido que los partisanos no morían solo por culpa de los fascistas, y aquello lo heló más que el viento ruin y ya nocturno por entero.

Ocurrió otra cosa antes de llegar: el ligur se hizo un lío con las marchas, las ruedas no se agarraron en una cuesta y el mastodonte se deslizó hacia atrás. Se bajaron todos, alguien tiró la chaqueta o la pelliza debajo de las ruedas para que agarraran, todo en un ambiente de fatalismo, de fatiga y de resolución inquebrantable, con el viento arremolinando las blasfemias y casi los cuerpos de los hombres.

—Cerdos de alemanes y de fascistas —dijo Tito serenamente, con su voz dry y compacta, que ni siquiera aquel viento lograba disject. En efecto, había que emprenderla solo con los fascistas, no con la naturaleza, ni con el piloto ligur, ni con el camión… Este último arrancó y fue a detenerse bastante más arriba; mientras esperaba cargar de nuevo a los apeados, su rugido era el único

indicio de su presencia en la noche devastadora. Reemprendieron la marcha con extrema lentitud. En los tramos descubiertos, el viento, como una barra de hierro oculta en la oscuridad, los plegaba en dos a la altura del plexo solar. De camino al vehículo, Johnny preguntó a Tito por los jefes.

—Ya los verás.

—¿Dónde están?

Tito cabeceó hacia los dos globos rojizos que perforaban el vapor humeante en coincidencia con el pueblo de la base.

—¿Y cómo son?

Tito no respondió, pero Johnny había notado la bluntness con que recibía y transmitía la palabra «jefe».

Se apearon en el pueblo, en aquel theatrical
set-up
de volúmenes fantasmagóricos que era el pueblo, concretado solo por el quieto y sucio arder de unas luces rojizas en las casas civiles. Las ventanas liliputienses estaban desportilladas y eran bajas, al nivel de la calle, con la feature característica de los villorrios alpinos. El adoquinado era híspido, aspérrimo incluso por debajo de una profunda capa de nieve, allí donde no estaba helada. Johnny suplicaba solo la llegada de la mañana, que tal vez le permitiera verlo todo de otra manera y lo rescatara de la atroz oleada de miseria y de peligro que en aquel momento lo inundaba todo.

Entró con los compañeros de viaje y cenó pan y carne en un cuarto grande y desnudo, a la luz blanquísima, incandescente y vacilante de acetileno. Mientras comía observó a los demás, para confirmar y empeorar su descubrimiento de que nadie era, ni por lo más remoto, de su clase, física o no, salvo que un solo día o poco más de aquella desesperada vida animalesca-selvática fuera capaz de imprimir en todos, hasta en un genio de inminente florecimiento, aquella marca bestial. Los otros, después de darse la vuelta con un bovino giro de la cabeza y un lento destello en la mirada para examinar al nuevo, anunciado con indiferencia, dejaron de prestarle atención. Ahora Johnny, con una tenacidad indefectible, trataba de no perder el contacto ni la vista de Tito, porque después del examen circular, el pequeño de la fisonomía lombrosiana continuaba siendo el favorito, el único con el que Johnny podía sentirse matey. La constatación lo hizo estremecerse de asombro ahora que Tito, ya sin

su gorro de lana, era total y claramente visible a la despiadada luz del carburo.

Tenía una nariz en exceso pequeña, pero malignamente enclavada en el exagerado hundimiento de sus órbitas; la frente irregular y abullonada parecía devorada por la plantación espesa y vulgar de los cabellos negros y sin brillo, con algunas rayas ya innaturalmente blancas, repelentes como unas culebras muertas, desangradas y presas en alquitrán. Tenía la boca torcida y la barbilla huidiza. Todo el cuerpo era de una pequeñez neurótica y daba la impresión de ser anormalmente peludo. Aun así, emanaba de él una franqueza, una dryness y una cordialidad paradójicas, de frotarse los ojos. Contaba, según propia admisión, diecinueve años recién cumplidos, descubrimiento que se le hizo enorme a Johnny y lo obligó a dudar por primera vez de sus veintidós. No podía sentirse mayor que Tito, mejor dicho, comparado con él debía de parecer un niño.

Tito se levantó de la enorme mesa y le salió al encuentro, frunciendo las espesas cejas por la rapidez automática con que Johnny le había copiado el gesto y el movimiento.

—Yo me voy a dormir —dijo— y a ti te conviene seguirme. Ahora asignan la guardia y, como eres nuevo, te la encasquetarán enseguida. No creo que tengas muchas ganas esta noche.

Dormían en una construcción grande y rústica a las afueras del pueblo, otro barco aún más negro amarrado a la cresta de la nada. A pesar de las tinieblas, Johnny descubrió que se trataba de una iglesia: los estertores de los hombres y el crepitar de la paja llenaban la nave. Fuera, el viento arreciaba como si viera la posibilidad de romper el muro de la iglesia.

—Sí, es una iglesia, aunque desacralizada —dijo Tito.

—¿Desacralizada desde cuándo?

—Desde el día siguiente a encontrarnos durmiendo aquí. ¿Sabes?, tenemos bastantes diferencias con el párroco.

Johnny oyó enseguida el seco chasquido del alambre cortado y el seco desparramarse de la paja. Tito operaba a oscuras con una seguridad y una desenvoltura adquiridas; en la oscuridad todo se reducía a un hecho acústico antes que táctil. Tito le aconsejó que se sepultara en la paja y entonces Johnny reaccionó out of too much thank-fulness.

—No creas que tienes que hacerme de niñera, Tito. ¿Sabes?, yo vengo del ejército.

Tito nunca había estado en el ejército, pero desde el sector acústico a Johnny le pareció que la precisión no le había hecho mella. ¿Era de despectiva suficiencia el ruidillo que se oía ahora? Los muy jóvenes, los veinteañeros como Tito, conocían el ejército y lo juzgaban solo a partir del ocho de septiembre, por eso era natural que se consideraran clementes por comentar sin palabras, a lo sumo con una ceja levantada, todo dicho o hecho concerniente al ejército.

No obstante, era bueno continuar la conversación aun a costa de forzarla, porque evitaba que Johnny se encontrara tête-à-tête con otros pensamientos más reales y más gravosos.

—¿Qué os pasa con el párroco, Tito?

—¿A ti te importa la religión?

—Digamos que me importa bastante más que las relaciones de hombre a hombre —dijo Johnny.

Tito vaciló un momento y en aquella mínima pausa el ronquido de los hombres tuvo un tono de estertor mortal, era como si los gemidos de la paja indicaran el ápice de mortales colapsos.

—El párroco… el párroco es… un cretino —concluyó Tito con triste abruptness.

Johnny goggled bitterly.

—Un tío que no sabe adaptarse…

—¿Es posible en un cura católico? —observó Johnny.

—Se parece a la mayoría de esos malditos carabineros —continuó Tito—. No le escuece el fascismo, sino que el poder haya pasado a nosotros. Y se dejan matar, lo verás en Carrú, se dejan matar y nosotros los matamos, pero ya aprenderás que no hay nada más triste que sacar del mundo a un cretino.

—¿Y ahora el párroco lo ha entendido?

—No parece. Advertir, se le ha advertido, pero…

Johnny was so rapidly getting accustomed to acustic sight que «oyó» a Tito sacudir la cabeza.

—Yo sé lo que es —siguió Tito luego—. Es esa bandera roja con la hoz y el martillo que tiene enfrente de la iglesia, mañana la verás. Eso lo vuelve loco y lo va a matar.

Dijo la última palabra con tal indiferencia que Johnny se sintió alentado a formularle la pregunta más íntima.

—¿Tú eres comunista, Tito?

—Yo no —saltó él—. Yo no soy de nada y soy de todo. Yo solo estoy contra los fascistas. Voy con la Estrella Roja porque la formación con que me tropecé era roja, el mérito es de ellos que la habían organizado y que me la presentaron cuando yo la buscaba como hasta ahora no había buscado nada con tanto empeño, pero cuando acabe el asunto, si sigo vivo, ¡que vengan a decirme a mí que soy comunista!

Así era, se dijo Johnny, sintiendo que en su interior perdía edge aquella constatación ahora tan amarga y tan importante, que él había expresado en inglés:

«I'm

in the wrong sector of the right side». Inmediatamente después, Tito le deseó las buenas noches y a Johnny el cortés deseo le sonó appallingly anómalo en aquel ambiente.

Nada más quedarse solo, con Tito tumbado allí pero a una distancia continental, lo asaltaron *aquellos* pensamientos, como si hubieran esperado a que Tito se esfumara para que Johnny se viera privado de un testigo y un aliado.

«I'm

in the wrong sector of the right side», se repitió.

Pero tenía que haber en las colinas otras formaciones, formaciones… «azules», eso, donde él no notara de un modo tan hiriente la distancia cualitativa, donde no hubiera motivo para aquella sensación de extrañamiento y de superioridad que en aquel momento lo angustiaba, que lo torturaba como la obscena risotada de un fraude triunfante. Parecía que sus ojos, radáricos en las espesas tinieblas, iluminaban y escrutaban la humanidad circundante e inferior, miserablemente abandonada a un sueño de plomo. Con esta gente le había tocado en suerte combatir y… morir. Si los capturaban en masa, con esta gente tendría que compartir la tapia, la zanja o el plomo de los fascistas.

Experimentó una sensación inmediata de peligro. Hasta aquella mañana, o mejor hasta el día de antes, se encontraba en una posición fluida, remediable de cualquier impacto mortal mediante ficciones, subterfugios o astucias, y con un razonable margen de probabilidad de supervivencia, pero ahora estaba marcado y etiquetado, si lo capturaban no tendría la menor chance ni el menor

derecho a la discusión: acababa de alinearse en el gran dualismo al precio de una ejecución inmediata e inapelable.

Siniestras tinieblas, siniestro fragor del viento que parecía querer descubrir el oscuro refugio a la fulgurante irrupción de una sentencia vista a la luz, de una fácil matanza justiciera; viento y tinieblas contenían y transportaban una carga igual de asechanza y de peligro instantly prior to just seen death. El sueño abandonado de los demás no lo tranquilizaba; por el contrario, era como un desplome ante el insoportable show del peligro, eran otros tantos cadáveres aguardando el protocolario tiro de gracia. Esperó que el agotamiento legítimo e indolente, tal que fuera capaz de anular las extremidades y el cerebro, lo venciera y triunfara hasta entrada la mañana, pero el agotamiento, anunciado por tantos heraldos, no bajó a la arena, y Johnny se levantó tropezando de un modo espantoso y avanzó hacia la sombra de la puerta, rough and tenacious in denegating egression.

Fuera, las tinieblas eran completas y aun así mucho más sedantes que sus hermanas del interior. Johnny paced some paces in the concrete void. Resultaba tranquilizador, alentador, euforizante, notar que en la oscuridad estaba al borde del abismo de la nada y que bastaba un solo paso contra el asalto del peligro y de la muerte… Se encorvó, se encogió todo entero y, en aquel hueco, victorioso sobre la enormidad del viento furibundo, encendió un pitillo a la primera. Al scracht y a la evidencia cósmica de la brasa correspondió el seco crujido de un uniforme congelado. El centinela se acercaba y era uno de los dos sicilianos.

—¿Tienes cigarrillos confeccionados? ¡Ah!, eres el nuevo. Dame uno. Si me lo encendieras tú…

Johnny volvía a distenderse, contento del insomnio, fumando a gusto contra el ciego muro de la iglesia situada sobre la nada, tan granulado que le irritaba la piel incluso a través de la tela. Preguntó al siciliano si le quedaba mucho turno, porque se sentía tan bien que deseaba remplazado.

—Yo no tengo un turno fijo. Me apeo cuando ya no puedo más.

—¿Y eso?

—Esta noche no me tocaba, pero se me pone en la cabeza y la monto igual. ¿Sabes?, vengo del ejército, como habrás notado. Los chicos aquí, ¡jodidos inconscientes!, no montan guardia. Entran en

su turno y a los diez minutos se vuelven a dormir o se van a otra parte, así que ninguno es un centinela eficaz. Te asombras, ¿eh?, te escandaliza. Pues yo no estoy sin guardia y si nadie la monta, la monto yo a costa de agotarme. Entre los partisanos hay mucha marmota y pocos soldados auténticos, con experiencia militar. Necesitaríamos gente salida del ejército. Por desgracia, a casi todos los que han estado en el ejército se les han quitado las ganas. ¡Tú mira a ver si encuentras por aquí un verdadero oficial del ejército!

—Los habrá, sí —dijo Johnny—, pero en otras formaciones. Será que no quieren ni oír hablar de las brigadas rojas.

—¿Y dónde están las otras formaciones? ¿Me las puedes indicar? —preguntó el siciliano.

—No, porque si pudiera no estaría aquí.

—Otras formaciones puede que lleguen, pero de momento no están, según lo que yo sé. Dime dónde hay una de auténticos soldados y oficiales del antiguo ejército y me voy con ellos, aunque estuviera delante de la jeta del traidor de Graziani.

—Sin embargo, existen —dijo Johnny, pero solo como un sobrio deseo para sí mismo y para el soldado insistente. Se dispuso a entrar, contento y agradecido a las señales taimadas e irresistibles que invadían ya su cuerpo de una soñolencia absoluta. Volvió al ciego bloque interior, diciéndose: «Cerdos fascistas», con una convicción serena y adulta, buscando en vano, pero con gratitud, la forma prona de Tito.

Por la mañana todo fue infinitamente menos malo. Un sol discreto pero espacioso, que limpiaba la nieve y casi le devolvía su virginidad, daba color a todas las cosas y hasta brillo a los polícromos uniformes partisanos. Del pueblo entero fluía un runrún normal y por eso mismo letificante, que, a la vista de la época y de la situación, acababa sonando festivo. Las mujeres, que ya iban y venían camino del horno y de la fuente, miraban a los partisanos y recibían las miradas de ellos con una cordialidad sonriente, aunque la sonrisa se les apretaba un poco en las comisuras de los labios por el presentimiento de lo que los partisanos podían costarles de un día para otro a ellas mismas, a sus hombres y a sus casas. Los partisanos wore different faces, aunque sin disminuir a whit el salto cualitativo…

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó a Tito con una cierta

businesslike briskness.

—Aburrirnos como siempre —dijo Tito sobriamente.

Johnny se quedó estupefacto.

—¿Os aburrís?

—Pronto aprenderás que cuando no se entra en acción este de partisano es el oficio más aburrido del mundo.

—¿Y no es posible entrar en acción todos los días?

—Puedes preguntárselo al estado mayor, que conocerás hoy mismo, creo. Pregúntaselo al comisario Némega, al capitán Zucca y al teniente Rubio.

Johnny notó que Tito pronunciaba los grados con una ironía corrosiva aunque sumamente directa.

Pasaron justo por delante de la comandancia, antes casa consistorial. De la fachada colgaba en cascada, enorme, pletórica, una bandera roja con la hoz y el martillo, rebosante desde el balcón con unos drapeados tan pesados que parecían capaces de agredir al solo contacto. Johnny quedó al mismo tiempo sorprendido y admirado, pero musitó:

—¡Locos imbéciles! Un oficial fascista con unos prismáticos la vería desde Roma.

Pasaron por delante de la iglesia, cerrada, nay atrancada, con un aspecto amargo y ofendido y al mismo tiempo reivindicativo, as fearfully and hatefully resenting on her ruddy facade los reflejos lejanos del banderón rojo.

Ahora caminaban en dirección al observatorio supremo por el borde del terraplén absolutamente pelado y un poco reverberante. Johnny recorrió con los ojos la cresta aserrada de la inmensa colina y le pareció la mujer de Polifemo posando en cuclillas… La vista se perdía abisalmente en el descenso accidentado, en la hondonada del valle, en los pinares y los sotos entorno a los helados cursos de agua: incluso a varios kilómetros de distancia los posibles fascistas debían parecer como desnudos.

—Tú que has hecho el curso de oficial —preguntó Tito a quemarropa—, ¿qué piensas?

—¿De la posición?

Tito detuvo simultáneamente la mano vellosa que estaba circularizing el paisaje.

—Magnífica, si no fuera porque…

Con una grim sonrisa de satisfacción, Tito anticipó la crítica compartida.

—Si no fuera porque no podemos hacernos la ilusión de ser un islote armado —concluyó Johnny—. Todavía no he visto nada de nada, pero de armas y munición debemos de andar más que regular. Así que esta magnífica posición será nuestra tumba piramidal si los fascistas, o peor aún, los alemanes, nos rodean por la base.

—Perfecto —dijo Tito—. ¿Y eso por qué?, porque aquí vamos en contra del raciocinio. Aquí se forman las guarniciones como en el ejército regular, aquí importa el espacio ocupado como en la guerra del 15. ¡Malditos locos, vamos a morir todos por culpa de su maldita locura! Los partisanos son lo opuesto diametral a los destacamentos regulares, hasta un niño lo entendería. Tenemos que desaparecer, actuar y aparecer de nuevo, nunca quietos, siempre ubiquitous, pocos y nunca uniformados. Hay que aprender a sacrificar el uniforme, ¡pero vete a hacérselo entender! Ahora verás qué carnaval de uniformes. Hay que pinchar por la espalda, esfumarnos, pulverizarnos y volver a la carga con el mismo misterio. Los fascistas que sobrevivan deben tener la impresión de que sus muertos se los ha provocado un árbol, un desprendimiento, una… influencia del aire, deben perder la razón y suicidarse por no poder vernos nunca. Pues no, malditos locos, crean guarniciones regulares y sueñan con el día en que la situación permita los desfiles.

Johnny sighed.

—Desde luego es un oficio dificilísimo y es la primera vez que lo hacen los italianos.

—Sí, pero nosotros moriremos por culpa de estos errores y, dado el carácter del pueblo italiano, la lección no se aprenderá. Yo me sulfuro por esas cosas y a estas alturas estoy convencido de que lo mejor sería salir con vida. Pero estamos tan al principio y el final está tan lejos que ninguno de nosotros lo verá.

No obstante, era sexualmente melancólico verse muertos, enterrados en un rincón de aquella colina inmensa, mientras que fuera, en la estallante primavera, los sucesores, los olvidadizos, disparaging maybe, triunfantes sucesores con otros uniformes, otras armas y otras mentalidades cerraban el puño en torno a la victoria.

En el terraplén aparecieron varios partisanos, despreocupados e

indiferentes a ellos. Uno llevaba puesto un sombrero de lo más estridente que, en aquel paisaje ártico, se convirtió de inmediato en centro trigonométrico. Lanzaron por la vertiginosa ladera un trineo de heno e hicieron deporte.

No eran ni las nueve.

—El tiempo no pasa nunca cuando se es partisano.

Johnny y Tito made again por el pueblo, Johnny pensando con un fastidio intermitente en la convocatoria a la comandancia, que ya no podía tardar. El pueblo era tan pequeño y al mismo tiempo estaba tan sectorizado que allí los partisanos parecían enjambres, y sí que sumarían una cuarentena los efectivos de aquella brigada embrionaria. A un extremo del pueblo uno de los rebeldes descuartizaba un ternero para el rancho. Johnny se letificó animalescamente porque tenía un hambre voraz, as new for a new dimensioned man. Al viento solano y cristalino las carnes abiertas parecían abrillantadas: el carnicero, increíblemente ensangrentado y furiosamente contraído por el inexperto esfuerzo basado en la pura memoria visual, se volvió al paso de ellos con un fastidio no disimulado. Era un campesino joven que se había unido a los partisanos en los primeros días como en una alegre y feroz rebelión contra su destino de servidumbre a la tierra: leonino y de frente estrechísima, sus ojos glaciales solo disponían de destellos para la efusión de la ferocidad. Pareció que le ofendía en extremo el goalless walking de los dos partisanos, uno de ellos nuevo y de aspecto inequívocamente urbano, que cruzaban con un mohín de disgusto por delante de su all-serving esfuerzo. Tito lo saludó con una condescendencia no disimulada, él respondió primero con una desconfianza ridícula y luego con una bronca vehemencia. Unos pasos más adelante, Tito dijo que no soportaba a los campesinos.

—En las formaciones partisanas, aclaro. En los partisanos yo no querría más que obreros y estudiantes, gente que trabaja limpio, y con trabajo quiero decir matanza, y trabaja limpio porque al matar siempre arruga la nariz, tú me entiendes. Los campesinos no, ellos lo disfrutan, por tanto lo alargan y lo lían y lo llenan de aspavientos. Ellos matan con los mismos gritos y la misma agitación que cuando atrapan un zorro que asola sus tierras y su gallinero, ¿me entiendes? Y el hombre, como el zorro, tiene que hacer miles de muertos.

Pasaban de nuevo por delante de la comandancia. A una de las ventanitas, apenas libre de la onda pesada e inmóvil del banderón rojo, se asomaba un hombrecillo. Todo lo que de él sobresalía del antepecho estaba perfectamente cubierto por el uniforme que los fascistas habían puesto de moda. Uno se exponía al paro cardíaco si levantaba la vista al azar y veía asomar de golpe la gorra fascista adornada con el *gladio*, pero el rostro que había debajo era tan polichinescamente complaciente y astuto, tan tembloroso y al mismo tiempo tan consciente de que su temblor actuaba de coraza, que el momento de convulsa estupefacción daba paso —como le ocurrió a Johnny— a una casi cómica censura íntima de aquella convulsión imposible. Como refirió Tito, se trataba del primer prisionero fascista regular, capturado por la guerrilla somewhere outside Mondoví; pero su aspecto era tan manifiestamente inferior, las circunstancias de la captura tan vergonzosamente fáciles y el hambre tan inspiradora de su alineamiento que pareció contrario a toda ley viril proceder a su ejecución. Llevaba tres semanas en prisión, lavando los platos dos veces al día, pero su final —holocausto insuficiente— dependía de que se produjera una muerte partisana. Johnny pensó que ni delante del arma ejecutora dejaría de hacer sus gestitos y sus visajes a lo Totò con el diabólico y trémulo proyecto íntimo de que al verdugo se le cayera el arma a causa de la risa convulsiva. Desde la ventanita a la que estaba siempre asomado, acabados los platos, no dejaba pasar ni un solo partisano sin echarle una lluvia de los más floridos saludos y sin llamarlo «jefe», lo que hizo también al paso de Johnny y Tito.

Solo se retraía cuando pasaban los del sur, sus enemigos capitales del Sur común. Esos querían fusilarlo y se habían ofrecido como justicieros con la taciturna y olivácea determinación de lavar aquella mancha del escudo sureño, pero no encontraron apoyo ni siquiera en el comisario Némega.

Convocaron a Johnny a la comandancia la tarde de aquel mismo día. Allí lo esperaban el comisario Némega, el capitán Zucca y el teniente Rubio. El capitán Zucca vestía una inmaculada gabardina blanca sobre un traje de paisano y se calaba en la cabeza una gorra de oficial con la orla de infantería. Si se trataba de un oficial, era ciertamente el más tosco y menial-looking del extinto ejército. No importaba mucho, porque Johnny estaba orientado desde hacía

tiempo en las jerarquías naturales, pero no pudo dejar de advertir la discrepancia de aquella indebida y más que excesiva atribución. El capitán, en un precario y fatigoso italiano autoimpuesto, le pidió confirmación of his being alumno-oficial y añadió que en un mes podía llegar a jefe de escuadra, naturalmente superando ciertas pruebas.

El teniente Rubio… no era, claro está, un teniente, y él mismo admitió que en el ejército era un sargento recién nombrado. Parecía una copia cabal y más joven del sargento mayor Sainaghi, la misma delgadez sanísima, la misma cara pálida y resuelta, la misma natural daintiness del uniforme poco mimado, pero se diferenciaba en el respeto ciego al reglamento y en un espíritu de iniciativa que Sainaghi no solo no poseía, sino que le habría parecido de pésimo gusto. El Rubio, para alivio y admiración del expectante Johnny, se limitó a sancionar con un tímido gesto de la cabeza su admisión en los partisanos. Luego los dos «militares» salieron con una prisa forzada, en parte debido al evidente hartazgo de las habituales disquisiciones del comisario y en parte por un incómodo complejo de inferioridad y de incompatibilidad, no solo jerárquica, respecto al comisario Némega.

El comisario Némega tenía treinta años, un buen traje burgués, una figura flaca y de poca fuerza y aun así dainty y una cabeza muy parecida, salvando las huellas del vicio, a la de Osvaldo Valenti. Brillaba en su rostro una hilaridad sutilísima, quizá resultado de su astucia, para consumar y apostillar el hecho de haber cogido en la trampa con una red ordinaria y una vulgar compañía a un pez de valor.

—Por fin contamos en nuestras filas con un intelectual, un elemento de la clase superior… —Tenía una voz abrillantinada, afectada, de la que extraía un placer libidinoso y que utilizaba con una pericia de lo más evidente—. ¿Conoces lenguas extranjeras?

—El inglés.

—¿Bien?

—Como un lord —dijo Johnny para herirlo en el espíritu de clase.

—Nos servirá enormemente —dijo el comisario, que, para dulcificar sus secas palabras de instrumentalización, dio a su voz un acento violáceo—. Ahora no, pero más tarde los aliados nos

ayudarán…

—Usted se engaña.

—¿Y por qué? —preguntó Némega con el mayor suspiro que había logrado hasta el momento.

—No veo a los ingleses abasteciendo a partisanos comunistas.

—Me consta que lo hacen y lo hicieron con Tito.

—Ya —admitió Johnny, aunque sin sentido de derrota. Todo le parecía de un academicismo empalagoso.

—Además me pareces del tipo plumífero. Bueno, ahora no, pero cuando nuestra brigada se haga adulta y sea la formación más potente de las Langhe, imprimiremos un periódico para los hombres, los simpatizantes y el pueblo en general, y tú estarás entre los redactores. No para los artículos de fondo, ciertamente, pero podrás encargarte de… los pasajes de colorido partisano.

Johnny shrunk violently.

—No haré nada semejante. He dejado la pluma en casa y no pienso ni en sintaxis ni en gramáticas. Durante el tiempo que esté aquí no quiero tener en la mano otra cosa que un fusil.

—¿Aunque el fusil estuviera en tu mano infinitamente peor que la pluma? —insinuó Némega con la terrible fluidez de la instrumentalización malgastada, violentada.

—I expect and confide in a very next proof —respondió Johnny.

Némega lo pasó por alto, pensando en el tiempo que le quedaba por delante. En la memoria experta de Johnny no había otro rostro que contuviera como aquel el sentido de la victoria final sobre todo y sobre todos. Parecía que la idea, mejor, el objetivo de llevarse el gato al agua con Johnny interesaba a Némega hasta el máximo de la libido. Apartándose del escritorio municipal, se dirigió a la puerta con pasos al menos tan conscientes y estudiados como su voz, con la finalidad de crear en Johnny una ilusión de release. Pero habló una vez más:

—Como comisario de guerra, doy un curso de marxismo. No es para todos los hombres de la brigada, obviamente, y ni siquiera me engaño sobre los frutos que podré recoger de ciertos elementos admitidos, pero agradeceré mucho tu frecuentación y tu interés.

Johnny refused flatly y el «no» provocó un acerado destello en los ojos inexpresivos del comisario. Además de la voz y el paso sabía modular la mirada.

—No estoy aquí para hacer cursos, salvo el del adiestramiento para el posible armamento nuevo que usted espera de los ingleses. Estoy aquí por los fascistas, únicamente. Todo lo demás vendrá después.

—El después —dijo Némega— es cosa de la que conocerás todo lo necesario si sigues mi curso.

—No me interesa.

La mano de Némega, menuda y palmariamente forceless, se agitó con un hastious minute-long grip. He confided in future, as Christians.

—En todo caso, contigo no me oxidaré. Eres difícil, gracias a Dios, al menos en el nivel del discurso. ¿Cuánto hacía que no necesitaba buscar las palabras…?

—Really, I'm in the wrong sector of the right side.

Capítulo 6

And action did not came para bajarlo de aquella cima cada día más obsesiva, para liberarlo de la insatisfacción corrosiva, del tétrico tedio partisano, para sustraerlo por lo menos un día de la esfera de influencia de Némega y acercarlo más a Tito en la medida de lo posible.

No se ociaba, todo lo contrario, uno se veía obligado a auténticas performances de fuerza y de fondo; no pasaba medio día sin que te llamaran a remolcar el camión varado en algún punto de la imposible carretera y menudeaban las marchas de reconocimiento y las caminatas para el avituallamiento. La dirección de la subsistencia estaba en manos de un hombre ya en la cuarentena, el decano de la brigada, al que llamaban indistintamente Mario o mariscal. Sorprendía su parecido con el perfecto *ascaro* [11] de Porta Pia que Johnny recordaba sobre todo de la nightmare del 25 de julio romano, pero la inflexión de su voz era lo más nórdico que se pudiera desear o reprobar. Si bien, según Tito, no había entrado nunca en acción, el mariscal era, junto con el Rubio, el único propietario de un arma automática: un Sten inglés, el primero de una ilimitada serie posterior. Cómo se había hecho con aquella arma en aquel momento era una historia merecedora de una investigación del Intelligence Service. No lo usaba, pero tampoco lo prestaba, y no cabía la esperanza de quitárselo ni a su cadáver. Llegado el caso, tendría que haberse formado un carrusel homérico alrededor de su cuerpo en absoluto aquíleo, a juzgar por la evidente codicia que el arma despertaba en todos.

Johnny escoltó alguna vez al mariscal, junto con otros, durante las requisas. La gente concedía con manos lentas y pesarosas de lo que entregaban, retiraba el cupón de la requisa mirándolo como un objeto quimérico y casi nadie se reprimía de proporcionar al

impasible mariscal, que anotaba en silencio, otras direcciones de quien pudiera dar más y mejor. ¿Era el lento nacimiento con fórceps de la conciencia fiscal en Italia?, se preguntaba Johnny.

Un día escoltó al mariscal, junto con otro partisano, un tal Geo, aún más alto que Johnny y con un aspecto general de tuberculoso, durante la requisa de un ternero a su propietario. El viejo, un epígono de la antigua raza de las colinas altas, tenía algo de andrajoso, de mugriento y de zingarescamente nobiliario: iba todo embutido en andrajos hediondos, pero llevaba al cuello una bufanda de purísima seda blanca anudada por un anillo de oro. Se sentaba abrahámicamente en el centro de la cocina, rodeado in state de todas sus generaciones de mujeres. Mario se plantó frente a él, prosaico y businesslike, amargamente superior como un suboficial de las colonias en presencia del barroco notable de una tribu. Johnny y Geo eyed the women. Era curioso notar el salto de toda una generación: las mujeres estaban en los sesenta o en los quince. Las mayores se mostraban rígidas y perplejas; las jóvenes, lánguidas y curiosas. El viejo, que estaba preparado, indicó el establo contiguo con su horrenda mano, pero preguntó qué se le daba a cambio.

—Le firmo el cupón de la requisa —dijo Mario, sacando el bloc con una desenvoltura impúdica, propia de un aduanero.

El viejo lo dejó hacer, siguiendo con los ojos acuosos el recorrido del lápiz de Mario en el papel, pero como si aquella escritura no decidiera de ninguna forma el destino de su ternero. Mario arrancó el cupón con limpia y fulmínea destreza, con un slap intimidatorio, y se lo entregó inexpresivamente al viejo, que lo cogió con las manos deformadas aunque apartó de inmediato sus iletrados ojos para decirle al mariscal a la cara:

—Esto no vale nada, con esto ni me… —Y lo rasgó con aquellas manos suyas.

Puede que Mario hiciera un gesto que Johnny no captó, pero Geo se tiró al viejo y lo agarró por la bufanda de seda. Se le vino encima como la hambruna sobre su fétida y asquerosa crasitud. Las mujeres no intervinieron ni siquiera con los esperados sollozos, se limitaron a abrazar a las chicas, ahogándolas casi en el oleaje de sus faldones, solidificados y pestilentes de cabruno. Johnny, que había oscilado un instante entre el desdén hacia aquella inmediatez brutal

y el disgusto por la calculada y repugnante avaricia del viejo, sintió pena de su extrema soledad, pero en aquel instante Geo aflojó el apretón del cuello amoratado bajo la pátina unwashed y el mariscal empezó a tutearlo.

—Has hecho muy mal en no creer en la validez de nuestros cupones. Están garantizados por el pueblo italiano, que es además el tuyo. Cuando la guerra termine se pagarán todos hasta el último céntimo. No tenías más que guardar mi cupón entre tus apestosos papeles, en el sanctum de tus apestosos intereses, para que al final te liquidaran hasta el último céntimo. Ahora no, ahora te llevamos el ternero sin dejarte el cupón, para que aprendas. Y más vale que se me olvide y te arranque el cupón correspondiente cuando venga a requisarte el segundo de tus cuatro terneros.

A veces se producían alarmas, pero todas falsas, y los partisanos volvían a dispersarse entre el alivio y la decepción tras haber acudido en enjambre al observatorio, donde vigilaban con mirada errante y al mismo tiempo mesmerizada cada punto de la tierra, cada punto practicable para el pie o la rueda de los fascistas. Del entorno nevado no llegaba más respuesta que el grito mudo de la naturaleza inviolada. Los fascistas todavía tenían otras cosas en que pensar, estaban organizándose y subirían más tarde para aplastarlos a todos con un solo pie, pero de momento estaban retirados en la llanura acorralada por las brumas, en la amarga febrilidad de la organización, apartando a veces los ojos ardientes del mar gris y exaltador de los mapas, de los planos y de los proyectos para elevarse a la alta y mirífica visión de la acción consumada: los partisanos tirados en su gore-sangre, colgados de diez mil ramas y la gente encogida, arrastrada, arrodillada, sobresaliente de la horizontalidad solo por el brazo extendido en el saludo romano.

El propio Némega era poco menos que invisible, pasaba días y noches sin cruzar la puerta del ayuntamiento, que era el sanctum de su idea. A veces, mientras cumplía tareas menial o militares, Johnny oía filtrarse por la ventana de la escuela primaria (un enorme espacio vacío y polvoriento, vagamente parecido a una Tabla Valdense) el zumbido de su voz cansada y didáctica, como si no valiera la pena, con semejante auditorio, desplegar la voz sabia y cromática que habría merecido el partisano Johnny.

El capitán Zucca desaparecía cada vez con mayor frecuencia y,

por lo general, se hallaba ausente. Partía con su sanguínea frialdad, sencillamente después de calarse la gorra militar, decoroso y aceptable dentro del anónimo envoltorio de la gabardina blanca despojada de las estrellas rojas en las presillas. Como la cima empezaba a obsesionarlo, Johnny aprendió a envidiar a Zucca, porque bajaba a ver gente civil, cogía autobuses de línea, saltaba de los trenes, vivía en la civilización, aunque esta fuera insidiosa y ocultara una trampa a cada metro… Johnny se sentía morbosamente harto de retirarse a las siete de la tarde para no compartir el cuartucho de la taberna de vigas bajas, irrespirable, donde se apiñaban todas las noches los partisanos libres del turno, la estiba donde algunos pretendían jugar cómodamente a las cartas, donde todo, espacio y respiración, estaba racionado por debajo del nivel vital. Las casas de los civiles estaban selladas como sepulcros, con la entrada rígida y tácitamente obstaculizada por el propio terror de sus ocupantes. Némega aprobaba la separación de los civiles para no provocar en sus hombres nostalgias, reminiscencias, comodidades… Fuera soplaba un viento negro y eterno, como originado en la raíz misma del corazón demente de la humanidad.

Johnny se sentía sucio, horriblemente sucio, y pronto se vio atacado por un automático y frecuente ripping de la piel, semejante a una reacción histérica contra la gomosa inmovilidad. A diferencia de la mayoría se lavaba todas las mañanas, rompiendo con un hacha el hielo de una charca pequeña cercana al observatorio, pero el agua mortalmente fría solo le servía para depurar su rostro del sarro nocturno, de la venenosa pátina de paja fermentada y respiración ajena. Los cabellos, ya larguísimos, le pesaban de un modo intolerable en la nuca, aunque más que el peso le asqueaba su rasante lanosidad. Con todo, aún no estaba preparado para enfrentarse al partisano barbero, que en plena placita, con un asqueroso aire de verdugo de pega, recortaba el pelo sirviéndose de unas tijeras de sastre y siguiendo el borde de un tazón que la mano patética del paciente sostenía en su casquete craneal, con el repelente resultado psicológico de parecer cómplice instrumental de aquella degradación. Tito, un Tito también en crisis hasta el extremo de la taciturnidad voluntaria, le leía el pensamiento y solo comentaba: «¡Cerdos de fascistas!». Era ya un alivio, incluso un bien esencial, que Tito durmiera siempre a su lado y poder pensar que

los ronquidos y las vueltas y revueltas y los malos olores eran por lo menos de Tito.

Ni siquiera el rigurosísimo frío podía hibernar aquel malestar. Johnny observó que no pocos compañeros habían comenzado a rascarse los dedos, primero con clandestina brusquedad, los ojos en blanco por el esfuerzo y el alivio, y luego con una abierta y blasfemante sistematicidad. Tampoco la soledad, solo consentida por los turnos de guardia, le permitía tener pensamientos, ¡ay cuán desarticulados y fugaces!, ajenos a la soberana preocupación física.

«I'm feeling so beastly, so beastly!». Se lamentaba así, pasándose la mano libre del arma por la cara con el terror de encontrarse incorporada y ni siquiera quirúrgicamente extirpable aquella pátina de animalidad, de infrahumanidad, que le devolvían las caras de los otros, los que eran partisanos desde un mes antes que él. Podría ocurrir que también ellos hubieran subido con una cara humana y civilizada como la suya, y que aquel mes de antelación se la hubiera achatado y deshumanizado de la forma que tanto lo impresionó a su llegada y que le hizo pensar en un aterrizaje delirante en medio de una horda de saqueadores mendigos y malandrines. Ahora sentía con frecuencia la necesidad de recordar, de evocar su lejanísimo mundo civil, y, durante sus horas de guardia, le salía espontánea, como un exorcismo, una canción de entonces, superior y redentora. Aquella noche crooned *Long ago and far away*, esperando, deseando que al salir de su boca repercutiera en él como un bálsamo melancólico pero efectivo. Las notas se ahogaron en el viento rapaz y aterrizaron a ciegas en algún recoveco aplastadas por la conciencia de su propia necedad…

Fue a ver al teniente Rubio para solicitar una licencia: el tiempo de bajar y subir de Murazzano, el pueblo menos distante de la base y lugar de petty veraneo en tiempos normales, con una farmacia y una tiendecita de cosas superfluas. El Rubio lo clasificó para Némega con una aceptación más triste que airada de su carácter de segundón. Johnny tembló delante del responsable militar efectivo que se veía obligado a depender del comisario hasta para una nimiedad como dar licencia por unas horas a uno de sus hombres. Marched al ayuntamiento. La nieve dúctil era no carpet debido al áspero pavé. Némega estaba en la puerta de su sanctum, como si acabara de hacer aparición en aquel instante, inconsistente y al

mismo tiempo como cargado de un surfeit de trabajo intelectual.

—¿Comisario, puedo bajar un par de horas a Murazzano?

—¿Para hacer qué?

—Compras. Algún artículo de primera necesidad higiénica.

—¿Por ejemplo?

—Borotalco, una pastilla de jabón, colonia…

Némega se negó de plano.

—Me siento sucio y a disgusto. ¡Desde luego no pretendo escaparme! —resopló Johnny.

—Ya lo sé. Los hombres no acogerían mal la primera chance de caza al desertor, pero comprenderás que por el mismo motivo tendría que conceder licencia a todos. No creas que eres el único que se siente sucio y a disgusto. De otra forma esto no sería una guerrilla partisana, sino un grupo de criadas recaderas…

Johnny agitó un dedo por detrás de su hombro, como si tuviera alineada a su espalda a toda la formación.

—¿Qué le parecería una buena sarna colectiva?

—Bueno, te diré que está prevista, aunque prevista como un mal menor. Entonces, querías la licencia para comprar géneros de confort, digámoslo así. Dime, Johnny, ¿has subido aquí con dinero de repuesto?

—Naturalmente.

—Mal hecho, míster. Denota una flagrante precariedad de *animus* partisano y una concepción inferior de la vida partisana. Equivale a llevar un traje de calle en el petate, tú me entiendes. Tendrías que haberte echado al monte igual que nosotros, sin un céntimo, así lo habrías entendido todo mucho mejor y habrías cumplido bien con tu deber; y cuando fueras a requisar no te harías el delicado, el tierno y el superior, como me refiere el intendente. —Pero luego, conciliador, como si hubiera leído en los ojos de Johnny la amarga constatación de que él, Némega, estaba envenenándole minuto a minuto la duramente conquistada vida partisana, añadió—: Tendrás forma de hacer tus compritas. Pronto nos moverán y no habrá un solo día sin acción. Das un salto del camión en el primer pueblo y te compras todo lo que te parezca necesario. ¡Ah!, se me olvidaba —y lo dijo de modo que a Johnny no se le escapara de ninguna manera que el olvido era deliberado, como una represalia estudiada y llena de malicia—, se me olvidaba,

ya desde hace mucho, la verdad, que tienes forma de matar el tiempo libre porque aquí arriba puedes ejercitar tu inglés. Ya veo que aguzas el oído. Tenemos dos prisioneros evadidos de los campos de concentración. Sorry, no son ingleses de pura cepa, sino surafricanos, un subrogado paracolonial —comentó con un twist de los labios gruesos y muy rojos.

—¿Cómo es que no los he visto nunca? ¿Dónde están?

—Hacen vida de cavernícolas por elección propia —añadió con prisa—. En honor a la coalición mundial contra el nazifascismo yo quería integrarlos en la formación y hasta había elegido sus nombres de guerra. No te rías, iban a ser Victory I y Victory II. Sin embargo, no han querido, sencillamente han declinado combatir. Pero como dependen de nosotros para su manutención, los he mandado a la cocina, en calidad de criados, y no han puesto ninguna objeción. No te quepa duda de que los encontrarás allí.

De camino a las cocinas, Johnny se cruzó con Regis.

—¿Por qué no me habías dicho que tenemos dos surafricanos? —le preguntó con rudeza.

—Disculpa, pero ¿a quién le importan los dos surafricanos?

Las cocinas estaban alojadas en una casucha larga y baja hacia el wild interno del pueblo; se llegaba por un callejón salvaje que la nieve espesa no conseguía ocultar. Mientras lo surcaba, Johnny lo imaginó en pleno verano, con su exclusiva vida de ortigas, avispas y lagartos en el perpetuo pero ineficaz ondear del viento. Aunque en pleno verano, pensó Johnny, solo estaría allí muerto y sepultado.

En la puerta se cruzó con el cocinero regular de los partisanos, un cuarentón de aspecto equívoco pero diligente en su forma de actuar, que salía a por agua con dos cubos en yunta. A la pregunta sobre los dos surafricanos, respondió anodinamente que los ingleses estaban dentro.

En un rincón de mohosa penumbra Johnny distinguió dos espaldas anchas vestidas de caqui: no el clásico khakhi de la metrópoli, sino una variante de caqui en un verde oliva inferior. Los uniformes estaban en las últimas, pero arreglados y remendados con un esmero casi desesperado, con un pundonor tenaz y casi esnob. Las gruesas cabezas, encajadas en el cuerpo por cuellos taurinos de piel grisácea, estaban clipped con una rudeza y una humildad monacales. «How territorial do they both look!», pensó Johnny en el

momento de inclinarse hacia ellos. Pelaban unas patadas heladas con manchas violáceas y trabajaban con una lentitud sistemática, grinding, y con una patética voluntad de economía y de rendimiento.

Johnny habló abruptly.

—A bit unwarlike, ins't, to be peeling potatoes?

Se volvieron lentos, levantaron la vista sin la menor sorpresa de oír su lengua y al instante recuperaron el ritmo de la peladura. El que tenía un aspecto mayor e imposing, que dijo llamarse Burgess, solo preguntó si Johnny era partisano.

—Yes. What army service, then?

—Artirl'ry.

—Where were you caught?

—Marsah Matruth, 1942.

—By Graziani's troops?

—Rommel's —precisó Burgess con un tono rather atormentado.

—Where was the camp you ran out of on the armistice day?

—Near Vercelli —dijo Burgess con una prodigiosa capacidad para comerse todas las vocales del nombre.

—Near the rice marshes —dijo el otro con una voz curiosamente inmadura. Tenía la misma complexión que Burgess y algún año menos, pero daba la impresión de una total flexibilidad moral, de una indefensión infantil que resplandecía en sus ojos líquidos y adolescentes. Se llamaba Grisenthwaite, y Johnny tuvo que hacérselo repetir y al final conformarse con que lo silabeara. Grisenthwaite silabeó con docilidad su apellido antes de preguntar:

—Have you got any spare razor blade for me?

—Sorry, I haven't. The chief here tells me
you're
unwilling to fight. May I know why?

Naturalmente, respondió Burgess.

—We have enough of fighting, me boy, cause we have been through too much fighting, big big fighting in the sands. Mself
I'll
never put my finger on a trigger whatsoever. So will my pal here Grisenthwaite. The fighting
engine's
broken inside us. Furthermore…

—Speak straight, Burgess.

—No, that's all, I think.

Johnny dijo despacio, pesadamente:

—Men, you are wreckedly here, aren't you?

—Yea. —Lo dijo Burgess y Grisenthwaite añadió un balanceo de aprobación.

Eran tan directos y descubrían tanto sus sentimientos que a Johnny le parecieron irritantes.

—Stop your damned peeling on, will you?

Obedecieron con una suerte de automática presteza.

—How did you feel in the camps?

Los ojos de Grisenthwaite se drenaron gracias a una chispa de nostalgia y a Burgess se le alteró la voz metronómica.

—Not badly. Fairy well, I'd say. Left out smoking.

Grisenthwaite confirmó con la cabeza.

—Tobacco shortage? —quiso saber Johnny.

—No tobacco shortage. We received R. C. packages quite regularly. 'Twas a bias of the italian camp-commander. He was not particularly fascist, but he had got his own ideas about war-prisoners. Positively war-prisoners are not to smoke, he would state. Something like a branded
chastisement…'.

—And you?

—We once struck, but he undemordered.

—Blockhead!

—Kind of fanatic —dijo Burgess mansamente.

Johnny sacó su paquete de cigarrillos.

—Have a pair.

Pero los dos sacudieron la cabeza, y Burgess:

—Why you rouse again an unmaintainable vice? —Luego suspiró y dijo—: Had we know, we would have never left the camp.

—We ran out through the marshes —terció inesperadamente Grisenthwaite—, a knee deep into muddy water.

—Had we know the following —continuó Burgess con reprimido pesar—, we should have stuck quietly at the camp. But the war looked at a few days-maturity… Damn ourselves! —saltó, para luego recomponerse con una tétrica moroseness, y se inclinó para coger de nuevo cuchillo y patatas.

Grisenthwaite eyed the rentring cocinero, not at all interested.

—Say, me boy: the fascist… er… you call them republicans now…

—Yes?

—What are the fascists going to do us, if and when they recatch us? Will they shoot us on the spot or simply lock us in their camps again?

Johnny bajó los ojos hacia Burgess, una vena gruesa le palpitaba en el cuello grueso, unhealthy, desnudo y esforzado, como ofrecido para una ejecución inminente.

—They won't shoot you, I think, provided, of course, you are not caught red-handed, with weapons on hand, I mean… —les respondió, pero al ver los gestos con que descartaban y prometían, añadió enseguida—: I know, this will never be. They will simply lock you again. And so be easy.

Capítulo 7

Tito estaba escribiendo a casa. Era ya striking que escribiera a sus padres, pareciendo como parecía parentless y de nacimiento espontáneo, pero lo que más impresionó a Johnny fue su pretensión de que la misiva llegara. ¿Cómo pensaba hacerla llegar? En semejante situación, creer en el funcionamiento del correo era una frivolidad absurda. Sin embargo, Tito le explicó que el correo funcionaba en los pueblos controlados por los partisanos igual que en tiempos normales. Aquello afectó a Johnny como un stroke de frívola absurdidad: le pareció que era como si funcionara un servicio postal en el infierno.

Escribía inclinado contra el murete de la comandancia, en una posición que revelaba y acentuaba de un modo espantoso la singularidad anormal de su complexión física, y el granulado de la pared influía inevitablemente en su grafía ya de por sí penosa y ordinaria. La brisa fría que embestía de frente aquella parte no tenía capacidad para mover de un modo perceptible el mechón grueso y apretado de pelo vulgar que colgaba de la frente gacha y abullonada.

—Es aconsejable escribir en clave —estaba advirtiendo—. Hay que ponerse de acuerdo antes en el texto, como hice yo al marcharme. Por ejemplo, mis padres saben que cuando escribo «patrón» aludo a la comandancia partisana, con «trabajo normal» quiero decir que no he corrido ni corro ningún peligro, y así todo. También a ti te apetece escribir a casa, ¿eh?, pero si antes no te has puesto de acuerdo con tus padres, te lo desaconsejo, es demasiado peligroso. Los fascistas tienen sus agentes en las estafetas de correos, que luego pasan las cartas interesantes a los despachos políticos.

Estaban a mediados de febrero cuando llegó la acción, aunque

del modo más desolador, menos poético y menos estimulante de cara al futuro. Era una mañana dura, con un frío taimado que apuntaba a la espina dorsal, y el sol de la primavera próxima se despabilaba detrás de los imposibles estratos de una neblina propia del centro del invierno. Johnny temblaba más de nervios que de frío. El teniente Rubio se puso a su lado y lo examinó instantáneamente. Iba a dirigir la acción y tenía una cara dispéptica, la expresión exacta que Johnny esperaba de un comandante suyo en el terreno, una auténtica cara de ejército, del ejército en el que Johnny entraría en caso de que el mundo tuviera la desgraciada suerte de que los ejércitos continuaran existiendo. Juntos, se dirigieron al camión detenido en la carretera, a oriente, justo en el vértice de la cuesta. De momento no había encima más que un hombre con una enorme pelliza al percusor de una ametralladora precariamente plantada sobre la cabina. La estaba probando en souplesse y la giraba hacia los cuatro puntos cardinales y hacia arriba, contra el vacío del cielo burlón. Los hombres llegaron de uno en uno, silenciosos y como entumecidos, todos forrados de ropa, patosos y tremendos a la vez, con algo de urálico en los rostros sellados, y cargaron las armas como un peso de forzados. Apareció Tito, diminutivo y tenso, y saltó al camión sin una mirada ni una palabra para Johnny. A este se le presentó aquel tío tuberculoso que llamaban Geo y le alargó en silencio, como si estuvieran de acuerdo, un fusil de caballería y dos cargadores. Iban tan mal armados, tan desarmados, que contaban con un arma para cada dos o tres hombres y se la pasaban por turnos. Johnny sopesaba en la mano los dos cargadores, abstractos y pesados en el viril brillo del bronce. Llegó el comisario, somnoliento, thin-lipped y apresurado, como un jefe de estación de cuarta clase que no puede eximirse de presenciar la partida de un mercancías en la más bleak mañana de invierno. Recomendó al Rubio que ahorrara la munición de la ametralladora, echó una ojeada a Johnny sin desearle suerte y desapareció mucho antes de que arrancara el camión. Johnny volvió a sopesar los dos cargadores. Tito lo vio y dijo:

—Tienes más que de sobra. Hoy habrá una probabilidad sobre diez de disparar.

La noticia, la precisión, impresionó negativamente a Johnny: si

había que comenzar, que se comenzara aquella mañana y de verdad. Mientras tanto miraba a los hombres distribuidos en la caja del camión, que le parecieron tremendamente extraños. Por ellos supo que solo iban a vaciar los antiguos depósitos militares de Carrú, para dar escolta a los hombres que el capitán Zucca enrolaba e instruía en las llanuras neblinosas y ululantes.

—Solo dispararemos si los carabineros se meten por medio. ¡Idiotas! ¿Por qué no se van a casa? ¿Por el sueldo? Pues acabará costándoles demasiado caro el sueldo y el no saber hacer otra cosa. No es seguro que disparen, aunque el mariscal es un canalla. Si disparan es por obedecerlo, porque lo temen. Hay que barrer a esos carabineros idiotas para llegar hasta los fascistas, pero sería bestial morir por una bala de ellos antes de vérnoslas con los otros —añadió Tito.

Partieron en punto muerto, descendieron en punto muerto; por la rejilla posterior de la cabina se veía a ratos la nuca flaca y tensa del teniente Rubio, las ruedas levantaban unas ráfagas silbantes que corrompían la nieve blanca en los arcenes, el viento de la carrera ocasionaba una apnea provisional y embalsamaba los rostros, los hibernaba. Todo era equilibrismo acrobático. En la curva que embocaba el llano el camión dio un bandazo y a Johnny se le vino encima su vecino, no con su persona sino con el arma, de modo que le pinchó con la punta del fusil en el cuello. Cuando recuperaron el equilibrio, Johnny miró el fusil y vio que no tenía el seguro puesto. El ofensor, a su vez, lo miraba a él desde su achaparrada lowness, con unos ojos azules, bestiales, acuosos y achicados a causa del frío y de la resistencia al aire de la marcha.

Lo alivió el recorrido del camión por el llano, con los hombres alineados en su baranda, atentos al campo paralelo: una impresión buena y enérgica de torpedero a toda máquina en el doomed enemigo. Llegaron a la circunvalación de Carrú a las nueve dadas, pero el grueso del pueblo estaba prácticamente sepulto, como al corriente de la incursión. Hasta lo que se mantenía abierto, que era poco, parecía tan sellado como lo atrancado, que era mucho. El camión entró en el pueblo con una velocidad que violentaba, produciendo un elevado estruendo en el pavimento, rozando las casas, y Johnny captó al vuelo en una cortina un poco levantada el rostro horripilado pero solidario de un anciano. En el último

recodo, que para Johnny quedaría eternamente identificado con el habitual letrero de una barbería que de allí colgaba, el camión ralentizó hasta casi detenerse. Como de la tierra, surgió una joven rubia, regordeta, en pantalones, perfectamente rusa, pero con un detalle católico bastante llamativo: llevaba en el cabello una ínfula dorada, semejante a las que llevan las niñas que hacen de angelitos en las obras parroquiales. Dirigió un gesto en clave a la cabina, para el Rubio, y desapareció tal como había aparecido.

Con un desastroso ruido de frenada, el camión se detuvo en paralelo a los depósitos. Ciclópeos y ruinosos en toda su inmensa superficie de desolado fibrocemento, minimizaban a los hombres que saltaban del camión en medio de la efusión del hedor picante del material militar almacenado. Pero se oía también un susurro idílico, como de agua cercana que corriera por debajo de unas tenues canalizaciones de hielo, justo allí mismo. Dentro, el hedor era throat-seizing, decididamente tóxico, e inmensa la cantidad de material que los saqueos de los civiles a raíz del armisticio, las extracciones de los alemanes o las posteriores incursiones partisanas, opposed por los carabineros, no habían agotado.

Johnny aceleró en dirección al material. Enorme, booming y multiplicado hasta el infinito el eco de los pasos, sofocado cualquier otro ruido, orden o llamada… Se desvió hacia la zona de las pellizas, todo material concebido para el frente ruso, y le causó impresión introducir las manos en aquel cúmulo suave y fétido. Cargaron el camión hasta llenarlo, porque esta vez pensaban regresar sentados sobre varias capas de material, muy por encima de las barandas, cuando, puntual y carrillonesca, como un mero aviso fónico, entró la primera bala. Luego una lluvia que en parte fue a estrellarse contra el fibrocemento exterior y en parte surcó inocua la densa atmósfera química. El teniente Rubio volvió una cara más hastiada que rabiosa, muy eficiente, dejó unos cuantos hombres en la tarea no interrumpible de la carga y ordenó a todos los demás salir contra el cuartelillo de los carabineros.

—Se han levantado con el hígado dérangé —dijo Tito en un tono neutro, saliendo con Johnny al aire frío e insípido, inflamado de balas.

Ganaron un refugio, con elegancia, sin demasiada prisa, porque los carabineros disparaban sin fantasía y sin relieve, con una

sistematicidad que entrañaba orden, no conviction.

Desde el refugio, un agradable y acogedor hueco en un terraplén cuya hospitalidad y delicia aumentaban a causa de las balas que lo sobrevolaban, Johnny dirigió la mirada al cuartelillo. Se trataba de una casa pequeña y bonita, bien enlucida y recién pintada en un tono rosa ultramatizado, con unas persianitas verdes y lustrosas. Cuando los partisanos abrieron fuego de respuesta, se vieron claramente las vortiginosas mellas en el sonrosado uniforme de la fachada y pronto las persianas comenzaron a gemir y a dar sacudidas bajo los impactos. Johnny miró al cuadradito central de la reja de la ventana que estaba a la derecha y disparó. Recargó y volvió a disparar contra el mismo blanco vacío y abstracto. No había agotado su primer cargador y ya le parecía que llevaba años disparando, que había dedicado toda su vida a disparar. Debía de ser ya muy tarde, casi las tres, pensó. Ahorró el segundo cargador, sin que le costara resistirse a la tentación destructora de la munición.

No obstante, lo introdujo en la recámara. Las puntas erectas de los cartuchos producían una sensación plácida y extraña de eficiencia y al mismo tiempo de inutilidad… Así, gimió de estupor y asomó toda la cabeza cuando, quién sabe a qué hora, los carabineros sacaron y agitaron una toalla blanca. De los rebeldes partió una última salva, como si quisieran confirmar a los carabineros su decisión. El teniente Rubio se levantó al descubierto, fibroso y atlético, y gritó con la voz rota por el esfuerzo:

—Salgan con las manos en alto y dejen las armas dentro. Primero el mariscal. Mariscal, tú el primero.

De las acacias peladas que había a lo largo de la corriente de agua salió a la carrera, dando palmas, la chica rubia de la ínfula dorada. Tito eyed critically, pero no la detuvo. Ella llegó a espaldas del Rubio y se detuvo, como si le correspondiera ser la segunda en aceptar la rendición.

En el silencio chisporroteante se oyeron las pisadas de los hombres que dentro se colocaban en columna para salir, y luego el chirriar de la puerta deteriorada. Ahora salían, miserables en su esfuerzo por no parecerlo, con orden y bien uniformados, aun llevando encima la negra sombra que el ocho de septiembre había grabado en todos los uniformes. Desfilaban, las manos unidas en la

nuca, con un horrendo hint de punición de hospicio, si no fuera porque de ese modo se protegían de la lluvia de insultos de los partisanos, mientras que el Rubio apretaba aún más sus finos labios. El mariscal, el primero: un hombre de mediana edad, macizo y áspero, con una estopa grisácea que blanqueaba a toda prisa en las mejillas rellenas. Tenía las manos innaturalmente apretadas en la costura de los pantalones, como para inhibir todo gesto de disculpa, de razonamiento o de ruego. El último carabinero, el más joven, empezó a insultarlo también. En aquel momento partió la ráfaga de ametralladora del Rubio: breve, esencial y decisiva. El mariscal se dobló sin resistencia y planeó suavemente en la grava tintineante. Los demás carabineros, sin hacer un gesto, se apresuraron a cerrar los ojos del muerto, como si continuar con la visión pudiera perjudicarlos. En cambio, para Johnny fue horrible, y participaba de aquella horribilidad, ampliándola, el que lo hubiera hecho el Rubio, tan trim, tan melancólicamente caballeresco, de aspecto tan normal. Johnny se acercó al Rubio backed por la muchacha, aún asomada para contemplar el cadáver con una suerte de intensidad sexual.

—¿Qué has hecho? ¿Qué sistema es este? Se había rendido, ¿no?

El Rubio arrugó un poco la frente y un partisano que había combatido lejos de Johnny preguntó en voz alta quién era ese que se hacía el fino. Tito se puso al lado de Johnny con uno de aquellos saltos suyos inhumanos, torpes y ferinos, para sacudirlo y llevárselo lejos. Hablaba con un tono rabioso y desilusionado.

—Pero ¿tú qué pretendes? ¿Vas de caballero? Cuanto más inteligentes sois por naturaleza menos entendéis. —Luego subsided —. El Rubio ha hecho muy bien. Además, estaba cantado. Mira a los otros carabineros y verás que también estaba cantado para ellos.

Se liberó de la perpetuada garra de Tito.

—¿Qué quiere decir que estaba cantado?

—Que lo estaba. —Habló el Rubio—. Tú has entrado por primera, y afortunado tú, por última vez. Con los carabineros, quiero decir. Pero nosotros hemos venido tres veces y todas le habíamos dicho que no hiciera caso, que se durmiera, pero la segunda vez me mataron un hombre. Si no lo hubieran hecho, a patadas los habría mandado a todos, mariscal incluido, a jubilarse, pero me lo mataron.

—Se llamaba Pancho —advirtió otro, enrabietado con Johnny, recordando con solemnidad.

—Entendido —dijo Johnny y retrocedió.

Ahora podían matarlo, porque él ya había matado, aunque la ráfaga hubiera salido del Rubio. Era triste pero tonificante estar de lleno en la partida, ya con cuenta abierta, sin parecer ni parecerse una víctima.

Del interior del cuartelillo, en el silencio veteado por la corriente de agua y la grava pisoteada, salía el ruido del saqueo partisano. Apareció un grupo con siete fusiles, una máquina de escribir y una mandolina. La curva del instrumento era licenciosa, fámulo-meretricia, en el aire claro e inmóvil. Los ojos bajos, nadadores, de los carabineros se posaron en el instrumento más que en ningún otro artículo. Continuaban alineados como a la salida, rígidos, vivos solo los ojos indomables y las manos paralelas a los pantalones. El más joven esbozaba algunos gestos esporádicos, como si quisiera llamar la atención y hablar, pero en medio de la general y grim uneasiness bajaba enseguida la mano. Debía de ser un isleño, un sardo quizá, con una sobrecarga bestial en el rostro esculpido, demasiado fosco.

El camión maniobraba para la recogida general, torpe y potente. El partisano del incidente mañanero puso firmes a los carabineros, que obedecieron de maravilla, solo la posición revelaba despiadadamente su edad y su deterioro. El partisano guiñó los ojos bestiales:

—¡Des-nu-daros!

Los hombres ni siquiera fingieron que no comprendían la orden. El chico levantó el fusil a una media altura. Ya trabajaban con los botones y las lazadas, temblorosos a causa del frío presentido. Uno se acercó a Johnny y a Tito.

—A mí ver desnudarse a un carabinero me impresiona casi tanto como ver desnudarse a un cura. ¿A vosotros no?

Y allí estaban, recuperando el alineamiento militar en calzones plissé y con todas las cintas colgando. Les temblaban los labios y los ojos amerizaban suplicantes en la sobria figura del Rubio, que si no se reía, tampoco se animaba a intervenir, porque los hombres debían reírse un poco y para eso no necesitaban ayuda. El partisano jefe de los juegos ordenó el ¡derecha! y el distanciarse. Los traseros

de los carabineros latían como corazones contra los calzones cómodos pero malos cubridores. Con un mugido, el partisano dio al primero y al segundo una patada que literalmente los levantó del suelo, mientras que el Rubio iba indicando por señas a los que ya habían recibido el tratamiento que huyeran hasta el fin del mundo. Los que esperaban habían comprendido y se acercaban al tratamiento con pasitos felices y vergonzosos. El último, el más joven, el isleño, levantó una mano y gritó:

—Yo quiero ir con vosotros. ¡Llevadme a ser rebelde!

Pero el Rubio apretó los labios y sacudió la cabeza. El otro gritó aún, a dos pasos del pie levantado del verdugo:

—Rompedme el c…, pero llevadme con vosotros.

El Rubio volvió a negarse y desapareció el último, scrapping la gravilla de la esquina con un larga y eléctrica zancada de animal de bosque.

Capítulo 8

Falta este capítulo, donde, entre otras cosas, se contaba la llegada al campo de Némega del «jefe de las colinas inferiores», el comandante Violeta —llamado así por el color de su singular uniforme—, «insidiosamente frívolo y equívocamente brillante», y de su guardia de corps eslava, entre la que se hallaba el ruso Valodkia, centro de la admirada curiosidad de los compañeros de Johnny. Véase el capítulo 11.

Capítulo 9

Como los fascistas continuaban sin aparecer, llegaban reclutas nuevos, empujados desde la vaporosa llanura por la mano aselectiva del capitán Zucca. En el murete de la comandancia, con el primer sol del último invierno, el Rubio, Johnny y Tito los examinaban mientras esperaban ser recibidos por Némega o merodeaban espantosamente perplejos y abandonados a su suerte después de la visita. El Rubio se lamentaba diciendo que si no tenían armas suficientes para el núcleo-base a qué recibir nuevos, de los que el más equipado se presentaba con una pistola de juguete. Tito volvía a confirmar que para él todo el sistema estaba errado, porque querían empezar por donde Yugoslavia enseñaba que había que terminar.

—Es la zarpa política de Némega. Los comunistas, como los fascistas, profesan el dogma del número-potencia. La brigada tiene quizá cuarenta armas individuales, pero unos ochenta efectivos.

Johnny recordaba una reciente confesión de Némega durante un momento de exaltación etílica en que sin duda consumó una traición a sí mismo; él, un puritano de inhibiciones lúcidas y maníacas, atabáquico, analcohólico e inanfetamínico. Había llegado a darle un apretón en el brazo, con un Johnny palmariamente shrinking, y a decide con unos labios húmedos y demasiado abiertos:

—Lo que yo sueño y lo que tendré es una división de mil garibaldinos. Mil. Los veo desfilar delante de mí, todos con chaquetas de cuero. Tú me preguntarás dónde me procuro mil chaquetas de cuero. Una parte la decomisaré, el resto tendrán que buscárselo ellos. Bajarán a la ciudad, atacarán a los conductores, a los técnicos, a todos los profesionales que llevan chaquetas de cuero. Mil hombres todos iguales, con el uniforme más moderno,

más genialmente moderno que pueda concebirse. Boina de hule negro, chaqueta de cuero negro, polainas de paño gris y botas de cañas negras.

Johnny entró en el horno, recibió su hogaza crujiente, tan exquisita y esencial que cualquier condumio la habría estropeado, pero esta vez no se quedó a comerla con la espalda pegada a la pared caliente del horno. Mordisqueándola, caminó lentamente hasta la explanada del observatorio, los ojos hundidos en los vapores de los vallecillos y de los barrancos, donde poco antes la niebla había sido tan densa, tan firme, tan obstructora, mientras que en aquel momento parecía que todas las cavidades y todos los recovecos se liberaban de ella como un oído se libera de un tapón algodonoso. Se sentó en un pedrusco medio desnudo, de una desnudez goteante a causa de la nieve deshecha, y pensó en la primavera que se acercaba en el agua gélida del deshielo con un palmo de altura, torrencial en los senderos, en el blanco y pasivo intermedio que iba a desaparecer para facilitar el mayor, el máximo movimiento de ellos y de los fascistas. Después del tratamiento de la nieve, la tierra seca y elástica sería idónea para acoger la gran partida. La nieve, si por una parte ofrecía una seguridad almohadillada, por otra parte significaba, comportaba la más horrenda y la más inmóvil de las muertes cuando las circunstancias o la suerte invalidaban su protección. Johnny no se quitaba de la cabeza el relato que le había hecho el Rubio del primer caído de la brigada, trampling en un campo de nieve virgen y enfrentado sin saberlo a los fascistas y a los alemanes que marchaban por la carretera despejada. Se encontró como una mosca en la miel, presa segura hasta para los que exageraron en la mala puntería, y lo capturaron ya hartos del juego. Su sangre roja en la nieve era vistosa, casi artificial, como la granadina que impregna el granizado de hielo.

Sonaron dos, tres ráfagas de ametralladora en el valle, unas dos vertientes más adelante, a juzgar por el oído. Al principio era un crepitar delicioso, pero a medida que el espacio abierto elevaba el eco hasta las crestas, hasta el pueblo y por encima y más allá, el ruido se hacía desgarrador e impresionante, tigresco. Fascistas, al fin: ya era mucho oírlos, aunque verlos habría sido mejor remedio para la ansiedad.

—¿Contra qué disparan? —preguntó Johnny corriendo al lado del Rubio, erguido como una estela en la oleada de partisanos envolventes. Ellos eran los únicos partisanos en un radio enorme, ¿contra quién disparaban, entonces? Némega apuntó, verosímilmente, que disparaban contra los civiles que huían a campo abierto de la imprevista y matutina incursión. Las ametralladoras bajas y lejanas went out again entre los jirones de bruma. Némega había acertado: hombres, hombres raided la última ladera, civiles encapados en fuga. Pero huían por la dorsal de Monesiglio, así que ninguno llegaría hasta arriba para confirmarlo y dar detalles.

Se formó una columna de cuarenta hombres con todas las armas individuales disponibles más la ametralladora, que esta vez ciertamente iba a cantar. La cargaba en una sola pieza Pinco, un gigante siempre celoso de ella, aunque su relación con el arma se limitaba al hercúleo transporte. En el campo la manejaría el Rubio, con la devota y pasiva vecindad de Pinco.

Bajando por el sendero deshelado, Johnny advirtió que, descartando que hubiera otros ocultos, la ametralladora contaba solo con cinco cargadores y no todos llenos. Las ametralladoras fascistas crepitaban abajo con breves intervalos y con un cierto tono exhibicionista que demostraba su abundancia de munición.

Johnny se estremeció al notar en el tobillo la zarpa viscosa y gélida del agua torrencial del deshielo. Como la pendiente era demasiado escarpada y traicionera para un descenso lineal, bajaban en serpentina, de forma que, de cuando en cuando, tenía bajo la mirada un anillo de la serpiente partisana. Descendían calmos y unidos y parecía que solo pensaban en no escurrirse varios metros en el fango del deshielo; la distancia relativa del campo aún les permitía llevar las armas con desenvoltura, colgadas y en bandolera, como guitarras. La mayoría llevaba la cabeza descubierta, pocos una boina y un par un pasamontañas. Los fascistas llevarían sus cascos, eso seguro, de modo que a Johnny, en sus preliminares, la batalla se le presentaba como un encuentro de cascos y cabezas al aire. Ahora descendía, tranquilo y melancólico, posando como mejor podía los pies que lo llevaban desde la tierra de nadie hasta la tierra candente bajo la nieve. Atravesaron un castañar que no ofrecía la menor sensación de amparo u

ocultamiento. Nada más salir del bosque, semejante a un almacén de horcas en su feroz desnudez, uno de los civiles que huían, bajo y contraído como una liebre, levantó la cabeza justo para encontrarse con la columna partisana, instantánea, imposing como una aparición, y desvió la carrera con un gemido de temor infinito, sin hacer distinciones, ciego a la mano que levantaba el Rubio para que se detuviera a parlamentar.

Callaban las ametralladoras, solo sonaba algún fusilazo, esporádico y sin virulencia, semejante a un tiro de prueba. Los partisanos subían ahora la última ladera, mirándola benévolos y confiados, como si quisieran propiciarse su tierra y sus asideros y coberturas. Nadie hablaba, aunque a todos les temblaban los labios por la necesidad de hablar, de articular por lo menos una broma. A veces, sin perder el paso, el Rubio se volvía con una tranquilidad firme, casi dolorosa. Era hasta tal punto el paradigma del jefe soñado que casi podía temerse que fuera solo eso, un sueño que se desvanecería necesaria y clamorosamente ante la prueba de los hechos. Un jefe como el Rubio, a la altura perfecta de la confianza que inspiraba, resulta demasiado bueno.

Estaban a caballo de la última vertiente. A un ademán del Rubio se tiraron al suelo en damero, con la ametralladora en el centro, que más parecía un paladión que un arma. Johnny y Tito se tendieron codo con codo en un recuadro limpio de nieve, entre dos troncos, y notaron el terreno mullido y suave, no demasiado dúctil, ideal para tumbarse a tener un primer diálogo con la tierra primaveral. Un partisano pasó corriendo por delante de ellos para ocupar el vértice del triángulo, pero Tito lo rechazó silbando un insulto, el otro se alzó sobre los codos y volvió el rostro infantilmente enfurruñado, con un ceño que borraba el pánico. Invisibles, los fascistas continuaban disparando, pero a Johnny acabó por parecerle que alguna bala no carecería de meta y en el último hissing creyó que iba dirigida contra él, echó cara a tierra y luego volvió a levantarla, incómodo, seguido de Tito. Este sopesaba la invisibilidad que tenía delante con los ojos y los labios apretados, y la preocupación confería a su rostro lombrosiano una concentración y una crispación preasesinas.

Los fascistas estaban ya más cerca y, tal vez ocultos por las casas y los arbustos siempre verdes, debían de vagar por los claros

interiores. La constatada cercanía daba a Johnny una repelente sensación de intimidad, que solo podía resolverse con el fuego abierto.

Fatalmente, acabaron por descubrirse: sus exploradores quedaron encuadrados en los calveros, libres, desmandados, descuidados, con los cascos extremadamente sun-catching. Toda la línea partisana disparó, Johnny incluido, casi a ciegas, sin voluntad de acertar, como si solo pretendiera desgarrar aquella atmósfera suspensa de espejismo. Las patrullas rodaron indemnes hasta el bosque y comenzó el gran fuego.

Las ráfagas de las invisibles ametralladoras crepitaban en las ramas altas. Johnny se volvió sobre un costado y esperó, calmado y dispuesto: después del primer golpe precipitado, solo dispararía a la vista, con garantía, pero no veía a nadie, ¿a quién disparaban los compañeros? Tito también examinaba lateralmente la firing line, como si quisiera descubrir el secreto de la dirección y adueñarse de él. Por lo demás, el fuego partisano era extremadamente magro y el Rubio, situado en el centro, parecía a punto de suspenderlo. Los fascistas disparaban con opulencia, como los ricos, convencidos de imponerse por la fuerza de su volumen de fuego; su tiro era muy compacto, siempre alto, pero excelentemente dirigido al sector. Las ametralladoras cantaban a voz en grito, aunque no impresionaban demasiado con aquel aire de apuntar a todos, de no querer dar a uno sino a todos. Por el contrario, los disparos de fusil eran agonizing por su aire tenso y burlón, better knowing, de querer acertarte a ti y solo a ti.

El campanario del villorrio cercano dio la hora, las once, con el toque de siempre. Johnny estaba envejecido, casi agotado por su único tiro, y la humedad le invadía el cuerpo como un cáncer. Luego se aburrió, lo fastidió incluso la intensidad excesiva, menial, con que Tito insistía en vigilar el cuadrante siniestro del bosque que tenían enfrente.

Después, en el silencio sonoro, los fascistas se hicieron visibles de nuevo. Se aproximaban para el contacto arrollador, revoloteaban por los trechos descubiertos como las lagartijas por los muros entre los hombres apostados aquí y allá. El gris verdoso de sus uniformes atraía el fuego como ningún otro color de guerra y bajo el techo del bosque sus cascos se volvían opacos como una alustreness y

lacrimosa cabellera. Johnny se colocó para disparar a los descubiertos, a los que saltaban, pero cuando dos de sus disparos azotaron la tierra inocente detrás del camuflado fantasma de un enemigo leaping, cesó y se concentró en la espera extenuante del tiro seguro. Resultaba tan agotador como abstenerse de jugar a una ruleta que gira incansablemente… Tito aún no había disparado. Cuando por fin disparó, lo hizo con un sobresalto y una precipitación que helaron la sangre a Johnny, como si no le hubiera dejado más que el tiempo de constatar su propia muerte. En cambio, tuvo tiempo, todo un tiempo de lujo, casi voluptuoso, para él en plein. El muchacho bailaba a treinta metros cegado por su propio valor, flaco y elástico, embriagado de coraje, de astucia bélica y de naturaleza boscosa. Johnny disparó sin prisa, sin ferocidad, y el otro cayó lentamente, con la misma lentitud que empleó Johnny para incorporarse sobre los codos con un ascensional estupor ante su primer muerto. Aturdido, poseído, cabeza y pecho descubiertos, seguía las últimas espirales del muerto en la hierba acuosa. Se agachó de golpe, bruising la nariz en la tierra, bajo el tiro de un fusil automático, sistemático y furioso, casi «pensante» de que lograría arrancarlo de la tierra protectora y lanzarlo, blanco certero, al aire desnudo. Yació oyendo el trac del fusil de Tito y la grande ouverture de la ametralladora del Rubio, poseído por la certeza heladora de tener el cabello partido en dos por el surco ustorio del segundo y milimétrico tiro del arma automática, pero no pudo comprobarlo porque le temblaba la mano.

Luego cayó en una especie de torpor, en el que los disparos adquirieron un eco touffu y algodonoso; se sacudió el entumecimiento para recalar en un auténtico tedio. Hasta se habría encendido un cigarrillo, si no hubiera sido porque el movimiento habría podido estropear por un momento su dulce y perfecta adherencia a la tierra. Miró la munición que le quedaba como si fuera algo absolutamente inagotable. Luego se despabiló. Las andanadas fascistas continuaban su curso, aunque altas e inocuas, y aun así compactas, calculadas, puntuales, casi mecánicas, tanto que no parecía que partieran de un grupo de hombres, sino de un único e inmenso ingenio graduado en el tiempo de emisión, pero ellos, los fascistas, habían desaparecido como si se hubieran precipitado en

una súbita y honda trinchera.

De pronto, en el centro, el Rubio accionó la ametralladora y liberó una ráfaga tan rabiosa, frenética y desesperada que hasta Johnny y Tito comprendieron desde lejos que había agotado el último cargador. El Rubio se apartó de la empuñadura, siempre con Pinco a su lado, gigantesco hasta el extremo de parecer erguido estando a gatas, y susurró algo al oído de los hombres que ocupaban el centro. Se entendió que suprimía el contacto, lo que alivió y aterrorizó a Johnny, porque si los fascistas ganaban el espacio entre las dos laderas aquel sería el peor momento. Con algo parecido a la desesperación, Johnny se giró para examinar el terreno que debía superar: estaba manchado de nieve en algunas partes y resbaladizo a simple vista. Los hombres scrambled to feet como en un terreno electrizado y dispararon una mirada frenética al frente fascista, donde la aparición de un casco ya no equivalía a una diana, sino a una trompeta de huida. Pero no asomaron los hongos-cascos, por tanto los hombres patinaban aún y solo en el terreno magnetizado. El Rubio se agitaba detrás de la línea central, quebrada por unos sitios y por otros no. Tito frisonaba de excitación y de angustia. Johnny se concentró en mirar adelante y abajo, donde había caído su hombre, que ya no se veía. Los fascistas todavía invisibles disparaban fuerte y tediosamente.

Ahora el Rubio hacía señales de retirada a las alas, las facciones endurecidas por culpa de la desatención de los laterales, y se levantó todo lo alto que era para hacer más ejecutivo y evidente el gesto. Luego el centro se precipitó en retirada, los hombres apenas agachados para no reducir la zancada en el terreno resbaladizo, en dirección a la interminable y descubierta mambla de la segunda ladera. Alguien había caído, bajo fuego fascista creyeron instintivamente, pero no, solo se había escurrido y ya se levantaba manchado de barro, braceando para recuperar el arma. El tiro de los fascistas continuaba alto, pero en las faldas del mamelón sería exactísimo, así que el Rubio, con un desvío a la derecha y un grito como de halcón, arrastró a todos los hombres en aquella dirección, lejos de la pendiente, hacia un cañón que se abría seguro y acogedor como un refugio. A Johnny, igual que a los demás, el corazón le reía y le cantaba mientras se introducían en el canyon, encantados de dejarse engullir. Era un infierno de fango, que

apestaba a hojas marchitas, y la vegetación, curvada hacia dentro para enmascararlo como un aborto de la naturaleza, rezumaba de un modo horrible, pero era también la grata salvación. Johnny se detuvo un instante al borde del cañón y miró los lugares que acababa de dejar, donde florecían los cascos fascistas como un setal espontáneo y estereoscópico, gaping, desplegados hacia el mamelón desierto y escarnecedor. Ya estaban orientados hacia el punto exacto, pero se detuvieron a la vista de la horrenda y misteriosa boca del canyon y apuntaron con los fusiles, esperando que los camaradas se agruparan a sus espaldas. Entonces Johnny swirled in, corrió por todo el cañón, disfrutando del goteo, violentando el fango, y se reunió con los que ya subían al refugio del mamelón, tranquilos y midiendo los pasos para no escurrirse. Más arriba, donde la subida empeoraba, escurrirse equivalía a perder una decena de pasos, pero lo remediaron lanzándose a los palos de demarcación de una viña grande y pobre para agarrarse a ellos. De cuando en cuando, la cuesta se arqueaba y entonces disfrutaban de un glimpse del calvero entre dos laderas donde se enjambraban los fascistas, achicados por la distancia, ridiculizados por su esprintar sin meta en el terreno resbaladizo. Desde un desfiladero superior, Johnny observó que recuperaban posición, distancias y precauciones, debían de ser oficiales los que serpenteaban entre la masa ahora inmóvil y en suspenso, oficiales que tomaban en consideración el posible regreso de los partisanos. Serían unos doscientos los que moteaban, ya fijos, la gran explanada y, aunque era mediodía, parecían encelofanados por una luz crepuscular. Incluso se percibían sus camiones, que maniobraban con cierta resignación y cierto cansancio en un tramo de carreterita perlada.

Johnny se colocó mejor el fusil al hombro, tratándolo con una especie de afecto, y a cambio recibió un cierto roce y una efusión de calor animal. Los otros se habían detenido en el enorme patio de un pequeño y pobre caserío, cuyos habitantes atisbaban desde las microscópicas ventanas después de abandonar todo su espacio y su hacienda a los partisanos que habían presentado batalla a los fascistas sin salir mal parados, todo lo contrario… El patio se abría al infinito, como si se levantara en una cumbre truncada. Los hombres se mantenían en silencio, pacíficos, independientes. La mayoría hacía pacientemente la cola en el pozo para beber agua

helada por aquella temperatura amorfa. El chirrido de la cadena les sonaba a paz. Otros paseaban con recogimiento por el patio pavimentado, con las cabezas significativamente gachas, y otros aun se sentaban en el murete o en los lastrones, examinando o curando alguna de sus extremidades.

Johnny se adentró en el patio, feliz y ansioso por mezclarse con los hombres, con todos, ya sin la necesidad instintiva de distinguir a Lito y estar a su lado. Tito se hallaba en pleno centro del patio, con el fusil a un costado, restaurando con meticulosidad sus medias de montaña y sus polainas. Cuando vio a Johnny, le guiñó el ojo sin alegría pero con profundidad; aun así, Johnny no se le acercó, porque todos aquellos hombres, hasta el más embrutecido, le parecía un Tito y además un hermano. Debido a la humedad de la tierra del combate, muchos tosían y todos se aclaraban la garganta de vez en cuando. La polea del pozo chirriaba. Johnny tenía el corazón abierto, fundido; adrede, dio la vuelta al patio para hacerse partícipe y ser consciente de todos y cada uno de los hombres, los mismos que habían combatido con él, los que estaban de su parte, no de la contraria. Ya se le había disuelto por dentro la humillante sensación del despego de clase, ya era uno de ellos, ya era como ellos, hermoso como los que eran hermosos, feo como los que eran feos. Habían luchado con él; habían nacido y vivido, cada cual con su origen, sus juegos, sus trabajos, sus vicios, su soledad y sus desvíos, para encontrarse juntos en aquella batalla.

El teniente Rubio estaba sentado a medias, con las piernas equinas muy abiertas, en el tramo más elevado del murete, mirando lazily el lejanísimo, melting calvero que los fascistas evacuaban poco a poco. Ahora contemplaba consternado un cigarrillo que, por haberse quedado en el bolsillo del pantalón durante la batalla, estaba torcido y perdía tabaco por más de un roto. Johnny le pasó uno de los suyos, solo aplastado. Luego, súbitamente, se alejó para no hablarle. Le habría dicho: «Eres solo un sargento, teniente Rubio, pero has comandado espléndidamente, aunque no cabía pretender que fueras un auténtico jefe. A un grupo de gente sola, joven y maltrecha como nosotros podía haberle bastado que hicieras de jefe en el sentido de dar la señal para el comienzo de la batalla, pero tú, sargento, eres un jefe de verdad que ha comandado magistralmente».

Posó el fusil en el suelo y se sentó en un tramo libre del murete, altísimo. Allí lo asaltó un cansancio dulce y solapado, que acabó en rigidez. Entonces sintió por la espina dorsal la larga y lenta espiral de la oleada de miedo por el recuerdo de la batalla. A los demás debía de sucederles lo mismo, puesto que todos estaban un poco inclinados y absortos, como si notaran la misma oleada en sus espinas dorsales. Una batalla es una cosa terrible que luego, como en el caso de ciertas puérperas primerizas, te obliga a decir: «nunca más, nunca más». Una experiencia terrible, suficiente, irrepetible, que al mismo tiempo produce la humillante sensación de haber hecho ya demasiado, de haber cumplido toda tu parte de una sola vez. Aun así, Johnny no ignoraba que se quedaría a librar todas las batallas que le estuvieran destinadas o le fueran impuestas por los partisanos o por los fascistas, y *sentía* que aún se combatirían otras muchas de aquella misma guerra cuando él y el Rubio y Tito y todos los demás hombres del patio (que ahora le parecían numerosos, todo un ejército) estuvieran bajo tierra, puestos por una batalla al abrigo de todas las demás.

Los hombres se hallaban tan inmóviles y tan absortos, tan estatuarios a pesar de lo que les corría por dentro, que los hijos del campesino se metieron entre ellos, callados y haunted, como si estuvieran en un museo.

Capítulo 10

Un informador refirió que el estanco de Marsaglia había recibido el suministro de tabaco y se formó la brigada de la requisa. Era una misión muy ambicionada porque, además de la posibilidad de una requisa personal, representaba una placentera evasión, en el coma del invierno, a través de un largo trecho ya deshelado y desnevado, a diferencia de la parte norte, todavía rebosante de nieve. Marsaglia distaba de Mombarcaro dos terraplenes, dos laderas bañadas por el sol, entre un mosaico de espacios nevados que creaban el thrill de navegar en un archipiélago, y con su castillo medieval, las explanadas arboladas y su aspecto amurallado en la Edad Media causaba la impresión de un paisaje a lo Salvator Rosa, paradójicamente nórdico. El aire era frío y sutil, de un frío deportivo.

Acompañados de Johnny, que experimentaba un cierto furor íntimo de primavera fisiológica, salieron Tito, Geo —el chico con pinta de tuberculoso— y un partisano de los nuevos, un pobre producto de híbrido ligur-piamontés, antipático y despreciable a primera vista. Al enrolarse había propuesto el nombre de batalla de Stalin, pero Némega lo desautorizó con una austera impetuosidad, como para evitar una desacralización. Entonces se conformó con Fred, que era el nombre que llevaba bordado en un pañuelo rojo por obra de alguna muchacha alquilada o adulada de las colinas.

En el momento de la partida, Geo planteó el problema del arma. Dijo en voz alta que una brigada de aquel tipo debía tener una automática, que ya era hora de que el hogareño mariscal Mario pusiera a disposición su Sten y que nadie en conciencia podía más stress on the personality of weapons. Johnny y Tito, que iban en cabeza, tuvieron que detenerse y regresar al centro cuando la disputa creció y los partisanos comenzaron a tomar partido, unos

por Mario y otros por Geo. Mario, stung, decía a gritos que se trataba de una misión de risa, de una «compra» propia de intendencia y que una petición así para una misión semejante por fuerza debía enmascarar algo ilícito. El Rubio tomó partido por Geo, y al clamor intervino Némega para apoyar al mariscal. El Rubio ofreció su ametralladora, pero nadie podía aceptársela, porque —lo dijo Polo— era como pedirle su pluma a Dante Alighieri. Entonces Némega convenció a Mario y el Sten pasó de este, infantilmente enfurruñado, a Geo, altísimo y estéticamente esquelético, con los pómulos sonrojados en su inexorable marcha hacia la conversión en el sosias perfecto de John Carradine.

Johnny y Tito goggled y reemprendieron el camino. Marchaban leisurely pero strongly, Tito el primero, con un cierto aire de pequeño judío de gueto polaco por culpa del abrigo de cordero invernal que estorbaba su cuerpo diminuto. Geo los seguía con un ceño irremediable, por Mario, por sí mismo y por el arma, que ahora que le colgaba del brazo no le parecía superior a un modesto fusil. Fred iba el último, chapoteando de un modo espantoso en los puntos deshelados y getting duras recriminaciones de los primeros a causa de las salpicaduras. Johnny caminaba con los ojos fijos en la genial silhouette de Tito, humoristizada por el abrigón de piel, aunque en realidad estaba encerrado en sí mismo, asediado dentro de su mente, pensando en su grado de supervivencia intelectual, porque le pareció que se asomaba a un abismo cuando tuvo ocasión de constatar en un test que no recordaba nada de los aoristos.

—Todo esto acabará y yo tendré que empezar desde el principio con el griego, no podré dejarlo para siempre… —El asunto parecía tan tedioso que ya sentía la náusea del futuro esfuerzo y hasta puede que fuera mejor morir de partisano; increíble, ya le parecía un auténtico empleo civil—. Todo esto acabará…

Y en aquel momento decidió disfrutarlo, disfrutar de la marcha con un arma en el brazo, en medio del aire gélido y del sol victorioso, hasta el delicioso pueblo de la requisa del tabaco. Se encontró recitando «*Nun au*
deur'icomen
…[12] » con una voz involuntariamente inteligible, tanto que Tito se giró con interés, intrigado; fue delicioso el frunce de sus cejas delincuenciales, pero al reemprender la marcha se hundió en la

nieve que no había visto.

Delante de la última vertiente, en un fondo de árboles pelados, Geo dijo que no se resistía a la tentación de probar la automática. ¿Lo comprendían?, ¡nunca había disparado una ráfaga! Johnny observó que aquello suponía alarmar inútilmente a la gente de Marsaglia y obligar a los hombres a amadrigarse en agujeros gélidos o a correr para salvar la vida por desnudos precipicios bajo la luz cruda.

—¿Y esos qué nos importan? —dijo Fred, contagiado de la tentación de Geo.

Tito observó que él debería rendir cuentas a Mario de las balas que faltaran.

—Yo me c… en el mariscal. ¿Seguimos en el ejército o qué? Además no dispararé más que un par… —Y aprestaba el arma, aunque con una contención despectiva.

—No has disparado una ráfaga ¿y crees que vas a saber dosificar la primera? Se te va medio cargador antes de que te des cuenta…

Pero en aquel momento Geo apretó el gatillo, fueron seis o siete disparos contra los troncos intactos y pareció que violaba el mundo entero, los cuatro frenaron sobre la punta de los pies y contuvieron la respiración como delante de un milagro ocurrido y ya pasado para dar testimonio a los creyentes, luego Tito sacudió la cabeza y dejó escapar todo el resuello retenido. Reemprendieron la marcha, Geo preguntando ya qué iba a decirle a Mario, lo que equivalía a un ruego implícito de que se devanaran los sesos para inventarle un motivo de fuego…

La ráfaga, una earl ráfaga, una prince ráfaga, estalló desde detrás del acodo del castillo. Tito cayó fulminado con el fusil en el brazo, rígido como un poste quizá por aquel soporte ferrolígneo. Johnny siguió su desplome con atención mientras la estela de la ráfaga fluttered sus propias ropas. Luego alargó la mirada hasta la antigua muralla, por donde asomaban los fascistas derechos, lentos, masterful, apuntando de nuevo sus fusiles, aunque con una lentitud y una nonchalance extremas. Hipnotizado, como en una marcha ceremonial, Geo caminaba hacia ellos adelantando el arma tomada en préstamo. Había que hacer esfuerzos denodados para resistirse al contagio de su marcha ceremonial de rendición, no menos hipnotizadora que la masa humana de Tito. En el enjambre de la

fusilería, que partía de la muralla con un flopping paradójico, de sonido inocuo, y hería el aire con ferocidad, mientras que los tiradores fascistas se movían ya fuera del muro, aunque con los pies como lastrados, Johnny notó toda su sangre en el cerebro y una especie de frenesí que lo empujaba a la salvación. Disparó a ciegas contra el muro y, al retroceder, chocó de lleno con un Fred ileso y estupefacto y ambos cayeron de golpe contra el suelo. En vez de levantarse, Johnny echó a rodar con una lentitud infinitesimal por la tierra pegajosa. A cada rotación, como en una nube, veía un pequeño relieve, un plegamiento del terreno a cinco, a ocho pasos, pero se daba cuenta de no poder alcanzarlo con aquel ritmo y cuando comprendía que su rodar lo colocaba de cara a los fascistas, cerraba los ojos para no verse encima uno de ellos mofándose de su endeavour. La tierra explotaba a su alrededor con un flopping suave pero cercano y frecuente. No se oían voces, ni gritos, puede que Geo se hubiera rendido ya, sin ruido, pues todo había ocurrido con un procedimiento mudo…

Llegado a un plegamiento del terreno, se encaramó de costado, convencido de saltar rodando menos de un palmo, para cubrirse aunque solo fuera una parte. Sin embargo cayó un doloroso metro hasta una especie de grieta a levante, atemperada por un ligero almohadón de nieve. Las balas thudded en el frente del plegamiento con un flop ácueo. Entonces botó sobre los codos hacia la derecha, hacia la confluencia visible con el cañón. Alguien lo seguía, pero no tuvo necesidad de volverse, era Fred, ciertamente Fred. En vez de lanzarse a capturarlos o a rociarlos de muerte desde cerca, los fascistas disparaban quietos, convulsos y al mismo tiempo con el desinterés del que tira al blanco móvil de una feria. Ahora disparaban anticipándose, fijos y confiados en la meta última: golpear a los partisanos cuando salieran a escena, al borde del cañón.

Los zapatos de Johnny eran dos toneladas de fango, ralentizó porque las rodillas se le reblandecían debido al intolerable cansancio del cambio de velocidad y Fred se le vino encima ciegamente. Johnny gritó y ambos se zambulleron en el cañón, como desde un trampolín de balas.

El agua mortal del deshielo que corría por allí les mordió las pantorrillas y de inmediato los dejó bloqueados. Johnny se volvió a

mirar a Fred, que jadeaba en su cuello con toda la boca fugazmente guarnecida de vómito amarillo. A distancia oyeron el estallido de un ruidito caprichoso y petulante, y el cañón, que daba a un desfiladero pequeño sobre el camino que baja de Marsaglia al llano, les descubrió la fuente del ruido: un blindado rudimentario y artesanal que descendía lentísimo, como si se dirigiera a sus asuntos pacíficos, llevaba a Geo atado a la torreta con los pies arriba y la cabeza abajo, barriendo con los pelos el avantrén opaco.

La ramiza descarnada había dejado de saltar… Johnny y Fred se levantaron y caminaron por el agua helada, anisada, hacia lo alto, donde el cañón se hacía más profundo, donde el agua se hacía más profunda y formaba un remolino en la toba. Extenuados al máximo se sentaron en la toba emergente, con el agua hasta las rodillas, mirando de refilón el borde desierto del terraplén. Fred quería decirle algo, but he only grimaced… Ninguna voz humana, solo la hierba y las ramas hablaban bajo las manos y los pies… arrastrándose… Mejor morir como Tito, en su momento y en su lugar, con un terror tan repentino y tan breve que casi borraba la terribilidad del plomo penetrante. Envidiaba así a Tito cuando tuvo que levantar la vista hacia el terraplén, donde había surgido la sombra de la sombra de los fascistas. Una voz distante y muy alta parecía que los recriminaba, que los instigaba… pero lo único que golpeaba entre las ramas era la materia verde y lustrosa de sus cascos, engañosa y repugnante como un manto consolidado de insectos, además del musitado y casi jocoso rezongar de unas voces emilianas que buscaban algo.

Johnny advirtió el perfil de Fred, que debía de ser para los fascistas tan macizamente perspicuo como para él, y examinó la carne túrgida, ofrecida al plomo fácil…

—They’re getting to kill us in water.

I’ll

see my own blood getting off on the tide. —Suspiró y lenta, tristemente, levantó el fusil en dirección al borde del terraplén. Fred revivió en aquel instante para echar mano al cañón del arma y bajarlo, humillado en el agua. Johnny se encendió de rabia contra él, pero se le pasó al ver con el rabillo del ojo que los fascistas continuaban cuesta arriba; les veía las medias piernas fajadas con las bandas viejas y mugrientas del ejército, los zapatos emplomados

pisando cuesta arriba sin tanto ardor como antes… Johnny gaped, maravillado de ser invisible y para vomitar el corazón que se le salía por la boca. Fred cruzó los brazos sobre el pecho, solamente.

Pero luego comprendieron que se habían detenido a cincuenta pasos más arriba y que empezaban a retroceder. Bajaban muy espaciados y cada cual a su turno lanzaba una granada, alemana a juzgar por la sombra. Johnny avistó la primera, que voló lenta en el vacío del cañón y explotó en el centro, a treinta metros de ellos. La segunda y la tercera se acercaban: entonces Fred lanzó un gemido antes de abrir toda la boca para gritar a pleno pulmón. Johnny se la tapó y, por seguridad, lo inclinó hacia el agua y lo metió hasta el cuello. Fred no dejaba de gritar porque el agua burbujeaba, pero luego se tumbó todo lo largo que era y su gordo trasero emergió como una tajada insular, conspicua y grotesca. Estalló otra granada a unos diez metros sobre ellos que hirió a Johnny con astillas de toba. Se limitó a deslizarse por la pared del cañón, la más expuesta de las posiciones, pero no se podía encoger como un animal y, por otra parte, ya no había salvación. Recibió en la mejilla izquierda el gran slam de la última bomba de arriba, que no obstante era puro aire frenetizado por la onda expansiva. La próxima sería la buena, la histórica… pero explotó demasiado baja y mordió el pie del tronco de un chopo. Johnny stared el destrozo.

La muerte llegaría, pues, durante el segundo paso a la orilla opuesta, pero no llegó. Al poco rato se oyó un vocerío confuso, fuera de servicio, de los fascistas que corrían hacia la meseta donde yacía Tito; eran voces de descanso, ungrudging, al parecer, del fracaso.

Fred lo miraba, mostrando sobre la hipotenusa de los hombros su rostro adelgazado en un instante, chorreante de agua gélida, con los labios blancos y las pupilas descoloridas. Johnny quiso sonreírle, lo intentó, pero ninguna otra parte de sí mismo lo obedecía. Fred salió del agua a gatas, nadando hacia su fusil sucio de barro, al que miraba con ojos escépticos pero como si fuera una meta. Johnny le veía, además de las ropas sucias, el cuerpo violentado por el espasmo del terror, infinitamente más miserable y más repugnante que la vestimenta. Pero él estaba como Fred, idéntico.

Se fueron de allí con el fusil en bandolera, arrastrando los pies en el agua, vacilantes, con los ojos bajos e invidentes, frissonnant de

un modo espantoso. Johnny llevaba varios minutos intentando dedicarse una sonrisa; Fred llevaba el mismo tiempo torciendo, violentando la boca para obligarla a la palabra.

Llegaron a las faldas de una colina grande, rasa y seca, de un color apagado, que a un Johnny crédulo le pareció una elevada extensión de asfódelos. Estaban vivos. Soplaba, casi pegado a la ladera desnuda y blanda, un aire sabático, al que añadía restfulness el crepitar de los motores fascistas que se alejaban. Ellos caminaban con las piernas flojas por aquella tierra de paz, olvidados de todo, inconscientes de todo salvo del sordo esfuerzo que hacían sus cuerpos para normalizarse por completo. Hasta que Fred, con un gemido, se tiró al suelo y allí se enroscó y se desenroscó durante mucho tiempo, como un epiléptico en crisis. Johnny se quedó apoyado en su fusil, semejante a un pastor con su cayado, para contemplar a Fred, que parecía un perro fustigando la tierra con su cuerpo, o loco de alegría de vivir o a causa de las pulgas. Sin dejar de revolcarse, Fred acabó llorando tan libre y sonoramente que despertó los ecos de la colina. Entonces Johnny se acordó de Tito y pensó en él, pero como se piensa en un muerto de hace siglos. Mientras, recuperada el habla articulada después de la reacción, Fred lamentaba la suerte de Tito de un modo inconexo, babbling y lancinante.

Sin darse cuenta, iban en dirección a un caserío situado a media ladera de la poderosa colina, oculta hasta casi la llegada por el fuerte bastión que abancalaba el patio. Desde los primeros disparos de fusil, los habitantes habían espiado toda la tierra espiable, y solo ahora, con los partisanos bien visibles y reconocibles, levantaban la cabeza del borde del bastión. Salieron a su encuentro, aunque rígidos y serios, en el patio embarrado. Children with them.

Nada le resultó nunca a Johnny tan interrogativo como aquel silencio severo, con los niños agarrados a los pantalones. Habló Fred.

—Nos han matado a un compañero y nos han cogido a otro. Nuestro compañero Tito está muerto. Tito está muerto.

Como ellos preguntaban dónde y cómo, intervino Johnny para relatar la emboscada y, con un gesto infantil, propio de un niño al que se le pide una explicación adulta, alargó la mano hacia la lejana llanura que se ofuscaba más allá del siniestro ridge, y los

campesinos volvieron la vista hacia allí, aunque con las pupilas congeladas de quien ya ha realizado el descubrimiento. Nada era visible, salvo la inmovilidad y la neblina precoz. Johnny se sorprendió diciendo las mismas palabras que Fred y con el mismo tono.

—Nos han matado a un compañero y nos han cogido a otro. Nuestro compañero Tito está muerto. Tito está muerto.

Entonces una vieja se enucleó del muro de sus hijos y de sus yernos y, cambiándose a un nieto lactante de un seno al otro con antigua destreza, dijo:

—¡Y yo que tengo un hijo perdido en Rusia!

—Dé gracias que esté en Rusia. Vea lo que nos ocurre a nosotros que estamos en Italia —dijo Fred, abriendo los brazos en cruz al cielo vacío.

Los niños, con los rostros amorfos, colgados de los pantalones paternos como de una garrucha inestable, movían de vez en cuando las piernecitas para recuperar el equilibrio.

Johnny sentía una corriente larga y solapada en la espina dorsal, tal cual después de la batalla, pero mucho más solapada y más larga. Tremenda era la batalla a campo abierto, pero infinitamente más la emboscada. Su cerebro balbucía:

«I'll
get out of this all. I
can't
abide it. I
won't
never again go through this all.
I've
had really too much of this all…». Así, para no hacer el epiléptico delante de aquellos campesinos extraordinariamente abstraídos y concentrados, se recuperó con una feroz sacudida y ordenó a Fred que lo siguiera a casa, sin Tito ni Geo. Eran más o menos las dos del mediodía y ellos groped en la oscuridad, con la náusea del terror. En un instante en que perdió el paso y fue adelantado, vio que Fred llevaba el pantalón tijereteado por una bala y que la herida mostraba al desnudo sus calzoncillos de lana gruesa, de un increíble color orujo.

El camión esperaba resoplando en lo alto del declive, con la

minúscula brigada de recuperación distribuida en la caja, la ametralladora hambrienta en la cabina y el conductor esperando que el Rubio saliera de la casa del médico partidario.

Johnny y Fred, huraños y convalecientes, contemplaban la escena al margen, después de dar al Rubio las indicaciones necesarias para recuperar el cuerpo. Por fin salió el teniente con una sábana doblada, seguido en el umbral por la mujer del médico, apenas visible, que, al parecer, daba consejos que el Rubio acknowledged con su seca urbanidad. El Rubio saltó a la cabina y el camión partió en punto muerto.

Dos horas después se lo oía roncar en la base de la colina. Johnny interrumpió el febril paseo y se alineó con la gente del pueblo, toda reunida en la placita. Most shrunk for the first-line seat, casi todos comenzaron a sufrir al aproximarse el fragor del camión, con una mano apoyada en el plexus o en la boca y alguno hasta con náuseas. Habían encerrado a los niños en las casas para que no vieran nada y, en la intermitencia del motor, se oían, contra puertas y postigos, sus intentos de conquistar un resquicio visual sobre la plaza.

El camión afrontaba la última rampa con un grito de Sísifo. Johnny miró una última vez desde la parte opuesta y vio la iglesia gaping para su irrenunciable función. El camión landed, los hombres corrieron a bajar la baranda y se vio todo lo que debía verse. Tito estaba envuelto en la sábana —la esposa del doctor miraba con los dedos en los labios el moho rojo florecido en su hermosa sábana de ajuar—, herméticamente envuelto, como los muertos del monte o del mar. En el portal de la iglesia el Rubio lo descapuchó y lo descubrió hasta la cintura: he sailed on front of Johnny, que vio en él un signo de eternidad, como si fuera un griego asesinado por los persas dos mil años antes: tenía las ojeras profundas, la piel era un mero cartílago tembloroso al paso de la brisa, la boca lloraba la falta de besos milenarios y los cabellos, absolutamente inmóviles y pesados, eran los de una estatua.

No lo depositaron aún en la iglesia, sobre los viles caballetes, sino en el primer escalón del atrio, y una mujer gritó:

—No lo dejéis sobre la piedra, ¡pobre muchacho! La piedra le hace daño, si hasta tiene la cabeza en la piedra. ¡Vamos corriendo por un cojín!

Némega, el desarmado Mario y algún otro lo saludaron con el puño cerrado, pero la mayoría de los partisanos no se movió mientras el cura lo introducía en la nave con los pies por delante. Desde la derecha marchó el soldado siciliano con un paso ritmado, procesional, sosteniendo en el hueco de las manos dos o tres piedrecillas ensangrentadas.

—Miradlas, miradlas todos, hombres y mujeres, son las piedras bañadas con su sangre. —Y las acercaba como una reliquia a la fila de los civiles, que retrocedían. Las mujeres se santiguaban.

Desde el escalón, el teniente Rubio hacía un ademán a la gente para que se acercara, pero fue en vano porque todos continuaban clavados en su sitio. Entonces habló, él que consideraba suficiente su gesto amistoso, y dijo con su voz profesoral:

—Acercaos, venid a ver a nuestro Tito, ved cómo lo han matado, igual que vosotros a vuestros conejos. —Y repetía el approaching wave de nuevo en vano.

Solo quiso acercarse el médico, pero como no estaba en primera línea intentó sin éxito atravesar el muro de las primeras filas, cementado, insensibilizado por el horror, y se vio obligado a emplear unos minutos en dar la vuelta a la placita y aparecer en la iglesia junto a Tito. Era tan miope que casi tuvo que arrodillarse sobre él, y pareció que buscaba más con la nariz que con el dedo los desfiladeros abiertos. Fue entonces cuando subió hasta el cielo como un cohete el grito que estremeció a todos tanto como la visión de Tito. Era Polo, el partisano campesino, que en pleno centro de la placita, se había doblado sobre las rodillas y, arremangadas las mangas, dejaba caer la cabeza desgreñada sobre una palangana imaginaria.

—¡Han matado a Tito, que era nuestro compañero! Quiero lavarme con su sangre. Quiero lavarme hasta aquí. —Y se señalaba los bíceps y se lavaba con una naturalidad espantosa.

El mariscal Mario, unobtrusively pero efficiently, fotografió a Tito para el archivo con una Kodak de tenderete callejero. En el oscuro bostezo de la nave gleamed los paramentos del cura, shuffling his feet nearest as ever at la salida. Némega declinó la invitación de Mario a la oración fúnebre y el cura salió afuera con su fiel ejército de dos monaguillos y el rostro desencajado por la contradicción entre su deber ritual y su amargo resentimiento. Pero

nada más terminar la función, Némega ordenó que envolvieran en una bandera roja el ataúd conseguido en el último momento, uno del tipo común en los entierros rurales mucho más parecido a un cajón que a un féretro y dotado de unas manillas miserables. El cura ya había vuelto la casulla en dirección a su iglesia.

—¿Qué has hecho? Tito no era en absoluto comunista —dijo Johnny a Némega, trampling juntos en el mud, camino del cementerio.

El otro se revolvió con un susurro sharp.

—¿No es la bandera de su destacamento? Y si te refieres al puño, ¿no es el saludo reconocido de su destacamento? Quede claro que Tito es un muerto garibaldino, un muerto comunista. La bandera roja envuelve legítima y debidamente el cuerpo de un caído comunista…

Se interrumpió porque acababan de llegar a la fosa reciente, que el atlético e idiota enterrador del pueblo cabalgaba con las piernas abiertas. El final del acompañamiento fue fulminante, aunque a Johnny le habría gustado caminar hasta el infinito, *praesente et movente cadavere*.

Tito fue rapidísimamente bajado y rápidamente enterrado. Contemplando la tumba fresca, Johnny se dijo que por muy pronto que terminara la guerra, aquella tumba le parecería siempre tan lejana como si estuviera en otro polo. Los partisanos regresaban ya con una cierta grim appreciation: habían visto el trato reservado. Podía valer.

Recuperar la routine, sin Tito. Montar la guardia, comer, dormir, entrar en acción, estancarse, sin Tito. Y la perspectiva, la seguridad de caer y de convertirse instantánea y automáticamente en un muerto comunista.

—Cuando acabe la guerra, Tito será, en la balanza italiana, un hilo de la enorme madeja que nosotros, en nuestro cruento derecho al poder, presentaremos al pueblo… —había dicho Némega, sadically.

La desesperación arrojó a Johnny adonde más asco le daba: por la noche, se mezcló en la taberna con el grueso de los partisanos, con los estratos asfícticos de su olor ferino, missing Tito horribly. Más tarde Némega se acercó a él después de atravesar un túnel de cuerpos, enfurruñado y premuroso, y apoyó los codos de un modo

inevitable aunque melindroso en la mesa sucia.

—Estás por los suelos, Johnny. Echas en falta a Tito y te agobia que en la misma circunstancia tú hayas salvado la piel y él no. Nunca comprendí del todo qué tenías en común con él… Con tal de que no te resientas demasiado tiempo. Pero no ocurrirá, porque llegarán otros nuevos, el capitán Zucca está haciendo una buena labor de propaganda y captación en el llano y con la primavera subirán a montones. No solo obreros y campesinos, sino también alguno de tu clase, de otro modo ¿qué íbamos a pensar de la clase media?

—La clase media ya ha subido —replicó Johnny—. Se encuentra en esas famosas formaciones azules que no me quito de la cabeza, en las que estoy destinado a terminar.

No obstante, lo dijo sin convicción, sin acritud, opacamente despondent. Solo una catástrofe podría desintegrar la Brigada Garibaldi, pero a Johnny en aquel momento le faltaba coraje físico para soportar una catástrofe.

Aquella misma noche, estando aún en la taberna, llegó la noticia de que los fascistas habían fusilado a Geo en la plaza de armas de Ceva la tarde del mismo día de su captura. Y Johnny se preguntó si el último footstanding de Geo habría encajado en la sombra de una de tantas pisadas dejadas por él durante el tumultuoso orden cerrado.

Capítulo 11

Los aliados se comportaban de un modo decepcionante en los alrededores de Monte Cassino, lo cual, al parecer, no satisfacía más que al comisario Némega. Hacía meses que de la radio solo salía el indiscutible avance ruso. La escuchaban los jefes, incluido Johnny a causa de su reconocida «instrucción superior», en casa del médico partidario, un oasis microscópico de civilización semiurbana en el alpestre desierto de Mombarcaro, dentro del comedor saturado por una oscuridad granítica, donde el pequeño cuadrante polícromo del aparato resplandecía como el pesebre en la vasta noche de Belén. El médico se había decidido a darles cobijo y entretenimiento, trocando su ya insoportable indigencia de compañía conversacional, reducida al mínimo, por el peligro de semejante compromiso con los partisanos, y confraternizaba hasta el extremo de polemizar abierta y agriamente con el comisario. El doctor estaba entregado en cuerpo y alma a los americanos y sostenía que en el próximo examen histórico los demás beligerantes parecerían figuras de mediana entidad.

—Digo y sostengo que en este conflicto América está empleando más o menos el cincuenta por ciento de sus recursos y energías. Imaginen ustedes mismos el día en que emplee el cien por cien.

La esposa, rápidamente superadas sus tensiones, circulaba con un frufrú perfumado, el pie radárico en las tinieblas intactas, distribuyendo tacitas de una tisana no azucarada y seguida con desesperada frustración por las gafas chispeantes en la oscuridad del mariscal Mario.

Una noche llevaron al doctor el regalo de una botella de licor requisado, que el anfitrión se apresuró a poner en circulación. Ya por el alcohol, ya por el bienestar del salón, ya por cualquier otra cosa, Némega se arrancó con el alma y la voz y gave vent al

programa comunista. La radio recién apagada había confirmado el avance ruso y los tropiezos de los aliados en la Línea Gótica [13].

—Nosotros esperamos mucho del Este —dijo—. Tito es capaz de batir todos los récords de velocidad, incluido el que soñó von Konrad en el 18 a propósito de la línea Venecia-Milán. Nos cabe esperar legítimamente que liberaremos la Alta Italia de un modo autónomo y recibiremos de igual a igual a los angloamericanos cuando crucen el Po en busca de los alemanes, buena parte de los cuales estarán ya muertos o concentrados en campos ítalocomunistas.

Se oyó el doloroso creaking de la swivel-chair del médico y Némega adelantó su rostro sádico en la iridiscencia del cuadrante. Quería, debía ir hasta el final.

—El nueve de septiembre los comunistas partimos ya con un programa máximo y un programa mínimo. El máximo consiste en la revolución comunista como corolario y coronación de la lucha por la liberación. En su defecto, y este es el programa mínimo, participaremos con los medios convencionales en la competición por la mayoría parlamentaria.

—Bien, rezo porque se vean obligados al programa mínimo —dijo Johnny—. Yo los querré bien, pero ustedes al programa mínimo.

Cada día le ofendían más todas aquellas estrellas rojas que, privilegio de algunas de las primeras gorras, las constelaban ahora todas con una generalización obligatoria, y todos se las cosían sin objetar nada, aunque también sin sonreír. ¡Constituían el contrapeso más natural y satisfactorio al haz de lictores! Lo gracioso es que las únicas o las mayores suministradoras eran las monjas de los pueblos limítrofes, que las confeccionaban con un cierto cuidado a la vez rudo y amoroso, y el mariscal Mario afirmaba que no se atrevía, que no podía ni pensar en eludir o retardar el pago.

La brigada contaba ya con un efectivo de cien elementos, de los cuales tal vez diez tenían experiencia militar. A veces, el eco de un fusilazo neutro, distante y arcano, azotaba la pánica stillness de las colinas altas en plena gestación de la primavera. Los partisanos, que disfrutaban de aquel primer sol y aquel ocio armado, levantaban la vista cada vez con mayor pereza ante la fuente misteriosa del fragor, y Johnny se desesperaba de insatisfacción y de vergüenza.

En la inmensa línea de la guerra mundial él se había asignado unos metros de tierra estéril de la alta colina, frente a un hatajo de fascistas que presumiblemente podían aparecer desde una o dos ciudades piamontesas de poca importancia perdidas en el cuadrante… Algo contaba el hecho de que Tito fuera insustituible, cierto, pero: «¿Dónde están, qué hacen los que se parecen a mí?», preguntaba Johnny a las calles, a los senderos de cresta que se precipitaban hacia la misteriosa not-giving llanura. A Tito fue a verlo una vez al camposanto, una vez que, en un pitch morboso, ya no podía soportar a la comunidad holgazana y regocijante, grim y babosa. Pero en el túmulo no consiguió establecer el menor diálogo con Tito underlying; por el contrario, durante todos aquellos minutos se apoderó de él un giro literario, frívolo desde luego, puede que sacrílego y seguramente odioso en extremo: «… watched the moths fluttering among the heath and harebells: listened to the soft wind breathing through the grass… [14] ». Salió de allí corriendo, con una vergüenza cada vez mayor. También lo azuzaba la mejora de la naturaleza, que encendía de nuevo las necesidades del cuerpo. Durante el invierno había soportado una suerte de cuaresma armada, pero ahora se le removían todos los humores y, dado que no los eliminaba en la erupción purulenta de la acción, lo intoxicaban por entero. Ahora soñaba mucho de un modo frívolo y extenuante. Se veía vestido de lana de vicuña, paseando, fumando, con las Mimme y las Gherit, conversando a todo lo que podía, haciendo el amor con todas sus fuerzas, oyendo música, música anglosajona en un bonito salón, en una atmósfera agridulce de confort, todo y todos a su alrededor en su keenest endeavour to civility…

Reapareció por la base la lejana muchacha de Carrú con su antigua ínfula dorada, su polémico paso masculinizado y los pantalones de entonces, aunque ya usados y planchados. Glanced murderously a las lugareñas estupefactas y aferradas a sus lilliput-windows and strode into command, donde se quedó toda la tarde y la noche. Se acercó a comentarle el hecho a Johnny un tal Regis, un obrero de Turín, cuya taciturnidad gnómica y absoluta ausencia de olor en aquel mundo ferino Johnny apreciaba bastante. Regis succionó hacia dentro sus labios finos y sacudió la cabeza con una agudeza de viejo: dijo que aquellos no eran ni tiempos ni lugares

para mujeres, que no se hacía a la idea de ningún modo y que era fácil profetizar que les iría mal a los partisanos que aceptaban y enrolaban mujeres. Se entrometió otro, nunca visto mejor antes, con un rostro haggard and passionate, diciendo en voz alta que él estaba dispuesto a no compartir nada con la comandancia, pero que no podía tolerar que los jefes f… y que ese era el único caso en que él reclamaba su parte. Al rato salió la chica con el paso de quien se dirige a un viaje largo, sin que nada en ella delatara amor —¡la portentosa indescifrabilidad de las mujeres!— y pasó enérgica, casi recriminadora, entre los puzzled partisanos.

A la mañana siguiente el camión estaba listo en lo alto de la cuesta, y el teniente Rubio, que calzaba unas botas nuevas de cuero graso, aceleraba a sus hombres con la mano. Johnny se detuvo a distancia; aquella mañana tenía motilidad intestinal, lo aterrorizaba la primera acción después de Tito y sin Tito y miraba a los hombres que trepaban al vehículo como a unreliable, shruggingly-rejectable extraños. Estaba a punto de negarse por primera vez y solicitar un reconocimiento médico, pero el teniente Rubio, junto a la portezuela, con las cejas fruncidas y la boca triste, clavaba sus ojos en él. Johnny lo miró como si lo viera encanecer de golpe y se dirigió al camión con un paso triste.

El teniente se lo llevó con él en la cabina y Johnny se sintió enseguida mejor: el viento de la carrera, la propia posición dominante y responsable en la cabina, la vecindad muda y consciente del Rubio rearranged his frame y pudo comenzar a pensar bien incluso de los hombres invisibles que iban detrás, por eso levantaba de buen grado la vista cuando con cada bandazo de las curvas descendía del techo de la cabina el ratonesco tapping del trípode de la ametralladora. El Rubio iba calmado hasta la ausencia, mudo hasta la apnea, de manera que a Johnny ni siquiera le apetecía preguntarle nada de la acción. En cambio, se lo preguntó porque en aquel momento le pareció innatural y casi criticable no hacerlo. El Rubio, siempre con los ojos fijos en la carretera que desaparecía bajo el vientre del camión como un middle-aether, dijo que bajaban a Carril: la chica había notificado el regreso del secretario político para materializar sus amenazas de fusilamientos, incendios y deportaciones… ¿Sabía Johnny que los dos hermanos de la muchacha estaban en Alemania debido a una denuncia del

secretario? Así que iban a retirar al secretario fascista, que tal vez se rodeaba de un puñado de hombres del fascio de Cuneo.

—¡Ah!, una acción de limpieza.

—Eso también hay que hacerlo —dijo el Rubio con sobrio dislike.

La nieve del llano se había fundido por completo, los prados brillaban como esmaltados, los caminos tenían una fría nitidez, todo estaba traspasado por una ventilación tónica y el sol literally flapped en los gráciles campanarios que hablaban a Johnny de una humanidad de otra glaciación… Se abismó en el paisaje, imaginó qué habría querido o podido hacer y con quién caminando por aquel reluciente sendero paralelo al canal de visible fluencia alpina, bajo las hileras de chopos argénteamente fríos y vivos, en las placitas color café con leche de los pueblecitos obviamente pacíficos. Su corazón sobbed for instance of peace, de ahí que advirtiera poco o nada de lo que ocurría en el cruce. Vio como en un sueño la aerodinámica mancha amarilla que llegaba por la derecha y, con los ojos cerrados, oyó su embestida contra el camión partisano. Cuando los abrió, se encontró en paralelo al pecho el oscuro cañón de la ametralladora del Rubio, dirigido contra el parabrisas del vehículo, y oyó el thudding a tierra de los hombres de atrás.

Johnny se apeó a toda prisa, riendo al aire cristalino. Los alemanes, saliendo de la chatarra, se ponían de pie tan shocked que a nadie le pareció oportuno imponerles el «manos arriba». Los propios partisanos se agolparon excitados y como desarmados por la casualidad. ¡Alemanes capturados… y en un choque automovilístico! El propio Rubio, con la ametralladora colgante, looked helpless before the lotto-event. Uno de los alemanes, el que se recuperó primero, descollaba entre los partisanos que ya le estaban saqueando las cartucheras, sordo a las intimidaciones de levantar las manos, asomado ahora infantilmente al interior del coche y lamentándose con voz de falsete. Extrajeron ilesos al conductor y a otro soldado, pero un oficial yet twisted at his place, pointing at his disabled leg. No había modo alguno de desplazar a los tres alemanes que ya habían salido del coche, al parecer completamente nonchalants de los partisanos, y que incluso tenían toda la pinta de querer asumir la dirección de la operación de

socorro; pero los partisanos, ya enfriados y con las armas al pecho, los hicieron apartarse del vehículo averiado. Se apartaron exclamando «Herr Major!» con un tono filial.

La ametralladora comandaba desde el principio la carretera por donde había aparecido como una flecha la mancha amarilla, no fuera a ser la vanguardia de toda una columna, pero, también desde el principio, toda la carretera wringed in its desertness a los ojos de los partisanos. El Rubio estaba enfadadísimo. Mal asunto. Esto no convenía. De todos modos, sea, que decida Némega, pronto se nos echarán encima.

Ahora los alemanes parecían conscientes de que el choque se había transformado en emboscada y captura por parte de unos irregulares italianos, pero su mirada distante buscaba a su mayor, al que en ese momento extraían de la chatarra. Sus labios blancos ahogaban la queja a causa de la fractura y apenas dejaban escapar un hilo de voz. Sufría de un modo atroz y el sudor frío le caía de las sienes entrecanas lento, continuo y concreto, parecido al orujo de la uva *torba*. Lo tendieron con delicadeza en el arcén herboso: a tiny dapper man, muy inferior al uniforme que lo agigantaba.

—¿Sabes alemán? —preguntó un apuradísimo Rubio.

—*Nein!* —snapped Johnny.

El mayor hablaba en su lengua, como hipnotizado, con palabras lentas, arrastradas…

No podían perder la cita de Carrú, así que el Rubio ordenó capotar el coche alemán en la acequia, cosa que los partisanos hicieron con una furia infantil; tres de ellos se habían encajado en la cabeza las gorrillas de los big cabezones alemanes, que parecían de juguete. El coche se acomodó al fondo de la acequia, mostrando su vientre oleo-polvoriento, con algo de tortuga monstruosa y un aire hostil, como si se declarara construido y puesto a punto por odio a los italianos y para hacerles la guerra. Llamaron a los tres soldados, que levantaron filialmente a su oficial y lo angarillaron más allá del canal de irrigación, en una explanada yerma. El camión partisano había probado su road-worthiness saliendo intacto. El Rubio ordenó subir a todos, salvo a Johnny y a otro, un tal René, el chato.

—En un asunto como este solo puedo fiarme plenamente de ti. Espérame un par de horas. Estás bastante cubierto por la carretera.

Al menor gesto en falso o si se detienen coches suyos en el camino, René y tú os deshacéis de ellos y cortáis por las alturas. —Y se dirigió al camión con tres P38 colgando del cinturón.

Nada ocurrió en aquel par de horas, los alemanes se limitaron a cuidar de su oficial hablando en un alemán cerrado, aunque lento y afectuoso, para irritación de René, que no comprendía nada. Un par de veces, aunque ineffectually, burst out con un:

—¿Qué decís, cerdos de alemanes?

Johnny intuía que hablaban solo de la fractura, la pierna se veía claramente disabled debajo de los insólitos y reveladores pliegues de los pantalones. Por lo demás, parecían indiferentes a la inequívoca captura, debían de tener una confortadora confianza en las leyes de guerra porque ni siquiera fruncieron el ceño a la vista de las estrellas rojas que brillaban en las gorras.

El camión regresó antes de lo esperado, el Rubio había tenido la idea y el tiempo de procurarse un colchón para tumbar al mayor, que rechazó, dando las gracias en italiano, la gota de coñac que también había encontrado para él. Los partisanos miraban con neutralidad aquel despliegue de caballerosidad y buenos modales. Cuando arrancó el camión, la sacudida obligó a Johnny a buscar apoyo inmediato y fue entonces cuando reparó en el hombre, el fascista.

Su tomorrowless age estaba en torno a los cincuenta años e iba vestido con una elegancia rara para los tiempos, con estilo de burgués minuteman. Tenía un rostro adusto, al que el terror y la desesperación daban un rotten grey. Su físico, aunque tendente a lo sanguíneo, conservaba una allure deportiva y rebelde. Se agarraba con manos velludas a la barandilla y durante todo el viaje no levantó los ojos de la plataforma y de la terrosa reunión de botas partisanas. Los alemanes, en el otro ángulo de la caja del camión, le echaron una ojeada momentánea, muy probablemente grasped su naturaleza y situación, pero no revelaron el menor sentimiento; casi con certeza les daba igual. Continuaron nursing a su mayor, que ahora, visto desde su altura, parecía muy disminuido.

El fascista no presentaba ni magulladuras ni señales de pelea —la captura debió de producirse sin tropiezos— y sabía que dentro de aquel camión tremendamente veloz corría al encuentro de su ejecución. No lo vigilaba nadie en concreto, como si resultara ya

inofensivo, como si ya no tuviera más interés que un cadáver. Los partisanos ni lo provocaban ni lo vejaban, lo que sin duda habría ocurrido si su suerte hubiera sido menos drástica; se limitaban a dirigirlo, a lanzarle miradas saltuarias, perezosas y muy serenas. Regis refirió los hechos a Johnny. El hombre estaba comiendo en su mesa habitual del mejor hotel de Carrú, un rincón desde el que dominaba la entrada, con una pistola enorme (by the by, ¿quién se la había quedado?) al lado de los cubiertos. La chica le pidió al Rubio una de sus nuevas pistolas alemanas y lo cubrió desde la ventana, entreabierta al sol de mediodía. El fascista escupió el bocado y sprung con las manos en alto, mientras que la servilleta se le caía al suelo siguiendo la línea de las piernas temblorosas.

Habría sido la atracción de la base si no lo hubieran eclipsado los cuatro alemanes. El pueblo went in exceeding flutter, todos gaping a la vista de los alemanes, e incluso a la de los partisanos, a los que nadie habría creído capaces de tamaño golpe, hasta el punto de que hubo que mandar a la gente a casa *manu militan* y quedó solo el médico, que confirmó la fractura. Se llamó a una mujer con el fin de que preparara con toda celeridad algo al mismo tiempo suave y sustancioso para el herido alemán. Los hombres que no fueron a Carrú acudían a oleadas al cuarto de los alemanes para tener un atisbo de ellos. Némega lo toleró un poco, luego ordenó al Rubio que desalojara rudamente y los hombres retrocedieron reluctantes, blasfemando y reprochándoselo, criticando las maneras fascistas con un aire de amotinamiento. El comisario ni se esforzaba en disimular su pesar, parecía cross con el Rubio a causa del accidente.

—Pésimo negocio, el peor que podía ocurrimos en este momento. Estando como estamos en fase de asentamiento, lo ideal sería vérnoslas solo con los fascistas y eso con no mucha frecuencia. Ahora es fácil prever los acontecimientos. Yo conozco a estos malditos alemanes. Malditos sí, pero nunca abandonan a sus hombres.

Una voz desconocida dijo:

—Muy cierto, los alemanes no se abandonan jamás.

Johnny se dio la vuelta y vio frente a él a uno nuevo: un treintañero supercilious, con un bigote espeso y suave de estilo y color inglés, un distinguido traje de calle y ni el menor indicio de

ser partisano. Johnny notó que estaba pegado a los jefes y que ponía cuidado en evitar mezclarse con los rasos. Hablaba con una cadencia lombarda, blanda y complacida, pero sus ojos despedían chispas metálicas. El mariscal Mario informó de que se trataba de Antonio, Antonio el saboteador. Ante el calificativo, Johnny y los demás se volvieron de nuevo, como queriendo descubrir en él los emblemas y los carismas de su especialización.

—Debe de ser un elemento de primerísimo orden —musitaba el mariscal—. Ha traído dos maletas llenas de instrumentos para su trabajo. Y maletas buenas.

Antonio el saboteador, conocedor de que hablaban de él, cruzó a media distancia, fluttering in his strict-contained airs.

Una mujer, la elegida para cocinera, atravesó la guardia partisana y entregó una olla de caldo concentrado para el mayor alemán, con los partisanos leaning detrás del rico efluvio. Regis sacudió la cabeza e hipó una risotada. Nosotros los italianos siempre acomplejados delante de un alemán; un consomé para el pobre mayor alemán que se ha hecho pupa en la piernecita trabajando en provecho de los italianos.

—Nos los cargaremos —dijo uno sin el menor asomo de interrogación.

—¡Estaríamos locos si los matáramos! —irrumpió otro.

—¿Por qué? ¿Es que ellos no harán lo mismo con nosotros? —gnarled Regis con un tono malicioso y despectivo hacia el infantilismo de sus compañeros.

Pero el otro no se achicó.

—Si fueran de la S. S., pero son de la «*Vermast*».

—¡Valiente diferencia! Y además, ¿tú qué sabes?

—Conozco los uniformes.

Regis se encogió de hombros, dándose por vencido. Los cuatro alemanes se estaban convirtiendo en una enfermedad y hasta parecía que las casas temblaban telúricamente a causa de su explosivo contenido…

Por polémica asociación, Johnny buscó al fascista con la mirada.

—¿Ya lo han eliminado?

—¿A quién?

—Al fascista.

El asunto, Regis lo sabía, no ocurriría antes de la noche. De

hecho, el fascista se hizo visible en ese momento, lemúrico en la reja del cuarto de la planta baja.

—¿Quién se lo hará?

Uno dijo que aguardaban al español, el *delegado militar*[15], que desde hacía tiempo estaba a la espera de una ejecución.

—Solo tengo una religión —dijo René—, que es no matar fuera de la batalla. El corazón me dice que si lo hiciera, yo correría la misma suerte.

Regis sacudió el cuello eléctricamente como un perro cubierto de polvo y su antagonista de antes continuó hablando.

—En cuanto a él estoy de acuerdo, con tal de que eliminen también a los alemanes, a los cuatro. Mientras tanto le llevo un cigarrillo. —Pero no se movía.

—Mejor llévale todo el paquete, pero recuerda que sin muertos, suyos y nuestros, nada tendrá sentido —dijo Johnny.

El día se convertía en algo especial, extraordinario, con una fitfulness como ventosa que hacía presa en los hombres y los sacudía. A media tarde una brigada que había tomado la carretera de Liguria regresó con un enorme camión articulado con matrícula MI, recién salido de la fábrica, shining out of barnices primaverales. Lo habían bloqueado y requisado sur place en la bleak y larguísima cresta de Montezemolo. Su único conductor, un lombardo gordo y de boca ancha, se estaba volviendo loco por las consecuencias del imprevisto. Espiaba al conductor partisano que miraba a la parlour-like cabina como un salvaje mira la toldilla de un barco blanco y abandonado, y al mismo tiempo se explicaba con los partisanos que estaban en tierra, preguntaba qué iba a contar a sus patrones (sus titulares, decía) y miraba con ojos desquiciados al mariscal Mario, que con frío burocratismo hojeaba su bloc de requisas. El impaciente conductor partisano maniobró el camión articulado en la calle que estaba entre la placita y el arco y la llenó entera, herméticamente. Invitaron al conductor a una meal. Acudió sin dejar de protestar con su voz gruesa y pastosa.

—Figuraros si yo no voy a estar de vuestra parte, chavales, yo, que hasta disparé el ocho de septiembre contra los alemanes, pero ¿qué les digo a mis titulares?

Los partisanos lo halagaban y le daban palmaditas.

Algo más tarde, viajando desde el noreste por crestas y valles,

oyeron una fusilería insólitamente nutrida que descosía el cielo entero, contrapunteada por un estruendo de mortero. Johnny y el Rubio acudieron a la cita acústica y se sentaron en una escarpada solitaria, sobre la hierba fría y no muy blanda, recién pisada por un rebaño, con la dulzura de un mediodía más que maduro en la frente.

—¿Está en el valle del Belbo? —preguntó Johnny.

El Rubio asintió, más o menos en la primera Pedaggera. Con los ojos fijos en la lontananza nacarada, en el cielo alto, testigo que debería dominar la batalla sin vulnerar la ley del silencio, se quedaron durante mucho tiempo a la escucha, fumando y casi sin moverse. El fragor aplacaba a Johnny, que se sentía y estaba maravillosamente bien. Otro tanto le ocurría al Rubio, el cual, de un modo bastante paradójico en él, temblaba de gusto.

—¿Alguna vez has oído disparar el «escupefuego» alemán? Johnny contestó que no con un evidente hint de privación.

—Hace un ruido muy raro, increíble, parecido al aleteo de un pájaro entre las ramas. Yo lo oí en Boves. Es… fascinante… tanto que casi no te cubres y te puede costar la vida.

Luego, cuando todo terminó abajo, regresaron ceñudos y ateridos. Algo se preparaba para las Langhe y para sus partisanos y la gente que los apoyaba.

Por la noche, cuando las nubes bajas y espesas formaban una almohadilla en el cielo, salió de la planta baja el fascista, que caminaba entre el español armado con su envidiada Llama y un partisano inerme, sin duda campesino y con toda seguridad encargado de la fosa. El campesino daba empellones al fascista como a un animal, deliberadamente pero sin excederse. Bajaban hacia el pedregal que se desmoronaba sobre Monesiglio. No se oyeron detonaciones; luego se interpretó que el disparo de la Llama había coincidido con el toque del Ángelus en el campanario.

Por la noche, el Rubio dispuso medidas de seguridad especiales y triplicó las guardias. Johnny, a causa de la excitación, omitió el sueño y pasó de pie los descansos. Todos estaban electrizados, oscilantes entre el desastre y un éxito milagroso, bajo un cielo caótico que infundía presentimientos confusos y contradictorios.

Así, por la mañana se encontraron todos agotados y doloridos, con los rostros macilentos y los párpados inestables, tan olvidados

de los cuatro alemanes vivos como del fascista muerto. Pero la mañana prometía un día hermoso y por el cielo despejado, el aire claro y la tierra suavemente palpitante bajo el sol tierno, uno dedujo, para todos y en voz alta, el auspicio de que nada podía suceder.

Una alerta procedente de abajo los lanzó a todos al bastión septentrional. Por el calvario de la carretera subía sin orden, descoyuntada, una teoría de partisanos a cuya cabeza destacaba el conocido uniforme violáceo, que, a distancia, se veía manchado de mantillo y de rocío y lleno de desgarrones, y que se acercaba engastado en el muro seco, colonial-like de su guardia de corps eslava. Johnny y algunos otros se refugiaron en el arco medieval, entre las primeras lagartijas del día, para verlos pasar por debajo. Habían luchado en la batalla del día anterior, pero se desengancharon, pasaron la mitad de la noche en el límite de la zona perdida y se dirigieron a Mombarcaro para llevar a cabo la fusión, dado que no parecía que los fascistas tuvieran intención de cesar sus ataques, sino todo lo contrario, de ampliarlos.

Los admiradores del ruso de la primera visita se interesaron por su suerte a grandes gritos.

—Valodkia ha muerto. Se lo hemos dejado. Un tiro en la frente. Nunca he visto a nadie combatir de esa forma… estaba como borracho —respondió el jefe con su voz suave y sonora.

Lo contaba sonriendo con una sonrisa amplia y auténtica y una excitación alegre, como si para él todo fuera un juego o un fictioned sacrificio de comparsas cinematográficas. Los eslavos desfilaron cansados y rígidos y, en el último paso, lanzaron al fastigio del arco engalanado de partisanos la mirada seria e impresionante de la gente que viene de un combate efectivo, con las cartucheras que se entreveían semivacías y alrededor de sus cuerpos magros el indisoluble campo magnético de las balas rasantes.

El gran encuentro se produjo en la placita. Su comandante se mostró frívolo, aunque de una frivolidad insidiosa y de una brillantez equívoca, como siempre.

—He perdido siete hombres, incluido el ruso —decía con ligereza, más como protesta que como otra cosa.

Salió al encuentro de Némega con una efusión mundana, con los brazos blandamente tendidos, pidiéndole hospitalidad para unos

días y colaboración para la eternidad. Némega le devolvió el abrazo —¡sus shrinking manos se deslizaron por el repulsivo paño malva bien estirado por la espalda fortalecida!— y le garantizó todo. El Rubio callaba, con el entrecejo fruncido; luego, envió a los hombres de la intendencia a requisar unos terneros.

Más tarde, el jefe de las colinas inferiores presentó y magnificó la última adquisición de su banda, un exlegionario extranjero, complaciéndose en la refinada composición de su brigada: nada más que piezas de colección. El legionario era un individuo alto y lanky, mal formado, pero con un rostro homeopático todo regularidad y decisión. Iba prestigiosamente armado con una Parabellum Skoda, la primera para la experiencia visual de los partisanos y una máquina capaz de impresionar al propio Rubio, tan refractario al fanatismo de las armas bonitas. Se trataba de una metralleta corta y maciza, voluntariamente amorfa, de carga horizontal, con el cañón de plata lleno de baratijas y orientalmente perforado.

—¿Cómo te enrolaste en la legión?

—Fuerza mayor. Tuve una trifulca con un oficial de la milicia en un cine de Turín por culpa de una asquerosa película de propaganda. Si el desgraciado del operador no hubiera dado las luces de la sala, quizá habría podido escabullirme. Expatriación forzosa y clandestina y… la Legión.

Contra lo esperado, su voz era llena y madura, siempre sarcástica, la única cuerda bien tensada en su cuerpo descoordinado.

Retirados los jefes a la comandancia, todos se agruparon en torno al legionario como en otra ocasión en torno al ruso. Johnny se acercó a los eslavos, que formaban un clan aparte, estaban mudos y miraban de soslayo hasta a los compañeros. Fueron a los parapetos que había sobre las barrancas para examinar la posición. Luego se sentaron sobre sus piernas crujientes y examinaron sus fusiles, en pésimo estado a causa del agua, el polvo y el fuego. Comenzaron a quejarse, diciéndose jeremiadas unos a otros con monosílabos cifrados. Pidieron a Johnny aceite para la limpieza, pero él was helpless; entonces, que les indicara el estanco. Uno hizo una colecta, fue al estanco y volvió con un tarro de cheap brillantina exhumado de un sueño de lustros en un estante polvoriento. No tenían la menor intención de contaminar sus cabellos leonados,

apagados, secos y crujientes como el sorgo, que zumbaban con el viento ligero. Limpiaron las armas con la brillantina bajo la mirada perpleja pero admirada y remorseful de Johnny.

Su comandante italiano salió de la comandancia para dirigirse a ellos. Les sonrió a su modo abierto y ambiguo, les dijo que eran buenos chicos porque estaban trabajando para proporcionar una muerte perfumada y entregó un billete en liras al que parecía el decano del grupo. Este lo guardó en su bolsillo impasible e impasible agitó en su cuerpo-palo la camisa y los pantalones, ambas cosas reducidas a la trama.

—*Nema greba, nema pantaluna*, jefe.

—Me ocuparé, Michele, me ocuparé. La primera vez que pasemos por un pueblo importante con una buena tienda.

—¿Doglian?

—Sí, Dogliani.

Era barroco, operativo, absolutamente inaceptable, pero tal vez tenía pulse, y parecía in love with his men, aunque al estilo de un capitán de mercenarios.

En aquel momento crepitó en la taberna la ráfaga de la Skoda y a Johnny le pareció que la casa se deformaba por fuera a causa del movimiento a empellones que se estaba produciendo dentro; luego apareció un hombre del Rubio clamando por un cura. Después la inmediata aunque shrinking multitud en la puerta se vio hendida por René, que con las manos en las sienes y gritando algo indistinguible huía hacia las ravines. Regis salió tras él pidiendo ayuda, que lo ayudaran a coger a René antes de que fuera a matarse. El grito de René alejándose era interminable, infinito. Johnny se abrió paso y entró. El tabernero balbucía cegando contra su pecho a la hija-camarera presa de convulsiones, los partisanos se apretaban contra las paredes y miraban la mesa donde se ondulaban tres hombres heridos de muerte. La Parabellum del legionario seguía en su sitio, sobre la mesa redonda, apuntando todavía hacia los tres, inocente y tigresca. El legionario la había depositado allí para hacer chanzas públicas con las cartas y René no había resistido la tentación de admirarla de cerca y luego de acariciarla con sus manos proletarias: casi divina, la ráfaga se había escapado.

Los tres hombres, dos de Némega y uno del violeta, continuaban sentados y se ondulaban sin un gemido. Sangraban ferozmente. Uno

de ellos, herido en la boca y desfigurado por completo, miraba con ojos estupefactos, indemnes y descoloridos por el dolor. No estaban muertos, sino moribundos, admirablemente más allá de toda salvación. Johnny veía la rápida miseria de la carne muriente, la piel ya arcillosa, la espesura de la barba ya pavorosamente vil y animal, el valor de todas y cada una de las partes de su carne decayendo a ritmo de vértigo. Llegaron el médico y el cura, pero, pasados diez minutos, el médico no cedía su puesto.

Johnny se abrió paso a empujones para esperar la sentencia fuera, donde el abatimiento lo obligó a sentarse en el suelo. Por encima de él, un partisano del que solo entreveía los desteñidos bagging pantalones, dijo:

—Somos una panda de críos irresponsables.

—Ya, y lo poco que conseguimos es de milagro.

Johnny empezaba a recuperarse poco a poco. Salió el médico para anunciar que, si bien horrendamente heridos, se habían salvado los tres, incluido el acertado en plena boca. El camión se tambaleó en lo alto de la cuesta de Murazzano con la plataforma empedrada de telas de tienda, donde cargaron y acostaron a los heridos, que gemían. El Rubio saltó por encima de la baranda y gritó a los de abajo, a René y a quienes lo seguían:

—¡Arriba otra vez todos, no están muertos y no se morirán! El camión shot down.

Por un agujero del parapeto, como por el brocal de un pozo, apareció Regis, jadeante.

—¿Johnny? Nos quejábamos de la monotonía y ahora nos hemos pasado.

Capítulo 12

Avanzada la tarde —ya había regresado de Murazzano el camión y el sol se ponía a toda velocidad, dejando en los Alpes unas nubes viles y ahumadas como tizones recién consumidos—, el comisario Némega reunió a los hombres de los dos grupos en el prado amplio y violáceo que había debajo de la iglesia-dormitorio. Quería arengarlos con aquella voz suya, inepta, llena de cesuras y apoyada en distingo, concedo y niego. La fusión, imprevista y por tanto más agradecida, le parecía de buen auspicio para la próxima y más grande unión de todos los partisanos… Los hombres pisoteaban la hierba húmeda de rocío y temblaban con el viento casi nocturno. Cerca de Johnny había un recién llegado, el más intelectual de todos, con el rostro devastado por el acné juvenil y por esa razón de aspecto concisamente antipático y puritano. Observaba a Némega y se preguntaba en voz alta dónde lo había visto antes, dónde. Némega continuaba su discurso con un empleo partisano del General Tiempo y los hombres divagaban o se concentraban en el jefe de uniforme violeta, que se confundía así con el fondo del prado. Era el único que acompañaba a Némega fuera de las filas, con una sonrisa fija y sutil, cortés hacia Némega, pero indicativa de cuánto más sabía él. Oscilaba sobre sus piernas coquetamente boteadas.

Johnny divagó con la mirada y entonces, entre los vapores vespertinos que se imponían en el llano, oyó como un taladro el ruido afable de los camiones alemanes; luego, triunfantes sobre los vapores, vio sus diabólicos faros rojos y blancos. Alguien gritó y los grupos se dispersaron hacia lo alto, como si los alemanes se encontraran ya en el límite inferior del gran prado. Una vez arriba, miraron desde los parapetos. Alguien contaba los faros en voz alta, tantos faros tantos camiones, y a medida que se elevaba la cifra la

voz se le hinchaba de estupor. ¡Semejante despliegue de fuerza para cuatro gatos como ellos! Era obvio, la operación a lo grande se había convertido en una necesidad a raíz del doble hecho de la captura del alto oficial alemán y de la próxima fusión de las fuerzas partisanas.

Con el crepúsculo, el Rubio mandó colocar ambas ametralladoras en las dos últimas curvas de la carretera de Monesiglio y manned la enorme fosa-trinchera entre la iglesia y la comandancia. Los hombres se introdujeron en ella, maldiciéndose por haberla excavado tan poco profunda y tan poco adecuada cuando no tenían nada mejor que hacer. Johnny miró a los dos lados del embarrado espaldón y vio que uno de cada tres de la trinchera empuñaba ¡una pistola! Gritó al Rubio que lo llevara consigo a la ametralladora, pero el Rubio pasó delante de él para encontrarse con el otro jefe. A través del trémulo hush oían un murmullo desesperado procedente de las casas del pueblo, que ahora se sabía centro de expiación.

Cuando reapareció, el Rubio se inclinó primero a examinar la puntería de las ametralladoras, criticó con humilde pesar a los inexpertos y readaptó la puntería él mismo con sumo cuidado. Johnny, que ya había saltado de la trinchera, se dirigió hacia él para ofrecerse. El Rubio era optimista y relativista, según él una columna tan monumental no podía tenerlos a ellos como objetivo. Se trataría de un alto en el camino de una gran columna probablemente dirigida a Liguria vía Ceva.

—En resumen, que no nos la merecemos —dijo Johnny, aunque esta vez ni el ascendiente ni la experiencia del Rubio pudieron tranquilizarlo.

En todo caso, Némega opinaba lo mismo. Pasaron así dos horas en el escalofrío largo y acuátil de la trinchera; la opinión del Rubio había tranquilizado a los hombres, pero por otra parte había disminuido y hecho superflua su capacidad de sufrimiento, de modo que pronto empezaron a lamentarse de la inútil estancia en la trinchera, a quejarse uno de otro y a no aguantarse los unos a los otros. Johnny saltó varios puestos para acercarse a Regis, sano y amigo en su silenciosa civility y sobria endurance. Juntos contemplaron a los alemanes, más o menos a un kilómetro en dirección recta. La niebla danzaba desceñida y sensual alrededor de

los penetrantes faros blancos correspondientes a los faros rojos —habían contado setenta y cuatro— y de cuando en cuando se materializaba en los haces de luz el cuerpo de un soldado alemán que desaparecía enseguida en la oscuridad del borde del terraplén. Un grupo de reconocimiento alemán batía a corta distancia los alrededores de la carretera y las luces de sus potentes ojos de buey vagaban por la negrura de los barrancos. Las medidas de seguridad aumentaron hasta el extremo de que los partisanos recibieron la orden de hacer turnos para el rancho de la noche: eran casi las nueve y una telaraña de nubes negras que iba y venía por el cielo se enganchó al campanario del pueblo.

A las nueve y media, en el corazón de las tinieblas y de la paz, explotó en el cielo un cohete rojo, que se hinchó un instante, formó un globo y se volatilizó. Un oficial alemán enviaba una señal a un compañero para advertirle de que lo acordado se ejecutaba con regularidad, pero a Johnny le pareció que veía pender la balanza de Júpiter. En efecto, de inmediato subió hasta ellos el grito del asedio, uno de los más terribles de la gama de los gritos humanos. Johnny, encapsulado en una masa fugitiva, corrió al otro lado del pueblo, solo para ver al fondo del otro valle el mismo despliegue: haces blancos y haces rojos extraordinariamente numerosos y cercanos unos a otros. Únicamente por la parte de Murazzano disminuía el número de camiones, pero allí el campo, sepultado aún bajo medio metro de nieve, era una vía de salvación impredecible, inelegible. Todos los perros vagabundos de la cresta y de media ladera ladraron a la vez.

Volvió con algún otro al centro del pueblo. Del interior de las casas salía el estallido de la desesperación. Las mujeres lloraban en las puertas; los niños en sus camitas y sus cunas; los hombres, a ciegas, tiraban a la calle todas las cosas que pudieran delatar un contacto, un uso partisano. Mientras tanto, los armados, llevados de su instinto, se reunían para emprender la huida, agrupados familiarmente, por clanes. Johnny estaba atento a la llamada del Rubio, que ahora confabulaba en la intimidad con Némega, el cual asentía a todo con un cabeceo rítmico. Se acordaba la huida, algunas brigadas partían ya a la aventura, casi furtivamente, como si quisieran ocultar a los demás la ruta elegida para no hacerla, por el número, demasiado merecedora de bloqueo.

Johnny se sentó en los gélidos escalones de la iglesia y esperó fumando. El chico del acné continuaba merodeando cerca de él, evidentemente dominado aún *in primis* por el interrogante relacionado con Némega. Llegó el párroco y abrió de par en par las puertas de la iglesia, excepcionalidad de una época de peste, para que las mujeres pudieran entrar a rezar. Los hombres, terminada la tarea de desalojar las cosas contaminadas y contaminantes, blasfemaban en las puertas con voces trémulas. Las brigadas partían con la cabeza gacha en medio de un tumulto ciego. Némega se desgañitaba estableciendo una cita con cada una lo antes posible en la discreta y secreta convalescentiariumlike *langa* de Lovera, pero, lejos de prestarle atención, estaban a punto de arrollarlo a él antes que a nadie. El jefe vestido de violeta ya no estaba localizable por haber partido con los suyos en dirección a los pelados bosques de la Bormida, tras la estrella polar de los faros rojos.

El Rubio daba consejos de calma, de available time, ya que los alemanes no procederían a un ataque concéntrico antes del amanecer.

—Cierto —dijo Antonio, el saboteador—. Los alemanes no atacan nunca de noche, en eso se parecen a los pieles rojas.

Era distinguido, frío, didáctico.

—Antonio, como saboteador has llegado en el mejor momento. Sabotea todo lo saboteable.

Y Antonio se fue a sabotear los camiones.

Johnny subió al observatorio para dominar desde lo alto el pueblo que se desertificaba —hasta el extremo de que arriba sus pasos solitarios habían adquirido un eco extraño y nuevo— y los barrancos circundantes por los que bajaban las filas de hormigas negras para superar la línea de las hormigas rojas. Luego el Rubio le gritó que él iba a formar parte de su brigada, pero que no bajase ahora porque sobraba tiempo. Eran casi las once en su wrist-watch bañado por la luz roja del cigarrillo. Luego Johnny levantó los ojos hacia la luna, que velejaba hacia la parte despejada del cielo y que pronto luciría con toda claridad hasta platinar el desierto nevado allá, en dirección a Murazzano.

Hacia la medianoche, con las dos últimas brigadas listas para la partida, el chico del acné descubrió que Némega era turinés, él lo había visto allí y era un estudiante de Mística Fascista. Johnny se

echó a reír, pero le pareció fútil contárselo al Rubio.

—¿Tenemos posibilidades, Rubio? —fue lo único que preguntó.

—Depende del factor terreno —se limitó a decir el Rubio, aunque con una grimness ominous.

Johnny pensó que en aquella tierra concreta, bajo aquella luna universal, dentro de unas horas, con un noventa por ciento de probabilidades, sería un muerto o un prisionero, and began to sink in the sorriness of it. Lo interrumpió Némega, que venía a entregar una parte de la caja de la guerrilla al Rubio. El teniente se desató las botas y metió los billetes en el doble fondo que formaban el cuero y sus piernas equinas. Durante toda la operación Johnny no apartó los ojos de Némega, riéndose íntimamente de aquello de la Mística Fascista, pero en realidad con un único pensamiento dominante: que Némega no volvería a verlo jamás. Luego Némega bajó de nuevo a la comandancia para obtener de los prisioneros alemanes su palabra de honor de que informarían a sus colegas del trato correcto y humano que habían recibido, en razón de lo cual respetarían en todo y por todo a la población inocente. El mariscal Mario estaba retirando el banderón rojo y soplaba por culpa de su peso y su volumen.

El Rubio distribuyó a su escuadra en la placita desierta y poluta. Cada hombre recibió una carga extra de munición colectiva para las necesidades de la próxima base de Lovera, que debían abandonar solo *in extremis*. Tomando por el desierto nevado, llegarían a la carretera donde los camiones alemanes eran menos e iban más espaciados. Si uno de los hombres tosía a una cierta distancia de los alemanes —y habría peligro durante toda la larga travesía por la nieve— el Rubio se vería obligado a estrangularlo. Esperaron aún más, la escuadra de Némega partió hacia el pico de Serralunga con las cabezas bajas, como perros sniffing something snow-buried, y ellos fueron los últimos, después de que la luna volviera a circunnavegar en el archipiélago derecho del cielo nublado. Callaban los perros, ya sin resuello. En la iglesia cantaban las mujeres en voz baja. Ninguna detonación en todo el periplo alemán, by now surely haunted por las escuadras que habían partido en primer lugar.

El Rubio sacudió los talones de sus botas rellenas de dinero y partieron. Habían sofocado todos los fuegos de su largo vivac. Pero

a los pocos pasos Johnny gritó:

—¡¿Y los surafricanos?!

El Rubio respondió que ellos estaban cubiertos por los tratados de guerra; ellos sí.

Descendían. La concreción y el tamaño del peligro con el que iban a encontrarse les hicieron emprender el viaje mortal con ligereza, confiando en el espacio intermedio. Alguien, a espaldas del leading Rubio, lanzó una risita de pura tensión. Viajaban hacia la muerte sin un voto, sin una oración, fieros y pendientes de sí mismos. Se introdujeron en la nieve alta como en un piélago. Aquel era el verdadero track of death, pues tendrían nieve hasta la meta y más allá. Era compacta pero harinosa, como toda la nieve rancia, y, a la media luna, producía bajo sus pies un crujido insólito. El campo nevado se extendía entre ellos, que se movían, y los alemanes, que esperaban, vasto, inmóvilmente ondulante, odiosamente imparcial. A causa del fijo encrespamiento de la tierra, la línea de los faros rojos aparecía y desaparecía hasta la náusea. Pronto sintieron un cansancio mortal, la nieve era femeninamente dócil al hundir y masculinamente hostil al levantar. Comenzaron a servirse de las hondonadas más evidentes para detenerse unos minutos, rigurosamente mudos, sin buscar alivio ni valor unos en otros, formando un círculo de caballo alrededor de la reliable figura del Rubio. Johnny sighed, noisily in the dead silence, pensaba en Tito, que ya había pasado por allí, que ya estaba fuera del asedio, aunque yaciera en su centro… ¿es que era tan difícil?

Más adelante, alguien a espaldas del Rubio comenzó a liberarse de los peines de las ametralladoras, por otra parte semivacíos; dejaba que se le escurrieran de los dedos expertos y las planchas se hundían enseguida en la nieve con un zic casi imperceptible. El Rubio no se volvió nunca y nadie dijo nada; por lo demás la huida dependía del factor sorpresa; con los alemanes despiertos y preparados, peine más, peine menos… Alguno comenzó a volverse y a perder fatalmente el paso, lo que bloqueaba la exigua columna. Volvían a la luna y a los compañeros los rostros viejísimos, en los que solo se leían las ganas de hablar, unas ganas miméticas, llenas de muecas: no parecía aceptable en absoluto morir dentro de un cuarto de hora con las últimas palabras dichas en Mombarcaro. Pero no hablaban ni al hacer un alto en las hondonadas profundas,

enmudecidos por el mutismo del Rubio, honesto incluso en su abstenerse de la exhortación.

Allí estaba la línea de los faros rojos, tan inocentes, tan neutramente fabricados, y el haz blanco de los siempre encendidos faros delanteros que se acoplaba de un modo exacto con los rojos en un empalme ideal de la monstruosa columna, sin la presencia de un solo soldado alemán, ni siquiera un centinela, ni siquiera por sake alemán, ya que no por odio a los partisanos… Era una pesadilla de desértica desolación, una secuela de buques fantasmas en seco, y, como en un sueño, Johnny trepó el penúltimo a la proa, pasó entre los dos últimos camiones y descendió por la proa contraria hacia el campo abierto y deutschless, también él, como los otros, ligero e incorpóreo, absolutamente noiseless e inoperante, como sonámbulo, también él affected por aquel morbo zonal de silencio, desertidad y fantasmagoría.

Fuera del círculo nadie habló, pero se refugiaron en un caserío que a Johnny le pareció pavorosa y suicidamente cercano a la carretera y a los madrugadores alemanes. Sin embargo, no protestó, no objetó, lingered aún, como todos los demás, en aquel baño de limbo. La puerta del establo estaba abierta —eso también, pensó Johnny, fabulosamente— y bastó con rozarla para que se abriera de par en par. Era angosto y mísero por encima del ínfimo standard de las colinas altas, no había un solo bovino, ni habría cabido, solo una pareja de corderos, cuyo resuello era como el soplido de un ser humano sobre el mar. Los compañeros se desplomaron en aquel espacio mínimo, amontonados y ya no budging. Johnny, que no había participado en aquella sincronía, vio que le quedaba una rodaja de espacio, así que yació a medias sobre sarmientos secos y thorny y a medias sobre el desnudo enladrillado, tan desnudo como ni siquiera está desnuda la tierra, y con los brazos ciñó los flancos huraños y trémulos de una cordera arrinconada.

Se despertaron con los primeros disparos en el cielo blanquecino, que los espabilaron aunque no bastaron para incorporarlos; yacieron en una acumulación pasiva de ojos abiertos, con el agotamiento y la miseria pendiendo coloidalmente de sus rostros arcaicos como las algas de un foso sucio. Hasta que, a una segunda salva, que preñó el cielo entero, el Rubio groped al ventanillo del establo y ordenó «todos en pie».

Había que salir deprisa y doblados por la mitad, ya que el patio quedaba expuesto desde cualquiera de las colinas circundantes. El campesino de la casa, esquelético e ictérico a más no poder, espiaba la situación auroral al abrigo de su pajar fangoso y temblaba sonoramente dentro de sus ropas alborotadas. Se volvió de golpe y casi se muere al descubrir a los partisanos que salían de su establo, serpientes por su patio, en aquel anfiteatro de alemanes y fascistas, y cerró los ojos, viéndose ya muerto y carbonizado. El Rubio zigzagueó hacia él y le pidió grappa para sus hombres ateridos y átonos, pero el campesino sacudió la cabeza: su miseria igualaba su terror.

All the show was in front of them. Las últimas escuadras alemanas estaban subiendo los últimos barrancos en Mombarcaro con un paso retozón, enérgicamente turístico; uno habría podido preguntarse quién y con qué finalidad disparaba aquellos tiros que estallaban en el cielo gris y atemporal, embrión de un día sin sol. Los disparos eran raros y flous, y sin embargo animados y animadores. Ninguna columna de humo salía aún del pueblo o de los aledaños. Casi todos los alemanes estaban ya dentro, ciertamente inclinados sobre las reliquias y las deyecciones de los partisanos para examinarlas. En el sector más próximo, en la gran carretera nacarada, entre largas polvaredas perseguidas por el viento, se movían hacia un punto de confluencia todos los camiones alemanes, colosales, lentos e inseguros, como conducidos por niños.

Johnny miró atrás, hacia Murazzano, al margen de la zona infecta. El pueblo parecía multiplicado en su volumen, como quien se hincha por miedo para lograr mayor vistosidad y atracción, aunque ya no parecía ni más habitado ni más lively que una acrópolis maya. Sin embargo, no había otra salida, así que uno de ellos, con una voz tranquila y mortalmente segura del consentimiento, dijo:

—Vamos a Murazzano.

Pero los ojos del Rubio lanzaron un «no» metálico. Detrás de la frente alabastrada se apreciaban las acrobacias que efectuaba su cerebro con las probabilidades, los imprevistos, las ventajas y los márgenes de seguridad… Hasta que, de repente, partió hacia lo alto, detrás de los camiones, sin volverse, seguro del following de sus diez hombres, el primero de todos el gigantesco Pinco, que

soportaba la ametralladora sobre los hombros sin dolor, indefenso y tremendo como un standard-bearer. Johnny, empeñadísimo en no perder el paso, pensó disjectedly que la del Rubio sería una buena idea si se cumplían ciertas condiciones no seguras: el teniente consideraba inevitable un ataque alemán a Murazzano y su zona y pensaba escapar a toda prisa del área condenada caminando detrás de ellos, por ahora concerned with Mombarcaro, para desviarse luego de un modo fulminante en el primer resquicio que encontraran.

Costeando la proa de la carretera, se hallaron en la curva que iba a dar a la meseta ondulada y breñosa llamada de las Chiagge de la Pedaggera. Los dos primeros estaban llegando al llano, los otros ascendían la última cuesta forzando las corvas… Una bandada de hombres surgió de los matojos protectores como centauros herbosos. Vestían unos uniformes alemanes flamantes, aunque dainty y pulcros como no solía verse que los alemanes los llevaran; italianos eran los cabellos largos y sedosos que asomaban de los cascos calados; italianos los ojos relucientes y las dentaduras rechinantes y espléndidas; y en lengua italiana insultaban ahora y reclamaban la rendición. Pero ya habían abierto fuego y ya Pinco rodaba por el suelo con su arma, que le selló la enorme espalda después de que se le enarcara para dar el último suspiro. Maldiciéndose loudly, el Rubio había echado una rodilla a la nieve y manejaba su ametralladora, pero lo acertó un fusilazo que lo hizo tambalearse; recuperó el equilibrio y disparó una ráfaga, los fascistas redoblaron y esta vez consiguieron derribarlo. Sus largas, magras, money-crammed legs patalearon un instante y se detuvieron. Era tan manifiestamente el jefe que su final magnetizó a los fascistas, que se quedaron un momento con las armas mudas y apartadas como para ampliar la visual de su éxito… pero enseguida volvieron a las ráfagas, y Primo, que se erguía atlético en el centro, con las manos en alto pero de un modo autoritario, casi imponiendo su rendición, recibió en el pecho the most y se desplomó.

Johnny retrocedía con una lentitud y una concentración extremas, el rostro adecuado a la amarga tensión del momento, un paso detrás de otro a unos metros del fuego concentrado. La espalda se le puso rígida. Al descubrirla contra la tierra friable de la curva, un par de fascistas volvieron hacia allí sus rostros y sus armas, pero

él rozó la curva out con tiempo de oír las balas que se clavaban sordas y viciosas en la caliza gemebunda.

Ahora podía oír todo el thudding y el stampeding, más que el fire, todo dirigido a él, para él. Se tiró al suelo y empezó a rodar por la inmensa, sinuosa, nauseante pendiente en dirección al lejanísimo cañón del sur de Murazzano. El balanceo era tal que le suspendía toda facultad perceptiva y pensante, sin embargo estaba seguro de que no lo perseguían, de que no disparaban contra él, de que lo habían dejado en paz. Y he aquí que tomaba a la ligera, con toda tranquilidad, su portentosa salvación, como si fuera un hecho insignificante, como ganar una apuesta nimia… El interminable balanceo le producía arcadas secas, pero luego le invadió el cuerpo una callous insensibilidad y pareció que lo encelofanaba, dejó de notar los impactos dolorosos contra la tierra en las zonas sin nieve y el terrible dolor del hierro y de la madera del fusil contra su cuerpo. Rodaba, ligero y anestesiado como en una suspensión estratosférica. Poco a poco fue reponiéndose y comenzó a frenar moviendo el cuerpo, primero en sentido contrario y después con las manos, porque sabía que la pendiente caía a plomo justo en el resalte de toba que coronaba el cañón, pero la hierba descubierta estaba fría y viscosa, hería sin ayudar, y la nieve había perdido, al parecer, toda su capacidad retentiva. «¿Me he salvado arriba y ahora voy a estrellarme en el cañón?», pensó con una angustia perezosa. Pero frenó y se levantó a tiempo; la cabeza le dolía como si estuviera pariendo su cerebro licuado. Se recuperó y empezó a recorrer con lentitud e indolencia el borde del cañón, buscando por dónde bajar. La pendiente estaba absolutamente limpia, invisibles las huellas de su loco rodar, y el altísimo terraplén ocultaba al Rubio y a los otros dos y a todos los demás que ni siquiera había visto. Más arriba, los alemanes escalaban en filas apretadas el pedregal de Costalunga, semejantes a un enjambre de hormigas verdes ascendiendo por una legumbre exangüe. Más arriba aún, en lo más alto de la tierra, se estacionaban los camiones alemanes, ennegrecidos y achicados por la lejanía, en la boca misma del cielo gris. Aún no asomaba por Mombarcaro ninguna torre de humo. Todos los campanarios de los alrededores daban la hora, supernos, invencibles, encelofanados.

Se volvió para descolgarse por el cañón, temblando en su oscuridad fría y acuátil. Evitaba las placas de nieve y las pozas de

agua del deshielo y apartaba las ramas inmediatas, el paso y la mente polarizados en Murazzano. No importaba la hora de llegada. Se estaba habituando al estado de pos-riesgo-mortal y ya no advertía como antes la onda que le corría eléctrica y larguísima por la espina dorsal; podía pensar en el Rubio en términos de perfecta y serena naturalidad: «Era su final, antes o después». Pero la constatación se volvió en su contra y se le adaptó como un anillo de acero. «También será el mío. ¿Qué otra cosa puedo pensar de mí? Es solo cuestión de fechas».

El cañón alcanzaba el nivel de los campos más elevados, calveros entre castaños, y era el momento de abandonarlo para subir a los prados de las afueras del pueblo. He staggered cuando otro hombre staggered al descubrirse recíprocamente en el calvero. Era Regis, despojado de toda arma, grasping con un brazo el otro brazo disabled, que sangraba por la manga rasgada. La salvación de Regis emocionó a Johnny infinitamente más que la suya propia, lo galvanizó y lo hizo correr al calvero como un canguro.

—Llévame al hospital de Murazzano, ¿quieres? —Regis lloraba —. No es grave, ¿verdad? ¿A ti te parece grave?

—A mí no me lo parece. No, no es grave, pero vayamos deprisa al hospital.

Se arrastraban hacia el pueblo suspendido en las alturas. Regis no se contenía de llorar, pero a Johnny aquello le parecía carente de significado psicológico, era una pura manifestación fisiológica, como la sangre que le manaba del brazo.

—He tenido que sacar fuerzas para huir, ¿sabes? ¡Muchas fuerzas! No se imagina uno cómo te frena, cómo te clava en el sitio la vista de tu sangre. No tienes ni idea y ojalá no lo compruebes nunca.

—Yo deseo una bala de frente o una ráfaga como la del Rubio, pero no hables más, Regis.

Johnny lo dejó al amparo de los últimos castaños y fue a comprobar si el pueblo estaba ocupado. Unos hombres apostados en el mirador del santuario lo tranquilizaron con gestos breves, de una simpatía brusca, y se quedaron mirándolos subir juntos. Estaban alertas, grim y espásticos, muchos de ellos preparados para la huida tempestiva y para la clandestinidad de los bosques salvajes, provistos de mantas enrolladas y de paquetes de comida. Las

mujeres miraban por las ventanas entreabiertas y a veces se asomaban a musitar consejos y oraciones para sus hombres. Un hombre se apartó un poco de la línea compacta y preguntó qué era del Rubio, si lo conocía.

—Éramos sus hombres.

—¿Y él dónde está? ¿Lo habéis perdido?

—Sí, ha muerto allá arriba, en la Pedaggera.

—¿Es posible? ¿El Rubio?

—Hace una hora, delante de nuestros ojos.

—Era su destino —comentó el hombre antes de retirarse.

La noticia y el comentario se propagaron por toda la línea y los hombres levantaron la cabeza a la alta Pedaggera, tan desnuda y tan lívida que reflejaba el color del cielo.

—¡Yo pierdo el brazo! —gritó Regis.

Corrieron al hospital, precedidos de una escolta de hombres jóvenes, sin que Regis dejara de repetir bajito, como un niño, que su brazo estaba perdido.

En el hospital no quedaba una monja, pero estaban en el hospicio para mendigos anexo. Los dos partisanos groped en un zaguán decorado de viejos crónicos, que hacían visajes a su paso con el grin de la idiocia, resoplaban hacia ellos sus malos olores y miraban la sangre de Regis con ojos estúpidos y minimizadores. Regis lanzó un grito de desesperación que atrajo a una monja. Era del tipo que el Cottolengo habría adoptado como paradigma de su orden: seca y fuerte, con gafas, eficiente y de corazón blindado, operativa y poco habladora. A falta de médicos, ella ejercía de tal. Los precedió hasta un cuchitril medio enfermería medio estancia conventual, que impresionaba el olfato por su pulcritud. Johnny se situó en la ventana para espiar la situación en torno al pueblo y Regis se preparó para la inyección. Cuando la hermana acabó, Regis no se decidía a vestirse, como si dijera: «¿Y esto es todo? ¿Cree que le basta con esto a mi brazo? ¡Mi brazoooooo!».

Johnny se apartó de la ventana. ¿Y ahora? Regis, con un aspecto ofendido y desilusionado, al borde de la desesperación, siguió a Johnny hacia la salida. La hermana lo detuvo con su mano huesuda: ¿Adónde iba? Ingresado inmediatamente. ¿Estaba loco? ¿No se notaba la fiebre de caballo? La monja hablaba con dureza, de un modo unsympathetic y muy tecnológico. Regis se negó, espantado.

¿Ingresarse, meterse en la cama ahora mismo, con los alemanes preparando el acoso? Levantó la voz:

—No, yo no. Prefiero, quiero reventar al aire libre. No me acuesto, no me… —pero la postración, el swooning se apoderó de él y lo plegó como un sauce sin médula.

Johnny lo llevaba en brazos y la monja abría camino, volviéndose un poco para decir que no pensaban ingresarlo en el hospital, tan accesible a una inspección alemana, sino esconderlo en los subterráneos, donde yacía ya una cierta cantidad de partisanos… Todo el olor a ácido fénico del inodoro establecimiento parecía concentrado, condensado en el rígido hábito de la monja. Mientras Johnny hinchaba los carrillos para evitar el regurgito, Regis continuaba llorando, por eso no vio el subterráneo, bajo y medieval, gélido, asfíctico e iluminado solo al fondo con una lámpara de carburo que permitió a Johnny descubrir a las tres víctimas del burst de la Skoda: inmóviles, destrozadas, insensibles, con un moho negro en los ojos. Desnudó y metió en cama a Regis, que continuaba llorando líquidamente y no abría los ojos, como si temiera un espectáculo insoportable.

—Aquí estarás bien y seguro. Si no fuera por la vergüenza, me quedaría yo mismo. Ya verás cómo dentro de media hora te encuentras mejor y no me envidias a mí, que estaré de nuevo a la aventura por ahí fuera. ¿Me has oído, Regis? Yo me voy.

Salía, de nuevo por el zaguán lleno, entre aquellos viejos crónicos y estultos. A su lado, trotaba una de las monjas: vieja, jamona, tal vez idiota, con una cara porcina dentro del barboquejo sucio y flojo. Tenía, no, ponía un goggle fijo y bobático, crujía como una *tripla donna* y giggled and goggled hablaba de los alemanes con un lenguaje inarticulado pero sin duda admirativo, siempre giggling and goggling…

Ya fuera, las casas le impedían la vista de Mombarcaro y de su enorme colina ruda y haunted. Desconocía la hora, cuya asolaridad torva anonimizaba el día. Se dirigió a la torre entre las filas de gente preparada para la huida, ceñuda, recriminating, asympathetic. En la multitud se reconocía algún partisano salvado de otras escuadras y refugiado en Murazzano, con otra aventura y con otros muertos conocidos… Se reconocían y se saludaban con un clink del ojo, se juntaban en su común camino a la torre dominante,

pero no se contaban ningún detalle porque a todos los habría estomagado oír el relato de las peripecias y hasta de los itinerarios ajenos; el día era entera, celosa y misteriosamente propio de cada uno de ellos. Fumaban juntos sus últimos cigarrillos, los que habían salido intactos de las tribulaciones de la huida.

Algunos jóvenes del pueblo habían subido a la torre con unos prismáticos prestados por el cura y examinaban desde arriba la situación de Mombarcaro y los movimientos de la zona, para referírselos entre susurros a los que estaban abajo. Una muchedumbre de civiles en dinamismo estático guarnecía la base herbosa de la torre y miraba enthralled a las alturas de Mombarcaro. Se veían algunos alemanes en los pechos del monte, pero solitarios y straying como en una tregua individual. Varios jóvenes gritaban desde la base de la torre pidiendo los prismáticos y la alternancia en la cima, pero los de arriba se negaban entre murmullos.

En la carretera de la cresta reaparecieron los camiones alemanes, siempre colosales y traqueteantes, y se detuvieron con los radiadores apuntados a Murazzano. Los civiles bolted away definitely, y si alguno dudó con el pie en el aire fue puesto en fuga por el chillido de las mujeres asomadas a las ventanas. Los observadores se quedaron en la torre, focusing sus prismáticos. Abajo, los partisanos, no menos preparados para la retirada, esperaban noticias. Johnny, en cambio, se sentó en la hierba gélida por la memoria de la nieve. «No quiero correr, no quiero correr por un solo movimiento suyo, no quiero escapar porque vea a uno de ellos hacer un mínimo gesto».

Ahora los observadores se asomaban por el almenado para relatar cualquier nadería que hicieran los alemanes en los camiones: uno se cuidaba los pies, otro se cambiaba de camisa, otro se apretaba la cabeza con las manos… alguno había saltado del camión y recorría la carretera crepuscular o paseaba, como por iniciativa propia…

El asunto de Mombarcaro había terminado o estaba terminando. Ninguna torre de humo espeso… Todo parecía insensato bajo el guiño perplejo o burlón del cielo satírico y atemporal. Una pantalla de dusk se deslizó entre las alturas y Murazzano, parecía que las carreteras se estaban extinguiendo y que los camiones alemanes se

disolvían de un modo reluctante pero indefectible; sin embargo, todo continuaba igual, y hasta podría decirse que había aumentado el tremendismo, la fascinación que ejercía su incursión inmovilizada. Con todo, el día había terminado y algo en el aire, en el cielo, lo decía, lo aseguraba.

Johnny se dio la vuelta y vio que casi todos los partisanos habían desaparecido, habían bajado al pueblo y sin duda más lejos. Pero no se marchó con ellos. Ahora lo seguía un partisano, siempre pegado a él con una discreción muda y tenaz. Johnny se dio la vuelta y se detuvo en la carretera que iba agrisándose, fuera de la sombra naciente de las casas y bajo las primeras embestidas del viento vespertino. Miró al otro con dureza y entonces lo recordó, sí, pertenecía a los días antiguos, seculares, que fueron el ayer de Mombarcaro. Llevaba su arma y su munición, era preciso y cargante, fiable.

—¿Qué quieres?

—Solo que me indiques dónde está la Lovera.

—¿Y no podías preguntármelo antes?

—Es que pensaba que ibas allí y te seguía.

—No, no voy…

—Pero la cita de Némega…

—Te he dicho que no voy. Ahí tienes la Lovera. —Y se orientó para indicársela en la cresta salvaje que desde Murazzano se lanza en trampolín para dar un salto hasta la breve llanura de Dogliani. El otro se lo imprimió en los ojos y dijo:

—¿No vas… porque te vuelves a casa?

No había ofensa, polémica o afrenta en su tono, solo la vibración de un ruego: que Johnny le dijera lo que pensaba para que él supiera qué hacer.

—No, no regreso a casa. Regreso con los partisanos, pero con otros.

—¿Dónde?

—También en las Langhe, en las más bajas.

Aquellas colinas estaban mucho más allá de la cortina de oscuridad y a Johnny le parecían tan inaccesibles, tan invisibles como la cara oculta de la luna. El otro apretó los labios hacia dentro, en un gesto de reflexión y decisión, y luego echó a andar con su paso disciplinado y torpe en dirección a la Lovera. Johnny lo

siguió con la mirada hasta donde fue posible, leyendo en su magra espalda todos los esfuerzos reconstructivos de Némega, todo lo que iba a ver, sentir y sufrir en el futuro y su modo de morir en una concreta vivencia partisana que ya no compartiría con el partisano Johnny.

Luego echó a andar en sentido contrario y atravesó el pueblo, ya solo vivo de mujeres, con sus internal corrientes hissing en las ventanas y en las puertas atrancadas.

Capítulo 13

Era tremendamente estimulante y fecundo marchar hacia la llanura con aquella tregua de partisano. Johnny se sentía como un cura católico o un militar vestidos de paisano: las armas racionalmente ocultas bajo la ropa, pero la marca siempre con él, partisano *in aeternum*.
«I've
stood, and fired, and killed».

Era terriblemente distinto a la gente que recorría la gran carretera de la cresta. Escasa, sullen, temblorosa gente que recorría la colina impulsada por necesidades y pasiones supremas: el demonio del estraperlo, la mendicante búsqueda de leña o la llamada de un cura para la extremaunción. Los más, los perezosos, estaban a la vista de la carretera pero a distancia, inmóviles y tensos en los campos conocidos, tan desconfiados que no se dignaban responder a una llamada o a un silbido de los que pasaban por ella.

El día era gemelo del último de Mombarcaro, timeless por la falta de gradación solar; peor aún, it looked como si el sol no hubiera brillado jamás sobre la tierra. Abundaban las corrientes heladas a lo largo de la carretera, como una broma pesada e insistente. Johnny marchaba hacia el llano masticando con el pan de la cuestación armada el chocolate comprado en la wayside taberna de la Pedaggera, que le parecía el equivalente a lo que había soñado Synge para su taberna de *The Playboy of the Western World*. La tabernera, pétrea, oleosa y monosilábica como una india vieja, lo miró de soslayo temiendo una requisa; en su defensa muda y desesperada de un lucro secular no podía soportar ni permitirse regalar una tableta de chocolate. Cuando Johnny pagó y el día

quedó salvado para ella, el alivio la volvió locuaz. Describió la batalla de Mombarcaro con una visión circular que, naturalmente, a Johnny le había estado vedada. La circulación de las noticias por las colinas era extraordinaria; confluían y se amalgamaban todas en la cresta después de recorrer los valles y los cañones ascensionales. La vieja estaba especialmente informada de los resultados de la parte de Bormida, mientras que Johnny había periclitado y huido por la parte del Belbo.

Los fascistas habían capturado a una veintena de partisanos, fusilados en su mayor parte por la noche en la plaza de armas de Ceva; los restantes, por ser demasiado jóvenes o eficazmente implorantes, fueron deportados a Alemania, pero el episodio más impresionante para la vieja había sido el de aquel partisano inmovilizado por una bala en la rodilla.

Los compañeros lo habían recogido y ocultado a media ladera, en una de las chocitas de mampostería que usan los campesinos para secar las castañas en otoño. Llegó una patrulla de alemanes, entreabrió la puerta con suavidad, vieron al hombre inmóvil, lo saludaron, cerraron y prendieron fuego a todo.

—Tendría que haber visto el humo —dijo la vieja—, puede decirse que cambió de color y que de magro se hizo graso cuando envolvió, aparte de lo demás, al hombre. Pero la voz no era de italiano, sino de eslavo. —Y no existía nada más continentalmente distante que la palabra «eslavo» pronunciada por ella. Johnny rebuscó en su memoria cuál de los eslavos de la guardia de corps del jefe vestido de violeta habría tenido aquel final.

—¿Y de Alba qué sabe usted? ¿Está libre u ocupada?

De Alba no sabía nada. Johnny se pasmó al oír que en toda su vida había bajado hasta Alba, la capital geográfica de las Langhe, y que siempre había vivido entre los brazos de aquel cruce. Sus hijos, aquellos conejos de hijos suyos, no habían estado en Alba desde el ocho de septiembre, y eso que allí, con una pizca de coraje masculino, se podía hacer mucho con el estraperlo. Debía reconocer que había criado a unos conejos, porque otros de su misma edad, con el pequeño riesgo de entrar en Alba, acumulaban tanto dinero que las cubas no bastaban para estibarlo.

Johnny volvió a la carretera, tétrica y wind-beaten, pero eran las últimas influencias de la colina alta y más abajo el aire sería menos

feroz como se deducía del aspecto general del paisaje inferior. La chocolatina, una vez desenvuelta de su oxidado papel de estaño, apareció a un tris del agusanamiento: en cambio el pan, producto de la humanidad pacífica, estaba bueno, íntegro.

Algunos kilómetros más abajo —los cañones y los barrancos eran as blue as arriba, pero las crestas de las colinas se hacían más suaves, más maternas, y las casas y los caseríos adquirían un aspecto más cristiano y colorido—, Johnny captó por un desfiladero el primer atisbo de su ciudad y experimentó una horrible sensación de exilio. Bajó corriendo adonde pudiera verla mejor, como desde un palco mucho más retraído, se sentó en un arcén y con las armas al lado y un cigarrillo en la boca contempló Alba.

La ciudad episcopal yacía en su emplazamiento milenario, con sus tejados rojos, su verde difuso, pálido y envilecido por la luz no luz que llovía del cielo, tenaz, fija y lívida como una radiación maligna. Y su río —un río ancho e importante, quizá más grande que ella, quizá beyond her worth— aparecía por detrás, not fullbodied, unimpressive and dull, semejante a la reproducción infantil del río de un Nacimiento. La mutilación del puente que lo atravesaba, el rasgón de las bombas inglesas, hacía evidente la concomitancia del sucio puente con el sucio cielo. Casi podía ver el tránsito del transbordador por debajo: apresurado, nasty, necesitado de odiados menesteres, enfermo de miedo. Y el campo circundante participaba de un envilecimiento idéntico, privado por completo del preesmalte de la inminente primavera. Más allá del río, en el campo ejemplar, los árboles oscuros y siniestros puntuaban de un modo imponente aunque misterioso el extenso verde pálido y plomizo.

A Johnny lo angustió la nostalgia. Se fijó más para distinguir dónde estaba su casa, que yacía sepultada debajo de los rojizos contrafuertes de la catedral, y produjo el milagro de enuclearla hacia lo alto. Allí estaba, con su amado contenido, planeando en el aire, en el vacío contiguo a los contrafuertes aéreos de la catedral… Se vino abajo cuando Johnny dejó por un instante de mantenerla alzada con su fuerza interior.

La nostalgia de la ciudad lo atormentaba atrozmente. Se había alejado hacía poco más de tres meses a unos treinta kilómetros en línea recta, pero en aquella ausencia y en aquella distancia había luchado y matado, había visto matar como si lo hubiera hecho él

mismo y había corrido no menos de tres veces el peligro de una muerte y una sepultura lejos de casa. Ahora se disponía a dejarla de nuevo, en dirección opuesta.

La sensación de exilio era tan oprimente que se levantó de un brinco, como si quisiera apartarse de un nivel asfíctico. Tenía la necesidad absoluta de comprobar si continuaba libre o si los fascistas la habían convertido ya en guarnición. Le sonreía hasta la exaltación la idea de entrar a la caída de la noche, ganar la distancia hasta su casa por callejones tenebrosos y muy conocidos, despertar a sus padres, ahogar en un abrazo sus temores y sus recriminaciones, cambiarse, decir dónde había estado y a dónde iba y desaparecer en dirección a las colinas bajas con las primeras luces.

Continuó adelante, apretando el paso como nunca, hasta el extremo de impresionarse por su propia potencia motora, a través de la carretera absolutamente desierta, dejando atrás casas cuidadosamente atrancadas y algún que otro animal en los corrales.

El primer encuentro fue en el valle: una mujer con una niña junto a un pozo cercano a la carretera, que manejaba la cadena. Cuando vio a Johnny, soltó la polea y got hold de su hija.

—¿Sabe usted si Alba está libre?

Debido al miedo y al selfconstraint la joven adoptó un aire de posible atontamiento.

—Le pregunto si ellos están en Alba. Ellos, los fascistas.

La voz de la mujer era áspera y precipitada; su modo de apretar a la hija, espástico.

—Yo no lo sé, nosotros no lo sabemos. A la ciudad no vamos ya por mucho que lo necesitemos.

Al fin había intuido la naturaleza de Johnny y lo envolvió en una mirada de desaprobación universal.

Johnny pasó de largo, rabioso y herido: ¿era posible que en aquellos meses su aspecto se hubiera transformado hasta el punto de magnetizar de terror, en un camino y a pleno día, a una joven que estaba con su niña dedicada a la milenaria labor de sacar agua? «Tendría que mirarme en un espejo —se dijo—, especialmente los ojos».

Llegó a las faldas de la última colina, detrás de la cual se sentía la cardiopulsación de Alba. Subió hasta la corona de la colina,

donde se levantan las quintas de la burguesía local.

Avanzó por un sendero, mirando la ciudad inmediatamente debajo de él con el afecto y la angustia de quien observa un pariente tendido en la mesa de operaciones a punto de ser intervenido. Desde aquella distancia mínima la ciudad recuperaba su colorido, pero Johnny pensó que continuaba muy por debajo de su standard. En pleno mediodía, emitía un zumbido ya crepuscular.

La circulación era escasa y exclusivamente peatonal: el asfalto de la cinta de circunvalación estaba arrugado, hundido y sin lustre, recorrido por nadie. La ambigüedad era tal y tanta que Johnny habría pagado por ver desfilar sobre aquel asfalto a todo un regimiento fascista.

Estando en cuclillas para hacer más fácil y profunda la vista, se levantó de un salto. Había un hombre a sus espaldas: un viejo campesino limado y evolucionado por decenios de aparcería para una gran familia de la ciudad, tosco, pero desenvuelto y del tipo defensor-de-la-juventud.

—Mantén los ojos abiertos, partisano —dijo, en efecto.

Así pues, ¿la ciudad tenía una guarnición fascista? El viejo asintió sin borrar su sonrisa sabionda.

—En la ciudad está la Muti.

Johnny rugió. ¡La Muti! Habían mandado a esa notoria e indefendible canalla armada.

—¿Desde cuándo? —preguntó, como si quisiera conocer la fecha de una muerte.

Con la guarnición fija llevaban dos semanas, pero hasta ese mismo día no había infligido un daño concreto a la gente.

—Si vas a quedarte por aquí, mantén los ojos abiertos, porque a ratos suben patrullas. Dos o tres como mucho, pero siempre hay peligro.

—¿Bien armadas?

—Uno de cada tres lleva esas cosas que se han puesto de moda ahora y que llaman metralleta.

—Hmm, tienen medios.

Así que Alba estaba guarnicionada. Aquello le hizo estallar, imprecar, sufrir. Continuó sendero adelante, dentro de la constelación de las quintas patronales en apariencia desiertas y cerradas a cal y canto. Pero un hombre jerked and staggered en una

de las cancelas. Era B., industrial vinatero y algo más que un conocido, un consocio del antiguo Círculo Social. Tenía entradas y canas, llevaba un traje de paisano arrugadísimo y los ojos le vagaban más acuosos y lurking que nunca; su natural acrimonia elevada a la enésima potencia. Lo reconoció, exploró toda la colina con una mirada animalesca y luego lo llamó temblando.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? Di, ¿es que eres partisano?

Su mirada recorría con repugnancia toda la superficie vestida de Johnny, deteniéndose en los abultamientos.

—Así que también tú eres partisano —dijo sacudiendo la cabeza.

Johnny sonreía. Preguntó por los otros, por todos los demás, por los AUSENTES. Todos los jóvenes se habían ido lejos: la mitad para esconderse nada más, pero los otros seguramente para hacerse partisanos, y aquella cita grande y muda por separado hizo sonreír a Johnny. B. continuaba sacudiendo la cabeza.

—Yo solo sé que vosotros y ellos sois la perdición de Italia. Ellos eran los de la Muti.

—A propósito, ¿cómo son los Muti?

—Hasta ahora no han cometido auténticas tropelías, pero cuidado con el primer estallido al primer pretexto.

El industrial podía preverlo porque la gran mayoría era canalla de los arrabales milaneses. Johnny debía saber que él conocía muy bien Milán, ya que en tiempos normales iba todas las semanas al gran mercado de los vinos, en tiempos normales…

—Los oficiales no son en nada mejores que la tropa… siempre paseaban con la fusta… ¡Y pensar cuánto me gustaba el dialecto milanés, era una auténtica debilidad!… Ahora oírlo en la boca de esos sinvergüenzas armados hasta los dientes me pone los pelos de punta.

Y lo que aumentaba y rubricaba el terror era la oscilación de la edad dentro de sus filas: o bien unos jovencísimos y desgraciados *bezprizorni*[16] vomitados de inclusas excomulgadas o bien una canalla encanecida…

—Con tal de que no se os ocurra a alguno de vosotros cambiar algo en la ciudad.

Johnny dijo que imaginaba a la señora con él en la colina. Sí, pero en aquel momento estaba fuera, de visita, en la quinta de al

lado.

—Parecían todas cerradas —dijo Johnny.

—Qué va, vivimos todos en la colina, lo que pasa es que nos dejamos ver lo menos posible. Esto ya no es vida, te lo aseguro.

He ranged for a moment and very dejectedly en el sendero fangoso.

—Así que todos sois partisanos. ¡Hasta el profesor Chiodi ha dejado el liceo para embarcarse en la aventura! ¡Un filósofo! ¡El filósofo!

Johnny sonreía mientras B. echaba un vistazo breve y asqueado a la ciudad sometida.

Entonces Johnny le preguntó por su hijo. En aquel instante le agradaba la routine frívola y convencional, como si así resaltara su situación nueva, irregular, unprecedented.

—Gracias a Dios, mi hijo está en la escuela con toda normalidad, en su colegio de los Padres S… Nunca me he felicitado tanto de haberlo metido en un colegio regido por religiosos. Sabes, en estos tiempos los religiosos son los únicos que aún pueden hacerse respetar e imponerse, tanto con vosotros como con ellos.

Desde la quinta sepultada en un arco de mirto podrido y goteante salió el rumor de un disco, con un scraping acariciador, y Johnny se sintió invadido por una especie de languidez.

En cuanto a B., llevaba un rato luchando entre el terror a las complicaciones y su riguroso sentido de la hospitalidad. Al fin se decidió y condujo a Johnny del brazo por el descuidado senderillo, diciendo que en casa estaban su hija, la evacuada señora G. y la hija de esta.

—Por favor, no enseñes las armas.

Lo introdujo en un dankish comedor, que encerraba una sombra precoz en la que destacaron tres mujeres desde el fondo del sofá, como islas de un piélago negro a la hora del crepúsculo. B. presentó a Johnny en círculo con una perífrasis tan prolija como torpe y las tres mujeres lo captaron al vuelo con una sonrisa cruel para B. Johnny se encontró hundido en un sillón viejo, ligeramente húmedo, right delante de la señora G., una escultural icy escandinava, colocada en el sofá como una figura de Canova. Las dos chicas, acerbas y picantes, toqueteaban el fonógrafo. Cuando Johnny sacó los cigarrillos estalló un griterío: «¡Tiene cigarrillos!

Cigarrillos de verdad, de los confeccionados. Nos da vergüenza gorronearle a usted, pero es que no podemos resistirlo. Nosotras tenemos que arreglárnoslas con esos papeles de fumar imposibles y absurdos y con una especie de mezcla de hierbas que pretende remplazar al tabaco pero que resulta absolutamente infumable».

Johnny, que se sentía a disgusto en la suave comodidad antigua del sillón, delante de señoras y señoritas, luchaba por recuperar la antigua desenvoltura y homeliness.

—Si tiene la bondad de esperar, dentro de poco serviremos el té. B. posee una afortunada reserva de genuino té indio, lo malo es que solo podemos azucararlo un poquito. ¿Le gusta el té?

Johnny respondió que no le volvía loco y que era lo primero de lo que podía privarse en caso de necesidad.

—¿Cómo, cómo? ¿Un anglomaníaco como tú? —preguntó B., aunque solo para animar el ambiente y restablecer su presencia olvidada.

Las dos chicas, con el cigarrillo pegado a los labios, manoseaban los álbumes de discos. Tenían toda la serie de Natalino Otto. ¿Le apetecía oír *Lungo il viale*?, ese les parecía precioso. La señorita G. era algo más joven que la hija de B. e inconmensurablemente más mujer: irradiaba el orgullo deportivo que distingue a la prole de los eminentes profesionales turineses. A B. lo irritó aquel disco.

—¿Preferirías *Musica proibita*, papá? —polemizó la hija.

—No quiero nada de nada. No son tiempos de música y ya está.

—¿Sabes lo que haría tu hija sin discos que oír, papá? Se tiraría al pozo.

—¿Solo porque los hombres han enloquecido? —insinuó la señorita G.

B. dijo a su hija que mejor haría empleando el tiempo en estudiar inglés, como Minnie, la hija de la señora G. La señora G. intervino para subrayar suspirosamente los escasísimos progresos de su hija.

—Veamos a qué punto has llegado. Se dice que el señor conoce el inglés de maravilla. Pero ¿cómo diablos lo ha hecho?

Solo un felino «Mammy» de la hija dispensó a Johnny de un examen académico.

Todo aquello era absurdo y estaba como hundido en un pantano irreal. De ninguna manera podía comunicarse con aquel tipo

humano ni establecer una relación que no fuera una muda sonrisa esfíngica. Se sentía irresistiblemente arrastrado a cerrar los ojos, con una cómoda numbness que solo el recuerdo de las patrullas Muti que el viejo aparcero le había indicado era capaz de salpicar de mínimos agues.

—Además, yo leo inglés —dijo la hija de B.—. En traducción italiana, pero el libro es inglés. Estoy leyendo *Arrivederci Jeeves* de Wodehouse.

Pronunció la «j» a la francesa. B. se mostró contrariado:

—Si nos registran la casa, acabamos teniendo un disgusto por ese libro inglés.

Johnny gaped peristaltically. No, no existía la menor posibilidad de relación entre aquella gente y él, su breve y enorme pasado, Tito y el Rubio, las guardias nocturnas, las corvées de abastecimiento, las matanzas… De golpe, hundido en el pushy sillón, frente a unas mujeres jóvenes y hermosas que exhalaban civilización como el perfume que uno se vaporiza con normalidad por la mañana, Johnny recordaba y añoraba la tétrica y sucia monotonía de la menesterosa Mombarcaro. ¿Qué puesto ocupaba esta gente en aquel mundo? ¿En aquella situación? ¿Qué pensaban y hacia dónde se inclinaban sus sentimientos, en défaut de sus intelectos? «Were I now up there again!», imploró. Habría soportado perfectamente a Némega, el propio mariscal Mario era un amigo del alma… ¡Qué idea la de B. de introducirlo en su casa, y eso que había estado en un sí es no angustioso, y qué idea la suya de aceptar la invitación y de continuar allí quién sabe desde hacía ya cuánto, dejando su carretera solitaria y armada, amada! Con que solo hubieran atisbado una pizca de lo que él llevaba ya a sus espaldas, las tres mujeres habrían perdido toda su indolente compostura y B. habría sufrido un ataque de pánico.

La señora Minnie cambiaba de disco para poner *Tristeza*, de Chopin.

—Aunque el pobre Natalino no está a la altura de la melodía.

La hija de G. se hizo cargo de la defensa de Otto.

—Pues no, porque la canta maravillosamente.

—¿Qué dices? No tiene voz suficiente. Oye como se le quiebra cuando dice «mientras que… la canción».

Llegó el té. La señora G. tenía la capacidad de hacer que su taza

formara parte del grupo escultural que ella misma constituía…

—¿Le parecería una sinvergüenza si le pidiera un cigarrillo más, Johnny?

—A propósito —dijo B., opaco y sin té—, es decir, a propósito de nada, vaya usted a saber por qué he dicho a propósito… ¿Johnny, tú conoces a Norte?

—¿Norte? ¿Quién es?

—El jefe de todos los partisanos desde aquí hasta el final de las Langhe.

—Entonces lo conoceré.

—¿Lo conoces?

—Voy a conocerlo en cuanto que salga de su casa.

—Te lo pregunto porque el tal Norte ya se ha dirigido a mí, como a otros, buscando financiación. Diré enseguida que me parece natural, bastante natural, y ya he aportado en dos entregas una suma discreta. No me arrepiento, pero me gustaría conocer su uso y destino. El que viene a pedirlo y se lleva el dinero es Sicco, un chico de absoluta confianza, pero me gustaría saber…

Johnny agitó fatigosamente una mano en señal de ignorancia y de insatisfacción. B. suspiró y se dirigió a la señora G.

—¿Todo bien, Lalla? —preguntó rozándole una rodilla.

Ella sacudió la cabeza de un modo casi imperceptible.

—Son tiempos para tener hombres cerca. Me preocupa mi marido, con su puestazo en la Fiat. Si fuera un cualquiera, pero tú conoces la posición de Dante en la empresa. Si deserta, los fascistas lo perseguirán hasta el fin del mundo; si se queda, el aire se le hará irrespirable. Ya fue horrible la huelga de marzo del año pasado, pero ahora… ahora…

—¡Ahora dejad los discos un poco en paz! —conminó B. a las señoritas.

Luego shuffled his feet y pidió permiso.

—Voy a ver si los hijos del aparcero montan bien la guardia.

Johnny aguzó el oído desde lo más hondo de su entumecimiento.

—Me voy —dijo con toda la determinación que le permitía la soñolencia.

—Yo no te echo en absoluto —dijo B.—. Sabes, se me ocurrió apostar a los aparceros para que vigilaran los senderos y las

carreteras… Ya sabes, las malditas patrullas.

Johnny se dio cuenta entonces del dusk que se precipitaba; a través de los cristales los árboles empezaban a desenfocarse. Regresó B. indicando vía libre con un aire flurried, patético, de colaboración territorial.

—Ahora, valor y ojo al parche —dijo, con una búsqueda patética de la tónica camaradería de su lejano servicio militar—. No me gustaría enterarme un día de que…

—Estamos aquí para eso también —bostezó Johnny.

B. lo sacudió por un brazo.

—No, no nos hagas la faena de dejarte matar. Será… bonito… interesante estar vivos luego. Yo tengo esperanzas para luego. ¿Por dónde vas?

—Voy a buscar a Norte. Por favor, cuando baje a la ciudad…

—Mañana mismo, no puedo estar lejos de mis asuntos. Las pagas corren lo mismo, sabes.

—Avise o mande avisar a mis padres de que me ha visto, diga que estoy bien y que de ahora en adelante estaré más cerca y los mantendré más informados…

—Enviaré a mi administrador mañana sin falta. No te preocupes, es un hombre nacido para el silencio.

En la quinta, detrás del mirto empapado, volvía a funcionar el fonógrafo…

Ya lejos de la casa, Johnny se detuvo a reconsiderar la ciudad que se fundía en el crepúsculo, constelada aquí y allá de alguna luz amarillenta que la oscuridad apagaría pronto; la oscuridad enredada en los árboles de la circunvalación era ahora concreta y granítica, casi menial. Suspiró por su ciudad, pensando que lo mejor era regresar de inmediato a las colinas, de espaldas a ella y con la frente vuelta a las tinieblas ventosas de las colinas altas, pero los pies se le movían hacia el llano, sin la menor volición, ajenos a toda cautela posible. Sin saber cómo volvió a encontrarse al pie de la colina, asomado a los outskirts de la ciudad, a la orilla del torrente-cloaca exhalador de vapores mefíticos que sofocaban el último destello de las vías de la estación cercana.

Decidió rodear la ciudad por la periferia: el riesgo absolutamente superfluo y gratuito le haría bien, le desprendería la pátina adquirida en el comedor de B. Sí, tenía que arriesgarse de

aquel modo gratuito para poder alejarse con el alma en paz de su ciudad violada.

Avanzó por la orilla del torrente: le gustaba incluso su hedor nauseabundo, adoraba la fea arquitectura del puente ferroviario, menos cercano. No se veía a nadie en aquella extremidad de la circunvalación, ni un animal, ni un perro a medias urbano y rural en su libre salida vespertina, pero desde las primeras casas, sobrepuesto al rumor fangoso del enorme torrente, ascendía el habitual susurro de la tarde, aunque en un tono por debajo de lo habitual.

Era terrible aquella privación de su ciudad por culpa de su situación y de los fascistas. De golpe, en la sombra que caía a pico, tuvo el sueño pasmoso de hallarse «él solo» en aquella situación, un fuera de la ley solitario que se autoexiliaba por motivos poco claros incluso para sí mismo, materializados en una pesadilla; de encontrarse solo ante un mundo enfurecido y vengativo, un mundo de lawsticking and guardias armados todos lanzados contra él…

Johnny se irguió sobre la orilla lisa, que tenía enfrente la otra igualmente llana y solo un poco violentada al fondo por la arcada del paso elevado. De pronto, en la llanada vio avanzar un Muti y, en silencio, volvió a la sombra más negra de la vegetación y se quedó mirando. Iba armado de fusil y lo llevaba con una despreocupación que tanto podía ser sullenness at armbearing como la indolencia terrible del tirador que dispara al oído.

Venía por la otra orilla, descoyuntado y soñador, arrastrando por el barro unos zapatones desmesurados, clownescos. Desde más cerca, Johnny vio que vestía el canallesco uniforme de la Legión como si hubiera nacido dentro, con una perfecta e insolente looseness; los enormes pantalones acampanados hasta el tobillo flopped noisily contra sus piernas robustas en el aire inmóvil. En el corazón de la sombra, Johnny levantó su pistola a media altura. El muchacho, porque era un muchacho, se detuvo justo delante de él, sin alzar en ningún momento los ojos clavados en la ola fangosa y lenta del torrente como en un espejo cristalino para su lejanísimo sueño. A veinte metros de Johnny, en perfecta hauteur, su boca borrada por la sombra heaved un suspiro largo y pesado, que movió perspicuamente bajo la amplia casaca su grueso tórax de canalla bien nutrido.

El Muti reemprendió su camino. Johnny bajó la pistola y salió de su receptáculo de tinieblas pisando sonoramente en el suelo, destacando todo lo que podía destacar. Quería que el chico de la Muti hiciera algo capaz de destruir la interdicción sentimental que le había impedido disparar.

El otro había oído e intuido y ya se daba la vuelta como si estuviera midiendo la distancia de aquel duelo nocturno, shuffling his large feet en el barro. Estaban a cuarenta metros de distancia: el Muti, que clavaba la mirada en la sombra espesa, llevó lenta, dreamily, la mano a la correa de su fusil… y no hizo más. Sin perder de vista el fantasma de Johnny, retrocedió lento y cauteloso por la orilla maloliente hasta desaparecer engullido por un remolino de tinieblas.

Johnny volvió a ganar las colinas, las colinas altas.

Capítulo 14

En aquella early primavera el cuartel general de los partisanos de Badoglio o «azules» se encontraba en un punto cotidianamente trasladado de la cuenca subyacente al pueblo de Mango. En comparación con las colinas altas, el paisaje resultaba algo más amable, pero era como una gradación de amabilidad en el hocico de un jabalí. Por un sendero duro y yesoso, entre bosques duros y refractarios a la tardía primavera, subió Johnny al cuartel para ponerse a su disposición y recibir órdenes.

Como había notado en el viaje de aproximación, los azules perpetraban la misma infracción que los garibaldinos de la teoría guerrillera creada por Tito y plenamente compartida por él. Las Langhe bajas no eran aún una isla armada, pero los azules realizaban un esfuerzo torpe y altanero para que lo fueran y creaban en su cuenca un sistema rígido de guarniciones, todas —y aquello era lo peor— puntillosamente autónomas, todas preparadas para defenderse, tal vez campalmente, por sí mismas y solo por sí mismas.

Para todo lo que era orgánico, distribución y esquematización, los azules ranked con una evidencia incluso excesiva del Ejército Real, mientras que los garibaldinos se empeñaban acerbamente en distinguirse del ejército de un modo radical. El hecho era que los jefes badoglianos, elegantes, gentlemanlike, algo anacrónicos, no consideraban la guerrilla otra cosa que la continuación de aquella guerra contra los alemanes cuya formulación detallada había resultado imposible por culpa de la catastrófica prisa del ocho de septiembre, aunque en la práctica estaba formulada y proclamada. Los oficiales eran en gran parte verdaderos oficiales del ejército, cosa que ilusionaba y flattered a los hombres, a la tropa, pero a las jerarquías naturales se les concedía el menor espacio posible y hasta

eso con un supercilious grin. Incluso los suboficiales, aquellos que en la organización partisana podían considerarse y actuar como tales, eran en su mayoría auténticos suboficiales del extinto Real. La situación satisfacía a la tropa, la ilusionaba y le daba una especie de seguridad; y, como pudo oír Johnny en una de las no infrecuentes y no muy amistosas reuniones de garibaldinos y azules, estos últimos defendían y ensalzaban su oficialidad, su grado de instrucción y su extracción social, lo cual representaba un menosprecio y una crítica implícitos a los sencillos rojos, que confiaban a ciegas en obreruchos y en otros tipos tan imprevistos y déracinés que parecían el producto absoluto de una misteriosa generación espontánea.

En cuanto a la etiqueta política, los jefes badoglianos eran vagamente liberales y decididamente conservadores, pero su profesión política, había que reconocerlo, era nula y rayaba con cierto peligro en el limbo agnóstico; en algunos de ellos se resolvía en un puro y simple esprit de bataille. No obstante, el antifascismo, más que nunca y por encima de todo considerado una reivindicación potente y armada del gusto y de la mesura frente al trágico carnaval fascista, era integral, absoluto, indudable. Sin embargo, notó Johnny, casi todos los jefes azules, cuando menos aquellos que por no ser oficiales en S. P. E.**[17]** tenían cultura histórica y una cierta dosis de lecturas digeridas, en caso de haberse visto interpelados en 1681, se habrían pronunciado por Carlos II**[18]** y, dos siglos más tarde, se habrían enrolado en las banderas del Dixieland**[19]**. Con todo, era patente una base limpia y tranquilizadora de fair play en su limitado combatir sin profesar un ideal político con feroz decisión, sino con la necesidad no confesada de hacer tabla rasa del fascismo para que después, con la tabla limpia y barrida, cada cual intentara imponerse a los demás, naturalmente con gusto y a ser posible con estilo.

Johnny era, sin duda, un pájaro distinto en aquella bandada, pero en el nuevo ambiente halló al menos un lenguaje exterior común y una común afinidad de relaciones y de sobrentendidos, un poder estar juntos no solo en la batalla que no lo imponía, sino principalmente en los largos periodos de espera y descanso. Eran brillantes y atractivos, aunque solo en la superficie, y en todos imperaba una inclinación a la regularidad y una desgarradora

nostalgia de ella, una dolorosa aceptación de la irremediable irregularidad que impedía organizarse y luchar conforme a los amados y honrosos esquemas del pasado. Tal vez por eso tendían a convertir las Langhe bajas en una vasta isla armada semejante a un suelo sagrado en el que todo había de ser regular según su amado y sacrosanto concepto de la regularidad. Cuando en las Langhe altas, justo en los lugares de la primera experiencia garibaldina de Johnny, se creó la Primera División Militar Autónoma de las Langhe, que después generaría y se anexionaría la Segunda División, comandada por Norte, a cuyas órdenes combatía Johnny, el sueño se materializó casi por completo, dejando aparte los escasos aunque agresivos y self-affirming enclaves comunistas, que para los jefes azules constituían una contaminación del suelo reservado y sacro no mucho menor que la de los atacantes destacamentos nazifascistas.

Como Johnny notó desde su llegada a los parajes del cuartel general, las mujeres no escaseaban en las filas azules, circunstancia que aumentaba la impresión general de anacronismo que producían aquellos rangos: una abundancia femenina solo concebible en un ejército de finales del siglo XVII, todavía a salvo de la escoba de Cromwell. Su latente anhelo de puritanismo militar le hizo sacudir la cabeza al verlo, pero resultó que en aquel momento concreto las mujeres trabajaban duro limpiando y lavando la ropa y una de ellas escribiendo a máquina… Solo el hecho de que tuvieran un nombre de guerra, igual que los hombres, podía sugerir a un pobre malicioso la asociación con otras portadoras de seudónimos. Estas, de hecho, practicaban el amor libre, pero eran mujeres jóvenes en plena estación del amor coincidente con una estación de muerte, amaban a hombres doomed y el amor fue con frecuencia el penúltimo gesto de su fatal existencia. Se hicieron útiles, lucharon, huyeron para salvar la vida, conocieron tormentos y horrores y terrores que soportaron como los hombres. Alguna cayó y su cuerpo en el suelo worked up the men to salute them militarily. Y cuando las capturaron y pudieron escapar, regresaron infalible y fielmente a la base, al peligro renovado, a las conocidas y soportadas consecuencias, después de haber visto y sufrido cosas por las que otros u otras se habrían sepultado en un convento.

En su peregrinaje de ida, claro está, Johnny había oído hablar

mucho de Norte, el gran jefe de las Langhe bajas. Sin mayores detalles, habría podido resumir que aquel hombre debía su indiscutible supremacía a su ascendiente físico, así que se preparó para recibir una notable impresión en ese sentido. Sin embargo, cuando, superada una línea de torvos, vulgares y altaneros guardias de corps (cuyo núcleo se llamaba, conforme al querido e imprescindible léxico, «pelotón de la comandancia divisionaria»), se encontró cara a cara con Norte, Johnny se quedó struck still and speechless.

Norte tenía entonces treinta años escasos, es decir, la edad en la cual un muchacho apenas desarrollado como Johnny ve la madurez treintañera fúlgida y lejana y, aun así, tan espléndidamente concreta como un pico alpestre. Aquel hombre era tan bello como ninguna medida de belleza había gratificado nunca la virilidad, y tan viril como nunca la belleza había tolerado serlo. Su perfil aquilino tenía la dosis justa de blandura para no parecer aquilino; era el mismo perfil que cuando later on surgió de un fondo oscuro delante de una tríada de prisioneros fascistas, los hizo caer a sus pies en un paroxismo de espanto y admiración. La proporción áurea de su físico se manifestaba incluso debajo del espléndido uniforme en una perfección estructural revestida con justeza de carne y músculo. Tenía los ojos azules (¡increíble cumplimiento de todos los requisitos!), penetrantes y al mismo tiempo ligeros, reveladores de que Norte jamás prevaricaba intencionadamente con su aspecto, y la boca lista para las más desarmadas y menos herméticas de las risas y las sonrisas; hablaba con una voz agradable y decididamente masculina, nunca forzada, y se movía con sobria elasticidad sobre unos pies en zapatillas de baloncesto.

Los prisioneros fascistas solían reconocerlo a primera vista cuando aparecía a lo lejos, aunque prescindiera del individual esplendor de su uniforme. He always wore the very uniform for the very chief. En el momento de la presentación de Johnny vestía un uniforme espléndido, mezcla de paño inglés, lana y cuero. Otros uniformes, numerosos y todos formidables y elegantes, únicos por su invención, corte, mezcla y apariencia general, colgaban de la pared de la comandancia.

Johnny, que se recuperaba lentamente del shock de Norte, braced himself para no sucumbir al flechazo, a la inmediata e

integral devoción indiscriminada. Por reacción, trataba de convencerse de que aquel físico en todo excepcional encerraba un alma y un espíritu normales. Y así era, si bien para Johnny y para los restantes hombres que sirvieron a sus órdenes (miles de ellos), la constatación no se resolvía en una devaluación de Norte, sino, paradójicamente, en una sobrevaloración. En efecto, su físico era tan admirable y sugerente que todo el mundo esperaba, dispuesto a perdonarla, una clase espiritual muy inferior. El hecho de que Norte fuera por dentro un hombre normal y average-standing hizo pensar a todos en un milagro, en una fusión admirable.

Norte arrugó imperceptiblemente el entrecejo ante los antecedentes garibaldinos de Johnny.

—¿Y eso? —preguntó con su voz agradable, como subrayando con asombro una infracción del gusto.

—No encontré otros. Usted me habla de la situación de noviembre pasado.

—¿Y después?

—Nos hicieron papilla en Mombarcaro.

—Lo sé. Lo sabe todo el mundo. —Y la irresistible, unquenchable solidaridad partisana, aunque contrastada y violentada por dentro, dio un tono de tristeza a su voz. Una derrota roja era una derrota común, por mucho que los garibaldinos y los badoglianos no colaboraran casi nunca y por mucho que cada cual combatiera singularmente al enemigo fascista y lo creyera su propio y exclusivo enemigo.

—¿Y ahora? —preguntó Norte.

—Ahora creo que estoy… en mi centro.

Norte se confesó satisfecho de que sus filas se enriquecieran con jóvenes de Alba. Alba era el objetivo directo e inmediato de su división y sus hombres gravitaban desde Alba.

—Yo estoy contento de tener tantos hombres de Alba como quintaesencia de mi milicia, casi una prueba de responsabilidad con una ciudad que es la nuestra. Estoy muy satisfecho y tus conciudadanos conmigo. Los conocerás ciertamente… Ettore, Frankie… Luciano…

—Luciano es primo mío —dijo Johnny.

—Lo sé. En la actualidad es segundo comandante en Neviglie. Él y todos los demás me han hablado muy bien de ti, tanto que hace

tiempo que estoy aquí… prácticamente esperándote. Si cumples el cincuenta por ciento de las promesas que se han comprometido a formular por ti tus compañeros de ciudad, estás destinado a quedarte muy cerca de mí hasta el final y a compartir conmigo el comer y el dormir. ¿De verdad es cierto todo lo que se dice de tu inglés? Fantástico, nos servirá de mucho.

—De mil amores, jefe.

Se oyó un arrastrar de pasos en la antecámara, un guardia de corps estaba fisgando para descubrir si el recién llegado podía tener importancia o se iba a quedar para siempre en un mero peón, con el fin de comportarse en consecuencia. La división entera odiaba y despreciaba a la guardia de corps de Norte, tan detestable y haragana, tan gandula y jactanciosa, tan bien equipada y superarmada, tan onusta de insignias fascistas y alemanas que unos pobres partisanos habían conquistado en la periferia del territorio divisorio y regalado al gran jefe Norte, que las había lavishly profused upon his undeserving bodyguard.

Norte lo nombró segundo comandante del presidio de Mango (que los garibaldinos habrían llamado guarnición), a las órdenes del teniente Pierre que hacía tiempo pleaded for support. Desde la ventana de la comandancia, Johnny podía divisar la totalidad de su pueblo destinado, con sus casas difuminadas y su tenebrosidad compactada a la hora del atardecer, alto y enrocado al norte y al oeste, los dos puntos cardinales en los que se hallaban los fascistas de Alba y de Asti, el enemigo específico de la división de Norte.

—Ya me hablarás del teniente Pierre —añadió Norte crípticamente en el momento de la despedida.

Y Johnny no tardó en comprender el callado sentido de Norte, porque Pierre se convirtió enseguida en el mejor chaval y compañero de guerra. Teniente de aeronáutica, antagonista de los cazas ingleses sobre Malta y Nápoles, en un físico menudo y enjuto, ligeramente electrizado, insertaba un irreproducible rostro de mosquetero gascón reconducido a la normalidad por dos ojos azules, mansos y cristianos. Los cabellos tendían al rojizo y estaban rizados con el volumen minúsculo que a Johnny le había molestado siempre, pero que adoró en la cabeza de Pierre. Vestía absolutamente clean and tidy, aunque sin sombra del boato consciente que distinguía a los otros capitanes badoglianos. Era un

fenomenal experto en materia de armas y de tiro, un tirador excelente, un combatiente sobrio y frío, sereno para todo.

Capítulo 15

It was an easy-going camp, pese a que Pierre mostrara una insistencia quejica que se resolvía en pulse y pese a que su verdadero brazo derecho fuera un sargento siciliano, Michele, antiguo sargento titular del extinto Real, dotado de un cuerpo fuerte y pobre de beduino y con una cierta blinkness en los ojos y la boca, que silbaba sus irresistibles órdenes al estilo feroz y tradicional de los ejemplares sargentos del ejército. Un día sí y otro no, los hombres ejercitaban el orden cerrado a las órdenes del sargento Michele en los claros de las afueras del pueblo, alegres por el ya steady sol, bajo la mirada aprobadora y complacida de la población ante aquel espectáculo de tranquilidad intensamente ocupada. Pero los hombres —los adolescentes— conservaban la sullenness, la ofensiva soñolencia y la ironía desbordada propia de los tiempos de la instrucción premilitar. Resultaba anacrónico y contraproducente asistir a las maniobras y a las evoluciones de las unidades cuando los hombres desfilaban con el arma en balanza o presentaban armas: todas las variadas, torcidas, inconciliables, incolectivas y personalísimas armas. Pierre, no obstante, lo aprobaba de un modo incondicional y el sargento rejoiced grimly al visto bueno que le llegaba de un oficial «de verdad». También aquí, a pesar de Michele, dejaba mucho que desear la effectiveness de la guardia nocturna, y durante los primeros tiempos la principal atribución de Johnny no fue otra que hacer la inspección nocturna junto al insomne e infatigable Michele, entre la tierra negra y las tinieblas ventosas. Pierre, por su parte, tenía la capacidad de insomnio de un aviador y en las pausas contaba cosas de Malta y de los cazas antiaéreos y del radar y de «Tally-ho! **[20]** ».

La inacción era tan depresiva y tan oxidante que incitaba a los hombres más jóvenes a los raids más desesperados, cosa que Pierre

y Michele sofocaban con dura sabiduría, como quien mantiene a unos niños apartados de una crushing machinery.

El mejor hombre a las órdenes de Pierre era Kyra, un piamontés de primera generación y sangres lejanas. Tenía una belleza compleja y directa y, aun así, de un ardor netamente sardo, pero como atemperado y blended con una suavidad del Lacio. Aunque era bajo, parecía que lo elevaba la proporción áurea de sus miembros, y tenía una voz aterciopelada pero viril. Vestía, al igual que Pierre, con una sobriedad funcional que rayaba en lo puritano; sin embargo, su propia elegancia física le daba el aspecto más brillante y polícromo de todos. Kyra era el favorito de la población de Mango, que lo saludaba, lo llamaba y lo invitaba a sus casas con más calor que a los restantes partisanos. Y Kyra era un partisano sencillo sin ser en absoluto simple, al que nadie habría elevado a la officership, como si temiesen romper un equilibrio innato, alterar una figura nacida perfecta tal y como se presentaba. Casi todo su tiempo libre lo pasaba en un taller del pueblo, porque tenía un enorme ingenio para la mecánica, por la que sentía pasión. Había sido uno de los artífices del tendido de las líneas eléctrica y telefónica, conquistas que la población debía a la ocupación partisana. Tenía mano de santo para reparar las armas y su ocupación cotidiana, casi una disciplina, consistía en limar el culote de los cartuchos del Sten para adaptarlos al calibre 9 de la metralleta Beretta. Sin embargo, aquel muchacho llevaba algo por dentro, una tristeza que le azulaba a ratos las mejillas, camuflada por la sombra de la barba joven. A Johnny le caía infinitamente bien, pero la cortesía de Kyra era de las que excluyen la confidencia: era un verdadero adulto que se confiaba por necesidad, no por el gusto sensual de confiarse. Johnny aguzó el ingenio en aquella indagación, dado que, fuera de Pierre y de Michele, el restante material humano le interesaba poco o nada, hasta que Pierre le resolvió el enigma con cautela: se trataba de un secreto de los jefes, los hombres lo ignoraban y Johnny debía guardárselo porque un desaire a Kyra era absolutamente inconcebible.

Kyra tenía un hermano mayor oficial del presidio fascista de Asti, que, dijo Pierre, era tan bueno para los fascistas como Kyra para ellos.

—Prueba a espiar a Kyra cuando trasladan a la comandancia a

un fascista capturado o cuando lo pasan por las armas, y lo verás agonizar y seguir de lejos y en segundo plano la procesión que siempre lo acompaña. Y si se tratara de su hermano, puedes estar seguro, Johnny, de que Kyra no intercedería, aunque nosotros no lo ajusticiaríamos jamás, precisamente por eso. Pero se sabe que en Asti su hermano piensa lo mismo; ha hecho público que no tendrá piedad porque sea su hermano y que él mismo se ocupará de que la justicia fascista siga su curso. Son cosas que Norte sabe de un modo directo.

Para Kyra, trágicamente, la fraternidad, siempre formidable, era upmost and utmost. Como si no bastara que sintiera por su hermano mayor el antiguo y clásico amor reverencial, el otro era su héroe, un modelo inalcanzable por respeto y, aun así, presente siempre por amor: era su inspirador, su comandante, su ingeniero, y Kyra disfrutaba haciendo las veces del obrero que llevaba a cabo religiosamente los planes del hermano. El otro había proyectado, inventado, construido al detalle la apasionante y estupenda adolescencia de Kyra.

—Quien lo ha visto dice que el hermano fascista es todavía más guapo que Kyra, mucho más alto… —contaba Pierre, y Johnny se lo imaginaba a la perfección embutido dentro de su uniforme oscuro, un monumento de marcialidad y de sex-appeal fascistas contra el empedrado fondo del cuartel de Asti. Mientras duró la guerra, los dos hermanos no tuvieron modo de chocar, pero primero el veinticinco de julio y después el ocho de septiembre acabaron haciéndose daño. El otro no se había manifestado especialmente apasionado durante la guerra, y Kyra era demasiado niño, pero a raíz del ocho de septiembre el mayor cambió, se incendió, erupcionó y estuvo entre los primeros fascistas, entre los más resueltos y sanguinarios. Tiranizaba al abatido Kyra y lo fanatizaba en vano, hasta que el pequeño se alistó a los partisanos llorando y dejando a los padres con la angustia de aquellas dos fichas, una en el rojo y la otra en el negro de la chispeante roulette en marcha.

»Nosotros tenemos suerte —dijo Pierre—, y sin mérito, creo. Nos hemos echado al monte a nuestro gusto… pero piensa en los que están en el caso de Kyra, en cómo han subido aquí y en cómo se sienten. Y piensa en su padre y en su madre. La victoria de uno de los hijos es la perdición del otro. Casi dan ganas de desear que

ninguno de los dos llegue hasta el final, hasta la discriminación. Y sus viejos con ellos.

Salieron para oír Radio Londres en casa de unos notables del pueblo, burguesía campesina muy sensible a la oficialidad partisana de aquel tipo. El dueño de la casa observó una vez más el infierno que habría sido el pueblo en zona de Estrella Roja, Pierre lanzó una risita socarrona y advirtió con suavidad que Johnny tenía esa procedencia. El otro lo remedió, excusándose con una elaboración prolija, luego apagaron la luz y el dueño encendió el aparato y lo sintonizó siguiendo una praxis ritual, con los labios prietos y los ojos achicados, como si condujera el coche en medio de un tráfico enorme. Los aliados continuaban pisando barro en las lindes de la Campania con el Lacio.

—Dough feet —dijo Johnny.

—¿Qué dices? —preguntó Pierre, con su desesperante incapacidad para captar el inglés que sin embargo había estudiado.

—He dicho que son una panda de «pies planos».

La inacción comenzaba a ser obsesiva, y otro tanto debía de ocurrirles a los fascistas en el cinturón de su ciudad de presidio, contemplando desde lejos las pavorosas colinas. Luego se supo que en Alba habían sustituido a la Muti por un batallón alpino formado en parte por arrastrados a la fuerza, en absoluto carniceros y, en todo caso, peligrosos solo por su tóxica suma de temor y coacción. Asti continuaba siendo un punto fuerte, pero los garibaldinos se extendían ahora en torno a la plaza como un belt rojo que garantizaba y consolidaba aún más la seguridad del altiplánico centro azul.

Los partisanos se dispersaban por las colinas. La primavera, acercándose al verano, excitaba y garantizaba su largo y ebrio errar con el traje natural de mil recursos que sucedía a la torva, despiadada y con frecuencia mortífera desnudez invernal. Por la noche, los partisanos sung and feasted, tratando de atraer fuera de sus casas a las chicas del pueblo. Las carreteras secas y blandas les producían unas ganas locas de procurarse camiones y conducirlos ebriamente. Con la primavera y el verano ya no sabían, ya no aguantaban trasladarse a pie, arma y disciplina propia del partisano. Se imponía una batalla, con su fría lección, pero la guarnición de Alba se limitó a realizar dos incursiones poco

convencidas por el norte. De los cuatro presidios escalonados antes de Mango, los dos primeros hindered and bothered them back home sin molestar al tercero. No se pretendía mucho de aquellos primeros y débiles presidios: que disparasen lo mínimo imprescindible para sembrar la alarma en todo el sistema.

La situación se estancaba, razón por la cual no prometía durar. Los partisanos eran demasiado fuertes, o tal parecían, para atacarlos en sus propias colinas, y al mismo tiempo eran demasiado inferiores y técnicamente inidóneos para atacar y expulsar a las guarniciones fascistas atrincheradas en las ciudades del llano. A la arduidad programática de la conquista seguía la imposibilidad material y el enorme peligro de mantenerlas e impedir la recuperación campal por parte de los fascistas. Cuando se llevó a cabo con la ciudad de Alba, en octubre del 44, el experimento acabó en desastre y la fecha señaló el reverso de la situación y el trastorno telúrico de todo el sistema partisano, que no se recuperaría hasta enero de 1945.

Mientras, la seguridad había alcanzado un nivel narcótico, hasta el extremo de que los parientes que los partisanos tenían en la ciudad acudían a visitarlos con dominical puntualidad, lo que transformaba los campamentos en vestíbulos de internados respetables. A tal fin se estableció un eficaz y civilísimo servicio de transporte, control y recepción. Aquello, claro está, rebajó también el estado de ansiedad de los parientes y los indujo a creer que, en última instancia, sus chicos se encontraban bien y situados con inteligencia, razonablemente protegidos y, gracias a su sagaz iniciativa, quizá más seguros que muchos de sus coetáneos que se habían quedado a verlas venir emboscados en las guarnecidas ciudades de la llanura. Lo que sucedió acto seguido destruyó de un modo atroz aquella impresión y aquellas ilusiones felices, pues al innatural periodo de seguridad presque burguesa siguió un periodo tanto más largo de horrible y desesperado exertion, de innumerables muertos y atrocidades impensables.

En todo caso, así era en aquel mayo en que los partisanos frecuentaban pacíficamente los pueblos con mercado, confluían en centenares a las fiestas y por cualquier medio de transporte al pueblo de Santo Stefano Belbo, el mayor y más evolucionado de todas las poblaciones de las Langhe bajas. Santo Stefano se beneficiaba del refinado reflejo de la próspera llanura contigua,

tenía su leading feature en la gran plaza central, de dimensiones absolutamente únicas entre las plazas de las Langhe, y estaba lleno de muchachas hermosas, de porte, recursos y acicalamiento netamente urbanos. A falta de Alba, Santo Stefano era la meca festiva de miles y miles de partisanos, azules y rojos, de las Langhe bajas. Johnny y Ettore bajaban también todos los domingos, grudging against impeachment en los otros, que no eran muchos, para respirar también ellos el suave y restaurador aire de civilización casi urbana, para tener también ellos sus chances con aquellas hill-over-famous jovencitas y recuperar también ellos en aquella tarde las antiguas y queridas necesidades del savoir faire, de la conversación galante y de buen tono, avivadas y potenciadas por la fascinación de su novísima condición de partisanos, y para al fin volver a las alturas vespertinas con una satisfacción y un fling…

El enorme pueblo, centro geográfico de confluencia de las zonas azul y roja, era por tanto el escollo al que iban a romper los dos oleajes. Las chicas metían también sus garritas, acogiendo, materializando y ahondando las divisiones, llevando en los cabellos o en los ojales las cintas azules si preferían a los partisanos azules y se hacían acompañar de ellos, o las flamígeras cintas rojas si preferían a los garibaldinos. Pero muchas veces cambiaban de cinta con un repentino cambio de simpatías y podía ocurrir que un ansioso partisano azul encontrara en la pedregosa plaza a su chica con una reciente cinta roja en el cabello. Así que eran frecuentes las riñas entre hombres armados y casi siempre con las armas sin seguro; y frecuente, más aún, sistemático, el sarcasmo contra los no alineados muchachos de la localidad, que intentaban defender su puesto junto a las chicas. Además, el espíritu de cuerpo produjo choques, provocaciones y duelos, de modo que las dos comandancias, que no podían permitirse ni en sueños poner a Santo Stefano off limits, crearon, ex profeso para los domingos, una policía militar mixta.

La facciosa y enardecida meca de Santo Stefano Belbo duró hasta que se invirtió el desarrollo de la guerra y, en correspondencia con la ya irresistible marcha aliada desde el sur, produjo la suprema disgregación otoñal en campo partisano. Los fascistas, ni siquiera en el auge de su contraofensiva, ocuparon establemente Santo Stefano, pero dotaron a la finítima ciudad de

Canelli de una de sus unidades antipartisanas más fuertes y especializadas, que a cualquier hora del día o de la noche realizaba fulmíneos raids con motorizados, lo que convirtió la alegre y estiva meca de los partisanos en un lívido lugar de pesadilla y de muerte por emboscada.

Para excitar más aún a los partisanos en aquel verano de ebriedad, bajaban de las altas colinas estrepitosas noticias sobre la Primera División, su gemela ensamblada en los barrancos hiemales medidos por los pasos solitarios de Tito y del Rubio. Ahora tenían con ellos un oficial inglés, un mayor, unívocamente descrito como un pacífico señor entrado en años, con un rostro saludable y sanguíneo oprimido por un sombrero a la tirolesa y una anacrónica vestimenta de globetrotter en una viñeta de *Punch*[21], todo él electrizado por una tremenda inmediatez de pensamiento y de ejecución.

—Seguro que es escocés —decía Johnny, fijo en las altas colinas lejanas y vaporizantes que albergaban al inglés.

—Si te interesa, te doy permiso para que subas hasta allí a verlo… —respondió Pierre.

—Lo pensaré —decía Johnny—. Todos los días son buenos… Ha venido para quedarse, ¿no?

La llegada del inglés y de su misterioso transmisor triplemente custodiado por centinelas había volcado sobre la Primera División azul una Golconda[22] de armas, uniformes, etc., etc. Las vecinas formaciones rojas parecían exhaustas, sobrepasadas, vaporizadas. Por obligación moral y con el anuncio de que la misma Golconda estaba a punto de derramarse sobre la Segunda División, la Comandancia General envió a las Langhe bajas un flamante camión abarrotado de hombres armados y uniformados a raíz del lanzamiento. El camión swept las colinas bajas como una fascinante carroza publicitaria, con sus hombres rígidos y altaneros, inevitablemente maniquinescos y embutidos en ultrarregulares uniformes ingleses, y cuando empezó a llover de sopetón (a la inimitable manera de la lluvia en las colinas, con varias pantallas diferenciadas en cascada y espectroscópicamente distintas en densidad y color), como si obedecieran una orden, se pusieron los impermeables de camuflaje, donde resaltaba debidamente la joroba posterior para alojar la mochila. Iban todos armados con Sten y con

Enfield y un par de ellos exhibía una Thompson, el arma aristocrática de los sueños partisanos. Al verla, estos enloquecieron de alegría y de suspense, ya que la solicitud de armas automáticas y la consiguiente repulsión por el arma de carga común rayaban en el histerismo y estaban convirtiéndose en un problema general para las comandancias. Desde lo alto del camión, los mannequins lanzaron, a la manera publicitaria, puñados de cigarrillos ingleses con boquilla de corcho y paquetes de raciones K que los partisanos tiraron después de haberlas mordido y probado con desconfianza.

—Ahora viene lo mejor —ironizó Pierre full-heartedly.

—Tengo que subir a ver a ese inglés —dijo Johnny.

Pero unos días más tarde se esparció por todas las colinas la noticia, no desmentida, de que el mayor había muerto aplastado por un camión partisano con los frenos rotos en una de aquellas callejuelas pedregosas de Mombarcaro que Johnny conocía tan bien. Hasta los civiles recibieron luctuosamente la noticia.

Capítulo 16

El día de la liberación de Roma se festejó en concreta y exclusiva relación con un gran jaque a los alemanes. El pensamiento de la liberación de la capital nacional no impresionaba concreta e intensamente el corazón de los partisanos que rodeaban al amado Norte, pero Johnny lo recordó porque era la primera zona y la primera ciudad ocupada por los aliados que él conocía. Era distinto a Sicilia y a Nápoles; en el caso de Roma, podía recordar o reconstruir a distancia qué piedras recibirían las huellas aliadas y en qué paisaje posarían ellos sus ojos durante las treguas.

En cuanto a los fascistas, para contrarrestar el enorme fiasco, entre otras cosas psicológico, llevaron a cabo un fuerte y repentino thrust contra el corazón del sistema azul. Se supo enseguida que se trataba de los fascistas de la guarnición de Asti, unidades fuertes y atrevidas, muy distintas a la torpe y hamletiana guarnición de Alba, que invariablemente había quedado en ridículo frente a las incursiones partisanas, tanto diurnas como nocturnas. Y Kyra enrojeció y empalideció.

Las primeras cargas explotaron en la llanura de Castagnole, ahogada en vapores de calor, con algo de festivo, un réveil de campanas dominicales. Los pájaros de la llanura, molestos y espantados, empezaron a ganar altura y navegaron, ya appeased, sobre las atentas cabezas de Johnny y Pierre. La guarnición de Castagnole opuso una razonable resistencia de *prima acies* y luego dio vía libre a los fascistas contra la finítima guarnición de Coazzolo, de la que formaba parte Ettore. Esta resistió algo más, favorecida por la escarpadura de las primeras colinas, y los fascistas perdieron tiempo en incendiar una casa y disfrutar del nada extraordinario espectáculo. Desde Mango, que estaba cerca, el fuego era poco visible, porque el cielo vaporoso de calor adelgazaba la

columna de humo hasta una feérica insustancialidad. Así, la columna fascista en marcha no se vio enfrente de Mango hasta las diez.

Pierre, conforme al estilo antiguo, quería lanzarse al pueblo y morir por su virginidad, pero Johnny observó que aquella era la más inicua y sentimental de las posiciones; mucho mejor el mamelón situado a la derecha del pueblo, coronado de una vegetación útil y con un declive apreciablemente escarpado. Pierre, a su vez, observó que con aquel plan se dejaba vía libre a los fascistas para entrar en el pueblo, con las imaginables consecuencias de hierro y fuego.

—Incendiarán —dijo Johnny— si nosotros combatimos desde el pueblo y no lo tomamos. Y no lo tomaremos porque no estamos en condiciones de contrarrestar a los fascistas en posición, por lo menos aquí y ahora. Si consultaras a los habitantes, te dirían lo mismo.

Pero Pierre se atormentaba caballerescamente con la idea del pueblo violentado, y Johnny, por su parte, se atormentaba por aquella diferencia oceánica.

—Pierre, si nosotros les matamos a un hombre, a uno digo, y ellos barren Mango y otro pueblo más, la jornada es nuestra. No nos compete conquistar posiciones, sino matar fascistas, y si lo consiguiéramos mejor huyendo, yo huiría desde aquí hasta el mar.

—Pero ¿qué dirá la gente de Mango? ¡Que ocupamos las casas para nuestra comodidad en tiempo de calma y a la primera dificultad se lo dejamos gratis a los fascistas!

—No es culpa nuestra que ellos no capten qué tipo de guerra es esta —dijo Johnny.

Los civiles de las primeras colinas subían huyendo, visibles en las barrancas y sobre los espolones como conejos en manada. Uno dirigió la vista al pueblo y descubrió a los fascistas rumbo a Mango; los descubrió, continuó su camino con la mayor velocidad posible y se perdió en los cañones transmontanos.

Finalmente Pierre trasladó el presidio al mamelón, con los hombres despreocupados y diletantes, paseantes y retardados, escasos de armas y más aún de munición. Se detuvieron en la cerviz del mamelón, de frente a la windy carretera de Valdivilla. Michele ranging to and fro the line por el orden y la disposición. Luego el

sargento se clavó a su izquierda y Johnny y Kyra a la derecha, como hombres de confianza en las insidiosas alas. Kyra se ocupaba de la ametralladora Breda no porque destacase en el tiro, sino porque el arma se encasquillaba en todas las descargas y Kyra era el rey del desencasquillamiento. Johnny miraba de reojo los escasos peines de recarga y maldecía por las teorías en cuyo nombre iban a fundirse inútilmente, platónicamente.

Esperaba tumbado con pereza, y al mismo tiempo con una comodidad intoxicada por el próximo exertion, en la hierba mullida y muy cálida, manteniendo el fusil al lado, cercano y lejanísimo de su mano relajada, semejante en la hierba a una serpiente enderezada y lignificada por un taxidermista prodigioso. Para desembarazarse de sí mismo, observó a sus compañeros del ala derecha. Cinco eran hombres que frecuentaban por lo común las callejuelas de Mango, los otros eran cuatro eslavos cuya existencia ni siquiera sospechaba. Como le contó Kyra, vivían segregados en una casucha hundida en el cañón más agreste de todos los que existían debajo de Mango y solo subían al pueblo por la paga, el suministro de víveres y las batallas. Parloteaban entre ellos, de un modo críptico y monótono, con una confortable humildad. Kyra habló, tal vez para disipar el aislamiento de los eslavos.

—Por fin, Karto.

Se lo dijo al mayor de todos, que iba vestido de paisano y tenía aspecto reumático. El hombre, más o menos en la cuarentena, ajustó sus piernas largas y secas cruzadas a la turca, asintió con un aire que a Johnny le pareció de provecta entereza y retomó la misteriosa conversación con uno de sus compañeros, de tipo cíngaro y cabellos corvinos y expandidos, cuyo brazo se agarraba al fusil con ferocidad, como si fuera el mástil de una bandera. A Johnny le alegró que los eslavos lo acompañaran en aquel cono de la derecha, porque todos ellos gozaban de una gran reputación guerrera.

Desde toda la línea llegaban retazos, pequeñas oleadas de una conversación amplia y restringida, personal y general, fantasiosa y despreocupada, aunque ictérica, hasta que Pierre ordenó silencio desde el centro, y Michele repitió la orden desde la izquierda con su voz catarrosa en pleno verano. Entonces pudieron captarse los movimientos mínimos, alerted, de los pájaros en su refugio provisional de las ramas más altas. Cansado de su postura prona,

Johnny se movió sobre los codos. El gesto alarmó a Kyra como un indicio de descubrimiento de fascistas, pero no se veía nada ni a nadie en la colina de Valdivilla, situada justo enfrente, sobria, armónica y funcional como un miembro humano, donde la desertness era verde y el silencio zumbaba eléctricamente; nadie, salvo un perro vagabundo, cuya errática felicidad se apreciaba incluso desde arriba, en la carretera visible, clara y señalada como con tiza en la compacta ladera. Entonces Johnny se volvió a mirar el pueblo, que parecía abrumado por su desmesurada desnudez en plena luz del mediodía. Los habitantes estaban atrancándolo todo, como si fuera una fortaleza o un barco, y los cierres de postigos y puertas parecían detonaciones de armas de fuego. Callaba incluso el ruido del taladro eléctrico. Su dueño carpintero, un puritano, había trabajado hasta el límite de lo razonable, imponiendo con enfado los derechos del trabajo a los de la guerra y las partidas bélicas.

A las once los fascistas estaban a plena vista: vestían de camuflaje, pero resultaban igualmente perspicuos a los jóvenes ojos de los partisanos. Eran muchos. La última curva no dejaba de vomitarlos a borbotones. Luego abandonaron la carretera, saltando con agilidad los arcenes, se desplegaron a los dos lados del campo y ascendieron con nerviosa nonchalance; de pronto, sin embargo, al notar que el terreno se accidentaba, disminuyeron la marcha y se agacharon. El tremendo ojo de Johnny captó por encima de ellos, muy lejos, un grupo de camiones, probablemente con las reservas de munición, un pelotón de sanidad y pocos más de guardia. Su corazón anheló estar allá abajo: disparar contra ellos de frente, como por encanto, rodear la colina a marchas forzadas y caer sobre los camiones, matar hombres, saquear vehículos y luego prenderles fuego. Acuciado por esa nostalgia, con la melancolía de tiempos futuros quizá no visibles y con los ojos puestos en la alta figura de Pierre a punto de dar la orden de batalla, Johnny avanzó de bruces, con el fusil por delante.

Pero el contacto se hacía esperar. Ahora ascendían con lentitud, aplicando todas las normas de seguridad, capaces de plantarse durante cinco larguísimos minutos delante del más inmoto e inocente de los matorrales, rastreando las filas de cepas en la cuenca cultivada, como si el tiempo no contara para ellos. Con todo, Johnny deseaba que el contacto no se produjera de inmediato,

puesto que el asunto resultaba particularmente excitante cuando estaba por llegar, mientras que luego, exactamente como en el acto sexual, todo se hacía automaticidad, esfuerzo tautológico, ejercicio muscular. Johnny, ya átono, reclinó la cabeza sobre la mira y distinguió a Pierre.

Lo convenido era disparar siguiendo órdenes, pero varios menores no lo tuvieron en cuenta y dispararon por iniciativa propia en cuanto creyeron tener a tiro una ilusoria carne fascista. Entonces dispararon todos y por la sofocada exclamación de Kyra se comprendió que la Breda había vuelto a encasquillarse. Con los dedos ensangrentados, ya estaba arreglándola.

Después de la descarga los fascistas se hicieron perfectamente invisibles, ¡increíble cómo pueden desaparecer centenares de hombres en un santiamén! De su línea solo llegaba por ahora el trinar de los silbatos. Luego descargaron una salva compacta y ordinaria, que no obstante mordió el terreno empinado a cincuenta metros de los partisanos. Kyra reparó la ametralladora y disparó contra el terraplén del caminito desde el que, a modo de trinchera, disparaban ellos.

—Estás alto, Kyra.

Kyra se excusó.

La Breda volvía a encasquillarse. La nueva descarga fascista llegó corregida, tanto que rasuró las copas de los árboles. Los partisanos respondían con un fuego apresurado y salvaje, que más parecía dirigido a la suerte que a la sustancia y a la localización de los fascistas, como sin otra pretensión que vaciar las cartucheras. Era patente que los fascistas no sufrían más pérdidas de las que infligían, pero todos los hombres se hallaban poseídos por la libido del fuego y de su apoyo moral. El propio Pierre parecía invadido por el frenesí de utilizar con una mínima probabilidad de acierto su cortísimo mas de policía.

Sin duda había pasado el mediodía, los fascistas continuaban clavados en su sitio, y Pierre acariciaba ya palpablemente la alegría del pueblo inviolado. Johnny tenía sed. Los fascistas, sin moverse, insistían en aquel fuego suyo tan masivo y ordenado como ineficaz. Contaban con varios centenares de fusiles y alguna ametralladora en activo, pero la cuenca devolvía un clangor propio de Stalingrado. El aire se movía y vibraba como surcado por cazas en vuelo rasante.

El tiro siempre elevado de los fascistas podaba limpiamente las ramas altas con un crack imponente y festivo al mismo tiempo.

Johnny miró a su espalda y vio a Karto sentado, al margen de la batalla.

—¿Tú no disparas? —preguntó con una especie de admiración —. ¿Estás así desde el principio?

Karto tenía un aspecto correcto y melancólico de profesional honrado e individualista.

—Es verdad, jefe Johnny. Yo solo tengo un cargador en total, el único que he tenido desde que soy partisano en Italia. Quiero, tengo que ahorrarlo para mi necesidad personal. Jefe, en casos como este ya valen los tiros de los demás, ¿no?

Johnny miró de reojo al cíngaro y le pareció que le castañeaban los dientes y que su piel adquiría un tono enfermizo detrás de la pantalla de los matojos de hierba.

La incorrección del sistema y la falta de espíritu de grupo eran dolorosamente palmarias. Ahora bastaba con que cualquier pelotón partisano se desplegara a la vista en una de las alturas laterales para precipitar a la masa fascista a la ansiedad y a la ineficacia, pero ni siquiera el ojo de Johnny pudo distinguir un solo hombre en las nítidas crestas, casi grabadas en el cielo. Al contrario, lo que se movió fue uno de los camiones fascistas, con un avance lentísimo, como si tuviera el motor averiado o temiera un terreno minado. Johnny supuso en voz alta que se adelantaban los especializados en el manejo de ametralladoras.

—Con tal de que no sean morteros —replicó Pierre.

El aviador temía como al demonio aquella arma exquisitamente terrestre. La línea partisana continuaba disparando contra la fantasmagórica línea fascista. Tanto era así que si los fascistas decidían un ataque enérgico, los partisanos no encontrarían en las cartucheras más que lo imprescindible para check su primer paso.

En ese momento Johnny advirtió que el sol ya no se filtraba entre las ramas y que en el casquete verde había una especie de oscuridad líquida. Por un claro aéreo subió la mirada al cielo, que estaba perfeccionando su transformación. Unas masas compactas de nubes negras se agrupaban en el centro, donde un charco de luz lívida señalaba el punto del naufragio del sol. Johnny suplicó el estallido y esperó que se atendieran sus ruegos, pero la tormenta

abortaba a pesar de que el cielo se retorcía convulsamente con los dolores de parto.

En aquel momento, desde los márgenes de la cuenca, se oyó partir el primer disparo doble de mortero: una fuerte y, pese a todo, doméstica consonancia de tapaderas gruesas. A Pierre la piel se le puso tan gris como sus pupilas. La descarga fue corta y, era de prever, destrozó los matorrales preliminares y levantó una marola de tierra pulverizada. Pero el frente partisano se agitó, la mayor parte de los hombres shuffled animalmente de rodillas, buscando, estudiando un puesto más seguro. Partió el segundo disparo, que, también previsiblemente, fue largo y raspó con un ruido sordo la pendiente que tenían a su espalda.

—¡Están dibujando una horquilla! —explicó en voz alta el sargento Michele, imprimiendo a su voz el tono de la competencia pura y desapasionada para sustituir la alarma personal. Johnny se dio la vuelta al notar la oscilación de una sombra posterior y vio al cingaresco eslavo de pie, todo lo alto que era, ya sin fusil, con la piel violeta y las manos apretadas contra el vientre. Despedía, denso y repentino, un hedor de estiércol amarillo. Karto lo tocaba con delicadeza en las piernas, como invitándolo discreta y educadamente a echarse a tierra, pero en vano. Aterrizó el tercer disparo, aún inexacto pero perfeccionándose de un modo inexorable. Karto palpó la espalda de Johnny y señaló al cíngaro.

—Jefe, ¿me dejas quitarlo de ahí, retirarlo? No, no está herido, pero se encuentra igual de mal.

Parecía un manager en el acto de excusar y retirar a uno de sus atletas defailled.

El cuarto tortazo arribó casi exactamente a la esquina de Michele: el repiqueteo vegetal se mezcló con el grito de los hombres, pero en medio de la polvareda que volvía al suelo quedó un hombre alto, atlético, que gritaba con el sonido elevado y firme de una sirena a toda potencia. Una esquirla de mortero le había arrancado un ojo y el globo, semejante a una nuez de mantequilla, se le escurría lento y suave por un pómulo. Luego flopped a tierra. En medio de la estampida de los hombres que se retiraban, Michele recogió el globo ocular y lo envolvió en su foulard azul de batalla. El herido, con las manos de otro hombre apretadas, casi adheridas a su rostro imposible de mirar, fue conducido directamente al pueblo

para confiárselo a un hombre cualquiera, mejor al joven párroco, con el fin de que lo llevara al primer hospital de Santo Stefano. Michele le había metido el envoltorio en un bolsillo.

Cuando partió la quinta descarga, los hombres habían abandonado ya la posición, precipitados por la pendiente y luego más calmados, en dirección al collado de la Torretta, rociado por la luz corrupta del contrastado sol. La carretera, todavía llana, corría entre márgenes bajos de los cuales emergían a medio busto los hombres en retirada. No por eso aceleraban; más aún, Johnny, Pierre y Kyra paseaban cómodos en la retaguardia, casi sin volverse a mirar atrás, pero los uniformes de camuflaje aún no clareaban entre el verde abandonado. Las pupilas grises de Pierre se posaban de cuando en cuando púdicamente en el pueblo que dejaban a merced de los fascistas. También Johnny notaba ahora un cierto malestar sentimental. No experimentaba el alivio que pensaba debían ofrecerle las batallas; todo era desesperadamente diferente al gélido día de irradiante sol con Tito y el Rubio. No sentía a los hombres que caminaban delante de él como los había sentido entonces.

A la luz incierta, el pueblo parecía un sepulcro blanqueado, pero la gente, los escasos campesinos que los observaban a lo largo del camino de retirada desde las brechas de los cercados o desde detrás de los tótems de forraje, parecían comprensivos y agradecidos. Cuando Johnny se detuvo a dar un profundo sorbo a una caña por la que goteaba en la acequia el exceso de la pileta del patio, se le acercó un campesino viejo para decirle:

—Demasiado habéis hecho. Los habéis aguantado bastante, no se os puede pedir más. Ya sabemos que por ahora ellos son más fuertes.

Al comenzar la subida del collado encorazado de piedra, se dieron la vuelta y tuvieron una amplia visión de los fascistas que se dirigían en enjambres al pueblo. Sentados en el borde desnudo, los observaron a su gusto con todo detalle. Ganaban la última pendiente con toda lentitud, como si tantearan cada centímetro cuadrado de tierra; solo algunos silbatos imperiosos y mezquinos violaban la atmósfera inmóvil. Los exploradores debieron de señalar el pueblo indefenso, porque aceleraron la subida y desaparecieron de la vista. El pueblo los albergaba ya a todos; y con ellos, su propio

destino. Los partisanos se levantaron para reanudar su camino hasta la cima del collado, ya coronada por algunos, que, con las armas en bandolera y las manos hundidas en los bolsillos, se quejaban de tener hambre.

—¿Qué harán? Con el pueblo, quiero decir —preguntó Pierre.

—Nada —respondió Kyra, como si quisiera salir fiador por su hermano.

—Nada —dijo Johnny—. Requisarán panes y salchichas, tomarán el rancho en la placita del Ayuntamiento, echarán un sermón a los que sorprendan por la calle…

—… .y embadurnarán las paredes con la pintura negra de sus consignas habituales —concluyó el recuperado Michele.

Luego indicaron a los demás que se pusieran a cubierto en la media luna del collado. Los jóvenes se mostraban rebeldes y escépticos.

—¿Ya se os ha olvidado que tienen morteros?

—¿Hasta dónde llega un mortero? —preguntó un joven encendido, enrabietado por la seguridad en sí mismo y por el bautismo de fuego.

—Te mataría igual en esta colina que en la otra —explicó Pierre, triste pero siempre responsable y didáctico.

Entonces todos se pusieron a cubierto.

Esperaron mucho tiempo indicios de algún daño en el pueblo, pero ni resonaron disparos ni se elevaron espirales de humo. Desde arriba Johnny vislumbró una carreta que bajaba al valle por un camino estrecho; el hombre que iba al pescante, todo él chaqueta y sombrero, sin rastro de cuello, semejante a un espantapájaros, guiaba al animal en paz, fustigándolo pero a distancia; el cuerpo del mutilado iba tendido entre los largueros del carro, en uno de los cuales se sentaba, inclinado como para predicar, el cura joven. El aire estaba tan inmóvil y tan diáfano en su ya sunless transparencia que podías percibir, convencerte de la concreta holladura de las ruedas lejanas contra los cúmulos pedregosos que sobresalían de aquel camino de huida y de paz.

Pierre, separado de sus armas, con una brizna de hierba entre los dientes y su humor de siempre, contemplaba el pueblo ocupado e indescifrable como si escuchara a escondidas la violación invisible de una virgen que lloraba en silencio. En aquel momento, varios

fascistas salieron del cercado del pueblo en dirección al camino del collado, pero no con intenciones de reemprender la acción, sino strolling y careless como para un footing posterior a la batalla. Se les habría tomado por turistas que inspeccionaban sin demasiado interés el ambiente cotidiano de sus enemigos mortales, preguntándose a cada paso, en cada punto, qué podían hacer en un momento dado de un día de aquella guerra. Pero el sargento Michele, reconcomido por dentro, dijo con su voz siniestra que no soportaba la visión y que ahora mismo cogía un puñado de voluntarios y bajaba a encontrarse con ellos durante su desliz para interrumpir con sangre el ofensivo paseo. Pero una emboscada en la periferia habría representado una autorización a pasar el pueblo por las armas y el fuego, de modo que el sargento volvió a echarse a tierra, con su pobre y fuerte cuerpo de beduino. Johnny lo tocó en la espalda.

—Hagámoslo esta noche, cuando se vayan, Michele. Tienen poco transporte y los camiones estarán tan abarrotados de hombres que no podrán mover ni un brazo. Los sorprenderemos como si tuvieran que encajar el primer puñetazo con la chaqueta a medio poner.

La cara de Michele rose al oír la teoría.

—Solo podrán mantener el tipo y pasar de largo, ¿me comprendes? Matémosles un hombre y, para los que sabemos de qué va este asunto, el día es nuestro. Y el fascista que sepa de qué va, lo entenderá también y se roerá las entrañas durante todo el regreso y toda la noche.

Pierre aceptó, pero él se quedaba con el grueso de la tropa. Michele se levantó de un brinco, Kyra reunió los cargadores que le quedaban y se sumaron tres hombres más. Los demás enseñaron sus cartucheras dilapidadas y el rostro cansado y escéptico.

Bajaron por el otro lado del collado y luego, con un desenfrenado paso de marcha, a través de un caminito oculto por el barranco y paralelo a la carretera, se dirigieron al punto de la matutina aparición de los camiones, pero la conformación de la colina era tal que el caminito casi triplicaba la longitud de la carretera principal. Johnny guiaba con su paso más exaltado, pero al poco lo sustituyó un Michele más moderado, para que Kyra no tuviera que correr, ni los otros echar el cuajo. En todo caso, aún no se oía en el aire inmóvil y largoconductor el ruido de los camiones

en marcha. Aparecieron de repente unos hombres quietos como las estatuas que se descubren paseando a través de las grietas de un jardín, y, como tales estatuas, impasibles. Más adelante, un hombre no joven, un campesino arisco y crítico, incontinente, subió al arcén para preguntar si estaban huyendo con una voz de tal modo segura y socarrona que Michele le pegó una bofetada al pasar. El leñazo le salió a Michele como de bracete, veloz hasta la invisibilidad, y el hombre se cayó de espalda sobre sus *biolche* [23].

Johnny volvió a la cabecera, él mismo estupefacto por el desarrollo de su zancada, grinning at it, pero al poco uno de los hombres se quedó atrás y los cinco volvieron la cabeza lo necesario para verlo definitivamente en el giro, donde les indicaba, apretándose el bazo con la mano, que siguieran. El ruido de los camiones aún no viajaba por la atmósfera vespertina, pero no se podía perder tiempo, había que buscar un buen sitio para la emboscada. ¿Michele conocía bien el camino y los parajes? Sí, pero ahora parecía que se le había borrado todo de la cabeza. En aquel momento estalló en las colinas el ruido de la partida de los fascistas, tan lejano aún que sonaba sutil y nimio.

Los partisanos subieron para apostarse en la toba. Después de la descarga se dejarían caer y huirían por el barranco con cuidado de no dañarse las piernas. El inmovilizado habría de ser el mayor mártir de aquella guerra, pues tendría que morir mil veces para holocaustar al fascista muerto. Justo a sus espaldas, más allá del barranco, entre los vapores ascendentes del rocío y la oscuridad de las espesuras circundantes, clareaba una casa solitaria que despedía el humo de la noche; Jas voces de sus habitantes eran un piar de pájaros en un nido abrumado por la oscuridad.

La exposición en la carretera era horriblemente directa, aunque de la toba no sobresaliera otra cosa que sus frentes enfebrecidas. Kyra estaba superando el complejo de la emboscada con un rechinar de dientes.

—Perdonad, pero tengo que hacerlo —dijo Michele, y se dio la vuelta para orinar. El líquido crepitaba en la caliza. Los otros, campesinos estólidos de mirada fija, clutching los fusiles con las manos informes e intemblorosas.

Aunque estaban lejos, el ruido era ya de tal calibre que a Johnny se le erizaron los cabellos ante la idea del volumen total circulante.

—El último camión, entonces, el último —dijo con voz cansada.

El último camión era cosa difícil: o la columna te inmovilizaba de terror hasta el extremo de que el último pasaba por delante de tus narices y te dejaba narcotizado o la ansiedad te empujaba a disparar, por ejemplo, contra el segundo de los muchos camiones.

—¡Con tres tiros se me encasquilla! —dijo Kyra, angustiado.

El ruido se aproximaba, terrible. Más que de motores parecía el fragor de las armas. A todos se les erizaron los cabellos con la vitalidad del hielo en las raíces y en las puntas. Sin embargo, de la insensata trama del estruendo se enucleaba un canto de soldados, a gritos, como de salida del trabajo.

—Imbéciles —pensó Johnny, razonablemente tranquilo.

Aparecieron en la curva con los faros encendidos, lémures de impacto en la sombra de la tarde incrédula. Los cinco estaban en la toba como asomados a los largueros de los propios camiones, sintiéndose desnudos, expuestos a la transfixión. La columna salió del cascarón, una masa única de hombres y vehículos lemúricos, de cuyos bordes sobresalían unos bultos blanquecinos, tal vez animales requisados. Los hombres cantaban a voz en cuello y las palabras y las notas disgregadas, más que los fragmentos del rugido de los motores, aventaban con ala mortal los rostros de los emboscados.

Aquel era sin duda el último camión. Dispararon con todas las armas contra la línea de espectros asomada al borde. Tres se contorsionaron y boquearon, uno cayó a la carretera como si el tiro fuera una mano proditoria del viento que, agarrándolo desde lo alto, lo arrojara contra el suelo. El camión tembló y experimentó una rémora y un impulso, como si el conductor hubiera frenado y luego el oficial de la cabina le hubiera gritado la orden de acelerar, con un derroche agónico de ruedas, motores y terreno.

Mientras rodaban por la toba espectral y ganaban el tenebroso cañón, oyeron la batahola que armaba la detención de toda la columna, los silbatos que salpicaban el clamor universal de odio y espanto, los fusilazos y las granadas lanzadas al azar.

Los cinco se alejaban ligeros por el negro cañón, tanto que un instante después Johnny y Michele habían encendido un cigarrillo. Ya habían oído la recuperación de la marcha en dirección al llano entre un ruido de motores que sintonizaba con el odio y la venganza inútiles de los hombres. Tardaron un rato en salir del

caminito a la carretera principal, complaciéndose en permanecer todo lo posible en la ruta de la emboscada, en conmemoración y acción de gracias. Kyra llevaba la ametralladora encasquillada, pero era fiesta, ya la repararía mañana. Michele declaraba su entusiasmo por el nuevo rumbo que tomaban los partisanos; los dos campesinos caminaban separados y presentes, puntos ciegos pero coarticulados de una maquinaria solo alegre y consciente de sí en Johnny, Michele y Kyra. No obstante, el corazón de Johnny era sensible a los dos campesinos.

Notaron que el pueblo volvía a estar ocupado por Pierre. Brillaba de luces en plena noche, como si, después de haber resistido a los fascistas, se sintiera capaz de violar un *tantum* las normas antiaéreas y exponerse al peligro. Muy probablemente, en aquel momento, todos los pueblos circundantes y conscientemente cegados se preguntaban qué hacía Mango. Más de cerca, llegaba un bisbiseo animado y trepidante, crítico y orgulloso, del que Johnny dedujo que nada, absolutamente nada, le había sucedido al pueblo.

Todo el mundo estaba en la calle, en la aspérrima calle que lo corta de un extremo a otro, mezclada con los partisanos reocupantes, dentro del haz tosco y casero de las luces interiores, en una especie de confortable y reconfortante charla de noche festiva. Johnny envió a Michele para que informara a Pierre, localizable en la casa de algún notable ciudadano, y atravesó la híbrida muchedumbre. La gente mostraba la euforia y la locuacidad de quien ha salido con brillantez de una prueba ineluctable y temida y puede esperar un largo respiro de untriedness.

Los fascistas habían estado unas horas en el pueblo sin hacer otra cosa que algunas requisas, para cuyo pago remitían a la gente al mariscal Badoglio (a propósito, ¿el gobierno que viniera después reconocería los daños de este tipo?), y comerse un rico y cómodo rancho en la plaza del Ayuntamiento (a la vista estaban las huellas y las cacerolas). Más que aterrorizar, hicieron burla y mofa de la gente inerme, rígida y muda por culpa de su solidaridad con los partisanos, la ridiculizaron por haber deseado y continuar deseando la derrota nazifascista y, finalmente, se aplicaron de buena gana a ensuciar las paredes con consignas para la edificación de los partisanos: Viva el *Duce* y viva el mariscal Graziani, viva el comandante de su batallón, muerte a los partisanos y solemne

promesa de volver para capturar y desollar vivo al comandante Norte. Pierre le había enviado ya un mensaje y lo esperaban de un momento a otro para que tuviera una visión personal de la personal pintada, cuyos caracteres, negros, lacados y destacados con espesor, brillaban a la luz vacilante. Leyéndolos, Johnny pisaba el mismo suelo que había pisado el fascista escritor. Aquel contacto póstumo con el enemigo mortal resultaba thrilling y nauseabundo.

Luego Johnny anunció en voz alta que tanto él como sus compañeros estaban en ayunas y el ruido de sus tripas provocó toda una competición de invitaciones, hasta el punto de que las mujeres se pusieron a nombrar a gritos sus mejores platos para poner en juego una adjudicación que probablemente ya se daba por descontada. Riendo, Johnny dejó la elección en manos de Michele, que tanto por el éxito como por su sobriedad congénita se hallaba ahora al límite de la embriaguez. Puesto que la mujer elegida pidió diez minutos para poner la mesa, Johnny encendió un cigarrillo y caminó hasta el final del pueblo. Y mientras caminaba recordando la emboscada, iban adhiriéndose perfectamente a su cuerpo y a su mente capas de carne y capas de opinión que lo convirtieron en un hombre gordo, tan gordo que cabía pensar en la imposibilidad de evitar una ráfaga en una de las próximas ocasiones. Había participado en una emboscada y seguramente había matado: era un paso hacia su propia muerte y una indemnización a su cuenta.

Olvidado de los diez minutos, sordo a la ronca llamada de Michele, se detuvo delante de un murete elevado sobre la vorágine del valle, ya colmo de noche. Estaba al borde mismo de una atmósfera inmóvil e incluso tibia, en el umbral de aquel horno de vientos que era el valle, desde el que ascendía un oceánico silbido de torbellinos. Y Johnny tembló larga e intensamente.

Capítulo 17

Todos los partisanos contaban ya con un uniforme de camuflaje —¿dónde habían encontrado tanta tela de aquella?—, cortado y cosido por las modistas del pueblo, y en la canícula se paseaban en shorts, con las armas colgadas de los desnudos torsos que empezaban a broncearse. Circulaba la voz de que los de la Primera División iban en shorts de seda caqui lujosos y procaces, bajadera-like, sacados de la enormidad de tela que tenían los paracaídas de los lanzamientos. Los ingleses deberían hacer algo también por la Segunda División. ¿Era posible que el divino Norte no supiera imponerse? ¿No podía enviar a Johnny para que tratara con los oficiales ingleses alojados en las colinas altas? Llegaron, sí, varios lanzamientos que más parecían migajas, como de prueba, como un azucarillo: un cargamento de tabaco con boquilla de corcho, que Norte distribuía entre los hombres que iban a dar informes a la comandancia, y algunas armas, por fortuna repartidas con mejor criterio. El presidio de Mango recibió una ametralladora Buffalo 8 rústica y eficaz, con munición abundante, que se confió a Kyra en espera de que alguien, aparte de Michele, se impusiera inequívocamente como primer y único especialista en el arma, además de cuatro Sten para los subjefes, Johnny y Michele los primeros. Así, Johnny regaló su viejo fusil procedente de los carabineros de Carrú, se puso a dar vueltas con el Sten y se habituó enseguida a su ligereza de juguete y a su casi aparente inconsistencia. Aunque después, cada vez que la alarma los echaba cuerpo a tierra en una altura para apuntar bajo y lejos, añoró con amargura su viejo e irrepetible fusil.

Por lo demás, Pierre y Johnny continuaban vistiendo el uniforme completo, porque a los dos les disgustaba la idea de morir en shorts.

Los fascistas, en concreto los de Asti, no se dejaban ver. En cuanto a la guarnición de Alba, asomarse a las últimas colinas y abrir fuego a tontas y a locas con el único fin de liberarse de las consecuencias del agotamiento nervioso se convirtió en un refinado pasatiempo nocturno. En lo tocante a los alemanes, no tenían mayor presencia o realidad que los hicsos. Los aliados, por el contrario, aparecían en el cielo. A veces velejaban por el cielo superno, techado por la distancia, enormes y argénteas formaciones de «liberators» en dirección a Austria y al sur de Alemania, según Pierre. Velejaban grandiosos como galeones, dejando a sus espaldas en el celeste no rayado unas estelas no lábiles, sino densas y compactas, de precioso blanco, detrás de las cuales los boquiabiertos partisanos exhalaban el alma antes de dirigir de nuevo los ojos a tierra y mirar perplejos y deprimidos el mundo liliputiense que les tocaba defender como objetivo último de aquella guerra mundial. Los ojos que más tardaban en volver a tierra eran siempre los de Pierre, aunque él afirmaba que no se moría por embarcar en un bombardero.

—Johnny, ¿sabes que en nuestra aeronáutica el destino a un bombardero equivale a una insuficiencia, a un suspenso para pilotar un caza?

El bochorno era macizo como una mortaja y la tierra estallaba por todas partes como una castaña al fuego: nada menos fresco que las colinas altas en pleno verano cuando el viento aún no ha nacido o acaba de morir y su resurrección no llega antes de la noche. En aquellos días todos se dispersaban sin permiso en busca de estanques privados o de la lejana ribera del Belbo o incluso de la orilla del río Tanaro, en los límites del reino partisano. En Belbo hubo una inundación.

Johnny había atravesado un campo entre gavillas de trigo parecidas a señales totémicas y se detuvo debajo de un olmo no menos sofocado que él mismo. Allí tuvo un sueño semiconsciente de un antiguo día en la playa de Alassio.

[…] **[24]**

Lo despertó Pierre gritándole que volviera a subir porque habían recibido una invitación importante. Estaban a punto de llegar al cuartel general de Norte varios centenares de desertores de la división alpina «Monterosa», completamente alemana en cuanto a

equipos y adiestramiento, y Norte había invitado a un grupo de subalternos para que asistieran a su llegada.

De camino, Pierre jadeaba (era un aviador muy voluntarioso pero bastante corto de pierna y el paso normal de Johnny afectaba notablemente a sus pulmones y a su bazo). Con el rostro radiante, dijo que se trataba de una gran adquisición para los partisanos y de una enorme pérdida para los fascistas. Todos eran vénetos, gente hermosa y fuerte, de *animus* alpino y con una inclinación sentimental hacia los piamonteses. Johnny grinned.

—Yo, tratándose de fascistas, siempre veo algo podrido debajo. No me gustaría que estos llegaran y en mitad del asunto se pusieran a pegar tiros. Espero que Norte haya pensado en colocar un par de ametralladoras, un poco para reír y otro poco para no morir [25].

Pierre no solo no coincidió, sino que miró a Johnny con una melancolía especial, como mira un creyente a un agnóstico encallecido.

Desde allí dominaban la cuenca de la comandancia, cuya nueva sede era una casona de aspecto civil y recién pintada de un bonito amarillo limón más propio de otros environments. La explanada que había delante hervía de gente ya antes de la llegada de los desertores. They dived down cortando directamente por unos prados sobre una hierba no seca y no frenadora.

Norte descollaba entre su guardia y los oficiales invitados. Vestía el mono más sencillo que jamás hubiera podido ver nadie, incluido Johnny, pero su belleza y su fasto físico eran tales que hasta en mono parecía in state. A su alrededor pululaban los miembros de su guardia de corps, magníficamente nutridos y musculados, armados hasta los dientes y vestidos de caqui pero con accesorios alemanes. De aquel círculo brillante y despectivo brotó el cajero de la división, un joven sombreado, contabilizado, puritan-looking, cuya grisura de contable agrisaba su variado uniforme de camuflaje.

—Estoy pasando un momento angustioso por culpa de un cura detenido en la comandancia, aunque en suspensión —dijo—. Yo creo que es un sacerdote ungido y consagrado, pero Norte se comporta de un modo incompetente y cede ante su guardia, que lo acusa de ser un espía disfrazado. ¿Y sabes por qué? Porque no está tonsurado, pero ¿qué cura joven se tonsura hoy?, y este es jovencísimo. Lo acusan también porque en los interrogatorios

tiembla y duda, pero es que sufre de una ligera tartamudez. Es un auténtico cura y yo tiemblo por él. Llevo dos noches en blanco vigilándolo. Me gustaría que lo vieras tú, Johnny.

En aquel momento Norte los señaló y, con un bit de crítica hacia el cajero, dijo:

—¿Es por el cura? Entra y míralo bien, Johnny. Sácame de dudas.

Así que Johnny entró en la comandancia y, aunque iba precedido del bien conocido cajero, uno de la centralita que estaba al aparato lo miró de reojo con intolerable suficiencia y con una sospecha chocarrera. En la habitación contigua un guardia probaba en un viejo fonógrafo un disco rayado y afónico, disfrutándolo.

—¿Adónde vais?

—Adonde el cura vamos —dijo el cajero, torvo pero preparado para el procedimiento del guardia de corps.

Johnny examinó al cura en la progresiva penumbra del cuarto cerrado al sol estival del mediodía. Este se levantó de inmediato y dejó ver su juventud plena y su distinguida y cincelada delgadez. En el extenuado rostro dieciochesco centelleaban unas gafas de estudioso. Era sin duda un hombre valiente, con una desenvoltura laica, pero la moratoria lo había afectado neuróticamente y ahora, a la espera del interrogatorio decisivo, incapaz de dominar la ansiedad, se apretaba las dos manos contra el exiguo tórax revestido con una pulcritud de pechera militar por la sotana ricamente shaded.

—Soy don… y, a pesar de mi edad, profesor de teología en el seminario mayor de… —se anticipó a decir, y el cajero con voz queda y afligida por el sacerdote añadió que lo habían detenido cuando subía a la colina con la intención de refugiarse, por agotamiento, por estudio, en una casa parroquial que el propio obispo le había reservado.

—Tenga la bondad de decirme cómo comienza el Evangelio de Juan.

Las gafas, que brillaron triunfalmente, acabaron empañadas de lágrimas de liberación, y el cura dijo con una voz inspirada:

—*Enarjé hén hológos*… **[26]**

Johnny y el cajero se unieron en una sonrisa colectiva.

—Nuestras más sentidas excusas —decía el cajero—.

Considérese libre desde este momento y nosotros quedamos a su disposición para asistirlo hasta su destino.

Salieron a la cuenca soleada, rumorosa como una marquesina de estación recorrida por el repiqueteo de la campanilla de llegada, y fueron a ver a Norte, que en ese momento charlaba con un… oficial inglés, tan inglés que Johnny se quedó mudo y Norte tuvo que pedirle la sentencia frowning at his staggering.

—Es un cura y del tipo docente. Preséntale tus disculpas, y tal vez deberías escoltarlo hasta su destino con gente respetuosa.

Norte se alejó para dar instrucciones inmediatas y dejó a Johnny vis-à-vis con el oficial inglés, el cual mantenía una inmovilidad estatuaria y orientaba hacia el camino de llegada de los desertores sus azules ojos de hielo y el humo azulado de su cigarrillo con boquilla de corcho. El uniforme, más individual que el alemán, más marcial que el americano, le caía con una elegancia que nada tenía de latino, con una sobriedad rica e indefinible, tal que parecía el mejor modelo del ejército de Su Majestad. El triángulo abierto en el cuello estaba relleno de un perfecto bullón de seda color miel. Llevaba un cinturón blanco inmaculado —el verdadero army white — del que colgaba una pistolera no menos blanca con un enorme Colt 45, y en el tosco paño de la pistolera se veía escrito con letras azules y con la caligrafía que permitía la aspereza de la trama: LADY REB. De uno de sus bolsillos sobresalía mínimamente el borde de un azul pañuelo badogliano, que el inglés llevaba como un toque de complacida irregularidad.

A su vuelta, Norte se rio del perpetuado staggering de Johnny.

—Parpadea y respira, Johnny, que es tan italiano como tú y yo. Turinés, si no me equivoco.

Johnny gaped y el otro sonrió con una satisfacción mesurada por el éxito pleno de su disfraz. Se presentó gallantly como el teniente Robin de la Primera División con una voz suave, casi demasiado agradable, y dio a entender que la broma le salía bien casi siempre y siempre con gente de gusto certero y conocimiento de lo inglés. Norte explicó que al teniente Robin lo enviaban de la Primera División para recoger un contingente de desertores.

—Si todos se parecen a ti, esa Primera División superará a los «Coldstream Guards[27]» —le dijo Johnny.

Robin sonrió. Dijo que el mayor Temple, el difunto mayor

Temple, le había metido en la cabeza una especie de fantasía, lo nombró su liaison officer y le permitía hurgar en los baúles personales que le llegaban con los lanzamientos generales.

—A ti te ocurrirá lo mismo cuando los ingleses lleguen hasta aquí —dijo Norte.

Johnny estaba a punto de aventurarse a interrogar a Robin sobre los lanzamientos, detalles y modalidades, incluidas las sentimentales, cuando toda la cuenca estalló en una alarma repentina y festiva.

Habían avistado a los desertores, compactos y gesticulantes, acompañados de unos confraternizadores scouts partisanos. A Norte le brillaron los ojos y se volvió para hacer una señal negativa hacia la parte trasera de la colinita, por donde despuntaban gleaming los oscuros cañones de las ametralladoras. Anulaba lo antes dispuesto, ya que incluso desde aquella distancia era patente la sinceridad, al mismo tiempo alegre y lacrimosa, de los hombres que se aproximaban. Al griterío, la comandancia erupcionó a las mujeres, que corrieron al límite del patio para ver a los hombres nuevos.

Llegaban en pelotones compactos y apenas espaciados, precedidos y arropados por su interminable cheer. Iban cargados de armas alemanas y daban toda la impresión de saber emplearlas también a la alemana. Podían ser unos trescientos. Desfilaron en dirección a la cima de la cuenca, donde se hallaba Norte en elevada soledad. En él convergieron inmediatamente los ojos ávidos y competentes de los jefes, que ahora le gritaban su gratitud y su entrega.

No tenían oficiales y los dirigían sargentos, como hermanos mayores. Los sargentos ordenaron formar en cuadro y presentar armas. Luego se produjo la fusión y el abrazo. Johnny, con Pierre, se zambulló en la vorágine y recibió saludos, palmadas, besos y gestos, todo in reciprocation; en medio de aquel torbellino compararon sus armas y uniformes y los desertores ofrecieron todas sus cosas para cambiarse allí y en aquel instante sus vergonzosos uniformes fascistas, hasta el extremo de ofrecer sus estupendas semiautomáticas alemanas a cambio de las toy-weapons de la mayoría de los partisanos con tal de despojarse parcialmente de la deshonra. Hablaban y gritaban en cerrado dialecto véneto, violentando la dulzura de la inflexión con los gritos, y estallaron en

un bramido de indignación y de vergüenza al saber que unos alpinos vénetos como ellos defendían para los fascistas la ciudad de Alba. Rogaron que los enviaran inmediatamente contra ellos para matarlos, para matarlos a todos.

—¡Esos cerdos de alemanes y esa República más cerda todavía! —gritaba entre ellos un rubio increíblemente joven y fuerte, que oreaba su uniforme como para quitarle la peste sebosa y feral de los barracones alemanes.

—*Semo fradeli, ostia!* ¿Cómo íbamos a ir contra vosotros, *fradeli*?

Tenían una curiosa forma de insultar, que más que insulto parecía recriminación, pero una recriminación mortal. La inflexión no les permitía el insulto supremo. Sus voces eran plenas, maduras y perfectas cuando expresaban amor. Querían a los partisanos, los reverenciaban y se arrodillaban de un modo espontáneo delante de los chicos que levantaban las armas contra aquellos alemanes que los habían adiestrado allá arriba; por los partisanos habrían hecho encantados de escuderos y de pinches. Johnny y Pierre acabaron por sustraerse a tanto amor por una pura sensación, sweeping, de indignidad.

En aquel momento salió de la comandancia uno de los coches de Norte, una berlina, llevando palatially en el asiento de atrás al cura discriminado. El alma católica de los vénetos estalló al verlo; asaltaron y bloquearon el coche, gritando, sneezing por una bendición. En el silencio repentino, el curita intelectual se levantó para bendecirlos y el sol extrajo de sus gafas unos reflejos ciboriales. Luego el coche partió y en la cuenca volvió a formarse el crisol, con la excepción de algunos vénetos que se habían agarrado al borde de la casa de la comandancia para tontear con las chicas. Eran unos muchachos guapísimos, sanos y directos, norteños pero apasionados, de los que gustan a las jóvenes normales, que eran precisamente las únicas que ellos buscaban.

Johnny y Pierre se sentaron a media ladera. Pierre arrancaba briznas de hierba y Johnny, para descargar la emoción, se encendió un cigarrillo con un scratch de excesiva violencia.

—¿Quieres creer que he estado a un pelo de llorar? —preguntó Pierre.

—¿Quieres creer que yo me sentía como una mujer con un

pasado al que acaba de pedir en honrado matrimonio el mejor chico del mundo?

—Son majos de verdad.

—No me gustaría que mañana se despertaran mal, Pierre, pero les ocurrirá como les ha ocurrido a los otros chicos majos. No digo idealistas, digo sencillamente majos. Mañana verán que no todo marcha como en su sueño de amor… y se encallecerán, como tú y como yo.

—Tendríamos que ser mejores, Johnny.

—Escúchame, Pierre, yo en materia de crítica no bromeo, pero escúchame. Tomemos el ejército más disciplinado del mundo, el inglés o el alemán, a tu gusto. Inflígele un ocho de septiembre y disemínalo por los montes; pues bien, ellos no serían mejores que nosotros.

—Entonces, podemos gritar siempre: ¡Viva por nosotros!

—Siempre, Pierre, hasta el final de la historia humana. Si pienso, si imagino haberme perdido esta ocasión por miedo, por comodidad o por cualquier otro motivo, me recorre un escalofrío.

Los vénetos se disolvían ya lentamente, como exhaustos por el desahogo, en la cuenca-anfiteatro. La luz tardía pegaba en ellos de modo tal que no parecían otra cosa que una irrealidad fraccionada. Se habían efectuado las reparticiones entre Norte, Robin y los sargentos vénetos. Más de la mitad de los tránsfugas volvía a liar el petate para una larga marcha vespertina y nocturna hasta las altas colinas de la Primera División.

—¿Qué hará Norte con su contingente? —preguntó Johnny—. ¿Lo repartirá por las guarniciones o formará con ellos un solo presidio?

—Conozco a Norte —dijo Pierre—. Ya se ha dado cuenta de lo que valen y sabe que son, como parecen, soldados excelentes. Créeme, los mantendrá cerca a modo de segundo círculo después de su guardia de corps.

El encuentro se había terminado, bajaron y volvieron a subir a despedirse. El cajero fue derecho a Johnny. Dijo que el cuartel se trasladaba a Castino, en la ladera oriental, donde habían encontrado una casa grande y capaz, maravillosamente construida en el calvero central de un gran bosque.

—Vivirás de fábula —comentó Johnny.

—Sí, contando y recontando dinero.

—A propósito, ¿cómo van las finanzas?

—Nunca hemos sido tan ricos. Todo el mundo da dinero. A millones. En parte estoy un poco deprimido por eso. Si vienes a Castino, pasa a verme.

Johnny no preveía pasar por Castino, a no ser que estuviera en su ruta.

—Te convocarán allí —pronosticó a su vez el cajero—. Acabarás en la comandancia. Norte ha tenido un flechazo contigo y antes o después acabarás allí.

—Lo siento porque estoy cogiéndole un afecto increíble a Pierre.

Y como por necesidad, se volvió hacia él, que en ese momento charlaba en la tarde con un oficial de Norte, y lo miró con la única mirada que tenía disponible, una mirada de lealtad y de seriedad interrogativa, la misma con la que se enfrentaba a Norte y a los fascistas, a la muerte y a Dios.

—Lo lamento, pero solo los ingleses me separarán de Pierre —dijo.

Capítulo 18

Pierre dedicó el primer domingo de agosto a su novia. El smart boy había encontrado tiempo para echarse una chica, con la franqueza y el imprescindible buen fin que ponía en todas las cosas. La muchacha vivía en Neive, un pueblo grande situado al fondo del valle sobre el que se alzaba Mango y dividido en dos barrios: el superior, que dominaba los tremendos precipicios del río Tanaro, y el inferior, que se extendía desde las colinas hasta los raíles de la estación, desiertos e inactivos a partir del día del armisticio. Neive era un pueblo raro, hacia el que Johnny no podía reprimir una incómoda sospecha. El barrio de abajo, sobre todo, bullía de fascistas callados y cerriles, que detestaban sentimentalmente a los soportados partisanos al tiempo que los servían con mayor atención y cordialidad que otros lugareños. Un enorme porcentaje de sus habitantes había conocido España y Etiopía con Mussolini y no se había curado. Por eso, de todos los pueblos de las colinas, Neive era tal vez el que más contribuía a llenar los campos de concentración levantados por los partisanos en los puntos más altos para controlar a los simpatizantes fascistas cuya eliminación parecía exagerada incluso a los más intransigentes. Sí, todo marchaba tan bien en aquel verano pleno que los partisanos habían tenido la idea y el modo de establecer campos de concentración.

Mientras las campanas de Mango daban las dos, Johnny se encontró con Pierre por las calles de Neive.

—Regresaré esta noche. No creas que voy a divertirme, voy por cosas de familia, y graves. Sepas que me he buscado novia en una familia de fascistas. No abras la boca, boy. Fascistas de pura cepa, aunque incapaces de hacer daño, porque se dejarían fusilar por sus propios seres queridos antes que hacer de espías, pero fascistas al fin y al cabo. Ella también tiene esas ideas, pero me quiere. Y no

creas que me cuesta, porque todas las veces que entro en casa me tratan como a un hijo. Si los fascistas me sorprendieran, ellos me servirían de escudo, pero no dejan de ser fascistas.

Johnny suspiró in helplessness.

—Ahora viene lo más grave. La hermana pequeña se ha sacado el carné del Fascio republicano, no sé ni cómo ni dónde. Figúrate, con trece años. El que se lo ha expedido es un criminal. Y como es una exaltada, se pasa el día dando vueltas por Neive, proclamándose una fascista regular y consagrada y agitando el carné en las narices de los nuestros. Ellos lo aguantan y se ríen porque saben que es mi futura cuñadita, pero cualquier día… si perdieran la paciencia… Ya ves que no voy a divertirme.

Bajaba. Johnny volvió al pueblo y de pronto vio frenar un coche en el desierto puesto de control. Preparó el Sten y se acercó. Era Ettore, su antiguo compañero de la unpa, his precocious maleness exalted, his adult whiskers flourishing.

—Mira que estar aquí y no haber tenido ni el pensamiento ni el tiempo de hacerme una visita a Coazzolo —recriminó.

Era cierto y Johnny se excusó.

—No me digas que estabas muy ocupado. Esto son grandes vacaciones para todos.

—Cierto, pero… el ocio cuando es completo te retiene más que la ocupación más frenética.

Ettore abrió la portezuela para Johnny.

—¿Te queda algo de la última paga? Bien, pues vamos a dilapidarla a Santo Stefano.

El encanto de la civilización fue una ola que inundó a Johnny. En un instante no hubo locura que no fuera capaz de cometer para disfrutar de una muchacha de ciudad, de un paseo por la plaza abarrotada de gente y urbanalike, de unas bebidas heladas y de un cine. Y Santo Stefano, entonces, afforded todo aquello.

—¿De dónde has sacado el coche? —preguntó Johnny al subirse.

—Secreto militar. ¿Te parece un coche sano y entero? Pues te diré que le faltan por lo menos dos piezas esenciales y que en el depósito no llevo más que una gota de gasolina no gasolina, pero el camino de Santo Stefano es casi todo de bajada. Al regreso nos hará sudar. Ahora que si nos hartamos lo echamos a una acequia.

—Arrímate a la caseta, tengo que dejar la consigna.

Kyra estaba trabajando con el lanzagranadas, que era casi su sueño hecho realidad, para el experimento con proyectiles que Norte había impetrado a la Primera División. Con la cabeza, Kyra les hizo un gesto de «tened cuidado» y «divertíos», y Johnny, con un cierto remordimiento, volvió a subirse al coche.

Era exactamente como las excursiones de antes más el añadido de placer por la larga abstinencia, de ahí que las armas entre las piernas parecieran chocantes e inútiles. Ettore conducía de un modo extravagante, pero los dos estaban poseídos por una intensa y embriagadora sensación de anarquía y disponibilidad. Ettore vibraba de energía física y en el trecho más temerario del descenso lo sacudió como una ola el deseo de un riesgo gratuito.

—No sé cómo me contengo de probar un crash —dijo entre dientes—. Me gustaría estrellar el coche contra aquella toba. A que voy y lo hago.

—Hazlo —dijo Johnny fríamente.

Pero Ettore se lo pensó mejor y tomó la curva con suma prudencia.

Estaban en el vértice de la última colina, que se desplomaba sobre el llano Santo Stefano, detrás de la cinta delgada y deslumbrante del Belbo. Desde arriba se captaba el color y el bullicio de la gran plaza. Ettore hizo el último descenso en punto muerto.

—Habrá dos chicas enamoradas del asiento de atrás. Dos chicas con inclinación por los badoglianos que se presten a una excursioncita por las afueras. Pero ¿y la gasolina? Bueno, se la birlaré a un coche partisano, porque allí en el pueblo siempre hay muchos. Con preferencia, a un garibaldino, ¿me echarás una mano?

Johnny asintió con cordialidad, gratamente sorprendido de sí mismo, aunque el robo de la rara y preciosa commodity del carburante era un ineluctable *casus belli*, merecedor de fuego a quemarropa.

—A propósito de las dos chicas, Johnny, deja que hable yo. Tú eres un gran hombre pero, sin ánimo de ofender, las chicas no se te dan bien de primeras. Déjame a mí, que soy más inmediato. Con las chicas, demasiada gramática lo estropea todo.

Johnny lanzó una risita socarrona y asistió a los preparativos de Ettore para la gran entrada al pueblo. Pero en cuanto llegaron a

terreno llano, el motor los traicionó y pasado el puente empezó a estornudar, cabeceó y se detuvo, irremediablemente. Tuvieron que entrar en la plaza empujando, de la forma más embarazosa y más lamentable.

Ettore se dirigió a un mecánico, que los vio acercarse con una desesperación mal disimulada.

—Tengo que ocuparme de una veintena de coches vuestros —informó, extendiendo la mano petroleada hacia un cementerio de chapa.

—Nosotros pagamos —dijo Ettore con aire de hombre de negocios, enfatizando su ya impresionante masculinidad. Entonces el hombre hizo una señal a un chaval para que lo ayudara y se dirigió al coche. Ettore se quedó donde estaba y comentó en voz alta que temía el robo de la inexistente gasolina. El mecánico dijo que respondía por él y por su personal, pero que declinaba toda responsabilidad en cuanto a los demás partisanos, sobre los que carecía de autoridad. En resumen, recomendaba a Ettore que le echara paciencia y no se moviera de allí hasta el final de la reparación.

Johnny fue a que lo afeitaran en la barbería de la plaza. Esperó su turno en el escalón, contemplando la plaza, toda ella un hervidero azul y rojo, con un equilibrio impresionante y significativo. Los azules eran más elegantes, más flexuosos, y estaban estupendamente dotados para el bello gesto o para un largo y autocrítico descanso. Los garibaldinos tenían en la toughness su principal característica física, parecían más aptos para la campaña larga y gris, para el esfuerzo planificado y perpetuo, y sobre todo tenían el terrorífico aspecto de saber ir más allá cuando para los azules el asunto había terminado tiempo atrás. Algún comandante rojo, notó Johnny, condescendía a llevar algún uniforme azul, todo artificio y decadencia, tanto más vistoso cuanto más tímido y embrionario. Todos tenían debilidad por el cuero, que vestían en sus distintas versiones y en todo tipo de detalles. La mayoría llevaba unos larguísimos pañuelos rojos, que caían sobre sus amplios hombros como mangas de viento, y algunos llegaban a ponerse una camisa de seda enteramente roja, amapólica, tremenda, que cortaba el aliento y la mirada.

El espíritu de cuerpo continuaba vivo bajo las cenizas y las

brasas, pero aquel día y en aquella hora parecía que azules y rojos estaban en las mejores relaciones.

Las mujeres eran legión y casi todas las jóvenes alcanzaban el standard femenino que había hecho bendita y famosa aquella tierra. Eran elegantes, con un toque urbano, espabiladas, coquetas y, para colmo, iban impregnadas de perfumes aceptables. Parecían locamente enamoradas de los partisanos, por lo menos de los que mostraban un evidente origen metropolitano, se mezclaban con ellos, se colgaban de su brazo, escuchaban sus palabras con la cabeza inclinada y la boca entreabierta, y algunas llevaban al hombro el arma prestada por su hombre. Johnny grinned, pensando que no había canción más exacta en boca de un fascista que aquella que comenzaba diciendo: «Las mujeres ya no nos quieren…».

Pero en las grandes ciudades debía de ocurrir todo lo contrario y era posible que las mujeres se agarraran a los fascistas, los únicos hombres que paseaban, porque a alguien tiene que agarrarse una mujer.

Una detonación struck la plaza, primero inmóvil y luego en centrífuga desbandada. Un partisano chulo que exhibía el arma delante de la mujer de turno había disparado una bala, milagrosamente inocua pese al gentío, que se aplastó contra el rótulo metálico del hotel. Todos señalaban el agujero del metal, imaginándoselo en su propia carne. Hubo un rush cercano al linchamiento del culpable; los civiles evacuaban pálidos y apresurados; desde ventanas, balcones y terrazas las madres llamaban a casa a sus embelesadas hijas con gritos desgarrados, a la vez desesperados e imperiosos.

A Johnny la detonación lo puso lívido. Se quedó observando la recuperación del paseo, ya plácido, olvidado del asunto, como cocainizado. «Hoy nos reímos, nos reímos mucho, pero llegará fatalmente el día en que lloremos. De otro modo, sería demasiado fácil, innatural y ahistóricamente fácil. Luego, como es lógico, volverá el momento de reír con la gran risa final. ¿Seré yo de los que atraviesen el gran llanto para recalar en el puerto de la gran risa?».

El barbero lo llamaba para prestarle el servicio dentro, impasible y profesional, con un absurdo «¿señor?». Johnny se sentó en el anticuado sillón con el Sten entre las rodillas, a modo de

tent-pole
de la toalla.

—Démelo, lo pondré en el banco.

Pero se negó, de forma que el barbero comenzó su trabajo con un suspiro. Era inimaginablemente bueno y saludable notar en la piel, ahora revirginizada como la de un monje, aquellas manos ligeras y hábiles. Johnny cerró los ojos y soñó con un eterno ir y venir en su piel despertada por aquella hoja sensual. Luego reaccionó y se alegró de que el barbero no tuviera que sacudirlo al acabar su trabajo.

—¿Cigarrillos?

—Pero si yo soy barbero…

Johnny enseñó el dinero.

—¿A qué precio están hoy?

—Un poco alto, señor, por ciertas dificultades sobrevenidas. Los fascistas han arrestado al hombre que me los traía de Asti…

—Dos paquetes de nacionales.

—No me quedan más que *Ambrosiana*.

—*Ambrosiana* —dijo Johnny, apretando los labios a causa de su gusto desagradable.

Distinguió a Ettore en el centro de la plaza, inclinado hacia dos chicas aparentemente libres. Johnny se dio prisa para no perderse el espectáculo siempre atrayente de la línea táctica de Ettore, pero al llegar los juegos habían terminado y ellas volvían a sus cosas y con sus hombres. Ettore adujo que a las dos les olía el aliento.

—Nunca he oído nada semejante de una chica de aquí —dijo Johnny—. ¿Es que no has visto que estaban comprometidas? ¿Serán chicas de los garibaldinos?

—No llevaban ninguna cinta roja en el pelo —negó Ettore tajante.

—En el pelo no, la llevaban en el ojal, y roja como la idea misma de la rojez.

Ettore se avergonzó. Nada le fastidiaba más que verse cogido en falta cuando se trataba de sus intentos con el otro sexo.

—¡Qué ojo tienes, maldito!

Pero claudicó.

—¿Cómo va el coche?

—Echado a perder. El embrague está hecho trizas. ¿Dónde busco

un embrague de recambio? Esta noche subiremos a pie o en un camión que tengamos la suerte de encontrar, pero me angustia no recuperar la gasolina.

—¿A quién se la habías requisado?

—En Neive.

—¿A quién?

—No sé el nombre, pero es la familia de la chica que tontea con Pierre.

—Great God! —gaped Johnny.

—Fascistas, al fin y al cabo —spitted Ettore.

Ettore reinició el paseo por la plaza. Johnny estaba ya saciado del pueblo y de aquel idiótico ir y venir; a lo sumo se habría prestado a pasear por la fresca, melancólica e inimportunada orilla del torrente, pero Ettore se negó.

—¿Para hacernos mala sangre? ¿No sabes que a la orilla del Belbo hay que ir con pies de plomo para no pisar a las chicas y a los hombres que han estado más listos que nosotros?

The square now seemed abruptly crowd-engendering. Las mujeres recuperadas y los nuevos partisanos entraban en ella como una oleada sofocante. Johnny comentó que eran demasiados.

—Somos muchos y no se encuentra un solo hueco. Si no se acaba este invierno, ya verás los que quedamos; y este invierno no se acaba por mucho que lo proclamemos delante de los campesinos que nos mantienen a todos. Pero ahora es verano, los fascistas están en crisis, nuestro reino es prácticamente ilimitado e inaccesible y viene demasiada gente.

—Como a una *fiesta* —remató Ettore—. ¿No se dice así?

La oleada, la central stream de la multitud, los derivó hacia un grupo de garibaldinos que, después de izar a uno de sus camaradas a un podio natural, lo invitaban, lo obligaban a cantar con una insistencia salvaje. El muchacho titubeaba, a juicio de Johnny de un modo incompatible con su figura feroz, maciza y grinning. La presión de abajo aumentó y entonces se puso a cantar: «Sopla el viento, arrecia el vendaval…» en la versión rusa y con una espléndida y conmovedora voz de bajo, el tipo de voz grande que anula y ridiculiza al acompañamiento orquestal. Todos se sintieron magnetizados por el podio, incluidos los azules, incluidos los civiles, a pesar de la oscura repugnancia que les inspiraba aquella canción

tan genuina y tremendamente rusa. Ahora el coro la repetía con un martilleo y una exasperación física y vocal que sonaba a lo que pretendía ser, una humillación y una abierta provocación a los badoglianos. Intuyéndolo, Johnny sonrió alusivamente a Ettore, que se había apartado de él y ahora se le acercaba con simpatía, guiñándole el ojo de un modo tenso. El antagonismo llegaba a su culminación bajo el sol de justicia y hacía sudar profusamente las nucas regordetas de los cantores. Apagado el coro, se encendió el aplauso interminable y el salvaje silbido de los rientes azules, una pura contribución al ebrio clangor. Los rojos reían también, descubriendo toda la dentadura, vibrantes por la conciencia de que el día era suyo. Algún azul propuso contraatacar con una canción propia, pero los azules, incluida la tropa, eran demasiado nonchalants. Por otra parte, ¿qué canción podían oponer con la menor posibilidad de equilibro al canto ruso, tan cautivador y tan suyo?

Fuera del belt rojo, Johnny dijo a Ettore, que volvía a estar junto a él:

—Ellos tienen una canción y tienen bastante. Nosotros tenemos muchas y ninguna. La suya es tremenda, es toda un arma contra los fascistas, que nosotros, fuerza es reconocerlo, no poseemos en nuestra armería. Me dicen que los fascistas no pueden oírla porque se vuelven locos. Si la cantara un niño recién nacido, lo matarían a cañonazos.

—Yo siento un ardor, un ardor… —dijo Ettore, y el ardor le había hecho olvidar por completo a las chicas.

En aquel momento entró por la derecha de la plaza un vehículo, lento y pertinaz contra la costra del gentío, y alguien empezó a splutter ininteligiblemente desde un megáfono. Pero alrededor del coche que avanzaba de proa había un flamear de garibaldinos y un desaparecer de civiles. Ya se entendía. Una voz neutra y potente, muy semejante a la de un speaker en una gran estación ferroviaria, anunciaba la inminencia de un ataque fascista contra el frente garibaldino y ordenaba a todos los rojos que ocuparan sus puestos. Los camiones para el transporte esperaban a la salida del pueblo. Ettore tuvo un jerk de revancha.

—Les toca a ellos. Se diría que se lo estaban buscando.

El megáfono se reiteraba y los rojos desaparecían como si

alguien aspirara el agua de una cuenca.

—¡Garibaldinos a sus puestos! ¡Suban a los camiones que esperan a la salida del pueblo. Ataque fascista contra la línea Isola-Montegrosso-Loazzolo! —Y el grito de guerra—: ¡Muerte a los fascistas!

El vehículo se deslizó hasta detenerse junto a Johnny y Ettore. El megáfono repitió el aviso en la cara misma de los imperturbables azules. Del asiento trasero asomó un oficial rojo, en cuyo seno Johnny vislumbró una Parabellum y una caja de frutas escarchadas de la que picoteaba lentamente. El hombre, un moreno perfecto, llevaba la piel magníficamente pomiceada por el sudor y desprendía una irresistible simpatía física. Johnny tuvo la impresión de que se caían bien.

—Nos toca a nosotros —dijo con una voz congruente—. ¿Satisfechos, azules?

Johnny grinned in sheer sympathy.

—Tanto como vosotros cuando los fascistas prefieren visitar nuestro salón.

El hombre rio, mostrando todos sus dientes mordaces. Gruñó por culpa del megáfono, que volvía a empezar, y dijo:

—Deseadnos éxito.

—Naturalmente —respondió Johnny.

—Entonces coge una fruta escarchada. —Tomó la grisácea momia de una pera y se la alargó.

—¿No te importaría darme en su lugar esa mandarina?

—En absoluto… pero es roja. —Y rio exultante por la pueril coincidencia.

Al recibir el fruto, Johnny indicó alusivamente a Ettore.

—Tengo un compañero conmigo.

—¡Ah, pardon! Nosotros nunca debemos fallar, ni olvidar nada cuando se trata de compañeros. —Volvió a reír y le dio la pera a Ettore. Luego hizo una señal al conductor, que arrancó, y él se despidió con su mano morena y delgada.

Aunque ya superfinamente, por una irresistible necesidad de propaganda y de epopeya, el megáfono continuaba sonando en la plaza medio desierta.

—Garibaldinos, todos a vuestros puestos. Ataque fascista en la línea…

Ettore estaba tan impresionado que había olvidado la pera que le goteaba en la mano al sol.

—¿Qué me dices de ese tipo?

—Que es un personaje y que no se quedará mucho con ellos.

Se dirigieron a la embocadura oriental de la plaza, de donde procedían los estornudos iniciales de los enormes camiones que partían para la línea del frente, junto con el salvaje cheering and bracing de los hombres embarcados o en trance de embarcarse. Luego el fragor se alejó hasta desvanecerse y Johnny aguzó el oído hacia el horizonte distante de Monferrato como para captar la ouverture, pero nada rayaba el cielo inmóvil y compacto. Regresaron a la plaza, que los propios azules estaban evacuando, aunque con pereza, lamentándolo. Todos los civiles se habían retirado ya.

—Estoy harto de este pueblo —dijo Johnny, tajante, agresivo, previendo la reacción de Ettore.

—Yo también —contestó sin embargo el otro, con una sencillez definitiva—, pero habrá que arreglarse a pie.

—¿Es imposible encontrar un embrague?

Ettore hizo una mueca ante la suprema incompetencia de Johnny. Solo gramática, demasiada gramática.

Ya habían emprendido el camino de las colinas altas, con la souple determinación de quien tiene resuello y experiencia de kilómetros y kilómetros a pie, cuando los adelantó un furgón, para acabar frenando catastróficamente unos metros más adelante. La portezuela encuadró la rellena cara de último romántico de Franco. Puesto que no quedaba sitio en la cabina, Franco se adaptó con Johnny y Ettore en la caja junto a dos de sus hombres, macizos y estólidos campesinos, enganchados a los partisanos como a una especie de peonaje aventurero y legionario, que parecían tener en gran estima a Franco.

Pasando el puente de Santo Stefano en dirección a la campiña que se fundía en el glow vespertino se cruzaron con la chica de los sueños de Ettore: era simpáticamente animal y vestía a la moda urbana, her strolling stressing the richness and rightplacedness of all her underthings. Ettore solo pudo comentar a la boca del toldo del furgón:

—Tiene la boca como un plátano. —Y luego retrayéndose—:

Podría haber sido mi medicina de hoy.

—¡O el veneno! —dijo Frankie.

El sueño de Ettore se desvaneció con la polvareda que arrastraba el furgón conducido al habitual estilo partisano, tan aventurado que acababa perdiendo todo espíritu de aventura.

Gran parte del furgón iba ocupado por cajas de munición, y en una de las esquinas, semejante a un adoquinado de cocos, había varias capas de decenas y decenas de unas curiosas bombas panzudas, flasklike, revestidas de una tosca faldita negra. Johnny y Ettore se hicieron con un par de ellas y les levantaron la faldita con una excitante sensación de impudicia. Descubrieron un vientre veteado de abundante materia de un color rojo oscuro, que a simple vista excluía toda sensación directa de capacidad deletérea e incluso insidiosa. Miraron a Franco tan intrigados que este se sintió literalmente entronizado en una cátedra.

—Bombas de plástico inglesas. Formidables. Buenas contra los hombres, las casas y los carros de combate; buenas contra todo. Se lo imploré a Norte y él logró que la Primera División me cediera muchas. Pero ¿hasta cuándo vamos a depender de la Primera División? ¿Es que los ingleses nunca van a bajar aquí?

Con una patética expresión de habilidad y de surprise-making uno de los dos campesinos, que se acababa de sacar una bomba de debajo de un pie aún invernalmente calzado, cortó con su puñal una rebanada del vientre descubierto y resinoso. Los dos profanos esperaban quién sabe qué demostración, pero el hombre se limitó a llevársela a la boca y a masticarla despaciosamente. Ettore, con un snap, preguntó si estaba bueno. El hombre gesticuló contentedly y Franco explicó que el plástico era comestible y de un agradable sabor a almendras.

Luego Franco habló de negocios. Hacía poco que Norte lo había autorizado a formar un cuerpo de gastadores y a desarrollar todo el trabajo especializado en la zona divisional. A propósito, dijo a quemarropa, ¿querían entrar Johnny y Ettore? Sin pretensiones de ser el mejor, Franco conservaría el mando, aunque solo fuera por un tributo de respeto a su iniciativa original, pero en la realidad íntima serían *pares inter pares*.

—Ya estamos casados —dijo Johnny.

Franco no insistió más, como si solo hubiera cedido a un

escrúpulo de conciencia, pero era triste, pensaba Johnny. En el sueño anterior todos se habían comprometido con una brigada, con una unidad, a veces con una patrulla de paisanos y amigos unidos por la conciencia, por la frecuentación, por las aventuras adolescentes. Ahora, en pleno desarrollo, el sueño había saltado por los aires, más aún se negaba a sí mismo frente a la routine y al groupage que se estaba formando…

Como arropado por la inercia de la asegurada seguridad y del escrúpulo absuelto, Franco ilustró a la compañía durante el resto del viaje. Los habían trasladado a Bosia, situado en un barranco sobre el Belbo, a una zona garantizada por el propio Norte como área aislada para experimentos de guerra tecnológica. Eran unos cuarenta hombres, todos entregados en cuerpo y alma a la preparación y el adiestramiento (no debían juzgar a los otros, auténticos gastadores, por los dos presentes, porque estos eran hombres… de carga), ¿creería Johnny que pronto iba a cumplirse el sueño de Frankie de contar entre los rangos con un especialista inglés llegado en paracaídas?

Los descargó en el cruce de Mango, cuyo aspecto daba testimonio de que el día había transcurrido en una calma absoluta. En el rumor vespertino, rozando las colinas doradas, subía el ruido de la fusilería lejana, ragged y únicamente sugerente, desde las llanuras de Asti. Johnny volvió la espalda al shot-ragged horizonte anegado en el azul de la tarde y prestó atención a Franco, que hablaba con Ettore, el solapadamente crítico Ettore, impregnado de su saludable desconfianza.

—Como es natural —decía Frankie—, mi trabajo será sobre todo nocturno. Así que cuando oigáis por la noche una buena explosión pensad en el amigo Franco, que está mandando todo a tomar vientos, y luego os dais la vuelta en el jergón y volvéis a dormiros. Lástima que el trabajo alrededor de Alba esté ya hecho y por desgracia condenadamente mal.

—Frankie, ¿te importaría darme un par de bombas de esas? —preguntó Johnny—. No son para mí, sino para un compañero de aquí que tiene tu mismo talento. Nos haría un estudio, porque sabe de números.

Frankie, como todas las cabezas simpáticas y débiles, hacía gala de gravedad y de melodramática ponderación para cualquier

nimiedad. Pero cuando se fue, Johnny lo despidió con las dos bombas arracimadas en las manos.

Se las llevó a Kyra, a la caseta.

—Aquí tienes un par de huevos of your preference.

Kyra los cogió con una gratitud pupilar y con una competencia sobria y directa que fascinó a Johnny. Su lanzabombas estaba casi listo, striking por su elementalidad, y aun así con un cierto aspecto humilde pero garantizador de auténtica eficacia.

—Aquí el dueño quiere que le pague por el uso de sus máquinas —dijo Kyra—. Es un buen hombre y un trabajador ejemplar, no digo raro, sino único por estos lares. Pero no ve más que su trabajo y su propiedad. Se lo exigiría igual a los fascistas si utilizaran sus máquinas. Por otra parte, estoy seguro de que no me pedirá más de lo estrictamente justo.

—Deja que se lo comente a Pierre. Un pago contra mandato de la comandancia.

Kyra waved off the idea.

—No, no hables con Pierre. La idea, o la fijación si lo prefieres, fue mía. Bastará con mi paga.

—Si no bastara, cuenta conmigo —dijo Johnny—. Una contribución de… forofo.

Luego Johnny buscó la figura de Ettore, que se alejaba. Lo descubrió subiendo desde abajo del todo la primera rampa del Bricco
d'Avene
y lo llamó a gritos. Ettore giró sobre sí mismo, devolvió el hand-waving y se fue con paso sonriente. Para Johnny era una delicia siempre renovada contemplar a un caminante solitario por las colinas desiertas, la cabeza y la espalda erguidas en las cimas más elevadas contra el sweeping cielo. Observando el paso de Ettore cayó definitivamente en la cuenta de hasta qué punto las colinas habían acabado por influir en todos, incluido él mismo, y por condicionarlos, como si todos hubieran nacido o crecido o estuvieran destinados a morir en ellas, sin conocer evasión o exilio. Caminaban ya todos como los campesinos nativos, con aquel paso cuya característica duración física acababa por restar toda apariencia posible de ritmo.

Ettore desapareció de la vista (¡el abisal poder de deglución de

la más pequeña llambria en el cambiante mundo de las colinas!) y entonces Johnny, entre los vapores azulinos de la lejanía, miró a lo hondo del llano de Monferrato. A distancia le pareció un puerto deportivo estival apenas bubbling bajo las punzadas del tiroteo incesante. Allí estuvo hasta que se aburrió del ruido insensato y puso rumbo al camino por el que había de llegar Pierre. Sentado en el fresco borde del barranco, encendió un cigarrillo para que fumárselo le diera algo que hacer. Desplazó la pistola que se le había clavado en el muslo y reprimió un instinto de intolerancia hacia el arma, hacia todas las armas. Todavía era inimaginablemente pronto.

Al atardecer, el cañón que iba de Mango a Neive se revestía de un claroscuro ya por completo otoñal, y entonces un viento naciente flopped en todas sus hojas, cuya agitación tenía un no sé qué de acuátil, de *sentenciado and being chastised*, con una enorme aportación de tristeza. Del pueblo llegó, arcana, no creíble, la voz ruda de Michele que disponía la guardia vespertina.

Pierre regresó a las ocho. Johnny esperó que subiera, como en una emboscada amistosa, y al fin lighthousing him con la punta roja de un nuevo cigarrillo. He sighed and stopped. La sombra daba mayor pesadez a su natural gravedad.

—¿Todo O. K., Johnny?

—Como en Neive, espero. ¿O es que has soportado por amor todo un caleidoscopio de carnés del Partido Fascista Republicano?

—Bastante peor. Hoy estaba en Neive aquel primer chófer de Norte. Aquel turinés que era el más odioso de la bodyguard. Había bajado al pueblo para pavonearse. Es un hombre estercóreo, que, para nuestra vergüenza, está mejor informado que el mejor informado de nosotros. Pues bien, iba diciendo, por chulear, que los partisanos bajarán pronto a ocupar Alba.

—Pero ¿se han vuelto locos? —dijo Johnny haciendo aspavientos. Ahogado por la ansiedad, cayó en un mutismo total.

Capítulo 19

Una mañana de septiembre un coche de la alta comandancia recogió a Johnny en el pueblo. Corrían por la carretera en dirección a Castino, tres guardias de corps y un soldado nunca visto, de no más de un palmo de alto y de complexión mestiza, que vestía un uniforme alemán completo desde el casco hasta los botines. Mudo siempre, solo alargaba la mano aceitosa cada vez que Johnny sacaba sus cigarrillos.

Aquella carrera fue la experiencia más escalofriante que Johnny conoció en el cotidiano suspense de los partisanos. Inolvidable el descenso hasta Belbo: las curvas sobre los vertiginosos cañones, detrás de unos frágiles parapetos, se tomaban sin un solo cambio de velocidad y con violentísimas frenadas *in extremis*. El espejo retrovisor devolvía a Johnny la jeta del nervioso conductor. El mestizo que iba a su lado había dejado de fumar y el cigarrillo se le reducía visiblemente a una ceniza virginal quebrada de cuando en cuando por las sacudidas; era tal su aprensión que, bajo la sombra del antinatural casco alemán, la piel se le cromatizaba como le ocurre a la piel de la fruta hipermadura. De los otros dos guardias, el uno azuzaba y el otro blasfemaba.

El destino se cumplió en el parapeto del puente sobre el Belbo: el frenazo fue o muy eficaz o muy poco, el caso es que el coche dio un bandazo y chocó contra el muro seco y le abrió una brecha como si hubiera sido de cartón. Las ruedas anteriores quedaron en el vacío, sobre el arenal que había veinte metros más abajo. Nadie hizo un movimiento, ni habló ni respiró. Johnny miraba el débil glitter del agua escasa y la amplia superficie del erizado arenal. En el silencio inmaculado sonaba el martilleo de los dientes del mestizo. Todos sabían que el solo intento de moverse bastaría para romper el milagroso equilibrio y precipitar el coche. Con enorme

cautela, Johnny miró a un lado, pero la carretera estaba perfecta y durablemente desierta, y el borde de la brecha era inalcanzable sin un desvío seco y fatal para agarrarse. Johnny deseó la vida con todas sus fuerzas; la vida era el tibio hush del aire y el suave perfil de las altas colinas, tan firmes y tan sólidas con sus raíces en la tierra. Nadie se asomaba ya al arenal de abajo, todos miraban al cielo, firme, sólido e impasible, y el guardia que antes azuzaba masticaba ahora oraciones como un niño inspirado. El coche osciló imperceptiblemente y el mestizo pegó un grito y scrambled off, de forma que sus botines alemanes golpearon a Johnny en un hombro. El coche volvió a oscilar, con el rabillo del ojo Johnny vio al mestizo a salvo, inmóvil ahora, ausente, concentrado en el recovering. Le cuchicheó que sujetara el coche con todas sus fuerzas por el parachoques posterior. El mestizo braced, toadlike crouched y lo sostuvo. Desfilaron todos de puntillas y conteniendo la respiración. Ya en la carretera el conductor soltó una risa vulgar. Johnny notaba amorosamente el suelo escabroso bajo sus pies. Luego los dos guardias se dirigieron una mirada de entendimiento, fueron hacia el coche y lo arrojaron al vacío. Todos contuvieron el aliento esperando un crash que habría debido ser el suyo.

Johnny evacuó la marea de la saliva producida por la náusea.

—Cerdos, ruina y vergüenza para los tres, cerdos. Mereceríais una ráfaga fascista que os dejara secos —dijo sin levantar la voz.

El mestizo gesticulaba paroxísticamente su falta de culpa y su complicidad; por las jetas de los dos guardias cruzó una ofensiva indiferencia hacia los insultos, luego el destello de la posibilidad de un acto de prepotencia y un énfasis salvaje en su superioridad muscular; el orante de hacía un minuto dejó resbalar la mano hacia la monumental pistola que llevaba al cinto. Pero ya estaban los tres sometidos al vaivén del Sten de Johnny, semejante al avantrén de una serpiente. El mestizo cayó de rodillas, los otros dos recularon hasta la brecha y, con un sobresalto, frenaron al borde del abismo.

—¿Qué pretendes ahora? ¿Es una broma? Te comprendemos, te haces el fuerte por el miedo que sin querer te hemos hecho pasar…

—No voy a pegaros un tiro porque no puedo, pero espero que lo hagan pronto los fascistas.

—Le diremos a Norte que nos has apuntado con el Sten.

—Y que has deseado que los fascistas nos maten.

—Díselo si quieres a Badoglio.

—Pues le diremos que te has cachondeado de él con eso de «díselo a Badoglio».

—Yo llegaré donde Norte antes que vosotros, porque ahora vamos todos a pie y vosotros ya no sabéis andar. Vosotros, cerdos, sois plebe. No sabéis más que ir en coche a todas horas y no sois dignos ni de reptar por donde caminan los otros partisanos.

Retrocedió hasta el límite del bosque, se dio la vuelta y echó a andar. Cuando miró hacia atrás, los tres continuaban inmóviles en el puente, rodeados de una pequeña multitud rústica que los entrevistaba.

Ascendía por el fresco corazón del bosque, a través de senderos al principio resbaladizos, aunque de un resbalar placentero y deportivo, y el furor se le evaporaba con el aliento fresco y húmedo del bosque. Llegó luego a un calvero y desde allí, al volverse, entrevió la potente mole de la *langa* de Mango y pensó en aquel place de batalla y revuelta, en los hombres, sus camaradas, que lo ocupaban, Pierre el primero de todos, con su discreción, no menos grande que la *langa*. Todo lo pensó fugazmente, pero con el alma entera. Con él y detrás de él parecía que se movían todos los ruidos de la colina amantada, todos los brisk ruidos de lo que iba a ser la vida otoñal. Solo una vez percibió el vuelo arrebatado de un vehículo partisano que bajaba lanzado quién sabe hacia qué meta.

Ahora, desde lo alto del margen exterior del gran bosque le llegaba un parloteo de hombres, pero con algo de infantil, como si el filtro de las ramas y de los helechos les restara potencia adulta; hasta que, subiendo un poco más, descubrió una cuadrilla de hombres perched en árboles y postes para extender una línea telefónica. Redujo la marcha con toda la discreción posible por el placer de saborear el espectáculo de una actividad corriente y gozosa, que se le presentaba con la estimulante fisonomía de un ejército regular y eficaz.

El nuevo cuartel general de Norte se levantaba en la línea divisoria del Bormida y el Belbo, frente a la última colina antes del río Tanaro y detrás de la última colina que hay delante de la llanura de Alessandria: baliza inmóvil, aquel parteaguas, en todo un bravo mar de colinas que se petrificaba con un gesto. La comandancia ocupaba una enorme casa rústica, tal vez construida por un

patriarca para su familia de generaciones centenarias, monumento de monumentos de la vida campesina, situada en un calvero amplio, dentro de un círculo de árboles viejos y fuertes que a todas horas del día proyectaban en las paredes blancas y granulosas las sombras más largas o más cortas de sus copas movidas por el viento.

En el calvero ociaban o se cruzaban entre sí unos guardias de corps desnaturalizados por la afonía de estar o de moverse sobre una alfombra de hierba, y en un rincón fraccionado de sombra y de luz solar había unas mujeres, unas enlaces, que hacían la colada general con un aire activo y risueño y con la alegre conciencia de estar realizando su trabajo auténtico y natural. A Johnny le llegó un soplo de olor a jabón a través del aire enrarecido, que transportaba la reconfortante sensación de una domesticidad a cielo abierto. Varios guardias de corps se metían con las lavanderas utilizando una ironía sana y directa que producía en ellas el efecto de volcarse con mayor placer en su labor. Por todas partes se sentía una actividad continua y pacífica, en todo ajena a la guerra; y entonces, mediante una pirueta natural, Johnny se preguntó qué hacían, qué podían estar haciendo en aquel preciso y mágico instante los fascistas, todos los fascistas del mundo.

Se dirigió al vestíbulo soleado y rústicamente majestuoso, que carecía de vigilancia directa. No obstante, desde la parte de atrás de la casa llegaba, felino, el ruido de un arranque de motores, y luego, triste, lejano, ininteligible, se oyó un grito que acabó desvaneciéndose como un humo disperso sobre el vasto precipicio del valle del Bormida y, un instante después, una descarga corta y como desinteresada, parecida a la prueba de un arma o a un tiro de experimentación contra un blanco inmortal.

La entrada al vestíbulo en penumbra lo privó de toda capacidad discerniente. Luego, una voz indagadora lo estimuló a continuar adelante y él lo hizo detrás de aquel faro. Se trataba de un tipo burocrático, vestido de paisano, con un aspecto en absoluto liberado por la vida libre de su pattern de empleado y, naturalmente, sentado a un escritorio decentísimo. Le preguntó quién era y qué deseaba, siempre con un timbre administrativo, exento por completo de vetas partisanas. Luego le respondió que Norte estaba ocupado y que esperase allí. A Johnny le resultó cómico que lo condujeran con un natural tan civil y que él lo

aceptara con igual naturaleza.

—¿Puedo ver al cajero mientras tanto?

No, estaba ocupado por el mismo motivo que Norte: soltar dinero para financiar a los enviados de las formaciones del valle alto del Bormida. En aquel momento ladró afuera una nueva ráfaga, aunque ligera y como depurada; un indisimulable temblor recorrió al empleado cuya silla crujió debajo de él, pero bastó un instante para que su rostro recuperara toda la tediosa impasibilidad del routinier. Al eco de la detonación se levantó de otro escritorio una cara que Johnny no había visto aún. Aunque era casi un niño, estaba pálido y tenía ya entradas, y al levantarse se vio que vestía el uniforme completo y perfecto de un subalterno alemán. Como era sumamente esmirriado, el uniforme le quedaba ancho, pero no con un efecto grotesco, sino con un increíble aumento de su halo romántico. Se dirigió con paso de anciano a la alcayata de la que colgaba su capote alemán, sacó un cigarrillo, lo encendió y regresó a su mesa para sumergirse en un trabajo que, a pesar de la distancia, Johnny juzgó de traducción. Parecía que al routinier no le gustaba su compañero de trabajo, sobre todo por su absoluta, indisimulable y contagiosa tristeza.

Apareció entonces el cajero, que no se sorprendió de ver a Johnny, puesto que conocía la convocatoria y la recogida. Le confirmó que se trataba de un plan relacionado con Alba y que Norte ya había interrogado a otros albeses, a Frankie y a varios civiles llegados de la ciudad con medios improvisados.

—En todo caso, es una pura formalidad porque el asunto ya está decidido.

Salieron del calvero al delicioso baño del claroscuro.

—¿Quién es el oficialito alemán y a qué se dedica?

—Austríaco. Es el subteniente Schimmel. Desertó hace casi un mes. Los primeros partisanos que encontró no quisieron creerlo, lo ataron y lo interrogaron a su estilo, aterrorizándolo. Por suerte pasaba por allí nuestro ayudante mayor… pero se acaba de recuperar. Norte lo quiso enseguida en la comandancia, aunque de momento no sabe con certeza qué encargarle; por eso, para que no se desmoralice, le encargamos traducciones de circulares y bandos alemanes cuya versión conocemos desde hace meses.

Johnny relented almost to melting point. Deseaba que el

austríaco se encontrara bien, que no se arrepintiera… El cajero dijo que no se imaginaba hasta qué punto su tristeza era inmensa y tentacular… Por lo demás, se trataba de un compañero excelente, con una educación y un respeto que casi daban apuro.

—En cuanto a la ciudad, cualquier cosa que imagines está decidida. Figúrate que Norte ya se ha encargado un uniforme especial para hacer la entrada.

—Algo fantástico, imagino, sensacional.

—Es un mono de caucho negro con toda una retícula de cremalleras plateadas.

Del terraplén que dominaba el Bormida surgió un cura del tipo común entre los párrocos de la colina, en los que la política materialidad de su mente contribuía a modelar un físico duro, macizo, agresivo. A su lado iba un oficial de la comandancia, gélidamente deferente, con el que se traía una conversación animada aunque en un tono bajo.

—Soy el único cura de la zona y me gustaría que me eximiera de algunas funciones. Es decir que me gustaría una cierta alternancia… una rotación, eso.

—¿Para su conciencia, reverendo? —preguntó el oficial con una franqueza distraída pero felina. El cura waved descoordinadamente una mano gruesa y negadora.

—Yo no discuto las sentencias de ustedes. No es cosa mía ponerlos en paz con los hombres, pero… la verdad, me gustaría que se me dispensara del cometido de ponerlos en orden con Dios. Usted es testigo de que en la presente semana he realizado esa tarea sus buenas cuatro veces y en tres días distintos.

—Eso se debe a que usted, reverendo, es el sacerdote de la zona en la que se encuentra la comandancia, que es a la que compete toda la justicia de nuestra zona. Admitirá que esta rigurosa centralización constituye una firme garantía para lo que podría ser… un cargo de conciencia.

El cura asentía con su descoordinada y masiva pasión.

—Aun así, le ruego que exponga a su comandante mi deseo… de alternativa… sin necesidad de dar nombres la comandancia sabrá muy bien adónde dirigirse para… esa alternativa… No, no, gracias, regreso a pie, que me sentará bien, mejor —dijo precipitadamente al ver que el oficial hacia señas a un guardia de corps para que

fuera a buscar un coche.

—Reverendo —dijo el oficial, irguiéndose de nuevo—, puedo sugerirle que limite sus… prestaciones a la confesión… Quiero decir que su presencia en la ejecución podría no ser estrictamente necesaria…

Pero el cura levantó una mano firme, ahora casi amenazadora, que truncó todo un rayo de sunlight.

—No, no —dijo—, si comienzo tengo que acabar, uno de esos desgraciados podría… en el último instante… tener necesidad de mí… tal vez solo de una mirada…

El cura se encaminó a las profundidades del bosque y los guardias de corps soltaron perezosamente un torpe «atención» a su pasar curvo y fuerte.

—Día de fusilamientos —suspiró el cajero.

—¿Son frecuentes?

—Solo los que estamos fijos en una comandancia sabemos cuántas son las pérdidas en un tiempo de guerra como este. Entre nosotros hay quien tiene pesadillas. Yo mismo, que solo soy el cajero, tengo dificultad para dormir.

—¿Quiénes eran los de hoy?

—Un oficial de la División Littorio y un republicano errático de Asti. Ayer fusilaron a uno de los nuestros, reo flagrante de rapto y estupro.

—Bien —dijo Johnny.

Norte salió al calvero. Su belleza era solar. Se detuvo en un recuadro encendido de sol, en perfecto uniforme aún estivo: una camisa de seda caqui cortada del rico volumen de un paracaídas y unos pantalones de gabardina caqui, regalo de la comandancia de la Primera División, que caían con un aplomb perfecto sobre sus pies en sandalias. Cómicamente, trataba de quitarse de encima a otro partisano en glorioso contraste con él. Llevaba demasiada ropa para aquel uno de septiembre y era peludo y barbudo, extremadamente torpe a causa de su físico corto y achaparrado, y el profuso armamento que cubría su ancha superficie producía más risa que awe. Johnny, en cambio, no fue capaz de sonreír como todos los demás, porque le bastó un vistazo para advertir su carácter salvaje y sanguinario. Según dijo el cajero, se trataba del «Rubito» (¿Rubito?), comandante del presidio de R…, el más alto y más

pobre de todos los pueblos ocupados por la División.

—Rubio, yo te he tratado bien, incluso demasiado —decía Norte, contento de alegrar in comics a su guardia de corps.

—No digas eso, Norte, no digas eso que es pecado mortal. Hablando así te condenas, si no fuera porque ya te has condenado con las injusticias que me haces sufrir. Y no hablo de los fondos, sino de las armas y de la munición —dijo el otro con una voz hoarse.

Tenía un timbre de voz y una rapsódica coloquialidad que corroboraban su primitivismo; sin embargo, lo ennoblecía su contraste, sentido, deseado y defendido, con aquel ambiente un poco stylé y sin duda opulento de la comandancia.

Con divertida paciencia, Norte le replicaba que le había dado lo bastante y aun más para dos presidios normales.

—Para los normales, dices bien, pero no para R… Tú no tienes una idea precisa de lo que es R… ¿Por qué no vienes mañana?

—Ya estuve en la primavera, Rubio.

—Una vez, pero tienes que venir con más frecuencia. Viniste una vez, como los obispos. ¿Eres tú un obispo, Norte?

El calvero estalló en un rugido de carcajadas, comenzando por Norte. También rio el Rubio, pero con una full-voiced polémica, antes de gritar:

—Si no cambias conmigo, cambiaré yo contigo. Te planto y me paso a la Estrella Roja.

La guardia de corps tembló, pero Norte sonrió y dijo de lo más tranquilo:

—Pues plántame.

El Rubio staggered, gaped, shuffled los pies y respiró roncamente, pero estaba sometido al encanto de Norte y quedaba claro que sería uno de sus hombres incluso a guerra terminada; lo tenía hechizado, atado de pies y manos. Habría pasado a cuchillo él solo a toda la Estrella Roja con verlos arrugar la nariz al oír el nombre de Norte. Partió, con aquel su desesperado enamoramiento, escoltado por una media docena de hombres que aparecieron por el borde del talud, sacados del mismo molde miniaturizado que él.

Norte sprawl lenghtwise en la hierba tibia con una voluptuosidad manifiesta, blanda y felina. Todo lo que se veía de su carne era de color miel y no porque estuviera bronceado, ya que era

hombre de sombras; debía de tratarse, pues, de un reflejo del rico caqui. Al advertir el polvo anormal de los pies de Johnny, recordó que había mandado a recogerlo con un coche.

—Tu guardia de corps se lo pensó mejor, o peor —dijo Johnny y le contó el accidente del puente.

—Debería azotar a esta gente —dijo Norte.

—Sí, deberías.

Pero Norte se ensombreció, disgustado por las palabras de Johnny y, como reacción, rodeó con una mirada benévola a los guardias que áfonamente se cruzaban sobre la alfombra herbosa.

—Si es para hablar de Alba, desembucha —dijo luego.

—¿Podemos oírlo? —preguntaron el cajero y el oficial.

Norte les indicó que se adelantaran y él se sentó en el centro y echó en medio, para uso general, un paquete de cigarrillos ingleses.

Dando lentas bocanadas al plano, opaco y decepcionante tabaco, Johnny expuso como mejor supo los distintos y variados inconvenientes.

—Militares: los fascistas no desean otra cosa que una batalla campal de los partisanos, que les ofrezca la posibilidad de aplastar en un día tantos hombres como no habrían eliminado en un siglo de incursiones en las colinas. Para la reconquista, los fascistas sacarían al campo sus unidades mejores y más expertas, contra las cuales el diletantismo partisano no tendría ni una probabilidad entre mil.

»Psicológicos: dado que no se ha podido o querido hacer una criba entre los enrolados, los partisanos son lo que son, la flor y la escoria, como ocurre siempre con todas las formaciones de voluntarios. Importante y de mucho interés es la opinión de la ciudades, pequeñas y grandes. Mientras no los ven, mientras solo los oyen en las alturas, los ciudadanos los juzgan arcángeles… pero de esa forma los ciudadanos podrían verlos… y como ciudadanos que son, aunque nos alaben por nueve, nos estigmatizarán ferozmente por uno solo. ¿Por qué no seguir pareciendo arcángeles, pudiendo, hasta el smash final?

»Políticos en sentido estricto: en la ciudad quedan fascistas, tanto más insidiosos cuanto más camuflados; *illico*, posibilidad de espionaje. Tú, Norte, tendrás tus listas impecables, elaboradas por gente nuestra competente y trabajadora, y en cuanto estemos en la ciudad haremos batidas y los mandaremos a concentrarse, pero ya

sabes, todos los que están dentro, etc., etc., como decía el apóstol. ¿Y entonces qué les sucederá después de la reconquista a tus numerosos hombres de Alba, o mejor, o peor, a sus familias?

—Ya lo he pensado —dijo Norte—. Los retendré a todos en las colinas.

—Por primera vez no te harán caso. Se abalanzarán a la ciudad antes que los demás, aunque tengan que pasar por encima de ti.

—Entonces los apostaré en la periferia para que guarden las posiciones de acceso, donde solo pueda verlos la gente del campo, entre la que no echan raíces los espías.

—Last and not least, inconvenientes… propagandísticos o una vez más psicológicos: volveremos a perder la ciudad, fatalmente, ¿y qué repercusión tendrá en la gente de la colina? Esa gente que nos nutre y nos sostiene, pero que siempre necesita la certeza de la victoria final. ¿Qué otoño y qué invierno esperaría a los supervivientes vencidos de la ciudad?

Norte empalideció.

—¿Dices que no habrá terminado todo para octubre-noviembre?

—Por un milagro sí; por deducción lógica, no. Los aliados parecen más lerdos de lo que son.

Norte se levantó de un brinco. Dijo que había tomado nota de todo y que daría la respuesta en la próxima reunión de los jefes y los responsables del CLN **[28]**.

—Naturalmente has hablado como lo habrías hecho en el caso de que nuestro objetivo hubiera sido Asti en vez de tu ciudad —comentó al irse.

—Más que naturalmente. Si la guarnición de mi ciudad fuera un hueso más duro de roer o si la toma de Alba fuera cuestión de vida o muerte para nosotros, pondría a vuestra disposición mi inglés para que los bombarderos de la raf se nos vinieran encima.

Norte lo invitó a comer con él: un trozo de carne y otro de pan, y Johnny sintió un escalofrío interior porque nunca había oído pronunciar como los pronunció Norte, con aquel peso bíblico, los nombres de los alimentos elementales, pero se espabiló enseguida cuando Norte añadió:

—Ahora tomaremos una ronda de vino de Cinqueterre que me ha mandado un admirador. Tiene una potencia adorable y un amargor que os hará detestar todos los dulces.

A mitad de la comida sonó el teléfono en el otro cuarto y el encargado de la centralita peeped hurriedly in para anunciar la comandancia de la Primera División. Norte jerked a uno de sus oficiales al teléfono, y este lo hizo así, pero regresó enseguida para urgirlo a responder personalmente, ya que al aparato, personalmente también, se encontraba Mauri[29], el comandante del Grupo de División. Norte salió y hubo sus buenos diez minutos de rattling inquiry, de excitación y de incredulidad, a los que ninguno de los presentes era capaz de poner pies o cabeza. Norte volvió ceñudo y como envenenado.

—¿Sabéis dónde ha ido a parar el lanzamiento de ayer por la noche a la Primera División?

¡Ah!, pensó Johnny, se trataba de aquel ruido compacto y superno que lo había perseguido en sueños.

—Apuesto mil a uno.

Un guardia de corps sneered for cessation of tantalisation.

—Todo en las manos de una brigada comunista. La de Monforte.

Estallido de improperios y de imprecaciones, los guardias de corps leading it. Johnny sonrío very humorously.

—¿De qué te ríes, Johnny?

—De la cara que se le habrá quedado a la misión inglesa. Siempre es delicioso imaginarse a los ingleses en tales casos…

—¿Delicioso? Según Mauri, están que trinan. Pretendían llevar a la Primera hasta Monforte contra los rojos, para arrancarles lo mal adquirido. Tienen los ojos inyectados en sangre, dice Mauri.

—Que la tomen con los burros de sus pilotos.

—¿Qué burros? —gritó Norte con auténtica pasión—. Los pilotos no han errado. Alguien los ha guiado hasta Monforte.

Incredulidad y misterio.

—Misterio, *sí*, pero misterio de la ciencia. La comandancia comunista conocía el mensaje, sabía que era positivo y que se refería a la Primera División, y conocía la disposición de las hogueras porque la ha copiado, de ahí que los pilotos se dieran por satisfechos. En resumen, los aparatos han sido dirigidos por hilos que partían de Monforte.

—¿Era grande el lanzamiento? —preguntó Johnny.

—Mediano, pero bueno para vestir y armar a la última brigada de Mauri.

—Entonces quedará muy justo para armar y vestir a la otra —dijo Johnny.

Resultaba grotesco y doloroso imaginar las insignias y los accesorios garibaldinos en el clásico caqui imperial, prendidos con el sello diabólico de una polémica irónica y triunfante.

Confusos y dolidos, salieron todos al calvero. Johnny, harto del cuartel general, anhelaba con todas sus fuerzas la saludable avanzadilla de Mango; anhelaba a Pierre y a Kyra. Norte también estaba harto de Johnny y de todos los que se le parecían, porque le impedían abandonarse, conforme a su deseo y natural inclinación, a los full plays con su guardia de corps. Aun así, se le acercó una última vez. El fiasco del lanzamiento había contraído sus facciones en una belleza grim, medallesca, en una auténtica disposición a recordarlo memorialmente. Preguntó a Johnny si quería un coche, aunque después del accidente de la mañana…

—Me estropearías la fiesta, porque será una fiesta regresar a pie.

—En cuanto a la ciudad, *lo que será, será*. Mientras tanto mantengo la presión nocturna. Son niños histéricos y se volverán locos muy pronto. Hasta podría ser que tomáramos la ciudad sin pegar un tiro. Una noche de estas mandaré a uno de vosotros, los de Mango, a que montéis un poco de follón, y le diré a Pierre que te incluya en el comando a ti, que ya tienes experiencia.

Norte se alejaba hacia el abrazo ya esbozado de su expectante guardia de corps, y Johnny, que lo admiró por última vez, se dijo que contra la fascinación de aquel hombre no estaba ni mejor abastecido ni mejor equipado que el salvaje y primeval fighter de R…

Descendía. La cuadrilla de ingenieros había terminado su trabajo y los hilos colocados, con una vida ya silvestre y autónoma, brillaban desdeñosos a la luz atenuada. Después de las ráfagas de la mañana, el bosque adquiría para él un nuevo haunting en el silencio vibrante, como un verdadero taller de la naturaleza; con ojo atento y paso ligero evitaba los puntos anormalmente elevados, casi hinchados, cubiertos de la hierba más alta y de flores blancas que parecían incrédulas y turbadas por su desmesurada exuberancia.

El torrente apareció abajo: de sus aguas finísimas, insuficientes hasta para ahogar a un niño, salía un destello feroz, penetrante, agresivo, semejante a un juego de espadas. Evitó cruzar por el

puente, y no para ahorrarse la venenosa visión de la chatarra del coche, sino porque la idea de vadearlo le producía una ilusión infantil. Así, volvió a bajar por la orilla, entre la carretera y el agua, y se descalzó en un punto en que el vado llegaba a una brecha abrupta en una de las rocas blancas y yesosas en dirección a la alta colina.

Vadeaba: el agua fría le masajeaba los tobillos con energía, benéficamente. Pero al llegar al otro lado, mientras se disponía de mala gana a calzarse, notó en los márgenes de la corriente principal una pequeña cuenca de agua, feliz acierto de la naturaleza. No pudo resistirse, se liberó de la ropa y de las armas y se sumergió vertical, monolíticamente en aquel vórtice inmóvil hasta los hombros, con un escalofrío largo y seguido, equivalente perfecto y más que perfecto de una descarga sexual. De hecho, cuando se elevó y volvió a sumergirse, con la misma medida y puntualidad de antes, el agua le pareció ya exenta de toda voluptuosidad. Salió a la orilla —la vegetación era dura y espesa en la estrechísima franja que separaba la ribera de la roca sobresaliente— y se secó las manos para no estropear el cigarrillo que estaba encendiéndose. Luego todo fue perfecto, salvo el cigarrillo; decididamente no soportaba aquel tabaco inglés, tan pegajoso, tan pastoso. Pasó un camión partisano armando un infierno de ruido y de polvo. Como continuó hacia Bosia, en vez de desviarse a Castino, Johnny pensó que tendría relación con Frankie y los gastadores.

En aquel ocio perfecto, empezó a recortarse con la brasa del cigarrillo los pelos que le habían crecido en el brazo por encima del standard, pero el blanco glow de su piel lo sumió enseguida en una profunda meditación. Nunca como en aquel momento se había sentido arrastrado, forzado a pensar, a ver su propia realidad física, su sustancia y su forma carnales. Le parecía hasta milagroso constatar, comprender en su totalidad por vez primera las facultades, los usos y las formas específicas e irrepetibles de cada una de sus partes. Las manos, por ejemplo, habían sufrido el paso por la guerrilla, no en el dorso, siempre enjuto y fino, con su potente y distinguido recamo de venas elated, pero en las palmas la guerra había influido hasta la incisión. Dr. Jekill and Mr. Hide, pensó al compararlas con el dorso.

La pátina que le cubría toda la piel, tanto tiempo sin eliminar,

era rica, sérica y absolutamente inodora, todo lo más enriquecía de un modo magnífico su olor de hombre. En aquel momento se sentía capaz de juzgar, de oler con narinas de mujer. El pensamiento de la guerra se abatió como un ala no negra, sino gris, sobre la dorada blancura de su piel, sérica y lampiña, sin vello que distrajera o interceptara la mano. Era excitante en extremo, tal vez sacrílego, pronosticar, fantasear con la diana y el surco abierto en aquella integridad intacta. Sacudió los hombros harto de inmovilidad, de fantasía y de refresco, y se vistió deprisa.

Ganó la brecha, trepó por su sendero de colada y se halló en las faldas de la gigantesca, mastodóntica colina de Mango. Sobre él se cernían los ondulantes bosques negros, como carbonosos, y los abiertos y huidizos prados, en algunos de los cuales pastaban los rebaños, que le parecían tan altos e inmotos como una formación de macizos erráticos detenidos por una mano milagrosa a mitad de las vertiginosas pendientes.

Le llevó una hora llegar a la cresta, nauseado de subir, y ofreció su primer sudor a la graciosa y femenina ventilación de la cima. Caminando por el senderito de la cima con comodidad y eficacia, pasó por delante de una casa solitaria que conocía vagamente por el nombre de Alquería de Langa, sin la menor idea del papel que la casa iba a representar enseguida. En su antigua cancela, puesta en peligro por los grandes vientos, montaba guardia una vieja, magnífica y magnética perra loba, dotada de una feroz perplejidad y de una extraordinaria agudeza en las pupilas y las orejas. En la polvorienta explanada una media docena de partisanos muy jóvenes y grim pateaban malamente un desgastado balón de fútbol, al tiempo que desde un cobertizo invisible llegaba el torvo gemido de un motor de coche recalcitrante y rabiosamente probado. Desde la última esquina de la casa —era compacta y lisa como la frente de un mendigo ciego sentado en el camino de la cresta— un partisano bajó el arma con que le había salido al encuentro, sin responder al gesto de Johnny tachándolo de loco.

Johnny aceleró en el caminito blando y cubierto de hierba, y en un abrir y cerrar de ojos alcanzó el ápice de la felicidad caminando entre una libre ronda de vientos y contemplando los distantes paisajes inferiores. Anulado por completo el mecanismo de la marcha, no quedaba otra cosa que la cautivadora sensación de la

traslación pura. Así, se encontró enseguida a espaldas de un trío de partisanos, de cuya vista lo había privado un largo trecho cubierto. No cabía duda, a juzgar por la torpeza del paso, del uniforme y del modo de llevar las armas, eran campesinos. Al adelantarlos, preguntó adónde se dirigían.

—Vamos a Mango, a ver la explosión y los muertos.

Johnny se detuvo.

—Pero ¿qué explosión y qué muertos?

—Ha explotado un lanzagranadas que estaban probando en Mango esta mañana, hacia el mediodía. Hay cuatro muertos y otros dos que agonizan sin esperanzas.

—Los nombres.

—Todavía no se sabe, pero uno debe de ser Kyra porque era el inventor del artilugio.

—¿Tú conocías a Kyra? —preguntó Johnny, como para comprobar una imposible confusión.

—¡Cristo bendito, me pregunta si yo conocía a Kyra!

Johnny corría ya como un loco, al límite de su resuello, pronunciando el nombre de Kyra.

Aún impenetrado, Mango se veía cubierto por una capa: una pátina tóxica que se adhería a las paredes, pese a estar bañadas por el mellow sol de la tarde. Los guardias de los puestos de control estaban silenciosos y fúnebres, incluidos los más jóvenes. Hicieron señas a Johnny para que entrara y para confirmar, sin necesidad de preguntas, la catástrofe.

—Los muertos están ya en la iglesia; los moribundos, donde el médico.

—¿Qué ha pasado?

—Una cosa del demonio.

—¿Y Kyra?

—Kyra se fue el primero, si podía haber un primero en aquel montón…

—¿Dónde está Pierre?

—Con el médico.

Se dirigió a casa del médico, mirando con los ojos velados el grupo de civiles y partisanos que contemplaba el borde de la cuenca donde había tenido lugar el atroz experimento. Pierre bajaba el portal del médico, agachado, con el chaleco sucio de sangre por el

traslado de los muertos y los agonizantes. Reconoció a Johnny con una mirada ghastly, casi obcecada por la dificultad.

—Lo habrás oído desde Castino.

—No he oído nada.

—¿Es posible? ¿Un estruendo semejante? Si tiene que haberlo oído su hermano desde el cuartel de Asti…

—¿Cómo fue?

—Nada, una fatalidad absolutamente imprevisible. Yo no hago el idiota cuando se trata de armas y de tiros. Fatalidad y nada más. La granada estalló con las cargas de lanzamiento en la cureña de proyección.

Luego Pierre enumeró y nombró a los muertos, entre los que se encontraban ya los dos agonizantes.

—Ve a ver a Kyra, Johnny. Ha conservado una cara maravillosa, la suya. El… mal está en el vientre, pero no se aprecia porque se lo han cubierto de flores. El explosivo lo ha destripado entero, como con una cuchara. Luego me dices si a ti también te parece que sonríe, porque yo hoy no me fío de mi vista.

Johnny subió hasta la iglesia, magnetizado por el eco de la salmodia y por el halo de los cirios que salía del fondo del pórtico. Los muertos estaban neatly alineados, pero aún sin ataúdes, sobre trineos para el forraje; cinco anónimos para Johnny, a pesar de la frecuentación partisana, y Kyra. Lo miró por encima del frente genuflexo de las monjas del asilo. A pesar de la imprecisión cérea y crepuscular, Pierre no se equivocaba: Kyra sonreía con una sonrisa umbrátil. Y entonces Johnny le sonrió. Michele urged a su lado y le susurró con su voz chillona y adultísima:

—¿Sonríes, Johnny? ¿No te da vergüenza sonreír delante de un muerto?

—Ha muerto mientras yo no estaba. ¿Tengo que dedicarle un mal gesto ahora que vuelvo a verlo?

—Ya. Yo creo que estaría contento con nosotros, pero quien debería venir es su hermano —dijo el sargento.

Salieron acuciados por la angustia y pronto se hundieron en la arrebatadora tristeza del ocaso, un sello cinéreo y proceloso a un día dorado. Una tormenta nocturna gestaba el cielo sombrío e inestable. Muy perezosamente, muy hirientemente, Johnny trataba de recordar qué estaba haciendo él en Castino cuando explotó el

lanzagranadas. En el fluido crepúsculo había un ir y venir de mujeres: las que se habían entretenido en las labores vespertinas de la casa con la finalidad de tener tiempo libre para el luto y las preces se cruzaban con las que regresaban deprisa para hacer la cena retrasada por el luto y las oraciones.

Johnny encontró a Pierre en el comedor. Ayunaba y vigilaba la comida de los hombres. Johnny ayunaba y fumaba. Se oía el pesado stalking de los hombres desde la iglesia y hacia la iglesia para los turnos del velatorio, sometidos al exaltado metrónomo de Michele.

—Es cierto, Pierre, ¡Kyra sonríe!

En aquel momento alentó fuera el paso vibrante y ventoso del vehículo de Norte. Antes que scrambled to feet, Norte había entrado envuelto en un impermeable negro. Pidió que lo acompañaran a la casa parroquial, fuera rechazó a los solícitos guardias de corps, y sin dejar de caminar preguntó cómo era el cura de Mango.

—Un buen hombre —dijo Pierre con su irremediable voz de lamento—. Un cura joven, deseoso de actividad.

Llegaron a la esquina musgosa. Johnny llamó a la puerta y Pierre hizo las presentaciones, pero la criada estuvo a punto de desmayarse ante el expugnador viento negro que era Norte. Los dos curas cenaban a base de pan y puerros a la luz insuficiente de una bombilla. El párroco era un hombre viejo, carnoso y ceñudo; el cura, un jovencito seco de ojos muy abiertos. Ante el asalto de Norte levantó de un brinco su pelicular flaqueza y respondió a las preguntas con el monosilábico convencimiento de la aceptación de los votos. Norte poseía una voz maravillosa para las grandes ocasiones.

—¿Quiere bajar a Asti enseguida, esta misma tarde?

—Sí.

—¿Acercarse al cuartel y buscar al teniente…

—Sí.

—… al teniente X?

—Sí.

El viejo párroco se había abandonado a un rezongar senil e indescifrable, con fatigosas sacudidas de la cabeza.

—Dígale… y dígaselo alto y claro porque se trata de un hombre de acero, que su hermano, el partisano Kyra, ha muerto hoy en un accidente con las armas y que mañana lo enterraremos en Mango.

—Sí.

—Y dígale que Norte, el comandante de la Segunda División Militar Autónoma le ofrece un salvoconducto para que venga a Mango, asista a los funerales y regrese.

El cura viejo chasqueó ruidosamente los labios, como si quisiera advertir de algún modo al cura de las posibles insidias e implicaciones. Norte sonrió con magnanimidad.

—¿Usted cree en mi salvoconducto?

—Yo sí —dijo el curita— y también el teniente X, me parece.

—Añada que mañana habrá un coche de mi pelotón de la comandancia para recogerlo en el límite de mi zona.

—Se lo diré todo.

—¿Con qué medios bajará hasta Asti? Mis coches pueden llevarlo hasta un punto determinado.

—Tengo una moto vieja de mi hermano, que no ha vuelto de Rusia. Si usted me da la gasolina…

—Bombéela del depósito de mi coche.

Entonces el párroco, con su voz de mal agüero preguntó a qué hora pensaba regresar, ¿tal vez en plena noche?

—No, mañana, con el alba. Cuando acabe la embajada iré al seminario de Asti para echar una cabezada.

—Entonces presenta mis respetos al canónigo Y…

Fuera, el cielo se oscurecía a grandes oleadas y aumentaba el viento en remolinos. Nada era más vivaz que la obra de los vivos por un muerto. Bombearon y traspasaron la gasolina, el conductor de Norte puso a punto la vieja moto y hombre e ingenio se lanzaron temblando y raging a la vertiginosa negrura.

—Aceptará —dijo Pierre, sin afirmar ni interrogar, cuando se apagó el ruido.

Pero el teniente X no acudió. El cura, más flaco y más cigomático que nunca, contó que algo se le había roto por dentro al declinar, pero declinó. Los otros cinco estuvieron rodeados por las familias convocadas, pero Kyra recibió tierra sin nadie de su sangre. Al regreso, en el polvo hollado y vuelto a hollar, el cura susurró a Johnny que nunca había visto un hombre como Norte, pero que en segundo lugar iba ciertamente el teniente X.

Capítulo 20

La acción bélico-psicológica asignada al presidio de Mango se fijó para mediados de septiembre y Johnny se encontró mejor dispuesto de lo que jamás había soñado. Pierre le confió todos los jóvenes, armados de fusiles largos para disparar mejor a distancia, más un ametrallador para afrontar una posible ofensiva directa de la exasperada guarnición. Last but not least, le dio al sargento Michele y su imperio absoluto y mudo sobre los menores.

Johnny había recibido órdenes: acercarse hasta donde lo permitiera la seguridad y golpear el mayor tiempo posible y con la mayor histeria la fachada del Seminario Menor, donde se alojaba gran parte de la guarnición fascista; mantenerse a distancia y resistir absolutamente la atracción magnética de los puestos de control.

Johnny imaginaba con lucidez y con una especie de simpatía guerrera su objetivo y el de sus hombres; veía la mole gris y compacta del Seminario Menor abrumadora, oprimente, sobre el trecho más triste y melancólico, más hiemal, del paseo de circunvalación. Pero la víspera inmediata, su simpatía se redujo sensiblemente a causa de una instrucción distinta: por encima de todo, Johnny debía escoltar en una posición apropiada a una pareja de morteros ingleses recién lanzados, a las órdenes de dos oficiales de la Primera División que se decían matemáticamente seguros de acertar por lo menos cuatro buenos tiros contra el seminario-cuartel. Johnny se quejó en voz alta del peligro de las casas finítimas y no finítimas.

—Me han garantizado que se trata de dos oficiales de artillería, de los cuales uno es de carrera —dijo Pierre—. No seas pesimista *a priori*.

Pero Johnny era poco «azul» para creer con tanta fe en los

oficiales de carrera.

Los artilleros de la Primera aguardaban en Neive, en un camión, con piezas, munición e instrumentos de medida. El camión tenía capacidad para transportar también a los fusileros de Johnny hasta Treiso, desde donde continuarían a pie hasta la última colina que caía a plomo sobre el pueblo.

Johnny y los suyos bajaron a Neive una tarde serena de septiembre, cuya brisa fresca y mellow invitaba más al paseo que a la marcha. Los hombres descendían comiendo el rancho, pan rancio y panceta de primera calidad, continuamente solicitados, presionados y recriminados por el sargento.

En Neive tardaron en encontrar el camión de la Primera, estacionado en involuntario ocultamiento por el dédalo que había delante de la estación de ferrocarril, oxidada y mohosa a causa de la larga inactividad. La búsqueda no duró más de tres minutos, pero bastaron para que los menores se perdieran. Neive era un pueblo mayor que Mango y mucho más dotado de los regalos de la civilización, cosa que atrajo de un modo irresistible a los chicos, aunque solo fuera para contemplarlos. Johnny les echó detrás a Michele, sniffing and roaring.

Los dos oficiales de la Primera fumaban a pie de camión. El que parecía oficial de carrera por su físico y su porte era, en cambio, el ingeniero de reserva; el de carrera era un pequeñajo eléctrico que movía los pies nerviosos en el denso polvo. En la sombra de la lona relucían amenazadores los tubos de los Stokes, entre los rostros grim, set-in-pride, de los hombres de la Primera. Ahora los oficiales y los hombres subidos al camión miraban superciliously a los chicos de Johnny, que el sargento había metido en el saco y expedido en vanguardia.

—Son más grandes que nuestros 81 —dijo Johnny, por decir algo.

Pues bien, el ingeniero se escafandró en un impenetrable secretismo técnico, pero el de carrera le dio satisfacción en un tono nervioso, torpón y casi simpático.

—Sí, 86 en lugar de 81.

—¿Y mejores?

—Con los morteros nunca se sabe.

—¿Con goniómetro?

—No, con los palos. A la antigua y siempre buena usanza.

—Yo soy de Alba, ¿sabes? —dijo Johnny sin hacer demasiado hincapié, tal vez con una punta de humour. El pequeñajo comprendió, soltó una risita y le dijo que estuviera tranquilo.

Completada la carga, el camión partió hacia las colinas del suroeste. Mientras, los chicos de Johnny entablaban una conversación provocadora, y los hombres de la Primera, manteniendo un silencio hostil y polémico, jugaban a los veteranos. El tabaco corría con profusión. La Primera nadaba en *Navycut*.

Llegaron a la placita de Treiso, último presidio azul antes de la ciudad y fin de trayecto del camión. El camino hasta Alba debían hacerlo a pie… con las piezas y la munición en una caja enorme e inmanejable que sería un engorro. Pero aún era pronto, porque si partían enseguida llegarían a la ciudad entre dos luces, cuando el programa señalaba, prescribía, noche cerrada. Así pues, se entretuvieron un buen rato en la placita, donde los partisanos locales miraban con envidia y vergüenza de sí mismos a los colegas de la Primera, su armamento y sus equipos impresionantes y prestigiosos.

Johnny se retiró a la pared exterior de la placita para fumar en soledad y absent-mindedness, como si buscara un ejercicio de souplesse. Alcanzado el punto justo de vacuidad mental, fue a dar con la vista en el cementerio del pueblo, fantasmal en el anochecer y vigilado con austero cariño por sólidos cipreses, inmensamente superior en clase a la correspondiente y cercana población de los vivos. «Each in his narrow cell for ever laid / the rude forefathers of the hamlet sleep»[30]. Entonces llegó el jefe de los locales a distraerlo.

Por lo que permitía ver el crepúsculo, se trataba de un muchacho fino y espigado, a pesar de su palmaria extracción campesina; nueve sobre diez, el maestro del lugar, cuya formación le había conferido electivamente la primacía y el rango. Se acercó palpándose el pobre uniforme y sus aún más pobres armas y aventuró la opinión de que aquella vez se trataba de algo más que de una de las habituales incursiones agotadoras.

—Algo más, esperemos —dijo Johnny.

—Tenéis morteros —observó el otro boquiabierto y con una admiración desconfiada.

—Ellos, los de la Primera División, tienen morteros —precisó Johnny.

—¿Cuándo nos vestirán y nos armarán así a nosotros?

—En cuanto que un oficial inglés se digne bajar un par de colinas y venir a comprobar que nosotros no somos peores que ellos. ¿Qué tal por aquí?

Dijo que en aquel momento les iba bien, incluso demasiado, unas auténticas vacaciones. Con la guarnición anterior, sin embargo, era un infierno, una avanzadilla en la que no se pegaba ojo, y el coronel enemigo era un gran conductor de hombres; habría sido un gran jefe, hasta más grande que Norte, si hubiera estado de su parte.

—Ahora estamos bien —dijo—. Las mayores molestias me vienen de la Brigada Matteotti, que anda metiendo cuñas en mi territorio, por la parte del río. Los partisanos propiamente dichos son pocos de momento, pero tienen un civil, ese que ellos llaman comisario, que va por ahí reclutando y se arrima a mis hombres para tentarlos; además hace auténtica propaganda política por los caseríos. La próxima vez pienso tomarle las medidas con mi fusil. No tengo nada contra el socialismo —es más, yo quisiera un socialismo a mi manera—, pero estos no son tiempos lícitos para la propaganda. Yo echaría a quien se presentara en mi escuadra para hablar de monarquía o de partido liberal. Eso luego, luego.

Caía la noche. Right sobre el pueblo había un velo negro inconsútil, pero abajo, donde cabía suponer que se cerniera sobre la ciudad, el velo se desgarraba en grietas dilaceradas y en ojos y remolinos de luz espectral. Johnny silbó, Michele lo imitó y ambos partieron.

Costó una hora asomarse a la colina que dominaba la ciudad después de una marcha inconexa, a ciegas, por senderos y acequias, acompañada del sordo estallido de los improperios provocados por la ciega dificultad. El sargento, que demostró una extrema dureza prusiana, explotó una vez al lado de Johnny.

—¿Y nuestros grandes jefes pretenden tomar y mantener Alba con estos… mocosos?

El ingeniero de reserva, sin duda muy miope, se arrastraba míseramente detrás y al lado de un colaborador Johnny.

Al fin llegaron a la amplia cresta de la colina y se sentaron o se

tumbaron en la hierba fría, empapada y pruriginosa. Johnny contempló su ciudad, ghastly forsaken town. Un chico que estaba cerca musitaba a otro que la ciudad tenía toque de queda a partir de las seis de la tarde. En efecto, el oscurecimiento se aplicaba con un rigor extremo, feroz; y aun así, las lóbregas casas emanaban como un espíritu de luz, algo parecido a una sudoración sucia y maligno-febril de la luz interior, que se proyectaba en vertical para salir al encuentro de la luz no menos miserable que arrojaba el cielo convulso. Johnny sintió un escalofrío y tosió. El río, una serpiente de mármol negro, emisor de horribles reflejos cada vez que recibía su pobre parte de aquella luz del cielo-infierno, estaba, a los ojos de Johnny, «outleting Lethes» y enviaba a lo alto de la colina la idea de su propio sonido fluyente. En aquel momento Michele pegaba salvajemente a un menor que intentaba strike a match para encender una colilla.

Del cinturón meridional de la ciudad partía el eco de unos fusilazos desgarrados y el thudding de las granadas, que manifestaban incluso allá arriba el carácter demostrativo y teasing de los atacantes partisanos y el carácter formal de la defensa de la avanzadilla fascista. Llegaban solo sonidos, sin fenomenología alguna. Uno de los oficiales encargados de los morteros dio un codazo a Johnny para informarse.

—Son partisanos que los debilitan en la puerta sur de Alba. Garibaldinos sin duda. Ahora te enseño el objetivo. —Y Johnny señaló físicamente la ciega, polifémica mole del Seminario Menor en el límite de la ciudad más cercano a ellos—. Así que dispersa a los tuyos por la ladera, delante, para defendernos de posibles patrullas.

Los hombres se diseminaron alrededor del arma que estaban preparando y miraron con nictálope curiosidad a los de la Primera División, que se las arreglaban con los palos. Hacia las diez y media el arma estaba cargada y colocada, metafísicamente dirigida al cielo inmutable.

El primer tiro fue como un único knell que violó, exterminó la inmovilidad absoluta de la noche. Todos los ojos se fijaron en el llano, como si la captación del fogonazo instantáneo en el tejado del edificio fuera solo cuestión de tiempo, pero transcurrió un minuto y nada relampagueó en las tinieblas irreplicantes. No había

explotado.

—Percusor defectuoso —imprecó el ingeniero.

Pero en aquel instante una llamarada muda se arreboló en el noroeste de la ciudad, por la orilla del río. Habían errado más de un kilómetro y Johnny se sonrojó en la oscuridad delante de sus boquiabiertos y no interrogantes hombres. Los otros dos se enzarzaron en una charla complicada e impudorosa de datos, cargas y tablas… luego el de carrera se volvió a preguntar a Johnny si conocía la zona a la que había llegado el tiro.

—Sí, solo terraplenes desnudos, para la salvación de nuestra alma. ¿Vais a repetir?

Angustiado, Johnny asistió a las correcciones, a las rectificaciones. El ingeniero sopesaba ahora en la mano las cargas de lanzamiento.

—Confía en mí —decía—, ya no bastan de ningún modo. Te has dejado impresionar por la longitud del primer tiro.

Pero el de carrera se mantenía en sus trece.

En la siniestra canicie de la noche cercana Johnny vio salir la bomba barrenada, lenta y ebria, como un pez pesado y compacto que emerge intoxicado. Gritó «cuerpo a tierra» y se aplastó contra el suelo, viendo con la última rendija del ojo a los hombres agachados que se tiraban a los plegamientos del terreno. La explosión, el susurrante sweep de los terrones desmenuzados, el gemido póstumo de un arbolillo herido de muerte… pero ninguno de los hombres gemía o callaba demasiado, de modo que a Johnny lo abandonó enseguida el terror. El sargento desaprobaba chascando secamente los labios, los dos se sumieron en una pasividad ausente, en una inermidad absoluta, no ofendidos sino agradecidos a Johnny por las órdenes que daba lacónicamente en aquel momento: evacuar la colina de inmediato para evitar una reacción con mortero de la guarnición despertada; el pelotón de la Primera debía regresar con armas y bagajes a Treiso y él y sus hombres bajar a la ciudad para la última acción, con la esperanza de que todo aquel fragor inútil no hubiera despertado y activado a los fascistas, ni los hubiera inducido a soltar contra ellos una compañía que pudieran encontrarse a mitad camino.

Descendían a la very negra orilla del lago petrificado que era la ciudad a través de caminos y de pasos familiares para Johnny; los

hombres callados, tensos y elásticos, discretamente fiables. A los veinte minutos sailed ya en los silvestres prados próximos al río, locamente empapados, pero no menos agradecidos después de los escarpados senderos de la colina, fenomenalmente accidentados, borrados por la noche, exigentes de demasiada tensión. El crujido de los hombres en la hierba alta sonaba tremendo, sweeping, aún no cubierto por el tamborileo de la cascada de la vecina central eléctrica. Johnny se volvió a mirar el desfile a la luz canosa: «Yea, we were a ghastly crew»[31]. Michele se situó a su lado.

—Es tu ciudad. Y todavía tienes padre y madre. Si supieran lo cerca que estás… A lo mejor el Supremo les envía la inspiración.

En un susurro, Johnny dijo que prefería que no; dentro de poco, cuando empezaran los tiros, también ellos empezarían a sufrir.

De la ondulada hierba pasaron a la tierra firme de una vereda y luego al puentecillo del canal de la central, donde las últimas salpicaduras de la cascada rociaron deliciosamente el rostro de Johnny y llevaron a un perfecto nivel su frialdad y su equilibrio. La escuadra se dividió pasado el puentecillo: una mitad fue con el sargento a tomar posiciones en el talud del acueducto de la central, y la otra con Johnny y el balbuciente apoyo del fusil ametrallador que había pertenecido a Kyra, para apostarse entre el campo de tenis y el yard del aserradero e impedir una broma envolvente del cercano puesto de control y, sobre todo, una ambiciosa salida por la entrada de carros del seminario-cuartel.

—Si no reaccionan y nosotros sabemos dosificar el fuego, les armaremos un buen follón durante media hora. Se ataca a media noche en punto, en el corazón de su implorado sueño —concluyó Johnny.

En el nuevo endroit no había cambiado nada para Johnny desde los tiempos de paz; aparte de la enorme decaying de los campos de tenis, nada estaba alterado, ni siquiera los montones de madera, como si la jornada del aserradero acabara de terminar y nada, nadie, hubiera menoscabado los montones abandonados, que, escurridizos y con un olor no desagradable a humedad, protegían ahora el apostamiento de sus hombres.

Se apostaron y en el acto, espasmódicamente, pusieron oídos a los ciegos muros del edificio, distante no más de cuarenta metros. Pronto, los hombres tumbados empezaron a toser entre los susurros

críticos y blasfemos de los compañeros rigurosamente silenciosos, que sin embargo criticaron por mero instinto de riña, pues por lo demás nada temían. Aunque los fascistas estaban más cerca que nunca y solo un mínimo diafragma se interponía entre el desdichado jadeo y su miserable sueño. Johnny estaba absentminded y físicamente cozy a pesar de la humedad; solo el tabaco, deseoso de raíces profundas, surcaba sus vísceras como si le hurgaran con un alfiler.

El silencio de la ciudad, aquel silencio del que participaban su padre y su madre, era perfecto e inmanente. Qué otra cosa podían hacer los dos viejos sino callar y esperar, esperar que su cuerpo corriera hacia ellos vivo, sonriente y waving, como si no hubiera sucedido nada o lo sucedido hubiera sido poco o breve; o por lo menos noticias, últimas noticias. Pues tendrían que callar y esperar hasta el final, sin falsas interrupciones a la mitad del silencio y de la espera. «¡Pero estos locos quieren tomar Alba!», gritó Johnny para sí.

Algunos reprimían entre espasmos los golpes de tos, otros se preguntaban la hora en un susurro y el rocío exudaba en el metal de las armas con un chasquido infinitesimal.

Con la inmensa oleada del primer toque de medianoche Michele abrió fuego y todos los hombres lo siguieron. Un instante después, detrás de los altos muros, las roncas trompetas fascistas resonaron hasta el paroxismo de la intolerancia.

Los partisanos redoblaron, las trompetas enloquecieron y, como en paroxística exaltación, los chicos de Johnny salieron de detrás de los montones de madera y se acercaron a los ciegos muros del cuartel, pero locamente, ciegamente, como si quisieran chocar contra ellos. Alguno había llegado a los défilés de los aledaños, pero otros estaban incluso detrás de los troncos de los árboles del paseo, asomando la cabeza hacia el gleaming asfalto, a diez metros del cuartel. En un instante descargaban contra las ventanas atrancadas un tiro, diez retos y veinte injurias. Johnny había dejado de gritar para aconsejar atención y retirada y ya estaba mezclado con ellos en el frente de frentes. Desde el otro lado, intrigados por el jaleo, los hombres de Michele habían intensificado el fuego mezclado con gritos salvajes. Johnny, detrás de un plátano exudado y repelente, en el límite del asfalto, cubría con su Sten la entrada de carros y las

primeras ventanas. La cercanía era tal que de tanto en tanto se podía captar desde el otro lado de los muros del cuartel lo que ocurría dentro, lo que se experimentaba y se decía. Entre los soldados había alguno que lloraba libremente, sin disimulos, otros se veían empujados a reaccionar y a revolverse por el paroxismo del miedo y del abatimiento. No obstante, estos últimos no abrían las ventanas para responder al fuego, sino que rechazaban a voz en cuello las injurias y añadían un cierto ruego exasperado de ¡basta ya! Uno, con la voz más alta y más firme, pedía, ciertamente a un oficial, que los condujera fuera para combatir como hombres, cuerpo a cuerpo, un *tantum* a cielo abierto.

Johnny was sickened. Llevaban allí cinco minutos y los hombres, lejos de retraerse, empleaban a fondo las voces y las cartucheras. Él mismo, cediendo a la locura generalizada, habría disparado ciegas ráfagas contra las ventanas y sin duda se habría sentido mejor, pero ni siquiera aquella vez traicionó su sagrado concepto de la munición. También se disparaba sin economías por la parte del sargento… Se volvió de un salto y se cubrió con el tronco y con el arma ante la inminencia de una sombra sinuosa, pero era solo el enviado del sargento, un chiquillo que serpenteaba sobre los codos y miraba a un lado y a otro con tanta técnica y protocolo que él solito habría podido redimir a los demás locos. El sargento preguntaba qué debían hacer. Dado que casi habían agotado la munición, ¿se retiraban para encontrarse en el punto convenido? Cierto, si la meta era ni más ni menos que armar jaleo, nadie podía regresar más glorioso y triunfante que ellos. El chiquillo se volvió serpenteando con la misma prudencia inalterable.

Johnny gritó retirada. Al segundo grito obedecían, se giraban para pegar el último tiro y ya no estaban en el asfalto, ni en el paseo, ya pisaban la hierba del primerísimo campo. Habían vuelto en sí y Johnny suspiró al borde del vértigo. Pero el del fusil ametrallador se volvió loco. Regresó de un brinco al asfalto y se dirigió al cuartel y a toda la ciudad manejando el ametrallador en bandolera y gritando su desafío, sus definiciones y su triunfo solitario. Se alejaba erguido y seguro por el glaming asfalto hacia el centro de la ciudad. Johnny y alguno más, sickened por su locura, le gritaron que volviera pero ya solo podía detenerlo una ráfaga enemiga. Johnny notó en la nuca el tórrido aliento de Michele que

había llegado corriendo para comprender.

Aquel hombre iba a perderse y el ametrallador con él. Johnny saltó por encima de las húmedas hojas del paseo, franqueó la zanja y cayó en el asfalto sucio a espaldas del hombre, grinning detrás de él como detrás de un enemigo mortal, pero, cuando ya estaba al alcance de la mano, un disparo tremendo y omnipresente en su singularidad recorrió el paseo de punta a punta y el chico se dobló, volvió a elevarse y se desplomó. Al mismo tiempo se oyeron en el asfalto los pasos del hombre que había disparado y que ahora buscaba el abrigo del puesto de control.

Johnny arrastraba por las piernas al herido sobre el facilitador asfalto en dirección a la zanja. El puesto de control se había cerrado como una tortuga y, por otra parte, el sargento lo cubría con eficacia, pero si los hombres acuartelados se animaban a raíz del exploit del puesto, los destruirían en un abrir y cerrar de ojos. Aun así, los partisanos desfilaron con sobriedad, a pie no demasiado ligero, con no demasiada premura, por delante del cuartel sin que este perdiera una nuance de su sepulcralidad.

Ya en campo abierto y en dirección al río, cuatro hombres llevaban en parihuelas al herido, que no jadeaba, respiraba casi con normalidad. Nadie sabía dónde y cómo lo habían herido, hasta que uno de los portadores que le palpaba el tórax anunció que le sangraba copiosamente sobre una mano. Michele encendió su tosco mechero de llama hedionda y mastodóntica y alumbró el pecho del herido. Sin duda había perdido la conciencia y comenzaba a respirar produciendo un sonido bronco. Los hombres se alternaban en el transporte. Resonó una trompeta en el cuartel… Johnny jerked direction al fantasma de un caserío en el campo abierto y prefluvial. Había que depositar en el suelo al herido un minuto, considerarlo y decidir por él. La hierba estaba empapada y era espesa, resistente al paso, la fachada de la casa parecía warp and shrink por el terror de verlos aproximarse y, contra el fondo del sweeping rumor del río, el perro guardián se puso a ladrar. Por el timbre se adivinaba que era de los del tipo cascarrabias, de sobria y grim fidelidad y de vocalidad nerviosa e incansable; enloqueció enseguida y todos comprendieron que estaba al límite de la cólera. El sargento se adelantó para llamarlo con chasquidos de la lengua y, deteniéndose en el límite del patio, quiso atraerlo con apelativos

cariñosos, mimándolo, aplacándolo, pero el perro ladró más alto y más desquiciado. Entonces, dando un suspiro, Michele disparó —tiro terrible también este por su soledad— y el animal cayó en la miseria del polvo empapado.

Johnny los dispuso a todos frente a la ciudad indescifrable, en una ladera plantada de sauces, donde los hombres estaban tan inmóviles y tan vibrantes como los vástagos. Llamó a la puerta, pero no obtuvo ni un aliento, ni un shuffle. Repitió, oyendo el latir de los corazones al otro lado. Acercó la boca a una rendija de la puerta vieja y sólida y susurró con la vehemencia del cansancio.

—Abrid. Estáis despiertos y en pie. No finjáis. Habéis oído la muerte de vuestro perro. Abrid. Necesito vuestra casa cinco minutos, luego me iré. Tal vez haga falta que me deis un carro y un animal. Os hablo con franqueza. Abrid.

Entonces respondió el hombre con una voz que oscilaba entre el miedo, la incertidumbre y la más tremenda de las cóleras.

—¿De qué calaña sois?

Johnny pronunció lisa y llanamente la palabra.

—Puede que seáis partisanos, pero ¿qué pasa si sois malhechores? —Y quería decir «fascistas».

—Partisanos somos —dijo el sargento, pero con un acento tan insular que, a través de la puerta, Johnny veía al hombre erizarse de nuevo, multiplicadas la incertidumbre y la sospecha. Johnny le habló en dialecto.

—Somos partisanos, uno de los nuestros está mal herido y los demás están muy nerviosos. Si tardas, se ocuparán de ti y yo no podré impedirlo.

Entonces el hombre lanzó un suspiro y descorrió el cerrojo. Continuaba oscuro cuando todos entraron, pero alguien prendió una cerilla y encendió una lámpara de petróleo.

—Tú eres… —dijo el campesino.

—Sí, soy yo…

Años antes se habían conocido de vista. Johnny recorría aquel camino cuando iba a bañarse en la parte baja del río y siempre se encontraba con aquel hombre trabajando en su campo periclitado por las aguas. Con una ansiedad mortal, preguntó si los fascistas venían tras ellos, y cuando Johnny le dijo que no, rogó que no hicieran mucho ruido para que a su madre, que estaba arriba, no le

diera un soponcio.

Suavemente depositaron al herido en el pavimento. La lámpara inclinada sobre su cabeza le daba el horrendo aspecto de un decapitado. Estaba sin duda gravísimo, pero conservaba un hilo de respiración ronca. Era probable que se encontrara ya al otro lado. Los hombres se alternaban para echarle una ojeada incompetente y definitiva para cada uno de ellos. Michele, que estaba taponándolo, pedía pañuelos a su alrededor. No cabía duda, necesitaba cirugía, pero el hospital más próximo y relativamente equipado se hallaba en Neive.

—Tú tienes un carro y un animal. Engánchalos y sácanoslos al patio.

—Tengo eso que dices y te lo doy porque me lo quitaríais de todos modos, pero no contéis conmigo para que os haga de guía.

Los hombres de origen campesino corrieron al establo con un ímpetu y una competencia absolutamente profesionales. En un minuto el animal estaba fuera, harnessed y enganchado a la carreta; era una mula que olisqueaba intrigada al perro tendido en el polvo. El hombre preguntó a qué comandancia debía reclamar sus cosas. Johnny le dijo que no habría necesidad, porque dentro de una hora lo encontraría todo un poco antes de la boca del túnel, en un pastizal. Al campesino se le iluminó la cara por la inesperada felicidad y no quiso la lámpara de petróleo que Johnny transportaba para alumbrar la travesía del túnel. No vio que el sargento, precisamente para continuar con el transporte, se le llevaba una escalerita del henil.

Costearon el río, cuya escasez de agua se cargaba de amenazas en la oscuridad, cruzaron el último puentecillo sobre el canal de la central, donde este confluía con el río, y comenzaron a subir. La respiración del hombre era flébil, pero no movía el cuerpo razonablemente cómodo sobre el lecho de forraje que habían extendido para que estuviera a gusto. La mula tiraba, pacífica y acariciada por los hombres enternecidos. Johnny, en calidad de único conocedor del camino engañoso e irregular, pasó a la cabeza. Llegó al túnel con tanta ventaja que tuvo que esperar unos minutos y los animó desde arriba con una voz sorda pero también más eficaz. Le sobró solo un instante para dirigir la última mirada tranquila a su ciudad, que desde lo alto parecía larga y compacta,

fabulosa, como un crucero de hierro negro varado en un negro mar aquí plano y allí apocalípticamente agitado por las olas.

La boca del túnel gaped en la oscuridad, más oscura y al mismo tiempo más visible, las primeras vías herrumbrosas brillaban a trechos en las tinieblas embocadas. Descargaron la carreta y la apartaron para que el animal pudiera tascar pacíficamente hasta la llegada de su amo. Johnny se quedó con el herido y seis hombres. El sargento y los demás continuaron por la enorme colina, directos a Mango, para que Pierre no pensara nada raro ni tomara las medidas oportunas. Llevarían al herido hasta Neive por el túnel y ganarían sus buenas dos horas.

La galería se los tragó. Johnny en cabeza con la lámpara, el herido, los cuatro porteadores con la escalerita y al final dos hombres de reserva. Al principio la marcha fue fácil, incluso interesante, sin demasiados tropiezos, en un ambiente carbonoso no del todo desagradable, pero más adelante uno de los porteadores balbució con la boca seca:

—¿Cómo es de largo?

—Varios kilómetros.

—Pero ¿cuántos?

—No me acuerdo, varios.

Un compañero se burló de él, ¿tenía miedo de que pasara un tren?

—No, de sobra sé que la línea lleva meses interrumpida. No es el tren, es otra cosa lo que me da miedo.

Johnny checked la conversación, porque nada en aquel momento era más contraproducente que una conversación de naturaleza fantasiosa, pero más adelante (¿cuánto habían avanzado?, ¿dos mil metros o eran doscientos?) la charla resurgió como una irreprimible necesidad vital de la que el propio Johnny ya no podía librarse. La retomó el mismo que antes se había burlado.

—Di ahora de qué tenías miedo si no era del tren.

—Todavía lo tengo —respondió el otro con una efervescente crispación de los labios—. De las minas. Ya está dicho, de eso tengo miedo.

—¿Qué minas? —preguntó Johnny con dureza—. ¿Quién ha dicho que la galería esté minada? ¿Cuándo y por quién?

—Quién sabe, jefe, pueden haberla minado los partisanos para los fascistas o los fascistas para nosotros. Vaya usted a saber.

—Si la hubieran minado los partisanos, lo sabríamos.

—Quién sabe. Tantos hacen las cosas por su cuenta y según su cabeza en esta guerra.

Se quedó ahí, pero posar un pie producía tanta angustia como alivio levantarlo. Ahora los porteadores pedían el cambio con voces ásperas e imperativas y los de reserva se sometían sullenly, respondiendo a gritos a los reclamantes. El herido silbaba entre los labios áridos y entreabiertos. Johnny colaboró en el transporte y le vino bien, porque se sintió devuelto por completo a la finalidad, a la realidad de las cosas. Pero ¿cuándo se terminaba la galería? Era como el amor, como la guerra.

Recuperó la cabecera y la luz. Lo atenazaba la migraña y tal vez algún otro mal misterioso, como un morbo aéreo del que uno no puede librarse jamás. La ensalada de tiros del seminario-cuartel había ocurrido semanas antes y la prueba de los morteros era un hecho de su infancia, ¿o no había ocurrido nunca? En aquel momento tropezó y en su intento de conservar el equilibrio rodó por media galería, flashing con un morbo fulmíneo los laterales y el techo hasta detenerse crashingly contra las paredes. El hollín todavía grasiento le repugnó al contacto como la piel de una serpiente y, a la luz de la lámpara, vio la enorme, espesa y leprosa extensión. El herido gemía; seguro que sufría de un modo horrible si tenía que expresarlo con aquel gemir tenue, frívolo, desvanecido…

Pero allí estaba la salida del túnel, aún cerrado y sin embargo entreabierto a la luz móvil y azulina previa al alba. Hubo un suspiro de liberación y un rush unánime hacia el cielo abierto.

Superaron acrobáticamente la escarpada y llegaron al pie de una pendiente hinchada, interminable, con un cierto aspecto desértico que nada tenía que ver con la natural y previsible ausencia del hombre; hasta la naturaleza parecía haber desertado de sí misma en aquella hora extraordinaria. En el borde del terraplén había un caserío fantasmal entre unos árboles guardianes altos y robustos. Depositaron al herido que ardía de fiebre en la hierba húmeda de rocío y Johnny envió al más ligero y veloz de ellos hasta la casa dormida. Había que bajar con el carro y el animal para continuar

rápido hasta Neive. Lo siguieron con la mirada hasta que se sumergió en los vapores nacientes.

Ahora, el herido reeled, con un estertor mayor y más agudo.

—¿No podías haber estudiado para médico, jefe? Carrera por carrera… —preguntó un muchacho con sencillez.

Todos se sentaron a su alrededor, tosiendo sin reparos, y para no mirarlo, miraban al cielo atormentado por el parto de luz. El chico no aparecía en el desnudo terraplén para hacer las señales convenidas, así que Johnny envió un segundo en ligereza y velocidad. Sin embargo, nada más enviarlo, vieron asomar al primero por el terraplén alboreado: no le seguían ni el carro ni el animal, pero hacía señas cordiales y reconfortantes y los postigos de la casa se abrían enérgicamente a la realidad del día. Entonces el herido produjo un brevísimo cough y Johnny, volviéndose como un rayo, vio en su rostro el fulminante sello de la muerte. Ya no era el loco de la medianoche, sino el hombre alcanzado y destruido por una sacrílega bala fascista. Confirmó con la cabeza ante las miradas inmóviles y aun así interrogadoras de los demás.

El carro descendía arrastrado por una vaca sportive, con dos campesinos, uno viejo y el otro un chaval. El chico miró al muerto shrinkingly, pero el viejo empleó un tiempo en contemplarlo.

—Está muerto. Yo hice la guerra del 15 y vi muchos de estos.

Lo estaban extendiendo en un montón de sacos. Uno de los chicos preguntó si estaban mortalmente seguros de que estuviera muerto. El viejo lo consideró con ironía antes de decir:

—Os lo confirmarán enseguida. Tenemos en casa un médico evacuado de la ciudad… —Y se adelantó para azuzar al animal.

A la luz consolidada, uno de los chicos goggled al reparar en la afrenta del hollín en gran parte de la piel y de las ropas de Johnny, pero otro se acercó a musitar:

—He comprendido una cosa, Johnny, que su madre y la mía son una sola y única persona.

Era una alquería enorme y en condiciones óptimas everywhere, suficiente para asegurar una vida rica a una familia numerosa de la ciudad y buena para emplear a la mitad de los descendientes de Abraham. El médico salió al patio en pijama, flaco y velloso como un pájaro. Tuvo un tic de impaciencia al comprobar hasta qué punto estaba muerto el muchacho. Las numerosas mujeres de la

casa miraban desde las ventanitas bien surtidas de cortinas. Llevaron al muerto al cobertizo, dejando al animal enganchado al carro mortuorio. Johnny se dirigió a la bomba de agua para lavarse desnudo de cintura para arriba. El viejo (¿el patriarca?) se acercó a estudiarlo mientras se lavaba, con una mirada intensa pero paternal.

—Estás flaco, patriota, y eso que nosotros los campesinos no os mantenemos nada mal.

Johnny resopló entre el agua abundante.

—He dejado una casa en la que me mantenían infinitamente mejor, pero nunca estuve menos flaco que ahora. ¿Tienen jabón?

El viejo beamed de perplejidad. Era agudo y buscaba serlo más.

—Desde luego debes de ser de buena familia para pedir jabón en estos tiempos, en los que el jabón se acabó. Podríamos hacerlo con grasa de animal, pero…

—Así les estropearé la toalla.

—Estropéala, chico, ya lavarán las mujeres.

Regresaron al cobertizo, adonde se acercaban con pasos vacilantes los chiquitines de la casa. El viejo los ahuyentó como a pollitos.

—Téngalo en el cobertizo hasta que llegue el camión que enviaré desde Neive —dijo Johnny.

El patriarca tembló.

—Yo no soy ni débil ni cobarde… si le contara todo que han visto mis ojos, pero… si suben los fascistas y me lo encuentran en casa… Patriota, fíjate en la extensión de mis tejados y en el número de mi gente.

—No se preocupe de los fascistas, no subirán. Nosotros sí que bajaremos a tomar la ciudad dentro de diez días.

El simple anuncio redujo al silencio el runrún del patio inmenso. El viejo abrió mucho los ojos, luego se quitó el sombrero y se rascó sonoramente la costra antigua de la cerviz.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué dirá Mussolini?

II

Capítulo 21

La ciudad (I)

Avanzada la mañana del diez de octubre se dirigieron a la ciudad. Un millar de partisanos de Norte congestionaba la última cuenca antes de Alba, a la sombra de la última colina. Un grupo de oficiales partisanos se situó en una altura y apuntó sus prismáticos. Desde allí y hacia allí bullían los correos motorizados, para aborrecimiento de los amontonados partisanos que marchaban a pie, torvos, resignados y superiores, como todas las infanterías.

Las negociaciones, las últimas, iban para largo. A la misma hora, en una de las salas del obispado y con el arbitrio del vicario general de la diócesis, dos oficiales partisanos, uno de la Primera División y otro de la Segunda, insistían en el éxodo inmediato de la groggy guarnición fascista. Pero iba para muy largo. Los partisanos llevaban tiempo pateando los campos sordos.

—Uno de los correos refiere que el transbordador parece listo para un tráfico extraordinario —dijo Pierre—, sin embargo, aún no se ha visto a nadie en la orilla. A esta hora, llegados a los últimos acuerdos, deberían estar ya todos fuera. Pero ¿qué pretenden? ¿Quedarse en la ciudad, en medio de su propia sangre?

Se oyó el ventoso rumor del automóvil de Norte, listo, al igual que sus ocupantes, para la entrada triunfal: dos conductores, ya en postura de gala, y Norte solo en el asiento de atrás, enfundado en un breath-taking mono de caucho negro con unas cremalleras deslumbrantes. El puesto vacío a su derecha estaba literalmente empedrado de paquetes de cigarrillos ingleses. Norte llamó a Johnny para que se acercara y le indicó que se sirviera del tabaco.

—¿Qué opinas del retraso?

—Digo que si la empresa nunca ha tenido grandeza, ahora ni

siquiera tiene decencia. Imagina por un instante que los fascistas se ponen a gimotear y tenemos que echarlos a patadas en su asqueroso culo.

Uno de los correos se encuadró en la ventanilla.

—Nada todavía —anunció—. ¿A qué se dedican en el obispado? ¿A los juegos de sociedad?

Entonces Norte ordenó que todos los hombres guarnecieran la pelada cresta de la colina para dar una imagen instructiva a los indecisos fascistas. Los hombres se apresuraron a subir a la altura, donde se ordenaron en filas. Johnny contempló los muros rojos y marciales del obispado que encerraban aquel último parlamento. La ciudad parecía desierta y sin embargo viva por un latido cardiaco secreto. Entonces creyó ver bandadas de hombres que se acercaban al transbordador por los malecones. ¡Ojalá tuviera unos prismáticos! Un oficial le pasó los suyos y le aconsejó mirar antes a la puerta sur de la ciudad que al transbordador. Johnny apuntó hacia allí, para descubrir un neurótico hervidero de centenares de garibaldinos que se agitaban en la periferia, dispuestos a romper la tregua y a invadir la ciudad antes que nadie.

—Ya verás cómo entran los primeros —dijo el oficial—, cosa que no quiero. Y no por nada, sino porque me repugna esa constante proneness suya a la propaganda. Voy a decirle a Norte que nos envíe a la misma altura, aunque naturalmente a la puerta septentrional.

En aquel momento los adelantó un correo en motocicleta que iba disparado hacia el coche de Norte. Ya está, pensaron. Norte oyó, se puso de pie, desfigurado por una furia mortal, y gritó que atendieran todos.

—Diles que yo me acerco con todos mis hombres a la periferia y que, si no evacúan la ciudad antes de las once, me ocuparé de que no salga nadie vivo.

El correo salió a toda pastilla.

Los partisanos descendieron; sus meros pasos detonantes como disparos. Sin ojos para las banderas que aparecían en las primeras casas, sordos a los «vivas» de las primeras gentes liberadas, la marea no se detuvo hasta el límite del asfalto de la circunvalación. Con la respiración casi bronca, después de varios meses de hillwilderness, la ocupación de una ciudad real resultaba intoxicadora, all taking.

Pierre tuvo que dar un brinco en el asfalto y ponerse delante de los hombres para que no avanzaran ni un solo paso: había una tregua y un compromiso de respetarla. No habría podido bloquearlos si no lo hubiera salvado la general curiosidad por el automóvil en que Lampus y Norte se apresuraban a hacer la entrada triunfal: un coche enorme, todo él amarillo, manifiesto botín de guerra tomado a los alemanes, con un hombre armado de Thompson en cada uno de los guardabarros, y detrás, por encima de las cabezas firmes de los jefes, otro hombre descollante que blandía una Bren giratoria.

Pasados unos minutos de las once, los dos parlamentarios partisanos salieron del obispado, sonrientes, sudados y pálidos, y tras un minuto más de recuperación hicieron un alegre y confidencial gesto de «avanzar». La oleada se elevó y se abatió sobre la ciudad, arrastrando al inmóvil y extrañado Johnny, que ahora realised la verdadera gloria de la situación, a pesar de las grises promesas y del negro futuro. Era la primera ciudad libre de la Alta Italia, es decir, de la única Italia. Se oía ya, exaltante y opresivo, el fragor de las campanas y el boom de los «vivas» de la población. Postigos que se abrían como disparos, gente que se asomaba a los alféizares como si quisiera tirarse para un abrazo total e inmediato… Los chiquillos rebullían ya entre las piernas de los partisanos que avanzaban, venciendo con el infalible amor de los hermanos pequeños el pánico que les infundían las armas, los variados uniformes y los rostros trastornados.

Johnny, exhausto de felicidad y de arrepentimiento, se dirigía al centro. Pierre lo alcanzó: hacía falta una escuadra en los malecones para controlar el éxodo fascista.

El sargento fue con él y con los consabidos treinta hombres más una ametralladora americana. Nadie debía pegar un tiro, ni mucho menos birlarles los equipajes, había dicho Pierre. Caminaron por el paseo del seminario, que dejaba de hacer las veces de cuartel, en dirección a la central eléctrica y más allá. Los chicos marchaban de mala gana, criticando, ¿por qué precisamente a ellos este trabajo mientras los demás disfrutaban del centro, de la multitud, de las chicas…? Procedían así, con un paso decidido y faccioso que los volvía más adultos. El paseo estaba desierto, sacudido solo por los ecos del gigantesco fragor de alegría del centro de la ciudad, y el eco del bourdillon de las campanas aterrizaba en el asfalto sordo

como una lluvia de plomo. Abandonaron el paseo y se desviaron en dirección al transbordador por caminos de hierba.

En la superficie del agua corría un estremecimiento de póstuma felicidad estiva, pero el malecón y el arenal estaban desolados, miserabilizados por la miserable apariencia del destacamento fascista que se preparaba para embarcar en primer lugar. Johnny alineó a los hombres a una cierta distancia, ordenó colocar la Buffalo con discreción y eficacia y se dedicó a vigilar a los suyos para evitar que, excitados e instigados por el estruendo que salía de la ciudad como de un estadio en el que se marca un gol a cada minuto, se desfogaran de mala manera con los pobres evacuados.

El primer oficial que subió a la embarcación lloraba con la cabeza gacha, y los partisanos lo vejaron sonoramente, pero él, lejos de reaccionar, aceleró hacia la embarcación, más veloz y más débil.

Los primeros transbordados reposaban ya en la otra orilla, no en el límite del agua, sino en el verde, al reparo de un pequeño malecón; asomaban medio busto, ansiosos por ver la continuación del éxodo y temerosos de un fuego por sorpresa de los partisanos. Los barqueros hacían su trabajo apretando los labios, con rostros impenetrables, y hablaban con los oficiales fascistas solo cuando era imprescindible para la distribución de los hombres y de los bultos. Los fascistas llevaban una discreta dotación de armas con abundantísima munición, todo lo cual miraban los partisanos con una codicia indisimulada. Comenzaron a cundir las insinuaciones y los hints, de modo tal que Johnny tuvo que recordarles que en el acuerdo se decía «comprendidos armas y equipajes».

El paso de un millar llevaría horas y solo habían pasado unos doscientos. Los hombres se revolvían aburridos de tener las manos atadas, hartos del mísero espectáculo que ofrecía el enemigo, hambrientos y con el deseo de la ciudad que todavía retumbaba de aplausos y de repiqueteos de campanas.

—Mira, Johnny —dijo Miguel [32]—, esto es lo que distingue un ejército partisano de un ejército regular: en un ejército de verdad, cuando estás lejos, se acuerdan igual de ti en todo y por todo, por la paga, por el rancho y hasta por el correo. Con los partisanos, no, con ellos hombre lejano equivale a hombre muerto. ¿No te parece?

A las tres —el sol hacía su equipaje— llegó por el otro lado del camino del transbordador un destacamento comunista, exiguo pero

selecto a juzgar por el aspecto de los hombres. Esbozaron un saludo a los badoglianos y luego clavaron sus ojos en la baja y estíptica riada de fascistas.

Aquellos eran los hombres que habían desviado el lanzamiento inglés. Todos llevaban Sten o Remington y vestían uniformes ingleses completos, si bien, para marcar distancias, casi por distinguirse con una cierta socarronería, habían recargado el incongenial traje de batalla con sus antinómicos distintivos a base de estrellas y bufandas rojas, cuyo efecto de conjunto chocó a Johnny y lo desconcertó. A pesar de la regularidad del atuendo, produjeron en los evacuados fascistas un temblor mayor, un malestar más largo y strain.

Su jefe se levantó de la hierba, se sacudió, se arregló en su elegante descoyuntamiento y bajó por el camino con paso firme y guasón, atravesando impasible la cloaca desbordante de los fascistas que se dirigían al embarque.

Se arrodilló delante de Johnny.

—¿Me invitas a un cigarrillo inglés?

—¿Cómo sabes que fumo inglés?

—Por el azul del humo.

Le dio un Craven A.

—Me gustan enormemente. ¡Al diablo las campanas!

Aunque la ovación de la muchedumbre se había aquietado, las campanas rolled on, atronadoras.

—Yo os creía bien abastecidos de cigarrillos ingleses, más que nosotros —dijo Johnny.

El otro lo miró de través, con una atención humourística.

—¿Nos los haréis pagar? —preguntó.

—Lo pregunto por pura admiración —precisó Johnny—. ¿Cómo lo hicisteis? ¿Quién es el genio…?

—El genio está muerto —dijo el otro, dibujando una mueca—. Murió a los pocos días de la broma en un enfrentamiento con la caballería de estos en V. Un enfrentamiento que comenzó bien para nosotros y que acabó de mala manera precisamente porque perdimos a Gabilondo. Aquí nadie se hace ilusiones, caeremos todos y los últimos en llegar verán la victoria, pero lo cierto es que Gabilondo tendría que haber sido el último de nosotros en morir.

—¿Comunista?

—¿Gabilondo? De pies a cabeza.

—¿Y tú?

—¡Puf! —Pero el desprecio era por él, no por la idea—. Además, mira mis compañeros. Son quince y puedo decir que forman la crema de nuestra brigada. Pues bien, solo uno es comunista, aquel achaparrado, el de las pecas y las gafas. Y yo soy el menos comunista de los catorce no comunistas. En cambio, me comería el corazón de quien se atreviera a soltar siquiera una risita delante de mi estrella roja.

Los compañeros le silbaron para que volviera.

—Me voy, los míos se enfadan porque se hace tarde para los prostíbulos. Según tú, amigo mío, ¿cuántos días nos dejarán los fascistas en poder de la ciudad? —Lo preguntó en voz alta, indiferente a los oídos atentos de los fascistas que pasaban.

—Quince —dijo Johnny, y como el otro grimaced, añadió—: ¿Te parezco optimista?

—Superoptimista. —Y volvió a abrirse paso en la riada.

A las cuatro y media, la serpiente del embarcadero comenzaba a enseñar los anillos de la cola. Llegó Pierre, no para la rotación del personal, sino por pura nostalgia de sus hombres. Llevaba los ojos rojos, impúdicamente. Sabiendo que iba a empezar un discurso de interés para todos, los hombres lo rodearon, olvidados del desfile de los fascistas.

—La gente, Johnny, la gente, chicos, el pueblo —decía a propósito de sus ojos enrojecidos—. Ya lo veréis, tenéis que verlo todos. La gente te invita a su casa a comer, a tomar un café o un refresco. La gente. Johnny, había que hacer esto solo para entenderla. Si nos arrojan de nuevo a las colinas, allí arriba nos servirá de consuelo su recuerdo. Pero, chicos, yo creo sinceramente que con esta gente conservaremos la ciudad hasta el final.

Los hombres hurraed para sobresalto de los fascistas.

—Y —continuó Pierre—, como os ibais a enterar de todas formas… me han nombrado comandante de tercera.

Los hombres aplaudieron.

—Gracias, pero me he sentido horriblemente incompetente.

—Usted, teniente, es el que más conciencia tiene de todos —dijo Miguel.

—Pero yo hablo de competencia —precisó Pierre.

—Miguel lleva razón —dijo Johnny—. Tú tienes conciencia, así que no te preocupes mucho de la competencia. Piensa en los jefes que no tienen ni de lo uno ni de lo otro.

Pierre le indicó con un ademán que fuera a ver la ciudad y la gente.

—Quiero verlos a todos en la otra orilla —grinned Johnny.

Faltaba poco para terminar, no quedaba más que un piquete de oficiales, los superiores, con abundante escolta y equipaje. Allí estaba el coronel comandante que produjo en Pierre y en Johnny la plena sensación nauseabunda de la indignidad de toda una casta y en Michele un insoportable renacer de la conciencia jerárquica. Era mayor, gordo, de una gordura que daba al traste con la tolerable discreción de su uniforme, y tenía un rostro ajado de burócrata, más inquieto que avergonzado; iba completamente desarmado entre su armadísimo séquito. No era otra cosa que el liquidador de la fallida gestión militar-fascista de la ciudad. En contraste, su séquito lo rodeaba de las atenciones más solícitas y más marciales. Subieron todos a la embarcación, y Pierre y Johnny avanzaron por la orilla, como para poner el sello definitivo. Entonces, con un gesto, el coronel los invitó a acercarse y con otro gesto ordenó a los barqueros que no se apartaran aún de la orilla. Pero fue otro oficial el que habló, un hombre sobre los cincuenta años, con un rostro duro y una boca ansiosa, quizá el jefe de estado mayor del regimiento.

Miró con ojos penetrantes los pañuelos azules y preguntó si eran badoglianos, o mejor, stated it.

—Eso no representa ninguna diferencia, señor —dijo Pierre.

—¿Son ustedes oficiales? —preguntó aún, casi sin interrogación.

—En el sentido formal de ustedes, solo él —dijo Johnny señalando a Pierre.

—También usted me lo parece, en el verdadero y único gran sentido del término. Bien, ahora la ciudad es suya. Iré más allá, imaginaré que son los dueños de toda Italia. ¿Qué haréis con ella, chavales?

—Une petite affaire route serieuse —dijo Johnny, y Pierre asintió con su inimitable earnestness.

—Quiero decir —insistió el mayor— que si existirá aún una Italia con vosotros.

—Cierto y, por favor, no se preocupe.

El coronel suspiró pesadamente, el mayor saludó con rigidez, imitado por una parte de la oficialidad, y los barqueros tiraron del cable. Y como si alguien hubiera hecho señas desde los glacis, de golpe la ciudad volvió a estallar en «vivas» y campanadas. Johnny y Pierre se abrazaron; con los pies sumergidos en el agua de la orilla, los hombres bailaban al ritmo de las campanas y gritaban como salvajes.

—Sois libres —les dijo Pierre a los hombres—. Id a disfrutar de la ciudad. Veo que bajan las patrullas de turno. Mañana comenzaremos a fortificar los terraplenes.

Ascendían tranquilamente los terraplenes en dirección a la ciudad cuando un ragged tumulto en la otra orilla los obligó a volver la cabeza y detenerse. En el calvero medio oculto que había detrás del arenal de la Colonia Helioterápica, seguramente inflamada por las arengas de algunos oficiales, la tropa respondía con voz atronadora, arrastrada a un salvaje éxtasis por la dolorosa vergüenza y el espíritu de venganza.

Los hombres regresaron a la orilla, se agazaparon allí y Miguel apuntó la Buffalo al otro lado del agua. Las patrullas recién llegadas bajaron también a ponerse al abrigo y tomar posiciones. Mientras tanto, la embarcación regresaba de su último viaje y los marineros, viendo lo que se preparaba en ambas orillas, agarraron el cable entre gritos para acelerar el retorno. No ametrallaron desde la otra orilla, pero atacaron la ciudad liberada con los morteros, cuyo primer gong fue seguido por el crepitar de la ametralladora de Miguel. Entre las blasfemias de los hombres y el rosario de tiros se oía el griterío de la población sorprendida bajo el fuego. Ulularon las sirenas urbanas de la alarma general mientras que en una orilla los morteros redoblaban su fúnebre gong y en la otra, en un abrir y cerrar de ojos, se sumaban cuatro ametralladoras a la de Miguel. En breve, bajo el fuego de todas las ametralladoras, los fascistas evacuaron no sin antes lanzar un último disparo doble dirigido no contra los terraplenes, sino contra la ciudad ineludible.

Johnny entró en la ciudad, solo y lento, por las callejuelas del burgo antiguo, que ahora, bajo un cielo duro y triste, recuperaban una cierta animación tras el grande y largo drenaje en dirección al centro. Era patente que la población había perdido la embriaguez y

ahora se la veía pensativa a causa de las consecuencias, las represalias y los castigos. «Se la hemos hecho muy gorda a Mussolini». Inevitable, pensó Johnny, que interrogó a los primeros llegados para conocer los daños causados por los morterazos proditorios. Nada, solo algunos desperfectos fáciles de reparar en los tejados. Ya se veía llegar por grupos a los partisanos de permiso, que preguntaban la dirección de los prostíbulos, las sastrerías y los estudios fotográficos y pedían sin el menor pudor la limosna del carburante y los coches escondidos. Johnny sentía un curioso desasosiego por el aspecto violado de la ciudad; feliz, consentida y nupcialmente violada, pero violada al fin y al cabo. Se detuvo en un cruce para dejar paso a una enorme patrulla partisana, aceptablemente sincronizada y ordenada, discretamente fiable, seria y rígida, se sumó a ella con el corazón y la precedió a grandes y agradecidos saltos en dirección a los terraplenes cada vez más grises.

Un hombre de menos de cuarenta años lo abordó corriendo.

—Permita que lo invite a un café o a cualquier otra cosa.

—No, gracias, me esperan en el cuartel.

—Aquí todo el mundo ha invitado a beber a los partisanos.

—¿Usted ya lo ha hecho?

—Sí, pero me gustaría continuar…

—Gracias, a mí me basta así, creo.

—Coja por lo menos un cigarrillo —dijo el hombre.

—Yo puedo ofrecerle unos ingleses.

El hombre aceptó la novedad absoluta de los Capstan. Johnny se alejó. Ambos reían.

El cielo se apagaba y la gente que iba por la calle, sin quererlo pero sin poderlo evitar, levantaba la vista como para ahuyentar a la noche y a las tinieblas hasta lo más profundo de su misterioso lugar de origen: aquella primera noche de la liberación, llena de pesadillas e inicio legítimo de una guerra directa de represalias. También Johnny elevó la vista al cielo, aunque por un motivo contrario; deseaba acelerar la oscuridad y anticipar la noche, ansioso por experimentar aquella que iba a ser la primera y prototípica de otras quince.

En una esquina, un partisano azul conversaba tranquilamente con su padre.

—Ahora que habéis tomado la ciudad, os quedaréis para siempre —decía el último.

El chico sonrió.

—Puede que no la conservemos mucho, papá.

El hombre gaped.

—¿Cómo? Pero ¿entonces para qué la habéis conquistado?

El chico agitó una mano, sonriendo.

—No, mira, te equivocas, tú no estás al corriente —insistía el padre—. Yo he oído lo contrario, que la vais a conservar para siempre y que nunca os volverán a echar. Esta mañana, mientras daba vueltas buscándote, he oído a dos oficiales tuyos, de los badoglianos, decir bien alto a un montón de gente que los fascistas no tienen nada que hacer porque ahora nosotros vamos a tener a los aviones ingleses sobre la cabeza todos los días, para darnos cobertura aérea. Eso decían.

Johnny cruzó la calle, evitando por los pelos el último canto del último camión. La noche, una noche irregular, comprimía el ancho de las calles con su carga de inseguridad y de insidia. De uno de los cafés salía a todo volumen el comunicado de Radio Londres. Los rusos avanzaban como una marea y los aliados se las arreglaban como podían con las patrullas de la baja Toscana.

Toda la gente se había retirado ya; sepultada, embutida. El oscurecimiento era feroz. El paso de Johnny detonaba en las aceras plateadas, atenuado a veces por el de las patrullas, mucho más pesado. Caminaba tan pegado a las paredes que casi captaba su incontenible alentar, su trasudar de miedo; miedo de la empresa y del castigo, miedo de haberse alegrado demasiado y de haberlo expresado a la luz del sol, miedo estremecido de los ojos lechuzos de los espías. Los espías ya. Sabía que desde el primer momento de la ocupación las escuadras especiales habían arrestado a los fascistas notorios y simpatizantes, y que los habían enviado en columnas a los campos de concentración previamente dispuestos en las colinas más altas, pero no ignoraba que en tales casos casi nunca se acierta con el más adecuado y nunca con todos.

Atravesaba la ciudad, completándola. Se cruzó con una ronda comunista, pesada y felina, espléndidamente aislada en su redness. Se dirigió al enorme y fétido espectro del cuartel, donde había un centinela jovencito y muy nervioso. Por lo demás, los nervios se

estaban apoderando de todo. Avanzó por patiuchos y pasillos en medio de un resplandor intoxicado de lejanas desinfecciones y entre la presencia hostil de los espectros del ejército del rey. Pronto todo aquello no fue otra cosa que un laberinto sin más salida que la locura. ¿Dónde se alojaban los hombres? Desgañitándose, llamó al sargento a través de los polvorientos filtros de los dormitorios. Este respondió por fin, también a gritos, y apareció fantasmal en la puerta del dormitorio exacto.

Dentro todo era de una oscuridad malsana, atormentada a lo largo y a lo ancho por un enjambre de puntas rojas de cigarrillos, de las cuales algunas trazaban circunvoluciones y dibujos delirantes, conforme al estro del fumador y para su distracción. Pierre no se había dejado ver aún. Johnny buscaba una litera libre.

—Me parece que tiene chinches —comentó el sargento, no sin satisfacción.

Aun así, Johnny se tumbó con todo el cansancio de aquel larguísimo día encima. Se oía a los hombres, pasivos y encerrados en sí mismos; el tiempo transcurría en un hush neurótico, con un incómodo cambiarse de lado y un libertino fumar. Johnny se daba cuenta de que los hombres acusaban la ciudad, el encierro, la coordinación. Yacían en las literas con la misma sensación de aprisionamiento y de malestar con que los soldados fascistas pernoctarían en los bosques de las colinas. Tal vez solo soñaban con salir de servicio, de vigilancia o mejor de ronda, para liberarse de aquella sensación (spell) de encerrona.

Pierre se presentó a las diez, sublevado de encontrar a sus hombres en aquel estado neurótico, diseased. Se tumbó en una litera junto a la de Johnny.

—¿Qué tal la comandancia?

—Por desgracia, tengo que volver. Allí me encuentro mal, ¿sabes? Me estalla la cabeza. Hablar, proponer, decidir. Gobierno civil, avituallamiento, bando para la requisa de toda la pólvora, planes de defensa… Me siento incompetente, Johnny, incompetente, avergonzado y sick.

—¿Qué piensas del capitán Marini? —preguntó Johnny, que había oído hablar de su nombramiento de comandante en plaza.

Pierre dijo que era un hombre bien parecido de treinta y cinco años, de aspecto militar, sonrisa notable y palabras parcas; se

expresaba solo y siempre con vocablos escogidos y técnicos. Un tipo interesante, sin duda; por lo demás… «¡bah!, como decíamos en la Academia».

Luego le contó que habían asignado la escuadra al turno de guardia en los terraplenes del río. Johnny llamó a Miguel con la finalidad de que seleccionara a sus hombres para el servicio.

—Cuídate de elegir a los que padecen más encerrados, los enfermos de ciudad y de cuartel.

—En ese caso, los selecciono a todos —dijo Miguel.

Y Johnny, en la noche empapada, se dirigió a las orillas con una patrulla de lo más sustanciosa por senderos pronto extraviados.

Los hombres, vivaces y ligeros pero serios, se pusieron a patrullar la orilla desnuda. Las aguas negras estaban casi mudas; por detrás llegaba a veces el latido de la pesadilla de una ciudad en el filo de la navaja. Más tarde, se instaló un viento alto y nocturno en las copas de los innumerables chopos, cuyo ruido era más continuo y más líquido que el de la fugitiva riada. La atmósfera humedísima se calaba hasta la médula. Miguel dijo que para las próximas salidas convendría llevar mantas y arrebujarse como suelen hacer las monjas. Johnny se sentaba en el granito de la segunda plataforma, con la cabeza caída a plomo hacia el agua negra y amorfa. Las aguas ya no estaban mudas, ya todo eran remolinos, chapoteos y silbidos, y en las tinieblas despuntaban blancores que Johnny achacaba solo a ilusiones de la vista strained y sugestionada. Sonrió ante la idea, pero imaginó cómo habrían sido las otras noches, las más cercanas a la hora X, qué agotamiento y qué esfuerzo percibir e interpretar miles de rumores y de resplandores efímeros.

Los campanarios de la ciudad dieron la una. El frío y la humedad hacían mella en los hombres, en la vivacidad y la exuberancia con que habían salido a montar guardia y a patrullar todos juntos. ¿No habría por allí una caseta donde encender una hoguerita y fumarse un cigarrillo? En la oscuridad, Johnny descubrió una en el corazón de los campos empapados de rocío, el único edificio en toda aquella zona caracterizada por los aluviones. Los hombres se dirigieron a la caseta, temblando súbitamente con el zarpazo helado y viscoso del rocío. No pasó mucho tiempo antes de que volvieran, imprecando y tosiendo. El fuego de la hoguerita se

había propagado a un montón de hojas secas de maíz y la toxicidad del humo los expulsaba.

Mientras tanto, Johnny había caminado hasta el abrigo del puente, donde intercambió cerillas y alguna palabra con el jefe azul de la escuadra finítima. Miguel estaba aún en la segunda rotonda, acuclillado como un indio en el granito cada vez más frío. Volvió a examinar la llaneza de la orilla opuesta, la extensión y el cuerpo del río y dijo:

—Pues bien, considerándolo todo, yo creo que no lo lograrán jamás. No pasarán nunca.

Johnny no respondió. Miguel continuó:

—Digo que conservaremos la ciudad todo lo que queramos. Nunca conseguirán atravesar este río. Di, Johnny, ¿llueve mucho por aquí en otoño?

—Normalmente.

—¿Y el río crece de verdad?

—Sí.

Miguel exultó ante un fenómeno tan ajeno a su experiencia siciliana.

—¿Olvidas los puentes de barcas, sargento?

—Me gustaría ver cómo los extienden delante de nuestros ojos y de nuestras ametralladoras. Ya me gustaría… —Y señalaba con la cabeza entre las agitadas tinieblas el vasto arenal de la Colonia Helioterápica, en medio de los dos ojos de la ciudad.

—¿Esperas que desembarquen justo delante de la ciudad? —preguntó Johnny.

Los hombres los rodeaban, torvamente interesados por la argumentación de Johnny.

—El río se extiende a lo largo de varios kilómetros, y nuestra línea, bastante magra, solo abarca unos cuantos. No tiene nada de excepcional atravesarlo en algún punto. Y esperemos que ataquen a través del río, porque si nos derrotan siempre podremos replegarnos a nuestras colinas. Pero si rodean por tierra, bueno, Miguel, nos aplastarán y nos ahogarán a todos en el río, que en ese momento irá bien cargado por las lluvias.

No hubo objeciones ni reservas; mientras, el viento y las aguas aumentaban sus ruidos sin obstáculos.

Capítulo 22

La ciudad (II)

Johnny se dirigía a la Comandancia de la Plaza lo más lento y distraído posible. Los civiles circulaban escasos, apresurados y ocupados de sí mismos; por el contrario, el flujo de partisanos continuaba cada vez con mayor intensidad. Él mismo se había cruzado con camiones que descargaban destacamentos enteros en las plazas principales. En un primer momento, los creyó destinados a reforzar la guarnición, pero pronto comprendió que se trataba de viajes-premio: shopping, café, cine, prostíbulo y regreso por los mismos medios a las colinas crepusculares, cosa que no parecía contrariar a los hombres.

El Colegio-Internado Cívico, ahora Comandancia de la Plaza, se hallaba en el barrio antiguo, adosado al obispado como un petrolero oceánico anclado en medio de una selva de veleros y de barcazas de cabotaje. Visto de costado, era largo, elíptico y metalizado, con toda una serie de aberturas avaras, tipo ojo de buey, y con un propileo que sobresalía semejante a una proa. Debajo del propileo había dos centinelas de la Primera División, altísimos y armados de Thompson.

Johnny recorrió la mitad del larguísimo vestíbulo acristalado que daba al patio. Ni la ocupación fascista ni la partisana habían conseguido borrar la pátina de los antiguos aromas a cocina, a lavandería y a joven sudor estudiantil; en todo caso, los habían acentuado hasta la agreza propia de las comunidades militares.

Toda la antesala era humo, pisadas y chirridos de bancos. De la habitación contigua salía un voluntarioso aunque inexperto typewriting. Los que allí esperaban eran jefes partisanos de rangos inferiores, todos en fila, frente a una línea de civiles formada por

proveedores y emprendedores que parecían rebosantes de buena voluntad, pero inconteniblemente ansiosos y gesteros, eléctricamente preparados para la llamada. Los partisanos eran en su mayoría rojos y tenían un aspecto nervioso y resentido, como si los azules aprovecharan su preponderancia en la Comandancia de la Plaza para obligarlos a la antesala.

—¿Qué quieres? —preguntó detrás de Johnny una voz urdida de mediocridad burocrática y mala gana. Johnny giró sobre sus talones y vio al ya conocido routinier de la Comandancia de la Segunda División, siempre vestido de civil, siempre a sus anchas entre los partisanos (que tal vez no eran ni sus superiores ni mucho menos sus hermanos). Parecía exhausto, irritado y asmático.

—¿Buscas al capitán Marini?

—¿Y quién es?

—El comandante de la Plaza, mira tú —dijo, más irónico que escandalizado.

—No aspiro a tanto —respondió Johnny—. Vengo por el teniente Pierre.

—¿Con una convocatoria regular?

—Sí, para recibir órdenes.

Su agotamiento y su mala voluntad no llegaban al punto de impedirle precipitarse para comprobar lo que estaba haciendo un guardia que, al parecer por iniciativa propia, introducía a dos civiles en el sanctum de la comandancia.

Otro guardia, un muchacho con un rostro claro y fino, se acercó a Johnny para avisarle de que esperara a Pierre en el patio, y Johnny, sick de la antesala, corrió a disfrutar de la gris amplitud del patio del internado.

Todas las toberas del inmenso porticado estaban cegadas por los vehículos del parque móvil partisano. En el ángulo más alejado, Johnny distinguió un corrillo de exoficiales del ejército, impecables en sus bien conservados uniformes, reunidos y presentados allí para ofrecer sus servicios a la comandancia partisana. El grupo y el individuo se miraron recíprocamente un momento, con auténtico puzzlement y con desconfianza.

Pierre llegó a los pocos minutos, con su habitual paso de adolescente, pero como cargado y envejecido por la vida de la comandancia. Padecía de una intensa nostalgia de sus hombres y de

sus nuevos destinos, cualesquiera que estos fuesen, y se informó de ellos y del sargento.

—Estamos pidiendo una enorme cantidad de guerreras impermeables, porque se prevén grandes lluvias. Me ocuparé de que los nuestros reciban la primera partida. La Primera División y la propia brigada roja tienen ya los chubasqueros ingleses.

—Seguro que aquí seguís la radio fascista minuto a minuto. ¿Finalmente han hablado de nosotros? —dijo Johnny.

—Ni una palabra. Puede que piensen emitir un único comunicado a ciudad reconquistada, si lo logran.

—¿Me estás cambiando de opinión, Pierre?

—Aquí dentro veo ciertas cosas que me dejan perplejo, eso como poco.

Fueron a sentarse libremente en el frío escalón del portal interior, bajo la mirada crítica de los oficiales que estaban allí, dirigida sobre todo al hombre que llevaba la gorra galoneada de aviación.

—Esos y yo deberíamos ser hermanos por vocación —suspiró Pierre—, pero yo no doy ni esto por ellos. Ellos lo tienen todo calculado; nosotros, nada. Ellos han comenzado desde la ciudad y nosotros desde las colinas. Si perdemos la ciudad, regresaremos a las colinas sin pestañear, siguiendo nuestro destino, pero ellos no dejarán la ciudad. Se quitarán el uniforme a toda prisa, rogarán a quien los ha visto que no los traicione, maldecirán su ingenuidad, su sentimentalismo, su patriotismo y nos maldecirán a nosotros, que, sin ser verdaderos soldados, los hemos empujado a uniformarse de nuevo. Créeme, Johnny, no me apetece intercambiar con ellos una sola palabra. Mejor para mí que Marini haya decidido hablarles en persona.

—¿Dónde están Norte y Lampus? —preguntó Johnny.

—Han vuelto a la colina. No abras esos ojos. Las colinas son infinitamente más importantes que la ciudad. Por descontado, regresarán volando a la primera alarma.

Una nube de conductores cruzaba el patio para montar en sus wanted furgones, la consabida panda de conductores partisanos, diletantes y exaltados al mismo tiempo. Al pasar por delante del embarazado y rígido grupo de oficiales, los miraron de arriba abajo con un disgusto evidente y una deliberada falta de respeto. El rostro

claro de Pierre se encendió, para luego rehacerse con tristeza. Pusieron los motores en marcha, apretando al máximo, como si el estruendo fuera la continuación de su falta de respeto por los oficiales, ahora más nerviosos y self-contained que nunca.

Pierre apartó los ojos de aquella escena que lo hería y se puso a sacar órdenes escritas y billetes de banco.

—Te envidio, Johnny —dijo—. Vas a las afueras de la ciudad, no muy lejos, para vigilar un trecho del río. Estarás entre un destacamento rojo y una escuadra de la brigada C. Tu base es la factoría Gambadilegno.

Johnny respiró a pleno pulmón y Pierre lo envidió.

—Aquí tienes la tarjeta de alojamiento y cincuenta mil liras para los gastos. La gente está con nosotros en cuerpo y alma y nos servirá incluso mejor si la pagamos razonablemente por las molestias. Además, nunca hemos tenido tanto dinero.

Johnny se guardó todo y el dinero formó una joroba insólita en el bolsillo de la cazadora.

—Los hombres estarán felices —dijo—. Se ahogaban en el cuartel y se ahogan en la ciudad. La padecen demasiado, no se fían y acaban por odiarla. Esta es quizá la principal observación que cabe hacer del comportamiento del partisano medio en la ciudad.

—Excelente —dijo una voz a sus espaldas—. Esa es, en efecto, la observación número uno. ¿Es de los tuyos, Pierre?

Era el comandante de la Plaza, alto, moreno y staid. Vestía un uniforme de oficial del ejército carente de galones y de rangos y, para aumentar tan puritana sobriedad, no llevaba botas, sino sencillamente pantalones largos con las vueltas inmaculadamente desempolvadas. Tenía una magnífica sonrisa fija, que nunca se desdibujaba; la sonrisa que puede nacer de una enorme capacidad y una gran confianza en sí mismo o cubrir una incompetencia y una irresponsabilidad mayúsculas. A su lado, su ayudante mayor, que, para Johnny, era el «queer bird». Un uniforme de camuflaje amplio y muy fino, más de estilo legionario-fascista que partisano, envolvía su cuerpo faquiresco, rematado por una cabeza minúscula y compacta, gafuda y encajada por unos cortísimos cabellos grises; la cabeza del monje culto. Lo que impresionaba de él enseguida, con una claridad impúdica, era su aire de estar desesperadamente enamorado del capitán Marini, que habría sido su hombre siempre

y en toda circunstancia, al margen de que Marini hubiera sido un comandante fascista, un partisano o un mercenario de cualquier tipo.

—Así que vas al río —comentó Marini con su sonrisa inmortal —. ¿No tendrás equipo de pesca?

—¿Habrá oportunidad de usarlo, capitán?

—Tendrás días y días por delante para el puro sport, desde luego —respondió, y se dirigió hacia los oficiales con su sonrisa fija y su hermoso caminar.

Pierre acompañó a Johnny hasta el atrio, entre los dos centinelas, que los miraron de soslayo.

—Un día de estos —dijo Pierre—, me hago con una moto y voy a pasar toda una tarde con vosotros. Mantenme a los hombres en la buena forma de siempre.

Johnny se coló en una barbería. El dueño dormía ruidosamente en uno de los dos sillones vacíos. Se sobresaltó, cogió navaja y shampoo y comenzó a cortar y a charlar.

—Acababa de terminar y estaba literalmente agotado. No puede usted imaginar el trabajo de ayer y de esta mañana hasta hace unos momentos. Todos los partisanos, una invasión.

—Lo necesitaban mucho —growled Johnny.

—Ah, sí mucho, y yo nunca he trabajado más a gusto; lo malo es que me he encontrado solo. Me han dejado compuesto y sin novia. Tenía un aprendiz fijo y otro a medias para los días de mercado, pero resulta que los dos se enrolaron ayer con los partisanos, así, sin más. Bien entendido que yo habría hecho lo mismo si, en vez de un padre de familia, fuera un jovencito, pero me han dejado tirado, y hoy en día no hay nada más escaso que la juventud trabajadora.

Una hora después, armas y munición cargadas en un carro requisado, hombres ligeros, aliviados y magníficamente dispuestos para su nuevo destino, Johnny abandonaba el cuartel y se dirigía a los terraplenes situados extramuros de la ciudad por un camino rural y suave, fundido con la tibieza otoñal, hacia el siempre fascinante objetivo del río y sus orillas, con una sensación dulce de tregua dentro del férreo marco de la guerra. Johnny en cabeza y el sargento detrás, completamente relajado.

La factoría Gambadilegno se hallaba justo a medio camino entre la nítida carretera provincial y las cortinas de vapor que subían del

río, y a tanta distancia de la ciudad que hasta allí no llegaba ninguno de sus ruidos, salvo, y eso muy atenuado, la onda sonora de las sirenas con cada ensayo de alarma general.

Era una factoría de tipo medio, pero el establo y el henil acogieron adecuadamente a los treinta hombres. La dueña (preparada para que le asignaran partisanos y bendiciendo al cielo porque fueran badoglianos y no de la Estrella Roja) era una auténtica heroína. No tardó en encapricharse de Johnny y llegó a elogiarlo en su presencia, para su desconcierto, y a ordenar categóricamente a los hombres que lo amaran, lo respetaran y lo obedecieran, y hasta superó su innata aversión a los orígenes sureños del sargento Miguel cuando vio hasta qué punto era fiel e imprescindible para Johnny. Por lo demás, demostró verdadero talento para preparar comida sencilla y nutritiva en grandes cantidades y se empeñó en rechazar por lo menos la mitad del dinero que Johnny la obligaba a recibir. El marido, para quien hacía las veces de esposa, hermana y madre, médica, abogada y embajadora, era un hombrecillo todo blanco y arrugado, de verbo agrio e infrecuente. Al principio, Johnny creyó que aquella tarjeta de alojamiento representaba para el viejo la más imprevista e intolerable de las desgracias, pero más tarde tuvo que rectificar, porque su comportamiento monosilábico y huidizo, aparte de su natural acidez, se debía sobre todo a una casi absoluta incapacidad para la efusión. En realidad, el viejo era el más filopartisano de los simpatizantes. Sus dos hijos varones, ambos en edad militar y ambos prófugos, eran del tipo común de juventud encadenada a la tierra, con toda la dulzura y la aspereza de los suyos. Ajenos por completo a los partisanos, a su mundo, a sus ideales, a sus premisas y sus costumbres, participaban sin embargo de sus trabajos y sus juegos con un sentimiento de inferioridad amargo e indisimulable, como si los vieran zambullirse y conocieran al mismo tiempo la ebriedad de la zambullida y su incapacidad para imitarlos. Y, como Johnny notó, siempre ejercieron un vigiladísimo sarcasmo ocular sobre aquellos de sus hombres de evidente origen campesino, como si estuvieran convencidos de que la aventura partisana era un negocio exclusivo de los jóvenes de ciudad.

El terraplén, gracias a su naturaleza, se adecuó en menos de un día: buscaron un emplazamiento a la Buffalo y una posición para la

vieja Breda y, para el resto, los fusileros rascaron y excavaron conforme a su gusto o a sus supersticiones. Quedaba el servicio de guardia. De día era un servicio simpático y fantasioso, que tenía mucho de juego pueril, pero de noche era un trabajo duro y pesado, el trabajo extremo de un hombre adulto hecho y derecho en el viscoso anillo del frío fluvial, ladino y morboso. Pasaron días y noches de guardia, y Johnny y Miguel tuvieron que reaccionar contra la habituación de los hombres y contra su tendencia a subestimar la guardia y a relajarla, contra la instintiva convicción de que en aquel trecho de río nunca ocurriría nada, de que los fascistas podían aparecer por cualquier otro punto y atravesarlo, salvo por el suyo.

Parecía que el río y la otra orilla estimulaban y justificaban la relajación. La orilla tenía un aspecto tan recoleto y apaciblemente salvaje que convencía de que no podía ni debía figurar en ninguna carta topográfica, de que a lo sumo la conocería algún abrevador de animales o algún buscador de detritos fluviales, de que era tan ajena a los fascistas como a los partisanos. La única señal de presencia física y de actividad humana era el esqueleto negruzco de un lejano triturador de piedra abandonado hacía tiempo. En cuanto al río, fluía con una corriente ancha y lisa que, según Johnny, ocultaba una vida subacuática infinitamente más rica que aquella otra que subyacía a las corrientes enérgicas y erizadas que pasaban por delante de la ciudad. El trecho que les habían asignado daba a una media docena de charcas inmóviles y profundas que hicieron lamentar a los hombres no haber ocupado la ciudad en pleno verano.

En todos aquellos días no avistaron ni un hombre ni un animal en la otra orilla.

Las primeras horas de la tarde, todavía tibias, buenas para tomar el sol, eran las que elegían los cazas ingleses para hacer su aparición en el cielo aún estable. El impacto del sol en sus costados parecía una explosión muda, y aquel reverbero era el único modo inmediato de reconocerlos en el desierto del cielo. Los partisanos y el pueblo gritaban de alegría ante su vertiginosa aparición. Johnny pensaba que no era más que el habitual piloto en caza libre, pero era cierto que había algo amistoso y protector en su circuir (hovering) lento e insistente. Sus ojos habrían querido seguirlos

hasta más allá del límite del horizonte, y cuando desaparecían, los hombres, excitadísimos, debatían la cuestión de la cobertura aérea y del terrible efecto del ametrallamiento rasante en la infantería en movimiento.

A los diez días, los hombres estaban del río hasta la coronilla. Algunos gritaban mutinously para el acercamiento, con un ansia renacida de las aceras, los cines y los cafés apenas catados; otros, para los que la ciudad era una posición más, enfermaron de nostalgia de las colinas, cuyos primeros contrafuertes se asomaban justo a sus espaldas con una nitidez majestuosa en las horas favorables, en contraposición al vaporoso bailoteo que subía de las aguas. El propio Johnny empezó a hartarse del río, o mejor, de aquel trecho de río, y habría dado algo por un cambio de sector, preferiblemente río abajo, en dirección al puente de la ciudad. La llegada de Ettore en una pequeña tartana requisada, justo desde el otro polo del río, y en visita privada, avivó ese deseo. Ettore y el resto de los hombres de Mango montaban guardia en los aéreos y en sí mismos aventurados precipicios sobre el río de Barbaresco. Allí, recordaba Johnny, el río era estrecho y muy profundo, lento como una colada de plomo, y el misterio inmanente a las espesas choperas de la orilla opuesta y cercanísima estimulaba el gusto y la vitalidad de la guardia. Además, cerca había un pequeño transbordador activo, del cual se servían los hombres casi a diario para cruzar el río y recorrer las tierras llanas, fértiles y libres de guerreros del otro lado, donde recibían de la gente inexperta aplausos, agasajos y regalos de fruta y verduras para todo el destacamento.

Entre todos, solo el sargento, en su desarraigo sureño, se mantenía contento, firme, impasible, como un bloque errático.

Los propios fascistas se encargaron de resolver el problema psicológico atacando la ciudad de frente, en medio de sus dos ojos, a las ocho horas en punto, como si se tratara del turno de una fábrica.

Era una mañana de deliciosas neblinillas que danzaban sobre el río, destinadas a desvanecerse veloces bajo el sol, el último e irresistible sol del año. Johnny estaba solo, lavándose en un rinconcito de la orilla y fue tal vez el chorrear del agua lo que le impidió oír el fragor de los camiones y los blindados en la comarcal,

más allá del río. Los primeros fascistas desmontados y apostados en los terraplenes, frente a la ciudad, intercambiaron los primeros tiros sobre las aguas electrizadas, con los centinelas partisanos bien despiertos en los terraplenes correspondientes. De inmediato, el ulular de las sirenas barrió el cielo claro. Ahora los fascistas disparaban masivamente y, por el volumen de la réplica partisana, se veía que una gran parte de la guarnición había bajado ya a las zonas afectadas.

Los hombres cerraron filas en torno al semidesnudo Johnny y le ordenaron que los condujera hasta el puente, donde se libraba la batalla.

—Ni hablar. ¿Y si fuera una maniobra de distracción? ¿Y si el grueso cruzara precisamente aquí? —dijo él.

Se alzaron de hombros, visiblemente galvanizados por el magnífico fragor de la batalla que se estaba desarrollando.

—¿Es que los fascistas os han contado esta noche en sueños por dónde pensaban pasar?

Revolucionados, los hombres temblaban por la necesidad física de ejercicio y exposición.

—Yo tengo órdenes. Después podrían fusilarme.

Uno de ellos respondió que aquello no había ocurrido nunca.

—¿Quieres que sea yo el primero?

Miguel estaba inmóvil y silencioso, extraña, unprecedentedly neutral, de una neutralidad que irritó a Johnny mucho más que la insubordinación de los otros.

Se envaró.

—Todos a sus puestos. Y prohibido fumar.

Se alejaron, deprimidos e incrédulos, apartando los oídos del embriagante fragor que aplastaba el irrefrenable trecho del río lejano. Cuando un hombre amenazó con disparar a la primera piedra que sobresaliera un poco de la orilla opuesta, Miguel le soltó un pescozón. Pero el último en pasar, un muchacho con un rostro triste y maduro, dijo:

—Tienes razón tú, Johnny. Somos como los niños en el fútbol, que corren todos hacia donde salta el balón.

Entonces un rábido estruendo en el camino de Gallo los obligó a volverse de golpe y, antes de que el camión se desviara en el caminito que conducía a la factoría, supieron que venía por ellos

para llevarlos al epicentro de la batalla. Saltaron al vehículo en el patio, bendecidos uno a uno por la dueña y por el viejo, que ahora lloraba. Azuzaron locamente al conductor, ya en sí mismo un campeón del temerario pilotaje partisano. Los depositó delante de la hilandería, un monumento-patíbulo de la revolución industrial, que ahora se elevaba en los pelados terraplenes, oscuro y marcial como un *alcázar*.

Era la retaguardia inmediata, la orilla a la que iba a romper la ola enardecida de la batalla. Pero Johnny fell in abstraction: había en el color de la tierra y del aire una tan tibia finura, una áurea moderación y una madurez que quedó hechizado y se perdió en la búsqueda del final de una de sus primerísimas vacaciones estivas.

Lo sacudió el ruidoso aplauso de los civiles de un grupo de casas de la periferia, de los cuales una mujer derramó sobre los partisanos un delantal de caramelos. Se tiraron a recogerlos y luego se levantaron con lentos y ponderosos gestos de ánimo contra los fascistas. Un oficial de la Primera División apareció como un duende delante de Johnny en perfecto battledress y perfectamente enguantado. Le indicó un trecho de la orilla y le dio la orden genérica y en extremo específica de disparar sobre todo fascista que asomara la cabeza por el otro arenal.

—Nada especialmente serio —dijo—. Los mantendremos allí en souplesse.

—¿Han comenzado ya con los morteros?

—Aún no, es posible que ni siquiera los traigan. ¿Les tienes alergia?

Los hombres corrían a la posición desenvueltos, pero bien diseminados por el prado inmenso. De pronto empezaron a llegar unas balas tintineantes y malignas desde el otro arenal, desierto en apariencia, que chisporrotearon largamente en la atmósfera líquida y receptiva. Los hombres se desviaron corriendo hacia el abrigo del dique lateral, pero uno de ellos se paró de golpe en la hierba, diciendo: «Me han herido, me han herido», extático en la voz y en el gesto. Todos se contagiaron de aquel éxtasis, que los arraigó en torno a él, en la hierba tibia y crisp. El sargento cogió en brazos al herido, lo llevó a la sombra alargada del dique grande y le abrió el pantalón con un puñal. Era un chico bajo y chaparro, de los que no dejan nada en el plato, por eso el agujero parecía minúsculo y más

leve en la glabra vastedad de su grueso muslo. Dos hombres lo levantaron para descargarlo en la hilandería donde unos civiles lo acompañarían hasta el hospital.

Se distribuyeron a la larga por el tibio plano inclinado del último dique, en cuyo vientre neumático se hundían con suavidad las balas fascistas; las más altas, las más centradas, sobrevolaban sus buenos dos palmos la más alta y más expuesta de las gorras partisanas; Johnny oía el salvaje rebote de las más bajas contra el granulado de la plataforma.

Lo asaltó un frenesí de disparar, aun sabiendo que después del primer cargador estaría harto hasta la náusea, pero ahora experimentaba un deseo frenético de ese cargador. Llevaba el Sten, la más inútil de las armas en el campo, y en aquel momento podía ordenar a los hombres cualquier cosa menos que le prestaran un fusil. Miró con atención lo que tenía delante. A pesar de la descarga constante contra la presa, no se atisbaba ningún fascista en el arenal abierto y desnudo, ni tampoco en la rala vegetación. Debían de disparar a discreción desde detrás de la escarpada del ferrocarril, a unos trescientos metros. Explorando mejor, sorprendió a quinientos metros un camión fascista parado en una vereda debajo de la estación, todo vibrante como si se hallara ante un obstáculo imprevisto o se dispusiera a superar un atasco que ya se estuviera disolviendo. Johnny intuía la excitación del conductor y avisó a Miguel, que se volvió rápido a mirar y disparó. La ráfaga pasó por encima y el macizo vehículo se escabulló como una culebra en busca de escondite.

Ahora, detrás de la culata de sus fusiles ociosos, los hombres parecían perplejos y despegados. En el centro, con los fascistas presumiblemente escalonados en los márgenes del vasto arenal que fue de la Colonia Helioterápica, el fragor era continuo y enorme, como si la parte que rebajara antes el volumen de fuego estuviera destinada a la derrota, pero Johnny y los suyos no veían nada, impedidos por el promontorio de la primera plataforma y por las dos arcadas supervivientes del puente bombardeado.

Por fin, hacia las diez y media, los fascistas se dejaron ver también por la parte de Johnny, se deslizaron por el talud ferroviario y reptaron entre los magros matorrales en dirección al arenal surcado de rodadas y a una caseta de pescadores rústica y

abandonada que se reflejaba en el borde del agua. Entonces todos los fusiles de Johnny explotaron desde el dique y, ante el fuego imprevisto, los fascistas retrocedieron en busca de un very scanty refugio. Pero no se retiraron a la escarpadura de partida, sino que continuaron disparando, malignamente pero sin eficacia, desde la depresión del arenal arcilloso y desde los precarios matorrales. Para impedir que alcanzaran la caseta bastaba con el fuego escaso pero tempestivo de los fusiles.

Harto y desilusionado, Johnny se arrastró boca arriba por la inclinación del dique, dando la espalda a los fascistas, como instalado en una hamaca. Se quedó así, disfrutando del sol fuera de estación y mirando primero al altísimo cielo helicoidal y luego las casas de la periferia, que se estremecían imperceptiblemente en la haze anormal y más propia de pleno verano.

Luego miró a Miguel, inactivo sobre el castillo de la Buffalo.

—Dispara un poco, Miguel, diviértete.

Miguel sacudió la cabeza.

—El derroche sería pecado mortal. ¿Dónde está la gracia? Ni siquiera tienen morteros. Te digo que no llegarán a mojarse el dedo meñique en la orilla, ni mucho menos a cruzar el río por la fuerza y a reconquistar la ciudad. ¿Tú qué piensas, Johnny?

—Digo que esta operación ha sido idea de un loco. Ahora comería algo, Miguel.

—Yo también comería algo. ¿Crees que nos habrán dejado en paz para el mediodía?

—Vaya usted a saber, con un loco…

A las once recibieron la inspección volante del comandante de la Plaza. Naturalmente, llegó sonriendo y seguido de su ayudante, cuyo amplio uniforme de camuflaje ondulaba la brisa del río. Estaba con ellos el oficial de la hilandería y los tres llevaban las pistoleras desabrochadas.

—¿A que firmaríais por un combate diario de estos hasta el final? —preguntó el capitán Marini.

—Mortalmente aburrido, capitán —respondió Miguel—, si uno está en el ala izquierda.

El fragor del centro era a cada momento más alto y más rápido, como si todo dependiera de ejercer presión en un aparato eléctrico.

—¿De verdad hay un motivo para disparar así en el centro? —

preguntó Johnny frowned—. No es por conceder a los fascistas el crédito del ingenio, pero ¿y si hoy no pretendieran más que provocarnos una sangría de munición con vistas a un ataque verdadero mañana o pasado mañana?

Marini apagó la sonrisa como si fuera una luz y stalked hacia el centro.

A las once treinta llegó un correo para convocar al centro a Johnny y los suyos, con el objetivo de que remplazaran a una escuadra que había agotado la munición. Magníficamente protegidos por el laberinto natural de los terraplenes, cruzaron el contrafuerte de la estación y se escurrieron hacia el centro, de frente a la Colonia Helioterápica. Se entretuvieron un tiempo junto a un grupo de la brigada C., formado por hombres robustos y mayores que el tipo partisano medio y, por tanto, con una tendencia frecuente a abuse them debido a su edad y a la superioridad de su peso; una imponente y facciosa infantería pesada. Se hallaban en una húmeda depresión, donde estaban colocando dos morteros ingleses que la comandancia acababa de procurarse y que había confiado a los mayores de la brigada C. por considerarlos los únicos capaces de darles un buen uso.

Pierre apareció en el acto, tomó el mando y dispuso a los hombres incómodamente en el escaso terreno que aún podía ocuparse, un hoyo poco profundo, río arriba del transbordador. Como un amante cansado de esperar, Miguel midió la distancia con una ráfaga corta que azotó el sucio arenal, luego ametralló con firme precisión la cortina arbórea tras la cual aparecían y desaparecían los fascistas como en una danza de duendes.

Los hombres de la brigada C. ya tenían los morteros colocados, de modo que los primeros disparos empezaron a resonar detrás de los hombres de Johnny. Imposible que los fascistas resistieran mucho tiempo bajo aquel fuego. En efecto, redujeron sensiblemente el suyo y, cuando los partisanos los imitaron, un vasto y ambiguo silencio se extendió sobre las aguas. En aquel silencio se oyó un ruido que acabó convirtiéndose en un tremendo fragor de fricción y asomó por el verde un carro armado que avanzaba hacia la orilla triturando la arena con una torpeza monumental. Desde allí «disparó por todos sus agujeros». El monstruo avanzó hasta bañar sus orugas delanteras en el agua bullente; Johnny alcanzó a ver los

salvajes ricochets de las balas partisanas contra las chapas de acero antes de pegar la cara al suelo bajo la andanada del carro. Un morterazo lo acertó justo en el avantrén izquierdo. El instante de triunfo hizo saltar a los partisanos, que salieron al descubierto hasta la cintura. Las ametralladoras del carro callaban y el vehículo reculaba con una angustia patosa mientras los partisanos gritaban a los artilleros que redoblaran, que acabaran con él. Ellos redoblaron los disparos, pero el centro no, así que el carro volvió al arenal y de allí al bosque.

Los fascistas se retiraban en pleno auge de los motores de sus blindados. Las sirenas ulularon en el cielo esfumado el final de la alarma y pareció que las explanadas de la ciudad botaban a causa del estruendo interior.

Los partisanos decampaban con toda comodidad, dando patadas a los montoncitos de casquillos, para correr al abrazador aplauso de la ciudad conservada. Johnny, uneasy y ajeno, se vio envuelto en el torbellino de un destacamento rojo que partía enérgicamente hacia la ciudad, del que se libró como pudo, tambaleándose. Los hombres avanzaban a las órdenes de Miguel. Pierre había conseguido para ellos una buena comida colectiva en un restaurante de la ciudad y proponía para la tarde un cine a su cuenta.

Las explanadas ennegrecían de multitudes exaltadas y gesticulantes. Con el permiso de Pierre, Miguel cedió a su instinto militar y ordenó que los hombres marcharan marcando el paso. A pesar de la resistencia y de las críticas mordaces en medio del torbellino del triunfo, acabaron por aceptar y mantener la cadencia. Las campanas atronaban.

Johnny y Pierre se adentraban en la ciudad. El abuso de las cuerdas vocales acabó por fundir los «vivas» en roncas y apasionadas chácharas, en comentarios y en saludos que restallaban de acera en acera. Las campanas continuaban a tontas y a locas.

—Esperábamos los aviones ingleses, todos los estábamos esperando —dijo un hombre que se acercó—. ¿Por qué no han venido a echarnos una mano, como estaba previsto?

—Pero ¿quién ha dicho que estaba previsto? —preguntó Pierre.

Tuvieron que apartarse para dejar paso a una berlina negra y silenciosa, con dos hombres sentados en los guardabarros y armados de Parabellum. El perfil de Norte relampagueó en los cristales y su

mano se onduló en un gesto de saludo más bien pontifical. En el rastro que dejó el coche, dos partisanos, uno badogliano y el otro comunista, se peleaban en mitad de la calzada. Pierre y Johnny se las vieron y se las desearon para separarlos en medio de un círculo de civiles que retrocedían.

—¿Qué te ha dado? —preguntó Johnny al badogliano, que jadeaba.

—Quería cerrarle para siempre su sucia boca roja. Ve el coche de Norte y va y dice: «¿A estas alturas llega vuestro gran jefe?».

Capítulo 23

La ciudad (III)

El sol dejó de brillar y llegó una era de diluvio. Cayó la mayor lluvia que Johnny recordaba: una lluvia que nació gruesa y pesada, inagotable, que empapó la tierra, que hinchó el río hasta un volumen pavoroso («la gente dejó de tener miedo de los fascistas y empezó a temer al río») y que maceró hasta las piedras de la ciudad.

Johnny levantó los ojos y contempló su flagelo en los cristales de uno de los cuartos del internado. Estaba sentado a un escritorio clásico. Su trabajo, implorado por Pierre, consistía en recoger, filtrar y transmitir la información y las voces del pueblo en todo lo referente al próximo ataque fascista. El día siguiente al jaque mate, Radio Turín había tratado el asunto de la ciudad. Pasando por alto los hechos de armas, el speaker habló de la próxima e indefectible reconquista de la ciudad, provisionalmente vejada por la ocupación rebelde. A pesar de la fanfarria retórica, todos, partisanos y civiles, acogieron el aviso con total seriedad. Cuando la gente que cruzaba el río en el transbordador y frecuentaba los mercados volvía de la otra orilla, pedía que la oyeran porque traía información de vital importancia. Pierre, el afable, paciente y selectivo Pierre, no tardó en verse sobrepasado por el trabajo y llamó a Johnny en su ayuda. Los hombres ya habían regresado a la hilandería Gambadilegno, a las órdenes del capacísimo Miguel.

Pierre y Johnny oían hablar de movimientos fascistas, de señales luminosas, de concentraciones de flotillas de desembarco en un meandro apartado del río y de cañones de gran alcance situados ya en las colinas del otro lado. Escuchaban, objetaban, indagaban, profundizaban, tomaban notas, agradecían y despedían. Luego

Johnny fumaba y contemplaba el azote de la lluvia y Pierre se desesperaba por un café de verdad. La cafeinomanía era el único vicio heredado por Pierre de la sibarita aviación. Gran parte de los informantes eran chavalines, golfillos, que por juego y aventura recorrían la otra orilla del río. Johnny cayó en la cuenta de que, bien mirado, eran los más fiables: tenían un ojo tremendamente agudo y selectivo, familiaridad con los medios y las características de la guerra moderna y posibilidades de acercarse sin consecuencias a los posibles reagrupamientos fascistas. Curas aparte, naturalmente. Los curas, el bajo clero de los pueblecitos del otro lado del río, constituían la fuente más cauta y más precisa. Pierre y Johnny sabían que antes que a ellos habían hecho una relación idéntica y quizá más detallada a la Curia. Al final de todo, el capitán Marini recibía a Pierre para que le diera el informe definitivo.

Con el crepúsculo, Johnny se envolvía en un impermeable inglés y, bajo el peso y la molestia de la lluvia, se dirigía a los diques desplomados. A las puertas de la ciudad lo recibía el estruendo de las aguas. El río había anegado los diques de octubre, de modo que los centinelas tuvieron que retroceder hasta la escarpadura del paseo grande. El fango bullente tenía un aspecto más tremendo y más letal que las aguas enloquecidas. Las olas, muy altas, rápidas y como vaciadas en moldes de cemento, rozaban las arcadas supervivientes del puente. No obstante, en el trueno del río se captaban los golpes de tos de los centinelas invisibles. El cielo caótico, fragua de aquel diluvio, era odioso y arrancaba blasfemias.

Bajó patinando al cosmogónico caos de agua y barro y se acercó al centinela.

—¿Qué tal?

—Cogiendo la tisis. ¿Tienes un cigarrillo liado? Yo tengo tabaco y papel, pero esta maldita lluvia no te deja liarte uno. Dámelo hecho.

Pero hasta fumar se hacía imposible, porque el agua feroz e implacable, que te obligaba a poner los dedos en cúpula para proteger el cigarrillo, lo deshacía en un santiamén.

Llegó hasta el otro centinela, agachado en una lengua de tierra que resistía la corriente turbulenta. Dijo que ya le sobraban el agua y la ciudad.

—Estoy en la ciudad desde el día en que entramos y no veo la hora de irme. Me gustaría que Dios aplacara las aguas, desembarcaran los fascistas y libráramos ya esa gran batalla. Estoy harto de vivir tan mal, de sentirme como un ratón cogido en una trampa. Esto no es vida, no una vida justa para nosotros. ¿Eres de la comandancia? Muy bien, mejor, diles lo que pienso yo debajo de este aguacero.

Johnny volvió a subir por el paseo y desde arriba lanzó una última ojeada al río. En aquella circunstancia la naturaleza daba fe de un triunfo excepcional; por una vez se tomaba la revancha y arrancaba a los hombres la primacía en el arte de infundir temor. Para todos ellos era infinitamente mejor avanzar solo contra un ejército de SS que vérselas con una de aquellas olas fangosas. Miró de nuevo el río, como si estuviera acopiando material para su pesadilla nocturna.

Se dirigió aprisa a la comandancia bajo el diluvio y en medio de las primeras rondas nocturnas: los hombres tosían, arrastraban los pies en el asfalto sumergido y algunos se encajaban sacos en la cabeza.

Johnny estaba hasta las narices de la comandancia y del trabajo que desarrollaba allí, incluso de Pierre. Dentro de dos días pensaba pedir el traslado a la hilandería para estar con los hombres ignaros, incoherentes pero tonificantes.

Pierre se negó en términos bastante burocráticos. Johnny le hacía falta para otros tres días, quizá cuatro.

—El capitán ha decidido levantar barricadas en las cuatro puertas de la ciudad. Nuestra mano de obra es escasa.

—¿Cómo escasa? ¡Somos dos mil en la ciudad!

—Yo firmaría para que nos quedáramos a defenderla la mitad de los que la tomamos.

—Lo sé.

—Así que para las barricadas necesitaremos mano de obra civil y habrá que buscarla entre la juventud local. Tú ayudarás a extender las listas. Un par de días, y regresas al río.

Estaban en una sala de lectura del Círculo Social, hundidos en dos butacones, cuya roja peluche glowed agonizingly a la llamita de las velas autárquicas. Frente a ellos, medio borrado por la sombra, había un partisano ciertamente dormido. De la sala de billar

llegaban ruidos acompañados de bocanadas de humo, a pesar de que ya, después de darse el gran festín de los cigarrillos lanzados por los ingleses, se perfilaba una escasez de tabaco.

—Todos me dicen que debería ir a echar una ojeada al río —comentó Pierre.

—Es monstruoso —dijo Johnny, pero Pierre no parecía aliviado.

El partisano traspuesto se removió como si tuviera una pesadilla. Llegó el barman con una jícara, dos vasos de astrágalo y una vela. Cogiendo su astrágalo, Pierre le preguntó si había servido en el Círculo durante la época fascista.

—Sí, señor. Los últimos, esos que han echado ustedes, no eran más que unos pobres desgraciados, pero los primeros eran unos canallas auténticos. Hasta servirles la consumición me daba un miedo tremendo. A veces, mientras los servía, ellos hablaban de rastreos, de cómo mataban y torturaban a los partisanos. —Llevaba un uniforme raído y muy usado y tenía nariz de ratón—. Sin embargo, me procuré alguna satisfacción. ¿Sabe?, yo aprendí el oficio en Montecarlo y en Suiza y no tengo más remedio que ser demócrata. Una de las grandes satisfacciones me la dio la radio en el mayo pasado cuando anunció la rendición de Finlandia. Se miraron a la cara y sacudieron la cabeza, sin hacer comentarios. Yo tuve que irme ahí detrás para no hacerles muecas en su cara, aunque dentro les hice bastantes.

Después Pierre comunicó a Johnny que el recuento de la munición había dado no más de cinco horas de fuego intenso.

—¿No puede reabastecernos Lampus, que es receptor y depositario de los lanzamientos ingleses? —preguntó Johnny.

—Según Marini, Lampus teme que no le quede bastante para luego.

—Ah, para luego. ¿Y los ingleses no pueden echarnos una mano?

—Parece que ellos tienen sus problemas; eso por no hablar de las condiciones atmosféricas.

El desconocido se espabiló y al incorporarse mostró a media luz las manos y el rostro. Manos gordezuelas y palidísimas, rostro redondo y enfermizo, marcado por un enviciamiento precoz y ya arraigado.

—Ah, ¿de manera que así están las cosas? —dijo, dirigiéndose a los dos con voz de resfriado. Se levantó: una figura extraña y

repelente, con una sencilla camisa abundante en un tórax estrecho y, por el contrario, unos pantalones de piel ceñidos a los muslos gruesos—. Pues si están así, voy a disfrutar de lo mejor de la ciudad. ¿Me indican dónde está el prostíbulo?

—Pregúnteselo al barman —dijo Pierre entre dientes.

El hombre asintió y se fue a la otra sala, lo oyeron alejarse por el pasillo a tientas, blasfemando en la oscuridad.

Al día siguiente no cabía duda de que se cocía algo. Al entrar a la comandancia, Johnny vio los dos coches oficiales de Lampus y de Norte, bien estacionados bajo el porticado y rodeados de muchos guardias de corps espléndidamente armados y equipados, que miraban con repugnancia el patio convertido en una ciénaga a causa de la lluvia. Por pura necesidad física, la lluvia había amainado y el cielo comenzaba a recuperar aspecto de cielo, después de días y días de parturienta distortion. Johnny apartó los ojos de los guardias para dirigirse al arrugado y mal encarado routinier.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está Pierre?

El routinier se mostró algo más simpático de lo habitual, tal vez por compartir con Johnny la repugnancia que le inspiraba la guardia de corps.

—Los fascistas quieren parlamentar. Curas mediante, claro. Pierre está, pero es imposible verlo. Se encuentra dentro, con Lampus, Norte y compañía suprema, más el vicario general de la diócesis.

Excitado, Johnny cruzó toda una serie de habitaciones de la comandancia, donde se sentaban los empleados, ociosos e inquietos, como si no mereciera la pena hacer nada antes de saber si la petición se aceptaba o no. El sanctum de la comandancia no filtraba el menor ruido. Johnny se sentó a esperar, como todos los demás, disfrutando del bienestar vacío que proporciona la relajación ignara.

Los jefes salieron más o menos a la media hora, rodeando, distendidos y sonrientes, al vicario general, que parecía el más satisfecho y optimista de todos.

—Si los sacerdotes tenemos, como yo creo firmemente, el derecho de representar a la población —decía el prelado con su voz robusta y cordial—, soy y seré testigo de la inteligencia de esta

comandancia y de su sensatez en lo tocante a la suerte de nuestra querida ciudad.

Lampus, macizo y felino como siempre, iba supremamente elegante y marcial como siempre, exquisito como siempre: el oficial eficaz por antonomasia, el comandante de un grupo de divisiones que hablaba de usted al menor de los chavalillos que hacían de estafetas.

—Yo no soy un fanático que se niega a parlamentar —dijo—, pero nuestro «no» se da por descontado. —Luego sacó una cajita metálica de cincuenta Craven—. ¿Puedo atreverme, monseñor? Para sus huéspedes y visitantes, naturalmente.

El vicario negó con un gesto de la mano tan breve y tajante que todos pensaron en un patinazo de Lampus, pero el cura se apresuró a decir:

—¿No tendrá usted cigarros, mejor? Para mi propio uso y consumo.

Todos rieron educadamente mientras un Lampus exquisito se disculpaba por no tener cigarros.

Johnny se había retirado al zaguán acristalado, al acecho de Pierre, que precisamente lo buscaba a él en medio del caos de guardias de corps. El encuentro iba a tener lugar aquella misma tarde, naturalmente en esta orilla, así que los fascistas tenían que arriesgarse y aceptar la inferioridad que implicaba el cruce del río.

—Estarás en la partida —concluyó—. Norte me ha encargado que elija hombres aparentes, con presencia.

—¿Para qué? Llegaremos allí como un grupo de estatuas de barro.

Pierre fue a rasurarse y Johnny y los guardias esperaron en silencio, mirando con pupilas blasfemas el cielo que redoblaba la lluvia. Johnny se sentó a fumar en el límite de la lluvia. A eso se reducía ser partisano: a sentarse, por lo general en la tierra o en una piedra, a fumar (si se tenía qué), a ver un fascista o varios, a levantarse sin sacudirse el trasero, a incitar a matar o a que te maten, a infligir o recibir una tumba valorada a medias, amada a medias. La lluvia caía con una potentísima continuidad, concreta como un material útil para fabricar algo. Pierre regresó afeitado y en compañía del vicario general, que llevaba botas de montaña y la sotana prudentemente arremangada.

El vicario subió al segundo coche con Lampus y Norte, que vestía aquel uniforme fascinante de su entrada triunfal en la ciudad. Johnny se alojó en el último automóvil con Pierre, el ayudante del capitán Marini y el comisario comunista de la comandancia. Todos los vehículos llevaban racimos de hombres armados en los guardabarros. Salieron así de la ciudad que constituía el meollo de la cuestión.

Subirían hasta la mitad de la cuesta para luego tomar un camino rural hasta el río, a la altura del transbordador de Barbaresco. A cada curva de la pendiente (los conductores conducían con moderación), la vista de la ciudad era total y aun así no plena, dadas las numerosas películas de lluvia que se interponían entre ella y las alturas. A los ojos de Johnny no tenía una sustancia pétrea, sino carnosa, extremadamente viva y vibrante, como un enorme animal acorralado que avanzara con sus patas dispares pero firmes contra un aluvión amarillento de peligro y de muerte. Todo lo demás era una extensión de láminas de agua increíblemente hinchada y compacta, que de pronto se resolvían de un modo espantoso en enormes vórtices, mientras que a lo lejos la inundación sepultaba la campiña bajo una mefítica salsa amarillenta en la cual, debido a una ilusión óptica, parecía que navegaban las choperas, semejantes a enormes armadías de muchos árboles. Todos miraban hacia allí y el comisario comunista, un hombre malhumorado y taciturno, irónicamente tenso, comentó:

—Ya me gustaría a mí verlos cruzar. No digo una división, sino solo la barca de los parlamentarios.

Todos rieron nerviosos ante la perspectiva de ver hundirse todo un cargamento de grandes jefes fascistas.

El cortejo de los vehículos se detuvo a media ladera, en la bifurcación de la carretera de la cresta con uno de los muchos caminitos que bajaban hasta el río, en cuya entrada había una línea de partisanos capitaneados por Ettore. Embarrados como estaban de los pies a la cabeza, se pusieron a taconear al ver a los recién llegados y salpicaron fango a una distancia de metros. Los guardias de corps se adelantaron a modo de trazadores de esquí y todos descendieron, escurriéndose. El barro azotado no tardó en salpicar los uniformes como una lepra saltarina, en especial la sotana del vicario y el mono de goma negra de Norte. En las casas de labor,

elevadas en las colinas o hundidas en los vallecillos, los campesinos contemplaban en las puertas o debajo de los soportales aquel peregrinaje vacilante y aun así majestuoso. El trueno del río se oía incluso entre la crepitación de la lluvia; dos guardias de corps retrocedieron para sujetar al vicario por los codos; Ettore se cayó; Pierre se cayó dos veces seguidas y quedó literalmente desfigurado.

Desde el lugar en que se detuvieron, la hacienda designada para hospedar el parlamento, se veía una parte del río y la parcialidad de la visión lo hacía aún más tremendo. Entraron los jefes con la guardia de corps, pero Johnny y Ettore se diseminaron por la ribera o por las puntas de los promontorios, aguzando la vista y el oído hacia la otra orilla, deformada por el barro y oscurecida por la lluvia. El río, crecido hasta rasar sus márgenes más altas y abruptas, tenía la maravillosa densidad y el pulimento de una colada mineral, y la lluvia pesada se hundía en su superficie pulida y metálica sin formar burbujas, semejante a las almas de los recién nacidos en el limbo. De cuando en cuando, en aquel ambiente obsesivo de exclusivos ruidos acuáticos, se oía el grito de un pájaro despojado del nido y enloquecido por la lluvia.

Alguna que otra vez salía de la hacienda un oficial de la Primera División —en una ocasión, Pierre— para preguntar si aún no se veía ni se oía nada.

Johnny bajó al sobresaliente observatorio de Ettore y ambos fueron los primeros en verlos. Por una planicie aluvial asomó una barca llana y ancha, que surcaba con una facilidad y una seguridad irrisorias las aguas ultracrecidas. En el centro, entre los polos de dos poderosos remeros, se veía una mancha compacta de negro y gris verdoso. Johnny y Ettore gaped ante aquella irónica especie de ensayo general, mientras que la guardia de corps descendía al punto de desembarco presumible.

Nada más desembarcar, los jerarcas se hundieron en el fango hasta la rodilla, en especial uno obeso que ya había provocado gestos y sarcasmos en la guardia de corps. Los jerarcas más secos tenían bastante con liberarse a sí mismos, por tanto el gordinflón tuvo que tender las manos a los guardias partisanos, que, formando una cadena, lo extrajeron de la mordaza del fango sin dejar de hacer comentarios libres sobre su grasa y la opulencia de su dieta.

Ya estaban todos en terreno firme. Distribuyeron las mayores

sonrisas y los agradecimientos más cordiales, observaron con un humour afectado sus masivas adiciones de fango y acabaron ofreciendo una ronda de cigarrillos alemanes. Al fin, se reagruparon formando un polo alrededor del mejor mozo, un cuarentón moreno ala de cuervo, de tipo sardo, que trataba de disimular su desprecio tanto por los partisanos como por sus compañeros de parlamento. Pierre salió a la puerta de la hacienda y los invitó a entrar.

—Bueno —dijo Ettore—, estoy contento de haberlos visto de cerca. ¿Sabes?, el conocimiento personal es siempre un momento crítico. Pues bien, yo consigo odiarlos.

Solo quedaba retirarse al porticado, dado que la lluvia continuaba con ferocidad y que la vista del río resultaba ya estomagante. El porticado era estrecho y estaba abarrotado de los antipáticos guardias de corps, de modo que el último espacio disponible era la sentina del techado agrícola, con todos los hedores del gallinero exacerbados por la gran humedad. Pasó una hora, en la cual la carne se revolvía contra la deletérea humedad y el asco de los olores. A veces parecía que las paredes filtraban voces alteradas y entonces las deducciones y los comentarios absurdos recorrían el tétrico porticado.

Media hora después todo había terminado. Pierre salió el primero, para preparar el pasaje, con gesto sombrío. Johnny y Ettore lo escoltaron hasta la ribera para avisar a los remeros de que tuvieran lista la barcaza.

—Nos las pagarán —susurró Pierre.

—Mejor así —dijo Johnny—. Habrá sido la comedia de las reticencias. Nosotros a callar que solo nos quedan cinco horas de fuego y ellos a callar que la toma de la ciudad por la fuerza es una gran tarea.

—Mejor así —repitió Ettore—. Prefiero ver la ciudad arrasada. ¿Qué derecho tiene a ella, por ejemplo, ese gordinflón asqueroso?

Los jerarcas volvían a embarcar con bastante peligro. No sonreían, pero sus caras no expresaban tampoco mucha tensión; el resultado de la discusión se había dado por supuesto. El más fornido se sentó el último y luego se dirigió a la orilla en general y a Pierre en particular.

—Volveremos a vernos sobre el terreno —dijo con toda claridad.

—No le quepa duda —respondió Pierre por todos,

tranquilamente.

Los remeros hundieron los remos y se apartaron de la orilla.

—Vamos a esperar. No es imposible que naufraguen —dijo Ettore.

Pero no naufragaron. La barcaza se alejó tan irónicamente como había llegado y a los diez minutos, desaparecidos los jerarcas en la chopera, se oyó el encendido de una media docena de motores en la carretera comarcal.

Volvieron a subir a la principal. A pesar del fango, ciertas voces sweeping habían iluminado el entorno, porque los campesinos se hacinaban a lo largo del sendero y, entre todos los hombres de armas, rendían particular homenaje al vicario. Para Johnny, la escena tenía un sabor de antiguo orden medieval.

La carretera era una balsa de agua en la que los coches patinaban grandemente. En la llanura parecía que la ciudad disputada se disolvía, se hacía más baja y más plana, como si los cimientos cedieran poco a poco a la erosión aluvial. La indiferencia que habría podido nacer de la routine se desvaneció de golpe y, en aquel engarce de fango, volvió a ser tan preciosa como el primer día de la ocupación.

Al día siguiente Johnny dejó la comandancia para regresar al marooned islote de la hacienda Gambadilegno. Por la mañana, mientras la lluvia golpeaba con menos ferocidad los cristales de su oficina, había visto a los guardias de corps pisar el barro del patio a la espera de los empleados del acueducto que debían escoltarlos en un camión hasta las esclusas, con el fin de levantarlas y completar la inundación. Más tarde, también desde aquella ventana, vio partir a los gastadores, a las órdenes de Franco, para colocar las últimas minas.

Se marchó. La ciudad parecía ausente de sí misma, la circulación y el tráfico eran mínimos, las tiendas abiertas no resultaban por eso menos inaccesibles. Johnny llamó a una puerta conocida por estar provista de cigarrillos de estraperlo.

—Pero ¿no sabe lo que ha ocurrido? —preguntó el estraperlista, un hombre viejo y calvo, inerme y solapado, casi con lágrimas en los ojos—. Me han robado los cigarrillos. Robado, y perdone el término, tratándose de sus compañeros. Una tarde llega un partisano, los coge y los paga, a la tarde siguiente ídem, pero me

aconseja que me abastezca al máximo porque a la otra tarde iba a traerme, dice, no sé cuántos compradores. Yo me abastezco con una buena parte de mi pobre capital —encantado, como usted sabe, de satisfacer a los partisanos—; pues bien, llegan puntualmente cuatro y me cogen todo el tabaco sin pagarlo, hablando incluso de la posibilidad de un arresto, porque, dicen, el estraperlo es un delito tanto para nosotros como para los fascistas. —Gimió—. Usted sabe que yo me dedico al estraperlo por pura necesidad. O estraperleo o me muero de hambre. Soy violinista, pero en estos tiempos no existe demanda de violinistas. No quiero recurrir a la comandancia. Me la han hecho fina, pero qué remedio. Busque en el café tal. No al barman, sino al camarero que sirve las mesas.

Johnny lo hizo así y quedó satisfecho del camarero, joven, vivaz y espabilado para todo. Diez paquetes de nacionales y el chico, contento con la importancia del negocio y con la rapidez del pago, se creyó en la obligación de informarse del trabajo y el destino de Johnny.

—¿En los diques? Mal, muy mal.

—En absoluto —dijo brevemente Johnny y partió hacia allí con diez paquetes de cigarrillos, el Sten y tres cargadores y medio.

A las afueras de la ciudad, la humedad de los campos resultaba inimaginable: la tierra gelatinosa no soportaba ni el peso de un hombre ni siquiera el simple peso de un trípode de ametralladora. Por encima del estruendo de la lluvia resonaba el río, amplísimo, hinchado y embutido como una fiera después de digerir su presa, que no obstante parecía haber perdido en virulencia todo lo adquirido en fangosa hipertensión. A la izquierda de Johnny las colinas desaparecían detrás de múltiples cortinas de lluvia apenas manchadas por la sombra de las alturas, pero a la derecha, las colinas mucho menos altas de más allá del río, aquellas colinitas en las que ya brooded los cañones fascistas apuntando al corazón de la ciudad rebelde, parecían más próximas y más sobresalientes de lo natural sobre la llanura anegada.

No se veía nada humano en las tierras. Las patrullas partisanas, si las había, nadaban a ciegas entre los vapores de la ribera; los campesinos se encerraban en los establos, atados por el tiempo y por la misteriosa aprensión. Ladraban algunos perros, pero el ruido llegaba acolchado.

Johnny llegó a Gambadilegno, mejor dicho, la abordó por la tarde, entre el tronar del río y el agitarse de las sombras. Mugían los animales en los establos y los hombres tosían todo alrededor, aún invisibles.

—Bendito sea —dijo la dueña de la casa, con el rostro consumido por el tedio del tiempo. Johnny preguntó enseguida qué tal se habían comportado los chicos.

—Son jóvenes, lógicamente —dijo ella, encogiéndose de hombros—, pero no deberían haber hecho lo que le hicieron a mi pobre marido.

—¿Le han puesto la mano encima? —preguntó, pasmado.

—Oh, no, eso no, pero los que duermen en el henil han orinado a su gusto en el forraje por pura pereza y pura ignorancia. Así que la mitad del heno ha fermentado y hemos sufrido una gran pérdida. Son chicos, claro, pero durante estos días su sargento ha tenido que emplear las manos y le aseguro que las tiene secas y pesadas.

Salió. Nada más doblar la esquina de la casa, Miguel se materializó. Parecía envejecido y cuando habló lo hizo con un principio de balbuceo a causa del agotamiento. Tosía con frecuencia, crepitando, y a cada golpe cerraba los ojos por la violencia de la expectoración. Vestía una de las guerreras impermeables que había traído Pierre, que por la mala calidad de la tela se había transformado bajo la lluvia interminable en algo semejante a una caja de madoroso y aun así sólido cartón. No tuvo más remedio, dijo Miguel, que montar la guardia y empaparse; pero había sido demasiada guardia y demasiada lluvia. Y los hombres… bueno, ahora le faltaba valor para regañarlos.

—Otros hay que merecerían una regañina —añadió.

Johnny lo entendió y dijo enseguida:

—Yo tenía órdenes. Soñaba con regresar aquí lo antes posible, pero me lo impidieron. Me encontraba fatal en la comandancia.

Se sentaban en unas piedras secas y a cubierto, pero los pies se les hundían en el barro. Miguel tamborileó con los dedos en la guerrera, que sonó a madera.

—Soy el único que la lleva. Los chicos no tardaron en tirar las suyas al río. Pero yo soy de la vieja escuela y me parecía una cosa… Johnny, ¿has notado mi tos? Óyela, esto es una tos. Cada vez que toso, y toso cada medio minuto, se me cierran los ojos y en la

negrura interior veo muchos fuegos artificiales. No tenemos nada para cambiarnos, así que es la piel la que se moja y la que se seca. Acabaremos todos tísicos.

—Ya queda poco, Miguel. Como tenía que ser, el parlamento ha fracasado…

—¿Ha habido un parlamento? —preguntó con indiferencia el sargento.

—Sí, ayer, en el río bajo, pero se abortó, así que un día de estos los fascistas atacarán como es preceptivo.

—¡Ojalá fuera mañana! Y, en nombre de Cristo, ojalá saliera un trocito de sol sobre nosotros, los combatientes.

La batalla no fue al día siguiente, pero al día siguiente salió un trocito de sol. Poco después del mediodía hizo una tímida y no obstante triunfal aparición en el cielo aún amorfo, al tiempo que la lluvia mudaba en llovizna. Aquella miseria bastó para reequilibrar a los hombres, que rieron, cantaron y desentumecieron el cuerpo y el espíritu. Por la carretera pasaba un enorme tránsito, toda una secuela, nítida al aire purificado, de camiones, furgones y motocicletas. Aquello era una severa anticipación de la proximidad de una empresa, pero acababa animando y reconfortando. Los hombres fuera de servicio acompañaron al sargento a la carretera como el que va a una feria; mientras, Johnny se quedó a proteger a los hombres de Frankie, que estaban enterrando las últimas minas en una franja de barro y grava, a la izquierda del sector de Johnny. Todos los gastadores manejaban aquellos juguetes negros, pero solo uno de ellos los depositaba y los cubría con una dulzura lenta. Al terminar, levantó al final de la franja un cartel con el siguiente letrero: «Cuidado con las manos», transparente aviso a los partisanos. Entonces, Johnny se sintió libre de reunirse con los demás en la ajetreada y excepcionalmente ruidosa carretera.

Fue directo al lugar que el sargento le indicaba con grandes aspavientos y se halló junto a un camión cargado de hombres, armas y municiones. Las armas eran raros y valiosos morteros; los hombres, alpinos vénetos que habían desertado en mayo. Continuaba el milagroso soleamiento y la propia llovizna resultaba agradable con sus amables y esporádicos cachetes. También era agradable, después de tanto prado y tanto campo empapado, notar bajo los pies el suelo firme de la carretera.

Un centenar de azules, con algún rojo entre ellos, rodeaban el camión, disfrutando del sol, de la tierra firme y del espectáculo de la descarga. De pronto surgió en el cielo dilatado el pálpito más bien arisco y pacífico de un aeroplano. Luego aparecieron los dos insectos, que conmovieron el centro del cielo y apuntaron a la ciudad. Pero las sirenas callaron y los aparatos se encabritaron, uno enfiló hacia el norte y el otro remontó la carretera, a doscientos metros de altura, como si realizara una inspección alegre y amistosa. Era ciertamente un avión aliado, por tanto los hombres se pusieron a hacer aspavientos desde abajo para saludarlo.

El avión se lanzó y ametralló hombres y camión con una instantaneidad catastrófica. Con los oídos ensordecidos a fuerza de gritos humanos, de ruidos de motor y de ráfagas, Johnny se arrojó al arcén empapado, seguido crashingly por un hombre. Cuando el trueno del avión se alejó, comenzó a distinguirse el oculto crepitar de un incendio. Johnny desenterró el rostro del barro, se encaramó con el pecho en el borde y vio que el avión viraba por encima de las colinas y picaba para una segunda pasada.

—¡Idiot and pig! —gritó antes de volver a enterrar la cara en el barro. Se sentía desmesurado y desnudo, más tierno que un recién nacido, en un arcén que no era un refugio, sino la guía conductora del inevitable ametrallamiento. La breve ráfaga preliminar raspó la carretera; la segunda y grande chocó tremenda contra el metal y la madera del camión, que se tambaleó como un oso por el impacto. Luego el avión desapareció.

Los hombres resucitaban en la carretera, primero atontados, después injuriantes.

Uno aventuró que se trataba de un avión alemán. Casi lo lincharon.

—Pero si a los alemanes ya no les quedan aviones.

—¡Es un cerdo aliado! Inglés, seguro.

—Solo los ingleses son tan cerdos; los americanos no lo son tanto.

—Les gustan mucho estas bromitas, pero nosotros también estamos hasta las narices de ellos.

—¡Calma, chicos! —gritó un oficial de la Primera División—. Calma. Corro a informar a la comandancia.

—¡Cómo se reirían los fascistas!

Al final descubrieron al muerto. Era uno de los alpinos, que en el momento del ataque descansaba subido al camión. En aquel instante, las cajas de munición comenzaron a estremecerse y a explotar dentro del vehículo, que despedía moderadas lenguas de fuego. Alejaron al muerto y lo pusieron de espalda, horriblemente agujereada por dos impactos de metralla; los andrajos de la camisa azul remachados en los bordes de las heridas como cráteres.

La munición saltaba mecánicamente, con lenta pero puntual simpatía, poniendo en marcha un ghastly metrónomo en aquella ghastly espera. Por la carretera silbaban los automóviles de la comandancia que llegaban para comprobar lo ocurrido. Los campesinos, visibles de nuevo, guarnecían los taludes de sus campos, sacudiendo las cabezas pesadas y toscas. Recomenzó la lluvia.

Capítulo 24

La ciudad (IV)

Al día siguiente, uno de noviembre, no llovió, pero el viento cortante era ya invernal. Los hombres, aún empapados, no pudieron soportar la nueva crueldad del viento y regresaron a los establos que habían dejado. A juzgar por lo que permitía distinguir la bruma del día, pocos quedaban fuera, a la orilla del río, por eso a Johnny la ribera le parecía desnuda y abandonada como si ya se hubiera librado la batalla y los dos ejércitos hubieran quedado destruidos, pulverizados por su propio odio.

Acercándose a la carretera, captó mejor los detalles de las tres grandes villas escalonadas que había en la colina de enfrente: los macizos cañones de las metralletas de veinte milímetros asomaban por las ojivas de las torrecillas y en los patios se apreciaba un movimiento de hombres, si bien escaso y aterido.

Luego, el viento amainó, los hombres salieron a cielo abierto y, en el momento de mayor aglomeración, llegaron a la ciudad con todo tipo de medios el anuncio y la confirmación del ataque general fascista para el día siguiente. Se supo que la cosa iba en serio, con abundancia de medios y de hombres, con mando de oficiales generales, etc. La única incertidumbre estaba, lógicamente, en el punto de paso.

—Bien, es justo lo que todo el mundo quería —dijo Johnny a los hombres, que sin embargo ahora parecían menos agradecidos a la certeza que antes quejosos de la espera pútrida e inútil.

—Mañana es dos de noviembre —replicó en voz alta uno de los chicos, como hablando consigo mismo—. Es el día de los muertos, mañana.

Miguel se subió a un montículo de la ribera, examinó

atentamente el río y su otra orilla, y luego bajó diciendo con dura ironía que, pese a su aspecto hipertenso, el río le parecía manso como un Corderito. El tráfico de la carretera continuaba igual: los correos motorizados enfilaban en todas direcciones para comunicar y ratificar las noticias, hasta que los hombres en línea acabaron por irritarse y los invitaron a regresar a la seguridad de la comandancia y a ahorrarse las más que sabidas novedades. Los hombres comenzaban a pagar con duro estremecimiento y fúnebres reflexiones la embriaguez inmensa del diez de octubre.

Poco después del mediodía —un mediodía apagado pero no crudo—, todos los hombres asignados a la defensa del sur confluyeron en el inmenso patio de la hacienda de San Casciano, situada en el centro de las posiciones partisanas. Confluyeron, se contaron y descubrieron que no eran más de doscientos. Entonces estallaron.

—Pero ¿cómo? ¿No fuimos dos mil a la hora de tomar la ciudad? ¿Seremos doscientos para defenderla? ¿Dónde están los mil ochocientos que faltan?

Y no los aplacó el oficial que salió de la comandancia para asegurar que en la ciudad había centenares de partisanos reunidos en calidad de masa de maniobra, más los otros centenares que habían tomado posiciones en la parte baja del río. El vecino de Johnny, con más de treinta años, ojos tristes y voz catarrosa, se encogió de hombros y dijo que de todos modos los iban a derrotar.

—¿A nosotros o a ellos? —preguntó un chico a Johnny.

—A nosotros —precisó el hombre.

Johnny vagó por el patio con una curiosa satisfacción: la placentera energía que lo inundaba cada vez que los demás navegaban entre la desconfianza y la depresión. Paseó a todo lo largo de la hacienda, enorme y con algo de la senectud, la funcionalidad y la grandeza de las antiguas construcciones rurales cistercienses. Luego regresó junto a sus jovencitos, que, como buenos chicos, ya lo habían olvidado todo y en ese momento, atentos y excitados, admiraban el tiro al blanco de una pareja de desertores polacos de la Primera División, tiradores formidables pese a estar los dos notoriamente borrachos. Y cuando acabó el tiro al blanco no perdieron ni la vivacidad ni la animación; todo lo contrario, parecían exaltados por el hecho de ser solo doscientos, y

se pusieron a bromear y a badiner sin piedad con que el día siguiente fuera el de los muertos. Al fin, se sumaron a un potente coro general de extrema alegría y défiance.

Los oficiales recibieron la invitación a entrar en la casa, porque el dueño de la finca sentía debilidad por los mandos. Un calderón de vino caliente, con un cazo para servirse, colgaba de un clavo. El propietario tenía un aspecto indisimulable de estar receptioning a la parte perdedora. El hombre que precedía a Johnny en la fila del calderón era un oficial de unos cuarenta años, alto, fuerte y con cara de extranjero.

—Capitán Asther —le preguntó un compañero suyo de la Primera División—, ¿qué te harán mañana tus hermanos alemanes?

Asther —un alemán pues, de cabeza maciza y perfil huidizo— sonrió y con la ayuda del cazo mimó sumariamente un tajo en la garganta. Pero nadie creía en una participación alemana en el asunto del día siguiente; como mucho intervendrían en caso de una debacle fascista, cosa que era legítimo excluir.

Una vez que hubo bebido, Johnny se acercó a una ventanita horizontal abierta en la pared desnuda, a través de la cual vio las sombras de las murallas de la ciudad entre los vapores bajos y danzantes; torres y campanarios se diluían en el cielo ceniciento. Nunca como en aquel instante comprendió cuánto le importaba la ciudad, el peligro que corría y lo poco que él podía hacer por ella. A su espalda zumbaban las conversaciones anodinas de los oficiales; fuera, los hombres continuaban su coro con un efecto hiriente, las bocas abiertas al cielo espectral.

Se dirigió a un grupo de oficiales de la Primera División reunidos en torno al calderón vacío, del que aún emanaba efluvio y calor. Uno de ellos se quejaba de algo en tono frívolo. Era un hombre raro, joven pero casi calvo, de unos veinticinco años, malamente envuelto en un uniforme inglés que él habría podido llevar con distinción. Hablaba con una voz muy acatarrada.

—Se me han acabado todos los pañuelos. Créanme, los pañuelos han representado el mayor problema de mi vida partisana. Una persona de resfriados en cadena como yo… La batalla por la ciudad me encontrará en la peor de las formas. Mi único pañuelo está empapado y yo he cogido un resfriado de muerte. ¿Cómo esperar que mañana me bata como un león por la ciudad?

Estalló una risita general de comprensión y justificación. Sin embargo, a Johnny le pareció que aquel hombre tenía una seriedad básica, una melancólica determinación que le brillaba en el fondo de los ojos vivos e inteligentes. Continuó con la misma frivolidad:

—Confieso que me gustaría encontrarme en el puesto de mi hermano. Mi hermano fue un genio. Al revés que yo, que estoy aquí a la espera de caer muerto en mi propia sangre y en el barro de los aluviones… mi hermano está caliente y seguro en un sanatorio suizo, y de primerísimo orden.

Cuando alguien esbozó una condolencia por la desgracia de su hermano, él se apresuró a decir:

—Por favor, no se enternezcan por mi hermano. Es un pedazo de hombre, un auténtico atleta con unos pulmones espléndidos, pero inmediatamente después del ocho de septiembre me dijo: «Giorgio, estamos perdidos, así que démosle un empleo inteligente al dinero de papá. Aquí van a suceder cosas nunca vistas y al final quedarán pocos para contarlas. Nos vamos los dos derechos a Suiza mientras haya tiempo y nos encerramos en un buen sanatorio. Allí nos quedamos hasta el final, cuestión de unos meses, tumbados a la bartola y dando paseos hasta que en Italia se acabe todo y, si hay ocasión, echando la red a las enfermeras». Pues bien, yo no supe decidirme, mi hermano sí, y ahora permítanme que lo envidie con todas las fuerzas que me deja el resfriado.

Sorbió, exagerando el gesto, antes de continuar.

—Todos ustedes tienen una noción de nuestra situación actual. Bien, pues permítanme que los ilustre sobre la de mi hermano allá arriba, en Suiza. Recibí noticias en los primeros momentos, por eso puedo pintarles el cuadro. Tiene un apartamento exclusivo para él, separado del exterior y del frío por un cristal de lo más fino y puro, absolutamente infrangibie, a prueba de balas. En bata, sentado en su butacón, lee los relatos bélicos más excitantes y salvajes que venden en las pacíficas librerías suizas. Cuando lo deja, contempla a través de los cristales el espectáculo, prohibido y olvidado para nosotros, de las ciudades suizas del fondo del valle, iluminadas todas por líneas y racimos de luces.

—¡*Helvetia felix*! —suspiró un oficial de la Primera muy rubio y arrebujado en un impermeable de la Marina.

Giorgio se levantó, polarizando en su pronunciada calvicie un

resto de luz.

—¡Mi reino por un pañuelo, aunque sea usado! —gritó con la nariz tapada. Como nadie se lo ofrecía, suspiró, se desató el pañuelo azul, su emblema de formación y de batalla, y descargó la nariz en él.

La dueña de la hacienda, que tampoco conseguía ocultar el convencimiento de estar cocinando para ellos por última vez, había preparado una cena especial.

—Señor Johnny, ¿qué haré yo mañana cuando todos ustedes estén combatiendo por los alrededores? ¿Cómo me defenderé de las balas? —preguntó.

—Quédese tranquila en el establo, sentada en un rinconcito, y atranque puertas y ventanas.

—Estese quieta y cómoda al calor de los animales —añadió Miguel.

—Sí, y rezaré por ustedes todo el tiempo.

—Mil gracias.

Pierre llegó a Gambadilegno a la caída de la tarde, montado en un sidecar.

Le habían asignado la defensa del norte, entre el túnel de la estación y el transbordador de Barbaresco, por tanto al día siguiente estarían separados. Johnny sacudió la cabeza.

—Atacarán aquí, por aquí pasarán. Me lo huelo.

—Mira tú, todos nos olemos que pasarán por nuestra parte —dijo Pierre.

Entraron en la casa y Pierre se dirigió a los hombres con una aburrida letanía de datos, cifras y fechas. Más en concreto, anunció que los estudiantes de medicina, cirugía y farmacia de la ciudad habían dispuesto por voluntad propia un servicio sanitario y que los heridos podrían encontrarlos al abrigo de los muros gruesos y relativamente cercanos del cementerio. Fue un golpe duro, por más que necesario. Los jóvenes partisanos solían estar maravillosamente dispuestos al riesgo instantáneo, a la muerte fulminante, a la herida o a la mutilación, pero la mayor parte de ellos retrocedía ante la previsión, la programación de todas aquellas cosas horrendas.

Fuera, en la noche negra, hubo que buscar el sidecar de Pierre con una linterna. Johnny lo acompañó mientras se montaba y dijo:

—En la mejor de las hipótesis volveremos a vernos mañana en

las colinas.

Pierre se revolvió en el sillín y, tal vez alegóricamente, encendió un faro.

—Somos pesimistas, todos, demasiado pesimistas. Estamos tan excitados que ya verás cómo sale todo bien.

Y para confirmar su confianza se marchó sin despedirse.

Johnny se entretuvo aún un poco en el patio, a pesar de que comenzaba a llover, una lluvia normal que no obstante prometía ser duradera y consistente. Miguel salió, miró con repugnancia el cielo informe y previó para el día siguiente lluvia seca y barro fermentado.

Los hombres abarrotaban el establo y robaban el espacio a los pasivos animales. Parecían aliviados y despreocupados y jugaban a la mano caliente. Miguel se sumó al juego.

Mientras sonaban las manotadas, la dueña se puso a llorar quedamente.

No le ocurría nada especial, solo que acusaba la lejanía del marido y de los hijos, a los que había mandado a las colinas seguras, lejos de los fascistas que se aproximaban. Además, no conseguía olvidar que mañana era el día de los muertos.

—Y esta lluvia terrible, que cae como un castigo del Señor —dijo, levantando la barbilla hacia el tejado flagelado por el agua.

Los chicos seguían jugando a la mano caliente, pero se veía que ya estaban hartos y que continuaban por mera falta de alternativas y para no caer en las garras de la inmovilidad pensante. Johnny decretó el overdue fin del juego y los mandó a todos a dormir, con la excepción del primer turno de doble guardia en la orilla.

La dueña se le acercó al oído.

—¿No querría dormir en la cama de mis hijos?

—No, gracias.

—¿Ni siquiera esta última noche? —añadió sin darse cuenta.

—No, señora, pero se lo agradezco igual. Dormiré bien en el pesebre, como siempre.

—¿No ha vuelto a tener ocasión de dormir en una cama?

—Alguna vez, pero no he querido recuperar la costumbre. Después es demasiado duro.

Se acercó el sargento con las manos secas enrojecidas por el juego. Johnny le dijo que se acostara, pero él se negó en redondo.

No le apetecía cerrar los ojos y, por otra parte, no se fiaba de la guardia, ¿se apostaba algo Johnny a que más de uno se dormía durante el servicio?

—Tú crees que podrás dormir, Johnny.

—Yo sí.

—Afortunado tú. Ve entonces.

—Me voy. Despiértame a las cuatro.

Se dirigió al pesebre y comenzó a desnudarse, es decir, a quitarse la guerrera y los zapatones y a aflojarse algunos nudos. Luego apartó los pesados morros de los animales y se dio la vuelta dentro del pesebre, cubriéndose hasta el cuello con el forraje. Se puso de cara a la pared para evitar el aliento y el roce de las bestias. Con la cabeza completamente vacía, disfrutaba solo de aquel calor húmedo y de haber liberado los tobillos de las apreturas de sus zapatones. La oscuridad era absoluta, cuadrada, con algo de marino en el alentar de los bovinos. Cada vez más sleepily, aplicaba el oído a los ruidos: el rascar de una cerilla, el estruendo lleno del río, el tamborileo (ahora tan placentero) de la lluvia en el tejado y, fuera, las voces roncas de Miguel y de los centinelas. Tuvo tiempo de pensar, muy en precario, cuánto se había acostumbrado a Gambadilegno y lo mucho que le desagradaba el pensamiento de dejarla. ¿Sedentarismo… partisano? Ya en el pozo de la narcosis continuó percibiendo el amplio, áspero y caliente lamido del buey en su brazo abandonado.

Cuando Miguel lo sacudió, Johnny tuvo conciencia de la fuerte lluvia batiente antes que de la inminencia y de la fatalidad de la batalla. Bajó la mirada a la muñeca y vio las cuatro y media.

—Tu reloj funciona a la perfección, Johnny. He sido yo quien ha decidido despertarte media hora más tarde. ¿Por qué? Tengo la impresión de que no vendrán. ¿Es que tienen que venir solo porque nosotros los esperamos y porque se nos ha dicho que los esperemos? No vendrán, Johnny. Todo me lo dice: el río, las orillas y el aire.

La noche no había añadido una arruga a las mil que ya tenía en el rostro, pero la voz del sargento se hundía en el abismo de la ronquera.

La dueña, ya en pie, envuelta en una bata de lana llena de remiendos, se empeñó en que tomaran una cucharadita de miel diluida en un vaso de agua hirviendo. Sirvió para combatir y vencer

aquella sensación sombría y herrumbrosa de absoluta vacuidad interior, pero la vieja ya se había echado a llorar y se retorcía las manos. Había resistido, resistido, pero ahora cedía. Le hicieron ponerse el mantón, la envolvieron en bufandas, la sentaron en el puesto más cómodo y apartado del establo entre sus queridos animales. Miguel la inundaba de seguridades y juramentos de que hoy no habría tal batalla, eran todo tonterías, tonterías y pesadillas, él tenía un sexto sentido para las batallas y aquel iba a ser el día más tranquilo y aburrido del año. La vieja notó que los perros ladraban de un modo que no le hacía gracia, pero ellos replicaron que era porque sus hombres estaban despiertos y en movimiento.

—No, los perros ladran de una forma muy especial.

Salieron bajo la fuerte lluvia y se mezclaron con sus hombres, nerviosos pero sanos, clavando los ojos en la naturaleza todavía indescifrable. Se encaminaron a sus diques para tomar posiciones; lo que en ese momento se dejaba ver se hallaba a diez pasos y en aquellos diez pasos las aguas estaban lívidas y la orilla lo estaba aún más. Johnny miró las colinas a su espalda, donde surgían del caos nocturno, blancuzcas, las torretas con las ametralladoras, pero los patios estaban desiertos y embrujados. Los hombres temblaban porque el agua, que se hacía más clara, tenía un aliento helado, y movían los pies contra el mordisco del barro. Luego salió a la luz la orilla opuesta, púdica, virginal en su matutina selvatiquez, con aspecto no solo de no incluir a los hombres, sino de excluir hasta la idea misma de que pudieran aparecer.

Afónico y todo, Miguel dijo que no habría batalla, los hombres le plantearon sus pros y sus contras y en seguida empezaron las encarnizadas apuestas de cigarrillos, de munición o de la próxima soldada. Mientras tanto, Johnny miraba hacia la ciudad, que se despertaba de su pesadilla entre los vapores de la mañana, destacada solo por las cumbres de sus edificios, como carente de cimientos, fabulosa.

Sonaron las cinco en los campanarios emergentes y con el quinto toque estalló un gran fragor.

—Has perdido, sargento —dijo Johnny fríamente y Miguel asintió con una risita afónica.

La ametralladora de la primera villa estaba ya en funcionamiento con una inclinación muy acentuada, y Johnny abrió

mucho los ojos porque el arma apuntaba a su orilla. Así pues, habían cruzado ya en secreto y sin hallar obstáculos. En la ciudad las sirenas ululaban frenéticas.

Las ráfagas de la ametralladora eran constantes y cada vez más slanting; sus proyectiles surcaban las cortinas de lluvia-plomo y se hundían en los bosques-refugio atestados de fascistas. Estos replicaban con fuego de mortero; nutrido, ordenado y paciente fuego que golpeaba la colina de la primera villa y arrojaba contra ella una capa sobre otra de crash, llamas y polvo. Bajo la fuerte lluvia todo se empequeñecía, se borraba.

Johnny se sintió bien, como se sentía siempre en el fragor y la complejidad de la batalla. Solo le fastidiaba hallarse atado a un inútil y estúpido dique absolutamente vacuo, cuando estaba claro que los fascistas atacaban desde el interior, en la directriz de la carretera provincial. Pero había que atenerse a las órdenes y aguardar la contraorden, que llegaría a saber cómo y cuándo, dada la impracticabilidad de los campos y la absurda fe partisana en la iniciativa y la fantasía individuales. Dos horas pasaron así, en un vacío y excitante teatro-seeing entre la ametralladora y los morteros y el enorme ruido de ambos, que daba la sensación de concernirles solo a ellos. La dolorosa espera obtuvo una magra recompensa con la captura absolutamente imprevisible de una barca fascista desencaminada, que avanzó por el río crecido hasta acostar fatalmente en el dique erizado de piedras, de zarzas y de fusiles. A bordo iban un oficial y un soldado. Ciertamente, la barcaza, bien por la violencia de las aguas, bien por la impericia de los hombres, se le había escapado a la flotilla fascista de desembarco. Ambos descendieron con las manos en alto y Johnny los guio para que no cayeran en el campo minado. Los hombres los despojaron de la pistola y el fusil, nada más. El oficial, muy joven, tenía un aspecto general de burócrata dialéctico y desnutrido, embutido contra natura en un uniforme de guerra. Estaba harto del río y se habría hartado pronto de la batalla si el río no se la hubiera jugado. Ya desarmado y en tierra firme, miró con desagrado el intercambio fogoso entre la colina y la orilla y dijo con acento del sur:

—Usted es el oficial al mando. Veo que se da perfecta cuenta de mi desgracia. Deseo que sepa que por nuestra parte tenemos órdenes de no tocar un pelo a los prisioneros partisanos.

—Puede ser —contestó Johnny, y destacó a un hombre para que los escoltara hasta la retaguardia, con orden de no rozarlos ni con los puños ni con los pies.

La ametralladora de la primera villa continuaba disparando ráfagas, ahora sin embargo breves y pausadas, como por surmenage o economía, mientras que los fascistas acertaban con los morteros igual que antes. Su última bomba había explotado en el patio. De pronto, la ametralladora lanzó una última, interminable y frenética ráfaga, tan inclinada que habría podido acertar en las propias faldas de su colina, y calló para siempre.

—No nos quedaremos aquí un minuto más —dijo Johnny, enjugándose el agua que le chorreaba por la cara—. Los terraplenes ya no cuentan, el asunto está en la carretera. Miguel, reunamos hombres y armas y avancemos en perpendicular a la carretera.

Pero en aquel momento, salido de los altos muros de San Casciano, apareció un correo navegando en dos palmos de barro y, en cuanto estuvo a la altura, gritó las órdenes que Johnny ejecutaba ya por su cuenta y riesgo.

Fue un traslado lento y penoso a través de los campos que parecían sobredimensionados por el barro trampero, bajo una lluvia paroxística que oxidaba las armas a ojos vistas. Los hombres sufrían por el peso de las cajas de la munición. Miguel, cargado con la Buffalo, los urgía desde atrás con roncos gritos de chalán. La ametralladora de la segunda villa disparaba ya con potencia contra el campo amurallado de choperas, y de las primeras líneas fascistas salían a escena las descargas de fusilería. Ahora las dos partes añadían fuego de mortero, si bien con bastante parsimonia. Parecía incluso que circulaban trinos de silbato, pero podía ser un error del strained oído de Johnny. Llegaron sin aliento y con el añadido de varios kilos de barro al inmenso patio de San Casciano, que, aun deformado por el fango, parecía una meta celestial.

Johnny se dirigió al pórtico para sacudirse los zapatos contra una columna y en ese momento vio a un partisano mayor, chieftainlike, con los ojos hundidos en la piel grisácea, que recorría como un monje el pórtico crepuscular, conventual. Apartó la muñeca de su macerado impermeable, vio la hora y habló para sí mismo: «Las ocho y cuarto. Será un milagro si los detenemos hasta las nueve».

Johnny le pidió instrucciones y el otro le señaló con un gesto la torreta central.

Entró y se detuvo al pie de una escalera metálica de caracol. Había tres oficiales, uno en cada rellano, todos con el impermeable negro azulado, todos con prismáticos. El oficial del segundo rellano era aquel medio calvo del hermano en el sanatorio suizo. Dada la altura de la torreta y la inundación de las llanuras que tenían delante, todo recordaba una batalla naval desde un puente de mando.

—Está el hombre de los jovencitos —dijo con tono amistoso el oficial del último piso, el rubio de la *felix Helvetia*—. ¿Armamento?

—Una Buffalo y veinte fusiles.

—¿En qué manos está la Buffalo?

—En las de un veterano de primer orden.

—Bien. ¿Cuántos tiros tiene la Buffalo?

—Mil quinientos.

—Estupendo. Colócate a la derecha, a lo largo del canal de irrigación.

Cuando Johnny se volvió para salir, el calvo dijo a sus espaldas:

—No te hagas ilusiones, ¿eh? Avanzan como quieren.

Se metieron en el canal de irrigación y Miguel tomó posiciones con la ametralladora en una de las junturas del cemento. El barro acuoso les llegaba hasta la rodilla y los congelaba, de modo que la tos inmediata de los hombres detonaba como una serie de disparos, pero, exaltados y fortalecidos por el ruido circundante de la batalla, rose excellently to trenchership y miraron con ojos de estupradores la misteriosa y femenina llanura que se extendía frente a ellos. ¿Pero dónde estaban los fascistas? La segunda ametralladora, cuyo cañón se inclinaba más a cada momento, disparaba ahora sin tregua, la fusilería era total y los morteros fascistas trabajaban a todo volumen. Los trinos del silbato eran ya audibles e inconfundibles. No obstante, el campo frente a Johnny continuaba virgen, pánico, totémico. Se dio la vuelta pero no consiguió ver la ciudad, comprimida entre los vapores de la tierra y del cielo que se bajaba y se bajaba. Solo aparecían, fantasmales, las tapias del cementerio en el límite de la tierra. Echó también una última mirada a los diques abandonados y al río, que corría colmo y extraño por completo. Los hombres se hallaban muy ocupados

moviendo los pies contra el barro, alguno cantaba a boca cerrada, otros hacían comentarios sobre la batalla que evolucionaba sin llegar a convertirse en fenómeno. De cuando en cuando, Miguel lo miraba a hurtadillas desde el castillo de la ametralladora; la lluvia encontraba un laberinto en su arrugadísimo rostro y él no paraba de introducir los cargadores empapados.

A las nueve y media se rompió la primera línea partisana y Johnny vio con toda claridad que retiraban de la ojiva la ametralladora de la segunda villa. También los fascistas habían reducido el fuego. Llegó un correo escurriéndose por el barro para avisar de que no dispararan a los primeros hombres a la vista porque eran los de la primera línea en retirada. Pero no se retiraron por la parte de Johnny, aparecieron enseguida más allá de San Casciano y apretaron el paso en dirección a la colina preferida. Iban enyesados de barro y de lluvia y, en simbiosis con sus armas a causa del barro, se arrastraban hacia las faldas de la colina patinando como locos en el fango traicionero con un torbellino de deslizamientos, caídas y equilibrismos. Los fascistas, aún invisibles, disparaban contra ellos, aunque escasamente y sin convicción. En efecto, parecían más preocupados por el barro que por los fusiles.

Luego se hizo un silencio largo y sagrado, como si los propios fascistas hubieran abandonado el campo abierto para buscar un refugio contra la ira de la lluvia. Pero la ametralladora de la tercera villa, justo a la altura de Johnny, estaba afinando la puntería, lenta y tranquila, y, por la inclinación del cañón macizo y opaco, Johnny calculó que los primeros fascistas se hallaban a quinientos metros. A la izquierda, detrás de Johnny, los artilleros preparaban los tubos de los morteros rodeados de unas pocas cajas de munición. De la torreta central de San Casciano no salía nada, solo un silencio como megafonizado, y así durante un cuarto de hora. Los chicos aguzaban en vano la vista y el oído hacia la vegetación empapada, hasta que uno de los más jóvenes se volvió angustiado. Johnny le preguntó secamente qué miraba.

—Nada, solo quería comprobar si por casualidad no los teníamos ya detrás.

—Hazme el favor, mira delante de ti.

En aquel momento, la tercera ametralladora abrió un fuego rápidamente denso y seguro, con una inclinación pavorosamente

pronunciada, contra las verdes cortinas; disparaba sin ansiedad, pero con una dignidad pomposa. Los morteros disparaban también, aunque con cuentagotas, pero Johnny no veía nada fuera de sus magras explosiones en la profundidad del barro.

Hasta que uno de los jovencitos de Johnny perdió la cabeza y disparó un fusilazo de frente, a la altura de las verdes rodillas de nadie, y algún otro lo imitó. Johnny no tuvo tiempo de reprochárselo y detenerlo, porque los fascistas situados a doscientos metros replicaron con una descarga potente y compacta que pasó rasando la trinchera de Johnny y voló hasta aplastarse contra los muros del cementerio.

Toda la línea abrió fuego, mientras que en el frente fascista trinaban como locos decenas de silbatos. Allí estaban por fin, nunca habían visto tantos ni tan de cerca, todos con abundante equipamiento y cascos brillantes, verdes como lagartos, sus saltos adelante entorpecidos y al mismo tiempo magnificados por la ágil inestabilidad sobre el terreno. Miguel los embistió con la Buffalo, a cuyo lado la fusilería de los otros quedaba en nada. El primer oficial fascista, derecho y con un porte de estatua de bronce verde, recibió lo que habría bastado para seis hombres antes de desplomarse. Enseguida se oyó un único silbido seco y los fascistas, pegados al barro, retrocedieron hasta las cortinas verdes y desde allí respondieron al fuego. Los hombres habían agachado la cabeza y más de uno no volvió a levantarla, pero bastaba con la ametralladora de Miguel para hacerlos recular todavía un poco más y mantenerlos allí. Ya no disparaban, pero era patente que habían pasado la palabra a sus artilleros para que intervinieran con los morteros. Abrieron un fuego denso, ni tan exacto como para matar, ni tan errado como para no concederle importancia. Mientras, los artilleros partisanos se incorporaban en sus agujeros y, con calma pero sin pausa, embalaban los morteros. Indicaron por señas que no les quedaba munición.

Transcurrió así una hora. Miguel trabajaba por todos, porque la mayoría de los chicos había dilapidado en treinta minutos los cartuchos ahorrados durante meses. Un chico que estaba a la derecha llamó la atención de Johnny con tranquilidad y educación y le enseñó una herida en el brazo izquierdo, pero con mucha calma, casi con gratitud. Johnny le hizo un gesto de «atrás» con la

cabeza y el muchacho salió del canal arrastrándose a cuatro patas por el fango en dirección a los diques, donde podría ponerse de pie y caminar con comodidad hasta el cementerio.

Los fascistas recomenzaron con todas las armas y bajo aquella marquesina de fuego rasante y candente, otro de los chicos cayó de culo en el barro, tal vez sobre sus propias heces, de espaldas al dique y a los fascistas, temblando de pánico y balbuceando epilépticamente. Johnny lo sacudió, sus vecinos lo zarandearon, le ordenaron que saliera y siguiera a gatas al herido, pero no se movía, no volvía la pupila ni emitía sonido alguno; todos sus centros bloqueados por el terror. Johnny y otro lo agarraron por las sucias ropas, lo sacaron a la parte de atrás y le gritaron que se largara arrastrándose, pero se quedó tal cual, como una lagartija pinchada, hasta que se recompuso un poco y se alejó nadando, milimétricamente, en el barro.

Johnny se dio la vuelta y con el fusil del chico empezó a disparar contra aquellos destellos de laca verde que eran los fascistas. La tercera ametralladora había detenido el fuego, pero los fascistas, clavados en su sitio por la línea de las ametralladoras de tierra, no ganaban un metro.

Raspó el barro del reloj y vio las once y diez y una vez más se abstrajo por completo en el carácter breve e interminable del tiempo de la guerra. Igual podía haber disparado un instante antes y acabar de gastar un cargador o, indiferentemente, llevar disparando desde el principio del mundo hasta consumir toda la munición producida para él por el resto de la humanidad. Llegó a su lado un chico que le habló casi con la boca en el barro.

—Echa una ojeada a Miguel.

Había hablado con una calma tal, con una tal falta de connotación en la voz, que Johnny miró a la izquierda casi distraído. El sargento estaba de bruces, con la cabeza a la altura del trípode, y el cañón de la Buffalo parecía abrevar en el fango. Un niño habría sabido que estaba muerto, pero acercarse a descubrir el agujero fatal… aquello paralizó a Johnny. Dijo al mensajero que lo siguiera para ocuparse de la ametralladora; aquel muchacho que nada tenía de particular hasta entonces, se destacaba ahora por haberle dicho lo de Miguel con tanta calma. Se arrojó al barro y nadó hacia Miguel. Lo metió en el canal arrastrándolo por los pies y

le dio la vuelta; era ligero y dócil. Lo tumbó, sosteniéndole con una mano la nuca fibrosa. La bala, que había entrado en la frente por encima del ojo izquierdo, había abierto un agujero limpio pero enorme considerando que estaba en el centro de la hermética sealedness de la cara. La sangre que brotaba seguía, como el agua, un camino difícil y variado; agua y sangre luchaban con éxito alterno por enrojecerle el rostro y volver a blanqueárselo. Johnny se inclinó sobre él, frío y mudo, sintiéndose como mutilado. De los muros de San Casciano partió la aterradora señal de retirada. El pánico pudo con los jovencitos de la trinchera. Johnny apartó el cadáver de Miguel y lo enfiló por lo pies en el conducto de cemento para que su parte más noble quedara al abrigo de la lluvia verminosa.

La tercera ametralladora había recuperado el fuego y disparaba sus últimos tiros para proteger en lo posible la retirada, los chicos se arrastraban por el barro dispuestos a no levantarse antes de alcanzar los altos muros de San Casciano, que vistos desde el terreno parecían babilónicos. Johnny, cargado con la Buffalo, tuvo que gritar para que alguien se hiciera cargo de la munición. El fuego fascista de hostigamiento era esporádico y poco preciso, pero resultó un calvario llegar a cubierto de la hacienda burlonamente cercana, jadeando de cansancio y con la angustia de oír el ronco quejido de uno de ellos, herido. La ametralladora callaba para siempre, no había más arma colectiva en línea, así que ahora los fascistas podían hacer todo lo que les viniera en gana. Detrás de Johnny, los chicos dejaron caer dos, tres bandas de munición. Al doblar la esquina de los muros había un partisano vestido y calzado de barro. ¿Veía Johnny la gran hacienda sobre la última altura antes de la ciudad? Era la última línea, con abundancia de refuerzos, hombres frescos, armas intactas y montañas de munición. Y la Comandancia de la Plaza al completo.

Ningún restallido de bala en tránsito, ninguna detonación a lo lejos; el campo volvía a estar vacío y hechizado bajo la magia de la lluvia. Se cruzaron con los hombres de San Casciano, que se retiraban tranquilos, algunos con las manos en los bolsillos, todos derechos. El oficial rubísimo se acercó un momento a Johnny, el impermeable inmaculado, armado solo con una pistola, tratando el barro con pies ligeros como si fuera una plaything.

—Tus jovencitos están más que hartos —dijo.

—Sí, y el mayor de ellos ha muerto. No veo al calvo del hermano en Suiza.

—Murió. Lo he dejado atrás, dentro de la torreta. ¿También a ti te caía bien? Una bala atravesó la ventanita.

Se quedaron clavados en el barro, derechos, y algunas balas malignas y dispersas silbaron entre ellos siguiendo una trayectoria entre la colina y los diques. Uno de los chicos de Johnny gritó y enseñó los dos brazos traspasados por una sola bala. Redoblaron el fuego desde las colinas y todos se tiraron al suelo y hundieron el rostro en el barro. ¿Los fascistas ya los habían superado por la derecha y desde lo alto? Entonces, el grito salvaje de un partisano en dirección a la colina los advirtió de que los que disparaban eran los partisanos apostados allí arriba, que los confundían con la primera línea fascista en avance. Un estallido de amenazas e improperios y el fuego cesó, mortificado; ya no resonaba más que el crepitar de la lluvia.

La escuadra había llegado al pie de la última ladera y Johnny suspiró por el calvario que se avecinaba; estaba tan moldeada en barro espumante que toda la superficie hervía. En la arcilla bullente se apreciaban unas pocas y casi irónicas briznas de hierba mojada. Johnny comenzó a incorporarse sobre las rodillas, anclándose en el barro con la mano libre; se levantó y volvió a caer. Igual les ocurría a los demás hombres, a los que la angustia arrancaba insultos y blasfemias. Un solo deslizamiento y en un abrir y cerrar de ojos se perdía lo que había costado varios minutos de penoso ascenso. El reincidente se precipitaba sobre el que subía esperanzado y ambos se derrumbaban hasta el fondo fundidos en un abrazo de injurias y desesperación. Extraviaron otro municionamiento de la Buffalo, y la mitad de los hombres, desesperando de llegar hasta la cima de la pendiente, se alejaron por el llano y se perdieron así para la última defensa.

Johnny estaba tirado a media ladera, jadeante y con una sed demencial en medio de aquella orgía de agua; el barro que se le había colado por las mangas le llegaba hasta las axilas. Se volvió a mirar por la parte del enemigo y, entre una franja de vapores, distinguió a medio kilómetro la vanguardia fascista, que olisqueaba los muros perimetrales de San Casciano. La lluvia era tan pesada

que las gotas magullaban una piel ya demasiado flagelada. Entonces empujó la ametralladora hacia arriba como una meta embedded en el barro, la alcanzó subiendo sobre el vientre, la empujó de nuevo y volvió a alcanzarla, hasta que apareció, estatua de barro, en lo alto.

No había nadie, ni un solo defensor que se dejara ver u oír. Uno de los hombres que le quedaban señaló con el dedo el patio de la hacienda, donde había un grupo de hombres, exiguos, perplejos, muchos de los cuales eran de los jovencitos y probablemente los tiradores errados de poco antes. A eso se reducían los centenares de hombres frescos, las armas intactas y los montones de munición de la altura de un árbol. Pero Johnny no se inmutó, ni él ni ninguno de sus hombres; la desesperanza de la situación era casi un estímulo. Llegaron luego los duros veteranos que habían evacuado San Casciano y tampoco a ellos se les ocurrió gruñir, sino ponerse enseguida a preparar lo necesario para techar el gran edificio de la derrota.

Johnny bajó los ojos a la ciudad marcada: carne desnuda y temblorosa ceñida por las aguas. Tosió, confió la Buffalo al nuevo artillero y se fue a beber a la hacienda. El capitán Marini estaba en la puerta, y su ayudante, que martirizaba en vano un teléfono de campaña, asomó por una esquina.

—Me alegro de volver a verte —dijo Marini—. Hemos perdido la partida. No puedo criticar ni a Lampus ni a Norte por no echar al campo más hombres, ni más armas ni más municiones. Si los fascistas aprovecharan el impulso de hoy y les diera por subir a las colinas, no podríamos tirarles más que piedras. Hay que apañarse solos. ¿Quieres agua? Bebe con tranquilidad, creo que nos darán un cuarto de hora de respiro.

Johnny no respondió. La amargura le parecía demasiado grande y demasiado excelsa para rebajarla con recriminaciones. Por otro lado, el ayudante era una figura tan devota, tan digna de compasión: todavía con el uniforme de camuflaje, temblaba y chorreaba como si acabaran de extraerlo del fondo de un pozo. Se volcaba con el teléfono, siempre en vano.

Dentro, la familia del aparcero, aterrada, desconcertada, balbuciente, extraía maquinalmente cubos de agua de la bomba interior y maquinalmente los entregaba. A la espera de su turno, Johnny se asomó a la ventana y aprobó con la mirada la posición

que habían tomado, entre dos olmos goteantes, los chicos que le quedaban. Desde la ventana contigua Marini preguntaba con aspereza algo a propósito de una metralleta. Uno del destacamento que había evacuado la tercera villa respondió que estaba inservible, a falta de una pieza esencial. Johnny, que curiosamente disfrutaba de aquel cúmulo de desgracias, le pidió un cigarrillo a Marini y el capitán le alargó con un ademán convulso los restos de una cajetilla.

Poco después, los fascistas, invisibles, reemprendieron el fuego de mortero, muy rápido y con la máxima precisión. Justo en el momento en que Johnny se acercaba el cazo a la boca, una granada acertó en el tejado y, por encima del borde del cazo, dentro del recuadro de la ventana, vio pasar la chimenea como un rayo, desintegrándose, y una de las mujeres de la casa perdió el sentido y se desplomó en el empedrado. Johnny bajó corriendo para apostarse entre los dos olmos, se tumbó detrás de la Buffalo, desfigurada por el barro, con el punto de mira cegado, y clavó los ojos hinchados en el llano brumoso, más allá de decenas de películas de lluvia. Calculó que no quedaba más que un centenar de partisanos, por tanto sería un milagro detener el primer asalto. Pero transcurría el tiempo y los fascistas no aparecían siquiera en plan de burla o de provocación. Un hombre de la Primera División dijo con bastante calma que debían fijarse menos en el llano y preocuparse más de la colina de enfrente; en el puesto de los fascistas, él se habría mantenido en la colina protegida por la vegetación y mucho menos empantanada que la llanura; y, para probarlo, como experimento, avanzó solo y derecho por la viña esquelética. Tanta razón tenía que una ráfaga gruesa crepitó desde la colina de enfrente y lo dejó seco en la fila de vides. Dispararon con todas las armas contra la cresta y los fascistas aparecidos devolvieron el fuego. Menos uno, que trataba hábilmente de buscar refugio y ocultarse en un cañaveral a medio camino. Lo vio Johnny, lo vio un artillero de la Primera, y los dos dispararon juntos y largo contra el cañaveral. Cañas y hombre croaked y cracked a la vez, y las cañas se doblaron sobre él como si quisieran vengarse del daño que les habían infligido.

Aunque combatían con prudencia y cautela, los fascistas necesitaron una hora para desalojarlos de aquella última posición.

Un verry rojo partió de la casa y se eclipsó alegremente en el cielo de hierro fundido; era la señal de retirada general y pareció que hasta los fascistas estaban al corriente porque redujeron el fuego casi por completo. No obstante, se hallaban próximos, sobre todo por el lado de la izquierda, con el cerco al alcance de la mano. El capitán Marini se desgañitaba ordenando una retirada rápida e inmediata.

Johnny se levantó todo lo alto que era fuera del abrigo de los olmos, con un aturdimiento que era el de la derrota: una derrota auténtica, campal y personalmente trabajada y sufrida. Miró por última vez el llano, el campo de la derrota, desde los diques más alejados hasta aquella eminencia fangosa sometida a la lluvia de la tarde que ya repartía sombras de crepúsculo. Todo parecía un sueño vertiginoso, nada parecía real; la realidad solo podía recuperarse tocada, reconocida con un dedo desde a new go at it. Sin embargo, no era un sueño, no para los fascistas, no para Miguel: su cadáver medio enterrado allá abajo, entre los vapores danzantes, in a very shallow grave.

Los hombres, los chicos, se mostraban aturdidos y renuentes, como él, y se movían absortos en medio del fuego esporádico de los fascistas, pensando perezosa pero lúcidamente que la ciudad estaba perdida, sí, pero que había un mundo de diferencia entre perderla a las quince horas o a las catorce y quince. Hasta que el capitán Marini se enfureció y, pistola en mano, los reunió y los empujó a la retirada.

Johnny bajaba entre los demás el pacífico vallecillo que descendía hasta las primeras casas de la ciudad, sin que ningún fascista apareciera aún en la cresta. Unos pasos detrás, el capitán Marini invitaba a todos a conservar en la memoria los sitios de los muertos.

—Tened en la cabeza los sitios, mañana, mañana mismo parlamentaremos por los muertos.

Los hombres lo oyeron pero no dieron respuesta, bajaban torpes y desorganizados porque el cómodo descenso era ya too much para sus rodillas agotadas.

Llegaron delante de la primera casa, emblemática de todas las restantes de la ciudad: cerrada a cal y canto, atrancada por todas partes, dispuesta a no abrirse ni con ruegos ni con amenazas.

Continuaron hacia el paseo que conducía al verdadero corazón de piedra de la ciudad. Para acortar, para minusculizar su agonía, Johnny saltó en el asfalto y de un solo brinco pasó a la otra parte, con la idea de tener al menos un solo glimpse volante de la ciudad perdida.

Muchos suspiraron aliviados al poner los pies en la primera colina, pero a Johnny no le pareció protectora, ni mucho menos maternal; por el contrario, tenía un aspecto torvo, siniestro, giving token de un castigo posterior e incluso demasiado próximo.

Subiendo aquel primer gradiente se hallaban al nivel de los tejados de la ciudad, cuyas tejas crepitaban con la lluvia como la leña en el fuego; los que habían sido tejados red and mellow parecían ahora algosos y bubónicos.

—Dentro de cincuenta años me preguntáis dónde estaba y qué hacía el dos de noviembre… —dijo un oficial de la Primera, pero lo interrumpió tajante el repentino, feroz, absurdo trueno de la artillería de la llanura lejana.

Las granadas no volaban por su zona, en la directriz de la retirada partisana, sino por el camino de la colina que les había servido para el descenso del diez de octubre, ahora crammed en sus curvas medias y últimas por una multitud de civiles con ropas oscuras que escapaba penosamente de la reocupación y las represalias fascistas. Los partisanos lanzaban juramentos y agitaban el puño hacia el llano, pero arriba la gente estaba rígida y contenía el aliento ante el cañoneo inesperado y directo. Los fascistas redoblaron y la multitud pivoted and squirmed como cogida en una trampa antes de tirarse al camino empapado y angosto entre escarpadas y precipicios impracticables. Por fortuna, las granadas estaban illfused y, tras una última andanada, los cañones callaron y la multitud sana y salva se apresuró a fluir hacia valles y vallecillos más seguros.

Los partisanos reemprendieron la subida, pero Johnny se detuvo y se volvió con la Buffalo a los pies, dejando que los últimos lo adelantaran con mil salpicaduras.

—¿Por qué te paras? —preguntó Marini, que ahora tenía más un aspecto de asistente colegial que de comandante en campo.

—Quiero ver el final.

Entonces el capitán se detuvo también y levantó los prismáticos.

Tenían a la vista la parte moderna de la ciudad, en una desolada y rain-battered geometría, y los únicos rastros de vida eran las copas flageladas por la lluvia de los plátanos del paseo.

—¿Dónde está su ayudante? —preguntó Johnny.

—Lo he enviado a la ciudad para que recupere unos documentos que olvidé. No quisiera que cayera en la trampa.

—Oh, tiene tiempo de sobra —observó Johnny—. Entran con una maldita lentitud.

Entonces, partiendo del lúbrico asfalto del segundo paseo, llegó hasta la colina un ruidillo petulante y, al poco, aparecieron dos carros armados del tipo ligero, que zigzagueaban en el agua, por los que asomaban todas las cabezas de sus ocupantes con sus respectivos cascos.

—Anda, tenían carros armados y no los han utilizado. Capitán, ¿su plan de defensa contaba también con un ataque de carros?

Marini no respondió, se limitó a mirarlo apenas, con una especie de desarmada indiferencia.

Luego apareció un grupo de infantería ordenado en dos filas a sendos lados del paseo, con los fusiles levantados a la altura de las ventanas cerradas de las casas. Después, dos enormes vehículos semiblindados que avanzaban a paso de hombre. Marini dijo que estaba absolutamente seguro de que llevaban dentro al comandante en jefe con su staff.

—Cierto, y ya escribe y reescribe en su cabeza el texto del inminente despacho a Saló.

La lluvia se enfurecía.

El capitán Marini se sacudió los hombros, el peso de la lluvia y el de la derrota.

—Anda, ven. Digamos adiós a la ciudad hasta el día de la victoria y vayámonos de aquí.

Llegados al centro, los propios fascistas fueron en persona a tocar las campanas.

Capítulo 25

Preinvierno (I)

Las noches eran polares, crudos los atardeceres y las primeras horas del día, pero aquel inicio de noviembre los mediodías y las tardes en el llano de Castagnole tenían la suave tibieza del verano indio[33]. En una tarde de aquellas, perfecta, de una paz ancestral, Johnny se encontraba de guardia en la rectilínea Neive-Castagnole junto a Ettore, que había abandonado en la ciudad su destacamento destruido para unirse a Pierre. Espiaban la aburrida rectilínea hasta su telón de neblina dorada, pero el motivo principal de la guardia era la enorme mina subterránea colocada en la última curva antes de llegar al pueblo. La habían emplazado allí mucho antes de la empresa de la ciudad, pero aún no había caído ningún fascista, por eso mantenían tanto la mina como la guardia. Johnny se preguntaba si los guardias partisanos estaban para prevenir a los civiles y salvarles la vida o para no permitirles que desperdiciaran la preciada mina saltando encima de ella. En todo caso, la gente del lugar estaba al corriente, hasta el extremo de que su prudente desviación marcaba en el prado contiguo una pista tan definida y ahora tan atractiva y tan vistosa que los propios fascistas, de haber pasado cerca, la habrían enfilado por instinto en lugar del camino minado.

Ettore, con el fusil en las rodillas, se sentaba en el guardacantón más cercano a la mina, quizá por animar con la emocionante proximidad la banalidad del servicio. Habló con una voz rasposa, ya que los dos acarreaban las secuelas del gran soaking en la ciudad.

—Me siento morir cuando pienso en la guardia de esta noche.

Y Johnny, a pesar del sol, se estremeció solo con la idea y soñó con su antigua pelliza de piel de Mombarcaro, tan marcial y tan

cálida. La había tirado sin la menor añoranza en una de aquellas crestas olvidadas, porque la primavera y el futuro verano parecían eternos, suficientes para abatir por lo menos uno o dos fascismos. Además, ya no tenía costumbre de montar guardia: en la ciudad era un oficial y por tanto estaba exento, pero después de la derrota casi todos quedaron equiparados en los servicios; en su ámbito, solo Pierre conservaba una vacía y superficial feature de mando. Los chicos habían crecido de un modo innatural en terquedad y criticismo (¡la descomunal capacidad de envejecimiento de la derrota!) y se notaba amargamente la falta de Miguel. Pierre había esperado que Johnny pudiera remplazado, al menos en el espíritu, pero ¿cómo podía él, que no era un sargento nato, remplazar a un sargento muerto? Por lo demás, los turnos de guardia eran menos frecuentes, porque, tras la pérdida de la ciudad, las escuadras habían disminuido sensiblemente. Un montón de gente, entre los más jóvenes, volvía a la ciudad, a su casa, porque los familiares insistían en que la ciudad había dado sobradas muestras de que los tiempos aún no estaban maduros. Y lo que era peor, los partisanos la abandonaron talmente depauperados en lo tocante a la munición que no podrían permitirse más que una sombra de engagement con los fascistas pushing, a no ser que los ingleses procedieran de inmediato a un lanzamiento mastodóntico en algún lugar de las colinas.

Ettore agitó un puño hacia aquel telón de neblina dorada al final de la rectilínea y se preguntó cuándo llegarían.

—Llegarán incluso demasiado pronto —dijo Johnny—. La reconquista de la ciudad no es para ellos un final, sino un punto de partida. Llegarán demasiado pronto y nos aplastarán en todas las colinas.

—Esta mañana he oído decir a la gente del mercado que los fascistas se comportan de maravilla en la ciudad. Prácticamente no han tomado represalias y continúan sin hacer mal a nadie. Han emitido un bando que promete la impunidad a todos los partisanos que se presenten, asegurando que en vez de enrolarlos los destinarán al servicio de trabajo. Naturalmente, solo a los no imputables de crímenes de guerra. Y parece que hace efecto, entre otras cosas, porque la estación que se avecina es favorable para ellos.

—Yo sé por Pierre que la nueva guarnición está preparadísima —dijo Johnny—. Formada en su totalidad por elementos de la RAP [34] y no por aquellos alpinos llorones de antes.

They're
going to give us a damned bad time.

—¿Qué?

—Que nos las van a hacer pasar canutas.

Los rumores del pueblo viajaban hasta ellos a través de los rayos dorados, pero Ettore lanzó en aquella dirección una ojeada de antipatía y se preguntó por qué Norte los había destinado de guarnición allí y no en Mango o en cualquier otra localidad de las colinas. Estaban hasta las narices de la llanura y las echaban de menos. «Deformación profesional», pensaba Johnny. También él detestaba Castagnole, un pueblo incongenial, ambiguo, anfibio, dividido en dos barrios: el ferroviario y mercantil en la llanura y la parte antigua y feudal enrocada en una altura magra y ondulada. Ellos estaban acuartelados en el barrio llano. Johnny detestaba su ubicación, su gente, la distribución de las casas, la carretera y los alrededores, el hecho de que tuviera una estación de ferrocarril y hasta el toque nocturno de las campanas, y esperaba dejarlo muy pronto, quizá por la embestida de los fascistas.

Ettore señaló la llegada de Pierre. Al parecer, venía para una simple inspección, aunque, más probablemente, para disfrutar del melancólico calor de la antigua y probada compañía. También él era un pez fuera del agua en el nuevo pueblo, entre hombres nuevos y poco conocidos, nunca probados.

—Pierre ¿por qué demonios nos ha destinado Norte a este pueblacho?

Después de que la anterior guarnición badogliana quedara reducida por el desastre de la ciudad, ellos habían bajado a reforzarla a fin de que los comunistas no se vieran tentados e incluso empujados a descender por la fuerza y robarles el presidio a los badoglianos. La línea roja del bajo Monferrato era profunda y sólida y estaba prácticamente intacta.

—¿Lo entendéis ahora? —preguntó Pierre.

—Entendido —respondió Johnny—, pero verás adónde nos conduce esta estrategia de las guarniciones. El final también llegará demasiado pronto. Después de machacarnos nos dispersarán,

guarnición tras guarnición, con nuestro consentimiento y, por qué no decirlo, con nuestra ayuda. Solo queda por ver quiénes serán los primeros, los badoglianos o los comunistas.

—¡Y esos cerdos de aliados que se divierten con las patrullas! —exclamó Ettore.

—A propósito, ¿dónde están ahora?

—No lo sé —respondió Ettore—. Hace una infinidad de tiempo que no oigo la radio. Ya no entro en las casas para escucharla, no me va nada la gente de este maldito pueblo.

No se trataba solo de la población de Castagnole. Toda la gente estaba cambiando, poco a poco y por todas partes. La derrota partisana en la ciudad había influido también en ella, en su esperanza de un final razonablemente cercano de la guerra. Durante muchos meses los civiles habían dado, ayudado y arriesgado solo a cambio de seguridad y de progreso en el camino de la victoria, para recuperar sus cosechas y sus rebaños y su tranquilo ir y venir a ferias y mercados, para enterrar de una vez aquel feo asunto de los fascistas y los alemanes. Ahora, tras la dura lección de la ciudad, tenían que continuar dando, ayudando y arriesgando la cabeza y el techo con la brumosa lejanía de la victoria y la liberación. Durante varios meses habían dado y ayudado sonriendo, riendo y formulando un mundo de preguntas confiadas, ahora tenían que empezar a dar en silencio, luego casi sullenly, y al fin con una protesta muda, que cada vez lo sería menos.

—Ayer mismo por la mañana —dijo Ettore—, me levanto de la maldita paja con un hueco dentro, con una condenada necesidad de desayunar y notar el calor de una cocina. Así que voy al chacinero de la plaza, llamo y aparece la dueña joven, pido un sandwich, indicándole que puedo pagar. Me hace el bocadillo, me lo alarga y cuando le adelanto el dinero me lo rechaza con un suspiro.

—¿Y qué? —dijo Pierre, misteriosamente dulled by sadness.

—¿Y qué? Tendrías que haber visto el cansancio, la repugnancia y la ofensa que encerraba aquel suspiro. Yo perdí la cabeza… me había levantado en mal plan y se me puso todo rojo. En aquel momento nada me parecía más fácil, natural y lógico que pegarle un tiro allí mismo, detrás del mostrador. No sé lo que me frenó, no le hice nada, me limité a suspirar también yo al cabo de un rato. Pero ignoro lo que puedo hacer la próxima vez que me suspiren de

ese modo, como si fuera un mendigo armado, y me da miedo.

—Calma, chicos, calma —dijo Pierre con una voz sin calma.

Llegaba el cambio, dos muchachos tétricos y decididos, nunca vistos con anterioridad, que al llegar arrojaron varios improperios contra la mina y contra los gastadores. Ellos tres regresaron al pueblo, a la plaza gris y casi desierta, con aquella fría provisionalidad de mera etapa desleal e insolidaria anterior a la derrota. Pierre se dirigió a la centralita de teléfonos, pero antes de separarse les comunicó que aquella tarde cumplía años, treinta y uno. Los dos lo felicitaron, Pierre sonrió alegremente, con la alegría verdadera de los hombres con un fondo melancólico, y dijo que en conciencia no podía quejarse si mañana lo mataban por estar tan enorme y vergonzosamente por encima de la media.

En cuanto a Ettore, he stalked a concretar su plan maestro, en el que había depositado una determinación salvaje, hasta el punto de que ni siquiera para los fascistas tenía una mirada tan fija y tan feroz como para las mujeres. Muy probablemente consideraba a la mujer una materia hostil y poco seria, que se podía conquistar, traspasar y dejar traspasada como un grim jeer. Lo había proyectado y lo estaba organizando a solas, pues Johnny, irremediablemente incapaz de trabajar en team tratándose de aquel sector, se había limitado a pasarle lo que podría calificarse de unos poderes, pero antes de dejarlo, le preguntó con bastante ironía en qué punto estaba. Ettore contestó con dureza.

—En vísperas. ¡Es fatal! Las chicas se chalan por eso y nosotros nos morimos por lo mismo. Tiene que ser fatal.

Y se dirigió con paso de batalla al pueblo alto, entre la gente que pasaba, escasa, ceñuda o indiferente. Era definitivo, iba a preparar la privadísima velada de baile, aunque parecía imposible que estuviera reservada para ellos dos solos.

Una hora después regresaba, enmascarando el triunfo, según su estilo, bajo la más amarga de las máscaras. Habían fijado la velada para la noche del día siguiente en una casita de las afueras del pueblo, cuatro chicas y cuatro partisanos, con discos y licores. La invitada reservada a Johnny tenía que ser una intelectual. «Debe tener más pájaros en la cabeza —dijo Ettore— que un árbol en primavera», y ninguno de los tres tenía la intención de disputársela. Graciosa, desde luego, del tipo sutil, serpentina.

—¿Qué referencias has dado de mí?

—Le he dicho que eres un as cantando canciones inglesas y americanas —repuso Ettore, y Johnny enrojeció por la enormidad del precio.

Al día siguiente por la tarde subieron a la colina para ducharse en las escuelas municipales, puesto que según Ettore cabía la posibilidad de que hubiera, Dios mediante, exposición de piel. A la vuelta, Ettore explicó que la chica de Johnny se llamaba Elda y que, en cuanto a él, sus esfuerzos de conquista se verían obstaculizados por los celos y la interferencia de un partisano, o mejor, de un tío vestido de civil que se pretendía partisano. Estaba entre los invitados a petición de la chica de Ettore, que al parecer tenía miedo de aquel.

Por la tarde llamaron a la casita, elevada en las siniestras ondulaciones precedentes al siniestro río que llevaba los restos de la gran crecida de octubre. A la llamada, los postigos de al lado chirriaron y empezaron a golpetear, las chicas gritaron que entraran y subieran. De las ventanas oscurecidas salía música.

En el oscuro pasillo, Johnny identificó a Elda por su frufrú ondulante y por su perfume extraño, amargo, inmediatamente distintivo de su persona. Descargaron las armas, «esas armas antipáticas», dijo ella, y se dirigieron hacia donde estaban el calor y la música. El confort agredió de tal modo a Johnny que lo dejó sin aliento, de ahí que la decoración común y corriente del comedor le pareciera de una suntuosidad oriental en todos sus detalles, tanto por los sofás como por los ceniceros de cristal macizo. Dos estufillas eléctricas, candentes, irradiaban un calor sofocante, enervante, sensual, y en todas las mesas, hob and knob, había paquetes de cigarrillos que tenían el toque de Elda. Las otras tres chicas eran herederas de tierras, que en tiempo de paz e incluso de guerra aún razonable solían ir a la ciudad una vez por semana a comprar en las tiendas de la calle mayor; en aquel momento se aferraban compromisingly, desesperadamente, a Elda, evacuada de la ciudad, intoxicadas sin remedio y adictas a las cotidianas lecciones y espectáculos de inspiración y libertad, fantasía y estilo de su amiga. La más hermosa, un ejemplar de agradable animalidad, era sin duda la pretendida por Ettore y la favorita de Elda. Tea se llamaba. Los otros dos hombres estaban ya en sus puestos. Uno de ellos,

partisano de la primera guarnición, que frecuentaba lo menos posible a Pierre y a los suyos, era un muchacho de pueblo con algunos estudios en la ciudad y una indolencia innata que la experiencia urbana ayudaba a expresar cabalmente. El otro, el rival de Ettore, era un chico bien formado, con el cabello casi albino y los ojos muy azules, un rostro duro y veleidosamente autoritario y puntilloso que no entonaba con tanto rubio y tanto azul. Vestía de calle y tenía Paul como nombre de guerra. Según la descripción que había hecho Ettore durante el saboreo anticipado en el insomnio de los establos del barrio inferior, era partisano, pero vestía de civil porque pertenecía a la policía secreta partisana.

—La otra tarde —había dicho Ettore—, mientras yo disparaba todos mis cartuchos para quedar con Elda y Tea, me enteré de que nos odia, nos odia. A las chicas les ha dicho que sí, que nosotros somos partisanos, pero del tipo común, tropa mugrienta, y les aconseja, sobre todo a Tea, que no se dejen cegar por nuestros uniformes. Él sí que es un partisano y de clase, aunque vista de calle, porque forma parte de la policía secreta y se lo ha demostrado a las chicas con la pistolita que lleva en la cintura, dentro del pantalón, al contacto con la piel.

Elda los guio hasta los licores, destilados en casa pero con generosidad y conocimiento, que inundaron con un sweeping beneficio sus estómagos casi vacíos. Elda llevaba aquel perfume amargo y algo de amargo había también en su voz de pájaro, acerba y tenue, igual que todo en ella.

Regresaron al fonógrafo.

—¿Continuamos con lo lento o ponemos algo movido?

—Por favor, continuemos con lo lento —dijo Ettore.

Pusieron el disco, Paul se apropió de Tea, y Ettore, impasible, se conformó con la otra chica, demasiado consciente también ella de su conformidad.

Elda se pegaba, era fantástico que una mujer tan grácil resultara tan acogedora. Y olía tan bien, con una tal capacidad de conquista, que aquel perfume no parecía una aspersión artificial, pensó Johnny, sino la destilación más noble de su verdadera composición química.

—¿Estás bien, Johnny?

No pudo responder, reducido por el comfort a un estado de

torpeza.

—Me gustas, Johnny. Te diré que me gustabas ya antes y que tú eres de los que pueden entenderme. Me gustas porque tienes locura en los ojos. ¿Sabes que tienes ojos de loco? Estás loco, Johnny.

No se rebeló. Se hallaba demasiado agradecido y enganchado al perfume y a la adherencia de ella.

—Tú estás loco, Johnny. ¿O quizá no?

—Sí, en una medida normal, sí.

Luego le contó que tenía dieciocho años y Johnny se quedó pasmado: era verdad, pero era también la más atroz de las bofetadas a la verdad. Bailaban. El indolente, sentado en un sillón, ponía y quitaba los discos, con un eterno cigarrillo en la comisura de los labios y una constante mirada irónica hacia sus tres paisanas con antojo de hombres nuevos. Tea repartía sus bailes rigurosamente entre Ettore y Paul, pero cuando bailaba con el primero se mantenía siempre en guardia y no quitaba ojo al segundo. Entonces Elda susurró a Johnny que la noche podía acabar mal, pero parecía contenta y aplaudía la posibilidad con aquella sinceridad suya, especial y ansiosa.

—¿No te parece suficiente lo que ocurre a nuestro alrededor en estos tiempos? —preguntó Johnny.

—No me atañe tanto —dijo ella, con un morrito infantil—. Mira, Johnny, las chicas estamos muy por debajo de vosotros en los tiempos que corren. Vosotros tenéis tanto que hacer y estáis tan inspirados en estos momentos… que nosotras nos sentimos por debajo, en una esfera muy inferior…

—Entre nosotros hay quien muere, Elda.

—Entre nosotras también; todas, de aburrimiento.

Giraban apretados en el umbral oscuro del pasillo.

—¿Estabas en la ciudad, Johnny?

—Sí.

Pero le pareció que contestaba a la pregunta de si alguna vez soñó con luchar en la ciudad.

—Os han derrotado.

—Ya. —Y adelantó el cuello sobre el frágil hombro de ella—. Puedes advertir la marca de la derrota aquí, en mi cuello.

Entonces los dedos de Elda, clue de su galvánica tenuidad, erraron por el cuello de Johnny dulces y espasmódicos, obligándolo

a gritar y al mismo tiempo despojándolo de fuerza para emitir cualquier sonido.

—Vencidos. Yo adoro a los hombres vencidos.

El fonógrafo se detuvo y se interrumpió el baile según una tregua establecida para beber y charlar, iniciativa evidente de Paul, siempre imperioso y franco, pueril y man-shamming.

Resultaba shocking reencontrar a Elda en actitud y espíritu de charla.

Paul se levantó, como un presidente, para iniciar la conversación.

—Chicas, sabed que no estaremos mucho en el pueblo. Esta es sobre todo una velada de adiós.

—¡Oh, no habléis de vuestras cosas! Los hombres nunca dejan de ser hombres, ni siquiera en su versión irregular —squaffed Elda.

—Lo siento —insistió Paul—, pero sé que los fascistas comenzarán cuanto antes un gran movimiento…

Johnny apartó la mirada de él, aburrido y escandalizado, pero Ettore, su rival, le daba cuerda y le prestaba atención.

—¿Qué sabes en concreto? —preguntó Ettore.

—La guarnición de la ciudad se moverá muy pronto y con fuerza. Ya está adelantando la caballería en las colinas de los alrededores.

Hablaba como un auténtico miembro del Servicio de Inteligencia.

—¿Tienen caballería? —se asombró Ettore.

Paul saboreó su triunfo antes de continuar.

—Claro, hasta hoy la han empleado para reconocimientos poco importantes y rastreos en un radio limitado. Algún partisano sorprendido ha caído ya bajo los cascos de sus caballos. Le soltaron una ráfaga y luego pasaron por encima. Antes, los oficiales fascistas utilizaban los caballos para dar lecciones de equitación a ciertas señoras y señoritas de la ciudad.

—¡Ay, cuánto me gustaría recibir lecciones de equitación! —exclamó Elda.

—¡Elda! —recriminó Tea.

—Para matarte —susurró Johnny.

—Mátame, pero yo no sé lo que daría por tomar lecciones de equitación hasta con el propio diablo.

En ese momento una voz adolescente, acerba y apasionada, llamó a Elda desde la calle, dos, tres y hasta cuatro veces desesperadas, y las chicas y los dos hombres del pueblo la miraron a hurtadillas y pronunciaron con un suspiro el nombre del muchacho. Elda arrugó el entrecejo y, sonriendo, corrió a la ventana y called back dulce y maternalmente.

—Estoy aquí, Chico. ¿Me ves?

Solo se oyó el murmullo inarticulado, insistente del muchacho, la implorante repetición del nombre de ella.

—Pero ¿qué buscas, mi querido e imposible *Chico*? Sé razonable. Estoy aquí con unos invitados partisanos, partisanos de verdad, Chico.

De nuevo un murmullo largo, un «Elda, Elda» apenas audible, en el coma de un mal de amores letal. Elda se agitó en el balcón, pero enseguida recuperó la paciencia y la paciencia devolvió a su voz una aureolada perfección.

—Sé bueno y razonable, Chico, mi niño querido. No, no te exaltes, te he dicho «mi niño querido» por decir algo. No, Chico, yo no soy tu novia formal. No, tú lo has soñado. Sí, te quiero, pero no soy tu novia formal. Ahora vete y duerme bien.

Se retiró, a pesar de que el chiquillo de la calle insistía en llamarla con agudos y bajos de agonía. Elda volvió dentro y, muy en su papel de anfitriona, ordenó la continuación del baile.

Bailaban.

—Dime, Elda. ¿Ese muchacho te ha dicho que podía matarnos? ¿A todos, a ti, a mí, a todos?

Ella dijo que sí con un suspiro.

—¿Qué buscas en este maldito pueblo sin suerte, Elda?

—Me aburro.

—Habrá quien acabe lamentando que te hayan evacuado. Tú, que vienes de Turín, aunque yo creo que vienes de mucho más lejos, ¿verdad, Elda?

—Me aburro.

—¿Te aburres también de…?

—No, nunca.

—Y…

—Cuando quieras. En cualquier momento que te apetezca. Oh, ese disco horroroso, pero ¿quién lo ha puesto?

—No te preocupes del disco. No se necesita. La música está dentro de nosotros, ¿no ves que bailamos… por dentro?

Fuera estalló una ráfaga, luego se oyeron disparos de fusil, más ráfagas, más fusiles, y el vertiginoso rugido del derrapar de un automóvil que no obstante parecía quieto.

Las chicas gritaron, Johnny y Ettore corrieron por sus armas depuestas y olvidadas y se situaron en la ventana, mientras que el campesino indolente parecía más clavado a su butaca con cada detonación y Paul medía el cuarto y dirigía miradas de terror a la ventana.

—¿Qué te parece el de la secreta? —ironizó Johnny.

La primera descarga le heló la sangre, pero ya estaba completamente recuperado.

—Los fascistas, los fascistas —vomitó por su deteriorada boca el campesino, incapaz de saltar de su butaca.

Toda una secuencia de fusil automático, compleja, enérgica y funcional como los golpes de un martillo neumático, explotó en el aire congelado en millones de cristales. Los partisanos corrían por el sonoro empedrado y el coche continuaba zumbando no muy lejos, como un abejorro embotellado. Un instante después, se oyó una ráfaga de metralleta y los dos reconocieron el MAS de Pierre.

Saltaron afuera, en plena noche, y se lanzaron al barrio de la estación por el empedrado hiperbólicamente sonoro, en medio de un silencio repentino de todas las armas, como si los estuvieran esperando a ellos para recomenzar. En los límites de la plaza, alguien que disparó en su dirección, solapadamente, los obligó a tirarse al suelo. Retrocedieron arrastrándose hasta una esquina. Los adoquines eran ásperos y rasposos. Johnny notaba la sangre caliente de una de sus manos, pero, con toda seguridad, había sido un adoquín, no una bala.

—¿Qué pasa? ¿Son fascistas? —jadeó Ettore.

Johnny acabó de lamerse la mano.

—Si es que no disparan a las sombras… cabe la posibilidad.

Desde la otra parte llegó el último martilleo del fusil semiautomático, cuya descarga se aplastó contra algo de madera, y ahí se acabó todo. El coche ronroneaba ya lejos, con un ronroneo continuo y definitivo.

Luego, la voz de Pierre, tranquila y clara pero respetuosa de las

altas horas nocturnas, los llamó para que se reunieran en el cruce, debajo de la glacial impasibilidad de las ventanas de los civiles. A pesar de las tinieblas, el asunto se explicó y al fin quedó claro. El centinela del depósito de carburante situado en la periferia había hecho fuego contra un misterioso automóvil que se acercaba a él, entonces el coche dio media vuelta y respondió disparando por las ventanillas. El resto había sido inercia. No se trataba de fascistas, sino de alguna odiosa escuadra comunista que se acercaba para robar el preciado carburante de la menesterosa y diezmada escuadra badogliana del presidio de Castagnole. Pierre ordenó guardia general. Fue letal para Johnny y para Ettore pasar de la suavidad sexual y la tibieza de la casa de Elda al doloroso rigor de la noche y de la guardia. Pierre no dijo una palabra de la injustificada ausencia de sus amigos, pero los miró knowingly.

La tarde siguiente Paul estaba muerto. Al sentarse en el sillón del barbero, su pistola sin seguro se le disparó y lo hirió en el vientre desprotegido. Johnny y Ettore llegaron desde el puesto de guardia en la colina prefluvial cuando ya se lo habían llevado al hospital donde moría y el médico gastaba las últimas gotas de mefedina para conseguir un tránsito indoloro.

El pueblo, estremecido, se puso furioso y achacó a todos los partisanos la crueldad gratuita y el mortal diletantismo de aquel acto. Exigieron una sepultura inmediata, por pura necesidad de tiempo, como si de una cadena de hechos, entre los que se hallaba la muerte de Paul, la población dedujera la presencia en el aire de una tragedia colectiva. Así pues, el entierro, aunque seguido por una multitud imponente, resultó inmisericorde debido a la concisión y a las prisas. Cuando asistían en el cementerio al descenso del ataúd, irrumpió un chiquillo gritando que la caballería fascista había bajado de las colinas de Treiso y que iba camino de Neive, a cuatro kilómetros de Castagnole. Salvo el cura y el enterrador, amparados por su función, la gente corrió a esconderse y los partisanos a tomar posiciones. Pero fue un atrincherarse inútil junto a la curva minada, porque nada sucedió, hasta que un partisano desconocido, de la más profunda y bestial extracción campesina, dijo que cuando encontrara al chiquillo se lo iba a poner entre las piernas para arrancarle las dos orejas con su navaja. A las diecisiete horas, en la hostilidad del crepúsculo, que no de los

fascistas, Pierre ordenó romper filas y los devolvió en libertad al detestado pueblo. De tácito acuerdo, Johnny y Ettore se encaminaron a la casita de Elda, como si se tratara de un imprescindible hospital de campaña.

Pero la muchacha se hizo esperar y cuando al fin se asomó, dijo que no y luego estalló en lágrimas y en gritos histéricos que los devolvieron derechos a la llanura.

Capítulo 26

Preinvierno (II)

Hacia mediados de noviembre se encontraban patrullando cómodamente el camino de Santo Stefano, lejos del pueblo de Castagnole y cerca de las primeras líneas rojas. Delante de ellos, quitando los vuelos y los aterrizajes de los pájaros, la carretera estaba desierta e inanimada, y el aire, tanto el cercano como el lejanísimo, era un pozo de dorada transparencia. El paisaje era tan nítido que podías captar hasta el menor movimiento, incluida la actividad de un campesino en el extremo del patio más alto y distante, e imaginar que tocabas el vientre de la torre de la última colina con adelantar un poco un dedo. Fue entonces cuando, procedente de las últimas colinas del sur, se aproximó un throb de aviones que agitó apenas la superficie de aquel lago de aire. Debían de ser muchos, todo un escuadrón, aunque su ruido consolidado estuviera perfectamente fundido. Había en aquel estruendo una curiosa e intrigante circularidad. El tercer hombre de la patrulla pidió explicaciones. Ettore, bastante enfurruñado, contestó que era una simple pasada: pasaban sin ver a los pobres partisanos, sin reparar en ellos, de camino a evacuar su panzada de bombas quién sabe dónde. Johnny no se pronunció, absorto en el pensamiento de que el acalorado estruendo rasante perturbaba la paz de las tumbas de Tito y el Rubio. Se levantó solo para saborear la certeza heartfelt de que fueran ingleses. Sin embargo, no podían estar en tránsito; si acaso, se trataría de un error de la ruta, porque el ruido, ahora todavía más condensado, se oía cada vez más bajo y era cada vez más circular. Entonces se hizo la luz en su cerebro.

—¡Un lanzamiento! —gritó—. ¡Un lanzamiento directo a la boca abierta de la Primera División!

Ettore y el otro se pusieron a bailar en la carretera incluso antes de cerciorarse. Aquello significaba material de guerra y calor para todo el invierno, que a partir de ese momento podía convertirse tranquilamente en un invierno fascista.

—Lanzan a pleno día, en las narices de los alemanes y los fascistas de Ceva, que no pueden hacer nada, nada más que mirar nuestro maná y aguantarse, porque Lampus tiene fuerza suficiente para mantenerlos clavados allí.

Ante la loca magnanimidad de aquel lanzamiento diurno, todos se pusieron a bailar en el asfalto destrozado, hurraying, hasta que la gente de la hacienda más próxima irrumpió en el patio, se quedó mirando sus bailes y sus gritos y se subió a una altura cercana para tener una visión amplia y directa del eventful sky. Cuando se desvaneció el amistoso estruendo, salieron volando para Castagnole y dejaron espantados e intrigados a los raros viandantes por el ímpetu de su carrera.

Pierre aferró el teléfono y reclamó salvajemente al mando de la Segunda División. Tardaron diez minutos en conseguir la comunicación: al aparato, con una calma triunfal, Norte en persona confirmaba el lanzamiento, el mayor de la historia, con no menos de veinte cuatrimotores, para los brazos de Lampus y en las narices de la fuerte guarnición de Ceva. Ya había enviado arriba, con los medios más rápidos, a su mejor oficial para el inventario y el reparto.

Se despachó la noticia, que rebotó por todo el entorno, embriagó a los partisanos en solitaria guardia por el valle o las alturas e invadió el pueblo entero. Fue capaz de interrumpir la labor de aquella gente grim, architrabajadora y aislada, hizo trizas la dura máscara de reserva y extrañeza y sacó a la luz sus capacidades largamente reprimidas de entusiasmo y de solidaridad. Mientras tanto, los partisanos, agotados los vivas al lanzamiento y a los aliados, recaían en la consabida aprensión de recibir un trato injusto e incluso de quedar olvidados en el reparto.

—Esta vez Lampus tendrá que hacer unas partes más equitativas en el reparto.

—No te quepa duda, Norte se hará respetar.

—No me fío mucho, Norte depende demasiado de Lampus.

Y lanzaban miradas de adiós a sus desdeñados fusiles, porque

ahora iban a tener por fin armas automáticas, que eran la pasión y la enfermedad de la época.

Pero la alegría se volvió dolor y lo que había parecido la salvación causó una ruina mortal. Después de la toma de la ciudad, los nazifascistas habían reunido una gran fuerza (por mitad alemana) precisamente para expulsar al poderoso Lampus y, detrás de él, a los menores. El gran lanzamiento diurno delante de sus narices no hizo otra cosa que empujar las manillas hasta la hora X del ataque generalizado, y tres horas después la artillería alemana abrió fuego con todas sus piezas y la infantería fascista trepó a las soberbias líneas de Lampus. Bajo el enorme y novísimo mazazo de los cañones, todas las colinas se poblaron de repente y de repente se despoblaron. Los hombres más rápidos y más pusilánimes del todavía desinteresado Castagnole liaron el petate y, por odio a los posibles seguidores, huyeron furtivamente a ciertos lugares misteriosos que habían estudiado y elegido tiempo atrás.

Grande era la luminosidad del día y mayor aún la del trueno artillero; era, en todo caso, una jornada tan grande que casi podía eclipsar aquella otra de la ciudad.

—¿Qué va a ocurrir si la guarnición de la ciudad ataca al mismo tiempo?

Pierre se encogió de hombros y envió a Johnny con todos los hombres a vigilar la rectilínea de Neive, mientras él se quedaba en la centralita con un muchacho encargado de llevar a la línea las posibles noticias.

Recorrían con los ojos y con la punta de sus fusiles la inmóvil, dorada y casi ridícula rectilínea, pero el cañoneo en las altas colinas era tan absorbente que los subyugaba. Así pues, pensaba Johnny, mi vida y la de todos estos vuelve a estar en danza, como los dados al fondo del cubilete. Pues bien, él volvía a estar dispuesto.

Pasaron horas en una guardia vana, a las medias llegaba el correo de Pierre con las ultimísimas noticias: arriba todo iba de maravilla, los fascistas y los alemanes morían a puñados, el material del enorme lanzamiento se había recogido entero y estaba ya seguro y operativo. Más tarde, las brigadas rojas de las colinas altas se habían integrado en la línea azul y combatían codo con codo en una unión sin precedentes.

Pero si levantaban la mirada a las colinas de enfrente, las veían

coronadas de oleadas de campesinos que huían con equipajes y reservas suficientes para una fuga larga y una emboscadura aún mayor. Cada hondonada tenía su aluvión, como a finales del invierno. Johnny detenía e interrogaba a los evacuados, que se paraban de mala gana y respondían que no, que sus pueblos aún no estaban invadidos, no, no habían visto asomar siquiera a los fascistas o a los alemanes, pero se iban rápidos y aliviados, alejándose cada vez más de sus casas, sus mujeres y sus animales. Y el bendito crepúsculo los engullía en un santiamén. Hacía frío, a fuerza de salpicaduras de hielo, las manos se abarquillaban en el metal de las armas. Con el ocaso, la artillería enemiga redujo y luego cesó, dejando más aterrorizado que aliviado el mundo de las colinas. A la vuelta, Pierre informó a Johnny de la última llamada de teléfono: todo bien, jornada de victoria y fundadas esperanzas para mañana. Los hombres acogieron la noticia con una indiferencia rayana en la incredulidad. Cenaron mal y a toda prisa, pasearon para distraerse por el pueblo desierto y atrancado y de nuevo se fueron a montar la guardia, con un frío y una angustia cuando menos iguales a los de las peores guardias en el río de la ciudad. Entonces tenían las colinas para refugiarse, ¿qué fin los esperaba ahora, si las perdían?

La noche engullía a bocaditos los perfiles de las colinas mayores y cayó una lluvia a chaparrones intermitentes que hizo estremecerse y jurar a los hombres. Continuaba el éxodo de los campesinos y los centinelas ya estaban roncos por culpa de la lluvia y de los frecuentes «¡quién va!». Los hombres se detenían al punto y se declaraban amigos con voz angustiosa, transitaban encorvados y envueltos en sus capas, para desaparecer de nuevo en las tinieblas, rezando por encontrarlas libres de otros seres humanos. Pierre, inútil ya el teléfono, había vuelto a la línea, triste pero «efectivo». Los hombres le pidieron opinión, sensibles otra vez al mando y a la preminencia, pero ¿qué podía decir Pierre? Entonces todos se pusieron a recriminar a los ingleses la idiotez de aquel lanzamiento a plena luz del día.

Al llegar para su turno, Ettore susurró a Johnny que Elda lo esperaba en la plaza. Johnny se dirigió allí, con el pueblo escasa y al mismo tiempo extraordinariamente iluminado. Las luces lanzaban unos destellos rojos como las llamas de un horno, con cuyas

oscilaciones las paredes parecían los flameantes faldones de las tiendas del efímero vivac de un ejército derrotado. Elda estaba en una esquina, sorda a las bromas y a las invitaciones de los hombres que pasaban camino de su servicio. Temblaba a ojos vistas y, bajo el reflejo rojizo del café de la esquina, estaba más pálida que nunca, con el rostro más devorado que nunca por los ojos, pero vestía un abriguito con adornos de piel tan delicioso y tan metropolitano que Johnny se olvidó de todo.

—Hay algo terrible en el aire, ¿verdad, Johnny?

—Sí.

—¿Terrible como en el caso de la ciudad?

—Un chiste en comparación.

—¿Esto?

—No, la ciudad.

—¿Cuándo crees que te verás implicado?

—Pasado mañana a más tardar. Alguno de nosotros envidiará a Paul.

—¿Qué quieres decir? —gritó, histérica de nuevo al oír aquel nombre.

—Sí, lo envidiaremos porque solo murió él, mientras que nosotros moriremos por docenas y nos apresarán a centenares, y los prisioneros tendrán que envidiar a los que murieron en el acto.

Se le colgó del brazo, pero era para llevarlo al centro de la plaza, al corazón de las tinieblas y de la soledad.

—Johnny, haz un esfuerzo y háblame como si yo fuera una mujer seria y razonable. No eres tú el que tiene ojos de loco, era yo la que estaba borracha la otra tarde. ¿No quieres esconderte? Yo puedo proporcionarte un escondite para ti y para tu uniforme y tus armas. Por poco tiempo, Johnny, hasta que pase la tormenta.

Él sonrió, le apoyó un dedo con dureza en el cuello, hundiéndolo en dirección a la carótida, y ella dejó escapar un suspiro casi de deliquio.

—Estás loca, Elda.

—Tú sí que lo estás, igual que todos los que son como tú.

—Lárgate a casa. Está oscuro como boca de lobo y los hombres andan excitados.

—Johnny, ¿no puedo hacer nada por ti ahora mismo?

—Es demasiado tarde, pero te lo agradezco de todas formas. De

verdad, no me falta nada, no necesito nada. —Y se dio media vuelta para dirigirse a su puesto.

—Seguro que por lo menos te falta esto —dijo ella a su espalda y se acercó a darle tres paquetes de cigarrillos. Luego, antes que él, salió corriendo. Su figurita era una nimiedad para el poder devorador de la noche. Johnny se distribuyó las cajetillas en los bolsillos de la pelliza y regresó a la posición. ¿Cómo podía saber que para proporcionarle aquel tabaco Elda había ido a casa del repugnante chacinero estraperlista y, sin decir palabra, se había tumbado en el mostrador con las faldas subidas hasta la cara?

Había vuelto la lluvia, aunque ligera y caprichosa. Arriba ocurría algo, un reunirse y un susurrar. Varios hombres del presidio de Neive habían llegado solo para preguntar a Pierre si, en caso de ataque a la ciudad, él se replegaría a Neive o ellos tendrían que replegarse a Castagnole. Pierre les dijo que él iría a Neive, y el jefe de la patrulla contó que sus hombres no hacían más que mermar, que bastaba con volverse un momento para que desapareciera uno cualquiera; agazapados, se dejaban caer en dirección al río y lo atravesaban para refugiarse en la campiña soñolienta y pastoril de la otra orilla. No era una gran pérdida, convinieron todos, puesto que se trataba de menores aterrorizados e inexpertos; mejor no cargar en la conciencia con el hecho de obligarlos a entrar en batalla. Por lo demás, algo parecido ocurría en la guarnición de Castagnole ante la indiferencia absoluta de Pierre y de Johnny.

Hacia la medianoche se extinguió el flujo de campesinos. Cuando parecía que no había más pasajes que consignar, se presentó con toda tranquilidad en el puesto una fuerte escuadra de partisanos, procedente sin duda de otro valle. Venían, dijeron, del valle del Belbo y buscaban el transbordador del río. Se disponían en filas prietas, férreamente dirigidas por su comandante, y discretamente armadas y equipadas.

—¿Por qué queréis cruzar el río? —preguntó Pierre.

—Sé que al otro lado la tranquilidad es absoluta. Bueno, justo hasta que pase la barahúnda. —Y el jefe señaló con la mano el tenebroso mundo de las colinas que dejaba a su espalda. La despiadada luz de la linterna revelaba un joven extremadamente chaparro, con una cara tosca y unos ojos ardientes de inteligencia natural.

—¿Y qué te ocurrirá luego con Lampus? ¿Y con Norte? —preguntó Pierre.

El jefe se encogió de hombros, mientras que sus hombres lo urgían desde atrás y a su alrededor para fortalecerlo contra la duda y contra cualquier intento de persuasión en sentido contrario.

—Lampus está hecho migas —dijo.

—De eso nada. Yo sé que hoy ha resistido magníficamente y que con toda probabilidad resistirá también mañana.

—¡Bua!, si no es hoy, lo harán migas mañana con el primer asalto. Ya no tiene nada que hacer, ni Norte tampoco, cuando le llegue el turno.

Adoptaba un tono y una actitud de información y de disculpa.

—Esta vez no bromean. La mitad son alemanes, ya me entendéis. Esta vez nos enjaulan en las colinas como en un zoo y nos asignan el papel de los monos. Y nosotros nos negamos a ser monos. Volveremos a cruzar el río en cuanto acabe. Si todo el mundo fuera razonable, si lo fuerais vosotros…

—Cuando crucéis puede que se te trate como ahora no imaginas —dijo Pierre.

Al otro se le ensanchó el rostro en una sonrisa muda y enorme.

—Ya, pero no me da ningún miedo esa especie de tribunal militar tuyo. Al regresar a esta orilla, no me costará nada integrarme con mis hombres en el primer destacamento garibaldino. Y entonces les dices a tu Lampus y a tu Norte que vengan a castigarme.

Detrás de él, los hombres gruñeron al unísono su acuerdo y su consentimiento. Entonces Johnny se puso al lado de Pierre y les indicó el camino del río. En el silencio repentino y en la porosidad de la noche el jefe creyó oír el ruido de las aguas.

—Se oye muy cerca —dijo en un tono amable.

—Lo parece, pero os queda una hora de marcha hasta allí.

La escuadra partió ordenadamente, más compacta que nunca, en dirección al río. Antes de apagar la linterna, Pierre dirigió una mirada interrogadora a Johnny.

—No podía soportarlo ni un minuto más —dijo Johnny—. ¿Y sabes por qué? Porque tiene razón, insolente, insoportablemente, pero la tiene. Vamos a terminar todos en el río. Verás que es cuestión de días. Aunque, bien entendido, solo los más afortunados

llegaremos allí. Pero ahí residirá entonces la gran diferencia, en qué medidas habrán tomado los fascistas en las dos riberas.

El contagio ni siquiera fue demasiado clandestino. Una hora más tarde, faltaban cinco hombres.

—Dormiría un par de horas —dijo Pierre.

—Duerme cinco o seis si quieres, yo me quedo —respondió Johnny.

—Te sustituiré dentro de dos horas.

—No te preocupes, no creo que pueda cerrar los ojos ni por un instante. —Y enseguida tembló, porque acababa de repetir tal cual las palabras del sargento junto a un campo minado como el de entonces, y por primera vez en su vida la superstición hizo mella en él y lo trastornó.

—No creo que arriesguemos tanto el pellejo. Todavía tenemos delante a los hombres de Neive —dijo Pierre.

—¿Tú te fías de ellos? —El esfuerzo por liberarse de la superstición hizo balbucear a Johnny.

—No, confieso que no.

Fue una noche interminable y, para afrontarla y afrontar sus pavorosos misterios, los hombres tuvieron que agotar unas energías preciosas para el día siguiente. Las tinieblas se desplazaban a lo largo y lo ancho como si las soplara una enorme boca enemiga; el frío era sádico y hasta el chasquido de una cerilla producía un ruido enorme. ¿Y para qué este sacrificio? Para llegar a mañana, a sus primeras luces, con el imponente despertar de la artillería y las matinales noticias de derrota general, seguidas de una inundación fascista. Sentado, Johnny fumaba los cigarrillos de Elda, velaba y pensaba a una distancia sideral de los hombres que tenía al lado, con todos los pelos de punta a causa del frío, ¡y qué dolor le producía aquella erección constante que se clavaba en la piel! Lo único que no se le congelaba era la maldita mente.

Con un susurro infantil, uno de los chicos le decía a un compañero:

—Llevaba semanas proyectando dar un salto a casa para coger un par de calzoncillos largos de mi padre, pero ¿cómo llego ahora a mi casa, que está encima del valle del Belbo?

Capítulo 27

Preinvierno (III)

Los cañones precedieron al sol y abrieron un gran fuego en lo alto, acompañando y casi solicitando el nacimiento y la difusión de la luz, hasta que, al acabar el día, enmudecieron. Y el día descubrió en la llanura de Castagnole el recuperado flujo de campesinos que huían y huían sin parar.

Ettore miraba con detenimiento el espectáculo angustioso y deprimente. En cuanto a Johnny, tras el calvario nocturno, se sentía bastante bien. La luz del día, con su medida realista de las tierras y las gentes, y el propio martilleo de la artillería enemiga lo habían restablecido. En el pueblo, Pierre vivía aferrado en alma y cuerpo al teléfono, pero sus llamadas o bien quedaban sin respuesta o bien obtenían una respuesta genérica. «No sabemos nada. Sabemos lo mismo que tú. Conservemos la esperanza. Lampus está fuerte a pesar de la artillería. ¿No se oyen sus cañones? Eso no significa nada malo. Conservemos la esperanza». El pueblo, tal como Johnny lo veía en sus periódicas visitas para informarse, parecía apestado y en cuarentena, lo cual resultaba aún más impresionante con la suave caricia de aquel interminable verano indio. Prácticamente no quedaban más hombres que algunos matusalenes sentados en la calle para calentarse al sol, por encima de todo agravio y de todo peligro.

Hacia el mediodía, la afluencia de los fugitivos se hizo más densa y una de sus principales corrientes fue a desembocar en los brazos de Johnny. Cuando salían de los bosques desfoliados y casi transparentes, se topaban con aquellos hombres en línea y en armas y, como no los reconocían a primera vista, regateaban como potros y se dispersaban espantados, hasta que Johnny agitaba las manos y

se dirigía a su encuentro en los tiernos prados. Descendían de las colinas más altas y situadas más al sur, como probaba su acento zézayant. Si se les preguntaba adónde iban, respondían invariablemente «abajo, abajo», a las tierras bajas (lowland) sin fascistas ni alemanes. ¿Habían visto alguno? No, gracias a Dios y a su propia rapidez habían escapado a tiempo y ahora iban «abajo, abajo». No obstante, eran muchos los que se habían quedado en su sitio, hombres de paz, incapacitados para la guerra, pero estaban escondidos, enterrados en ciertos agujeros y subterráneos preparados desde hacía tiempo.

—Yo también había preparado mi agujero —dijo uno de ellos—, pero nunca lo probé. Me espantó tanto que preferí huir, porque la cosa aquella se parecía mucho a una tumba.

Además, no era un recurso enteramente seguro, pues, al parecer, los alemanes llevaban consigo unas jaurías de infalibles perros de presa y rastreo. Ante la inaudita noticia de los perros lobos hasta los partisanos se echaron a temblar y no se les ocurrió pedir mayor información sobre los malditos canes. Mientras respondían a las preguntas de Johnny, los fugitivos no apartaban la vista de las crestas que quedaban a su espalda como si una vanguardia nazifascista pudiera coronarlas de repente, porque entonces el enfrentamiento y la muerte serían inmediatos, casi automáticos. «Sí, ciertamente han matado a muchos de los vuestros y alguno de nosotros también ha sufrido detención y ahorcamiento». Tan alto era el número de casas y graneros incendiados que allá arriba el cielo entero estaba ahumado; enorme era también la cantidad de animales sustraídos, gracias a los cuales nadarían en la abundancia el invierno entero. En cuanto al trigo, ordenaron trasladarlo en su totalidad a la plaza del pueblo, abrieron los sacos y los vaciaron en el barro para luego pasar y repasar sus pesados trenes de artillería hasta confundirlo y mezclarlo irremediablemente con el fango. Por muy bien que acabara aquello, a las colinas supervivientes les aguardaban la hambruna y la inedia.

Al mediodía hicieron su aparición algunos partisanos, ya no en escuadras, sino en grupitos vagabundos, nunca de más de cuatro. Sin siquiera detenerse a pedir noticias, a preguntar direcciones o a examinar la situación, desfilaban en dirección al río con una desafiante falta de interés por delante de los hombres apostados,

como si conocieran el camino mejor que la palma de su mano. Lo cierto era que del río emanaba hacia los prados del llano un tal mensaje de paz, casi de retiro clínico, que, según cabía constatar con una sencilla ojeada al entorno, en el presidio de Castagnole más de uno no podía resistirlo.

En un determinado momento, los que quedaban preguntaron a Pierre cuál era su programa. No respondió, observaba las colinas circundantes, nunca tan claras y nítidas, nunca tan unresponsive e indescifrables. Y sin contestar volvió a su teléfono, mientras que Ettore advertía que todo aquello se parecía al día del armisticio a pequeña escala.

—Cierto —admitió Johnny—, el ocho de septiembre fue cosa de teléfonos o demasiado silenciosos o demasiado locuaces.

A las dieciséis el gran silencio quedó formidablemente desintegrado por una serie de cañonazos tan directos, corrosivos y ensordecedores que, en todo el mundo, Castagnole parecía su objetivo preciso y único. Los partisanos se estremecieron, en el pueblo se oyeron chillidos, pero estaba claro que todavía disparaban en el valle del Belbo y no en el valle de Feisoglio. En todo caso, Feisoglio se hallaba a unos quince kilómetros de la línea mayor de Lampus. Las mujeres, que en apariencia se habían tranquilizado un poco, rodeaban ahora a los partisanos para preguntar si estaban dispuestos a evacuar y cuándo, dejando de ese modo el pueblo abierto, vacío e incastigable para la marea fascista. Parecía que pudieran y quisieran darlo todo por su evacuación, que ellos podrían retirarse cargados de regalos y bendiciones con tal de que se llevaran el fuego y la horca a otro pueblo cualquiera.

Pierre agitaba frenético el aparato. Por fin logró la comunicación y al otro lado del hilo respondió un oficial desconocido y con debilidad por la jerga humorística. Pierre había preguntado de un modo bastante protocolario por Lampus y por el destino de su Primera División.

—Se piran —dijo el otro.

—¿Qué?

—Cortan.

—¿Qué hacen?

—Largarse.

—¡La Virgen!

—En toda la línea.

—¿Y ustedes qué están haciendo?

—Prepararnos para la defensa, por hacer honor a nuestra promesa. Nos atacarán de un momento a otro. Vienen en avalancha.

—¿Y nosotros aquí qué debemos hacer?

—¡Bu!

—Eres un maldito imbécil, sí, he dicho imbécil, pásame… —pero el otro colgó.

Sin embargo, al cuarto de hora Norte estaba al aparato. Su voz era profunda y neutra como siempre, salvo cuando hablaba de amores con mujeres y de bromas de hombres.

—Dame órdenes, Norte —dijo Pierre, y la propia tensión del alivio y el ruego sonó a su vez como una orden al propio Norte.

Tranquilamente, Norte adelantó que aquella era su última llamada, porque nada más colgar mandaría arrancar la línea.

—¿Tienes todavía muchos hombres alrededor, Pierre? No se necesitan muchos. Basta con quince o veinte. ¿Queréis trasladaros a Cascina della Langa y ocupar la altura para mañana por la mañana? Solo tenéis que comprobar si atacan y suben también a la ciudad. No, no presentéis resistencia: una descarga y luego sálvese quien pueda. Nosotros la oiremos desde Castino, comprenderemos y actuaremos en consecuencia.

Con una sonrisa, Pierre colgó el aparato y ordenó de inmediato reunión y partida. Los hombres, todos de acuerdo, se reunieron apartando a las mujeres frenéticas; lo que importaba para la moral era una decisión, un programa cualquiera. Y se marcharon, dejándolas a ellas con lágrimas de alivio y de maternidad.

Eran marchadores fuertes y bien entrenados (cada uno de ellos llevaba en las piernas jóvenes el camino de una vida entera), de modo que entre charlas y cánticos, aunque siempre alertas, pasaron por Coazzolo con el crepúsculo y por Mango de noche. En ninguno de los dos pueblos se filtraba un átomo de luz, como si tuvieran la absurda idea de obliterarse entre las tinieblas, y solo se oía aquí y allá el chasquido de las ramas heladas. Uno de los chicos dijo que conocía un atajo que recomendó y describió escrupulosamente. Pero era idiota, subrayaron los demás, tomar un atajo hacia el enfrentamiento, la inferioridad, la agonía y la muerte.

Pasado Mango estaba el auténtico Sinaí de las colinas, un vasto

desierto sin vida civil en las crestas y con algún desgraciado caserío en los repliegues de un cañón. La noche era total, invisible el sendero bajo los pies vacilantes; y el viento siniestro, como procedente de un cementerio de colina, soplaba a rachas, haciendo chirriar la atmósfera entera con su asalto, como si se friccionaran sus propias capas de hielo. Solo los perros guardianes de los caseríos a media ladera, barruntando su paso por las alturas, lanzaban ladridos breves y rabiosos, mientras que seguramente sus dueños les dedicaban maldiciones y promesas de muerte por aquel inoportuno y tal vez fatídico indicio de vida. Más adelante, la poderosa vertiente se extendía hasta dominar majestuosamente el valle del Belbo. Los hombres se detuvieron un minuto a reflexionar observando el valle doomed, doomed for the morrow; un inmóvil mar de tinta. Luego levantaron la vista hasta nivelarla con la gran colina de Castino, frente a ellos, con la cresta rigurosamente oculta y medio anegada por la noche, y pensaron en Norte y en los hombres que lo rodeaban, en los alemanes y en los cañones de mañana.

Puesto que no habían comido, llevaban hambre, pero Pierre dijo que en Cascina della Langa hubo siempre, y habría aquella noche, techo y comida para los partisanos. La dueña era una de las mujeres más fuertes, valientes y codiciosas de la colina, daba de comer a las escuadras en tránsito y a fin de mes pasaba la cuenta a Norte, que se la saldaba siempre al céntimo. Los alojaría y les daría comida pese a la inminencia de la ofensiva general.

Johnny llegó antes que nadie al patio helado, abierto por tres lados al cielo, y se dirigió a la ventanita traspasada de luz de la planta baja. Notó la herrumbrosa vibración del alambre, el veloz arañazo en el hielo y el aliento candente y, con el tiempo justo de apartarse, le rozó aquella bala de cañón peluda y ladradora. Mientras los demás llamaban a la perra loba para amansarla, la ventana se apagaba y una mujer se movía en la oscuridad.

—¿Quiénes sois? —preguntó con una dura voz de hombre.

—Partisanos.

—¿De qué especie?

—Azules, de Norte.

—¿De qué brigada o escuadra?

—De Pierre, de la mía.

—Si eres tú, Pierre, mi querido niño Pierre, dime quién venía contigo la última vez que estuviste aquí.

—Miguel, que murió en la batalla por la ciudad.

Bastaba. La puerta se abrió de par en par y volvió a encenderse la luz. Ahora la perra estaba quieta y se sometía sexualmente a las caricias y al roce de los hombres.

Confluyeron todos en la cocina y la mujer les dijo:

—Esta noche cocinaré para vosotros, que puede que seáis los últimos partisanos para los que guiso, porque mañana cocinaré para los fascistas y los alemanes, a no ser que me maten al enterarse por alguien de todo lo que he hecho por amor a los partisanos.

Debía de tener más de cincuenta años, pero parecía mucho más joven por la diminutez y la galvanidad de su figura. Tenía unas bandas grasientas de cabello todavía negro y vestía una increíble falda negra increíblemente maloliente. Propuso polenta y choucroute, queso y nueces, pero los hombres dijeron a gritos que para aquella cena especialísima querían carne. La mujer miró a Pierre y Pierre asintió; entonces ella señaló a dos partisanos para que la acompañaran a coger a los animales y matarlos y los ojos le brillaron cuando Pierre le comunicó que el gasto de aquella noche no corría por cuenta de Norte (que tenía posibilidades de estar muerto mañana), sino que él mismo pagaría contante y opulentamente.

De modo que hubo pollo y conejo en su salsa, y comieron con avidez, sentados y amontonados en el suelo, dentro del halo difuso de la chimenea y de las lámparas de carburo; todo el peligro, toda la angustia, todo el mañana olvidado o por lo menos arrinconado, con aquella gran vieja que los miraba comer sentada en su cátedra con las piernas estiradas. A cada momento llegaban los centinelas a tamborilear en los cristales para advertirles con sus muecas de que dejaran algo razonable para ellos. Fuera el viento soplaba sin cesar y la perra cruzaba el patio rozando con el morro el terreno congelado. Pero después de la cena, pese al abrigo y al calor, la cabeza se les fue forzosamente al día de mañana, a la misma noche, a la posibilidad de no existir para despertarse y comer veinticuatro horas después. Por eso se tensaron los rostros y cesó toda charla, todo stir.

—Tú te hiciste entera la noche pasada, Johnny —dijo Pierre—,

así que ve a echarte y yo trataré de no despertarte hasta mañana.

Johnny se levantó, se apartó del montón de hombres acurrucados y preguntó dónde estaba el establo.

—Y no te desvistas, Johnny.

—No me desvisto desde que soy partisano —respondió.

Ya fuera, no se dirigió enseguida al establo, sino que salió al patio para afrontar la noche una última vez. La violencia del viento lo obligó a encogerse entero. Nada era visible en las tinieblas ondulantes, audible solo el siniestro, purgatorial, crujido de las ramas frías bajo el viento omnipotente.

El establo, bajo y estrecho, estaba superpoblado de animales y muy caliente, porque las bestias aún no se habían dormido y, por tanto, su aliento era todavía fuerte. Se abrió paso entre ellas y llegó a su pesebre favorito. Se subió de un salto. El pesebre era largo y estrecho como un ataúd. No se quitó los zapatos, solo se los desató.

El día irrumpió en unas colinas silenciosas, inmóviles y vacías, desde un cielo apacible y prometedor de paz. Cuando Ettore entró a despertarlo, su uniforme crujía en cada pliegue y a cada movimiento.

—¿Quieres creer que los oídos no me sirven ya para nada? —dijo Ettore—. Ha sido esta noche, me he estropeado el oído a fuerza de separar y distinguir los otros ruidos del que producía el viento.

Johnny salió a la altura y miró Castino desde allí: nunca había estado tan nítido, tan viviseccionable en el aire cristalino, pero no se advertía el menor movimiento de hombres. Con un suspiro, fue a romper a golpes de talón la costra helada de la balsa que había fuera de la cancela. No se lavó, sacó del bolsillo su cepillo y se repasó los dientes con el agua abrasadora. Conteniendo el aliento, Ettore metió dos dedos en el agua y se los pasó por los párpados hinchados. Nada más.

—¿Dónde está Pierre?

—Tratando de mantener a raya a la vieja y su simpatía.

Justo en ese momento apareció la mujer en el patio y les hizo señas a ellos dos. ¿Querían un desayuno especial a base de tocino, huevos y anchoas? Los tres lo rechazaron y ella, como si no hubiera dicho nada, se fue a liberar toda la poultry por el patio que el sol empezaba a bañar.

—Su destino no va a cambiar, pero yo que usted los mantendría

encerrados.

En cambio, la mujer acabó su obra de liberación, seguida y escoltada en todo momento por la loba, y luego se acercó a ellos diciendo que no pasaría nada, porque si tuviera que pasar ya habría empezado.

—¿De verdad no queréis un desayuno especial? Os lo digo por la simpatía que os tengo, no por otra cosa, porque vosotros tres sois como a mí me han gustado siempre los partisanos: educados y finos, chicos de ciudad.

Pierre reunió a los hombres y los dispuso en la altura que dominaba las últimas vueltas del camino que conducía a la ciudad. Fue agradable y reconfortante sentarse en las piedras pronto caldeadas, en medio de una hierba de nuevo elástica, recorriendo con la mirada lenta y confiada el camino desierto. La perra erraba entre el grupo, ora buscando ora sorteando las palmaditas y las caricias, siempre simpática, alegre y amistosa. Los últimos telones de niebla se perdían en lo alto del cielo sobre la llanura lejana y marina, ahora fantasmales como un encaje en los enormes hombros desnudos de los Alpes. Y a medida que se levantaban los vapores, los hombres contaban las ciudades descubiertas en el llano, con deseo de ellas y de sus comodidades…

Todo el valle del Belbo se incendió de pronto y resonaron miles de detonaciones largas y tigrescas por las colinas. Ellos se levantaron de un salto y corrieron a la altura que dominaba el valle. No veían nada a causa de los grandes senos de las colinas rebajadas, pero Pierre comprendió que estaban desfondando la presa, un poco más allá del puente del Belbo, para comenzar el ataque formal contra Castino. Y en aquel preciso instante, un montón de campesinos refugiados en el bosque con la serena salieron de su escondite y huyeron hacia las colinas altas del norte. Sobrepasaron a los partisanos torrencialmente, sin una mirada ni una palabra.

Pronto, cuando la guardia partisana se vio barrida del puente, cesó el tumulto y reinó un silencio mucho más siniestro que el fragor. Se oía la voz no demasiado alterada de la vieja, que llamaba a sus animales al cercado entre los ladridos breves y broncos de la loba.

Recorriendo con la mirada la colina entera de Castino, distinguieron en los primeros declives todo un tranquilo enjambre

de ellos. Llenaban carreteras, caminos y senderos y ascendían con la suprema serenidad de quien conoce su poderío en hombres y carros. Enseguida salieron de las depresiones torrecillas de humo, de un rico humo negro, pillarlike, ligerísimamente oscilante en el aire inmóvil. De cada tronco de árbol, de cada acequia surgían hombres que corrían como locos de acá para allá, recelosos y zigzagueantes como conejos.

Pierre se retorcía las manos.

—Puesto que está escrito, me gustaría que ya hubiera terminado todo para Castino.

La muchedumbre de ellos, sin disparar aún un tiro, subía y subía lenta y casi distraída, como disfrutando de su aproximación al pueblo. En las amplias pendientes, el ganado liberado hacía salvajes incursiones en los prados todavía desiertos y al olisquear el aire ahumado y eléctrico empezaba a dar coces y a embestir como loco. Al poco, Ettore dijo que se encontraban ya a tiro de mortero, pero no explotaba nada.

El espectáculo del ataque los mantenía tan hipnotizados que bastó un giro casual de la cabeza de uno de los chicos para que todos miraran a la derecha. En la meseta del cruce de Manera, ahora repleta como por un parto exacto de la tierra, se arrastraba toda una procesión de prisioneros civiles encorvada bajo el peso de las cajas de munición y conducida desde atrás y en los lados por alemanes. Algunos hacían las veces de boyeros en medio de aquella masa miserable de rehenes-coolies. A su espalda, con una tremenda fricción en la tierra replicante, avanzaba una media docena de piezas de artillería. La rodadura de los trenes, el gemido de los prisioneros por el esfuerzo o el espanto, los gritos hostigadores o terroristas de los alemanes —cuyos pechos centelleaban al sol a causa de las tiras de cargadores—, todo formaba una nube sonora que pronto ennegreció el cielo edénico.

—¡Mirad —señaló uno de los chicos—, hay curas entre esos desgraciados!

De cuando en cuando, un alemán levantaba su machinepistol y lanzaba una ráfaga al aire, a modo de puya.

A su vez, el nuevo espectáculo los subyugó y los dejó boquiabiertos y con un rocío helado en las sienes, de forma que una solapada vanguardia alemana apuntó hacia ellos por la izquierda y

disparó a cincuenta metros con homicida imprevisibilidad. Salieron centrifugados a lo lejos, todos con una venda negra en los ojos. La cima de la altura de Belbo era un surtidor de tiros. Johnny se arrojó al suelo con los ojos cerrados, seguido de Ettore.

Sabiendo que Ettore estaba a salvo, ambos rodaron locamente por la ladera, adelantándose por turnos; sin embargo, el recuerdo de Pierre los torturaba más que los golpes secos a toda velocidad contra el terreno huesudo, radicoso y giboso. Como encapsulados en guata, llegaba hasta ellos y los sobrepasaba el eco de los disparos alemanes, todavía no en el declive, sino aún en el trágico alcor. Eran pocos los que rodaban detrás de ellos, pues la mayoría había huido centrífugamente para caer casi con certeza en las manos de otros alemanes. Alguno, ya aterrizado al pie de la pendiente, los llamaba con un intento de susurro, al que el shock daba una sonoridad no deseada.

Johnny aterrizó contra el pie de un árbol. Se enderezó con un gemido de todas las partículas de su cuerpo y vio que Ettore se levantaba algo más allá, con el mismo sufrimiento.

Por encima de ellos resonó en la tierra un nuevo rodamiento, alzaron los ojos para reconocer la querida figura de Pierre, pero no era él, sino uno de los más jóvenes, que gemía salvajemente con cada rodada y cada tumbo. Cuando se detuvo y se puso de pie, le vieron un tremendo golpe en la boca y los labios llenos de sangre morada. Nada más levantarse, les tendió los brazos, los agarró y les suplicó que no lo dejaran solo, que se lo llevaran adonde fueran. Mientras lo consolaban con cierta rudeza, otros choques les hicieron levantar la mirada y entonces sí que vieron a Pierre, que bajaba a pequeños saltos y desvíos, indemne, casi derecho.

—¿Y los demás?

—No lo sé, uno ha quedado en la hierba, pero estaba de bruces y no lo he reconocido.

El chico de la boca herida tembló como una vara y dijo que ahora había que esperar los perros lobos y… Se puso a gritar y tuvieron que taparle la boca sanguinolenta y arrastrarlo con todo su peso hacia abajo, hasta ponerlo detrás de un helechal. Desde abajo, en el silencio de las armas, oyeron una risa vulgar y profunda procedente de la cresta, seguida de un lamento colectivo como para descargarse de un peso común, y la ladera volvió a resonar con un

nuevo rodamiento. Un segundo después llegaban al helechal dos muertos. Se agacharon para darles la vuelta: eran dos hombres de Castagnole, no muy conocidos. Johnny no recordaba ni sus nombres de guerra, pero eran de los que habían alternado con ellos los turnos de guardia en la carretera minada, de los que habían compartido anoche la carne, acariciado a la perra, prestado y pedido en préstamo una cerilla…

Volvieron a dispersarse, porque los alemanes tiraban de nuevo en el bosque, aunque las balas más certeras no hacían más que esparcirles un poco de polvo en la cabeza.

Se dejaron caer hasta cerca del torrente. En una especie de promontorio, escudado tras una vegetación suficiente y elevado sobre el primer trecho visible del agua, se detuvieron sin saber qué hacer ni cómo orientarse. El chico dejaba manar libremente su sangre violácea y continuaba temblando como una varilla. Los labios se le estaban hinchando horrendamente y ya no servían para nada los pañuelos pooled. Los alemanes de la cresta disparaban todavía, pero así, por disparar.

Johnny dirigió la mirada a Castino. El gran enjambre se había detenido en la última giba de la colina anterior al pueblo y daba la impresión de que los partisanos habían abierto fuego (pero los sentidos eran traicioneros y poco fiables).

—Más vale que miremos atrás. Puede que eso de los perros no sea un cuento —susurró Pierre.

Ettore no oía el menor ruido de perros, y lo dijo.

—Pero son perros especiales, que no ladran jamás, hasta que inmovilizan a un hombre.

El chico, que volvía a perder los estribos, se agarró a Pierre y deslizó todo su cuerpo breve y enjuto hasta quedar de rodillas.

—¡Ayudadme! ¡Escondedme, escondedme bien en algún sitio!

—¿Dónde podemos esconderte? —Ya, si hubiera sido un guijarro, un grano de trigo o un pájaro del bosque… pero era un hombre—. ¡Eres un hombre!

En esas, la cresta experimentó algo parecido a un terremoto y el trueno de los cañones atormentó el inmenso cielo que los cubría. Se tiraron al suelo, como si las enormes balas de cañón hubieran impactado en sus nucas liliputienses. Los alemanes cañoneaban Castino y al mismo tiempo los atacantes abrían fuego de mortero.

Desde los primeros tiros, una inmensa polvareda cubrió la fachada del pueblo.

Ettore sugirió que se quitaran de en medio.

—¿Adónde vamos? —preguntó Pierre—. A esta hora ya están por todas partes, este, oeste, norte y sur.

—¡No nos movamos! —imploró el chico.

—Hay que moverse —dijo Johnny—. Tú, Pierre, indícanos la dirección, que no te lo reprocharemos nunca, aunque nos hagas caer en sus manos.

Pierre se levantó sobre las rodillas y dijo con un tono ligero:

—Entonces ¿os parece que cojamos el camino de Belbo y tratemos de llegar a donde sea antes que ellos?

Descendieron a tientas entre matorrales y barrancas hacia el tranquilo torrente y la más tranquila carretera. Los cañonazos dibujaban un puente altísimo sobre el torrente. Cerca del llano, casi al lado del agua, el chico sufrió otra crisis.

—¡No me llevéis más lejos! Me estáis llevando en dirección a ellos. ¡Escondedme, escondedme!

Pierre le susurró que no gritara, porque se los echaría encima.

—¿De verdad quieres esconderte? —preguntó Ettore—. Pues mira allí. —Y le indicó una balsa de agua bastante profunda y enteramente quieta—. Tienes de sobra para esconderte a la perfección y hasta la eternidad.

Allí lo dejaron, vadeando el agua gélida que le llegaba a los tobillos en un fondo de musgo traidor. Los cañonazos continuaban cabalgando el cielo y el ruido de la batalla de Castino descendía hasta un nivel uniforme de sonoridad, pero en cuanto que pusieron el pie en la otra orilla cesó todo el fragor, aparte de algún disparo de fusil esporádico, y dedujeron que la defensa había saltado y que el pueblo se había evacuado a toda prisa.

—Me muero por el valle de Bormida —dijo Ettore nada más llegar a la otra orilla—. Allí querría yo estar.

—Eso es porque estás en el valle del Belbo —dijo Johnny—. Si estuvieras en Bormida, te morirías por estar aquí.

Caminaban por la magra vegetación ribereña en dirección al pueblo de Rocchetta, sin quitar ojo al camino paralelo, siempre desierto pero no por eso menos siniestro. Ahora estaban cerca del pueblo, que emanaba paz y seguridad en la atmósfera favorable; sus

casas empezaban a blanquear entre el verde cuando una vieja vestida de negro apareció como surgida de la tierra y, alargando los brazos, les cerró el paso.

—¿Adónde vais, desgraciados?

—Queremos pasar.

—Desgraciados, el pueblo está lleno de ellos.

—¿Alemanes o fascistas?

—De las dos calañas.

—¿Han empezado a matar? —musitó Pierre.

La mujer asintió con una breve inclinación de su cara haggard.

—¿Han incendiado?

—Están a punto. Marchaos corriendo al otro lado del torrente, a lo alto, y yo rezaré por vosotros, desgraciados.

Entonces el chico se lanzó sobre la vieja y le dio un abrazo, hundiendo el rostro en su negro pecho. Forcejeaba y gruñía, y Johnny corrió a liberarla y ella huyó como una loca, con la blusa rasgada.

Volvieron a vadear, aunque a ciegas, pero se encontraron de frente a una roca enorme y abrupta con un solo coladero para la salida. Mientras ascendían tuvieron la pasmosa sensación de hallarse bajo las miradas burlonas de ellos y de sus fusiles apuntados, que procrastinaban adrede la libido del tiro. En cambio, subieron sin daño alguno y alcanzaron el primer seno de la enorme colina, entre scrub y bush. El chico llegó el primero y se tumbó todo lo largo que era, postrado por el miedo; parecía que le había dado un ataque de sueño fulminante. Se sentaron a su alrededor, mirando con disgusto su espalda inerme, como ofrecida. Pierre, sin fuerza en la voz, como si solo deseara probarla después del strain, dijo que podían hacer un intento de ver si la cresta continuaba ocupada.

—Están. Tan seguro como que me tengo que morir —dijo Ettore —. Tengo hambre, me gustaría comer una vez más.

Del pueblo de Rocchetta ascendía en espiral una oscura nube de humo, semejante al de una locomotora.

Johnny se encendió un cigarrillo.

—¿Estás loco? —dijo Pierre.

—Déjame hacer, Pierre, déjame hacer. —Y para protegerse mejor se apartó de ellos. El ruido de sus pasos en la hierba despertó con sobresalto al chico, pero Johnny le dio con el pie y lo tumbó

otra vez. Siguió subiendo, luego se detuvo y se volvió hacia Castino. Hizo señas a los demás para que se acercaran a mirar.

Dieciocho torres de humo compacto, inamovibles hasta para la fuerza del viento, se elevaban desde el pueblo, sin actividad humana alrededor de los stakes de aquel incendio gigantesco. Más abajo, por el soleado camino de la colina, descendía ya una gran parte de los conquistadores en destacamentos ordenados, seguidos por toda una teoría de impedimenta militar. Pero, procedentes de la cresta y de los primeros barrancos invisibles del valle de Bormida, llegaban tiros de persecución.

Los tendrían encima en menos de una hora, en incansables y alegres escuadras y patrullas, sin romper su inmensa línea de peinado. Estaban dando una auténtica lección de rastreo que ellos se iban a llevar a la tumba, y ahí residía la verdadera grandeza de la lección. Mirándolo, Johnny se sentía maravillosamente bien y horriblemente mal. Sentía todo su cuerpo felizmente vivo, funcionando a la perfección, como nunca, y eso que más pronto que tarde sería un cuerpo traspasado por una bala y enseguida corrupto. Corazón, pulmones, cabeza y manos. Miró el sol con la conciencia de que esta vez no lo vería ponerse. Podía ocurrirle en cualquier parte, en el límite del bosque o al pie de un árbol, en zona de sombra o de luz; podía caer mientras subía la pendiente y quién sabe hasta dónde rodaría su cuerpo. ¿Cómo quedaría, prono o supino? ¿Y qué manos lo tocarían?

—¿Johnny? —musitó Pierre—. ¿Estás de acuerdo con hacer un intento en la cresta? ¿Cuando empiece a oscurecer?

Johnny asintió con calor y amistad.

En tres cuartos de hora la gran columna superviviente de Castino ganó el llano, junto al puente del torrente. Se oyó una ráfaga, luego otra, sin duda un disparo de un punto fijo a un punto fijo y solo siguió un gasp de los prisioneros presentes. Habían fusilado a un hombre, quizá dos, para que los cadáveres yacieran largo tiempo, como emblemas, en el enorme cruce.

El sol se extinguía en el cielo, donde imperaba la humareda cruel, y la miseria de sus orígenes carbonosos reverberó espectralmente en todo el universo de las colinas.

Se encaminaron a la cresta sin cruzar palabra, necesitados de tiempo para habituarse al silencio nuevo y especial del mundo del

bosque, hecho de un crepitar concentrado, semejante al de un incendio lejano que cayera sobre sus propias cenizas.

A media pendiente se detuvieron, cada cual orientado a un punto cardinal. El chico ya calmado de puro agotamiento.

—En cuanto que oscurezca, salimos. Tomaremos por el río —dijo Pierre, con su manera ya constante de no mandar, sino de consultar y sugerir.

—Sí, por el río —confirmó Ettore, casi ferozmente.

Callaron los cuatro, pintándose en la mente su pacífica orilla en su pacífica desnudez preinvernal, sus pacíficas aguas en su pacífica y preinvernal crudeza; pacífico había de sonar el ángelus de las secuestradas parroquias en la pacífica orilla opuesta; y tendría que haber, lejos de la orilla y de los caminos, una hacienda pacífica con gente pacífica y un poco obtusa que les hiciera un cristiano gesto para que se encaramaran al henil y allí se envolvieran todos en un pacífico santuario de heno, con una minúscula rendija para respirar.

—¿Pasaremos en el transbordador de Barbaresco o más abajo, en el de Castagnole? —preguntó Ettore.

Pierre y Johnny movieron la cabeza para indicar que era tan indiferente la elección como terrible la llegada al punto elegido.

Capítulo 28

Preinvierno (IV)

El sol se puso y su pérdida fue enorme, abisal. Lo sustituyó un viento vespertino, luctuoso y chirriante. Más atenuado que en el cielo abierto, donde acometió y deshilachó las majestuosas columnas de humo alzadas sobre los pueblos castigados, soplaba también en el bosque y allí multiplicaba su vida secreta y los motivos para el sobresalto. El chico volvió a estremecerse y a desvariar, pero ahora con unos gemidos susurrados parecidos a los de un niño con un mal sueño.

Se levantaron y dieron los primeros pasos hacia lo alto. Se abrían camino en el corazón del bosque, entre el vallecillo herido por disparos esporádicos y la cresta perfectamente silenciosa, a mitad de la gran colina. Caminaban por el bosque, por zonas de una sombra a cada momento más densa, en el *crescendo* del viento, y parecía que el resto de los sentimientos y de los instintos se anulaba en aquella marcha ancestral hacia lo más llano de la seguridad a través de lo más abrupto del peligro.

—Pasamos, pasamos —continuaba susurrando Ettore, con una especie de voz del alma, buscando una sugestión colectiva.

Se hallaban delante de un claro, con un último y brujeril juego de luces y sombras, absolutamente falto de aquella vida rumorosa y rechinante de todos los demás puntos del bosque. Johnny entró el primero, con una sensación de estrato asfodélico bajo los pies, y ya se había adentrado bastante cuando una ráfaga de metralleta y algunos disparos de fusil hirieron el mundo circundante. La tierra salpicó y la ramas crepitaron bajo los tiros, y al momento, un hombre, un partisano, voló hacia ellos como una flecha rasante, cabeza abajo, rozando apenas la tierra, sin peso ninguno, aireizado.

Y al pasar gritó que corrieran «de prisa, de prisa», y todos se sumaron a su huella vertiginosa, mientras que arriba recomenzaba el fuego malévolo y explorador. Johnny echó a correr, pero el chico se interpuso en su camino. Tiró el fusil y cayó de rodillas, las manos juntas sobre el pecho, paralizado y doblado de terror, conque Johnny se le vino encima con las rodillas juntas, lo catapultó y lo echó a rodar, sin dejar de seguirlo y de darle con los pies para que continuara rodando, momentáneamente salvados.

Se encontraron los dos solos en un espolón que dominaba el torrente, desde el cual oían ruidos, pero en el atardecer no se apreciaba el menor destello. Johnny se tumbó y cubrió con su Sten la primera cornisa, el corazón destrozado por la ausencia de Pierre y de Ettore. El chico, tumbado boca abajo y como moribundo, empezó a quejarse.

—Me has salvado, pero me has hundido el pecho, seguro que tengo muchas costillas rotas.

—Respira profundamente y nota si te duele.

—Me duele, sí.

—¿Mucho?

Probó y dijo que no.

—Entonces, si no tienes ninguna costilla rota, dame las gracias.

—He perdido mi fusil… —dijo el chico.

—Ya lo he visto.

—… y ahora me deshago de la munición. —Johnny oyó el sordo aterrizaje de la bolsita en la hierba—. Ya no soy partisano, ¿a que no? Pueden darme el alto, interrogarme y hasta hacerme prisionero, pero no pueden matarme en el acto. ¿Qué te parece?

—Llevas una zamarra gris verdosa y unos pantalones de camuflaje —dijo Johnny con un suspiro—. Te matarán solo por esa ropa. Cambiarte no puedes y no vas a ir desnudo por ahí, porque se darán cuenta y te matarán desnudo y todo.

El chico estaba tan agotado que manifestó una desilusión relativa. Johnny dejó de vigilar la cornisa y se volvió al torrente.

En el cielo amenazaba una noche precoz, aunque aún se distinguía en la oscuridad el caos flotante del humo menguado y disperso; la carretera paralela al torrente no era más que el fantasma de sí misma. «Ettore y Pierre me buscarán —pensó—, no intentarán pasar sin mí». Y experimentó unos celos enormes del

partisano que era ahora el nuevo compañero de aquellos dos. Un crepitar inesperado lo hizo vibrar de miedo y luego de alegría, porque Pierre, Ettore y el nuevo se arrastraban por los alrededores buscándolo a él.

Del tercero, Johnny solo podía captar los susurros de su voz y adivinar más o menos su complexión. La voz era tartárica, reumática, y revelaba una edad notablemente superior a la media partisana. Se llamaba Jackie. Se frotó las manos con cordialidad y dijo que había caído de la mejor manera y en excelente compañía en aquella huida cabeza abajo.

Tuvieron que renunciar al río, porque, según Jackie, era absolutamente inaccesible, ya que la cresta hervía de enemigos, en su mayor parte alemanes, desde el cruce de Manera hasta Mango. Acordaron, pues, pasar al valle de Bormida con la perspectiva de un alojamiento discreto, dado que Jackie lo conocía bien y disponía allí de «ciertas bases». Así, en la noche cerrada, con la aureola cenicienta de los incendios localizando los pueblos para guiarlos fuera y lejos de ellos, se dispusieron a vadear el torrente. El chico recayó en el pánico y volvió a inquietarse y a retorcerse, pero aquella vez lo plantaron en el bosque, sin más. Él salió tras ellos como un loco y los alcanzó aun antes de salir del bosque.

Mientras vadeaban el torrente, Jackie dijo que convenía dejar atrás al chico, que en definitiva ni siquiera iba armado, y cuando lo dijo, su voz sonó más adulta que nunca. El muchacho se agarró a Pierre como una rémora durante el vado, pero como el otro no le hacía caso, se enfureció.

—Si me abandonáis, me pongo a gritar a voz en cuello y os los echo encima.

—Y nosotros te ahogamos en ese preciso instante en estos dos palmos de agua —respondió Ettore.

Entonces echó a correr y llegó antes que nadie. Sin embargo, aquel minuto de soledad y el fantasma de la carretera lo hicieron retroceder y volver con ellos. Pierre lo agarró del cuello.

—Estás montando un alboroto infernal. Ahora se acabó, te buscas la vida o la muerte tú solo.

—Tenemos que desembarazarnos de él sin falta —dijo Ettore.

—Os seguiré adonde vayáis —amenazó con la petulancia propia de la desesperación absoluta—. Seguro que no disparáis contra mí

teniéndolos tan cerca.

—No, disparar, no —dijo la voz calmada y tartárica de Jackie—, pero liquidarte… —Y se oyó desenvainar una bayoneta.

El chico corrió por la carretera y allí tuvo de repente una inspiración. Cuando lo alcanzaron, examinaba arrodillado un colector estrecho que corría por debajo de la carretera y desaguaba en la ladera que acababa en el torrente. Alzó un poco la cabeza y murmuró que había encontrado su camino y que en adelante no tendría necesidad de ellos. Todos se arrodillaron para ver el tubo.

—Los fascistas no se pondrán jamás a hurgar aquí y yo estaré de maravilla hasta que esto acabe.

Tomaba las medidas para introducirse. Ahora que veía al chico decidido, Johnny relented at him.

—Antes de meterte, ¿estás seguro de soportarlo?

—¿Qué hay que soportar?

—Pueden pasar días y noches, y tal vez dentro haya animalejos asquerosos.

—Eso no es nada, con tal de que no haya hombres.

—Pasarán por encima de ti con los camiones y los trenes de artillería. El ruido te volverá loco y saldrás fuera y te matarán con toda facilidad…

Pero estaba completamente seguro de aguantar, metió la cabeza y los hombros y Johnny lo empujó hasta dentro por los pies.

Cruzaron la carretera para empezar la subida, guiándose por su geografía mental, que evitaba y excluía las poblaciones. Subieron a una zona limpia y luego a los matorrales y por fin al bosque, donde se tomaron un respiro. Una vez que se dieron la vuelta vieron el valle de Rocchetta en parte incendiado y en parte salpicado por las luces de sus campos y sus casas. Otras nubes rojizas se cernían ebriamente en la noche cerrada sobre otros pueblos del valle del Belbo. Pero no había viento ni mucho menos disparos.

Jackie pidió un descanso.

—Este camino me mata. ¿Sabéis?, yo no tengo vuestra edad.

Se sentaron en la tierra helada, apoyados en troncos crujientes, y poco después Ettore preguntó medio adormecido si sería muy malo dormir allí con aquel frío. Pierre, bastante irritado, respondió que en absoluto dormirían allí.

—No deberías hablarme en ese tono, Pierre, ya sabes qué día

llevamos a la espalda —dijo Ettore.

Pese a todo, no tardaron en reemprender el ascenso.

Pasaron delante de un caserío solitario y mísero, donde se detuvieron no más de un instante para oír el silencio mortal que salía de su interior e intuir la febril vigilia de sus amordazados habitantes, hasta que el perro guardián, ululando, se precipitó al límite de su cadena. La resonancia del ladrido fue tan tremenda, tan hiriente, que huyeron a toda prisa, mientras que el animal continuaba ladrando al ruido espectral de los pasos que se alejaban.

—¡Cabrón! —jadeó Jackie—. A mí, los perros son los animales que más me gustan, pero en estos tiempos habría que exterminarlos.

La joroba de la gran colina era grandiosa e impracticable, tuvieron que caminar mucho antes de que Pierre expresara su convicción de que podían hallarse a la altura de Castino, casi en la cresta. Así, entraron en otro bosque grande y alto y se detuvieron en la zona más central y protegida, sucediera lo que sucediese. Se sentaron en la tierra helada, apoyados en troncos crepitantes, sin aliento por culpa de la condensación del frío, sintiendo con plenitud sobre ellos y dentro de ellos toda su miseria humana hasta ese momento enmascarada y narcotizada por la excitación de la vida. Se les caía la cabeza, pero los ojos no se cerraban, para conservar las manos calientes habían dejado las armas en el suelo, donde se pegaban como peces metálicos en seco. El hambre los torturaba con dedos chinos. Mañana, mañana a más tardar, para comer tendrían que derribar puertas atrancadas y apuntar con las armas a mujeres solas y mortalmente aterrorizadas. No porque les negaran la comida, sino porque no querían que estuvieran ni un segundo bajo el mismo techo, que dejaran siquiera su olor. Mañana.

Jackie habló y su voz, a despecho de la aspereza, resultó arrulladora.

—Si llegamos al Bormida y pasamos hasta la mitad, conozco una alquería nada más salir de Perletto, en un recoveco que con toda seguridad no está en sus cartas topográficas, donde hay una pareja de ancianos generosa y bastante valiente. Nos alojarán a los cuatro y nos darán de comer y un rincón seguro para dormir. Lo único que tenemos que hacer es estudiar el modo de llegar sin ser vistos por otra gente y sobre todo por sus oficiales, que estarán recorriéndolo todo con los prismáticos. Tendremos comida y podremos dormir

treinta y seis, cuarenta y ocho o setenta y dos horas de un tirón.

Se levantó y caminó en círculo, como si hiciera un ejercicio contra el frío.

—Este rastreo es grande, pero no será eterno, y podemos llegar hasta el final sencillamente comiendo y durmiendo. Hacedme el favor de pensarlo como lo pienso yo. Pan de horno, de ese que te cruje en las manos, y muchas muchas rebanadas de panceta blanquísima, de esa que tiene una preciosa veta roja circular…

—¡Ahórcate! —gritó Ettore.

A Johnny le pareció que Pierre, desde el abismo de la narcosis, dijo con un matiz de resignada ansiedad en la voz apagada que debían montar guardia y que de ningún modo debían dormirse todos a la vez, por eso se sentaron todos inmóviles, sin vida: partícula helada del bosque crujiente.

Capítulo 29

Preinvierno (V)

El alba fue como un crepúsculo. Johnny se estiró miserablemente, se desanudó y se puso en movimiento para despertar al resto de los ateridos. Fue así como vio a Jackie a la luz del día. Pasaba de los cuarenta y la levedad era su rasgo principal, desde el cabello ralo y expandido hasta las piernecillas esqueléticas, cuya flacura subrayaba sin piedad la abundancia de las polainas de caballería y de las bandas del ejército. Llevaba además una zamarra encerada, enorme para su pobre tórax, atravesado solo por una bandolera de carabinero. Ya de pie, todos aguzaron el oído. El silencio era perfecto, casi hechizante, pero acabó enseguida.

Subían hasta ellos ruidos y voces, filtrados por el aire inmenso y purísimo, para avisar de que los fascistas estaban en pie y preparados en el valle del Belbo. Caminaron para salir del bosque de la noche en dirección a la cima divisoria Belbo-Bormida.

De un enorme matorral salió una escuadra desesperada que se dirigía al llano y estuvieron a punto de tirar unos contra otros. Se trataba de partisanos, todos con uniformes ingleses, ciertamente hombres de la Primera División desplazados al norte por la derrota de Lampus y ahora vagabundos por aquellas colinas ignotas. Uno de ellos llevaba un Bren en bandolera y apretado entre las manos, listo para disparar.

Sin detenerse siquiera otro les preguntó adónde iban.

—Al valle de Bormida.

El del Bren se rio strainedly.

—¡Id, id! —Y pasaron adelante en dirección al valle.

Ettore se dio media vuelta y dijo:

—Y vosotros, andad al Belbo. ¡Id, id!

Llegaron a la cima divisoria, vertiginosa sobre el inmenso valle, y se tiraron boca abajo y jadeantes. Los caminos y los alcores hervían de fascistas y una columna gruesa que ascendía por la carretera de la cima se revelaba más gruesa y cuadrada y tremenda a cada curva. Se escurrieron lateralmente hasta un bosquecillo de pinastros secos, se acomodaron cada uno detrás de un tronco y miraron hacia Bormida. La columna en marcha atravesaba un trecho llano. Abajo, en el valle, acababan de incendiar más de una casa y el humo se condensaba en majestuosas pilastras en el aire unstirred.

Jackie alargó una mano temblorosa y señaló Perletto, inaccesible y en llamas.

En esas, estalló un tumulto a media ladera, por la parte de Belbo: a una súbita ráfaga de Bren siguió una fusilería cada vez más densa, el Bren aleteó de nuevo, pero solo una vez, luego el martilleo de la fusilería sin estorbos y luego nada.

Así que las columnas de Belbo subían para encontrarse con las de Bormida, que en aquel momento entraban en la antepenúltima curva antes de la cima divisoria. Había que irse de allí, elegir la muerte en Bormida o en Belbo. Todos preferían Belbo, pero ¿en qué lugar? Los fascistas estaban por todas partes, cercando y cercando.

—Si la puta tierra se abriera… —suspiró Jackie.

Entonces Johnny vio un cañón grande y lo señaló con el dedo. A la izquierda de Castino, el enorme seno de la colina se agrietaba en un angosto pero profundo cañón, oscuramente orlado de una vegetación enteca, que descendía a pico hasta casi la llanura de Belbo.

—Tienen un terror religioso a los cañones —dijo Johnny—, pero movámonos antes de que nos avisten con los prismáticos.

Aunque ninguno estaba convencido, todos corrieron a la hendidura y descendieron como reptiles por la pared dura y rasposa. Al llegar al fondo, Jackie enseñó las manos heridas y sangrantes por culpa de un zarzal al que se había agarrado para no precipitarse con la cabeza por delante.

Abajo hacía frío y estaba oscuro, un agua sucia y gélida corría lenta entre el tóxico crecimiento de una vegetación eternamente sin sol. Avanzaron un poco hacia una zona en la que el verde era más espeso y allí se dejaron caer, aguzando enseguida el oído hasta el

paroxismo. Pero ni oyeron nada ni lo oirían a no ser que llegaran hasta el borde del cañón. Ettore miró una vez a Johnny y sacudió la cabeza de un modo casi imperceptible.

Pasaron varias horas, que los campanarios de Castino y de Rocchetta dieron con regularidad, en aquella quietud torturante, con visiones en los ojos y ruidos en los oídos que los obligaban a levantar de golpe la cabeza y apuntar con las armas al ribazo, produciendo un enorme estrépito de ramajes. Los demás apretaban los labios y los ojos para no fulminar al culpable con la palabra o con la mirada.

No parecía que los fascistas encontraran nada, puesto que no se oían disparos. Más tarde, les llegó un murmullo quedo y mezclado, como si las dos columnas se hubieran encontrado y estuvieran confraternizando y descansando juntas. Pierre preguntó la hora en un susurro, pero todos tenían los relojes parados y rotos. Al rato, con una tristeza crepuscular, dieron las once en los dos campanarios.

Pierre sugirió que bajaran un poco más por el cañón, que aun así continuaría protegiéndolos, y todos mostraron su acuerdo, convencidos de que el sencillo desplazamiento los aliviaría en algo. Descendieron unos cien pasos hasta otra espesura y pasó otra hora en la que el borde del cañón continuó virgen. Entonces, a Jackie se le ocurrió hablar y fue a musitar al oído de Johnny:

—Bravo, tenías razón. Sienten un terror religioso por los cañones…

—Los italianos no tanto, pero los alemanes sí. Nunca bajan.

—Esperemos que los nuestros sean alemanes —dijo Jackie.

—No digas «esperemos» —replicó Ettore, en un acceso de superstición.

Detonaron varios tiros, ni cerca ni lejos, que paradójicamente fueron de alivio para sus oídos aguzados hasta el espasmo. Debía de ser casi mediodía y estarían de tregua para sentarse a tomar el rancho. Ellos bajaron otros cien pasos. Poco a poco, el cañón se hacía menos profundo, por tanto tuvieron que plantearse si más adelante continuaría bastando para cubrir a una persona aunque estuviera agachada. El sucio arroyuelo había adquirido una cierta sonoridad y la pared era más lisa. Por vez primera oyeron las voces y las llamadas, altas y ásperas pero adolescentes, y daba la

impresión de que estaban fuera de servicio, como en el recreo.

Descendieron aún más, pero se detuvieron porque el borde estaba ya tan bajo que casi llegaba al nivel de una explanada de grava y a los campos finítimos. Precisamente en aquella explanada se veía el tejado de una hacienda grande, de cuyo patio procedía sin duda el indefinible rumor. Se quedaron quietos y sin aliento en los detritos de agua y pedrisco, tratando de adivinar dónde estaban y qué hacían, pero lo único que pudieron averiguar fue que eran todos italianos.

Se acercaba a ellos un hombre con un cubo. Era un ilota, de cara y movimientos animalescos, que se hablaba a sí mismo con una voz mugiente y sabionda, alegre. Se trataba sin duda del criado lerdo de la enorme hacienda, de los que más de un campesino de la zona sacaba del hospicio y mantenía a su servicio toda la vida. Johnny tembló al verlo aproximarse, tembló por su rostro de idiota, por su paso y por su farfulla incoherente.

Los vio, aunque hicieron por esconderse, y le brillaron los ojos de bruto. Tiró el cubo al suelo, farfulló algo y se puso a bailar y a gesticular mientras los cuatro le hacían gestos cariñosos como a un perro grande y mal dispuesto. Su voz de bruto se alzó hasta cierto punto clara y comprensible.

—Sois partisanos, partisanos. Aquí hay partisanos. Ahora llamo a los sombreros de hierro y los sombreros de hierro vienen y os matan ahí mismo donde estáis.

Ettore y Johnny se arrastraron hasta la explanada para agarrarlo de las piernas y volcarlo con ellos al cañón, donde pensaban aturdirlo o estrangularlo, pero el loco los vio y, riéndose, empezó a retroceder. En ese momento apareció un campesino mayor, con la frente arrugada, que miró, comprendió y se llevó las manos a la cabeza. Corrió hasta el criado lerdo y lo detuvo, llamándolo con dulzura por su nombre para conjurarlo, y al mismo tiempo mimicked a los cuatro para indicarles que había muchos fascistas en el patio, que estaban comiendo todavía y que debían huir lejos sin abandonar el cañón. Mientras se marchaban agachados, el viejo agarraba con más fuerza al tonto, que empezaba a revolverse y a mugir algo sobre los sombreros de hierro.

Descendían, pero pronto el temor de que el idiota pudiera con el viejo y gritara tanto que alertara a los fascistas los impulsó a volar

derechos a todo lo largo del cañón, que ahora por fortuna se hacía más profundo.

Con cada paso que los acercaba a la desembocadura crecía en ellos el terror de verla obstruida por un grupo de pacientes fascistas apuntando hacia ellos. Pero estaba perfectamente abierta, casi sabática en el líquido hálito de una paz silvana. Recuperado el aliento, continuaron adelante: la carretera del valle estaba tranquila y desierta y el torrente contiguo relucía pacífico al sol detrás de la magra pantalla de la vegetación ribereña. Levantaron los ojos al enorme e inmóvil seno de la gran colina del día anterior y experimentaron una dolorosa nostalgia.

—Dejadme salir el primero —rogó Jackie—, en consideración de que no tengo vuestra edad.

Ya llevaba en el pecho la opresión de la huida que aún no había emprendido.

—¿Y por qué no te has quedado en casa a tu maldita edad? —dijo Ettore.

Pero Jackie no lo oyó, corría hacia la carretera como un ciervo sobre sus piernecillas esqueléticas. Ettore lo siguió y Johnny fue detrás, sin mirar a los lados, directo a la depresión por la que habían desaparecido los dos primeros.

Pierre partió en último lugar. Los disparos de una semiautomática que recorrían la carretera lo detuvieron, pero se recuperó y alcanzó la cuenca a fuerza de regates. Se lanzaron al agua juntos y con tanto ímpetu que las primeras salpicaduras llegaron a la otra orilla, al tiempo que la semiautomática reemprendía el fuego. Johnny miró a la derecha y vio aparecer una patrulla por la esquina de una casa: tres, de los cuales solo uno disparaba, el de la semiautomática. Se habían escondido detrás de un montón de grava en la carretera y vigilaban los primeros salientes de la colina, como si ya los hubieran perdido de vista. Al fin, se retiraron, temiendo quizá que los partisanos respondieran al fuego desde algún punto desconocido.

Subieron un poco más y se tumbaron en la hierba, cada uno orientado hacia un punto cardinal. Tenían la esperanza de que el de la semiautomática no se hubiera percatado, que no hubiera llamado a una de las patrullas que maniobraban por arriba.

—¿En qué piensas, Ettore?

—En la diferencia entre el presente y los días de la ciudad.

—¿Nunca se te pasó por la cabeza que podía ocurrir esto cuando estabas allí? ¿Ni una sola vez?

—No, nunca. En la ciudad yo estaba como borracho. Todos estábamos borrachos.

Tenía demasiada hambre. El menos resistente, el más intratable, era el viejo Jackie, que acabó explotando.

—No sé ni me importa qué programa tenéis vosotros, pero yo, en cuanto oscurezca, enfilo para Cascina della Langa. A esta hora los alemanes se habrán ido. La artillería ha terminado la faena. Me bajo y la vieja me dará de comer, vaya si me dará.

—Haces planes a largo plazo, ¿eh? —dijo Pierre—. Cuando oscurezca…

No obstante, llegó el crepúsculo. En ningún momento habían apartado los ojos de la gran colina de enfrente, cada vez menos recorrida por las escuadras fascistas, pues era evidente que la fatiga también los afectaba.

Más tarde, resonó el trueno de un camión en las cercanas profundidades del valle del Belbo, y más tarde todavía, una serie de ráfagas, tal vez en Cossano. Y fue como si las balas entraran en su carne, semejantes a tijeretazos; se arrojaron boca arriba en la hierba tough por el dolor y el miedo directamente experimentados, porque era imposible ignorar que aquellas ráfagas mesuradas, puntuales y espaciadas conforme a un protocolo no eran otra cosa que fusilamientos. Quizá en Cossano.

Luego miraron el cielo y sus infinitos espejos en las colinas y cada mirada era una plegaria y un mandato al mundo para que se cargara de tintes más sombríos y drenara el cielo y la tierra de los colores diurnos. Hasta que todo el color residual del cielo se redujo a unos tizones moribundos en un lecho de cenizas oscuras. Jackie se levantó, estirando gigantescamente su figurita de araña, y dijo:

—Chicos, ¿os dais cuenta de que estamos vivos y en pie al final del segundo día? ¿No tendrán intención de hacerse la Seis Días [35] ?

Partieron. A causa de la oscuridad y de la cautela emplearon más de una hora en vislumbrar la cresta. Con la instantaneidad de un espejismo, maciza y hechizada, apareció la enorme hacienda solitaria de la cima, con unas luces que se filtraban por las rendijas de los marcos rotos de las ventanas. Subieron un poco más y

entonces estalló el ladrido breve y rotundo de la perra loba, que probablemente ya estaba en el cruce, aunque ninguna silhouette aún más negra se reveló ni por un momento en las negras paredes. Con todo, Jackie la maldijo, pero Johnny le susurró que daba lo mismo, al fin y al cabo los alemanes estaban todavía en la casa. Aguzaron el oído, tensado como un arco, porque no le creían, pero Johnny había oído como en un sueño las voces entremezcladas de los soldados alemanes.

—Os digo que están y que celebran una fiesta.

Ettore y Pierre callaron, pero Jackie lo calificó de «visionario». Hidrófobo por culpa del hambre, tanteaba el terreno para dar el último salto a la cresta cuando oyeron con toda claridad en el sendero de arriba el invisible pisar de la perra, su detenerse y la inspiración del aire en la garganta dispuesta al ladrido. Ladró, Jackie alargó el puño en la oscuridad y dijo:

—Te dejo seca…

Oyeron un postigo que se abría con violencia y el pateo de unos pies herrados en la esquina de la casa y en el sendero, junto con varias alertas reiteradas en alemán. Luego una primera descarga. Se echaron a rodar a ciegas en la negrura, en la nada hiriente, mientras detonaban otras descargas.

Cuando tocaron tierra, los alemanes habían dejado de disparar, pero la perra dio todavía un par de aullidos. Nada más levantarse del suelo, Ettore se tiró a Jackie.

—Te mato a golpes, viejo idiota. —Y golpeó una y otra vez al grácil Jackie, que gemía y alegaba en su favor el hambre y la edad. Ettore lo soltó y dijo—: Quede claro que no quiero con nosotros a este viejo imbécil, a este idiota que ha estado a punto de convertirnos en cadáveres.

Los tres se adelantaron como si lo quisieran perder en el bosque, pero Jackie los alcanzó, diciendo entre lamentos que ayer les había salvado la vida, aunque hubiera sido por causalidad. Medio kilómetro después volvían a estar juntos, en ácida y enfurruñada camaradería.

Viajaban hacia la derecha por la mitad de la ladera, en lo más espeso y crujiente del bosque, sabiendo de sobra dónde iban a terminar y sin saber para qué servía aquel proceder thither. Delante de ellos se extendía el gran bosque de Madonna della Rovere, a

medio camino de Mango y Cossano, en el corazón de los corazones del ocupadísimo bajo valle del Belbo. Así que Johnny, más como deseo que como sugerencia, propuso ir rectos a la cresta anterior a Mango y desde allí, superando cuatro colinas, marchar directamente al nunca olvidado río. Ahora creía que le bastaba con verlo, con tener un atisbo por fugaz que fuera de su orilla pacífica. Pero Pierre observó tajante que en aquel momento las dos orillas serían un hervidero de fascistas, si es que no eran tontos, y estaban dando abundantes pruebas de no serlo en absoluto. Habría sido como poco atroz caer en sus manos precisamente por poner el pie en aquella orilla soñada.

—¿Qué te pasa, Pierre? —preguntó Johnny, perplejo por su tono de voz.

La voz de Pierre había tendido siempre al lamento, pero ahora, ahora como nunca, hablaba con carraspeos y a trompicones.

—Debo de tener un poco de fiebre.

Johnny se acercó a tocarle la frente, pero poco podían hacer sus dedos insensibilizados por el frío.

—Temblar, tiemblas —dijo.

Jackie intervino, muy preocupado.

—¿Tienes fiebre, jefe? Por todos los santos, ¿tienes fiebre? Pero Johnny le dijo secamente que se dejara de rollos.

Se detuvieron en el corazón del bosque de Madonna della Rovere. El abatido Jackie hacía esfuerzos patéticos por ser útil, quería cargar con todo el trabajo que hubiera, pero no había más que dejarse caer sentados en un tronco vítreo sobre la tierra helada. Entonces, mientras vigilaban casi en coma, después de haberse reprimido todo lo posible y preocupado por dormirse en malas relaciones, estalló:

—Sois muy buenos chicos los tres. De verdad, encontraros ha sido una suerte para mí.

—Para nosotros, no —dijo Ettore.

—Por lo menos admitiréis que os he salvado la vida, porque ibais derechos a la boca de los alemanes. Podéis estar seguros de que no haré más tonterías. Era el hambre, el hambre que ha estado a punto de buscarme la ruina, a mí y a vosotros.

—Ojalá el hambre te tapara ahora la boca.

—Por favor, dejad que me desfogue. Me gustaría seguir con

vosotros después de esto. Seguro que volveríais a formar una buena escuadra. Vosotros no sois de los que ceden.

—Veremos —borbotó Pierre.

—Ya veréis cómo no os desilusiono ni os hago enfadar. Haré todo lo que me mandéis, siempre que sea con respeto y consideración por mi condenada edad.

—A propósito —dijo Ettore—, ¿por qué demonios te has hecho partisano a esa condenada edad tuya? Hablando claro, yo tiendo a sospechar de los partisanos no muy jóvenes. El instinto me dice que no me fíe; por seguir hablando claro, veo… intereses.

—¿Intereses? ¿Qué intereses? No conozco otros partisanos de mi edad, pero puedo decir que fui y soy partisano por mis ideales. Ideales antiguos, que cuando vosotros estabais en pañales ya me daban dolores de cabeza, pero en estos tiempos me parecieron poco, por eso me apunté a los partisanos.

—¿Cuándo?

—No hasta primeros de octubre, con el entusiasmo por la ciudad, y admito que no es mucho, pero elegí la peor estación para mi edad. Sin embargo, los ideales siguen vivos en mí, aunque mañana me encuentre de cara a un muro. Así que, chicos, respetadme y fiaros.

—Se diría que se te ha pasado el hambre, Jackie.

—Claro, porque hablo de mis ideales.

Pierre, sumido ya en un pozo de sueño, era un saco flojo y tembloroso al pie de un tronco, y hasta el locuaz Jackie iba hundiéndose poco a poco, inmóvil, almidonado.

Colocándose mejor, Ettore comentó:

—Puede que tuvieras razón tú, Johnny, con lo de marchar directamente al río.

—No hagamos cábalas, Ettore. Mañana, si tenemos suerte, será igual que hoy.

—¿¡Suerte!?

—Además, Pierre no aguantaría cuatro colinas. ¿Tienes frío?

—Maldito frío. No necesitamos a los fascistas, ya nos mata él.

Se le debilitaba la voz, se aletargaba, estaba a punto de abandonar a Johnny en la vela, así que este corrió a salvarse reteniendo a Ettore al borde de la narcosis. Con un ímpetu infantil, le pidió que le hablara de la ciudad.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que te apetezca. Háblame de la época en la que no imaginábamos ni en sueños semejante cosa…

—La ciudad está allí abajo —dijo Ettore dreamily.

—Lo sé.

—Y llena de ellos.

—Sí, llena de piojos.

—Eso, pero ahora son ellos los que nos matan como piojos a nosotros. Nos aplastarán a todos.

Se acurrucó al abrigo del tronco, con las rodillas hasta el mentón.

—Ahora echaré un sueñecito, me ordeno echar un sueñecito. Yo, sentado a la mesa, con veintidós grados de calor, una habitación bonita y segura, estoy comiendo mi menú preferido y mi madre me lo sirve en persona.

Johnny no tenía sueño. Como último ejercicio contra el frío que le duraría toda la noche, vagó un poco por los alrededores de aquel vivac extinto, y luego regresó junto a los tres, que coceaban, soplaban y gemían hundidos en su sueño mísero y aun así envidiable, porque a él no le llegaba, sino que aleteaba sobre su cabeza sin posarse jamás. No lo mantenían alejado ni el miedo ni la prudencia, dado que Johnny se sentía indiferente a todo. Sometido al viento omnipotente, el bosque crujía y gemía de tal modo que su ruido habría podido cubrir el trampling de un regimiento entero. Tampoco lo alejaba el hambre, que de momento era el más sumiso de los habitantes interiores de Johnny. Más tarde, comenzó a sentir la gradual hibernación de su cuerpo. Sacudió los pies y los zapatones y los vio oscilar ligeros como plumas arrancadas, sin ninguna incidencia oprimente en sus tobillos. Se relajó apoyado a un tronco y adoptó la posición más pasiva y favorable al sueño. Comenzó a sugestionarse, dispuesto a repetir miles de veces el estribillo de Bunyan: «And as I slept, I dreamed a dream. And, as I slept… [36]».

Ettore lo despertó al acabar la noche y dijo que llevaba cinco minutos sacudiéndolo, pero era evidente que sus manos ateridas no tenían ni peso ni agarre. Jackie se levantaba ya, solo Pierre continuaba anclado a la tierra, con fiebre en los ojos y en los labios.

Johnny fue a echar un vistazo al valle del Belbo. El silencio era

completo, abajo no se habían despertado ni los gallos.

De vuelta, preguntó a Pierre, que estaba levantándose:

—¿Por dónde vamos?

—Por donde ellos sean menos —respondió.

—Si es que lo sabemos —objetó Johnny.

—Entonces esperemos a que se haga de día —dijo Pierre, tumbándose de nuevo. Balbuceaba por culpa de los escalofríos.

Al rato, Johnny dijo que convenía salir hacia la cima divisoria de Mango, para tener indicaciones claras y directas con la temida y deseada llegada de la luz. Partieron a tientas en la oscuridad, sobre todo Pierre.

La luz se insinuaba en dosis ínfimas, como si añorara su nocturno hemisferio, y en aquella avaricia luminosa ascendieron a través del bosque hasta el fantasmagórico perfil de la cima. Después, el ojo de Jackie, aguzado por el hambre, descubrió una hacienda solitaria, mísera y hostil en los límites del inmenso bosque. Avanzó el primero de puntillas por el pequeño patio sin perro guardián, susurró y luego gritó una llamada a sus habitantes. La puerta y las ventanas continuaron atrancadas, pero por la desportillada esquina de la casa asomó una mujer que se llevó la mano a la boca al ver sus armas apuntadas. Las bajaron. Su rostro joven estaba arrasado por el insomnio y la ansiedad; por miseria, llevaba una ridícula faldita infantil sobre las rodillas cubiertas de gruesa lana negra.

—¿Fascistas? —rezongó Jackie.

—Pasaron ayer por la mañana y volvieron a mediodía.

—No han causado daños, por lo que veo.

—Me han robado todos los pollos y todos los conejos, el ternero y el cerdo. Y con el fusil me mataron al perro, que no quería saber nada con ellos. Me dijeron que se llevaban todo para no dejárselo a los alemanes que debían, deben, pasar detrás. Por eso estoy aquí fuera, esperándolos. Así que, os lo pido por favor, salid enseguida de mi patio y alejaos.

—Hace tres días que no comemos. Denos un poco de pan y queso, señora —dijo Jackie.

Alargó los brazos como si quisiera desagarrarse la faldita.

—Me han llevado todo. En cuanto al pan, no lo horneo desde hace tres días. Dentro solo tengo una corteza.

—Bien, tíremela —dijo Jackie.

—Dile que la deje en paz —gimió Pierre, y Johnny fue a tirar a Jackie de un brazo. Pero ahora la mujer quería un poco más de conversación.

—¿Los alemanes tienen o no los famosos perros olfateadores?

—Por lo que yo sé, es un cuento.

—La gente dice que sí.

—Es un cuento, señora.

Suspiró de alivio, adelantando el seno que era su única riqueza.

—Mi marido y mi suegro están escondidos en un sótano y yo he extendido por el agujero alquitrán fresco para que los perros se confundan y no capten el olor de la carne cristiana. ¿Están seguros allí abajo los dos?

—Sí, están bien donde están.

Continuaron su camino, aprovechando la luz que los inundaba para acelerar hacia la cima. Por fin allí, se tumbaron para eludir los posibles prismáticos de algún oficial madrugador y miraron en las cuatro direcciones. El pueblo de Mango, envuelto en sí mismo, parecía desierto, pero el tiroteo estaba ya en acto en los cañones anteriores y no indicaba el derribo de una defensa cualquiera, sino una ardiente y desarrolladísima caza del hombre. Algo parecido ocurría en el pico de San Donato, a su derecha, pero sin actores a la vista. Se volvieron para mirar el bosque de Madonna della Rovere, cuyos primeros saledizos eran un hervidero de ellos en gloriosa vitalidad. Cuando aumentó la luz, apareció frente al bosque una columna entera, que enseguida se dispuso en abanico formando una línea larguísima.

En Mango se adensaba la fusilería, por tanto no quedaba más elección que el pico de San Donato, donde habían cesado los tiros, aunque cabía apostar dos sobre tres a que se trataba únicamente de una tregua. Tomaron el camino de las extintas faldas de la gigantesca y desnuda colina, lisa y sin un solo pliegue en todos sus puntos. Johnny se volvió a mirar a Pierre; la inminencia y la gravedad del peligro habían relegado a un último plano su febrícula.

Subían, en algunas partes a gatas, con la tétrica conciencia de su desnudez y de su ultravisibilidad. A media altura se detuvieron para recuperar el aliento.

Con una mejilla pegada a la tierra húmeda de rocío, Johnny contempló el paisaje de vida y de muerte. Desde aquel punto la vista franqueaba ya la cima de Mango y, pasada la llanura de Neive y de Castagnole, se vislumbraban los vapores gris-azulados que planeaban sobre el río. Suspiró, se dijo que por lo menos había llegado a verlo, pero se le oprimió el corazón pensando que buscaban el camino más largo para acercarse, a riesgo de su vida. Había motivos, porque en ese momento se multiplicaba el tiroteo frente a Mango y, por un terraplén, asomaba la cabeza serpentina de dos columnas de humo. Ya no veían el valle del Belbo, pero sabían que a esa hora estaban batiendo el bosque de Madonna della Rovere metro a metro y hasta podrían haber examinado ya el calvero en el que ellos pernoctaron.

Se levantaron para continuar hasta la cresta afilada. A cien pasos del villorrio, desierto, callado, necropólico, se detuvieron a husmear el aire. Johnny y Ettore avanzaron en primer lugar. De puntillas, recorrieron el último trecho y evitaron la primera casucha, no sin aplicar el oído a sus paredes musgosas y salitrosas. Era fuerte el hedor a ortigas bañadas de rocío y a estiércol fresco de gallinas, pero faltaba la humanidad o estaba sepultada o había subido al cielo, y el silencio del burgo rechinaba. Desde el otro ángulo del cuchitril tuvieron una mejor perspectiva del pueblo: dos filas bajas de casuchas cerradas a cal y canto, típicas de la alta colina, y luego, como un fondo de telón, la sucia fachada de una iglesia con la puerta desgoznada. En todas aquellas paredes ennegrecidas por la intemperie brillaban al alto sol, en rica y fresquísima pintura negra, unas letras gruesas que loaban a los fascistas y a los camaradas alemanes, adoraban al Duce y prometían plomo y soga a los partisanos y un millar de muertes a Norte. Se escurrieron tras la magra sombra de la primera casucha.

La dueña asomó por la portezuela del redil. Los llamó desgraciados y dijo que no querría estar en la piel de sus madres… Sí, acababan de pasar hacía veinte minutos, fascistas y alemanes juntos, debían de estar aún en el ribazo entre la iglesia y el camposanto, contra cuyas tapias habían fusilado a dos partisanos descubiertos en la iglesia. Ya podían tener cuidado al bajar, porque el camino que ellos habían tomado en dirección a Mango dominaba en casi todas las vueltas la inmensa pendiente desnuda.

Caminando a cubierto, se reunieron con Pierre y Jackie, que estaban muy nerviosos porque habían visto relampaguear en el límite del bosque las vanguardias de la columna procedente del valle del Belbo. No podían perder un minuto, solo bajar a toda velocidad hasta el pie de la vertiente de Mango, por una pendiente como la palma de la mano y con la esperanza de que no los viera la columna que descendía por la carretera.

Tuvieron una fugaz visión de ellos al doblar una curva que se encajaba en la pendiente. Bajaban a paso de excursión colegial y los oficiales confraternizaban con la tropa. Cuando desaparecieron en la curva, los cuatro apretaron por la pendiente. Su velocidad tomó enseguida un ritmo vertiginoso y pronto los sobrecogió aquel vuelo enloquecido, indirigible, en el que cada roce del pie representaba un peligro espantoso. Johnny deseó cualquier cosa que no fuera dislocarse o romperse un tobillo. Las primeras en ceder fueron las piernecillas de Jackie, que se cayó con un gasp, capotó y echó a rodar como un tronco. Parecía que el límite arbolado del valle, limítrofe con otro, subía a su vez de un modo vertiginoso, semejante a un dique empujado mecánicamente, para hacer más mortal el golpe. Johnny cerró los ojos, se abandonó y cayó de lado. Notó el duro choque de su costado contra el suelo y casi al mismo tiempo la breve ráfaga que se escapaba del Sten.

Frenó entre las piernas de Jackie, ya aterrizado y hecho un ovillo en una zanja bordeada de vegetación. Jackie se agarraba la cabeza con las manos.

—Nos has perdido —silbaba—. Seguro que te han oído y ahora vienen hacia aquí.

Llegaron Ettore y Pierre, que se clavaron en la zanja.

—Podrías haberla recibido entera en el cuerpo, si el Sten hubiera estado mirando hacia ti. —Fue lo único que dijo Pierre.

Pero los alcores circundantes no se coronaron de cascos fascistas porque la ráfaga se había incorporado perfectamente a la fusilería que golpeaba los invisibles cañones del valle de Mango. Entonces volvieron la vista a la alta cresta de San Donato, aún desierta. Dieron las diez en los campanarios de los pueblos de los alrededores con tan escasa diferencia de tiempo que para dar diez sonaron casi cien toques.

Entonces se encaramaron a una altura frente a Mango y se

enterraron en sus matorrales.

Toda la plana de Mango se extendía ante sus ojos. No habían incendiado el pueblo, cuyas callejuelas y explanadas estaban desiertas y como sometidas a una corriente eléctrica. En la vertiente frontal ardía en aquel momento una enorme hacienda que en los meses anteriores había servido de comedor a los partisanos. La cabeza de la columna que había descendido de San Donato estaba llegando a la llanura y observaba el incendio, admirándolo y comentándolo. La familia desalojada se sentaba en el borde de una zanja, de espaldas a la casa en llamas, todos con la cabeza caída sobre el pecho, ciegos a los fascistas que los insultaban y los sermoneaban al pasar. El cabeza de familia estaba en un prado, tratando con todas sus fuerzas de dominar a dos bueyes stampered wildly al oler el humo.

Cada camino, cada vereda del vallecillo tenía su grupo de batidores, si bien a punto de relajarse y con las armas más caídas que otra cosa. Ya no se disparaba desde ninguna parte. Un humo muy negro y muy espeso salía de los cañones entre Mango y Neive. Más abajo, por lo que podía apreciarse, la llanura de Neive hervía de tropas, que formadas en múltiples hileras batían espesuras y matojos siguiendo la línea del ferrocarril. Johnny prolongó la mirada hasta más allá de la plana de Castagnole y volvió a ver el bendito río, que brillaba discretamente al sol, azul como solo lo estaba en primavera; lo siguió hasta que un grueso espolón rodeado de neblinas le interrumpió la vista.

Entonces Ettore le dio un codazo y, siguiendo sus ojos desorbitados, Johnny vio a su espalda todo lo que había que ver. La cresta de San Donato estaba poblándose de ellos, diez, veinte, cincuenta, cien de ellos, negros contra el fondo de cielo, con gestos y movimientos maquinales de marionetas en aquel excelso escenario. Jackie hundió el rostro en la tierra blanda y fría, Pierre tosió.

—Si bajan por la pendiente… —comenzó Ettore, pero no acabó la frase.

Los cuatro dieron un último squirm para soportar mejor la larga y cadavérica inmovilidad por quién sabía cuánto tiempo.

—Bajarán por la pendiente —repitió Ettore.

Pero de momento no bajaban. Evidentemente, se tomaban un

respiro en los restos del villorrio saqueado; ahora solo se oía el drone hostil de un insecto malhumorado.

—Ya bajan —dijo Ettore al rato, sin mirar atrás.

Pero Jackie no pudo soportarlo y giró la cabeza. Luego la volvió para comentar con voz llorosa:

—No es cierto, no es cierto. No hay un alma en la pendiente, y menos en la cresta. ¿Por qué lo has dicho?

En esas, un sonido ronco atronó el corazón de Mango y el de los cuatro hombres. La esperanza de que se tratara de la señal de retirada los invadió y los sacudió hasta el punto de que todos se incorporaron sobre los codos, sin pensar en la presencia fascista en la cresta de San Donato. Sí, habían terminado con Mango, las patrullas diseminadas por el campo regresaban a la villa a paso ligero, rápido. La trompa repitió la señal, pero antes de que la columna saliera compacta y pesada de Mango en dirección a Neive, dieron las doce en los campanarios. La cresta de San Donato continuaba desierta.

Bajaban despacio y los hombres se volvían con frecuencia para contemplar su obra, pero la cabeza de la columna desaparecía ya en la primera curva, que en diez minutos habría engullido también la retaguardia. Johnny miró atrás y en la cresta de San Donato, como un golpe teatral, aparecieron distribuidos los centenares de la columna de Belbo. Se oyó un silbato y los primeros saltaron a la pendiente y la ocuparon en toda su anchura con un hombre cada menos de diez metros.

—Haced lo que yo —susurró Johnny con una voz muy normal.

Se arrastró hacia la derecha y en un periquete quedó fuera de la vista de la vanguardia de San Donato y al alcance de la vista de la retaguardia de Mango, que descendía a doscientos metros. Se levantó del todo y se puso a pasear cómodamente, con desenvoltura, a un costado de la retaguardia, midiendo con un ojo la distancia entre matorral y matorral y con el otro comprobando si alguien de la retaguardia miraba hacia donde él estaba. Detrás oía el movimiento idéntico de los otros tres.

La enorme espesura que rodeaba el gran cañón al este de Mango se hallaba a un centenar de pasos, que Johnny contaba audiblemente uno detrás de otro. No sucedía nada, ni un grito ni un disparo, ni el ciego saltar de los tres que lo seguían. Al nonagésimo

paso empezó a sonreír, en el nonagésimo quinto ya reía y al caer dentro de la sombra ciega de la espesura dio un grito de alegría. Se giró y los otros tres le echaron los brazos por los hombros y juntos agacharon la cabeza dentro de aquel mar de brazos, al estilo de los jugadores de rugby. Jackie lloraba sin hacer ruido.

—Llegaremos al río —dijo Johnny.

—Esperemos un poco —dijo Ettore.

Era pronto aún, letalmente pronto, porque la líquida penumbra de la espesura los engañaba sobre la situación real y el progreso del día. Jackie apuntó su desacuerdo con timidez, ¿por qué ir al río cuando todo a su derecha estaba libre? Lo convencieron de que no era así, de que encaminándose a la derecha se toparían con los fascistas que, procedentes de Santo Stefano, rastreaban la zona. Al río, al río en cuanto que oscureciera.

Entre las ramas observaban la enorme ladera de San Donato, rastreada ya en sus dos tercios por los fascistas, pero estos estaban tan seguros de que no había partisanos que ya solo los impulsaba el deseo de llegar al límite de los dos valles y se movían en desorden, distraídos. Luego, ciertamente, entrarían en Mango.

Los cuatro decidieron poner una distancia razonable entre ellos y el pueblo y, cruzado el cañón, caminaron hasta el cementerio, donde se colocaron al abrigo de la tapia, dos de ellos mirando a Belbo y otros dos al río. Algo ocurría en el bajo valle del Belbo, un tiroteo esporádico y ragged. Mientras tanto, la columna de San Donato había entrado en Mango, pero cinco minutos después salía para seguir el camino a Neive de los primeros ocupantes.

Los cuatro se quedaron a esperar la oscuridad. Se sentían tranquilos y ya no rezaban porque llegara pronto la noche; estaban en un lugar seguro, pero el anochecer marcaría la vuelta de exertion y peligro.

—¿Seguís obsesionados con ese río? ¿Convencidos de verdad? —insistió Jackie, aunque ya sin fuerza. Ellos no respondieron una palabra.

Ettore, tumbado boca arriba, dejaba que la mirada se le hundiera en el cielo grisáceo.

—Ahora puedo deciros cómo me sentía allá arriba, entre sus dos fuegos. Sí, el corazón me latía como un émbolo, aunque no sabría deciros exactamente dónde. Si hubiera podido moverme, me habría

palpado todo el cuerpo para cogerlo y pararlo. Eso, habría jugado a policías y ladrones con mi corazón.

Así, tranquilos y relajados, asistieron al último momento de la columna de Santo Stefano, que avanzaba en fila india hacia Mango por la plataforma que sobresalía como un contrafuerte sobre el valle del Belbo. Iban silenciosos y ágiles, sin brillos que destacaran en la atmósfera oscurecida. Los cuatro se tiraron por la pendiente de Sant'Ambrogio y llegaron abajo sin daños y sin ser vistos; pero, furiosos consigo mismos por su inconsciencia y empujados por un corazón ya indomable, no se detuvieron, sino que ascendieron como un rayo hasta el pico de Avene y solo allí se dejaron caer, en una hilera de viñas, dominando la llanura entre Neive y Castagnole, que era un hervidero de fascistas, tanto en los prados como a lo largo de las vías del tren, con sus camiones yendo y viniendo por la rectilínea. Hasta que no estuvieron tétricamente saciados de la visión, no advirtieron la ausencia de Jackie.

—Seguro que lo hemos dejado atrás con la carrera —dijo Pierre.

Pero aunque se volvieron a mirar no lo hallaron ni en la vertiente de Avene ni al fondo de Sant'Ambrogio. Abajo, la larga fila fascista continuaba por la pendiente, flou a causa del crepúsculo, en dirección a Mango.

—Volverá a encontrarnos —dijo Ettore, refiriéndose a Jackie, con remordimiento en la voz.

Capítulo 30

Preinvierno (VI)

Cuando comenzó a planear la noche, el soplo bajo del viento de la llanura comenzó a agitarse todo alrededor. Se encontraban en un plegamiento de aquel mismo llano, justo detrás del balasto de las vías, todavía arrodillados ante los dioses de las tinieblas. La tarde crecía y crecía, los camiones fascistas cruzaban en la rectilínea yendo y viniendo a Nieve y a Castagnole, a una velocidad reducida, con los faros ya encendidos y módicamente brillantes en la noche incompleta. Los conducían despacio, como si estuvieran de permiso, por pasatiempo, tras una jornada demasiado ardorosa y agotadora de triunfo sin obstáculos, de libertino despotismo sobre hombres y tierras.

La tarde crecía y pronto las alturas anteriores al río hundieron su suave perfil en el cielo cercanísimo; algunos reflejos intensos entre las casas de Neive y Castagnole indicaban que habían acampado. Por la carretera pasaba una patrulla numerosa: charlaban tan cerca que Johnny podía deducir las regiones de procedencia de sus miembros por la inflexión de las voces. En cuanto pasó, ellos corrieron agachados, con frecuentes saltos, hasta un refugio cercano a la carretera, a menos de cincuenta pasos. Allí maduró la tarde y poco a poco fue abriéndose paso en ellos la idea de la salvación. La carretera, el final de la zona de imperio fascista, estaba al alcance de sus pies. Se preparaban para la última carrera cuando un blindado fascista se anunció bruscamente con firmes y amplios haces de luz, tras los cuales transitó como un fantasma. Salieron entonces corriendo como locos, tocando apenas con el pie el asfalto rajado, y detrás de ellos estalló el trueno de un vehículo lanzado a toda marcha; tuvieron el tiempo exacto de arrojarse a una

cuneta y faltó poco para que los iluminaran las luces de los faros. El coche salió disparado en dirección a Neive y ellos corrieron a lo loco en la hierba empapada, oyendo entre los zumbidos de sus propios oídos el eco ragged de los cantos de vivac del enemigo.

Al llegar a la cima de la última altura, se giraron en cordial sincronismo para echar la mirada definitiva a las pavorosas colinas sobre las que se cernía la noche semejante a un sudario. Luego miraron al frente, al precipicio, boscosa escarpada, arenal angosto y siniestro que aparecía a trechos; al río con su alma de plomo y su médula de hielo; a la otra orilla. Vestía los míseros ropajes de la noche y del invierno, pero la saludaron como se saluda a la puerta del Edén.

Pierre los guio al transbordador de Neive, el más próximo, así pues marcharon con peligro pero también con un impulso invencible a través de bosques y espesuras, por un sendero intuitivo, que de cuando en cuando se precipitaba directamente a las aguas negras y mudas. Marchando, oyeron, procedentes de más allá del ribazo, un par de detonaciones en sordina: fascistas de guardia que sin duda disparaban contra las sombras.

La embarcación no estaba en su sitio. Aguzando la vista entre los engañosos vapores nocturnos, reconocieron la vieja barcaza naufragada más abajo, en una ensenada de la otra orilla, y fijándose mejor descubrieron el cable cortado, que colgaba tristemente sondeando las profundidades del agua de la orilla.

Aquel era uno de los dos únicos transbordadores de la zona y cabía pensar que también habrían saboteado el otro, el del valle de Castagnole. Sí, sí, era su ruina, estaban perdidos en la orilla imposible, insoportable, y precisamente a la vista de la otra, soñada and marched and hoped for. Girando sobre sus talones, se encaminaron al otro transbordador, con todas sus angustias y sus esperanzas calladas y reprimidas. Fue un camino duro en medio de la condensación de las tinieblas, a lo largo del río a cada paso más siniestro, por laberintos de espesuras y barrancos, con las aceleraciones de la esperanza y los frenazos del pesimismo. Emplearon más de una hora, pero hallaron la otra embarcación ilesa y anclada, con su largo y potente cable alto y tendido sobre las aguas, eléctricamente vibrante en el aire nocturno.

Aplaudieron en silencio y saltaron a la barca. Pierre utilizó la

pértiga y los otros dos atacaron el cable. La sensación de haberse salvado era tal que Johnny disfrutó sin cortapisas de la lenta y pesada progresión de la barcaza y del furioso chapoteo contra el casco de las aguas cruelmente despertadas y del inmenso significado de aquella mínima navegación. La otra orilla se acercaba y, en la oscuridad absoluta, estaba como iluminada por la sustancia misma de su paz y su seguridad. Nada era visible o audible en la principal carretera próxima, y ellos se sintieron, y lo estaban, finalmente salvados.

Al desembarcar, y como último acto de guerra, se acercaron a la carretera poco a poco, para cruzar después de un solo vuelo el asfalto y en un segundo strolled en el blando sendero rural con el que llevaban tres días soñando. Ahora podían pasear y detenerse, canturrear y encender cigarrillos. El cielo destilaba una minúscula y polvorienta llovizna, deliciosa por su levedad y su frescura y delicioso memento de su condición de seres vivos y salvos, no solo en sueños.

Les ladró un perro, pero con un ladrido manso, y siguiendo la dirección del sonido descubrieron el blanco fantasma de una hacienda pequeña, justo el soñado puerto de paz y de reposo. Con todo, Pierre observó que estaba demasiado cerca de la carretera y continuaron alegres adelante, gozando casi de la dilación de la llegada. Ladró otro perro a su paso y otra hacienda mucho más grande que la anterior apareció ante ellos con muros abaciales, pero de nuevo Pierre hizo ademán de continuar.

Por fin, en la más espesa sombra de las primeras alturas pasado el río, una hacienda les cortó literalmente el paso: era la buena. Pequeña y pulcra, con su patio llano y limpio que relucía bajo la claridad mínima del cielo, se dirigieron allí sin buscar el sendero privado, a través de la hierba ferozmente empapada. Se pararon para descubrir al perro guardián, pero no había, y avanzaron por el patio de puntillas. De la puerta dedujeron que la familia ya se había subido a dormir. Cruzaron el umbral del establo y echaron mano a la escalerita del henil. Arriba, palparon, tantearon y descubrieron que era un henil cerrado por tres lados, un auténtico dormitorio con abundancia de forraje. Descargaron armas y munición, se quitaron los pesados zapatones, hicieron un hueco en el forraje, se metieron dentro y, a manos llenas, se cubrieron de heno, dejando apenas una

rendijita para la boca.

—Por favor, no nos durmamos enseguida —rogó Pierre—. Resistamos para contarnos cómo ha ocurrido todo. Hagamos un esfuerzo por dormirnos lo más tarde posible.

Cierto, era grandioso mantenerse despiertos y gozar conscientemente de cada instante de aquel descanso, de cada átomo de aquella seguridad, pero en un minuto el sueño los aplastó con su negro talón.

A la mañana siguiente los fue despertando poco a poco el sonido rasposo del rastrillar de un instrumento metálico, comprendieron rápido y, como espectros salidos de su tumba de forraje, se le aparecieron al pasmado campesino en lo alto de su escalerilla. Era todavía joven, pero el peso terrible de una husbandry marital y agrícola plenamente aceptada confería a su juventud común y corriente la grandeza del patriarcado.

—Sois partisanos —dijo— y habéis llegado esta noche. —Se rascaba la cabeza—. Desde luego venís del río como vinieron otros muchos en los primeros días, no tan tarde como vosotros.

Pierre preguntó si había fascistas en la zona.

—¿Me creeríais si os digo que no he visto ni uno?

—¡Menuda suerte! Nosotros hace tres días que no comemos nada.

—¿Es posible?

—¿Está con nosotros?

—Claro que sí, los fascistas no me gustan. Sí, estoy de vuestra parte; si me permitís, se entiende.

—¿Qué nos daría de comer?

—Mi mujer sabría contestaros mejor que yo, pero, veamos, pan y tocino, seguro, y también queso… Mirad, yo no soy rico. Ya veis con vuestros propios ojos la pequeñez de mi casa y de mi tierra.

Pierre se tanteó y acabó sacando un billete de mil liras, muy ajado pero válido, y se lo entregó.

—Un momento —dijo el campesino—, bajo a buscar a mi mujer y…

—Pero, por favor, no hable con los vecinos y no nos llame hasta que la mesa esté puesta.

Bajó la escalerita y corrió a la cocina, mientras ellos volvían a sentarse con una sensación de alivio aumentada por la confirmada

seguridad, mayor aún teniendo en cuenta que era un día lluvioso. Johnny y Ettore fumaban, mirando átonos la gris atonía del cielo, oyendo blankly el retozar y el cacarear de las gallinas sueltas por el patio. Luego el hombre llamó desde abajo para avisar de que su mujer estaba ya manos a la obra en los hornillos. ¿Aprobaban que les hiciera de centinela, llegando incluso hasta la carretera?

Se relajaron cada vez más cómodos y sensuales. Sin necesidad de levantar la cabeza veían alejarse al hombre por el sendero familiar en dirección a los bien conocidos alrededores, llevando un saco en la cabeza para resguardarse de la lluvia que arreciaba, con el paso concentrado de un auténtico patrullero. Aclaró un poco y entre las películas de llovizna aparecieron las alturas de más allá del río; entonces la cabeza y la lengua de Pierre regresaron a las Langhe y, con una tristeza oprimente, se preguntó y preguntó a los demás si volverían a ser ellos mismos, con las escuadras, las brigadas y los comandos, todo reconstruido, toda la red tejida de nuevo.

—No te preocupes, Pierre. Somos invencibles, indestructibles, imborrables, y esta es para mí la lección que están aprendiendo los fascistas allí, al otro lado del río. Al final, ¿qué se han encontrado cuando han podido cerrar el puño? Nada o bien poco. En dos días todo volverá a ser como antes. No te preocupes, Pierre —dijo Johnny.

En aquel momento, una rata que asomaba entre un dédalo de herramientas y heno se quedó inmóvil y extrañada, como si tuviera todos los sentidos benumbed. Ettore se inclinó, produciendo solo un mínimo crujido del forraje, cogió un bastón y calculó el golpe contra el hechizado animal, pero entonces detuvo el brazo y lo dejó caer, mientras que los ojos se le llenaban de lágrimas y Pierre silbaba a la rata para que se ocultase y salvara la vida.

El campesino regresó para informar de que todo era un paisaje lunar sin nada ni nadie. Había llegado hasta la ribera, el transbordador estaba vacío e inactivo y la otra orilla callada y desierta. Entonces bajaron y entraron a la cocina, donde comieron con ansia en una hermosa mesa, de espaldas a un fuego especialmente atizado. Los servía el ama de casa, una mujercita minúscula pero rápida, hábil y pulcra, con un garbo y una competencia que sugerían la posibilidad de que hubiera servido antes de casarse en una casa de la ciudad. No obstante, parecía un

poco impresionada por la visita y decididamente consternada por la silenciosa presencia de las armas. Al acabar, subieron de nuevo a dormir.

Más tarde, mientras el crepúsculo iba acumulándose, puesto que el campesino había regresado a la carretera y a la orilla para inspeccionar otra vez y recabar posibles noticias, ellos subieron a la primera colina por senderos seguros y rodeados de setos, intuyendo que desde arriba podrían abarcar un panorama del otro lado del río. En efecto, llegados a la cima, las vieron a la perfección, aunque como truncadas por las sombras amenazadoras, mucho más altas que las humildes alturas fluviales: la considerable colina de Neive y las colinas de Mango, más macizas, excelsas y desoladas, entre grises y negras en la distancia, macizas y aun así etéreas, como grandes nubes tormentosas ancladas a la tierra. Sus crestas salvajes se fundían con el cielo tardío, y las plantas ralas y siniestras de sus bordes se agachaban bajo el fuerte viento nocturno. Johnny experimentó una nostalgia insoportable de estar allá arriba, de marchar por aquellas cimas bajo aquel viento superior (in the midst of its strength). Aquella visión también sugería a los otros dos la paz restablecida y el imperio fascista evaporado.

De vuelta a la casa, aguardaron el regreso del campesino. Contó que seguía sin ver nada ni a nadie y que había podido formarse una clara impresión de tranquilidad y de «se acabó». Después de cenar, fueron a dormir al establo. El campesino, que debía despertarlos a las cinco, prometió quedarse toda la noche de guardia.

—Nosotros se lo agradecemos.

—No es nada, hacía siglos que no me sentía un hombre joven, útil y valiente.

Los despertó puntualmente y, con el parto del día, se encaminaron al río por la campiña aún sumida en el sueño, olisqueando el aire como si el aire pudiera traer olores de paz o de tumulto desde la otra orilla. Cruzaron el asfalto y exploraron la ribera desde una gran espesura. La embarcación estaba anclada en la orilla opuesta y el barquero se hallaba a bordo, luchando contra el frío del amanecer y del agua y moviéndose con un paso decidido que resonaba en la toldilla. Silbaron, sacando medio cuerpo del matorral para que los viera y los reconociera. En efecto, los vio y los reconoció y se apoyó en el cable para cruzar el río. De modo que

allí todo estaba normalizado, como confirmó el barquero nada más tocar la orilla. Era un auténtico gigante, vestido con pocas aunque pesadas prendas de tela, que vomitaba al aire helado sabores de vino y de ajo. A propósito, ¿qué había ocurrido con el transbordador de Neive? Una escuadra fascista que iba a la caza del hombre, Oliéndose su utilidad para los partisanos, cortó el cable de la barcaza y la empujó para que se estrellara contra la otra orilla. Y no solo, también disparó, sin acertarle, contra el barquero que acudía pidiendo a gritos que no la rompieran porque solo daba servicio a los civiles.

—Vosotros, muchachos, nos habéis adelantado la muerte —dijo, a pesar de que su voz no expresaba ni cansancio ni reproche.

Acababan de bajar el primer dique cuando vieron un partisano joven que se acercaba por un lado a todo correr, desarmado, agitando al aire un pañolón azul y diciendo al pasar: «¡Cuidado con los rojos!». ¿Qué pasaba con los rojos? ¿Qué novedades eran aquellas?

Rumiando la incertidumbre, avanzaron hasta que tuvieron a la vista los tejados más altos de Castagnole, centelleantes bajo el primer sol, y por fin se cruzaron con un muchacho del pueblo que en otros tiempos hung about su presidio y le preguntaron qué era aquello de los rojos.

—¡Canallas! —gritó—. Esos cerdos están desarmando a los azules dispersos, a todos los que vuelven del río. Dicen que no han luchado como se debe y que los hombres que vuelven del río no son más que desertores. Y los desarman.

Se quedaron paralizados de estupor y mudos de rabia.

—Me gustaría a mí ver a los rojos cuando los ataquen los fascistas —continuó el muchacho—. Y va a pasar, ¿eh?, porque se huele, pero mientras les quitan las armas a los azules con el cuento de que ellos les darán mejor uso. A los que van solos los despojan sin más y a los que van en grupos los invitan educadamente a visitar sus comandancias de Costigliole o de Motta y allí los encierran y los despojan de las armas. Hacedme caso, Pierre y todos vosotros, si os los encontráis, disparad primero.

Continuaron adelante, conmocionados por la rabia y deseando encontrarse con uno de aquellos rojos detestables. En efecto, se los encontraron, y a trescientos metros del pueblo. Tres de ellos,

escondidos en una ladera de la margen del río, salieron al camino haciendo gestos amistosos y, amistosamente, se dirigieron a su encuentro. Dos eran chavales de las levas que hacían los comunistas en el campo, ambos armados con fusiles, y el jefe era un larguirucho con el cabello de un color rojo muy vivo a la caprichosa luz solar.

—Y bien —dijo Johnny muy slackenly.

—Venís del río, ¿verdad? —preguntó el jefe.

—Sí, ¿y a ti qué te importa? —respondió Ettore.

—A mí personalmente nada, pero puede que le importe algo a mi comandancia. ¿Sabes?, es que en mi comandancia necesitan interrogar a todos los que han cruzado el río. Una pura formalidad, en interés general.

Ettore se volvió a Johnny estudiadamente y, en un tono tranquilo, le preguntó si a él le importaba un pepino la comandancia roja, pero Johnny no pudo responderle en el mismo tono, dado que la boca y el cuerpo entero le temblaban de un insólito furor.

—Tú, el del bigote, deja en paz a mi comandancia —dijo el rojo, aunque enseguida suavizó el tono—. Pura formalidad, ya os digo, y una especie de excursión siguiendo el río, entre las huertas…

Sin más, Johnny lo apuntó con su Sten.

—Levanta las pezuñas.

—¡Estás loco! —gritó el jefe.

—Yo estoy loco y tú eres un cerdo.

Pierre apuntaba a los otros dos con su Mas y Ettore les quitó los fusiles y los echó lejos, a las hierbas altas. El jefe llevaba un pistolón en el cinto, pero levantaba los brazos al cielo y gritaba:

—O vosotros estáis locos o yo no me he explicado bien…

Los dos chavales ya habían salido por piernas y huían por los prados con infinitos saltos y regates.

—Veamos un momento —dijo Johnny con la lengua seca—. ¿Vosotros, los rojos, estáis convencidos de poder hacer frente a un ataque fascista como el nuestro durante un minuto más que nosotros? Habla.

—Pero ¿qué dices? ¿Yo te hablo de una pura formalidad y tú me sales con eso? Pero, compañero, hermano…

El rojo recibió un golpe del Sten en el plexo solar y,

retrocediendo, cayó al suelo; entonces Johnny se le echó encima y lo cubrió todo lo largo que era. Lo golpeaba con una lúcida ceguera, exactamente en los ojos y en la boca. Jamás se había sentido tan furioso, tan destructivo, tan necesitado de odio y de sangre, de otra sangre y de otras deformaciones, precisamente en el instante en que la sangre salpicaba y las deformaciones aparecían. A cada golpe, reajustaba con una precisión feroz la cabeza inclinada y, mientras golpeaba, le decía a gritos que iba a hacerle papilla la cara, y se aplicaba a la labor con una lucidez salvaje. Desde muy lejos, le llegaban las voces de Pierre y de Ettore, diciéndole que bastaba, que iba a matarlo si seguía a puñetazos con él, que ya estaba bien. Pero Johnny continuaba golpeándolo al tiempo que respondía con amistosa diligencia:

—No tengáis miedo, no pienso matarlo, solo le voy a quitar para siempre los rasgos humanos.

Le arrancaron de las manos aquella máscara ciega y cruenta, aquella boca agonizante, aquel tronco inmóvil, como traspasado, y Johnny apenas se sostenía sobre las piernas, transido de un cansancio y de una vergüenza mortales. Detrás de unos compañeros mudos, fue un autómata desarticulado y el más sonrojado de los peregrinos que se dirigió al pacífico y soleado pueblo de Castagnole.

Capítulo 31

Invierno (I)

Norte conservaba el trono, como supieron pronto por uno de sus guardias de corps en motocicleta que los encargó de reformar las unidades del triángulo Castagnole, Neive, Mango.

Se pusieron manos a la obra en las colinas y las llanuras ahora vacías, entre civiles escépticos, malhumorados y entacañecidos, en la tétrica septuagésima del verano indio, y al acabar el mes habían logrado reunir una cincuentena de hombres entre Neive y Castagnole, aunque medio agónicos por la falta de fondos y de munición. Por fortuna, la enorme guarnición de la ciudad no tuvo que moverse a gran escala, satisfecha con su dominio absoluto de las primeras colinas, aunque no faltaran signos de sus próximos thrusts. Mientras tanto, la comandancia fascista había proclamado por todos los medios posibles, en especial a través de los curas, sus factótums, un último bando relativo a la entrega a cambio de impunidad, aprovechando la crudeza del invierno entrante, del general estancamiento de los aliados en las posiciones del otoño y del notorio crecimiento de la potencia del ejército fascista. Y recogieron sus frutos, porque los valles y las crestas se iban despoblando y el compañero al que más o menos te habías acostumbrado desaparecía en cualquier momento sin decir palabra ni entregar el arma.

Abundaban, por el contrario, los familiares errantes que se acogían al bando para buscar y llevarse a casa a los menores de edad. Responder a sus preguntas era probablemente el principal cometido de Pierre y de Johnny en aquellos días vacíos y tétricos del cada vez más incongenial Castagnole. Ocho de cada diez eran madres, porque en aquel momento los hombres se jugaban la vida

viajando. Se movían y llegaban casi siempre a pie, alguna en bicicleta y alguna otra en una calesa alquilada. Estaban cansadas y lagrimosas y eran intrépidas y decididas.

—¿Conocéis a un chico de Alba o de Bra o de Asti que se llama Aldo, Piero, Sergio?

Ellos negaban con la cabeza.

—El nombre de pila no sirve, señora, si no nos dice su nombre de guerra…

—Nunca he sabido su nombre de guerra, pero… —y se les iluminaba la cara— sé que su comandante se llamaba Norte.

—Señora, Norte mandaba miles de hombres.

Entonces jugaban su última carta.

—Un chico que no había cumplido los dieciocho, muy guapo, con los ojos claros y el pelo rizado…

Ellos las seguían largo tiempo con la mirada cuando reemprendían el peregrinaje.

No disponían de mudas, padecían una falta desesperante de calcetines y zapatos, iban mal lavados, con el cabello lanoso y mate y la barba larga, y estaban desnutridos y desastrosamente carentes de tabaco. Y sin reservas de dinero, porque a Norte no le habían vuelto a ver el pelo. Solo por el rumor popular, sabían que en vez de reconstituir su cuartel general, viajaba ininterrumpidamente por valles y colinas, rodeado de un centenar de hombres. Pronto, Ettore y Johnny se dieron por vencidos y fueron a llamar a la casita de Tea, pero la encontraron atrancada y vacía. Hacía tiempo que Elda se había marchado, pues, teniendo en cuenta la lección nazifascista de quince días antes, una ciudad grande como Turín parecía mucho más segura y tranquila que aquel pueblecito sin nombre. Emanaba del pueblo una sensación de peligro y como de peste, de noche y de día. De noche dormían por las afueras, en caseríos perdidos que nunca repetían, y Pierre estudiaba aquellos cambios y aquellas alternancias como un sistema para jugar a la ruleta. Los campesinos se limitaban a recibirlos con un gesto y un suspiro, señalaban el sitio y la paja —ya no prestaban mantas— y se subían al piso de arriba para tranquilizar a sus mujeres al borde del síncope. Un oído fino podía captar entre las rendijas del suelo sus gemidos y sus frases de fuego y de muerte, seguidas del sofocado chistido de los hombres para evitar que los partisanos se enteraran y se dieran por

ofendidos. Los despertaban a las cuatro de la mañana e incluso antes y, sin ya ofrecerles pan o cuando menos un poco de agua caliente para quitarse de un trago el frío del estómago, los dejaban en aquel mundo imposible de hielo y de tinieblas.

—Están hartos de nosotros —suspiró Pierre cuando yacían temblando bajo una tenue capa de paja, con los animales ya dormidos y, por tanto, con muy pocas fuentes de calor—, hartos, hartos, hartos.

Un día Pierre y Ettore fueron de inspección a Neive y a Mango y regresaron por la tarde con mala cara. Contaron a Johnny que la gravedad del fenómeno superaba las más negras previsiones. En el amplio distrito que hasta finales de octubre había acogido a no menos de quinientos hombres quedaban a lo sumo unos ochenta y todos a dos velas de armas, fondos y munición. Más de un chaval temblaba a cielo abierto aún en shorts y chaqueta de verano; durante su gran incursión, los nazifascistas habían sustraído una enorme cantidad de ganado, lo que suponía un descenso catastrófico del tenor de vida: por lo común, a los partisanos errantes se les ofrecía ahora polenta y berza y muchas veces se les exigía hacer algún trabajo para ganárselo.

En los primeros días de noviembre se produjo un ataque de todo el frente fascista de Monferrato y la línea roja saltó en media hora.

Eran las seis de la mañana, Pierre y Ettore se calentaban en la panadería con la espalda apoyada contra el horno y Johnny cruzaba el desierto helado de la plaza, cuando estalló el nuevo estruendo. Al oírlo, el pueblo se despertó y despertándose volvió a desplomarse como muerto. Los dos amigos salieron de su cálido refugio y se dirigieron con Johnny a la puerta oriental, que era la mejor platea auditiva.

—Este turno es el suyo —dijo Johnny sin ardor ni rencores.

Pierre se preguntó si aquella vez dejarían en paz a los azules, pero Johnny creía que se trataba de la contramarea y que solo se salvarían los azules que estuvieran en las colinas más altas, nunca en las llanuras de aluvión natural. Sin lugar a dudas los fascistas llegarían hasta Santo Stefano, a diez kilómetros de Castagnole, y aquella vez la guarnición de la ciudad no podría quedarse quieta.

Grande era el clangor de las armas en la campiña adormecida. Tácitos, torvos, sus hombres, procedentes de todos los rincones del

pueblo, se habían reunido detrás de ellos y ahora volvían la vista al este.

—Dispérsalos, Pierre —dijo Johnny en voz baja—, o por lo menos envíalos a Mango, arriba.

Pierre vacilaba, respondió que no le convencía. Daba por supuesto que los fascistas no cruzarían por aquella zona.

—Vendrán, sin duda. Si llegan a Santo Stefano, llegarán hasta aquí. Son pocos kilómetros y todos llanos y tentadores. Dispérsalos y mándalos arriba. Si acaso, monta una cita, aunque yo opino que tendrán que dispersarse durante varias semanas.

Desde atrás, los hombres respiraban con dificultad y era como si aquella respiración apoyara las palabras de Johnny. Pierre lo leyó en sus ojos y los envió a Mango. Una vez listos para partir, era más que evidente que después de marcharse cada cual iría adonde más le apeteciera. No fue necesario evacuar ni limpiar el pueblo de las huellas de su paso, ya que había sido el presidio más incompleto y más provisional de toda la historia partisana. Los tres siguieron a sus hombres con la mirada, los vieron apretar el paso en la llanura neblinosa y luego volvieron a prestar oídos al este.

El fuego creció de un modo paroxístico, un minuto después comenzó a ceder y calló, pero a la media hora, en el suspenso de aquella insidiosa neutralidad, un zumbido de camiones invadía la totalidad de las carreteras circundantes. Escondidos a la vuelta de las casas, se pusieron en guardia, pero solo se trataba de columnas rojas en retirada. Así pues, salieron a cielo abierto y los esperaron. Los vehículos iban abarrotados de rojos, las cabezas encajadas en los verdugos, tácitos y crispados, y las voces enronquecidas que salían de las cabinas preguntaban por el camino del río. Tuvieron que hacer de guardias de tráfico e indicarles la dirección del río y del transbordador. Una parte, la menor, desconfiaba del río y prefirió encaminarse a las colinas altas, hacia el enorme distrito comunista enclavado en torno a Monforte. Desde los camiones que se alejaban, a Johnny y a los suyos les llegaban ardientes e interminables diatribas. Siguió otra hora de espera extenuante, hasta que las columnas de civiles en marcha indicaron que los fascistas habían entrado en Canelli sin disparar un tiro y que la suerte del desguarnecido Santo Stefano quedaba sellada para aquella misma mañana. En efecto, a las diez, una gruesa columna

de civiles en fuga advirtió de que los fascistas volaban hacia Santo Stefano para ocuparlo de un modo estable. Estaba previsto, pero fue un duro golpe: resultaba cruel pensar en la suerte del pueblo-lunapark. Cuando hubo deglutido su amargura, Johnny dijo: «Vámonos». Pierre observó que la marcha sería larga y que llevaban el estómago vacío.

—Ettore, ve a arañar algo de comer para la marcha.

Ettore se marchó provisto de sus notables dotes de intendente. Encontró la tienda atrancada y al chacinero ya enterrado en el subterráneo previamente dispuesto, pero lo obligó a resucitar para que lo despachara en la trastienda. Reapareció con tres sándwiches monumentales de pan con anchoas. De camino a Mango ya les habían echado el diente, pero las anchoas estaban rancias y sin desalar y su gusto acre los emponzoñó. Sin embargo, el hambre era tanta que tiraron las anchoas y se comieron el pan a pesar de su espantoso sabor a las anchoas pasadas.

Después de Coazzolo el paisaje era lunar: la tierra parecía virgen desde el principio del mundo y los bosques y las espesuras respiraban libremente, como si fueran los dueños de todo el aire. Callaban los perros y no se veían animales de corral. Ascendían meditabundos y absortos en aquella atmósfera, luego Ettore se quejó de dolor de vientre por culpa de la venenosa ingestión de anchoas… cuando la larga sombra del peligro se abatió sobre ellos y los obligó a levantar la cabeza.

Eran ellos, más de doscientos, y el más lejano a cien pasos. Quietos, fijos, miraban con detenimiento y disparaban ya.

—¡Maldita sea! —exclamó Ettore.

Johnny notó el rasgón de la bala en una de sus hombreras y miró arriba. Los fascistas seguían quietos y apuntaban y disparaban a placer, como en un mostrador de tiro al blanco. Bajó de nuevo la cabeza justo a tiempo de ver los pies de sus dos compañeros hacer piruetas y retroceder saltando, seguidos de los soplidos de la tierra levantada por las ráfagas, cada vez más largos y más bajos, como lebreles indómitos. Los fascistas, entre disparo y disparo, se habían puesto a llamar y a dar gritos, con una voz que destacaba de las otras por su claridad y su fuerza.

—¡Rendíos!

Un puñado de ellos, armas en alto, trepaba ya por el talud.

Johnny saltó a su derecha y, zigzagueando, vadeó indemne la corriente de balas dirigidas a Pierre y a Ettore; exhausto, se tiró boca abajo en un terraplén del torrente, pero lo habían visto y ahora las ramas secas y peladas que caían sobre su cabeza eran la poda de las consabidas descargas. Sus oídos captaron unas pisadas suaves y elásticas de seguimiento y búsqueda como el más salvaje y letal de los galopes. Seco el torrente central de balas, no cabía duda de que Pierre y Ettore yacían acribillados a tiros en la vastedad al descubierto, ofreciendo la totalidad de sus miembros a la satisfecha inspección de los fascistas. Johnny estaba tan seguro y tan aterrado que ni siquiera se volvió a la llanura para comprobarlo. Reptó sobre su vientre en dirección al torrente.

A cincuenta pasos se acercó un soldado, pero estaba dudoso y esperó a que lo alcanzaran cinco o seis compañeros para sentirse apoyado. Johnny veía su pequeño casco torcido sobre la cabeza grande y tosca de campesino, los ojos bestiales que se movían, el fusil que le temblaba en las manos. Se dejó escurrir hasta el agua helada de un palmo de altura. Al principio, el helor lo paralizó, pero enseguida lo reactivó y lo revitalizó, a él y a su espíritu de conservación. Se quedó quieto un segundo oyendo sus voces discordantes, voces bastas de norteños: uno que proponía aquí o allí, otro que empujaba, otro que frenaba. Empezaron a tirar al tuntún hacia los magros matorrales del entorno, salvo el que se abstuvo, listo para disparar contra lo que se moviera.

En vez de atravesar el torrente, decidió ascender unos metros hasta allí donde la vegetación se hacía algo más espesa y el lecho de agua algo más profundo. Vadeó, pues, con los codos, muriendo de miedo a cada chapoteo amplificado. El silencio era absoluto: ¿señal de muerte o atisbo de salvación? Johnny dirigió la mirada al nivel de la orilla y vio asomar a muchos de ellos en la última curva, con pinta de excursionistas, cada cual con el brazo izquierdo ocupado con el pequeño objeto de su saqueo individual; alguno, junto a la ristra de los cartuchos, llevaba en el pecho otra de salchichas. Bajaban a no más de treinta pasos de él, en un santiamén habría podido tener encima cualquiera de sus miradas distraídas.

Cabalgó la orilla sobre el vientre, se enderezó y corrió por el prado pelado e inmenso. A su espalda explotó un tumulto, pero eran solo gritos. Johnny corría preguntándose cuándo, cuándo iba a

llegar la primera bala. Llegó, junto con otras, infinitas otras, ahora también de costado, procedentes de sus primeros rastreadores, y el universo entero se llenó de disparos y de gritos, gritos de guía, de ánimo, de corrección y de maldición. Johnny corría y corría y las crestas lejanas relampagueaban ante sus ojos muy abiertos y casi ciegos, corría y el fuego disminuía en sus oídos; clamor, disparos y gritos se ahogaban en un pantano entre él y ellos.

Corría y corría, o mejor, volaba, olvidado del cuerpo, de la fatiga y de los movimientos. Luego, corriendo aún, por lugares nuevos, desconocidos para sus ojos empañados, el cerebro recuperó actividad, pero no endógena, sino puramente receptiva. Los pensamientos entraban desde el exterior y le golpeaban la frente como guijarros disparados con una honda: «Pierre y Ettore están muertos. A Ettore le dolía la tripa y no podía correr como es debido. Los han matado. Yo estoy vivo. Pero ¿lo estoy? Estoy solo, solo, solo y todo ha terminado».

Era consciente del silencio, de la soledad y de la seguridad, pero continuaba corriendo, no dejaba de correr, el cerebro se le había oscurecido y recuperó la sensibilidad física, pero solo para experimentar angustia y desfallecimiento. El corazón le latía cada vez en un sitio y todos eran absurdos, se le doblaron las rodillas, lo vio todo negro y se desplomó.

Al despertarse, se encontró tumbado a pocos pasos de la cima de una colina. La alcanzó sobre los codos, porque las piernas se negaban a sostenerlo. El limitado cielo era de un gris suave, sin duda el atardecer de un día sereno, y más claro en las colinas que rodeaban la ciudad. Había corrido colinas y colinas y estaba en la de Treiso. El pueblo quedaba a la izquierda, no menos hermético y callado que su cementerio, con la línea de los cipreses zumbando bajo la brisa creciente. Ahora su cabeza trabajaba a un ritmo frenético para recuperar y fijar un recuerdo, uno cualquiera… ¿qué tenía que recordar? ¡Ah, sí! Pierre y Ettore muertos, asesinados, hoy.

Inconscientemente, casi por inercia, bajaba por la pendiente. ¿Adónde iba? A los breñales del valle de San Rocco, retorcidos y oscuros debajo de él. Pero de ese modo ¿no se acercaba demasiado, peligrosamente, a la ciudad? ¿Y qué más daba? No tenía adonde ir, por eso bajaba y bajaba, aturdido pero rápido. «Enough, enough,

today
I've
had enough. Maybe they two were still alive, but they are dead, they both. Enough, enough, I
don't
want to be shot at any longer, I
don't
want to have to fly for my life once more. Enough, enough, the proclamation. No, I
don't
want to consign, to give me up, but
I'll
hide in any house, in a cellar,
I'll
have myself maintained,
I'll
dress in civvies,
I'll
bury my Sten. Enough,
I'll
surely be patient until the end.
I'm
alone. Enough».

El valle se encajonaba, la vegetación se hacía más oscura, propia de varias horas más que en las colinas altas, por eso el sendero se difuminaba, igual que las fachadas estupefactas de los raros caseríos, y por eso no advirtió hasta el último paso el bulto que obstruía el camino.

Johnny se sentó a su lado, en la hierba dura y regada de sangre. El rostro era imberbe y sereno y tenía el cabello bien arreglado a pesar de la sacudida de la ráfaga y del choque contra el suelo. La sangre que había salido de los numerosos agujeros del pecho apenas había salpicado el borde del pañuelo de seda azul, que llevaba en el cuello a lo cowboy y que era la única prenda de cierto shocking lujo en su general pobreza de partisano que se aprestaba a encarar el invierno. Johnny retiró la mirada de su rostro intacto y luego volvió a bajarla de pronto, como si quisiera sorprenderlo, con la loca idea

de que el chico entreabriera los ojos y luego dejara caer otra vez los párpados ante su nueva atención. Yacía en una soledad infinita, acentuada por la univocidad del arroyo cercano. Lo habían despojado de los zapatos. Johnny examinó los dobles calcetines de gruesa lana agujereada y pensó que Pierre y Ettore yacían exactamente así varios millones de colinas atrás.

Se sintió observado y apuntó el Sten hacia una cortina de cañas. Atisbó una cara que trató de eclipsarse, pero un jerk en el brazo de Johnny convenció al hombre de que lo mejor era quedarse quieto, petrificado. Johnny señaló al partisano muerto y levantó la barbilla.

—Esta mañana —dijo el hombre—. La columna que salió de la ciudad.

—Baja y cuéntame —ordenó Johnny.

El hombre le rogó que no, porque tenía terror al cadáver y al regreso inopinado de los fascistas. Se adelantó lo imprescindible para dar la vuelta al cañizar.

—Se lo he visto hacer. Me han obligado, a mí, a mi familia y a todos los vecinos. Había conseguido escapar de una patrulla pero se topó con otra.

—¿Por qué lo habéis dejado aquí?

—Después del fusilamiento el oficial nos dijo que no lo tocáramos de ninguna manera y que regresaría por la tarde para ver si lo habíamos obedecido. Nuestro prepósito tiene órdenes concretas de no enterrarlo hasta mañana, pero nosotros, el prepósito, mis vecinos y yo, trataremos de darle sepultura esta noche.

—¿Dónde?

—Arriba, en Treiso, aunque es un feo asunto subir con un muerto a la espalda en una noche oscura como boca de lobo, pero lo haremos de buena gana. Estáis hechos polvo, vosotros los partisanos. Ahora vete, por favor, vete, porque los fascistas podrían volver para comprobarlo, y nosotros estamos hartos de ver cómo os matan, hartos de que nos llamen para presenciarlo, nuestras mujeres embarazadas están a punto de abortar. Vete lejos, por favor. ¿Quieres que te tire una hogaza?

El crepúsculo se espesaba en el valle, pero el cielo continuaba extraordinaria y argénteamente claro sobre las colinas, casi una luminosa efusión de las propias crestas. Las deseó en el acto y se dirigió a ellas. A media ladera, aquella luminosidad superior

empezaba a declinar y dejaba el puesto a una efusión cenicienta, en la que velejaba inmóvil el disco blanco del sol. Ganó la cresta haciendo un esfuerzo. Desde un collado tuvo una vista parcial de la ciudad, agazapada en un meandro del río, oprimida por los vapores y por el destino. Aquella misma noche recibiría la noticia del asesinato de Pierre y de Ettore, y Johnny imaginó el serpenteo del fúnebre murmullo a través de gélidas estancias, escondites desesperados, por la noche desolada. Y pensó que tal vez, la noche de su propia muerte, habría un partisano que, como él, estaría de pie en la última colina, contemplando la ciudad y pensando lo mismo de él y de su noticia. Eso era lo importante: que quedara siempre uno.

Sacudió la cabeza y aguzó la vista para ver más lejos y más profundo. El deseo de la ciudad y la repugnancia de las colinas hicieron presa en él al mismo tiempo y al mismo tiempo lo azotaron, pero tenía los pies como enraizados en las colinas.

«I'll
go on to the end,
I'll
never give up».

El sol se ponía blanco, más blanco que jamás la luna, un pájaro gritó y salió de las ramas a su espalda. Se giró como un rayo, pero ya había desaparecido volando camuflado contra la ladera ennegrecida de la siguiente colina. Se movió, anduvo, no sabía adónde, los pies lo condujeron a Cascina della Langa. Cuando reconoció contra el cielo negro su silueta aún más negra, se sintió contento y agradecido a sus pies y se dijo que allí quería llegar. Era fuerte la embestida del viento en las ramas de los grandes y viejos árboles a prueba de tormentas. No llegó por el sendero, sino por una insólita esquina desde la que espió y vio desierto el patio y tranquila la casa. Avanzó por el patio, preguntándose adónde habría ido a parar la perra loba y notando en las plantas de los pies las rodadas duras y profundas que habían dejado las cureñas alemanas.

Se abrió la puerta de la casa y el Sten de Johnny se irguió con la normalidad de un pene ante una vulva. Pero era la vieja patrona, porque su hedor llegó volando hasta él. Lo reconoció a distancia y rumió su nombre mal aprendido.

—¿No estás muerto, Johnny?

—Ettore y Pierre sí lo están.

Sacudió la cabeza con una especie de coquetería.

—¿Están muertos?

—Sí, ellos están muertos.

—¡Qué le vamos a hacer! —exclamó ella—. Seguro que estás destrozado de tanto correr y tanto caminar. Entra, sube a mi habitación y échate enseguida en mi cama.

Allanando con los pies el pavimento cubierto de patatas, Johnny llegó a la escalera. Al subir oyó el borbollar de la perra, inmediatamente amansada y obligada a callarse. Cuando entró, uno contuvo la respiración y otro rascó una cerilla, y en aquella luz Johnny vio a Pierre y a Ettore sentados en la cama, riéndose de él en silencio, con la perra subida a sus piernas, feliz.

Capítulo 32

Invierno (II)

A la mañana siguiente, sedientos de noticias, fueron a Mango para tener un panorama de la situación. Marcharon respirando el aire que acababan de respirar sus enemigos mortales y notando en las suelas la tierra que ellos habían pisoteado larga y triunfalmente. El mundo de las colinas que atravesaban en ese momento les parecía provisional y ficticio como jamás se lo había parecido, una especie de teatro desalojado a las cuatro de la mañana. Los fascistas habían llegado para borrarlo y destruirlo todo. La deserción y el vacío de las colinas eran tan patentes que herían la vista; los fascistas habían reducido a unos cuantos centenares lo que fueron varios millares de hombres. En cuanto a los miles que faltaban, por el camino Johnny pensaba en dónde se habrían refugiado y escondido. Era como si se los hubiera tragado la tierra. Incluso Castino, el antiguo cuartel general, se veía ahora despoblado y triste en su ribazo calcinado. Todo cambiado: los barrios, los puestos de control, las líneas telefónicas… Todo destruido. La exuberante, colorida y blatant vida rebelde literalmente arrancada como un grande, alegre y tremendo maypole.

—Nos quedaremos uno en cada colina —concluyó Pierre en nombre de todos—. Los fascistas lo intuyen y se organizarán enseguida. Enviarán una escuadra por colina y en cada una despacharán a uno de nosotros. Para la primavera, estaremos todos muertos.

La carretera de la cresta se encajonaba entre dos paredes de arcilla, empinadas, heladas y blanquecinas, que impedían la vista y la entrada del viento. Allí se encontraron con dos partisanos que mostraban los signos de una marcha larga y desoladora. En cambio,

su uniforme conservaba algo de la brillantez del verano y de principios del otoño. Iban armados solo con una pistola y parecían de la especie más instruida e inteligente. A la pregunta de Pierre, el más afectado y nervioso de los dos respondió que procedían de Canelli y que, después de atravesar un laberinto de caminos, no sabían adónde iban.

—También vosotros habéis sufrido la debacle.

—La mayor que cabe imaginar. Son demasiado fuertes. Dominarán durante todo el invierno y ninguno de nosotros volverá a despertarse una mañana de la próxima primavera.

—Es justo lo que yo decía hace un minuto —añadió Pierre.

—¿Lleváis tabaco? —preguntó Johnny.

—Me fumé el último cigarrillo antes de su ataque. Ahora me muero de ganas.

Estando en esas, Johnny vio que llevaba abierta la pistolera e hizo un gesto para abrochársela; inmediatamente el otro empuñó su pistola y le apuntó al corazón.

—¡Estás loco! —dijo Johnny marcando las sílabas.

—¿Y tú qué hacías con la pistola? —gritó el otro distracted.

—Abrochar la pistolera.

El otro aflojó la presión que ejercía en la culata del arma.

—¡Dios, me ha faltado un pelo para pegarte un tiro! —La emoción no le permitía enfundar la pistola.

—¡Chicos, chicos, conservemos la cabeza! —gritó Pierre.

Se despidieron y se separaron, no sin darse la vuelta unos y otros en el último momento, como si esperaran defenderse de una sorpresa final.

—De ahora en adelante —dijo Johnny—, en todas las salidas traeremos con nosotros a la perra loba. —Los dos asintieron y Ettore comentó que jamás había encontrado un partisano tan rápido con la pistola como aquel—. Y no daba el tipo, con esa cara de intelectual, ¿eh?

Llegaron a Mango avanzada la mañana pálida. Se veía mucha vida, pero del tipo más hushed y furtivo posible. Cuando entraron, hubo ventanas que se cerraron casi sin ruido y pasos que se alejaron con un sonido seco en el pavimento helado. Los que no tuvieron tiempo de apartarse les hicieron un gesto de saludo sobrio y contenido.

—¿Han pasado por aquí algunos partisanos?

El viejo, sentado en el umbral de su puerta, se aclaró la garganta.

—Alguno ha pasado, pero ninguno se quedó.

—¿Y Norte?

—No he vuelto a verlo desde los tiempos buenos. Dicen que…

—¿Qué dicen, abuelo?

—Dicen que viaja por las colinas más altas de día y de noche, sin detenerse nunca. Y hace bien, porque yo mismo oí ayer las cosas que le harían los soldados si le echaran el guante.

Continuaron hasta el centro del pueblo, rodeados de grasientas y llamativas pintadas fascistas hechas con una pintura negra increíblemente rica, fresca y moderna en las paredes viejas y salitrosas. Algunas mujeres, desde las ventanas y los balcones, los miraban, pero evitaban los ojos de ellos con un aire de desgracia.

Tomaron el desvío de la taberna, que, además de ser su local cotidiano y la sala de las relaciones y las audiencias de Norte en los buenos tiempos, había acogido más partisanos que ningún otro lugar de las colinas. Ahora el local parecía violado y saqueado, con el suelo sucio y terriblemente rayado, como pisoteado por hombres armados con tacones corrosivos; los anaqueles del vino hacían guiños a causa del despojo de las botellas; la cocina, enorme y baja, estaba muda y helada en aquella hora próxima al mediodía. Oyeron chancletear detrás de ellos y al volverse vieron al tabernero, que había envejecido años en pocos días.

—Chicos, chicos —suspiró—, ¿qué hacéis aquí y qué buscáis?

Dijeron que querían oír la radio inglesa, porque tenían una espantosa necesidad de noticias.

—¿Radio? Entonces no sabéis que ayer mismo estuvieron aquí saqueando. Las radios fueron lo primero que se llevaron y la mía la primera de todas. No queda más radio en el pueblo que la de Costantino, que la salvó de milagro. Id a su casa.

—¿Por qué habéis cambiado tanto? —preguntó Pierre, plantándosele delante.

—Nosotros no hemos cambiado, Pierre —respondió el tabernero con lágrimas en los ojos—. Habría sido un pecado mortal cambiar con muchachos tan valientes como vosotros. Sabemos que sois mejores que ellos, lo sabemos, pero tenemos miedo, vivimos

siempre temblando y eso nos amarga la vida, aunque no hayamos perdido las ganas de vivir, pero es tremendo irse a la cama sin la seguridad de despertarse al día siguiente. Y tenemos mujeres, hijos y nietos, tú lo sabes, con todo lo que eso implica. Si no, yo cogería mi escopeta de caza y me iría con vosotros a pesar de mi edad. Además, hay espías, Pierre. Sabemos que han dejado sus espías al irse y que si los avisan se nos echan encima en una hora.

La impresión y la incredulidad los dejaron mudos. Luego, Ettore habló.

—Si está seguro de descubrir un espía, me manda corriendo a su chaval y nosotros venimos a matarlo. Se los mataremos a todos.

Una vez fuera, Pierre fue al médico para consultarle el asunto de sus fiebres. Ettore, sin ganas de Radio Londres, se quedó paseando por la alameda desierta y ventosa; Johnny se dirigió a casa de Costantino.

—Bajo a sacar el aparato —dijo Costantino—, porque solo tengo un enchufe aquí. No, no te disculpes, también yo quiero oír algo. Me he perdido la transmisión anterior y, según mi mujer, era importante. Viene de arriba, dice, de muy arriba.

Costantino subió con el aparato abrazado contra su pecho, lo depositó en la repisa pertinente, pero no lo enchufó enseguida, porque se sabía de memoria los horarios londinenses y todavía era pronto. Mientras, sacó los ingredientes y se puso a liarse un cigarrillo, del que extrajo unas extrañas bocanadas verdosas de un sabor indeterminado y medicinal. Fumaba con una enorme repugnancia y con un inevitable placer, y como Johnny no apartaba los ojos de él y de su humo herboso, suspiró, echó mano a su flaca bolsita y se puso a liar otro cigarrillo. Era una mezcla de tabaco racionado y una hierba recién inventada. Echaban la ceniza en una concha de mar. Entonces, el redoble del tambor de Drake resonó en aquella casa de la alta colina y se expandió por uno de los más salvajes y tétricos rincones de la Langa. Se trataba de un asunto de suma importancia, estaban repitiendo la llamada del general Alexander a los partisanos de Italia: ceder durante el invierno, diseminarse y regresar a casa o adonde fuera, pero de uno en uno, invernar, reunirse en los puestos habituales con los jefes de siempre y prepararse para dar el último empujón con la llegada de la primavera. Durante aquel tiempo el comando aliado actuaría como

si los partisanos hubieran dejado de existir.

—Well done, gen'ral! —silbó Johnny entre dientes.

—Hace bien, ¿no? —dijo Costantino—. Está bien pensado, ¿no?

—Ya, que regresemos a casa, ¿y quién tiene todavía una casa que no esté vigilada por un soplón o rodeada de los fascistas? ¿Y cómo entramos en la ciudad? ¿Silbando una canción y con las manos en los bolsillos? ¿Y quién nos va a mantener durante el reposo invernal en la ciudad, los fascistas? ¿Y con qué ropa y con qué cara regresamos? Well done, general!

Fuera se encontró con los otros dos que, ya libres, lo estaban buscando. Pierre dijo que de momento su mal no era nada serio, aunque podría serlo con el tiempo y la incuria.

—El médico dice que necesito reposo en un hospital.

—Entonces tiene la misma opinión que el general Alexander —dijo Johnny, que repitió el contenido de la transmisión. Tacharon al general de imbécil e idiota y luego todo aquello fue sighed and grinned off. Salieron para su base, seguidos de todos los ojos del pueblo que parecían entonar un *Te deum*. Los críos estaban aún en la escuela, de modo que al pasar por delante Ettore dijo que aquella iba a ser la última ocasión en muchos meses de ver una mujer civil y se acercó a una ventana para espiar la mesa de la maestra. Pero solo vio a una pobre joven, tan fea como una mujer jamás debería permitirse serlo, con un espeso vello negro en las mejillas y el labio superior. Ella, al advertir la mirada de Ettore, se la devolvió ofreciéndole todo su sonrojo de esperanza y de angustia, su fealdad y su impresionante conciencia de esta. Ettore se apartó diciendo que verdaderamente la suerte lo había abandonado en todos los frentes.

Regresaron a la hacienda, donde pasaron una tarde vacía. Primero jugaron mucho tiempo con la perra complaciente y luego se sentaron inanes en las piedras frías, mano sobre mano, mirando el cielo vacuo, arriba y abajo del vacuo paisaje, sintiendo el frío y el hálito del invierno, la larga ausencia del sol, todas las mañanas, la pasividad y la inmediatez de su muerte y la lejanía sideral de la primavera. Después Pierre volvió a sentirse mal y se retiró prematuramente al establo para defenderse del frío y de los escalofríos.

En el crepúsculo, a pesar del viento desconcertante en las ramas, oyeron un rumor especial y, gritando para despertar a Pierre,

corrieron con las armas a la cancela del patio, precedidos de los saltos de la perra, pero se trataba solo de un adelantado de Norte que se aseguraba de que el camino estuviera expedito antes de que entrara el resto del grupo: dos camiones, una treintena de guardias y media docena de mujeres exhaustas y quejumbrosas. La arrogante, vulgar, intolerable guardia de corps tuvo un comportamiento incalificable en la hacienda abandonada, pero Norte se mostraba comprensivo y sonriente con ellos, aunque sufría atrozmente a causa de una mano infectada y tenía una necesidad inaplazable de un cirujano. Vestía un estupendo abrigo de oficial inglés con botonadura dorada y cuello de astracán, y estrechaba contra su brazo la espléndida Parabellum cromada que solía confiar a su armígero más próximo. La patrona le hizo un indescriptible fluster de admiración y servicio; su vieja, vil y frustrada feminidad resucitada con la cercanía de aquel hombre increíblemente apuesto. Norte aclaró enseguida que ya no podía pagarle la molestia y ella contestó, con una sonrisa apenas menor, que podía fiarle hasta la primavera. Norte sonrió y dio un suspiro.

—¡La primavera!

Entonces se presentó un guardia, uno de los antiguos desertores vénetos, lo saludó con una *inderelinquenda* formalidad y le refirió que habían buscado y encontrado los puestos en cuestión y que estaban en buenas condiciones, entre otros motivos porque no se veía un alma civil por los alrededores. Entonces Norte hizo ademán de que todos se pusieran manos a la obra. Se trataba de enterrar las grandes armas colectivas con su munición y de ocultar los dos grandes camiones de la comandancia. Johnny y Ettore ayudaron. El puesto elegido era el enorme, siniestro y enmarañado bosque que había debajo de la casa. Enterraron las armas, ya engrasadas y envueltas, y los desertores vénetos se deshicieron en interminables y patéticos cuidados y fantasiosas variaciones para el mejor camuflaje de las tumbas. En cuanto a los dos camiones, los bajaron hasta el corazón del bosque sirviéndose de unas sogas y pegaron en el radiador y en los lados unos carteles de gran tamaño señalando que los vehículos estaban minados y que explotarían con solo rozarlos. Más que otra cosa, se trataba de prevenir el descubrimiento y el despojo por parte de civiles. Durante toda la operación, la atmósfera de liquidación resultaba tan intensa que acabó siendo excitante y tal

vez positiva.

Mientras tanto, la patrona había preparado una gran cena y Norte los invitó a los tres junto con los jefes de su guardia.

—Dejemos de hacer de hombres —dijo—, ahora y durante mucho tiempo seremos marmotas. Es brutal, rápidamente extenuante, pero necesario.

Ettore no pudo evitar preguntar dónde iba a encerrarse él, personalmente, pero Norte se apresuró a chasquear la lengua y sus jefes fulminaron a Ettore con la mirada. Entonces Johnny dijo que ellos tres se quedaban en la casa y que allí los encontrarían siempre en caso de necesidad. Norte tomó nota pero observó que la casa no le hacía mucha gracia, porque su aislamiento y su situación en las alturas la convertían en un imán natural; tuvo que confesar que él allí no estaría tranquilo. La patrona protestó con una cierta alegría.

Pierre temblaba visiblemente a la luz del carburo. Pidió permiso a Norte y se retiró al establo. Aquello recordó a Norte su propio mal.

—Tienen que abrirme sin más dilación, no quiero arriesgarme a perder una mano precisamente cuando necesitaría más de dos para la primavera próxima.

—Nosotros seremos tus manos, jefe —dijo el jefe de los desertores con una devoción ciega.

Media hora más tarde, con la oscuridad total, Norte partió, partió para varias semanas o quizás para varios meses, con unas tinieblas tan densas que no se podía saber si tomaba la dirección del norte o del sur. Entonces Pierre y Johnny comprendieron de pleno el significado del término «desbandada» y corrieron al establo para ocuparse de Pierre, que temblaba acostado en la paja, porque querían ser más de dos.

Siguieron tres días tan inanes y vacíos —mano sobre mano, guardias extenuantes, Pierre que empeoraba— que Johnny agradeció que la patrona lo mandara por pan al horno del cruce. Era una excursión deliciosa, redentora, con el estremecimiento de la marcha por el camino grande y expuesto a las incursiones fascistas y la deliciosa parada en el horno caliente y oloroso frecuentado por los restantes partisanos —los dos de la colina de enfrente—, que se recogían allí en busca de calor y de comercio humano. Un ramillete de casas de la alta colina pendía sobre el cruce y sobre el horno, por

eso siempre estaba asegurado un mínimo de relación humana. Ahora la gente tendía a tratar mejor a los partisanos, quizá por su enrarecimiento y por lo desesperado de su situación. Así pues, en el horno las conversaciones eran cordiales y las relaciones fluidas, y antes de volver a casa los campesinos dejaban caer una de sus hogazas en el macuto de los partisanos. Luego, el regreso con el macuto tibio y crujiente a la espalda y aquella sensación magnífica, pionera, de llevar armas y pan, y finalmente la acogida de la mujer y de la perra, la sonrisa-sonrisa de Ettore y la sonrisa-mueca de Pierre.

Al cuarto día, Pierre se encontraba tan mal que se asustó él y asustó a los otros dos. Ettore quería correr a Mango para buscar un médico, pero Pierre se lo impidió; él sabía de sobra que le bastaba y le sobraba con descanso y esperanza, cosas que iba a buscar a Neive, en casa de su novia.

—Hasta ahora no os había dicho que soy novio de una muchacha de Neive[37]. En su casa saben que su hija será mi mujer, por eso me tratarán como a un hijo, pero como no me dejarán entrar con armas, llevaré solo la pistola bien escondida en el cuerpo. Ahora ayudadme a engrasar y a envolver mi Mas.

En el blanco mediodía salieron en dirección al bosque y se internaron en él. Johnny enterró el hatillo y Ettore hizo una incisión en el árbol más cercano. Pierre y Johnny partieron con la perra en el crepúsculo para llegar a Neive de noche cerrada. Pasaron por el villorrio de Trezzo, siniestro y hermético en su negra cuenca, y se encaminaron hacia la breve llanura que había delante de Neive. La perra, ora delante ora detrás, hacía su trabajo de maravilla: caminaba tranquila en las rectas seguras, se adelantaba valientemente para señalar las curvas, espiaba las rectas siguientes y luego movía la cola en señal de seguridad y forwarding.

—Es fantástica —dijo Pierre—. Hazme caso, llevadla siempre que salgáis.

Ya de noche cerrada se hallaron delante de Neive, que reconocieron por el rumor irreprimible, no desde luego por su presencia, puesto que el aire era de tinta y no veían ni el cuadradito de calle en el que posaban los pies; estaban como en la figulina orilla de un ancho río negro que respiraba ampliamente y en voz baja. Pierre dijo que lo lamentaba, pero que no pasaría allí más de

una semana, y luego vadeó el río negro y enseguida se hundió en él. Johnny esperó diez minutos, hasta que, a media ladera, vio abrirse una puerta que liberó una luz extraordinariamente amarilla, donde Pierre se perfiló un instante para desaparecer después junto con la luz. Johnny chasqueó los dedos a la perra y se dio la vuelta.

Hacia las diez andaba a tientas por las afueras de Trezzo. Era como recorrer el paseo de un cementerio. El animal comenzó a aullar, sin por ello provocar, hecho bastante innatural, el concierto de las docenas de perros guardianes que se hallaban alertas en las tinieblas de la cuenca. En la plazuela, donde las casas estaban más apretadas, la perra dio un ladrido definido y alarmado, y, por la izquierda, se abrió de par en par la puerta de la taberna, de donde salió luz y tres o cuatro hombres armados. El primero, bufalino en la sombra, armó el Sten y dijo:

—¿Qué le pasa a esa maldita bestia? Ahora mismo le callo la boca…

Johnny lo apuntó con su Sten.

—Antes te pego un tiro yo. La perra viene conmigo. Soy Johnny y la perra es el animal de la Langa.

Cuando las armas se bajaron, preguntó dónde estaba Geo [38].

—Aquí —respondió una voz educada y serena, y Geo se adelantó apartándose de aquel grupo vulgar—. Impresiona verte sin los otros dos.

—Ettore me espera en casa y a Pierre acabo de acompañarlo a esconderse porque está malo.

El toro de antes ironizó en la oscuridad:

—Pero esto es una epidemia. Claro que solo afecta a los jefes.

Johnny arremetió contra él, seguido de la arremetedora perra, y hombres y animal lucharon un momento en un enredo perverso entre silbidos y estertores hasta que Geo y algunos civiles que rogaban paz y tranquilidad los separaron. El toro ahora se excusaba y sonreía, diciendo que los partisanos estudiantes eran la mar de suspicaces, suspicaces como vírgenes. Luego invitó a Johnny a tomar juntos en la taberna el vino de la paz que les ofrecían los civiles, pero Johnny siguió su camino y Geo lo acompañó hasta el límite de la plazuela.

—Aunque no voy a claudicar, estoy hasta las narices de la compañía y del puesto —dijo Geo—. Necesito estar en la cresta y a

solas. Cualquier día me largo, pero estoy esperando a no poder más, por conciencia. Y te aseguro que falta una gota para rebasar mi vaso.

De noche, cuando Johnny llevaba un tiempo no calculado en la paja junto a un Ettore muerto de sueño, la patrona fue a despertarlos y, sin hablar, solo a fuerza de susurros y de tirones, los sacó fuera, bajo el cielo negrísimo de la premadrugada, y luego, no contenta con el sitio, los condujo al final del sendero, hasta el bosque. Al fin, en la linde del bosque, habló y dijo que el charcutero la había despertado adrede en aquella hora imposible para advertirla de que los fascistas habían irrumpido con una pequeña escuadra a la una de la noche en Trezzo, donde habían rodeado una caseta aislada y habían apresado a cinco partisanos dormidos. Después de fusilar al anfitrión en el patio, mataron a mitad de camino de la ciudad a un partisano que intentaba huir, sin duda Geo, y se llevaron a los cuatro restantes para fusilarlos en la ciudad aquella misma noche. Todo aquello a dos kilómetros en línea recta, con Johnny y Ettore dormidos e inconscientes, lo cual podría ocurrirles perfectamente a ellos y a la casa.

—No me cabe duda de que los han guiado los espías —dijo la patrona—, porque no han demostrado ningún interés por el pueblo, han ido derechos a la caseta y han despachado el asunto en un minuto. Y se dice que llevaban los zapatos envueltos en trapos.

Temblaba de terror.

—Vivimos entre espías, espías que están entre nosotros gente cristiana como lo están los demonios. ¡Matadlos, hijos, matadlos a todos, por el amor de Dios!

Johnny nunca había visto en semejante estado a aquella vieja inconsciente e indómita. Quería que se quedaran en el bosque, armados y alertas, y antes de alejarse dijo:

—Y tú, Johnny, de ahora en adelante no te lleves la perra cuando salgas, porque todos la conocen como la perra de esta casa y… sería una estupidez, estando los espías.

Luego, poco antes del mediodía, reconfortada por la vacuidad absoluta del paisaje y la alegre claridad de la luz, los llamó con un silbido para que acudieran a comer. Ellos la compensaron con trabajos, Johnny recogiendo y trasladando fajinas de leña desde los cañones y Ettore sacando del pozo una sarta de cubos de agua. Más

adelante, por la tarde, se ocuparon de los animales siguiendo sus instrucciones. Les dio de cenar y los dos partieron hacia otro dormitorio, en las colinas más altas y más salvajes, y la patrona, sabedora de que solo hallarían un acomodo miserable, les prestó una antigua gualdrapa de los animales que apestaba a morga y a orines. Bajo la noche heladora e increíblemente estrellada, fueron a buscar un dormitorio, Ettore con la gualdrapa enrollada en la cabeza, a modo de cofia.

—Los espías, los espías existen —iba diciendo—. Yo nunca he creído en ellos, ni siquiera en el cine o en las novelas, pero existen. Me gustaría descubrir uno; puedes estar seguro de que ninguna muerte que le diera me dejaría a gusto del todo, y tú sabes que yo no soy un sanguinario, Johnny. ¿A ti qué te parece? ¿Has oído lo que he dicho?

Lo había oído, pero no había podido responder porque estaba obsesionado con lo que él le haría a un espía.

Esta caseta no valía, demasiado expuesta, demasiado cerca de la carretera principal; aquella otra casucha, situada en un cañón completamente agreste que sin embargo desembocaba de repente en el valle del Belbo, tampoco. Al fin se detuvieron delante de una especie de chabola, la más pequeña y mísera de las colinas, poco mayor que un armario para las herramientas. Les gustó y llamaron. Dentro vivía un hombre con una mujer, la pareja más miserable desde la expulsión del Jardín del Edén; el hombre, joven y consumido, con un aspecto medieval de siervo de la gleba, los acogió bien, esperando tabaco, pero cuando le dijeron que se les había acabado mucho antes, los miró con desprecio y abrió la puerta del establo con una violencia brutal. Más que un establo era una caja, con una ventana enorme sin cristales ni cortina, abierta al cielo que les hacía guiños maliciosos entre los estelados dientes de hielo; ni una brizna de paja ni el menor de los bovinos, solo un par de corderillos temblorosos, a cuyo revolverse comprendieron que la mitad del espacio estaba ocupado por fajinas de zarzas.

Se tumbaron en el ladrillo desnudo, abandonándose a largos, detallados y conscientes sueños de calor y de comodidad, comida y tabaco, salpicados de gemidos y estertores, hasta que al fin llegó el sueño acompañado de unas pesadillas externas y reales de terror y de muerte.

Agotada la noche, sin necesidad de que el hombre fuera a llamarlos, se levantaron y salieron, deshechos pero aún con fuerzas, en dirección a la Langa, que ahora les parecía el castillo de un rey. La patrona les dio agua hirviendo con una cucharadita de algo dulzón, que chorreó ruthlessly en su interior vacío. Luego otra vez fuera, lejos, entre la cresta de la colina y la linde del bosque, espiando todo lo que emergiera de la tierra entre las tinieblas lentamente batidas y calculando las horas innumerables que faltaban para el término de la mañana. Ahora el aire estaba tan inmóvil como a última hora de la tarde y traspasado de un blancor opaco que auguraba una nieve próxima, cuyo polen y cuyo perfume se hallaba en las alas del viento que se levantaba. Se arrodillaron mentalmente para implorar la caída de la nieve, tanta nieve que enterrara el mundo, que borrara todas las carreteras y todos los senderos y que encapsulara a todo bicho viviente en un agujero cosy, inaccesible a la especie humana.

Capítulo 33

Invierno (III)

Habían perdido la conciencia y la cuenta del tiempo, aunque iban recuperándolo de un modo aproximado porque la gente hablaba de la Navidad. Cierta vez, regresando con el alba de un aisladísimo dormitorio, Ettore dijo de repente:

—Johnny, ¿sabes que si no te conociera me daría miedo encontrarme contigo?

—¿Así se me ha puesto la cara? Hace un siglo que no me miro al espejo. ¿Es que notas mi olor, Ettore?

—No, sinceramente, no.

—Yo tampoco el tuyo.

Después, un grave mal agarrotó la garganta de Ettore y enfebreció por completo su cuerpo resistente. Rápidamente se volvió casi áfono e incapaz de deglutir. Se pasaba largo tiempo echado en el establo, para ansiedad y pánico de la patrona, porque los rumores del espionaje corrían por la colina, redoblados y cada día más fuertes. Así, cuando los campesinos contaron que un partisano yacía misteriosamente asesinado en uno de los senderos más apartados, Johnny decidió ir a verlo y estudiar el caso, pero si él se iba, la patrona quería que Ettore dejara el establo y lo esperara en lo profundo del bosque, para lo cual estaba dispuesta a prestarle las mantas que deseara. Ettore se negó en redondo y hasta se arrebujó más en la paja, solo pidió a Johnny que le dejara su Sten allí mismo, a mano.

Así, con malos presentimientos bajo un cielo que los inspiraba aún peores, Johnny se fue a
Sant'Elena,
enclavado en la más agreste de las depresiones, para ver al muerto.

Iván, el partisano de la colina de enfrente, estaba ya inclinado sobre el cuerpo, examinaba con minuciosidad y deducía tosiendo sin tregua. Detrás de él, interesada aunque squirming ojos y pies, había una fila de campesinos con los oídos atentos al menor crujido que produjera el viento en las ramas bajas. Y todos movían la cabeza cuando Iván preguntaba:

—¿De verdad no habéis oído nada? ¿Ni un tiro? ¿Ni tampoco visto nada? ¿Alguien que escapara a todo correr?

El chico, que yacía boca abajo, tenía dos agujeros en la espalda donde brillaba la sangre cristalizada, jaylike.

—¿Tienes un cigarrillo, Johnny? —preguntó Iván, escéptico—. No importa. Este es el muerto más impresionante que he visto. Este muerto cambia toda la situación, ¿comprendes, Johnny?

El muchacho era un conocido de Iván, espabilado y valiente, en absoluto fácil de engañar, con un conocimiento perfecto del terreno, capaz de escaparse aunque lo persiguiera un batallón, que además no llevaba nada que oliese ni de lejos a partisano, porque iba vestido a medias de campesino y a medias de esquiador. Una de las mujeres invitó a Johnny a dar la vuelta al muerto para que echara una mirada a su hermoso rostro, que era, en efecto, como lo describía ella: el tono sonrosado de las mejillas no se había desvanecido del todo y la nitidez juvenil de sus facciones aún no estaba asfixiada por la edad insondable de la muerte, ni tampoco demasiado afilada por el strain de la vida de desesperación que había vivido con tanta precocidad.

—Un chaval tan guapo que yo habría estado orgullosa de ser su madre —se lamentó la mujer—, y ahora míralo ahí, sacrificado como un conejo.

—Sí, Iván —dijo Johnny—, esto cambia por completo la situación. El hombre que lo ha matado era un tipo que él conocía y del que no sospechaba nada de nada. Un hombre que se le ha cruzado, quizá con una sonrisa y con un saludo, y dos pasos más allá ha sacado la pistola y le ha pegado un tiro por la espalda.

—Así es —confirmó Iván—, y lo mismo podía ir disfrazado de campesino que de mendigo o de buhonero. Es muy posible que el muerto lo haya saludado y sonreído.

Dejaron al muchacho que les había enseñado una lección tan importante con la promesa de que, al caer la noche, la gente que

allí quedaba lo llevaría al cementerio de Rocchetta con todas las consideraciones y las preces que hicieran falta.

Iván hizo una parte del camino con Johnny.

—¿Cómo es que vienes por aquí, Iván?

—Esta noche no me quedo en Benevello, me voy más lejos. En Val Berria hay una chica de buena familia y con posibles que se ha encaprichado de mí y que me cobija y me alimenta. Su familia me mira mal, pero la chica es fuerte, la más fuerte de todos, y… me da calor. Johnny, en ningún sitio hay más calor que bajo las faldas de una mujer, pero esta noche no le pediré que haga el amor, esta noche le diré que rece para que nieve.

Estaban a punto de separarse en el camino de la cresta, rodeados de un viento tan fuerte que removía la grava con un ruidillo que encogía el corazón.

—A propósito —dijo Iván—, hace unos días vi a Norte, que volvía de Cortemilia, donde le han operado una mano. Iba rodeado de sus hombres más duros y comentamos un poco el asunto de los espías. ¿Sabes?, los suyos ya han despachado a uno, un maestro de escuela. Pregunté si estaban completamente seguros de él y de su asquerosa actividad. «Segurísimos», me contestaron, pero lo habrían hecho igual aunque solo hubieran podido asegurarlo al ochenta por ciento, porque, de ahora en adelante y hasta nuevo aviso, según dijo Norte, «esta es la nueva ley». En la duda, matad. No pronunció la palabra, pero dijo algo equivalente.

—En la duda, suprimid —propuso Johnny.

—Exacto. En la duda, suprimid. Es la nueva ley.

Ettore estaba echado en la paja, inmerso en una sombra ya nocturna, y desde allí dijo por señas que su mal de garganta había empeorado. Johnny se inclinó sobre él, apoyándose en el Sten.

—He visto al muerto, Ettore, y he aprendido una gran lección. Nosotros estaremos siempre juntos, pero si me ocurre algo, tú sabrás lo que hay que hacer. A este lo ha matado de un tiro por la espalda uno que no conocía y del que no sospechaba nada. El otro se cruzó con él, lo saludó, lo adelantó y le pegó un tiro por detrás. Un espía, un fascista disfrazado de campesino o de criado de campo o de mendigo, etc. —Ettore lo seguía con los ojos ardientes y sin dejar de asentir con la cabeza—. Así que de ahora en adelante das el «alto» a todo el que se te cruce, lo apuntas y lo obligas a seguir

adelante con las manos cruzadas sobre la cabeza. Y por encima de todo, le hablas en dialecto y exiges que te responda en dialecto. A la primera duda o el primer movimiento en falso, dispara, dispara, porque no podemos permitirnos el lujo de reventar de una manera tan desgraciada.

Johnny salió a comer. La patrona estaba extrañamente insensible y falta de curiosidad. Él se puso a trabajar para compensarla y trajo leña y agua, con todas las armas encima, a la espalda y en el cinturón. La perra, que andaba suelta, pasó todo aquel tiempo de libertad siguiéndolo y corriendo por las explanadas y los cañones, sin dar un solo ladrido.

Luego Johnny fue a montar guardia durante toda una noche interminable, con la perra como compañera entusiasta, en medio de la oleada incesante del viento nocturno, en el que se mezclaban estrecha y fácilmente el pánico y la seguridad. De cuando en cuando, volvía al establo para echar una mirada a Ettore, y la última vez lo encontró despierto. Con mucha dificultad, Ettore le rogó que al día siguiente se acercara a Mango y le comprara algo para la garganta. Johnny asintió antes de salir para otro turno de guardia. Pero hacia la madrugada, justo cuando más se necesitaba que estuviera despierto, se sintió somnoliento, proditoriamente narcotizado, y llegó como pudo hasta el cobertizo.

Al despertarse, tuvo una sensación inmediata, entrevista, de nevada, pero luego vio la niebla. Una niebla como jamás había conocido otra ni en las colinas más favorables: una niebla universal, un océano de leche batida que limitaba los confines del mundo a los del patio e incluso hasta más adentro. La perra, invisible, podía andar a dos pasos de él, y fue toda una proeza orientarse y llegar a la puerta de la cocina. A la patrona aquella niebla que le proporcionaba seguridad y alivio la tenía satisfechísima, y dijo que si Johnny regresaba de Mango a una hora razonable, encontraría para comer algo mejor que la consabida escasez, pero, eso sí, no le permitía llevarse a la perra.

Johnny entró en el establo para echar una última ojeada a Ettore, que dormía profunda y bienhechoramente, aunque con todo el peso de su cuerpo sobre la pistola. Con toda la delicadeza que pudo, le dio la vuelta al cinturón para sacársela y ponérsela a mano sin despertarlo.

Encontró el camino tanteando hasta la esquina de la casa y avanzó guiado por la relativa lisura del terreno. Donde la niebla era menos densa, apenas veía sus propios pies velejar somnolientamente por un lejano mar de tierra y de hierbas heladas. No cabía duda de que la niebla tenía la misma densidad en todas partes, ni de que solo estaría seguro de haber llegado a Mango cuando oyera el ruido de sus pasos en el empedrado familiar. Hubo un momento en que solo tuvo conciencia de estar caminando y caminando con la hartura pero sin el esfuerzo del camino, ya que el sendero continuaba liso y conocido bajo sus pies intuitivos.

Luego, en un trecho en el que juzgó encontrarse a medio camino, se detuvo en seco. El terreno era extrañamente escarpado y escabroso bajo sus pies narcotizados, y el temor al extravío lo invadió de un modo brutal. Lentamente, rastreó todo el entorno con los pies, ahora con miedo a las zanjas y los precipicios, hasta que su extraordinaria experiencia lo advirtió de que se había desviado del camino de Mango unos cientos de metros accidentados y de que andaba errando por las macizas pendientes que se precipitaban al valle del Belbo. Se echó a llorar: todo el llanto que llevaba dentro por miles de tragedias brotaba en aquel momento debido a una nimiedad como el extravío, y lloró desenfrenada y amargamente, los pies clavados en el suelo mal guiador. Los surcos húmedos de sus lágrimas perdidas irritaron tremendamente su piel seca, como adelgazada, y el pañuelo arrugado y endurecido solo sirvió para empeorarlo todo. Entonces dio la espalda al declive y subió de nuevo al encuentro del sendero perdido, y para reconocerlo ascendía inclinado hacia delante. Lo encontró y, con un gasp, reemprendió el camino lentamente. Pasado lo que le pareció un siglo, pisaba el pavimento de Mango y se pasmaba olfateando el olor del mediodía en las callecitas saturadas de niebla. Puesto que eran exactamente las doce, había empleado seis horas en un trayecto de dos en condiciones normales.

Entró en la farmacia. Tres cuartas partes de los anaqueles estaban vacíos y el local no olía a farmacia más que una habitación cualquiera de una casa de familia. De la rebotica salía el olor de una rica sopa de verduras y la música ligera de una radio. El médico oyó la petición, sacudió la cabeza y le alargó una cajita de pastillas de potasa, con un grin de escepticismo.

—Naturalmente, no puedo pagarle —dijo Johnny.

El otro agitó una mano, un gesto antiguo que en aquel momento adquiría una intensidad nueva, la de la máxima necesidad y comprensión.

—Gracias. Y, doctor, ¿cuáles son los síntomas de la sarna?

—¿La tiene usted? —preguntó el médico con un sobresalto.

—No, se lo pregunto a título informativo.

La espalda le pedía a gritos un masaje, una buena paliza en la espalda le parecía el colmo de la libido.

El doctor le enumeró los síntomas.

—¿Si la cojo puedo recurrir a usted?

—Bah, no me queda ni un frasco de Helmerick, aunque da lo mismo, porque con el tipo de supersarna que ustedes los partisanos tienden a coger no serviría para nada.

Salió de detrás del mostrador y se acercó a poner un cigarrillo en la mano de Johnny. Era un cigarrillo espléndido, compacto y suave, con el papel inconsútil y el tabaco de color claro y uniforme. El farmacéutico hizo ademán de encendérselo, pero Johnny se apartó.

—Disculpe, pero hace una eternidad que no fumo y este quiero fumármelo religiosamente. Présteme dos cerillas y perdone de nuevo.

Sonrió, le entregó un puñado de cerillas y dijo:

—Estas proceden de mi último aprovisionamiento en la ciudad.

Johnny se quedó boquiabierto, ¡aquel hombre había estado en la ciudad hacía poco! El farmacéutico esbozó un gesto de extremo disgusto y temor.

—He jurado no volver a poner el pie hasta que acabe la guerra. Allí la vida es imposible y la muerte posible, demasiado posible. Toque de queda riguroso a las 17, un montón de rondas por todas partes, con caras tensas y armas apuntadas. Y, según mis amigos, sus pelotones tienen mucho que hacer todas las noches en el cementerio, todas.

Johnny salió, se dejó caer en el último escalón de la farmacia y encendió el cigarrillo con un interés melindroso, poniendo cuidado en bañar con un fuego exacto el primer círculo del pitillo. Fumaba con caladas lentas y largas y el humo espirado se ahogaba rápidamente en la niebla. Sin embargo, a la mitad se sintió ya

surfeited por culpa del vacío que tenía en la cabeza y en el intestino. Así pues, la colilla que tiró al ponerse de pie para regresar fue bastante larga.

Aunque todavía compacta y pesada hasta la inmovilidad, la niebla tenía ya algunas grietas móviles y activas, y su masa descomunal oscilaba torpemente con la naciente fuerza del viento que antes de la tarde ya la habría deshecho, después de todo un día de pesado dominio. Si bien la carretera era mucho más visible y posible de seguir que por la mañana, Johnny pensó que no llegaría antes de las cuatro.

En efecto, alrededor de aquella hora caminaba con bastante languidez por la cresta de la última colina, a menos de un kilómetro de casa. Allí la niebla había hecho crisis, de modo que había grandes porciones de paisaje frío que surgían y se extendían a la vista, aunque como estupefactos por su larga sepultura y más aún por su resurrección. En los pinastros cercanos, apenas devanados por la niebla, chillaban tímida y roncamente algunos pájaros. Y en aquel recuadro visible Johnny atisbó un puñado de hombres que reconoció enseguida como habitantes de las haciendas vecinas: estaban con un pie al borde de la carretera y con el otro en la pendiente, como preparados para la huida, para una desaparición fulminante. También ellos lo reconocieron a él y daba la impresión de que estaban esperándolo, aunque no le hacían señas de que se apresurara. Y había también mujeres que no dejaban de palparse las rígidas faldas, como por desesperación o por nervios o por inquietud del corazón.

—Detente aquí, partisano, y espera antes de entrar en casa.

—Contadme enseguida el final —dijo Johnny.

—Esta mañana, en lo peor de la niebla, han estado los fascistas.

—¿Lo han fusilado en el acto?

—No, se lo han llevado preso a la ciudad, junto con la patrona, la loba y todos los animales, grandes o pequeños. Han hecho una carretada con todo, añadiendo los animales de la casa. ¿Qué podía hacer tu compañero al verlos, ¡maldita niebla!, si ya tenía sus fusiles clavados en la boca del estómago?

—¡Y pensar en la bendiciones que le echamos esta mañana a la niebla! —dijo Johnny.

Se tanteó el bolsillo, sacó la cajita y se la entregó a una mujer.

—Tenga, para cuando sus niños estén mal de la garganta.

—Así que te has quedado tú solo en toda la colina —dijo la mujer—. Han destrozado la casa entera, no encontrarás ni una corteza de pan. Esta noche, cuando esté oscuro, ven a cenar a la nuestra. ¡Ay, así vais a terminar todos, hijos! Pero es el trabajo de los espías, lo juro, ¡que se produce ante los sagrados ojos de Dios!

Johnny pasó al centro del camino y se colocó todas las armas encima.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a echar un vistazo.

—Espera. Se fueron hace mucho, pero nunca se sabe, y tú estás muy solo y no tienes la cabeza despejada.

Johnny preguntó si habían ido más allá de la casa y si habían bajado hacia el bosque grande. Negaron con la cabeza. Se veía que sabían de la existencia de los camiones emboscados.

Se internó en el bosque y lo recorrió, para llegar a la casa por el lado menos previsible. No obstante, avanzaba sin una cautela especial, distraído por el pensamiento al mismo tiempo obtuso y doloroso de Ettore, ya introducido en el camino de la captura y la muerte, tratando de imaginar en qué cuarto cerrado y vigilado habría ido a parar desde la salvaje libertad de las colinas. Llegó a la cerca derribada. El patio estaba absolutamente desierto, no se oía el menor rascar o piar de un pollo. La muerte total había seguido a aquel tumulto de vida que tenía por objetivo y corolario la muerte. Desde fuera se apreciaba que el interior estaba enteramente saqueado y destruido.

Bajó el alambre de espino y saltó al patio. Olisqueó el aire, como si pudiera retener la peste demoníaca de los hombres que habían capturado ladronamente a Ettore. Inspeccionó el establo: vacío; la perrera, vacía; el cobertizo: expoliado de carros y herramientas. Irrumpió en la cocina, saqueada como todas las habitaciones. Desde el umbral habían disparado varias ráfagas a tontas y a locas contra el viejo mobiliario común y corriente, ahora acribillado. Sus pies hacían crujir de un modo espantoso la capa de loza hecha añicos que cubría las baldosas.

Salió al patio y se dirigió al horno abandonado, metió una mano en la boca y tanteó las piedras frías y polvorientas, hasta que sus dedos tocaron y agarraron algo metálico. Era la pistola de Ettore,

por eso no lo habían fusilado en el acto. Pero ¿lo harían aquella misma noche o cualquiera de las siguientes? Ettore no podía demostrar que no era partisano; no lo intentaría siquiera, no lo querría; era orgulloso e inflexible y estaba dispuesto a pagar el gran precio, aunque a su modo de siempre, con humildad, quitándole importancia.

Después de sopesar la pistola, se la echó al cinturón. Con el rabillo del ojo sorprendió un movimiento furtivo más allá del alambre de espino, se giró y apuntó su Sten, pero solo eran varios de los hombres de antes.

Fue hacia ellos con el arma y la cabeza bajas.

—¿Qué vas a hacer?

—Dejadle, él sabrá —dijo otro.

Johnny echó a correr como una flecha por detrás de la casa, llegó a la cresta y desde allí especuló con la cantidad de crestas y de valles, con la cantidad de casas que ya humeaban en las lontananzas crepusculares. Norte podía estar refugiado en una de ellas, pero ¿en cuál? Se tiró por la pendiente boscosa con los intrigados gritos de los hombres quebrándose y perdiéndose en su estela.

Bajaba hacia el valle del Belbo por vertientes vacías de cristianos en busca de un contacto casual con alguno de los partisanos que quedaran, a ser posible uno informado y colaborador, que le diera a conocer las señas actuales de Norte y si continuaba teniendo prisioneros fascistas susceptibles de intercambio. A la media hora de su vertiginoso descenso avistó el burgo de Campetto, algo más allá del torrente, aquel antiguo y hormigueante rendez-vous de partisanos, ahora envuelto en un sudario de una soledad vacía y vesperal; la tarde se concentraba sofocando las aguas del torrente y exaltando su gélido bisbiseo. Miró el torrente, tan frío que cortaba el aliento y oprimía el corazón, y se dirigió a la taberna de la otra orilla, flébilmente señalada por hojas de luz autotemerosas. Abrió la puerta y, desde el ventoso umbral, preguntó si había partisanos. El tabernero y los escasos parroquianos hicieron gestos negativos, con el aire de preguntar si los vería así de tranquilos con los partisanos dentro en aquella hora siniestra.

Corrió hasta Rocchetta en el vórtice de un viento ora propicio ora contrario, por la carretera sombría. El villorrio estaba oscuro y atrancado, absolutamente sordo y mudo. Los partisanos, si los

había, estarían en sus recovecos más secretos y sus trémulos anfitriones le habrían negado su presencia incluso a él a costa de morir. Llevaba sobre los hombros el peso del cansancio y la desesperación mientras recorría el pueblo en su largura bilateral. Ya al final de su búsqueda, advirtió por casualidad la cara de un partisano que lo miraba desde el recuadro mal iluminado de una ventanita situada casi al nivel de la calle. Johnny se agachó y llamó en el alféizar y en la reja. Se trataba de uno de los guardias de corps de Norte, al que una jovencita estaba remendando algo mientras él mantenía las armas listas en la mesa.

Con la llamada de Johnny, el hombre frunció el entrecejo y la chica dio un respingo.

—Tú me conoces —dijo Johnny—. Dime dónde está Norte.

—No lo sé —respondió con toda tranquilidad, al tiempo que hacía un gesto a la jovencita para que continuara.

—Tú tienes que saberlo.

—Te conozco, pero no puedo decirlo. Me va la cabeza.

—Pero es un asunto de vida o muerte.

—También debe de serlo para Norte, por lo que parece.

—Dime por lo menos si le quedan fascistas para intercambiar.

—Ni uno. Eso sí que puedo asegurártelo. Formé parte de la escuadra que estuvo delante de la ciudad en el último intercambio.

—Era para Ettore. Lo han detenido esta mañana.

—Ah.

—¿No sabes decirme si hay algún partisano que tenga un prisionero fascista? Aunque esté a veinte o treinta o cuarenta kilómetros de aquí.

Dijo que no. Ettore lo traía sin cuidado, de modo que el diálogo había terminado.

Sin embargo, Johnny leía a la perfección lo que expresaba su rostro duro y sarcástico: «Si tanto te importa, si tanto lo querías, haz un intento directo. De fascistas hay regimientos enteros en Alba y Canelli. Alba o Canelli, el que más rabia te dé. Ve y corre a pescar uno».

Johnny partió respondiéndose él solo: «Sí, iré, sí, mañana mismo. Probaré en Canelli, y si no lo encuentro, en Alba».

Volvió a vadear el torrente y empezó a subir, pasando un calvario de debilidad, de oscuridad y de angustia. Cerca de la cresta

se desvió por instinto hacia la casa en la que le habían prometido de comer, pero luego pensó que un refrigerio le convendría más al día siguiente, antes de salir para Canelli. Así pues, regresó a la Langa, a la que los acontecimientos del día daban un acusado hue de fatalidad y espectralidad. Pasó al patio, por delante de la perrera, por delante de la cocina, sufriendo horriblemente al verlas desiertas, y entró en el establo algente por la falta de animales. A pesar de todo, se desnudó como no se había desnudado antes y se echó en el pesebre, con las armas colgando del comedero, sobre su cabeza. Esperó el sueño debajo del heno, con la mente serenamente activa pensando en el programa del día siguiente —¿qué hombre encontraría mañana en la periferia de Canelli? Su grado, su talla, su armamento…— antes de caer como un tronco en un torbellino insano de sueños vacíos de Ettore, pero llenos de comida y de comfort.

Capítulo 34

Invierno (IV)

Se despertó en lo más negro de la negrura. Se armó y caminó dando tumbos por los cañones hasta la casa de la comida prometida, ya espabilada a juzgar por las rendijas de luz y el tirabuzón de humo que despedía la chimenea. El perro guardián se puso furioso; apareció la dueña en bata, calmó al animal y, con un gesto, invitó a entrar a Johnny. Iba a darle un tazón de leche y un huevo frito. Mientras, le puso delante el pan, pero él estaba tan débil que no pudo ni partirlo, y la mujer le cortó unas rebanadas con el cuchillo mientras decía:

—¿Sabe?, he comprendido lo que piensa hacer cuando salga, pero considere que dos muertos son mucho peor que uno y… dentro de dos días es navidad.

Johnny se limitó a decir que no le quedaban pañuelos y que si pudiera prestarle alguno… La mujer no tenía, pero fue con las tijeras a cortar un trocito de una fina tela de lino.

La comida especial lo había fortalecido e incluso alentado, de modo que partió con paso fuerte y mente tranquila. Cortó en diagonal la inmensa vertiente, para luego bajar a Cossano y continuar a Santo Stefano, marchando al cubierto de la raquítica vegetación de la orilla del torrente, paralela al camino del valle.

El pueblo, que era grande, estaba cerrado y mudo, desaparecida incluso su constante y característica actividad mercantil. Echó un vistazo a la gran plaza vacía y grisácea, batida por los soplidos del viento bajo un cielo blancuzco y preñado de nieve imposible de parir. Todas las chimeneas despedían hacia aquel cielo un humo grueso, denso y pesado. Avanzó al abrigo de las casas, rasando las que asomaban al torrente, y al fin se halló en la mitad del pueblo, a

doscientos pasos del puente de la estación de ferrocarril. Se detuvo a decidir debajo de una escalera y decidió dejar atrás el puente y vadear el torrente entre la iglesia y la estación, para dirigirse por la colina a la periferia de Canelli.

El hombre que lo espiaba en aquel momento desde un ventanuco trasero era el barbero de la plaza y parecía profundamente preocupado.

—¿Qué buscas? ¿Estás loco? ¿No sabes que Santo Stefano es una trampa para los tuyos? Están en Canelli, a cuatro kilómetros. Piensa lo que tardarían en camión. No has acabado de oír el ruido cuando ya están aquí. Batallón San Marco, gente eficiente y sin piedad. Hazme caso, vete pronto y lejos, porque tengo el pálpito de que hoy es día de visita.

Todo lo contrario, Johnny subió un par de peldaños para llegar al nivel del barbero, que fue presa del pánico.

—¿Y qué suelen hacer cuando llegan a la plaza? ¿Se dispersan y se mueven por separado o van juntos?

—Nada de eso, y yo capto tu idea al vuelo. Te atraparán porque nunca se permiten ni libertades ni descuidos: llegan cincuenta o cien, desmontan y se mueven y trabajan codo con codo. Si has salido de pesca, este es el peor estanque que podías elegir. No queremos que los fascistas nos hagan salir de casa para veros muertos o presos o degollados vivos.

El hombre desapareció, pero Johnny tenía la impresión de que seguía espiándolo por algún resquicio oculto para ver qué hacía al fin. Entonces se apartó de allí con una confianza nueva, acercándose un poco más a la orilla del torrente. Discurría por terreno llano y treeless, una llanura pedregosa vigilada por charcos de agua algosa y gélida. La colina que tenía enfrente era enorme y ruinosa y todas las casas diseminadas en su seno enroscaban un humo blanquecino y carnoso contra el flanco negro de la colina y en el cielo opalescente. Sería asfixiante, deletéreo para los pulmones correr por aquella zona para escapar. Continuó adelante, con los pies extremadamente incómodos y ruidosos sobre el arenal, sintiendo en la espalda más de una mirada disparada desde las ventanas traseras de las casas que daban al torrente.

En esas, desde la otra punta del pueblo surgió, se tensó y voló por el camino de Canelli un hilo silbante, y el ya mínimo rumor del

pueblo se redujo a un silencio absoluto que hizo subir el diapasón al estruendo de los camiones. En dos minutos frenaron en la plaza grande con un fuerte chirrido, y Johnny pudo captar aún los portazos, los saltos al desmontar, las primeras órdenes tajantes, una carcajada y sus pisadas en dirección a los puestos asignados. Corrió hasta un mezquino refugio justo en la orilla, mirando con repugnancia el agua helada que debería vadear dentro de un minuto. A menos de ciento cincuenta pasos de él, una numerosa patrulla de fascistas entró en el puente para apostarse con una ametralladora. Entonces Johnny vadeó y

s'enfonça

en la vegetación bastante oscura de la otra ribera. Pero ¿en qué estado se encontraba? La breve carrera lo había trastornado, le había destrozado corazón y pulmones. Se recuperó, se puso de rodillas y volvió a mirar el puente. La ametralladora apuntaba a la colina humeante, con ocho o diez hombres detrás; dos de ellos, sentados en cajas de munición, cuidaban del arma y los restantes paseaban por el puente fumando y charlando, se señalaban algo unos a otros y a veces gritaban alguna provocación a las ventanas atrancadas que tenían más cerca. Poco después llegó un camarada con un bidón pequeño de algo caliente. Más tarde aún, llegó a inspeccionar el puesto un oficial que interrumpió rápido el esbozo de saludo formal y empezó a examinar el entorno con un aburrido aire de seguridad y a oír con un atisbo de sonrisa las adulaciones de sus hombres. Era joven, de estatura media, más bien entrado en carnes y tenía el cabello de un tono rubio apagado en una atmósfera apagada. No más que un tenientillo, pensó Johnny, y sin embargo el hombre que habría hecho de contrapeso exacto de Ettore en la balanza.

Esperó sin dejar de mirar y luego sacudió la cabeza: parecía que habían echado raíces en el puente y ninguno se movería solo, como mucho se separaría por un tiempo brevísimo cubierto por la mirada y las armas de los compañeros. Entonces decidió rodear por la colina el estrechamiento del puente, vadear el torrente más allá de la estación del ferrocarril y dirigirse a Canelli. Así, por una garganta perpendicular subió hasta media ladera de la colina piramidal y desde allí lanzó un último y largo vistazo a los fascistas liliputienses instalados en el puente-juguete. Marchando arriba y abajo por los

senderos serpentinos de media ladera encontró algunos campesinos que, ocultos detrás de unos troncos de árbol, contemplaban, fijos y hostiles, el mismo espectáculo, e intercambiaban roncas y musitadas consideraciones de pronóstico, esperanza y odio.

—Mira los cerdos negros[39]. ¿Cuándo vamos a cargárnoslos de una buena vez?

—La primavera que viene.

—Dicho así parece más lejos que el Día del Juicio. La primavera que viene. ¿Tienes tabaco, partisano?

—Estaba por pedírselo a ustedes.

—¡Por Dios, esos cerdos negros! Algo me consuela pensar que nosotros aún estaremos en este mundo fumando todo lo que nos apetezca cuando ellos estén bajo tierra comidos por los gusanos.

Siguiendo su camino, se sintió pletórico de una alegría sutil y serena al darse cuenta de que él, el nervioso y refinado ciudadano, se había hecho más paciente que los campesinos, tan paciente como el más paciente de sus bueyes. Superada la media ladera, descendía directo a la estación, cuya fachada de un deslavazado rojo pompeyano era la mainfeature de aquel paisaje neutro. Estaba harto de la jornada, aunque sabía que ni siquiera habían dado las diez. En el llano, cruzó las vías herrumbrosas, se dirigió por prados vacíos a vadear el torrente y volvió a pegarse a la colina para hacer una inspección más propicia del camino a Canelli. Se apostó detrás del magro y estricto-suficiente tronco de un chopo, con las piernas doloridas por efecto del agua. Por el paseo, apenas encima del puente metálico, cruzaba un buen número de fascistas entre dos de sus camiones parados. Y una larga fila de ellos, justo espaciándose en ese momento, atacaba las faldas de la colina cercana. No había, pues, nada que hacer por aquella parte, se había topado justo con el día más vivo y activo de la guarnición desde su establecimiento en Canell i el diciembre anterior.

Dio un paso atrás, se alejó hasta más allá de la estación y, acompañado de una nueva brisa helada, enfiló el valle en dirección a la estación de Calosso y Boglietto, una garganta ártica, siniestra y manchada de negro-carbón.

A mediodía se hallaba en el gran cruce de Boglietto. Había un cierto movimiento ventoso de mujeres que iban a la compra y la sonora gelidez de la llanura se ampliaba. Con el Sten escondido lo

mejor que pudo debajo de la chaqueta, entró al horno-tienda de ultramarinos —la dueña preocupada pero muda— y, en silencio, fue a apoyarse contra la pared del horno. Allí se quedó, sintiendo que se le derretía la espalda y pensando dentro de una nebulosa que aquel calor era en definitiva perjudicial y aun así disfrutándolo entero. Mientras tanto, seguía con los ojos nublados el ir y venir de las amas de casa, tan silenciosas como la dueña por culpa de él, que pedían y recibían por señas. Al cuarto de hora, la tendera le preguntó si necesitaba algo y Johnny negó con la cabeza apoyada en la pared caliente, pero la mujer suspiró y comenzó a cortar pan y tocino para él. Se oyó la campanilla y el entreabrirse de la puerta, pero no entró nadie y la tendera se lamentó y protestó en voz alta por la corriente. Entonces la clienta entró y se acercó al mostrador. Era una campesina muy vieja, calva y prognata, reducida a un aspecto casi masculino.

En el mostrador graznó:

—Antes teníamos una nube de partisanos, siempre o casi siempre mano sobre mano, en cambio ahora que hace falta, ¿dónde se encuentra uno? Así que te toca ver un soldado fascista que se pasea tan tranquilo por nuestros campos sin un partisano que se lo haga pagar. Cien gramos de conserva. El desgraciado ese va completamente solo a Castagnole, como un rey.

Aunque obnubilado por el calor, Johnny captó el mensaje. Salió sin hacer ruido al asfalto helado. La carretera corría por una breve rectilínea, pero el fascista ya no estaba, había doblado la curva. Pasó a la carrera y sus pasos resonaron con fuerza en el asfalto; al cruzar por delante de un portón entreabierto, un cuarto de hombre se asomó para hacerle señas de que acelerara el paso y la captura. Lo vio nada más doblar la curva y no era un espejismo, iba a menos de cien pasos por delante. Era muy alto, igual que Johnny, un capote corto le ondeaba salvajemente a la altura de las caderas y caminaba con ferocidad, mirando siempre adelante. Iba armado, bajo el brazo portaba un arma que Johnny no pudo reconocer a distancia.

Puesto que el asfalto tamboreaba demasiado su carrera, Johnny adoptó el paso de marcha como mejor pudo, pero así reducía muy poco la distancia. Entonces saltó a una zanja lateral y corrió agazapado y, cuando reapareció, el hombre le adelantaba unos

sesenta pasos, siempre rápido y sin quitar la vista del frente. Se había cruzado con un viandante que ahora venía en dirección a Johnny: un campesino viejo que lo reconoció a primera vista, se detuvo, depositó sus dos cestas en el suelo y lo esperó.

—Lo tenemos, ¿eh? —dijo con un luscious grin.

—¿Qué arma lleva?

—Un fusil.

—¿Seguro?

—Seguro. Pero cuidado, tiene cara de decidido.

Aumentó el ritmo de la marcha y arañó unos treinta pasos. Entonces, por primera vez, el soldado se dio la vuelta y Johnny adoptó automáticamente una velocidad de campesino, potente pero torpe y desarticulada, y se puso a contemplar el campo y los sembrados con el interés propio de un aldeano. Sin sospechar nada, el soldado recuperó su camino con más fuerza. Johnny, a su vez, miró de reojo y vio al campesino aún inmóvil, entre las dos cestas del suelo, y fijo en ellos y en la competición. Johnny no conseguía ganar ni un metro y la periferia de Castagnole blanqueaba ya entre el verde y en una atmósfera más luminosa. Tuvo que encorvarse para caminar más deprisa porque no quería que ocurriera en el pueblo. Había sacado la mitad del Sten, cosa que el soldado notaría si se daba la vuelta. Así pues, salió del camino y rodeó la primera hacienda; asomado a una esquina vio que había adelantado al otro y se escondió detrás de una pila de troncos atento al sonido de sus pasos. Cuando el soldado cruzó por delante, con la mirada siempre fija, Johnny saltó de la zanja y le hincó el cañón del Sten en la espalda.

El hombre se desplomó y Johnny lo sostuvo por el cuello y le dio la vuelta. Temblaba con la boca y los párpados y tenía los ojos desorbitados en la cara rústica, blanca y espástica. Johnny le quitó el fusil y le ordenó quitarse el capote, pero tuvo que ayudarlo porque no podía él solo. Tanteando el capote, encontró en uno de los bolsillos una granada que cargó de mala gana; luego, por señas, le indicó que dejara el asfalto y pasara a campo abierto, pero el otro no se movía.

—De la carretera no salgo, porque en cuanto que salga me matas.

Entonces Johnny lo empujó más allá de la cuneta, hasta el prado

y le impidió que se pusiera de rodillas. No corría peligro de muerte, le dijo, iba a cambiarlo por un compañero y amigo suyo que estaba en la cárcel de Alba esperando a que lo fusilaran. No solo no pensaba matarlo, sino que no le tocaría ni un pelo para garantizar la integridad de su amigo. Mientras, le daría de comer y le dejaría descansar.

—¿Lo has entendido todo y bien?

Por toda respuesta, el soldado se dejó caer en un saliente imposible de ver desde la carretera por estar cubierto de magros matorrales ya invernales y rompió a llorar con la cara entre las manos.

—Aunque sea como tú dices, estoy perdido, estoy muerto. ¡Para mí, se ha terminado todo!

Johnny lo sacudió por su bien y volvió a preguntar si había entendido lo dicho.

—¡Estoy perdido, estoy muerto igual! ¡No por ti, sino por ellos! Porque soy un desertor, iba a desertar cuando me has cogido. Anoche me escapé de Asti, del búnker del puente donde montaba guardia.

Johnny se dejó caer y se sentó a su lado. Por encima de sus cabezas, dos pájaros charloteaban sin miedo.

—¿Así que eras soldado en Asti?

—Por fuerza, me arrastraron y me pusieron el uniforme.

—No mientas.

—Bueno, me presenté a la llamada de la leva por miedo. Pero ahora estaba desertando, me lo había montado muy bien y vas tú y me detienes a medio camino.

—¿Por qué a medio camino? ¿De dónde eres?

El hombre nombró su pueblo y Johnny le ordenó que le hablara en dialecto y, en efecto, tenía la cerradísima «e» del habla de aquel lugar.

—Por favor, déjame volver a la carretera y seguir mi camino.

Pero Johnny sacudió la cabeza y con rudeza, para enmascarar su propia congoja, le ordenó levantarse y echar a andar.

—Te cambiaré en Alba lo antes posible. Los oficiales de allí no sabrán todavía que eres un desertor porque la comandancia de Asti no puede comunicarse ni por el hilo telefónico ni por el telégrafo y, por supuesto, no se arriesgarán a salir en misión por un soldado

raso como tú.

—Ojalá fuera aún menos que un soldado raso —lloró el chico—. En cuanto sepan que he desertado, me fusilarán.

Subían por la suave y seca cuesta de Coazzolo.

—¿Ves el campanario? Debajo está el cura que hablará para el intercambio a los oficiales de Alba.

Pero el chico lloraba y caminaba sin ver la carretera. Por vergüenza y decoro, Johnny miraba solo de reojo y con malestar la rudeza y la tosquedad de su cuerpo en el mezquino, avaro y manreducing uniforme fascista. Un chavalito del pueblo los había espiado desde un seto y, al comprender la situación, quiso acercarse para ver mejor y tal vez para preguntar, pero Johnny lo devolvió a su escondite con un gesto colérico.

—Tienes una situación segura para varios días antes de que Alba sepa por Asti que has desertado —habló a la larga espalda—. En todo ese tiempo puedes desertar otra vez, y desde una base mucho más cercana a tu casa que la de Asti. Sí, hazme caso, deserta lo antes posible y cruza el río en Roddi o mejor aún más arriba. Pero ten la precaución de procurarte ropa civil, en Alba te la dará alguien, porque si te coge un partisano que no necesite cambiarte como yo, entonces, desertor o no, estás muerto.

La pulsación de su espalda expresaba por turnos acuerdo, reconocimiento y negra desesperación. Luego se dio media vuelta con tal brusquedad que Johnny tuvo que empuñar el Sten.

—Pero después del intercambio los oficiales me interrogarán, querrán saber dónde, cuándo y cómo he caído preso. ¿Y yo qué digo? De sobra saben que estáis escondidos y calladitos y a verlas venir por todas partes. ¿Qué les contesto a los oficiales?

Un furor, producto del cansancio y de la piedad, sacudió por entero a Johnny.

—¡Me has jorobado! Estoy harto de ti. Pareces un polluelo, un polluelo mojado, habría sido infinitamente mejor encontrarme por la carretera al más valiente de los valientes. Tan polluelo pareces que yo mismo me avergüenzo de haberte hecho prisionero. ¿Qué vas a contestar? Me importa un comino. Eso es cosa tuya. Invéntate algo. De algún modo te has metido en ese sucio uniforme que significa deshonra y desgracia, así que ahora te aguantas con la desgracia. Y de aquí en adelante cállate y piensa en tus

justificaciones. ¿Entendido? Ni respires. Andando.

Apareció a la vista el pueblo, con su one-storey adherencia a la cresta pelada y plana y con el minúsculo y aéreo rumor de su existencia ocultada. El prisionero habló de nuevo, pero solo para pedirle a Johnny que fuera bueno y comprensivo como antes y que dejara de insultarlo y de angustiarlo aún más…

—Tú eres un partisano con ideas y un chico de ciudad y yo soy un soldado a la fuerza y solo un chico de campo.

Ya en el pueblo, los dos caminaron hacia el campanario, uno detrás del otro. También allí estaba todo desierto y atrancado, pero el oído experto de Johnny captaba susurros, toques mínimos de las contraventanas y vibraciones de cristales al otro lado de las paredes. Dirigió al hombre hasta la taberna, la casa más baja entre las bajísimas casas de la derecha. Entonces, del irregular adoquinado, semejante a un espejismo de funesto impedimento, surgió Flip. Al verlo, el soldado tembló y se refugió detrás de Johnny. Johnny suspiró, con el alma en los pies por el cansancio de la jornada, el vagabundeo, la vergüenza de la captura y la piedad que le inspiraba el prisionero. La mole de Flip obstruía la callejuela y sus ojos bestiales brillaban de una ebriedad prematura. Flip no era un mal chico, ni tampoco un mal partisano, siempre había colaborado alegremente con su notable fuerza física en todas las tareas de la vida partisana, contento y orgulloso de la superioridad de sus esfuerzos: más de un camión desatascado, montañas de cajas de munición acarreadas a sus espaldas… pero Dios lo había esculpido con la arcilla más vulgar y luego el soplo del alma lo había cogido solo de refilón. A pesar de la borrachera, captó al vuelo la situación y la relación de ellos dos, puesto que el gris verdoso de los fascistas actuaba como el más eficaz de los amoniacos para despejarlo.

—Bravo, Johnny, bravo —saludó con voz ronca—. No te pregunto cómo porque es asunto tuyo, pero ahora apártate. Es mío también, ¿no? Tú has hecho lo difícil y ahora yo hago lo fácil. Apártate, que me lo trabajo un poco.

Avanzaba subiéndose las mangas en el grueso brazo.

El prisionero oscilaba detrás de Johnny, que notaba su respiración caliente y ansiosa en la nuca.

—No te acerques, Flip, que esto no va contigo. Este es mío, no tuyo. Es de Ettore. ¿Conoces a Ettore? Era uno de tus compañeros

de escuadra en los buenos tiempos, ¿no? Bien, pues está preso y lo han condenado a muerte y yo he cogido a este para intercambiarlo. Así que mantente lejos y tranquilo.

—Estate tranquilo tú, Johnny, que no me lo cargo —dijo Flip con la aceitosa dulzura del borracho—, solo lo manoseo un poco. Apártate, digo.

No se apartó, y Flip se puso hecho una fiera.

—Nunca habría creído que iba a ponerte las manos encima, pero tampoco que te convirtieras en un cerdo. Un cerdo que no quiere dejarme que castigue a un fascista, un cerdo que ya se ha olvidado de que los fascistas me han fusilado a un hermano.

Sus brazos desnudos y toscos bailaban delante de los ojos de Johnny.

—No se me ha olvidado, lo único que quiero es que no lo toques porque me sirve para evitar que Ettore tenga el mismo final que tu hermano. Piensa en Ettore…

—¡A mí Ettore me importa un bledo!

Johnny se vio cubierto por la siniestra negrura de su mole-catapulta, cerró los ojos y, buscando el hueso, le propinó una fuerte patada en una pierna y repitió en el vientre. Lo tenía tirado en el bordillo, quejándose, y continuaba pegando para dejarlo un rato sin sentido, cuando se dio cuenta de que había otras dos manos que pistoneaban con las suyas en el corpachón.

—¡Tú no lo toques! —gritó al fascista.

Pero se trataba de Diego, el hijo del tabernero, que golpeaba con un gesto concentrado y businesslike en la cara. El prisionero, pegado a una pared, se tapaba la boca con las manos por el susto. Diego dejó de mortificar a Flip, acompañando los últimos golpes con una voz silbante aunque no rencorosa.

—Se lo merecía, hacía tiempo que se lo estaba buscando.

Luego se enderezó y con Johnny y el soldado, que se había quedado dócilmente detrás, lo condujo al establo y lo depositó en la paja para que durmiera un rato.

—Puedes hablarle en dialecto —dijo Johnny a Diego refiriéndose al soldado, que mantenía la puerta abierta para que pasaran—, es de nuestra zona.

—Ah, cabrito —dijo Diego sin subrayar sus palabras, con un tono más amargo y sorprendido que injurioso. Luego se fue a

preparar la comida.

Resultaba hiriente observar el comportamiento del soldado en la mesa: servía a Johnny y lo esperaba, observando rigurosamente la precedencia y la reverencia, igual que en una relación entre amo y esclavo. Johnny le dijo que no exagerara y que se cogiera la porción mayor.

—Yo he comido muy bien esta mañana. Preferiría que me dieras un cigarrillo.

El prisionero tenía una cajetilla entera de la dotación fascista y se la regaló.

—Yo no fumo. Cogía mi ración porque me correspondía y sobre todo para dar a los civiles de Asti y comprar compañía y consuelo. ¡Me hacía tanta falta rodearme de civiles! —Comía con voracidad —. En el cuartel comía tres veces por semana.

—¿Tan escasos están de víveres?

—No, no, tienen abundancia de todo, incluso de carne, era yo el que no tenía apetito. Se me cerraba la garganta de miedo, de ganas de volver a mi casa y de la vergüenza de llevar este uniforme. Siempre estaba desesperado. Desesperado me despertaba y desesperado me dormía. —Y al pensar en la posibilidad de hundirse de nuevo en la misma desesperación volvió a llorar y las lágrimas caían en el plato.

Diego, que venía de la parroquia, entró sacudiendo la cabeza.

—Ya lo sabía yo, pero quería intentarlo. Mi párroco se niega. Tiene setenta años y la verdad es que no puede hasta Alba sin un medio de transporte. Dice que nos dirijamos al párroco de Mango, es joven y puede recorrer esos kilómetros en bicicleta.

Se levantaron para tomar el camino de Mango. Diego, serio y tranquilo, se puso delante del soldado y le dijo:

—Te he salvado de los golpes y te he dado de comer. No te pido que me lo agradezcas, sino que te olvides de mí y que olvides mi casa y mi pueblo. ¿Puedo estar seguro de que no volverás guiando una columna de fascistas para que me cuelgue y prenda fuego a mi casa?

—Yo no, yo no —balbuceó el hombre.

—No, él no —dijo Johnny—. ¿Qué piensas hacer con Flip cuando se despierte?

—Nada si se porta, pero si se pone a hacer el cabestro, le pego

una patada que lo destripo.

Se dirigieron a Mango —el prisionero preguntaba la dirección en los cruces— por senderos agradecidamente desiertos, bajo un cielo blancuzco y gris que imprimía severidad a todas las colinas, en especial a la de Mango. Johnny fumaba los cigarrillos de la intendencia fascista pensando en los partisanos que encontraría en el pueblo y en su sentido de la responsabilidad, en si aceptarían encargarse del intercambio junto con el siempre bien dispuesto párroco. Examinando con tranquilidad la espalda del hombre, se dijo que sí, que por él le devolverían a Ettore.

El pueblo estaba aún más desierto y más cerrado que Coazzolo, y el punto más triste era precisamente la alameda de entrada, porque allí el viento prenocturno se enfurecía en su vana búsqueda de otro polvo que arrancar y arremolinar. Se detuvieron junto a la caseta del pesaje e inspeccionaron todas las puertas y todas las ventanas. Un hombre los miró desde la arcada, con todo el cuerpo retraído en su escondite. Johnny le hizo señas y le silbó hasta que el otro, con repugnancia evidente y paso torpe, se acercó a ellos.

—Tú me conoces —dijo Johnny.

—Te conozco bien, pero estaba mirando y no acababa de saber si eras el prisionero o lo contrario. —Y se rio distressedly.

Johnny preguntó si había partisanos por el pueblo y cuáles eran. El hombre respondió que Frankie y Gatto, lo cual era bueno porque se trataba de gente de confianza, sobre todo Franco. Johnny envió al hombre en su busca y se sentaron a esperar en unos troncos que había cerca de la caseta de pesaje. El soldado volvió a cogerse la cabeza entre las manos.

—Así que me abandonas.

—No me queda más remedio, pero no tengas miedo, comprobarás con tus propios ojos que te dejo en manos de buena gente. Al fin y al cabo, yo te he tratado bien, ¿no?

El soldado asintió expresivamente con la cabeza escondida.

—Bien, pues ellos te tratarán aún mejor, porque son mejores que yo.

Franco y Gatto bajaban por la alameda, lentos y poco curiosos. Un minuto después Gatto corría a la parroquia para avisar al cura y Franco estudiaba con frialdad al soldado.

—Es un polluelo —dijo Johnny.

—Ya, pero tú no lo sabías cuando lo abordaste.

Franco cogió el fusil, la granada y el capote para la escuadra que debía volver a formar con motivo de la gran reanudación del treinta y uno de enero. Gatto regresó con el «sí» del párroco, que se alegraba de ayudar a Ettore; tenía ya bastante práctica en materia de intercambios y los oficiales fascistas lo reconocían a gran distancia, así que mañana mismo iría a la ciudad en bicicleta.

Johnny se dirigió al soldado por última vez.

—Estoy seguro de que en la ciudad resolverás del mejor modo tu problema y de que en un par de días estarás en tu casa. Gracias por los cigarrillos.

—Me gustaría que no me dejaras —balbuceó el soldado.

—Tranquilo, estos son mejores que yo, y yo no te he tratado mal. Quédate tranquilo, cena y luego duerme bien.

Caminaba hacia la lejanísima Langa, un poco vacilante y con la cabeza algo borrosa, bendiciendo los trechos llanos y disfrutando de ellos con languidez. Al comienzo del camino había en la atmósfera, en el color de la tierra y hasta en el viento una cierta suavidad que sin embargo él no gozaba de lleno. Y cuando apareció la casa negra contra el cielo sombrío, echó de menos las antiguas rendijas de luz que despedían las ventanas, tan visibles desde lejos, y lo asaltó la negra duda de que pudieran rescatar a Ettore.

Capítulo 35

Invierno (V)

Pasó una noche terrible, sobresaltado por la asfixiante sensación del cerco y de la captura. Agarró el cinturón, que se balanceaba con las dos pistolas, y se lanzó de cabeza contra la puerta del establo y los fascistas que estaban fuera, su visión y su fuego, y contra la muerte inmensa y la salvación debilísima. La puerta se abrió de par en par y, antes de que la viera con los ojos, los pies desnudos se le hundieron en la nieve ya de un palmo de altura, fresca y blanda. El patio nevado parecía desierto y amigo; y el mundo entero, inmerso en una paz celestial y en un silencio tal que casi podía captarse el aterrizaje de cada una de las capas de nieve. El frío que le subía desde los pies como una columna había extinguido de inmediato el tumulto de la mente y de la sangre, y sonrió, dejó que el cinturón con las pistolas le colgara del vientre desnudo y movió los pies imperceptiblemente en los fríos pero cosy nichos de nieve. Sonreía. «You're
coming, snow. We needed you and you do come. Please go on coming down our fill and yours», y se inclinó para rozar con las manos la superficie tierna-dura en trance de cristalizarse. Ahora le hervían los pies a causa del frío y él se puso a reír y a reír, de eso y también de las pistolas que colgaban de su vientre magro y tenso. Se retiró al establo con una sensación absoluta, esencial, de paz y seguridad, como si le hubieran extendido un salvoconducto desde arriba. Trepó al pesebre y se frotó los pies contra la paja, babbling nonsense alabanzas a la nieve: «You must have come for Christmas, you are Christmas».

No quería volver a dormirse enseguida, algo parecido a un festejo se le imponía como un deber; por otra parte, estaba tan bien

y tan feliz sobre la paja, boca arriba y con los ojos abiertos, con todos sus pensamientos puestos en la nieve. Se le ocurrió fumar para celebrarlo y encontró el último cigarrillo del soldado, pero la cerilla necesaria no quería aparecer. Buscó por todas partes con una ansiedad creciente. Alcanzó tal grado de agotamiento y sensibilidad que el mero hecho de no encontrar la cerilla era capaz de volverlo loco. Al fin, sus dedos dieron con ella, la última del puñado del farmacéutico de Mango, camuflada en la costura del bolsillo. La extrajo y la prendió con los dedos helados. Luego fumó tranquilamente hasta el fondo, dejando que la mente navegara a placer en un estanque de seguridad y aislamiento.

Se despertó y se levantó avanzada la mañana, más tarde que nunca. Salió con una expectación que su conocimiento nocturno de la nieve no había contaminado. Había crecido hasta las rodillas, perfectamente cristalizada y moderadamente brillante bajo el sol embrionario. Con alegría y deportividad la surcó hasta la cancela y llegó a la esquina para tener una vista del conjunto. Todo el universo de las colinas aparecía inmaculado de una nieve abundantísima que soportaba como si fuera una pluma. No había sobrevivido la menor huella de camino, vereda o sendero, y los árboles del bosque se elevaban blancos en la copa y el pie, con un tronco muy negro, como víctimas de una mutilación extravagante. Las casas del entorno mostraban un funny look de alegre aceptación del bloqueo y del aislamiento. Parecía un día raro, arrebatado a la guerra, de antes o de después.

Hundió las manos en la nieve endurecida: era compacta y celulosa, durable, y no se dejaría derretir por un poco de sol o de viento marino. El sol débil aumentaba sus reflejos, lo que añadía levedad y viveza a la escena. Contuvo la respiración y se volvió para mirar los Alpes como el mayor regalo de aquella mañana extraordinaria, pero sufrió una desilusión porque se veían difuminados y opacos detrás de una cortina inferior y andrajosa de vapores extintos.

Un rumor constante y un agudo y liberado griterío de chiquillos que salpicaba toda la estela del rumor lo obligó a volverse hacia la pendiente más cercana. Los niños de los caseríos se deslizaban a sus anchas en los rudimentarios trineos de heno. Algunos se ejercitaban sobre auténticos esquíes hechos en casa, hechos por sus padres,

cortos y anchos y toscos. Descendían en un abrir y cerrar de ojos y luego luchaban su buen cuarto de hora para volver arriba, derrochando con gritos, jadeos y sofocos su prodigiosa reserva de resuello. Johnny se sentó en la nieve a contemplarlos, sabiendo que no se cansaría pronto. Desde arriba veía con toda claridad el gigantesco anhelar de sus tórax minúsculos, el rubor exaltado de sus mejillas, la formidable nervosidad de sus piernecillas en lucha con la nieve y la cuesta. Los amó por ser niños, aceptó su ser tan jóvenes y su estar tan ajenos a la guerra, esperó que olvidaran total y rápidamente la guerra que marginalmente habían pisado con sus pies inocentes y les deseó paz y suerte en aquel mundo de después que tan pocas posibilidades tenía de compartir con ellos. Tan pacífico era el día que a los campesinos se les había ocurrido liberar a los perros guardianes, que ahora se cruzaban con una bendita furia entre sus amos niños, con igual inventiva y capacidad de divertirse.

El humo de la comida se rizaba más denso y rico que nunca en las chimeneas y las madres se asomaron para llamar a los críos a la mesa con un tono alto e imperativo. Pronto la pendiente quedó desalojada y oscura como si el sol hubiera dejado de resplandecer.

Aprovechando sus huellas de antes, volvió a la casa, que nunca le había parecido tan sola y tan violada. La recorrió de arriba abajo buscando algo de comer. No era posible que hubieran robado o destruido todo, algo tenía que habérseles escapado. Chacoloteando sobre el desierto de loza, registró minuciosamente la cocina y abrió de par en par los armarios acribillados. La artesa estaba vacía, apurada hasta el fondo. Al abrirse, la despensa liberó ese horrendo olor a rancio de algunos animales en peligro de muerte. Johnny gasped y echó a correr sobre la loza crujiente. Entró en el cuarto que había debajo de la escalera, donde solían guardarse los productos de la tierra: patatas, manzanas y avellanas. Todo lo habían roto y saqueado; solo al fondo, sobre una pirámide de tronchos de maíz brillaba como un cáliz una manzana perfecta por su forma y color. Avanzó felinamente, como si se tratara de un objeto móvil y huidizo, y entonces la agarró y los dedos se le hundieron en su pus helado. La arrojó por la ventana sin cristales y se sacudió contra la pared las gotas de su jugo gélido y putrefacto. En un rincón descubrió unas avellanas, menos de seis, tan secas que

se resistían a los dientes y tuvo que aplastarlas a taconazos, con gran destrozo y gran dispersión.

El humo le atontaría el estómago, así que se sentó relajado en la posición más cómoda y sosegadora. Luego, con la más fina y sensible de las falanges, comenzó la búsqueda de restos de tabaco en todos los bolsillos. Tardó en extraer y juntar segmentillos y átomos de tabaco mezclados con migas de pan viejo e hilos de tela. Ya tenía en la palma lo suficiente para un cigarrillo. Regresó al establo a buscar la colilla de la noche y la encontró. Con ella lograría un cigarrillo resistente y con cuerpo. Entonces se puso a buscar el papel, una mercancía casi desconocida en la casa. Dio vueltas y rebuscó hasta dar con un viejo opúsculo, arrugado y amarillento por la acción del tiempo, que trataba de haciendas agrícolas. Arrancó una hoja de un cuadratín y comenzó a liarlo. Mientras trabajaba con infinito cuidado y concentración, advirtió hasta qué punto las manos se le habían vuelto toscas e inútiles para las labores finas. Si el cigarrillo le salía discretamente por un lado, quedaba informe por el otro, y en un determinado momento todo el tabaco se esparció por las baldosas del suelo. Cerró los ojos y apretó los dientes. «No pierdas la cabeza. Esto no es nada. Además, ni siquiera tenías una cerilla».

Salió, el día se había corrompido pasando de la brillantez matinal al gris vespertino, lo que daba al mar de nieve un aspecto leproso y arsenical, igual que en aquellos otros días de Mombarcaro. Y la inmanente comparación de los tiempos lo obligó a pensar en la prolongación de la guerra y en el cansancio, y gimió y dio patadas en la nieve con odio y desprecio.

Luego marchó por la nieve virgen hacia el borde panorámico, porque le llegaban desde abajo unas voces que viajaban sin obstáculos por el aire inmóvil y sereno. En efecto, algo ocurría en el cruce de Manera. Una docena de campesinos, agrupados en torno a una rudimentaria quitanieves, discutían con una pareja de partisanos, Iván y Luis. Comprendió que la gente quería limpiar la carretera por razones vitales y que por las mismas razones Iván y Luis se oponían. El campesino que ejercía de portavoz casi se inclinaba al nivel de la quitanieves por la intensidad de su demostración oratoria, pero Iván hacía duros gestos de «no» desde lo alto de su estatura. Al fin, los campesinos dieron la vuelta a su

poderosa pareja de bueyes y dejaron la quitanieves sola e inoperante, mientras que Iván y Luis los seguían, al parecer, con palabras duras.

De vuelta a casa, la nieve, helándose bajo el neonato y ya ártico viento, le atenazaba las rodillas hirvientes. Antes de que se hiciera de noche recibió en la casa a la delegación de los campesinos de su colina, todos mayores. Hablaba un hombre de mediana edad, que Johnny reconoció como el aparcero de Serra dei Pini. Debajo de los pantalones de trabajo llevaba unas fajas de color gris verdoso arrebatadas al ejército quién sabía cuándo. Johnny los invitó a entrar para que se refugiaran del viento, pero como no les apetecía ver la expoliación y la ruina el coloquio se celebró en el patio.

—Hemos venido a pedir autorización porque conocemos nuestro deber y no nos desentendemos de la seguridad de tu pellejo.

—Quiten toda la nieve que quieran y hasta donde quieran.

Todo estaba claro, pero los campesinos son incapaces de dejar un argumento a medias y sin eviscerar.

—Ciertamente —dijo el aparcero de Serra dei Pini— las carreteras limpias son más fáciles y más atractivas para los fascistas, pero ¿cómo vamos a salir adelante nosotros y nuestras familias si estamos bloqueados? Los niños no pueden ir al colegio, y eso sería lo de menos. Casi todos hemos dejado que se pierda nuestro horno privado, ¿cómo hacemos para llegar hasta el público? ¿Y con la leña, qué pasa con la leña?

—Limpien todo lo que les parezca.

—¿Entonces podemos ir a enganchar los animales a la máquina?

—¿Y tú —insistió el campesino—, cómo saldrías a buscar comida? Bien sabemos que esos ladrones no han dejado nada en la casa. Con los caminos limpios podrás moverte y llegar a nuestras casas y comer con nosotros, un día en una y otro día en otra, ¿eh? —Y rodeó con la mirada a sus compañeros, que mostraron su acuerdo.

Bajó con ellos hasta un cruce de tres vías, donde estaban los bueyes y la quitanieves con un chiquillo subido a la proa. Comenzaron a trabajar y uno de los campesinos, el único joven, se detuvo a liar un cigarrillo de tabaco negro de picadura. Cuando levantó la mirada y captó la chispa de deseo en los ojos de Johnny, se apresuró a confeccionarle otro que le alargó con las manos

renegridas y deformes. Johnny dio una bocanada y la tos lo sacudió atrozmente. El otro reía porque Johnny tenía la cara roja y tardaba en recuperarse.

—Y yo que creía que era el mayor de los fumadores —comentó.

El aparcero de Serra dei Pini se acercó para examinarlo con una actitud casi médica y en voz baja le dijo que tenía el estómago demasiado vacío y no convenía que se saltara las comidas «habiendo tantos cristianos por cualquier parte que mires».

—Yo estoy muy bien, además no quiero ser una carga.

—¡¿Una carga?! El que nosotros seamos pobres es cosa que podemos gritar al cielo sin miedo a que el Señor nos fulmine o nos castigue en la cabeza de nuestros hijos, pero una hogaza o un huevo más o menos… Baja esta noche a mi casa para comenzar la ronda. A esa hora ya encontrarás limpio el sendero.

El del cigarrillo todavía andaba riéndose, y Johnny oyó que uno de los ancianos se lo recriminaba.

—Para ya, idiota, que puede parecer una burla o una provocación y con esta juventud armada nunca se sabe cómo acaban las cosas.

Al caer la noche, Johnny bajó a Serra dei Pini por el sendero limpio de nieve, armado solo con una pistola al cinto.

Los niños, que ya habían cenado, jugaban lejos de la mesa. Los más pequeños, con no más que una sombra de litigio de cuando en cuando, jugaban a una especie de lotería casera con judías y semillas de maíz (que al acabar devolverían a los sacos abiertos apoyados contra la pared), mientras que los mayores, chico y chica, jugaban a tocar el órgano con la boca sirviéndose de un antiguo peine de bolsillo envuelto en papel de seda.

Johnny ingería lento y cuidadoso la comida fuerte y abundante, como si obedeciera una prescripción médica. El perro guardián gruñía de vez en cuando, tal vez para que los amos vieran que vigilaba como debía y que no estaba adormilado o fantaseando. Johnny se levantó de la mesa y fue junto a los niños para verlos jugar. Ellos lo miraron con atención y con una sonrisilla tímida y Johnny comprendió lo mucho que los molestaba. Volvió a la mesa cuando la mujer echaba platos y vasos en la pila que había debajo de una ventanita con una reja formidable. El hombre tenía ganas de hablar, pero después de esperar en vano a que Johnny diera la

pauta, fue él quien inició la conversación con la profunda repugnancia que sienten esos campesinos en hablar los primeros.

—Tú que eres de un tipo especial de partisano, sin menoscabo de los otros, ¿qué piensas de los espías?

—Que existen.

—¿Y serían de nuestra raza?

—Sí, italianos, si es eso lo que quiere decir.

—¡Madre de Dios!, parece imposible. Me cuesta menos pensar en un parricida que en un espía. ¿Y qué son?

—Fascistas.

—Civiles o…

—La mayoría son soldados disfrazados de vendedores ambulantes, de mendigos e incluso de partisanos que merodean, anotan e informan, eso cuando no hacen el daño directamente.

—Pues hay que tener un buen cuajo.

—Lo tienen, sí.

—Porque, aparte de vosotros, nosotros mismos, que somos hombres de paz y gente que no se mete, si los descubriéramos les arrancaríamos el corazón y las entrañas.

Johnny rodeó con la mirada a los niños que jugaban y dijo:

—Pase lo que pase, cuiden de ellos, ¿entendido? Piensen en ellos ante todo y no los abandonen a su destino. Piensen solo en ellos. Así ustedes no sentirán remordimientos el día de mañana y podrán vivir tranquilos.

El hombre miraba dudoso a su mujer, que se había dado la vuelta en la pila y miraba también a su marido con la ancestral necesidad de consenso, autorización y permiso.

—¿Se lo tengo que decir?

El marido asintió y desvió la mirada, como hacen los campesinos cuando ceden la escena a otra persona. Pero enseguida la mujer se hizo un lío, balbuceó y llamó en su ayuda al hombre, que tomó las riendas de la situación.

—El día del que importa hablar yo estaba fuera —dijo—, en la feria de Cossano, una feria como son todas las de ahora. Así que la mujer, dejando aparte a los niños, estaba sola en casa, cocinando, porque era la hora en que yo, según lo acordado, cruzaba el torrente de regreso. Como estaba cocinando, tenía necesariamente delante esa ventanita —e indicó la apertura enrejada— y, al

levantar la vista, vio una cara, una cara de hombre, justo encuadrada en la ventana.

—Yo estuve a punto de quedarme allí del susto —intervino la mujer— y tuve que sentarme y, como no podía recuperarme, cuando él llegó se encontró la comida sin hacer.

El hombre de la ventana, un comerciante de pieles de conejo de Alba, preguntó si la señora tenía pieles para vender porque él podía ofrecerle un buen precio. La mujer mintió en el acto y dijo que las había vendido todas, aunque tenía una media docena extendidas en el establo. El hombre, que se limitó a sonreír, dijo que a lo mejor otra vez tenía más suerte, sin pesar ni rencor en la voz. Se despidió con educación y se fue con toda la calma del mundo. El primogénito, un chico de fiar, salió a verlo por detrás, pero lo único que vio fue que llevaba una bicicleta y que iba bien vestido y calzado contra el frío y el barro.

—La mujer —dijo el aparcero— habrá visto en toda su vida cientos de comerciantes de pieles, pero ninguno con esa cara y esos modales, así que está convencida de que era un espía, un soldado camuflado. Muy probablemente oficial, a juzgar por la cara. Y lo que más la asustó fue la sonrisa.

—¿Qué tipo de sonrisa? —quiso saber Johnny, pero la mujer indicó con gestos que era incapaz de describirla.

—Las sonrisas que la asustan —intervino el hombre—, que le hielan la sangre, esas sonrisas. Desde entonces lo hemos hablado muchas noches en la alcoba, a altas horas, cuando los niños dormían como troncos. Y era un poco estrábico, según dice la mujer, muy poco, pero tenía ese defecto en el ojo que no lo afeaba, sino todo lo contrario, dice la mujer, y aunque era muy joven, más o menos de tu edad, partisano, tenía un mechón blanco en el pelo que era muy negro.

—Se lo vi bien —dijo la mujer—, se había levantado un poco el pasamontañas porque venía acalorado de subir la cuesta.

Entonces Johnny preguntó si le había hablado en dialecto y el hombre dio un puñetazo en la mesa.

—Le habló en italiano y ojalá hubiera estado yo para oírlo, habría podido distinguir más o menos de dónde era porque cuando hice el servicio militar me familiaricé con todos los tipos de italiano. ¡Imagínate un comerciante de pieles de esta zona que

habla en italiano! Los únicos que lo hablaban —y de eso hace treinta años— eran los aceiteros ligures que venían a vender su mercancía, pero la segunda vez que pasaban ya decían «aceite», peso y precio en nuestro dialecto.

Así que era él, un espía, pensó Johnny, y un frío anhelo de encontrárselo, un gélido programa lo mastered hasta el estremecimiento: aquel debía de ser su hombre, su plan y su presa específica de toda la guerra, él o Johnny, uno de los dos tenía que desaparecer de este mundo. Y mentalmente le rogó que regresara, que tuviera la idea de volver, de buscarlo a él y su ruina precisa, de volver sonriendo y morir por mano de Johnny.

—¿Qué piensas ahora? ¿Qué puedes decirnos? —preguntó el hombre muy preocupado.

—¿Eh? —dijo Johnny distraído—. ¡Ah, sí!, es raro. No, no es raro en absoluto, ¿qué digo?, es un espía.

Al oír la palabra el aparcero dio un puñetazo en la mesa, más por escándalo que por rabia. Johnny volvió a sumirse en el pensamiento de que la muerte de aquel hombre infernal redimiría todo su invierno, revestiría aquella inmensa desolación de los laureles de la victoria y el mérito.

—¿Y si vuelve? —preguntó el hombre.

—No volverá nunca. —Se levantó y dio las gracias por la comida y la compañía.

El hombre lo acompañó hasta la entrada de su sendero privado.

—Podías quedarte a dormir aquí —pronunció el hombre como pudo bajo la […] del fuerte viento—. Con toda esta nieve alrededor nos sentimos seguros.

Johnny no quiso.

—Dígame mejor si están limpios de nieve todos los caminos de aquí a Mango. Quiero ir para informarme de mi prisionero y de Ettore, que está en la cárcel. No puedo vivir sin saberlo.

—Sí, caminarás bien hasta Mango. Toda la carretera debe de estar limpia, porque nosotros los del campo tenemos un antiguo acuerdo y ninguno es tan vago como para no respetarlo.

Recorrió con enorme lentitud el sendero vidriado, viento-ravaged, hasta la Langa, sin dejar de pensar con una tranquila intensidad en el fascista de la sonrisa peculiar y los cabellos estriados, con su paso letal y su carga de iniciativa, de coraje y de

muerte, y tuvo que regañarse para que las arrolladoras ganas de él no lo abrasaran y lo dejaran extenuado antes de alcanzar la casa.

Capítulo 36

Invierno (VI)

En el naufragio de la casa Johnny había encontrado unas tijeras viejas con las que pasó horas liberándose los pies de la piel muerta y reseca que las caminatas habían estratificado en los bordes y las plantas. Se detuvo cuando la punta se clavó en un tejido sensible que le dolió y sangró un poco. Volvió a ponerse el doble par de calcetines que llevaba desde los tiempos de Castagnole y los zapatos de montaña, tan impresionantes ahora, tan inseparables de él, que le daba horror verlos vacíos y extirpados, en el suelo, perdida toda su apariencia de cuero, inflexibles, pétreos. «What next? What next?».

Después de la Navidad había pasado cuatro días infames, tan lleno de antojos como una gestante, con un deseo loco de tabaco, de algo dulce que chupar lentamente, de algo anaranjado que beber, de lavarse con jabón de verdad, de oír las canciones más tontas en la radio, esforzándose por dormirse antes, con visiones y pesadillas que poblaban sus miserables retazos de sueño. «What next? What Next?». Le partía el corazón la nostalgia de su antigua comunidad, aquella facciosa, criticable y a veces repelente comunidad de los antiguos campos de batalla y de la compañía de los vivos, de los muertos, de los capturados, de Pierre, de Michele y de Ettore. La anhelaba tanto que habría dado la mitad de su sangre por la reunificación. Se habló en voz alta a sí mismo, como le sucedía últimamente con mucha frecuencia: «¿Dónde está Norte? ¿Qué hace y qué piensa? El treinta y uno de enero es una fecha absurda para reencontrarnos, Norte. Esa mañana te levantarás y llamarás, pero solo te contestará el silencio de las colinas».

Más allá de las numerosas colinas que se precipitaban en el

llano, todas inflamadas por la extensión y el espesor del hielo, se oía el eco de crepitaciones y estruendos procedentes de la llanura de la ciudad. También ayer se había oído toda una serie de fragores, fijos e intercalados. Y ahora otra vez. No podía tratarse más que de morterazos, pensaba Johnny, pero ¿por qué?, ¿contra quién? Salió al patio y luego al borde del barranco para oír mejor aquel redoble sordo y tétrico. Mientras caminaba notó con bastante dolor la nueva sensibilidad de sus pies; hasta esa mañana le había parecido que llevaba tiempo marchando con los pies de otro. Se sentó en el antepecho helado, solo, alto y oscuro, con el intolerable fondo de sol y nieve a su espalda, y estuvo largo tiempo atento al crepitar de la ciudad. Entonces apareció por la última curva un carro tirado con infinita lentitud por un par de bueyes, a cuyo pescante iba una mujer negra rodeada de hombres, campesinos que mostraban una actitud de apoyo y de veneración. Johnny se puso de puntillas y se hizo visera contra la reverberación. Era la vieja, liberada de la cárcel de la ciudad. Mientras descendía a una velocidad peligrosa, se preguntaba dónde habría ido a parar la gran perra. La mujer, que lo reconoció enseguida, levantó los brazos asustada e imprecando porque en aquel instante Johnny se resbaló y cayó en el hielo. Saludó agitando las manos heridas por las aristas y la sangre salpicó lejos.

—¿La han liberado? ¡La han liberado!

Ella le tendió las manos grasientas. Los rasgos de su cara expresaban el valor y el optimismo de siempre; solo en sus ojos se advertía una animalidad nueva, espantada y cautelosa.

—Como les he dicho a estos buenos hombres que me han escoltado hasta aquí, ha sido pura maldad suya no liberarme para Navidad, por eso me pasé el santo día llorando. ¡Ay, Johnny, son malos!

El hombre que guiaba dijo que siempre lo habían sido, pero que ahora eran peores porque notaban que se acercaba su fin.

—¿Qué ha sido de Ettore? —preguntó Johnny, saltando a la tarima.

—Nos juzgaron a la vez. Te contaré todo el proceso como en parte se lo he contado ya a estos buenos hombres de mi colina. Ettore está condenado pero vivo, y no pidamos más al Señor. Te lo contaré todo, Johnny, hablaré todo el día hasta que se haga de

noche y todavía no habré terminado. —Se dirigió a los hombres—. Hombres, ahora podéis iros con las gracias de Dios y de esta pobre mujer de la Langa que los fascistas llevaron presa. Podéis iros porque ahora tengo conmigo a mi partisano, mi partisano privado, que me acompañará a casa, a mi desgraciada casa. Johnny, ve a ponerte al pescante.

Los hombres se retiraron y Johnny, que guiaba a los animales con todas las armas balanceándose en su cuerpo, preguntó por la perra loba con una punzada en el corazón. Los fascistas se la habían quedado, la querían para ellos, para sus maldades, para sus rastreos por la colina.

—¡Imagínate que la loba los ayuda a dar contigo y a matarte! Son unos cabrones, Johnny. Tenías que haber estado cuando me fui con mi carro y mis bueyes y ellos se quedaron riéndose y frenando al animal que naturalmente quería venirse conmigo. La tenían atada del cuello con una cuerda doble y ella lloraba y gemía al verme marchar, tanto que pensé que iba a exhalar el alma. Porque, Johnny, nuestra perra tenía alma. Conduce a los animales con más decisión, Johnny, con más dureza, no tengas escrúpulos en darles en el morro o no cogeremos nunca esa curva estrecha. Así, así, así.

Entraron en la última rampa angosta y empinada antes de la casa y la mujer se preparó para la vista haciendo acopio de fuerzas.

—Dímelo, mi casa está hecha trizas, ¿verdad?

—Ya lo sabe usted, lo vio hacer, ¿no? Piense en su vida.

—Estoy completamente arruinada, Johnny, sin un solo grano de trigo, ni una onza de carne, ni siquiera un plato para comer en él.

—No se angustie, he oído decir a sus vecinos que están contribuyendo para ayudar en lo que puedan.

—Pero eso no me saca de la ruina. Todo lo que ellos puedan darme es demasiado poco: algún utensilio, algo de comer, pero no podrán darme dinero. Si Norte no me paga unos buenos dineros, estoy arruinada. Yo soy su acreedora, pero él puede negarse si quiere y entonces estaré en la ruina y no tendré más solución que tirarme al pozo.

Johnny le aseguró que Norte no dejaría de pagarle varias decenas de miles de libras, ya se ocuparía él a principios de febrero de que le pagara varias decenas de miles.

Después de desuncir y estabular los bueyes, fue a reunirse con la

mujer en la cocina. Estaba todavía en el umbral, encogida y sorbiendo, y Johnny sintió un enorme remordimiento por no habérsele ocurrido en uno cualquiera de tantos días de tedio y soledad coger una escoba y barrer el montón de añicos.

—Johnny, ¿te acordarás de mí siempre, incluso cuando se haya terminado todo y tú te hayas convertido en un gran hombre en tu ciudad?

La noticia se esparció a la velocidad del rayo por toda la colina y Johnny oyó acercarse las voces de los visitantes y sus pisadas crujientes en el hielo. Salió, vio que subían por todas partes con utensilios, envoltorios y saquitos, incluso con niños, y les hizo señas de que entraran. La vieja había levantado del suelo la menos rota de sus sillas y se sentaba en ella como en un trono, con un pañuelo en la nariz y los ojos apartados de la puerta. La gente entró, mostró en silencio los regalos y las ayudas, lo depositó todo y luego habló con voces serenas y miradas sobrias.

—No es mucho, pero usted conoce estos tiempos igual que nosotros. Por favor, pónganos cara de alivio, que a una mujer de su edad y de su experiencia no hay que enseñarle que lo que cuenta es la vida, no las cosas, porque las cosas se recuperan, y usted la vida la ha salvado.

—He pasado mucho, ya lo creo, de todo he pasado —suspiró ella —. Me han procesado y se han atrevido a decir que merecía la muerte solo porque daba techo y comida a muchos chicos buenos como este aquí presente. ¡Cuánto he pasado!

—Ahora ya ha salido —dijo un viejo— y luego le darán la medalla.

—¿Y de qué le sirve la medalla a una mujer completamente arruinada?

—No hable así, patrona —dijo el aparcero de la Serra dei Pini—, que eso es casi blasfemar. Piense en los que por hacer exactamente lo mismo que usted han visto su casa incendiada y a los suyos muertos.

Luego las mujeres jerked out a los hombres y se pusieron a barrer, a limpiar y a ordenar. La vieja hizo intención de levantarse y unirse a la tarea, pero las otras volvieron a sentarla.

—Y alégrese, que ya ha pasado todo.

—No puedo, no puedo alegrarme. Todo se parece mucho a

cuando me quedé viuda.

Cuando acabaron y se fueron, dejándolo todo limpio y ordenado, la gaping desnudez de la habitación depredada se hizo más triste y evidente. Comieron los dos solos de lo que habían preparado las mujeres.

—¡Ojalá tuviera ahora a mi perra! Por favor, Johnny, coge las pistolas y sal a ver si está todo tranquilo hasta donde abarcan tus ojos.

Las cogió y salió, recorrió en círculo toda la cumbre de la colina, hundiendo la mirada en los cañones y nivelándola con las crestas, y por todas partes, desde las más cercanas hasta las llanuras más alejadas, ocultas por vapores fríos y densos, reinaban un silencio y una paz absolutos, casi sagrados. Regresó lentamente, saboreando de antemano el largo relato de la mujer, y durante todo el camino experimentó él también una enorme nostalgia de la perra.

La oscuridad de la noche como boca de lobo lo acorralaba todo, ya habían cenado con los restos del mediodía y la mujer no acababa de vaciar el saco.

Sí, Ettore había sabido dominarse durante el proceso, pero ella, que estuvo todo el tiempo a su lado, vio que tenía los ojos fuera de las órbitas y que el corazón le latía en la garganta. No, no le habían pegado, por lo menos en las partes visibles. Le costaba mucho responder porque la garganta se le había puesto peor. ¿Llamarlo proceso? Todos eran de los suyos: jueces, acusadores y defensores, todos oficiales, y lo llevaban como si fuera un juego, más que nada sonriendo o riéndose. En cuanto a ella, enseguida se había visto en un aprieto con el italiano que hablaban, dijo que entendía poco o nada y le respondieron que fingía, que era una bruja campesina, fea y pérfida, se pusieron furiosos y hasta su defensor la maltrató. A ella le cayeron ocho años y a Ettore la pena de muerte, aunque no con ejecución inmediata. Se dieron prisa a separarlos. La llevaron al Seminario Menor («fíjate el uso que dan a un seminario, Johnny»), donde pasó todo el tiempo de su encarcelamiento rodeada de soldados rasos, casi ninguno malo y alguno muy bueno, pero ella sufría de un modo horrible pensando en su casa, en su edad y su destino y en Ettore, condenado a muerte. Además, estaba a disgusto entre tanto hombre, porque cuando se la llevaron presa aún no se había puesto las bragas. Los guardias no eran malos y hablaban de

buen grado, alguno suspiraba y la miraba de reojo con mucha indecisión, como si quisiera abrirse con ella, pero en todas las ocasiones callaba y lo dejaba para más tarde. Supo que la tropa apreciaba al coronel comandante y que temblaba por él y por ella. Ella lo vio una vez que pasó de inspección, era un hombre mayor de hermosos cabellos blancos, ojos tristes y boca desesperada. A su hijo lo habían matado en Lombardía los compañeros lombardos de Johnny y era él quien firmaba las órdenes de fusilamiento y los manifiestos que avisaban a la ciudadanía de que la ejecución se había llevado a cabo. No obstante, los soldados decían que era el mejor de los jefes y de los hombres, un caballero y un padre de familia, pero sus días estaban contados y la tropa temblaba y hasta lloraba por eso. Los oficiales menores, un capitán y un mayor que lo juzgaban demasiado débil y protocolario, se habían puesto de acuerdo para denunciarlo ante el alto mando, que pensaba destituirlo cualquier día, por tanto el mando quedaría en manos de aquel mayor y de aquel capitán. Dos tigres, según los soldados, que no los querían y hasta temblaban a su paso.

—Tendrías que matarlos a los dos, Johnny.

Un soldado de Como o de los alrededores se había hecho íntimo de ella, la llamaba abuela con toda seriedad y vigilaba para que nadie la maltratara, la deshonrara o la engañara en el rancho. Ella solo le rogó que la avisara de si iban a fusilar al partisano Ettore y cuándo, y él se lo prometió, pero el último día no le había dado ningún aviso, así que Ettore estaría aún vivo.

En cuanto a la comida, era la misma y en igual cantidad que la de ellos, pero se moría de frío.

—El fuego no servía para nada, Johnny, porque dependía del edificio, de la propia construcción. Ahora comprendo por qué la mitad de los clérigos acababan tísicos antes de vestir la sotana. He pasado mucho frío, y eso que no escaseaba la leña, piensa que han cortado todos los árboles de la circunvalación. Si mirases ahora la ciudad, Johnny, la verías fea e infeliz como una joven rapada.

—Quizá podría decirme algo de esas explosiones que llegan hasta aquí desde hace dos días.

—Disparan, Johnny.

—Ya sé que disparan, pero ¿contra quién?

—Disparan contra el hielo del río, porque se ha congelado y el

transbordador no funcionaba, así que se pusieron a lanzar morterazos contra el hielo. Por favor, Johnny, echa otro vistazo fuera.

Paz y noche, y el hielo que se deshacía glowing disgracefully and drearily, pero paz.

Los dos últimos días se la habían llevado al internado. Johnny conocía aquel sitio, desde luego, que era tan frío y estaba tan lleno de corrientes como el seminario. A ella no le gustó el traslado, primero porque se devanaba los sesos temblando por el posible motivo y segundo porque allí había algunos partisanos condenados a muerte, cada cual esperando la suya. Se pasaba la noche sin pegar ojo y solo a pleno día era capaz de echar un sueñecito —los guardianes no la regañaban por eso— y siempre rezaba para que allá arriba Johnny y los suyos no les hicieran un muerto a los fascistas.

—Porque entonces nos llevarían a todos por delante. Había un compañero tuyo con un dolor de muelas bestial y un flemón tan grande que me dolía a mí con solo vérselo, pero estaba tan concentrado en la idea de su fusilamiento que soportaba bastante bien el tremendo dolor. De cuando en cuando entraba uno de los soldados de sanidad y le daba un Piramidón y una palmadita en el hombro. Pero una noche, la penúltima mía, vino un sargento a llevárselo y él se levantó, nos dio las buenas noches a todos los que nos quedábamos y ya en la puerta se giró para decirnos: «Dentro de media hora tendré la muela como nueva». Y todos nos echamos a llorar, porque la mayoría éramos viejos, rehenes de la ciudad y gente del campo culpable como yo de daros techo y comida. Toda la noche oía las toses y los gemidos debajo de aquella condenada bombilla siempre encendida.

La penumbra era ya tal que el plato se había convertido en una mancha blancuzca, pavorosa, y Johnny se levantó para encender una de las velas que habían llevado los vecinos. Volvió a sentarse y rogó a la patrona que continuara. La mirada de ella se hacía más fija y recogía toda la luz de la vela.

—Podría estar toda la noche contándote y aun así me daría el mediodía, pero ¿sirve de algo? A ti personalmente lo único que te sirve es no dejarte coger, pero te diré algo más: yo tenía siempre la mente fija en mis bueyes y en mi carro y siempre preguntaba a los

soldados. Me respondían que estaban en las cuadras junto con sus propios caballos, mejor tratados de lo que se merecía la dueña. La perra no me preocupaba demasiado, porque sabía que los tenía entusiasmados a todos, oficiales y soldados, incluidos el mayor y el capitán de marras, y que a la hora del rancho le daban kilos de comida. Sin embargo, la echaba mucho menos, sobre todo cuando se hacía de noche, y aquellos cabrones siempre se la llevaban fuera para jugar y divertirse con ella. Hasta que esta misma mañana uno con graduación vino a despertarme y me sacó al patio. Enseguida lo comprendí todo porque al bajar vi mi carro con los bueyes uncidos y vuelto hacia la salida. Me hicieron señas de que subiera al pescante y guiara a los animales, cosa que hice como en un sueño y bajo la mirada de los oficiales que había en los balcones, y un guardia armado hasta los dientes que me abrió la puerta de carruajes. Dos soldados me escoltaron hasta el puesto de control: uno, después de insultarme todo lo que quiso, se adelantó para acelerar a los animales, y el otro, que no se había movido, encontró el tiempo de decirme en voz baja: «Señora, grábese mi cara en la memoria, sálveme de los partisanos, tenga una buena palabra para mí y deme refugio. No me importa que los partisanos me pateen hasta desfigurarme si me dejo caer por la zona de ustedes, con tal de que no me quiten la vida. Estoy harto, especialmente ahora que se va el coronel, y dentro de unos días desertaré». Yo asentí un poco con la cabeza y pasé rápido el puesto de control con todos insultándome detrás, incluido el que se acababa de encomendar a mí.

Se levantó, aunque tan encogida que a punto estuvo de quemarse el pelo con la vela.

—¿¡Pero entonces por qué me han echado ocho años!?

Johnny respondió que, si ganaban la guerra, la buscarían y le harían cumplir la pena.

—¡Virgen de mi vida! ¿Y la ganarán?

Se echó a reír y le dijo que no.

—¿Y ahora qué haces, Johnny?

—Salgo y me voy a dormir a otra parte.

—Lo siento, pero conviene, ¿sabes? La próxima vez me fusilarían sin remedio.

Estaba en el umbral desgoznado, frente al frío mortal y el gran

caos ventoso.

—Hace un frío de muerte —dijo ella—. Yo no estoy en condiciones de prestarte ni un trozo de manta y tú no has nacido para estas privaciones. ¿Dónde piensas dormir?

—Abajo, cerca del torrente, en una alquería cuyo perro guardián sé que ha muerto y aún no lo han sustituido. Así me subo al henil sin llamar y la gente no se asusta.

Le dijo que volviera al día siguiente para comer un bocado y ayudarla un poco, a condición de que mirara alrededor a cada paso. Y Johnny se introdujo en el hielo y en las tinieblas y en la mainstream del viento. El helor de las armas le quemaba las manos, el viento lo empujaba por detrás con una mano inintermitente, brutal, defenestrante, y los pies le bailaban peligrosamente en el hielo afilado. Sin embargo, él amó todo aquello, la noche y el viento, la oscuridad y el hielo y la lejanía y la desolación de su destino porque eran los solemnes y vitales atributos de la libertad.

Cuando se despertó por la mañana, los brazos congelados no fueron capaces de levantar al primer golpe el montón de heno bajo el que había dormido toda la noche. Repitió el esfuerzo y vio el mugriento envigado del henil y el cielo. Era de un gris espectral, incrédulo de sí mismo y de la vida, un día que su propio Creador habría tirado a la basura. Luego sintió una sequedad excepcional en la garganta y una intolerable presión en el pecho. Trató de toser para liberarse, pero la explosión no tuvo lugar. Dentro del pecho notaba una viscosa yuxtaposición de diafragmas metálicos; por fuera, estaba como si se lo hubieran pateado toda la noche. «Estoy perdido —pensó—, voy derecho a la tisis. Sí, me gustaría estar tuberculoso e ingresado». Se imaginó el lugar, un sanatorio a medio camino entre Suiza y el cielo, y la visión fue de tanto efecto que lo empujó con una dulce firmeza a echarse de nuevo en el heno. Soñó con su alcoba, deliciosamente pintada de amarillo claro, no más grande que un camarote y con una única apertura en forma de ojo de buey, limpísimo y de doble cristal, a una temperatura de veinticuatro grados; su pijama de seda malva y las babuchas de tafilete blanco; un fonógrafo con diez discos y un par de libros, Malory y Propercio. La puerta se abría sin hacer ruido, entraba la enfermera rubia y asexuada y le decía sonriendo que se preparara para una deliciosa inyección; y naturalmente, la exquisita y

company-making febrícula. Sus diafragmas internos chocaron de un modo terrible, la garganta se le quebró de pura sequedad, luego algo se estrelló y rechinó dentro de él, como si su cuerpo estuviera hecho de chatarra. Se le había parado el reloj, pero podían ser las seis pasadas, a pesar del cielo indescifrable. Oyó entonces el ruido estridente de una sierra, y espiando abajo, a la izquierda, vio a un hombre que serraba madera helada con una sierra helada en el rincón más helado de su helado patio.

El hombre no advirtió su presencia ni su pernoctación hasta que Johnny se tiró al suelo; entonces, grinned de impotencia al partisano sin pedir explicaciones y volvió a inclinarse sobre su herramienta, johnny vagó un poco por las placas de hielo crujientes, tan asqueado del hielo como del cielo y del día.

—¿Puedo echarle una mano? —preguntó al campesino.

El hombre se detuvo. En su voz se mezclaban la desconfianza y la avaricia.

—¿Esperas comer a cambio? Comprenderás que yo…

—No, solo quiero quitarme un poco el frío, ¿puedo?

Se acercó y serró con el hombre, a dos manos, un montículo de madera helada, casi mineralizada. Cada vez que atisbaba de reojo la casucha, captaba en la ventanita la mirada dura y fija de una mujer joven destrozada por la miseria que sostenía en los brazos un bulto de lana vivo.

Eran las nueve y el cielo estaba aún más gris cuando Johnny dejó el patio y comenzó a subir por los bosques en dirección a la Langa, acumulando desvíos para atrasar la llegada. Los labios agrietados, hinchados y sear le molestaban de un modo terrible y él se los humedecía de continuo, hasta no poder más. Al fin sonaron las once en el campanario de Benevello, puso el reloj en hora y se encaminó a la casa, cuyo tejado despedía una tenue voluta de humo apenas visible. En vez de atravesar el patio, se encuadró en la ventana de la cocina que daba al camino de la cresta.

—Soy yo. ¿Todo bien?

—Da un buen vistazo por ahí y luego entras. He pasado una noche horrible soñando todo lo que te conté. ¿Te lo puedes creer?, todo con pelos y señales.

Estaba cocinando opíparamente. Unas gruesas tajadas de carne se freían en abundante aceite de avellanas del que los vecinos le

habían regalado varias botellas.

—Ya he mirado bien por todas partes y no hay nada. ¿Tengo que sacar agua del pozo?

Se puso a ello. Había girado la polea para estar de frente al camino y las armas le pesaban al mover la espalda. Yendo al establo con el cuarto cubo, oyó un jadeo y un raspar de patas y en ese momento la loba lo adelantó como una tromba, dando un solo ladrido, grueso e instantáneo como un toque de claxon, para luego, escurriéndose en el hielo, irrumpir en la cocina, de la que inmediatamente salió un grito de reacción al milagro. Johnny se olvidó del cubo, corrió a la cocina y se tiró con la vieja sobre aquella mezcla de pelo y ansiedad, y abrazando al animal se abrazaban el uno a la otra y las manos de él corrían indiferentemente por el pelaje de la perra y los cabellos de la vieja.

—¡Se les ha escapado! —gritaba ella en el colmo de la felicidad y de la fe—. ¡Se les ha escapado! ¡Mi pequeña loba no ha equivocado el camino, el mismo Dios la ha guiado! El corazón me lo decía, Johnny, pero no lo exterioricé por superstición. Mi lobita, ahora mismo te doy toda la carne que se está friendo. —Hizo un intento de levantarse para servirla, pero volvió a caer de rodillas porque no estaba saciada de abrazos y festejos. Johnny le cogió las patas delanteras, heridas e hinchadas después de tantas horas de galope, y se las arrimó a las mejillas con amor y gratitud.

—Todo el mundo tiene que enterarse del milagro de mi perra —dijo la vieja—, todos los habitantes de las colinas.

Pero luego reflexionó y dijo que solo convenía que lo supieran los que por causalidad la hubieran visto regresar. Cogió una tajada de carne y se la dejó en las losas, cerca del morro; todavía jadeaba como si estuviera en coma, pero era una agonía de felicidad y de victoria, y al mismo tiempo contemplaba con los ojos entrecerrados la rica carne a su alcance sin adelantar el morro un solo milímetro. Johnny y la mujer, que estaban de rodillas, extenuados de amor y de sorpresa, se dieron cuenta de que la perra llevaba un magnífico collar nuevo de cuero y metal, que sin duda le había comprado un oficial fascista en alguna tienda de la ciudad. La patrona dijo que se lo dejaría para siempre, como un recuerdo y una condecoración, porque era tan lujoso que ella jamás habría podido comprarle uno igual.

Comieron los tres. Johnny se levantaba cada poco tiempo para vigilar los alrededores, y la perra estaba ya tan recuperada y tan hecha al ambiente que lo seguía de buena gana en todas las salidas.

Después de un reinado de nubarrones caóticos, el sol, aún muy lejano, hacía esfuerzos descomunales para regalar una gota de luz a un hijo suyo tan desgraciado como aquel día. Se diría que deseaba bautizarlo antes de que se le muriera. Así, la luz no traspasaba, sino que se traducía en una difusión de severa vivacidad que hacía relucir al hielo con un aura gris azulada, dura y hermosa. Tras la gran comida de celebración, la perra se había hecho un ovillo, pero cuando Johnny salió a la colina para vigilar y matar el tiempo, se levantó en el acto y se puso detrás de él, como si quisiera prolongar la gigantesca libertad que había disfrutado durante todo el día. Johnny obtuvo el permiso de llevarla consigo, a condición de ir por los lugares más inhóspitos y desiertos. Se comprometió y dijo que volvería en cuanto oscureciera.

Partieron hacia el altísimo y pastry-looking knoll del Boscaccio y por el camino Johnny habló mucho con la perra y le formuló un montón de preguntas y la quiso por haber regresado, por su compañía y por el porte de la cabeza y del rabo. En vez de subir hasta la cima, la rodearon para alcanzar una silla desde la que se veía lo mismo. Johnny se detuvo y miró a su alrededor, aunque a la perra no parecía que le gustara la parada. Y fue así como la escena entera pasó por delante de sus ojos.

Capítulo 37

Invierno (VII)

Asomaron por la última curva de la carretera de Berria, eran una veintena de fascistas, enanos grisverdosos encapados de grisverdoso y con andares guiñolescos sobre el fondo helado. Johnny miró desde lo alto y, pasada la primera excitación, se sintió intrigado por lo exiguo de la compañía y su insólita dirección. No podía ser más que un destacamento del poderoso presidio asentado desde noviembre en Cravanzana con el objetivo de cortar en dos el distrito partisano; en cuanto a su destino, tanto podría ser la ciudad como una excursión contra la rigidez invernal del alma y el cuerpo, hasta ese punto habían llegado a ser dueños y señores de las colinas. Apenas tuvo tiempo de chascar los dedos para que la perra se ocultara como él, porque en la carretera perpendicular a la de los fascistas, cubierta por una duna de nieve, aparecieron dos partisanos que no eran otros que Iván, Luis y un tercer personaje, crío o enano. A pesar de la distancia veía con toda claridad que los dos bromeaban con el pequeño animándolo a correr y daba la impresión de que se lo estaban pasando de miedo en tan extraordinaria compañía. Iván, dado lo superior de su zancada, adelantaba a los otros dos no menos de cinco pasos, y a cinco pasos estaba de doblar la duna que cubría a los fascistas que avanzaban ignorantes pero alertas a todo. No servía para nada disparar al aire en señal de alarma y Johnny ni siquiera habría podido, dado lo espantosamente geométrico de la situación. Iván se detuvo un momento para esperar a que los otros llegaran a su altura y volvieron a formar la alegre pandilla, con las manos lejos de las armas, mientras doblaban la duna.

El crío dio un chillido, Iván fue el primero en disparar con una

pistola y uno de los fascistas se tambaleó como una desequilibrada marioneta con los pies de plomo. Luis disparó también con su pistola, los fascistas dispararon todos a la vez y el crío chillaba de nuevo. Iván y Luis gritaron, los fascistas gritaron también. El pequeño era ya un squirm en la nieve, Iván y Luis aún se mantenían de pie, con las rodillas cediendo solo por grados. Sin dejar de gritar, los fascistas volvieron a disparar y se quedaron con las cabezas tendidas en paralelo a las armas apuntadas, hasta que las bajaron cuando los dos partisanos yacieron largos e inmóviles en la nieve.

Se diseminaron por los alrededores de la carretera, en el apogeo del éxito y del temor, mirando como obsesos el entorno y las colinas, apuntando las armas en todas direcciones con gestos bruscos y locos. Su oficial examinó con prisa a Iván, se acercó a Luis, le dio el golpe de gracia y se dirigió al crío que se puso a chillar y a patalear. Luego los soldados llegaron hasta los muertos y se inclinaron sobre ellos para despojarlos de las armas y de todo posible emblema partisano y volvieron a formar un eléctrico y epiléptico cuadrilátero.

La perra fue a restregarse contra las piernas de Johnny con tanta impaciencia y afecto que estuvo a punto de tumbarlo en la nieve. Se produjo un silencio horrendo y fascinante, la distancia era de tal calibre que los fascistas no parecían más que espectros concretos sobre un fondo de musgo blanco. Johnny parpadeó y los fascistas se hicieron algo más precisos, pero aún mucho más Iván y Luis. El chillido del crío le llegaba como el canto breve de un fugitivo pajarillo negro. Los fascistas continuaban ebrios de éxito y de temor mientras el oficial se acercaba al hombre herido por Iván, sentado en un saliente nevoso para cuidarse el brazo. Entonces, siguiendo la orden del oficial, formaron una columna, hubo una especie de consulta y se fueron por donde habían llegado; sus pies solo aceptaron un instante el paso de marcha, porque luego todos juntos se lanzaron a una carrera auténtica, mirando locamente a su espalda y todo alrededor, seguidos por los chillidos del crío. Johnny se tiró al campo que estaba al lado, donde la nieve tenía la dureza suficiente para no hundirse y corrió lateralmente para llegar a verlos en perspectiva más allá de la curva que se los había tragado, pero ya habían pasado el breve trecho que quedaba a la vista. Se tiró hacia la media ladera, pero allí se hundió hasta la rodilla y la

perra hasta el pecho. Volvió a la nieve más sólida y estudió la posibilidad de una zona de descenso más directa y practicable. Reinaba el silencio, pero los disparos mortales continuaban suspendidos sobre todas las cosas, como incorporados en los carámbanos que colgaban en el aire.

—Vete a casa, loba, tú conoces el camino. —Y le dio una palmada por detrás para encaminarla, pero el animal no hizo caso y lo siguió en el descenso.

Bajaba en zigzag, directo al negro montón, inmóvil en sus dos tercios y agitado en el restante sobre el fondo blanquísimo, y cuando la bajada se hizo más escarpada y cegadora se guio por los gemidos del pequeño. El silencio era más profundo que nunca, pero el oído experto de Johnny podía enuclear a su alrededor el lento y furtivo despertar de todos los campesinos. Uno de ellos se asomó desde el cañizo de un patio.

Johnny saltó a la carretera, seguido de la perra. El niño dejó de llorar y de pronto volvió la cabeza hacia él. Tenía poco más de diez años, pero su cara representaba más a causa de las pecas, las arrugas del sufrimiento y los ojos duros y avisados. Una de las balas le había traspasado una pantorrilla y la sangre manchaba el calcetín de lana negra.

—¡Tú eres un partisano! —gritó—. Déjame en paz. Me han herido por culpa de esos dos y ahora me matarán por culpa tuya. Vete de aquí. —Y blasfemó como un adulto.

Johnny pasó de largo y se arrodilló a contemplar a Iván y a Luis. El viento lamía los matojos que sobresalían de la retícula de nieve produciendo un sonido de extrema sequedad. El pequeño volvía a llorar, pero Johnny no le hacía caso, estaba absorbido en la contemplación de aquellos dos con una capacidad creciente de identificarse con ellos:

«You’ve
been so clever», musitó, y hábiles también, sí, en aquellos escasos segundos en los que habían podido hacer algo, su último algo. El niño pedía ayuda pero en otra dirección, y se oyó acercarse por el hielo un paso tranquilo. Se trataba del campesino salido del cañizo. Johnny se puso de pie y le ordenó que trajera un carro.

—No tengo, mi casa está muy lejos.

—Ve a la más cercana y coge uno. Si no quieren, amenázalos en

mi nombre.

El campesino se marchó y Johnny se dirigió al pequeño.

—¡Fascistas y partisanos! ¡Ojalá se les secaran los ovarios a vuestras madres! —gritaba.

Se palpó un bolsillo del que sacó una pitillera metálica abollada por una bala.

—Me ha salvado —dijo haciendo una mueca—. Ahora me gustaría ver a mi padre regañándome porque fumo. ¡Ay si no llego a tener este vicio! La pitillera me ha salvado el corazón. ¡Oh, haz algo por mi pierna!

Algo crujió en lo alto, frente a Johnny, que al levantar la cabeza vio en el último borde a tres hombres de Benevello, agazapados y mirando fijamente. Les indicó que bajaran a echar una mano; así lo hicieron y el primero en llegar, el molinero de Manera, preguntó si al menos se habían defendido.

—Por supuesto, han disparado los primeros —dijo Johnny secamente y les ordenó que se ocuparan del carro.

Fue a estudiar el camino de la victoriosa retirada de los fascistas. Ante el blanco desierto de la última curva, su corazón heaved and swelled de la necesidad de sangre. En aquella curva el viento se escabullía como una serpiente sibilante y letal. Al apartarse vio subir por un cañón el carro, donde el hombre de la cabeza oscura urgía al animal con una voz ronca y amedrentada. Levantaban del suelo al niño, que ya estaba en los brazos capaces del molinero. La perra caracoleaba por los alrededores y ahora se dirigía al carro. Johnny se echó el Sten a la espalda y abrazó el largo, huesudo y pesadísimo cuerpo de Iván. Un campesino lo ayudó a tender en el carro primero a Iván y luego a Luis, todo bajo la dirección del molinero, grimly y triunfante por su fuerza física y experiencia en el manejo de cadáveres. El niño se revolvía, no quería que lo cargaran en el carro con los muertos, blasfemaba y pretendía que los hombres grandes y gruesos lo llevaran a casa sobre sus hombros.

—Son muertos, no muerden —dijo el molinero—. Además estamos nosotros. —Y lo puso en el carro sobre un estrato de paja —. ¿Cómo demonios andabas con dos partisanos en estos tiempos y por estos caminos peligrosos?

—Llevábamos el mismo camino. Yo me había escapado de casa y me iba a Borgomale a jugar a las cartas con los amigos. —Se palpó

los bolsillos y sacó una mugrienta baraja, la suya personal—. Que sepáis que soy terrible con las cartas, sea cual sea el juego, y allí en Borgomale tengo mis inocentones. Hoy necesitaba dinero para tabaco.

El carro arrancó. Johnny fue a explorar los barrancos y las crestas, llenos de campesinos inmóviles, duros, oscuros y no más expresivos que unas estacas de viña. El molinero, una vez terminada la organización del asunto del carro, se acercó a Johnny en la retaguardia.

—Alguno de vosotros llevará sin duda la contabilidad —dijo—. Así que debéis saber que tenéis un pasivo horrible. ¿Puedo decirte una cosita luego, Johnny?

—Puede. En cuanto a lo del pasivo, no es difícil de entender. Ellos están en condiciones de prendernos y matarnos sin reservas ni escrúpulos. Nosotros no, porque ese bendito uno que somos capaces de capturar debe mantenerse vivo y cuidado para cambiarlo por nuestros presos y condenados a muerte en la ciudad.

El crío estaba alcanzando el ápice del descaro y el exhibicionismo.

—¿Alguno de vosotros podría abrirme la pitillera del disparo y prepararme un cigarro con las colillas? —preguntaba agarrado a un adral del carro.

Uno de los hombres lo intentó, pero no pudo levantar la tapa abollada. Johnny sufrió un tremendo ataque de tos que lo dejó enrojecido y desmoralizado.

—Luego te hablo de esa cosita —dijo el molinero.

Benevello apareció a la vista con la mole de la iglesia tan tétrica en la tarde como un puerto temido; una muchedumbre rígida, negra e inmóvil guarnecía los parapetos ventosos. Algunos hombres bajaron al encuentro para ser los primeros en ver y ayudar. En el sendero de su casa, descargaron al pequeño del carro y lo llevaron a la espalda entre los aplausos y las palabras de ánimo de los hombres que lo habían escoltado.

El carro llegó a la plaza por encima y a través de unos bancos de hielo a prueba de bomba. Las mujeres bajaban de los balcones para los primeros plañidos. Los descargaron debajo de los soportales del Ayuntamiento y los tendieron sobre las tablas y los caballetes allí almacenados para los días de mercado. El secretario del

Ayuntamiento, un joven rubio pajizo y balbuciente que llevaba gafas, dijo que los meterían en ataúdes lo antes posible.

—Se entiende que el Ayuntamiento los pagará. Una vez dentro, los llevaremos a la iglesia para honrarlos como es debido.

Echó un vistazo temeroso a los dos cuerpos ya sumidos en la sombra creciente. Las mujeres suspiraban, lloraban y musitaban letanías. El molinero —tan grueso, tan activo, tan vicario— les dijo:

—Aquí os moriréis de frío, mujeres. Volved a casa mientras nosotros los metemos en los féretros. Cuando estén en la iglesia, os llamaremos para que los lloréis un poco a cubierto, ¿os parece?

Las mujeres obedecieron, aunque lentas y remisas, por eso las empujó a casa con la urgencia de sus brazos potentes y apacibles. Mientras lo hacía, llegó a sus pies la perra loba.

—¿Y esta quién es? ¿No es la loba grande de la Langa? Aunque puede que no, porque los fascistas se la quedaron en la ciudad.

—Se les escapó —dijo Johnny.

—Fantástico, era de esas. Siempre he tenido debilidad por esta perra. Así que te has escapado, ¿eh, loba? Por lo menos tú sí, tú que eres solo un animal.

El secretario se acercó de nuevo a Johnny y le dijo que se dirigía a él en calidad de único partisano presente y localizable.

—Creo que sus dos compañeros no tendrán cerca a las familias. Si no yerro, aquí nadie conoce siquiera sus direcciones y sus nombres verdaderos, razón por la cual no podemos avisar a los familiares para el entierro. En este estado de cosas, propongo, y me inspira únicamente la seguridad del pueblo, propongo enterrarlos esta misma noche. Naturalmente, no estarán kept short de toda clase de ceremonias y formalidades.

Johnny asintió y el secretario fue a hablar con una de las mejores familias del pueblo, dijo, que sin la menor duda los acogería a los dos en la tumba familiar hasta el día de la victoria.

De nuevo se oyeron pasos en el hielo. Era Puc, un hombre de Norte, mitad guardia de corps y mitad correo. Reconoció a Johnny y se acercó a él.

—Me envía Norte. ¿De verdad están muertos? ¿Iván y Luis?

Johnny le indicó los soportales, Puc se acercó a mirar, blasfemó en voz baja y regresó.

—Dile a Norte que yo he visto cómo los mataban y si lo necesita

le daré un informe en la primera ocasión. Y dile también que el treinta y uno de enero es una fecha absurda.

—¿Qué quieres decir?

—Tú no te preocupes, él lo entenderá.

Johnny se apoyó en una pilastra de los soportales y el molinero se acercó a preguntarle en qué pensaba.

—En la suerte que tengo y en lo poco que me la merezco.

Hasta aquel momento la suerte había querido que él no se insertara en aquel esquema geométrico. Había caminado, se había detenido, había ido aquí y allá, había dormido y velado, había elegido inconscientemente un camino y una hora en lugar de otra, todo igual que Iván y Luis, exactamente igual que los otros muertos del invierno y de la desbandada. Pues bien, el insecto mortal, que apenas había aleteado sobre sus cabezas, clavó su aguijón mortal… en ellos.

—Es cierto que tienes suerte, Johnny; si es inmerecida, eso no lo sé. Pero tienes inteligencia suficiente para comprender que la suerte también se acaba. Y ahí está precisamente el meollo de lo que quería decirte, aunque no aquí por consideración a la salud de mis pulmones. Baja a mi molino y llama a la perra para que te siga.

La cocina del molino era el local más cálido de todos los que Johnny recordaba; las mujeres estaban preparando la cena y sumergían unas lasañas hermosas y séricas en un caldo denso y rico. La perra se apresuró a sitiar la mesa para enojo de la molinera, que, al contrario que su marido, era flaca y quejica. Los dos hombres se sentaron con los pies en la ménsula de la estufa, de modo que la nieve se derritió y desapareció en un segundo.

—Yo soy un ignorante, es verdad —comenzó el molinero—, y como tenemos un poco de tiempo voy a tratar de explicarte por qué y hasta qué punto lo soy. Nací en la ignorancia y en ella me educaron de niño, pero al hacerme un chaval no quise quedarme ahí, al contrario que todos los que nacen y viven en estas altas colinas, y luché, me revolví y luché contra la ignorancia, y aún lucho. Baste con decirte que a pesar de trabajar en este oficio de poca monta y de vivir en estos parajes, nunca he dejado de leer el periódico a diario, naturalmente hasta que el coche de línea y el correo dejaron de funcionar. Siempre leía tres veces la misma página para hacerme una idea de los hombres, de los hechos y del

mundo. —Aquí dirigió una mirada polémica y provocadora a la mujer—. Quiero decir que soy un hombre sensato dentro de mis limitaciones y que debes sopesar en consecuencia mis palabras, sobre todo porque salen del corazón.

Johnny se hallaba en un estado de absoluto vacío mental, prácticamente sordo y ofuscado por la elevada temperatura y el aroma de la rica sopa.

—Continúe —dijo soñadoramente al tiempo que chasqueaba los dedos a la perra para disuadirla de cometer alguna fechoría.

No obstante, las palabras eran sencillas y del todo intuitivas. Iván y Luis, asesinados ese día, eran los primeros de la serie, y aún quedaban sus buenos dos meses de aquel invierno especial.

—Os están haciendo caer como a los pájaros de las ramas, y tú, Johnny, eres el último pájaro de nuestros árboles, ¿verdad? Tú mismo admites que hasta hoy has tenido suerte, pero la suerte se acaba y se acabará sin remedio antes del treinta y uno de enero. Entonces, ¿por qué seguir de acá para allá con el uniforme y las armas, ayunando y dando diente con diente? Parece que lo buscas, que te preparas para que te cacen. —Juntó con mucha compostura sus manos fuertes—. Hazme caso, Johnny. Has cumplido con tu parte y tienes la conciencia tranquila, por tanto déjalo todo y bájate al llano. No para entregarte, Dios nos libre, porque además ya es tarde. Pero un chico como tú tendrá seguramente parientes y amigos que puedan esconderlo. Un escondite hasta que acabe la guerra, donde comer, dormir y disfrutar del calorcito y… —soltó una risita y bajó la voz— y recibir alguna vez la visita de una amiga de confianza, que será la única que conozca tu dirección.

La mujer, las manos ocupadas por los utensilios de la cocina, los vigilaba de reojo con desaprobación y rabia contenida; era evidente que por dentro criticaba la actitud de su hombre. Johnny le leía el pensamiento como si lo llevara escrito en la frente: «¿Qué narices está rajando ese idiota de mi marido sin pensar lo que dice y sin que nadie le haya pedido su opinión? Estos chicos armados nunca se sabe cómo van a reaccionar. Al demonio ese idiota de marido mío y ese odioso jovenzuelo armado que se ha traído a casa». Johnny le dedicó un atisbo de sonrisa para mantenerla tranquila y callada, pero la sonrisa acabó aterrizando en la nariz del molinero, que se la devolvió, convencido del éxito que ya veía perfilarse, y

retomó el discurso con una elocuencia más rotunda.

—Veo que comprendes lo que digo. Por otra parte, ¿para qué serviría? Tú lo sabes mejor que yo y eso que no me pierdo ni una trasmisión de Radio Londres, pero ni una sola. Los aliados están detenidos en la Toscana con la nieve hasta las rodillas, y la situación les permite a los fascistas haceros caer de las ramas como a los pájaros, ya te lo he dicho antes. Con el deshielo, los aliados se moverán y entonces darán el gran golpe, el bueno, y ganarán sin necesidad de vosotros. No te ofendas, pero convendrás conmigo en que los partisanos sois a gran distancia la parte menos importante del juego. Entonces, ¿por qué reventar esperando una victoria que vendrá lo mismo sin vosotros y al margen de vosotros?

No cabía duda de que hablaba con el corazón y hasta puede que quisiera ahorrarse la pena, si no el trabajo, de ocuparse de Johnny como aquel día se había ocupado de Iván y de Luis. Aquella noche ciertamente estaría entre los más activos y los más eficaces del entierro. Así que Johnny se limitó a sonreírle y a levantarse llamando a la perra. El hombre lo siguió hasta la puerta con bastante ansiedad.

—¿Qué me dices, Johnny?

Johnny levantó el cerrojo.

—Me he comprometido a decir que no hasta el final, y eso sería un modo de decir «sí».

—¡No, que no lo es! —gritó el molinero.

—Lo es, es una manera de decir que sí.

Al otro lado de la puerta la noche gélida esperaba como una fiera al acecho. La perra se agitó un momento entre las piernas de Johnny.

—Quédate a cenar algo con nosotros, por lo menos —dijo el molinero.

Pero Johnny ya había desaparecido en las tinieblas.

Un aire polar, procedente de los cañones situados a la izquierda, barría su camino, obligándolo a resistirse con todas sus fuerzas para no rodar hasta el barranco de la derecha. Todo, incluso la mordaza del frío, la furia del viento y la vorágine de la noche, concurría para hacer más profundo su orgullo: «¡Yo soy el pájaro que no caerá jamás, yo soy ese pájaro único!», pero enseguida se arrepintió y soberized, porque le pareció ver en un cerco de luz diurna las

mejillas grises y pétreas de Iván y de Luis distendidas en una sonrisilla knowing y moderadamente crítica. Gritó para meter prisa a la loba, que vagabundeaba deportivamente por aquel infierno nocturno, y continuó adelante, casi doblado por la mitad, hacia los átomos de luz que constelaban la negra mole de la Langa. La patrona, conocedora de lo ocurrido desde hacía horas, dirigió una mirada tétrica a la perra humeante, sin decir una palabra.

—Nadie la ha visto —mintió Johnny—. Ya sé lo que está rumiando. El círculo se cierra, se cierra y la próxima vez me toca a mí, pero no se angustie, me voy a dormir lejos y mañana estaré por ahí todo el día. Ate la perra a la cadena y trate de dormir.

Capítulo 38

Invierno (VIII)

Pasó una semana de eterno vagabundeo y desastroso malestar. Tenía la frente dolorida como si llevara el hueso al aire, el pecho magullado, sus golpes de tos detonaban de cresta en cresta y sus ojos febriles no toleraban el más tenue reverbero de la luz embrionaria en la nieve oxidada. Lo más que pudo conseguir para protegerse del frío intensísimo que tiranizaba las veinticuatro horas del día fue un pullover que le regalaron en una casa situada en uno de los cañones, tejido en la propia casa con unas tiras de lana de cabra redondas y ásperas como maromas, que, para colmo, era de una talla poco más que infantil y la primera vez que se lo encajó se sintió como escayolado, asfíctico. Desde la llanura de la ciudad subía sordo y puntual el fragor de los morteros contra el río congelado: sonaba como la marcha del tambor que acompaña la subida al patíbulo, debían de estar decapitando a un gigante. Las horas tenían una extensión bíblica.

Dirigió un último vistazo al camposanto de Benevello, un *castrum* gris que surgía de la nieve del mismo color, donde dormían Luis e Iván para no despertar siquiera por un momento con el aullido de la victoria en una mañana clara y cálida de primavera. Tosió rasposamente y se encaminó a la Langa, cubierta por un leve rizo gris de humo semejante a una cinta de luto. Se detuvo al borde del bosque más cercano y silbó en dirección a la casa, esperando la caracoleadora aparición de la perra, pero esta no apareció y Johnny silbó con más fuerza. Entonces salió la vieja, visible desde lejos, ¡tan extenuada y temblorosa, tan distinta a la antigua, alegre e intrépida vivandera!

—¿Qué quieres? —gritó.

—Nada. Pasaba por aquí de casualidad. ¿Dónde está la perra?

Le dijo que el animal estaba en celo y que se había ido donde su amante, un bastardo rojizo de más allá del Boscaccio; ya hacía tres días que salía para irse con él y cada vez prolongaba más la ausencia.

—No te hará caso, pero si la vieras, trata de encaminármela a casa. No puedo estar sin ella en estos días.

De un modo más vago, pero no menos cruel, Johnny echaba de menos a la perra, aquel comportamiento suyo con él y con la vieja, que tanto la necesitaban. Se pasó un dedo por los labios hinchados, pero como muertos.

—No tengo nada que hacer y no sé adónde ir. Subiré arriba del Boscaccio y miraré por si la veo y la detengo.

Ella le dijo que volviera a pasar al anochecer, que silbara y ella saldría con algo de comer.

—Te diría que entraras ahora porque estás en malas condiciones, pero no me fío de este día, Johnny, discúlpame.

Partió hacia la cresta. Sonaron unas nueve crepusculares en un campanario y Johnny miró su reloj. La muñeca se le estaba afinando a ojos vistas y casi había llegado a un punto de femenina sutileza, aunque estaba dura como el hierro, y la correa de cuero estaba hecha trizas. Se la arrancó y se echó el reloj al bolsillo del pecho, entre los pliegues de su pañuelo azul. Aquel reloj había marcado todas sus horas conscientes: lo miraba de reojo mientras Chiodi hablaba de los estoicos y mientras Cocito se saltaba a Oriani para dar fuera de programa a Baudelaire; lo llevaba puesto cuando el capitán Vargiu anunció el veinticinco de julio y lo consultó mientras esperaba al muchacho romano vestido de civil unos días después del armisticio. Sacudió la cabeza: pasado y presente eran total e igualmente increíbles. Y una pregunta le cruzó la mente como un relámpago: «Johnny, ¿cuál es el aoristo de *lambano*?».

Mientras caminaba, buscó y rebuscó, sin encontrarla. Luego se le olvidó. Se sentía agradecido a la perra por haberle dado un objetivo y una meta en aquella mañana helada y caótica. En caso de encontrarla, ciertamente no la regañaría, la acariciaría y le haría lo más agradable posible el regreso.

Miró de casualidad hacia abajo y vio al aparcero de la Serra dei

Pini, que se arrastraba por el sendero inferior como si acabara de correr para salvar la vida o llevara una bala en el pecho; lo examinó un poco más y agitó los brazos. El otro levantó enseguida la mirada en la dirección justa y los brazos se le dispararon hacia delante como en una invocación o un intento de atraer a Johnny lo antes posible. Johnny se lanzó de cross en la nieve y acabó junto a él.

—¡El ambulante, el espía, el de las pieles! —jadeó entre balbuceos.

A Johnny también le dieron palpitaciones.

—Hace unos minutos ha pasado por nuestra casa y se dirige al Rustichello. Quería enviarte al mayor de mis chicos, pero pensé que es mejor no mezclarlos en esto.

Johnny le pidió prestada la capa y como no le entendía se la arrancó de los hombros.

—No me pregunte nada. Váyase a casa, pero no derecho, sino dando un rodeo.

Se echó la capa sobre un hombro y corrió por el sendero mientras el hombre susurraba palabras perdidas a su espalda.

A los diez minutos espiaba desde lo alto el patio del Rustichello y el sendero de acceso: todo desierto y tranquilo, ciertamente había pasado sin detenerse a llamar. Estaba preguntándose por dónde seguir cuando avistó a su hombre, que acababa de asomar por una curva, empujando a mano la bicicleta hacia el sendero que desembocaba en la cresta. Tranquilo y confiado, subía con la cabeza baja, sin esfuerzo.

Las palpitaciones de Johnny dieron paso a una aceleración normal; solo la lengua se le secó absolutamente en el mismo instante. Se retiró detrás de una duna de nieve, de espaldas al bosque, y esperó. El hombre pasaría dentro de cinco minutos. Rotó la cabeza para inspirar el máximo de aire y tomó conciencia del silencio y del vacío absoluto que lo rodeaba. Sacó el Sten de debajo de la capa y lo armó con una lentitud milimétrica, pero cuando estuvo armado la duda hizo presa en él. No podía disparar basándose en una pura presunción, después de tantas manchas no podía olvidarse del fair play; se nace así. ¿Y si, por poco probable que pareciera, en vez de un espía fuera un auténtico comerciante en pieles? La mujer de Anselmo podía haber exagerado, alterado la realidad; en materia de fantasía, uno puede esperarse todo de estas

mujeres de la colina que se pasan la vida en fecunda seclusión, con la única y exaltadora compañía del aire engañoso. Sintió que su alma y su destino estaban en juego en aquellos pocos minutos, tan lentos y tan precipitados. Podía arrestarlo, atarlo y quizá cambiarlo por Ettore. Pero no, este no podía ni debía cambiarse si era lo que era. Luego creyó captar la acentuada respiración del hombre en lo alto de la cuesta y hasta el rumor de los tubulares en el barro helado.

El hombre apareció en la cresta y se detuvo a descansar con un codo apoyado en el sillín. El flamante trasportín metálico que llevaba sobre el manubrio resplandecía al máximo bajo la endeble luz solar.

Una flema del catarro subió procelosamente por la garganta de Johnny que, escupiendo con fuerza, saltó a la carretera. El hombre dio un respingo, se incorporó con lentitud y lo saludó llamándolo partisano con un tono que la sorpresa hizo sarcástico. Johnny le mostró su izquierda con la pistola laxamente empuñada y le ordenó que se echara el verdugo hacia la nuca.

—¿Por qué? —preguntó en italiano con una voz rasposa.

—Échatelo hacia atrás. —Johnny le miró el pecho.

El mechón blanco brilló en el lecho de la rica y espléndida cabellera corvina.

—Ahora sonríe.

—¿Qué quieres que haga?

—Que sonrías. Sonríe.

El hombre sonrió y habló al mismo tiempo con un raudal de palabras de las que Johnny no captó ni una sola.

—Estate callado y limítate a sonreír.

El hombre dijo que no le salía.

—No me sale. Tienes una cara que…

—¡Sonríe!

Sonrió. Fue una sonrisa larga que descubrió todos sus dientes, helada y heladora.

Johnny sonrió con él y el hombre respiró con mayor libertad y preguntó en un tono amistoso por qué lo sometía a tantos experimentos.

—Como ves soy un negociante que comercia con pieles de conejo y también de ardilla, cuando las encuentro. Ahora te lo

enseño —alargó la mano hacia el trasportín, pero la mirada de Johnny fue tal que la retiró de inmediato.

—Lo que quiero que me cuentes es a qué hora has dejado dicho que piensas volver al cuartel.

—¿Cuartel? ¿Qué cuartel? —Sonrió blankly—. ¿A qué te refieres, partisano?

—Al tuyo.

—Pero ¡¿qué cuartel?! ¡A Dios gracias, de los cuarteles me mantengo fuera y lejos! ¿Qué cuartel dices?

Johnny tuvo una sensación creciente de que Anselmo se encontraba escondido por allí y se apoderó de él un increíble pudor que lo obligó a bajar la voz.

—Sepas que no volverás al cuartel.

Y con la izquierda adelantó de nuevo la pistola, aunque sujetándola con laxitud y torpeza. El hombre miraba de reojo la boca oscilante del arma y estudiaba la distancia de quince pasos y las posibilidades. «Calcula, calcula y decide», lo imploraba Johnny en su corazón. Luego dijo en voz alta:

—Eres un espía. Reza si te apetece.

La mano del hombre se tiró vorazmente al trasportín, blowing las pieles. Johnny tocó el Sten por debajo de la capa y oyó su largo y fiel repiqueteo. El hombre se dobló sobre su bicicleta cuando el cargador se agotó, cayó al suelo enganchado a la bici y sus últimas patadas fueron contra las ruedas.

El eco de la ráfaga galopaba todavía por las profundidades del Valle del Belbo. Johnny corrió hacia aquel montón, separó al hombre de la bicicleta, lo echó a rodar por el barranco y bajó la escarpada que conducía al bosque, frenéticamente. El cuerpo rodó con facilidad por la nieve dura, rebotó en un saliente y desapareció en una depresión.

Johnny regresó al lugar de la bicicleta, hundió las manos en el trasportín y exhumó una P38 y tres cargadores llenos y bien engrasados. Se metió todo en el cinto y suspiró lleno de liberación y de alivio. Después miró a su alrededor con el oído atento, pero no se captaba nada. Notaba, eso sí, la presencia cercana de Anselmo, pero no la necesidad de llamarlo. Atravesó entonces la carretera para alcanzar el cadáver más allá de la pendiente, en la cuenca pequeña de abajo. Descendía dejando sus huellas exactamente sobre

las gotas de sangre, de modo que las confundía y las mezclaba en una indescifrable porquería gris oscura. Llegó al último saliente, miró el cuerpo aterrizado y se sentó.

Nunca había matado a un hombre de aquel modo y ahora tenía que enterrarlo, otra novedad. Cuando crujió la nieve a su espalda ni siquiera se movió, tan seguro estaba de la presencia de Anselmo. El campesino se arrodilló en el saliente y miró el cadáver con los ojos desorbitados.

—Era lo que vosotros decíais —comentó Johnny con un tono tranquilo y agradecido.

—¿Cómo? ¿Y tú lo dudabas? Eras el hombre exacto para eliminarlo y yo de eso no dudé nunca. Has hecho un trabajo limpio. Debo decirte que lo he pasado mal por ti, Johnny, pero cuando oí la ráfaga supe que tú vencías y él moría. ¿Cómo estás ahora?

—Bien, estoy bien. —Estaba tranquilo y sudado—. ¿Sabes?, es el primer hombre que mato mirándolo a la cara.

—Te creo —dijo el campesino.

—Pero la bicicleta se ha quedado en medio de la carretera. Baja a cogerla y tírala a lo más hondo y más espeso del bosque.

—Johnny —balbuceó Anselmo—, ¿te importaría dármela? Yo la querría para cuando crezca mi hijo mayor.

—¿De verdad la quieres? ¿Esa bicicleta?

—Sí, para cuando mis hijos se hagan grandes, aunque no se utilizará antes de que esto acabe.

—Entonces cógela, pero te aviso, si te la descubren en casa, eso equivale a una sentencia de muerte.

—Tranquilo, la esconderé de tal forma que no la descubrirían ni los ángeles. —Se levantó, se envolvió en la capa y subió a tomar posesión de la bicicleta. Desde arriba advirtió a Johnny que regresaría a los veinte minutos con una pala y una zapa.

—Bien —dijo Johnny—, habrá no poco que cavar. Un metro de nieve y otro tanto de tierra.

Anselmo se echó la bicicleta sobre los hombros y corrió por la pendiente. Johnny fue a velar aquel cadáver de su propiedad. Hacía mucho frío, pero tenía la impresión de que el invierno (y quizá su propia guerra) era cosa pasada y acabada.

Capítulo 39

El final

El vecino de Johnny se echó a reír.

—¿Sabes?, se diría que todos hemos padecido el mayor resfriado de nuestra vida.

Y era cierto; todos, los cien hombres que respondieron a la cita del treinta y uno de enero en la altura de Torretta, estaban apagados, goteantes y escalofriados.

A la llegada de Johnny, procedente de la Langa, había ya una cincuentena de hombres inmóviles o paseándose por el barranco mortalmente frío bajo un cielo cubierto y cercanísimo. No intercambiaban una palabra que no fueran las inagotables peticiones de tabaco. Pasaban cerca algunos campesinos, de camino a sus tareas menial o mercantiles, y al pasar les dirigían sobrios deseos de éxito y alguna alusión grim pero cordial a la primavera próxima, que sería la buena. Un hombre estaba de guardia vigilando el trecho de Mango y otro hacía lo mismo en dirección al este, atento al valle del Belbo y a los que por allí llegaban, incluido el propio Norte.

Johnny iba y venía entre un centinela y otro, relacionándose con los compañeros pero sobre todo esperando a Pierre y a Norte. Mientras, trataba de descubrir los secretos invernales de aquellos hombres, secretos que llevaban pegados al cuerpo, a las ropas y a las armas. Uno de ellos refería en voz alta una peculiar aventura invernal y su relato estaba salpicado del estallido de risas incrédulas.

Luego estalló un «¡Viva!» a occidente para saludar a los hombres de Mango, a cuya cabeza apareció Pierre. Corrieron a echarse en brazos uno de otro, pero Pierre se retiró para contemplarlo de

arriba abajo y se quedó contrito y perplejo al darse cuenta de que su cara no estaba como la de Johnny.

—Aquí nos tienes, juntos otra vez y hasta el final —dijo Pierre con una leve vacilación.

Johnny estaba contento y feliz, pero sentía que aquella marea de júbilo lo dejaba intacto y seco después de la imborrable e inextensible intacticidad que había supuesto la larga soledad del invierno. Luego le preguntó si sabía de Ettore, y Pierre, con un suspiro, dijo que sabía todo.

—Esperemos que continúe prisionero hasta el final.

—Pero será horrendo para él. Tengo la sensación de que nuestro primer éxito representará su desgracia. Si ganamos en cualquier parte, Ettore cae fulminado, y tenemos la obligación de empezar a vencer donde sea.

En su escondite de Neive, Pierre se había enterado de muchas cosas sobre la guarnición de la ciudad.

—Han echado al viejo coronel, y no es que yo sienta piedad por él. Ahora toda la comandancia está en manos de un mayor y de un capitán. Según me dicen, si el primero es un tigre, el segundo es una hiena, y no parece que acepten más intercambios, ni dentro ni fuera: abandonan a su destino a los hombres que caen prisioneros, dejan que se pierdan, los nuestros y los suyos.

Se esfumaba así la última esperanza de rescatar a Ettore. El estruendo que saludó la llegada de Norte por el este los distrajo de la luctuosa constatación. Por lo que dejaba entrever el estrecho cerco de la guardia de corps, Norte vestía el prestigioso abrigo de oficial inglés bordeado de caracul, pero tan raído y desgastado que hablaba a primera vista de las marchas y los escondites y de las subidas y las bajadas de establos y heniles. En la cabeza, con una cierta coquetry, llevaba la gorra de oficial de Marina. Rodeó con la mirada a la asamblea —eran ya ciento cincuenta— y se dirigió al barranco oriental.

Allí se echó la gorra hacia atrás y dijo:

—¿Qué os ha parecido el invierno, chavales? ¿No ha sido una cosa tremenda? Lo ha sido, os lo digo yo, y es de lo que más nos enorgulleceremos, ¿no os parece? Os veo rígidos y ateridos. ¡Ánimo, pues! El próximo invierno tendremos paz y es probable que estemos en una buena habitación a veintidós grados, quizá en bata o en

zapatillas o quizá, imaginaos, casados. Ved qué tragedia tan cómica. —Todos los hombres se echaron a reír en alto y strainedly—. Me juego la cabeza —continuó Norte— a que entonces nos asaltará una bárbara nostalgia de este invierno terrible y que lloraremos, sí, lloraremos con su recuerdo. Así que ¡un viva a este invierno!

Los hombres hurraed y en el silencio que siguió uno de los vecinos de Johnny dijo con buena voz:

—Lleva razón, ¿qué demonios vamos a hacer el invierno próximo sin tener que salvar el pellejo y sin fascistas con los que vérnoslas? —Y un gran escalofrío recorrió el vacío interrogante.

Norte continuó:

—Hoy somos ciento cincuenta, los mejores, los pilares de la casa, la vieja y grande guardia invernal —los hombres se aplaudieron—… Mañana seremos trescientos y en este mismo mes, os lo garantizo, seremos mil. La primera semana de marzo llegaremos a dos mil y dispondremos de armas y de equipos para cinco mil.

Ahí estalló un «¡Viva!» salvaje, capaz de oírse más allá de Belbo y de Bormida, al que siguió otro aplauso menos excelso pero no menos sentido y, al darse la vuelta, Johnny vio la cresta inferior enteramente guarnecida de campesinos que agitaban las manos. Entonces bendijo al invierno que había gestado en su frío letal el calor de aquel día necesario.

Un hombre que salió de las filas se acercó al podio natural de Norte: era bajo y moreno, exoficial del ejército y sureño de los de muy abajo.

—Comandante —gritó—, hablas del invierno como acabado, pero yo te recuerdo que quedan todavía un par de meses en estos desgraciados puestos norteños. —La asamblea rugió de carcajadas —. Yo hablo, tengo el honor de hablar —continuó— en nombre de mis paisanos, de mis terruñeros, de los que sufrimos atrozmente el frío y lo seguiremos sufriendo hasta el veintiuno de marzo.

—¿Qué culpa tengo yo, Leo, qué culpa tenemos nosotros de que seáis unos sucios y tiritones terruñeros? —dijo Norte riendo.

De nuevo rugieron las risotadas y nunca el norte había querido tanto al sur, ni viceversa. En las alturas circundantes los campesinos rieron con una ciega simpatía.

—Dejad que os diga aún un par de cosas necesarias, porque

hasta yo mismo me estoy hartando de este discurso. Os he dicho que tendríamos armas y equipamiento para cinco mil hombres. Me explicaré. Una nueva misión inglesa, la más abundante y compleja de la historia, se ha lanzado en paracaídas en el territorio de Lampus. Estará allí el tiempo necesario para engordarlo con una serie sin precedentes de lanzamientos y luego bajará con nosotros. Bajará aquí y nos convertirá en una gran unidad. —Estalló un estruendo acompañado de algún cantar salido de gargantas esforzadas—. ¿Lo habéis entendido todos bien? Johnny, te hablo a ti en particular. Conoces el trabajo que te espera. Tendremos millares de hombres en uniforme, colocaremos un Bren cada diez metros de nuestro frente y borraremos de la faz de la tierra las guarniciones fascistas de Alba y de Asti. Y habrá también de todo lo demás: cigarrillos, medicinas, chocolate, ropa interior y calcetines.

El discurso y la reunión habían terminado y Norte se preparaba para bajar de nuevo al valle del Belbo para su nuevo cuartel general. Volvió a dirigirse a Johnny para bromear.

—Como tu inglés sea un bluff estás muerto.

Luego Pierre vino a decirle que se recuperaba el antiguo sistema de los presidios. Johnny sacudió apenas la cabeza, opacamente, con más indiferencia que crítica.

—Como era de prever, han vuelto a destinarme a Mango —añadió Pierre—. Le he pedido a Norte que me dejara a Franco y a ti y me lo ha concedido. Naturalmente, te daré el permiso en cuanto se presente tu trabajo con los ingleses. —Miró a su alrededor con embarazo y dijo—: Tenemos que llevarnos veinticinco hombres de los presentes. Ayúdame a elegir.

Los eligieron y los organizaron. Johnny y Franco los condujeron a Mango para instalarlos, mientras que Pierre subía a la Langa para desenterrar su Mas. Desde las nuevas filas, Johnny siguió con la mirada el apresuramiento de sus piernas breves e infatigables en dirección a su reino invernal y se esforzó por quererlo como antes. Pero aquel patch jamás podría borrarse o desaparecer.

Johnny no se hallaba a sí mismo, porque el patch, lejos de borrarse, se ampliaba. Ya no podía soportar ni la comunidad ni la rutina y se escaqueaba de la colectividad, de las batidas y de las guardias. Pierre lo dejaba vivir y ociar, con una especie de agria comprensión, con una cierta quejosa premura, y asumía junto con

Franco el trabajo de la reorganización del presidio. En menos de una semana el nuevo se parecía ya al antiguo, pero con hombres más probados. Se habían sumado algunos más, los últimos salidos del maelstrom invernal, de modo que ahora contaban con una cincuentena de hombres. Parecía que incluso los civiles habían recuperado su anterior actitud solidaria y comprensiva, así que Johnny sentía aún más profunda la herida que le causaba constatar que era el único en no funcionar como antes. Para colmo, padecía como quizá ningún otro aquel avance normal, demasiado normal, hacia la primavera y sus hechos formidables y anormales.

La situación de la munición era la peor de todas las descorazonadoras situaciones que había registrado la historia partisana. En una situación grave, el mejor abastecido de los hombres se habría quedado sin nada en diez minutos y al propio Johnny le quedaba un solo cargador de su Sten. Casi a diario salía de Mango un correo en dirección al cuartel general de Norte para preguntar por los ingleses y sus lanzamientos. Los ingleses continuaban con Lampus y nadie era capaz de prever el momento de su bajada hasta Norte. Casi todas las noches se oía en las colinas altas situadas al sur el trueno de bourrue bienfaisante de los cuatrimotores ingleses, y por la mañana un centinela juraba que, en un momento particularmente favorable, había avistado el resplandor de los fuegos de tierra en las cuencas receptoras e incluso el juego luminoso de los faros del vientre de los aviones. La espera resultaba tan irritante que algunos hombres amenazaron con pasarse a los comunistas.

—Sabemos de sobra que la Estrella Roja no recibe lanzamientos —decían—, pero al menos allí uno sabe enseguida a qué atenerse y no se come el hígado.

Y otros aun, sin aludir al transfuguismo, comentaban:

—Lampus es un gran jefe y yo me cuadraré siempre delante de él, pero tengo que decir que me parece un poco demasiado bueno para sí mismo.

Al día siguiente, una alarma sobered y frowned hombres y cosas. Unos civiles que huían de las colinas avisaron de que los fascistas de la ciudad apuntaban más allá de Trezzo a Neviglie y a Mango. Pierre dispuso a sus pocos hombres —algunos estaban en la trinchera sin más que una pistola— y esperaron bajo el cielo

blanquecino, con un viento helador. Otra bandada de fugitivos avisó de que ya habían entrado en Neviglie y la estaban poniendo patas arriba con una grim y silenciosa minuciosidad. Tomaron nota y no perdieron de vista la vaga cresta de Neviglie plantada de cipreses. No había nada que ver. Con todo, dos notables de Mango subieron hasta sus posiciones para preguntar si tenían la capacidad de defender razonablemente el pueblo en caso de que los fascistas thrusted in. Sin mirarlos a la cara, Pierre respondió que los hombres disponían más o menos de un cargador por cabeza.

—En tal caso —dijeron los notables—, el pueblo espera que les dejéis vía libre sin pegar un tiro. Si no disparáis, lo ocuparán sin hacernos nada, sin matarnos, queremos decir, porque en lo tocante a las cosas, ya tenemos callo.

Pierre asintió sin palabras y los notables se fueron, dejándolos con los ojos fijos en la cresta de Neviglie. Larga y tétrica era la sombra de los cipreses en la nieve gris y corrompida hasta que apareció por ella la vanguardia fascista, agazapada y eléctrica, escrutando y olfateando el entorno como animales. Pero el grueso no aparecía y al poco los patrulleros, animales negruzcos y antenados en una tierra sin luz, se dieron la vuelta.

Entonces Franco se levantó para decir:

—¡Dios santo, mira que tener que evitarlos cuando necesitamos el contacto más que el oxígeno!

A mediodía destacaron a un hombre para que expusiera a Norte el peligro de aquella jornada y dar la matraca con el asunto de las armas y la munición. Regresó con las manos vacías, pero con promesas. La misión inglesa casi había acabado con Lampus y mientras tanto Norte estaba acumulando un cargamento para Mango: un Bren y alguna munición heterogénea. Por la noche, Pierre, Johnny y Franco fueron a oír la radio inglesa a casa de Costantino. El boletín no les interesaba, todo estaba centrado en los mensajes especiales dirigidos a los partisanos de más al norte, especialmente aquella noche, cosa que les hizo el efecto de una ducha escocesa de cólera, esperanza y frustración.

El cargamento tardaba, pero los fascistas fueron puntuales. Una gruesa columna semimotorizada que subió desde Asti apuntó directamente a Mango sin paradas ni obstáculos. Los camiones se habían detenido a trescientos metros del pueblo y los hombres

avanzaban ahora hacia el objetivo desolado, apagado y pasivo en una mañana blanca y negra, con infernales rayajos negros de nubes diseminadas en un lecho blanco como la cal, así que el cielo era el espejo perfecto del suelo y de sus manchas de nieve intacta y tierra descubierta. Los partisanos huyeron hacia la derecha perezosamente, con muchas paradas, a veces poniéndose a la vista, con las armas vacías colgando y los puños clavados en los bolsillos, sin una recta en todo su perfil. Pierre dijo algo de un posible fuego de morteros, pero ni siquiera aquello aceleró a los hombres. Y cuando la vanguardia fascista entraba en el paseo que conducía al pueblo, los últimos rezagados se hallaban exactamente a medio camino entre los invasores y el pelotón de Pierre.

—¿De verdad os parece que nos hemos reorganizado? Esto es peor que la desbandada de diciembre —gruñó Franco.

Alcanzaron a los demás en una cuenca, auténtica posada del frío y el hielo, y allí estuvieron varias horas sentados y temblando a causa del aire y del suelo mojado. Pasaron horas sin que del pueblo ocupado saliera ninguna columna de humo, ni se oyeran gritos o detonaciones; como observó uno de ellos, parecían los parientes en la antesala de un quirófano mientras el enfermo se sometía al bisturí. Luego, algunos hombres que ya no aguantaban se levantaron con grandes cataplasmas de barro en las nalgas consumidas y, del otro lado del parapeto de la cuenca, contemplaron con repugnancia el pueblo sometido a tortura.

Johnny se tapó los ojos para cegarse ante la miseria de la jornada. ¡Cuánto había soñado con la reunificación durante los días más solitarios de diciembre y enero! ¿Era aquello el soñado cumplimiento y la soñada alegría? Soñó que ya estaba con los ingleses, lejos de los compañeros cuyo contacto de codos y caderas notaba en aquel momento, para operar con aquellos y no con estos. Le molestó en extremo sentir un codazo, pero se trataba de Franco que le señalaba la evacuación de Mango por la columna fascista. Se alargaba serpentinamente por la carretera de
Sant’Ambrogio,
contoneándose, con un balanceo de petates a ritmo de pasacalle, hasta que la curva se los tragó a todos, para más tarde reaparecer por la carretera de la cresta. Un hombre lanzó una blasfemia y volvió a sentarse en el barro de tal modo que casi se le hundió todo

el trasero.

—No esperéis que yo vuelva a entrar en el pueblo, no tengo tanta cara. Por favor, no esperéis eso de mí.

Franco notó el disgusto en los ojos de Pierre y gritó al hombre que se levantara y no hiciera el idiota. Todos se lo repitieron. Pierre, que ya se había dominado, ordenó a Johnny y a otros cuatro que vigilaran de cerca a los fascistas para cerciorarse de que efectivamente levantaban el campo y no se trataba de un truco.

Se precipitaron por la pendiente hacia la carretera grande, con las huellas frescas de los fascistas claramente visibles en la pátina fangosa. En el pueblo renacía la vida civil. Saliendo con mucha cautela, un hombre más atrevido que los demás subió el primero por la carretera y preguntó con avidez y pesimismo qué iban a hacer ahora. Johnny no respondió, pero vio la cara gélida y cuadrada de uno de sus compañeros surcada de lágrimas abrasadoras de vergüenza y frustración. Mientras tanto, algo había pasado arriba, porque desde allí gritaban y hacían señas. Se dirigieron intrigados a la mitad de la ladera y vieron bajar al grueso del presidio alrededor de un carro lleno de munición.

—Hasta ahora hemos pasado vergüenza —dijo Pierre—, pero esta tarde será distinto. Vamos a seguirlos, los cogemos por la retaguardia y matamos alguno.

—Podemos y debemos hacerlo —intervino Franco.

El grueso de los hombres se había lanzado a la carreta y la saqueaba con manos rapaces y ojos ciegos. Johnny también se tiró a ella, pero en aquel momento lo llamó el oficial que había comandado la escolta del carro.

—¿Eres tú Johnny? Ven inmediatamente conmigo a la comandancia.

—Iré esta noche —dijo Johnny.

—Órdenes de Norte. Vienes inmediatamente arriba con nosotros.

—¿Hay novedades?

—Está a punto de llegar la misión inglesa. Estará allí hacia las dos. Órdenes de Norte. El jefe es un tal mayor Hupp.

—¿¡Hupp!?

—¡Hup, hop, hip o hap! Lo importante es que es un mayor inglés y que tiene un transmisor.

Johnny miró a su alrededor, los hombres ya estaban todos

abastecidos y animados con la idea del seguimiento.

—Dile a Norte que iré sin falta esta noche.

—Esta noche Norte te meterá un buen paquete.

—Esta noche que pase lo que quiera. Yo me justificaré delante de Norte. —Y volvió a tirarse a la carreta, pero ya estaba limpia y solo le quedó su cargador de siempre.

Al mezclarse con la columna, Franco lo miró interrogativamente. Estaba anudándose en la frente su pañuelo azul.

—Es muy probable que acabe en chapuza —dijo Johnny—, pero tiene que hacerse. Hay que poner la rueda en movimiento, aunque los primeros dientes nos trituren a nosotros.

—Pasa a la cabecera y lleva a los diez a la hora en punto.

Johnny obedeció y en un minuto sus piernas eran ya unos pistones frenéticos y experimentaba la exaltadora sensación de que el terreno huía bajo sus pies como una alfombra de terciopelo. Continuó así durante un par de kilómetros hasta que apareció a la vista el pueblo de Valdivilla. Se giró justo un instante y vio a su espalda a Tarzán y a Settimo, que lo seguían bien, y a Pierre, que apretaba el paso, y detrás la columna ya toda disgregada. Al entrar en el pueblo, unos cuantos individuos temblorosos los avisaron de que los fascistas se habían detenido más que nada a descansar; en un ensanche embarrado se veían bien las huellas de las planchas de los morteros posados en el suelo. Un hombre algo más tranquilo que los otros sacudió la cabeza cuando supo de sus planes y profetizó que, a su parecer, jamás los alcanzarían porque a esa hora los últimos fascistas ya habrían atravesado la cresta de San Maurizio y descenderían cómodamente a Santo Stefano.

Pero Pierre gritó que continuaran adelante y Johnny recuperó aquel paso homicida, volviéndose de tanto en tanto para mirar la columna cada vez más fraccionada, con algún que otro partisano parado junto a los montones de grava, doblado, reventado. Pierre continuaba navegando sobre aquellas mareas de fractura y agotamiento. Johnny braced y aceleró aún más la marcha.

Después de una última curva apareció la cima de la colina, idílica a pesar del cielo severo y de su gris esterilidad. A la izquierda había un corro de casas viejas y desgastadas por la intemperie, apoyadas una en otra como para protegerse de los elementos de la naturaleza y la embrujada soledad de las altas

colinas; a la derecha de la carretera y a la altura de las casas había un pobre camión de gasógeno cargado de barricas de vino. Johnny redujo la marcha y suspiró, porque le parecía que todo marcaba el fin de la esperanza y de la continuación; la señal para el regreso con las manos vacías. Se dio la vuelta y vio apretarse abajo los despojos de la columna, todos descompuestos y en apnea por culpa de la marcha. Entonces una enorme y compleja descarga procedente de las casas fulminó la carretera y Johnny se tiró a la cuneta de la izquierda durante la salva interminable. Aterrizó en el fango, ileso, y plantó la cara en el barro viscoso. Se había aplastado al máximo; era el más cercano a ellos, a no más de cincuenta pasos de las casas que vomitaban fuego. Le llegó un primer martilleo de fusil semiautomático y su grito produjo burbujas en el fango; luego, otra serie entera de ranging y raboteó como una serpiente, moribunda. Después el semiautomático ranged en otra parte y Johnny levantó la cara y se quitó el barro de los ángulos. Set yacía seco en la carretera. Luego el fuego y los gritos estallaron a su espalda; cierto, los compañeros se habían situado en la grupa de la colina, a su izquierda, el Bren aleteaba contra las ventanas de las casas y el enlucido saltaba como una obra de artificio. Todo aquel fuego y todo aquel griterío lo emborracharon y se dispuso a intervenir, aturdido, con los ojos cerrados. Se desenterró del fango y tendió los brazos a la orilla pendiente y fangosa para insertarse en la batalla, en la mainstream del fuego. Hizo algún progreso gracias a las matas de hierba que resistían el peso y la tracción, pero el automático volvió en su dirección y le pareció ver que su último tiro se insinuaba en la hierba viscosa como una serpiente gris, así que dejó la presa y volvió a caer en la cuneta. Y fue entonces cuando descubrió al fascista separado y furtivo, sorprendido por el ataque en un prado más allá de la carretera, que llevaba el fusil en una mano y se sujetaba con la otra los pantalones, aguardando el mejor momento para refugiarse con los suyos en las casas. El hombre espiaba, luego se encogió y se incorporó sacudiendo la cabeza en vista de la situación. Johnny agarró el Sten, que, maltrecho e inconsistente, más parecía una banderola cataviento que una masa forjada de acero. Luego el hombre saltó la zanja, Johnny disparó todo su cargador, él cayó de golpe en la grava y detrás de Johnny dispararon otros partisanos y lo crucificaron.

Johnny suspiró de cansancio y de paz. La ráfaga había sido de tal modo arrebatadora que casi había sentido volársele el arma de las manos.

El griterío ensordecía más que el propio fuego, los fascistas atrincherados les gritaban «¡Cerdos ingleses!» con voces muy agudas, aunque casi exhaustas y lacrimosas. Desde el exterior, los partisanos gritaban: «¡Cerdos alemanes! ¡Rendíos!».

Johnny aferró la hierba fría y afilada. El automático volvió sobre él, pero con un único tiro y solo por impedir la avanzada, así que aquella vez Johnny no recayó en la cuneta, agarró otros dos manojos de hierba y se apoyó con el vientre en el borde de la cuesta. Allí estaban sus compañeros, tanto en grupo como escalonados, sentados y tendidos, con Pierre en el centro, que mezclaba económicas ráfagas de su Mas con el fuego general. Johnny sonrió, a Pierre y a todos; estaban a veinte pasos de él y sin embargo sentía que no los alcanzaría jamás, como si se hallaran a kilómetros o fueran un puro espejismo. Aun así, superó el relieve y entró con todo el cuerpo en el grueso de la batalla. El fuego del Bren lo sobrevolaba medio metro y el semiautomático estaba de nuevo ranging sobre él. Cerró los ojos y se quedó como un grumo, como un pliegue del terreno, manteniendo aparte pero bien agarrado el Sten vacío. Un grito de rendición le estalló en los oídos, saltó para sentarse más arriba en el aire helado, apuntando con la pistola a la carretera, pero se trataba de dos partisanos que corrían a refugiarse detrás del camión con la intención de apuntar directo a ciertas ventanas ignívomas y sin dejar de gritar a los fascistas que se rindieran.

El fuego de sus compañeros le quemaba la nuca y le laceraba los tímpanos; como en sueños, distinguió la voz de Pierre, aullante y rayana en la afonía. Lanzó una ojeada a las casas pero no vio más que una ventana en la planta baja y a un fascista doblado sobre el alféizar, con los brazos ya rígidos y tiesos como si quisiera levantar algo del patio. La voz de Pierre le atronaba los oídos, incomprensible. Braced and called up himself: aquella era la última, la única posibilidad de insertarse en la batalla, de escapar de su pesadilla personal e incorporarse a la realidad general. Escurriéndose en el barro se abrió paso hasta Pierre, al tiempo que una ametralladora abría fuego contra su línea desde las ventanas.

Franco se topó de pleno con el fuego, cayó con una marola de sangre manante de su pañuelo azul y quedó tirado en el camino de Johnny. Johnny apartó el cadáver lenta, fatigosamente, como una hormiga aparta un peñasco, y llegó extenuado a la altura de Pierre.

—Tienen que rendirse —gritó Pierre con espuma en la boca—, ahora se rinden.

Y gritó a las casas que se rindieran, con desesperación. Johnny dijo también a gritos que no tenía munición y Pierre, horrorizado, le gritó que huyera, que se deslizara lejos y saliera huyendo desde allí. Pero ¿dónde estaba el fusil de Franco? Se volvió en el barro y reptó para buscarlo.

En vez de disparar contra la colina, casi todos los fascistas respondían ahora al fuego repentino y maligno que habían abierto los dos partisanos desde detrás del camión. Acribillaron los barriles y el vino goteó por la carretera como si fuera sangre. Entonces, el oficial fascista salió a la puerta de la casa dando tumbos y apretándose el pecho con las dos manos que ahora trasladaba vertiginosamente allí donde recibía una nueva bala; sin dejar de gritar, se tambaleó hasta el final del patio, frente a los partisanos, mientras sus hombres lo llamaban desde el interior angustiados. Luego cayó como un poste.

Ahora la loma recibía y reenviaba el fuego general. Johnny dejó de buscar el fusil de Franco y regresó a gatas hasta donde estaba Pierre, que, mientras introducía el último cargador en el Mas, gritaba a los fascistas que se rindieran y a Johnny que se retirara. Pero Johnny no se retiró; estaba aturdido, arrodillado en el fango, vuelto hacia las casas, el Sten a la espalda y las manos enguantadas de barro mezclado con hierba.

—¡Rendíos! —gritó Pierre con voz de llanto—. No los cogeremos, Johnny, no los cogeremos.

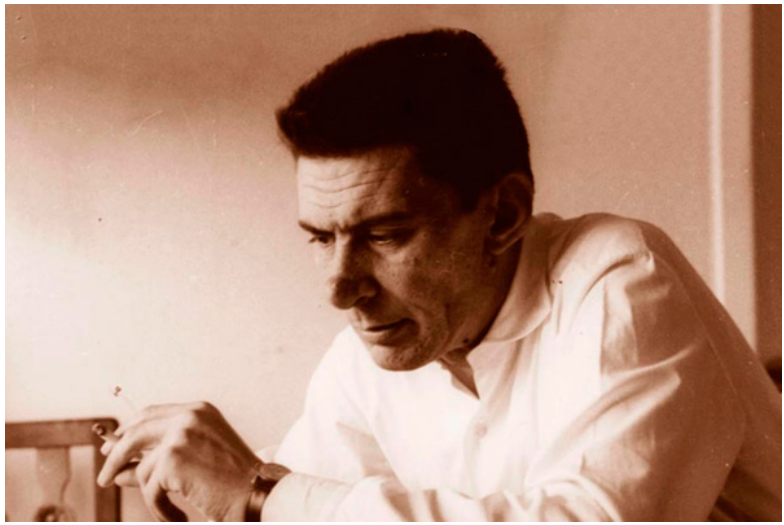
El Bren dio también su último aleteo, solo el semiautomático parecía inagotable, it ranged preciso, meticuloso, letal. Pierre se tiró de bruces al barro, pero Tarzán lo recibió en pleno pecho y se quedó quieto para siempre. Johnny se agachó del todo y se escurrió hacia el fusil. En esas, estalló un fuego de mortero lejano y alusivo, cuya única finalidad era advertir a los fascistas del relief y a los partisanos de la derrota. De las casas salió el grito de triunfo y venganza y en la última curva de la cima apareció un primer

camión lleno de fascistas gritones y gesticulantes.

Pierre blasfemó por primera y última vez en su vida. Se levantó entero y dio la señal de retirada. Por la curva aparecían otros camiones en cadena y hubo aún algún disparo de mortero; los partisanos evacuaron la loma lentos y como atontados, sordos a los gritos de Pierre. En las casas, habían dejado de disparar; tan contentos y satisfechos estaban con su liberación.

Johnny se levantó con el fusil de Tarzán, y el semiautomático…

Dos meses después acababa la guerra.



BEPPE FENOGLIO (Alba, 1922 – Turín, 1963).

«En mi lápida bastará mi nombre, las dos únicas fechas que importan, y la inscripción de escritor y partisano».

Beppe Fenoglio alcanzó la gloria literaria solo después de su prematura muerte a los cuarenta años.

Tras la invasión alemana de Italia en 1943, Fenoglio se unió a la resistencia en las colinas de su región natal.

Finalizada la contienda, trabajó en una empresa vitícola y publicó dos novelas y un libro de relatos. Maestro indiscutible del género breve y de la ficción partisana, Fenoglio recibió en vida elogios de ilustres coetáneos suyos como Italo Calvino y Elio Vittorini, quienes hicieron posible la publicación de sus libros en las más prestigiosas editoriales italianas.

Fenoglio fue además un ávido lector de literatura en lengua inglesa —pasión que plasmó en su propia obra en repetidas ocasiones—, y ejerció una notable actividad como traductor, vertiendo al italiano importantes obras de Coleridge, Eliot, Browning o Edgar Lee Masters.

El partisano Johnny, su gran crónica sobre la vida partisana e

indiscutible obra maestra, fue publicada póstumamente en 1968. También a título póstumo, la Universidad de Turín le concedió en 2005 la *Laurea ad honorem* en Letras.

Notas

[1] Coronel de las Waffen-SS, operaciones especiales. (*N. de la T.*)
<<

[2] Secretario provisional del Partido Fascista Republicano (República Social Italiana). En noviembre de 1943 anuncia la muerte del comisario federal de Ferrara. En pocas horas la represalia costó la vida de ochenta y cuatro personas. (*N. de la T.*) <<

[3] Ejecución de más de cinco mil oficiales italianos de la división Acqui por los ocupantes alemanes en la isla griega del mismo nombre. Septiembre de 1943. (*N. de la T.*) < <

[4] Escritor italiano (1789-1854). (*N. de la T.*) <<

[5] Levantamiento popular contra las tropas austríacas en Milán. 18-22 de marzo de 1848. (*N. de la T.*) < <

[6] Defensa Contra Ataques Aéreos Territoriales. (*N. de la T.*) <<

[7] Unione Nazionale Protezione Antiaerea. Cuerpo paramilitar de vigilancia y protección. (*N. de la T.*) <<

[8] Himno nacional de Italia. (*N. de la T.*) < <

[9] Jefe del Partido Socialista Unitario, secuestrado y asesinado en 1924 por elementos fascistas. (*N. de la T.*) <<

[10] Sheakespeare, soneto LXXIII. (*N. de la T.*) < <

[11] Soldado indígena de las colonias italianas de Eritrea y Somalia. (*N. de la T.*) <<

[12] *Nun au deur'icomen, de Sumer is i-cumen in* («el verano ha llegado»). Según se cree, el primer poema lírico escrito en inglés, quizá en la primera mitad del siglo XIII. (*N. de la T.*) < <

[13] Linea de fortificaciones organizada por los alemanes a lo largo de las cumbres de los Apeninos para proteger la retirada de su ejército del norte de Italia. (*N. de la T.*) <<

[14] Se trata de una de las últimas frases de *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë. (*N. de la T.*) < <

[15] En castellano en el original (*N. de la T.*) <<

[16] «Golfillos», «chicos del arroyo» en ruso. (*N. de la T.*) < <

[17] Servicio Permanente Efectivo. Oficiales de carrera. (*N. de la T.*)
< <

[18] Rey de Inglaterra y Escocia. (*N. de la T.*) < <

[19] El Sur Confederado en la Guerra Civil Americana. (*N. de la T.*)
<<

[20] Expresión del cazador al avistar al zorro, que los pilotos de cazas emplearon en la Segunda Guerra Mundial para avisar por radio de la presencia de un avión enemigo. (*N. de la T.*) < <

[21] Revista británica de humor (1841-1992, 1996-2002). (*N. de la T.*) < <

[22] Ruinas de una ciudad india en tiempos famosa por sus diamantes. En inglés, sinónimo de «País de Jauja». (*N. de la T.*) <<

[23] Antigua unidad de medida agraria que equivale aproximadamente a un tercio de una hectárea. (*N. de la T.*) <<

[24] Falta un fragmento en la obra original. (*N. del E.*) < <

[25] «*Un po' per Celia e un po' per non morire*…». Literalmente del aria del acto segundo de Madama Butterfly. (*N. de la T.*) < <

[26] «En el principio era el Verbo…» (*N. de la T.*) <<

[27] Regimiento inglés. (*N. de la T.*) <<

[28] Comité de Liberación Nacional. (*N. de la T.*) <<

[29] En adelante llamado «Lampus», su nombre de guerra. (*N. de la T.*) <<

[30] *Elegy written in a Country-Churchyard*, de Thomas Gray. (*N. de la T.*) < <

[31] *The Rime of the Ancient Mariner*, de Samuel Taylor Coleridge (1797). (*N. de la T.*) < <

[32] Antes llamado «Michele». (*N. de la T.*) <<

[33] El autor traduce literalmente al italiano la expresión inglesa *Indian Summer* para nombrar la época que en castellano y en francés, por ejemplo, se conoce por veranillo de San Martín. (*N. de la T.*) < <

[34] Grupos de Represión Antipartisana. (*N. de la T.*) <<

[35] Competición de ciclismo en pista que se desarrolla durante seis días. (*N. de la T.*) < <

[36] *The Pilgrim's Progress*, «A Dream», de John Bunyan (1628-1688).
(*N. de la T.*) <<

[37] En realidad, del noviazgo de Pierre ya se ha tenido noticia en el capítulo 18. (*N. de la T.*) <<

[38] Geo es también el nombre de un partisano de la Estrella Roja (capítulos 6 y 7) que muere fusilado por los fascistas (capítulo 10). (*N. de la T.*) <<

[39] Por el color del uniforme, probablemente se refiere a las brigadas negras. (*N. de la T.*) < <